UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS - INSTITUTO DE HISTORIA

ALBERTO FALCIONELLI

HISTORIA DE LA RUSIA CONTEMPORANEA

PRIMERA PARTE

LAS ILUSIONES DEL PROGRESO

1825 - 1917

MENDOZA
1954

Viñetas de ALBERTO RAMPONE

IMPRESO EN ARGENTINA PRINTED IN ARGENTINA

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 11.723

HISTORIA DE LA RUSIA CONTEMPORANEA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE CUYO

Rector
Dr. I. FERNANDO CRUZ

Facultad de Filosofía y Letras
Decano: Prof. TORIBIO M. LUCERO

Facultad de Ciencias Agrarias
Decano: Dr. RUBEN D. BALMACEDA

Facultad de Ciencias Económicas
Decano: Contador Público Nacional DAVID DOMÍNGUEZ

Facultad de Ingeniería y Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (San Juan)
Delegado Interventor: Prof. MIGUEL MARZO

Facultad de Ciencias de la Educación (San Luis)
Decano: Prof. HUMBERTO MARIO LUCERO

Facultad de Ciencias Médicas "Tomás Perón"
Delegado Interventor: Dr. JAIME VALLÉS

Escuela Superior de Artes Plásticas
Director: Sr. JOSÉ DE ESPAÑA

Escuela Superior de Música
Director: Prof. LUIS LA VIA

Extensión Universitaria
Director: Sr. RAFAEL FUNES

Asesor Musical del Rectorado
Prof. JULIO PERCEVAL

Secretario General (Interino)
Prof. MIGUEL MARZO

Prosecretario General (Interino)
Prof. ROBERTO VILLALBA

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Decano
Prof. TORIBIO M. LUCERO

Secretario técnico
Prof. ENRIQUE M. CAMPOY

Secretario administrativo
Sr. ROBERTO TESTONI

Profesorado de Lenguas Vivas
Director: Dr. MANLIO LUGARESI

INSTITUTOS DE INVESTIGACIONES DE LA FACULTAD

INSTITUTO DE FILOSOFIA Y DISCIPLINAS AUXILIARES
INSTITUTO DE HISTORIA Y DISCIPLINAS AUXILIARES
INSTITUTO DE LENGUAS Y LITERATURAS CLASICAS
INSTITUTO DE LENGUAS Y LITERATURAS MODERNAS
INSTITUTO DE LINGÜISTICA
INSTITUTO DE ARTE E INVESTIGACIONES MUSICALES

INSTITUTO DE HISTORIA Y DISCIPLINAS AUXILIARES

Director
Prof. TORIBIO M. LUCERO

SECCIONES

Sección de Historia de España
Prof. TORIBIO M. LUCERO

Sección de Historia Americana y Argentina
Encargado: Prof. JUAN DRAGHI LUCERO

Sección de Folklore e Historia Regional de Cuyo
Prof. JUAN DRAGHI LUCERO

Sección de Arqueología y Etnología
Dr. FELIX DE PROGRANYI - NAGY y HORACIO ZAPATER

Historia de la Cultura
Dr. ALBERTO FALCIONELLI

Sección de Estudios Geográficos
Prof. MARTIN PEREZ

a ELSA

INDICE ANALITICO

INDICE DE GRABADOS

A MODO DE INTRODUCCIÓN

¿Por qué escribir más especialmente una historia de Rusia que una de Estados Unidos, o de Inglaterra, o de Alemania? Reconozco que al elegir mi tema me he permitido ser subjetivo. Me explicaré.

Amo profundamente a Rusia —con un amor que no excluye por cierto la crítica— y hace más de veinte años que vivo en contacto casi cotidiano con ella. Esta larga frecuentación me fué inspirada en mis ya lejanos años mozos, no tanto por el deseo de ponerme al corriente de lo que sucedía en un país cuya política pesaba ya tan dramáticamente sobre el destino de la humanidad, como por una pasión tan enteramente gratuita —mutatis mutandis— *como la que un día embargó a Gauguin y lo llevó hasta las islas de la Sociedad. Ahora bien, es un fenómeno muy corriente en amor el querer que se conozca y se admire el objeto de nuestra pasión y esto ha sido en mi elección un fenómeno tanto más activo cuanto que hace muchos años que he podido comprobar que Rusia es el país peor conocido en Occidente, aquél acerca del cual, por consiguiente, los historiadores tuvieron la facultad de emitir los más impensados despropósitos. Comprobarlo día a día y con los únicos medios de que podemos disponer en este mundo de información dirigida, ha sido para mí una empresa comparable tan sólo a la del historiador que descubriría que Atila, en vez de haber sido el "flagelo de Dios" que todos conocemos, fué por el contrario un soberano bondadoso, refinado y enteramente dedicado a la difusión de la fe cristiana entre las tribus del imperio de las estepas. Tal es el origen subjetivo de este trabajo sobre Rusia: mi no conformismo ante la ceguera de los historiadores que de esta gran nación nos han propinado el conocimiento trunco o caricatural que sigue siendo el de la mayoría de nuestros contemporáneos* [1].

[1] Hablo de los historiadores que pertenecen, no a la escuela marxista que no es sino una empresa apologética, sino de ciertos miembros de la escuela positivista que nos trazaron la caricatura de Rusia que podemos encontrar en la mayoría de los tratados "serios" consagrados a dicho país.

II

Aquí precisamente empieza mi preocupación política frente al problema ruso. Quitemos al vocablo "política" todo contenido contingente; mi propósito consiste solamente en defender la verdad, lo que yo creo ser la verdad, en separar en la historia de Rusia lo falso de lo auténtico. Podríamos decir, por consiguiente, de esta mi preocupación que es de orden político-moral, lo que, de modo indudable, va a contracorriente de la preocupación política de nuestro tiempo.

Rusia es una nación cuyos orígenes legendarios sirven de pretexto a la difusión de los conceptos más descabellados, no sólo acerca de dichos orígenes, sino también acerca de su entero desarrollo histórico. Y aquí reside la razón por la cual, más que a dichos orígenes, he preferido consagrar mi primer esfuerzo de reivindicación a los tiempos más próximos a los nuestros [2]. *Rusia contemporánea, en efecto, es aquélla que ha suscitado las equivocaciones más graves, y por ello me ha parecido que mi tarea debía arrancar del momento en que esta nación se decidió a vivir verdaderamente con nosotros los Occidentales, es decir cuando nuestras ideas —buenas o malas— la incitaron a transformarse en algo que no era ya Rusia porque quería ser Occidente.*

Porque el error de aquellos rusos que dieron esta dirección a su patria consistió precisamente en confundir a Europa con Occidente. Error tanto más grave cuanto que Rusia, si bien pertenece a Europa, no por ello pertenece a Occidente, del mismo modo que si bien una parte de Occidente es Europa, no por ello es toda Europa y tan sólo Europa: creerlo sería excluir a las naciones americanas de Occidente y a muchas naciones europeas de Europa.

Numerosos países pecaron por megalomanía: no hablo aquí de la megalomanía que empuja a tal o cual Estado a dilatarse mediante una política imperialista, la cual encuentra su justificación histórica en su triunfo o su condena en el fracaso; hablo solamente de megalomanía espiritual y por ello digo países y no Estados. Llamo países megalómanos a aquéllos que pretenden identificarse con algo espiritualmente más extenso que ellos (nótese bien que no digo más grande). Así, durante todo el siglo XIX, una cierta Francia fué megalómana cuando quiso identificarse no sólo con el concepto de Occidente, sino también con la idea de Europa; pretensión justificable en lo que se refiere a ciertas naciones pequeñas que son como el apéndice geográfico, lin-

---

2 La mayor parte de las colecciones de historia universal empiezan generalmente por el último tomo. Parece ser una regla constante.

güístico o cultural de Francia; aceptable también en lo que atañe a la actividad de ciertos factores sociales que determinaron en un momento dado —limitado porque se trataba de un momento político— el desarrollo de una gran nación, como aconteció con los grupos liberales italianos entre los años 1820 y 1870; pero pretensión enteramente inaceptable en lo que atañe a otros conjuntos nacionales. Este error de interpretación suscitó el extraño fenómeno de inspirar a ciertos historiadores el propósito de echar de Europa a todo aquello que no entraba por amor o por fuerza en su sistema universalista. Así podemos comprender por qué dos de los grandes axiomas del pensamiento político francés del siglo pasado fueron: l'Afrique commence aux Pyrénées *y* Grattez le Russe, vous trouverez le Tartare, *que son la expresión apenas exagerada del pensamiento napoleónico en lo que concierne a estas dos naciones.*

Esta mentalidad, evidentemente, no pertenece sólo a Francia. El inglés no comprende fácilmente lo que acontece fuera de sus islas y es sintomática, a este propósito, la definición que extendió en la primera hoja de su diario aquel joven lord quien, al desembarcar en Calais allá por el año 1750, había encontrado a una muchacha de cabello ardiente: "En Francia todas las mujeres son pelirrojas". Pero el universalismo británico es —o fué— ante todo mercantil, lo que limita sus efectos; a pesar de lo cual, la generación de Rudyard Kipling —que también fué la de Cecil Rhodes— intentó espiritualizar dicho mercantilismo y creyó haber encontrado la fórmula cuando proclamó que Gran Bretaña era la heredera legítima, la única y legítima heredera, del Imperio romano... lo que es un dulce despropósito.

Las definiciones menos retóricas son las mejores. Olvidémonos, pues, de la retórica y ello nos permitirá afirmar que, contrariamente a lo que se enseña en nuestras aulas, Rusia es tan Europa como Francia o Inglaterra, y que Europa comprende un Occidente y un Oriente que no se oponen en su esencia sino que se conjugan para formar esta Europa.

Indica perfectamente Wladimir Weidlé en su Russie absente et présente [3], *que Rusia, si pertenece tanto a Asia como a Europa por su naturaleza geográfica, tiende invenciblemente hacia esta última a expensas de aquélla por su naturaleza espiritual. Su drama consistió en el hecho de que, al término de la dominación mongólica que la había*

[3] W. WEIDLÉ: *La Russie absente et présente.* París, 1949.

estancado en su desarrollo, cada vez que quiso ganar el terreno perdido en relación con Europa se vió imponer su camino por dirigentes que actuaron como occidentales, no como europeos: así Pedro el Grande que, por no querer dar los puestos de mando a los rusos que consideraba incapaces de adaptarse a un Occidente que odiaban, los entregó a aventureros incapaces de comprender una Rusia que despreciaban; así los occidentalistas del siglo pasado, que consideraban que todo lo ruso era miserable y "divino" lo occidental; así también los liberales que, en el comienzo del siglo XX, se agruparon en los partidos progresistas y quisieron dar a un país que ya no comprendían, formas políticas que podían hacer las delicias de los súbditos de Eduardo VII o de los libres ciudadanos presididos por Armand Fallières pero que, aplicadas a los "esclavos" de Nicolás II, hubieran hecho su infelicidad, como, en verdad, la hicieron algunos años más tarde. Actitudes unas y otras tan excesivas que son seguidas sin excepción alguna por acontecimientos demoledores: Biron y sus alemanes saqueadores, en la primera mitad del siglo XVIII; los terroristas y los destripadores idealistas de la segunda mitad del siguiente; y, en el nuestro, los mansos corderos del Politburó, que no tuvieron más que acostarse en las sábanas apenas tendidas en la cama rusa por los amigos occidentalistas de los señores Miliukov y Kérenskiy.

Tengo una irresistible propensión a sonreírme cuando leo en las obras de Maurice Paléologue que la ascendencia tártara de Lenin (tal como la revelarían sus pómulos salientes y su apellido de Uliánov) es suficiente para explicar su actuación política y determina, por consiguiente, lo que sucede en Rusia desde 1917. Paléologue era un diplomático fracasado que se consolaba de su jubilación prematura escribiendo libros de historia y dando conferencias en los salones elegantes para transformar sus fracasos en triunfos. Tales "ocupaciones" se basan necesariamente en el efectismo y tienen su excusa en su misma limitación. Pero cuando encuentro de nuevo estas mongólicas causas de nuestro destino bajo la pluma de historiadores calificados, me entristezco pensando en un público que, con el afán quietista característico de los lectores de nuestros días, se da por muy satisfecho con este tartarismo de Vladímir Ilich y con las tartarinadas de su pensador preferido.

Todo lo que ha acontecido en Rusia después de Pedro el Grande hubiera podido acontecer en cualquier nación de Occidente, y sería bueno saber de una vez por todas que el pillaje de la nación desde el

Estado, que señala el pasaje de Biron y de sus alemanes, lo encontramos en Occidente con el asunto de Panamá y varios otros; que el idealismo pirotécnico de la Naródnaia Volia, *lo encontramos en Francia y en España, en Italia y en Norteamérica, donde se llama anarquismo. Porque, en fin de cuentas, Sadi Carnot y el Rey Humberto y la Emperatriz Elizabeth fueron asesinados por anarquistas italianos, y no se dirá que los italianos no son europeos; y Abraham Lincoln por un compatriota suyo, y no se dirá que los americanos no son occidentales. El anarquismo es un hecho tan occidental como ruso y se podría discutir mucho tiempo antes de saber quién, de Bakúnin o de Proudhon, es su padre legítimo. En cuanto al terror bolchevique, no es sino una edición ampliada, casi diría stajanovizada, del terror robespierrista; porque no fué culpa de Robespierre si su amor a la humanidad no pudo expresarse más que durante dos años mientras el de Vladímir Ilich y Iósif Stalin dura desde siete lustros. Los rusos no han hecho sino llevar hasta sus últimas consecuencias aquello que los franceses y los ingleses habían descubierto en el siglo XVIII y que Weidlé llama "obscurantismo racionalista". Occidente enseñó a Rusia el método para sacudir los viejos mitos vitales y, ahora, sufre a su vez el contragolpe de la sacudida. Allí reside todo el misterio de su decadencia.*

∇

En esta Historia de la Rusia contemporânea, *no relato ningún hecho que no sea conocido como tampoco ofrezco descubrimientos sensacionales. Me contento con dar de los acontecimientos que señalan la ruta de este país entre los años 1825, rebelión de los Decembristas, y 1953, la interpretación que, honestamente, me parece más próxima de la verdad. Suplico al lector creer que semejante tarea es infinitamente más cansadora, y creo que también más consoladora, que la que consiste en presentar hechos desconocidos o hallazgos extraordinarios que, muy a menudo, resultan no tan desconocidos ni extraordinarios como se pretendía.*

Veo muy bien lo que puede faltar en un trabajo de esta índole. En primer lugar —y sobre todo— le falta más extensión en el tiempo, es decir que su principal defecto consiste en atenerse a un período de ciento veinte y cinco años en lugar de extenderse sobre la entera historia de Rusia. Si ello puede servir de excusa, mi propósito es comple-

tarlo en los años próximos hasta abarcar dicha historia desde los orígenes. Pero, mucho más que este pretexto, los acontecimientos que estamos viviendo me proporcionan mi verdadera justificación.

Rusia, en efecto, no interesa a Occidente sino en función del comunismo que la Unión soviética encarna actualmente. Mi propósito ha sido pues, tanto el examen crítico de las ideas políticas como el estudio de los hechos históricos que han llevado a la experiencia que está desplegándose ante nuestros ojos; y he intentado realizarlo teniendo en cuenta las corrientes del pensamiento intelectual y religioso que, a través del triunfo bolchevique, han llegado a condicionar la vida, no sólo de Occidente sino de la humanidad entera, del mismo modo que la enfermedad condiciona la vida del hombre.

Se me preguntará entonces por qué me he extendido sobre un periodo de ciento veinte y cinco años y no me he limitado a la sola historia de la Unión Soviética.

En verdad, tal había sido mi objeto al empezar. Sin embargo, cada vez que tuve que enfrentarme con trabajos de esta naturaleza, he podido comprobar que tal limitación tiene por principal efecto dejar muchos elementos en la obscuridad, sea que el autor se contente con aludir rápidamente a ellos sin ahondarlos, sea que los pase bajo silencio, aunque estos elementos tengan una importancia sensible. Así, a medida que mi trabajo de preparación y de acumulación de material se ensanchaba, me aparecía que era preciso abarcar un periodo más amplio que incluyera el conjunto de los movimientos políticos, intelectuales, espirituales que han determinado, más allá del mero estallido de la revolución bolchevique, el surgir de la idea de revolución en Rusia. Y, a menudo, hay que ir a buscar muy lejos el origen de estos movimientos [4].

V

Con todo esto, no faltará quien piense que, en nuestro país, la

[4] En verdad, el problema de más difícil solución que ofrezca un trabajo acerca de la época contemporánea es el de su conclusión. En este segundo y provisorio entre-dos-guerras, por otra parte, los acontecimientos se producen sin la menor pausa, de suerte que resulta casi imposible elegir entre ellos cuál puede considerarse como punto de llegada. Todo bien sumado, me ha parecido que un doble pretexto —no digo una doble razón— para poner un punto final al presente estudio puede encontrarse en el fallecimiento de Stalin sobrevenido en Moscú el 5 de marzo de 1953, y en la elección presidencial con la cual el partido

publicación de una historia de Rusia no responde a necesidad apremiante alguna porque el peligro ideológico que Rusia encarna no se presenta para nosotros con los rasgos de amenaza directa que asume para Europa occidental. Ello merece ser discutido detenidamente.

Cierto es que para la Argentina la situación no es la misma, desde los puntos de vista estratégico e ideológico, que para el Viejo Mundo. En América latina, el peligro comunista, en las manifestaciones esporádicas que han señalado su existencia durante un cuarto de siglo, nunca llegó a tener el carácter de homogeneidad que fué la marca de la acción subversiva del marxismo europeo. Allí, aun cuando no disponía de un fuerte apoyo electoral —pensamos en la Francia del "Cartel des Gauches" (Quantum mutatus ab illo!) *y en la Inglaterra de la primera experiencia Ramsay Macdonald— podía contar con la neutralidad de masas obreras enteramente divorciadas del hecho nacional, para las cuales lo esencial residía en la destrucción del orden político-social existente, viniera luego lo que viniera. Mientras que, aquí, vemos muy claramente que, en los treinta y cinco años que unen la revolución de Octubre a nuestra actualidad, los grupos comunistas locales nunca llegaron siquiera a apoyarse, no ya en masas neutrales, sino tan sólo en pequeñas minorías revolucionarias —condición suficiente para la conquista del Estado— como acaba de suceder en países tan abiertamente anticomunistas en la inmensa mayoría de su población como Polonia, Hungría, Rumania. Por la razón muy sencilla que en la América latina, y singularmente en nuestro país, el hecho nacional sigue ejerciendo su influjo en el espíritu de masas por otra parte no perdidas todavía para la religión porque, aun cuando se han industrializado, el lapso que transcurre entre el momento de su abandono del campo y el de su radicación en los centros urbanos no ha sido suficiente para cortarlas del terruño natal y proletarizarlas sin remedio. De modo que no sería exagerado afirmar que, para instalarse entre nosotros, el comunismo debería empezar por proceder a una vasta liquidación del cam-*

republicano de Estados Unidos volvió a conquistar el poder el 4 de noviembre de 1952.

Ambos acontecimientos, en efecto, pueden determinar cambios fundamentales en la política mundial; el primero porque es evidente que tendrá repercusiones que habrán de pesar sobre el destino de Rusia y del mundo; el segundo porque, en razón de las condiciones sumamente críticas que el mundo está atravesando, la imponente mayoría que se ha agrupado alrededor del general Eisenhower, al mismo tiempo que señala un vuelco de la opinión pública norteamericana hacia la derecha, es susceptible de incitar al gobierno de Washington a emprender una política más dinámica para con las empresas del comunismo universal, sea cual sea la naturaleza de estas empresas.

pesino como clase, vale decir de casi todos los Argentinos del campo y de la ciudad.

Pero no somos más que una nación —y una nación no grande por cierto— situada en un inmenso mundo cuyos problemas, incluso cuando no nos tocan directamente, son indivisibles de los nuestros que, ellos también, pertenecen al resto de la humanidad. Y no se negará que, para esta humanidad, el hecho ruso constituya, de modo muy apremiante, el problema fundamental en la medida precisamente en que Moscú pretende ofrecer a todos los hombres una solución unitaria de los problemas particulares que dividen el cuerpo de cada una de las naciones.

En este caso —en razón de su rareza el hecho debe ser subrayado— Inglaterra nos puede servir de ejemplo; en este caso, es decir en el de un país que descubre por sí solo que el ofrecimiento ruso no constituye en lo más mínimo una solución. Se habla aquí de la Inglaterra de la primera experiencia laborista, cuyas masas obreras agrupadas en los Trade Unions, *después de su coqueteo inicial con la gente del* Arco, *se convencieron de la nefandad del ejemplo bolchevique. Es de suponer que tal convicción no entró por obra del Espíritu Santo en la mente de los mineros galeses y de los metalúrgicos de Birmingham y que dichos obreros la adquirieron por el conocimiento directo del hecho ruso. Es así en efecto, ya que, de 1919 a 1930, los contactos fueron ininterrumpidos entre los* Trade Unions *y los sindicatos rusos. Y es un hecho digno de admiración para quien asistió a las peleas que desgarran el cuerpo de los sindicatos europeos, que, en su inmensa mayoría, los sindicalistas ingleses, galeses y escoceses hayan aceptado como sano y juicioso el consejo que su dirigente sir Walter Citrine, al término de un largo contacto con Moscú, les dió de romper los puentes con los sindicatos comunistas y de buscar en el terreno nacional exclusivamente la solución de sus problemas económicos y sociales. El reciente retorno ofensivo de los rusos por el canal de Aneurin Bevan, no ya sobre el plano sindical sino sobre el plano político, puede ser rico de amenazas para la paz interior de Inglaterra; ello, por el momento, no cambia nada al hecho de que Moscú perdió el contacto con las masas obreras británicas hace más de veinte años, como tampoco lo cambia que el cripto-comunista elegido para agitar a provecho del Kremlín la vida política del Reino Unido no actúe y no se atreva a actuar más que sobre el terreno de la política internacional que —desgraciadamente, hay que reconocerlo— es el que menos enciende la imaginación del trabajador medio porque lo considera prerrogativa exclusiva de aquellos caballe-*

ros muy distinguidos y algo estrafalarios agrupados en el llamado cuerpo diplomático.

Que el Kremlin, después de tentativas, numerosas como vanas, para reanudar sus antiguos amores con los Trade Unions *y para transformar a éstos en el caballo de Troya del imperialismo soviético en Gran Bretaña, haya finalmente elegido la colaboración de Aneurin Bevan, ello demuestra: 1º que el mundo parlamentario le parece, como lo es en efecto, mucho más permeable que el mundo del trabajo, por lo menos en el Reino Unido donde, en materia de penetración a través de ciertos círculos políticos, existe cuanto menos el precedente del filosovietismo de un cierto torismo, el torismo churchiliano de los años 1935-1945 el cual, con el entusiasmo extravagante que todos recordamos, abrió a la observación de los inocentes aliados rusos todos los cajones que les interesaba examinar; 2º que la imposibilidad de volver a entrar en contacto con los* Trade Unions *revela por parte de éstos un profundo conocimiento del secreto de la táctica y de la estrategia soviética, vale decir de la historia de la Rusia de estos últimos treinta y cinco años, historia que no puede ser expuesta más que en términos de guerra y de revolución, vale decir en lenguaje militar.*

Cierto es que el peligro comunista, tal como lo podemos circunscribir gracias a este lenguaje, parece más inmediato para Inglaterra que para la República Argentina. Cierto es también que, a pesar de la amenaza tremenda que este peligro implica para el mundo en su conjunto, nada demuestra que dicho peligro y dicha amenaza hayan de resolverse en una victoria del comunismo. Pero, de allí a considerar inútil un conocimiento exacto del hecho ruso y el porqué este hecho está lleno de virtualidades peligrosas, hay un margen que significa, en fin de cuentas, que puesto que una dominación mundial por parte de Rusia no es la consecuencia fatal de la actual crisis general, mejor es desinteresarse de una cuestión en la cual nada, o bien poco, nos interesa.

Este es el error, ya que en dicha cuestión todo nos interesa y de modo excepcionalmente apremiante.

La República Argentina no puede pensar en competir, evidentemente, con los conjuntos nacionales poderosos cuyo choque tiende, en pocas palabras, al imperio político y económico del mundo. Pero la indivisibilidad que hoy día caracteriza los problemas, todos *los problemas mundiales, le ordena conocer, y no de modo superficial, quiénes son aquéllos que pretenden dominar el universo. Entre todas las hipotecas —no muy numerosas por otra parte— que se ciernen sobre nues-*

tras cabezas, la rusa es en verdad la más pavorosa porque el aparato de su expansión implica de modo inexorable la destrucción de todo *lo que forma lo esencial de nuestra vida (ello no significa que la hipoteca norteamericana no contenga factores potencialmente peligrosos y aun mortales para nosotros; significa que estos factores son distintos de los rusos y que se los debe y puede capear de modo diverso). Todas las naciones del mundo, las imperiales y las modestas, las grandes y las pequeñas, las ricas y las pobres, las disconformes y las satisfechas (pero no hay naciones satisfechas: hay tan sólo naciones cansadas), todas las naciones del mundo que no participan directamente en el juego de los dos colosos, incluso aquéllas que en este juego toman parte a regañadientes* [5]*, tienen probabilidades de no morir solamente mientras sigan solidarias en la defensa de lo que creen ser sus razones de vivir. Todos estamos sentados alrededor de la misma mesa redonda y la apuesta es elevada. Se trata sencillamente de saber cuál será nuestra suerte mañana y, lo que es más importante, la de nuestros hijos dentro de algunos años. Para ello, quizás siga siendo ejemplar para nosotros aquello que los sindicalistas ingleses hicieron hace veinte años: antes de juzgar, comprender y, para comprender, conocer.*

Esta es la razón por la cual esta Historia de la Rusia contemporánea *quizá no sea enteramente inútil. Así lo pienso yo que soy la parte interesada puesto que soy su autor. Así lo ha pensado también el señor Rector de esta Universidad, que es quien ha decidido una publicación que, en su espíritu, pertenece a un plan de largo alcance destinado a proporcionar a los estudiosos y al público de la Argentina y de las demás naciones de la América latina un mayor y mejor conocimiento de los problemas que, por ser los del mundo, son los de nuestro mundo y, por ende, de nuestras patrias. A este plan, que ya empieza a proyectarse en la realidad concreta, pertenecen varios organismos creados por el afán universalista del Doctor I. Fernando Cruz;* Escuela de Temporada, *donde intelectuales provenientes de todos los países de América meridional y central, han de enfrentar, en la excepcional at-*

5 El 25 de junio de 1952, el mariscal Alphonse Juin, comandante de las fuerzas aliadas del sector Centro-Europa, es decir uno de los más grandes jefes del Pacto Atlántico, en un discurso pronunciado en el almuerzo del Club Francés de Ultramar, afirmaba: "Digo a los norteamericanos: si ustedes no muestran una mayor comprensión por la posición francesa en Africa del Norte, nuestra nación no dudará en dejar la organización de las Naciones Unidas. El ministro de Relaciones Exteriores que tuviese el valor de hacer eso figuraría en lugar destacado en la historia del país". (Despacho Reuter con fecha 26 de junio de 1952).

mósfera de serenidad que les proporciona la pacífica Argentina, los problemas de su vivir nacional con los de nuestro progresar continental; Escuela Superior de Ciencias Políticas y Sociales, *cuyo propósito es la formación de los cuadros dirigentes que han de llevar con mano firme la Argentina de mañana hacia la realización del destino que la Providencia le ha trazado;* Instituto de Estudios Eslavos *que, a pesar de su todavía breve actividad, reúne en el estudio de la lengua y de la cultura rusas un núcleo de jóvenes argentinos que serán quienes den a la gente de nuestra tierra el conocimiento de una nación que, actualmente, alimenta en su seno y en el nuestro todas las amenazas del materialismo ateo, mas que, por la nobleza cristiana de los mejores de sus hijos, puede ayudar a nuestro mundo martirizado a entrar mañana en una era de amor y de paz; por fin, proyectos de publicaciones que, como esta* Historia de Rusia, *intentarán exponer lo esencial de los problemas cuya falta de solución, hija de la ignorancia, ha sembrado hasta ahora entre nosotros y entre nuestros hermanos de América gérmenes de división y de desconcierto, pero cuya exposición, fruto del trabajo sereno, habrá de suscitar una comprensión mejor de lo que nosotros somos y, en lo ajeno, de lo que puede hermanársenos para ayudarnos en la lucha que, día a día, tenemos que sostener con lo que se sitúa contra nosotros y que, disfrazándose astutamente tras palabras altisonantes o conceptos nebulosos, intenta destruirnos o avasallarnos para poder instalar mejor sobre el mundo el imperio de lo que es negación de nuestras creencias y de nuestras razones de vivir.*

V

Cierto es que si, como lo creo firmemente, la revolución de Febrero no era fatal ni necesaria, la de Octubre asumió caracteres enteramente diversos: en su esencia respondió a la necesidad de una reacción marcadamente rusa contra la desintegración del Estado provocada por la incapacidad de los Occidentalistas, que la caída del Zarismo había llevado al poder sin que llegaran a comprender lo que les sucedía. Y nótese que, al dar esta definición de la revolución de Octubre, hablo tan sólo de la acción de Lenin, el cual, inclusive contra sus propios compañeros, vió claramente lo que sucedía y supo canalizar hasta la restauración de la idea de Estado a los elementos revolucionarios anárquicos en los cuales se había apoyado a partir de su vuelta a

Rusia en abril de 1917. Ya que Lenin, si por una parte utilizó las condiciones existentes en Rusia para barrer a los progresistas abstractores de quintaesencia y ocupar el Estado, por otra, cuando se trató para él de reconstruir dicho Estado, no tardó en comprobar que las doctrinas sistemáticas de Marx y Engels serían contraproducentes: razón por la cual dichas doctrinas nunca fueron aplicadas en Rusia por Lenin ni por Stalin: lo que allí se realiza desde octubre de 1917, es un marxismo corregido y rusificado —el leninismo-stalinismo— que, de modo constante, es la negación práctica del marxismo teórico. En otras palabras, si el comunismo ha podido mantenerse en Rusia, ello es debido al hecho de que, a través de un abandono necesario de las normas de la Escuela, Lenin y Stalin han realizado su operación política teniendo en cuenta tan sólo las enseñanzas de las corrientes revolucionarias particulares a Rusia y los hechos proporcionados por una cierta realidad rusa enteramente ajena a Occidente: si Lenin y su sucesor hubiesen aplicado las ecuaciones descubiertas por Marx con su empirismo de laboratorio dedicado a la observación del hecho económico inglés de la segunda mitad del siglo pasado, la revolución rusa habría fracasado en menos de pocos años y dado lugar, o bien a una experiencia dictatorial de tipo militar (cesarismo), o bien a una serie de estallidos anárquicos cuyo primer efecto hubiera sido el fraccionamiento del "sexto continente" en una serie de grupos nacionales centrífugos (Ucrania, Bielo - Rusia, Georgia, regiones musulmanas, etc.), y luego y casi diría fatalmente, una explotación de tipo colonial por parte de vecinos poderosos y bien organizados como Alemania, Japón y Polonia cuya historia, en lo que va de este siglo, revela en efecto designios de esta índole.

Ello no ha sucedido porque Lenin y Stalin, con un oportunismo cínicamente despojado de prejuicios doctrinales, han llevado hasta el máximo la centralización del Estado y combatido, por una política de concentración económica aplicada sin consideración, el separatismo latente de las nacionalidades alógenas, evitando cuidadosamente, cada vez que ha sido necesario, tener en cuenta las enseñanzas del profeta de Tréveris. A ellos se aplica exactamente la parábola del Gran Inquisidor con la cual Dostoievskiy, en los Hermanos Karamázovi, pretendía ilustrar la traición de la Iglesia de Roma para con Cristo.



En el curso de esta obra el lector encontrará a menudo tesis y

modos de argumentar que quizá choquen con su forma mentis. *Que el lector, entonces, cierre esta historia y si persiste en querer aprender sobre Rusia algo que no encuentra en su gaceta cotidiana, que adquiera una de aquellas obras innocuas cuyo conformismo está fuera de cuestión.*

Pero si considera la historia como una disciplina cuyo objeto es el presupuesto riguroso de las acciones y de los pensamientos de los hombres, quizá aprenda algo en esta obra: algo que lo ayudará a rectificar ciertas opiniones recibidas de manos de quienes las forjaron para buscarse una justificación que su actividad de hombres públicos no les podía proporcionar.

Aquélla que, seguramente, suscitará mayor escándalo es mi tesis acerca del papel lamentable representado por los círculos progresistas rusos entre 1861 y la revolución de Octubre, tesis que expongo sin el menor miramiento y, a veces, con brutalidad. Mejor será, pues, ponerse de acuerdo desde ya.

Los Occidentales —de Europa o de América— somos todos liberales, de uno u otro modo. Aun aquéllos de nosotros que, por no ser cristianos progresistas, siguen acatando las condenas impartidas por la Iglesia contra el liberalismo político y económico, son liberales en sus modos de vivir y de pensar aunque más no sea porque son tolerantes e intentan convencer a sus antagonistas con el razonamiento y no con la fuerza. Asimismo, aquéllos que no consideran la democracia como el mejor de los sistemas posibles porque creen descubrir en su esencia la causa de la decadencia de la sociedad occidental, no por ello son partidarios del despotismo: la realidad política no es tan rígida como para que aquél que no admira a Rousseau deba inscribirse forzosamente entre los secuaces de Nerón. En fin de cuentas, el liberalismo, en cuanto que fenómeno político, es un hecho transitorio, y si bien es evidente que algunas nacionalidades, como Italia por ejemplo, le deben su resurgir, no es menos cierto que otras, como la Francia de nuestro tiempo, le deben la decadencia de sus instituciones. Por su relatividad, el hecho político debe ser interpretado sin rigidez, aunque sí con rigor, y será permitido opinar que el liberalismo puede convenir en un momento determinado a ciertas formas nacionales y, por el contrario, ser finalmente causa de decaimiento para otras cuando cambian las circunstancias que han hecho posible su nacimiento. Para ser más explícitos, es de admitir que conviene a aquellas naciones cuya vida histórica, como la de Estados Unidos, empezó con la fase ascendente del liberalismo, y

que les conviene, no tanto porque es excelente en sí, sino porque constituye toda su tradición política e histórica. En cuanto a los países que, por ser más viejos que el liberalismo, han conocido formas políticas y sociales más variadas, podremos admitir que la estructura liberal no les conviene en la medida en que el liberalismo niega rotundamente la validez de las demás formas políticas, incluso de aquéllas que han plasmado dichas naciones a lo largo de su desarrollo histórico hasta darles sus formas físicas y mentales definitivas. El liberalismo, porque hace tabla rasa de toda tradición histórica, constituirá en el caso de estas naciones, y tan sólo durante los periodos de tranquilidad internacional y de prosperidad económica, un mal menor cuyas consecuencias, empero, son a menudo desastrosas cuando se presenta un periodo de emergencia exterior o de agitación social prolongada. Por lo cual, cuando acepta este mal menor, una nación dotada de largas tradiciones históricas, se encontrará al mismo tiempo en la necesidad de establecer un compromiso con su contrario —el principio de autoridad— ya que, sin esta componenda, la forma liberal adoptada nunca es viable mucho tiempo.

Así lo comprendió Gran Bretaña, que hasta 1945 fué gobernada por una oligarquía, liberal en su forma y nada democrática en su realidad profunda, supremamente oportunista porque estaba dirigida por principios elásticos desprovistos de sistematismo doctrinal. Así Italia restaurada que, a pesar de haber aprovechado el auge del liberalismo para realizar su unidad nacional, se apresuró a idear un sistema de gobierno tan poco rousseauniano que, bajo la guía discreta de la dinastía, adoptó de entrada fórmulas políticas destinadas a mantener muchos años en el poder a los mismos dirigentes sin que el parlamento pudiera emprender contra ellos maniobras peligrosas; baste recordar los nombres de Rudinì, de Crispi y de Giolitti. Y así Estados Unidos que, con su sistema presidencialista, se da un soberano absoluto renovable por plazos.

Joseph de Maistre afirmaba que nunca un pueblo podrá adquirir la libertad si ésta no se encuentra en el punto de partida de su tradición histórica y que, por consiguiente, existen pueblos nacidos para disfrutar de instituciones liberales y otros destinados a ser regidos por sistemas autoritarios. Maurras siempre consideró el régimen parlamentario aceptable para Inglaterra y el sistema presidencialista conveniente para Estados Unidos, mientras los juzga uno y otro dañinos para Francia porque violan sus tradiciones históricas y espirituales, las cuales no

son inventos debidos a tal o cual pensador más o menos genial y casi siempre irresponsable —Rousseau— sino fruto del genio de una raza lentamente formada por la historia.

Todo ello para decir qué el progresismo del kadete Miliukov y el democratismo del laborista Kérenskiy no convenían a Rusia porque Rusia no disponía de ninguna tradición histórica que le permitiera asimilarlos.

Los liberales rusos fueron generalmente hombres honrados, cultos y repletos de buenas intenciones. No se puede decir de ellos que estuvieran animados por un amor ardiente por el pueblo, pero tampoco se puede decir que lo despreciaran en el sentido absoluto de la palabra: simplemente, lo ignoraban. Para ellos, el arte de gobernar era una mera operación científica, un ejercicio matemático cuyas ecuaciones habían sido establecidas de una vez por todas por los ingleses y los franceses del siglo XVIII y habían llevado, en el siglo siguiente, al triunfo de la burguesía ilustrada de Occidente. Estaban firmemente convencidos de la superioridad de la clase a la cual pertenecían, pero esta convicción descansaba en algo que no es mucho cuando actúa por sí solo: el dinero y la cultura. Económicamente más poderosos que los nobles, los cuales se empobrecían día a día porque les repugnaba la idea de buscar compensaciones en las empresas industriales o en la especulación, se consideraban más dignos que ellos de gobernar porque, contrariamente a ellos, estimaban que un título universitario tiene más valor práctico que un pergamino nobiliario. Miembros de una clase extraordinariamente reducida, no tenían ni podían tener contacto alguno con la aldea o con el suburbio obrero. Y, armados únicamente de su superioridad intelectual y de su poderío económico, no estaban habilitados para representar el papel político que creían pertenecerles porque Rusia, en verdad, nunca fué nación de plutócratas ni de intelectuales. Para actuar en el terreno político necesitaban, pues, aliados, pero estos aliados no los podían encontrar sino a su izquierda, entre la clase de los semi-intelectuales fracasados que buscaban en las ideas subversivas una compensación para sus decepciones y que, ellos tampoco, nada podían por sí solos. Tanto es así que en la empresa antizarista se pudo asistir, a partir de 1861, año de las grandes reformas de Alejandro II, al extraño connubio de grandes burgueses progresistas y de subversivos de toda laya, desde el terrorista de los años 80, romántico, harapiento y más que medio loco, hasta el marxista fríamente "científico" del comienzo de este siglo. Fenómeno que, por otra parte,

no pertenece tan sólo a Rusia ya que lo hemos visto repetirse, antes de la segunda guerra mundial, con los varios frentes populares de estrafalaria memoria, y, a partir de 1944-45, en las naciones de Europa central y oriental, donde la pasmosa ingenuidad positivista de los partidos progresistas ha llevado de modo constante al triunfo de los comunistas. El caso de hombres como Miliukov en Rusia, Mikolaiczyk en Polonia, Tildy en Hungría, Tomás Mazaryk en Checoeslovaquia, Petkov en Bulgaria, es en efecto muy parecido. En 1920, Vilfredo Pareto escribía esto que les conviene perfectamente a todos: "...consciente o inconscientemente, van exhortando a la gente a no contrastar "los tiempos nuevos", *a resignarse a lo* "inevitable", *a creer en el* "evangelio del divino proletario" *y de los* "sacrosantos trabajadores", *a* "transformarse para no ser destruídos", *lo que, en verdad, es darse la muerte para evitar recibirla de otros"* [6].

Casi trescientos años antes que el sociólogo italiano, Corneille decía algo bastante parecido:

Et puis, ose accuser le destin d'injustice,
Quand tu vois que les tiens s'arment pour ton supplice,
Et que, par ton exemple à ta perte guidés,
Ils violent des droits que tu n'as pas gardés [7].

Lamentable es decirlo pero necesario: Rusia no nació para la libertad. Su entrada en la historia tuvo dos características que la plasmaron enteramente en el sentido de una sumisión total: la primera fué su llamamiento a los Variegos para que le dieran formas políticas que era incapaz de encontrar por sí sola; la segunda, su conversión al cristianismo a través de Bizancio donde precisamente el poder religioso, en oposición con sus orígenes, se había transformado en un instrumento del poder político.

Todas sus formas de vivir y de pensar —hasta las de rezar— Rusia las recibió de afuera y, en razón de esta procedencia, tales formas tuvieron que serle impuestas por la fuerza: Rúrik no se parece en lo más mínimo al Carlomagno algo mítico que nos presentan nuestras leyendas y que nuestras historias desde Eginardo no destruyen: y es necesaria mucha buena voluntad para considerar a Vladimir el Santo como un bienaventurado en el sentido que nosotros damos a la palabra ya

---

6 V. PARETO: *Trasformazioni della democrazia.* Milán, 1920.
7 *Cinna,* IV-II.

que, rara vez bajo nuestros climas, quien mata a sus hermanos y tiene un batallón de concubinas alcanza la gloria de los altares.

Aquí avanzo otra opinión susceptible de herir a la mayor parte de mis contemporáneos en su búsqueda del confort intelectual: he llegado a la convicción de que, una vez desaparecido el Zarismo, la única legitimidad de facto *susceptible de substituirse a esta legitimidad de derecho, la constituía el bolchevismo. En estos tiempos de opiniones políticas sin matices —el matiz político es un hecho propiamente individual que el grupo, el partido o la clase excluyen porque, para sobrevivir, deben expresarse sistemáticamente— en estos tiempos, semejante afirmación me hará tachar sin duda alguna de cripto-comunista.*

Lo hago, no obstante, con plena conciencia porque me parece más honesto llamar por su nombre un hecho real que nadie, por más vueltas que dé a la cuestión, podrá negar seriamente. Sé muy bien que si quiere atenerse a las tendencias todavía imperantes en tantos círculos intelectuales, el historiador no debe emitir opinión personal alguna porque el hacerlo es contrario al principio de objetividad, gloria de la historiografía positivista. Pero no escribo tan sólo una historia ad narrandum *sino también una historia* ad probandum; *y habría que admitir de una vez por todas que el positivismo sigue teniendo tanta aceptación solamente porque es filosofía muy fácil de comprender; filosofía tan fácil que nunca pudo dar una interpretación valedera de la historia, probablemente porque ni siquiera es filosofía. Ya que quien dice filosofía dice metafísica, que es lo que el positivismo niega más que cualquiera otra cosa.*

Aquí precisamente se encuentra la razón por la cual tantos historiadores extienden un púdico velo sobre ciertos hechos que, aunque esenciales, no cuadran con su sistema ni responden a ninguna de las categorías establecidas por los pontífices de la Escuela.

La legitimidad del poder zarista es uno de estos hechos. Puesto que resulta difícil discutirlo de buena fe, se lo pasa bajo silencio con el propósito de sugerir por contragolpe la tesis de una ilegitimidad imposible de fundamentar de otra manera.

Para quien necesita hechos y no opiniones, diré sólo por el momento que una dinastía que, en tres siglos, llevó a la nación rusa del desmoronamiento total de los "Tiempos Turbios" a la grandeza que la caracterizó, incluso a través de sus fracasos, hasta 1917, está perfectamente justificada en el ejercicio de su autoridad a pesar de las numerosas fallas que constelan su camino. Ahora bien, los progresistas,

beneficiarios de su caída en 1917, se revelaron incapaces de gobernar a Rusia, no tanto porque no eran inteligentes como porque no tenían ya nada que ver con la realidad histórica, social y espiritual de su país. Fuera de su voluntad verdaderamente insensata de importar instituciones británicas o francesas sin tener en cuenta dicha realidad —agravada por tres años de guerra— nos aparecen solamente como los aprovechadores inconscientes de una circunstancia que ni siquiera habían previsto aunque, desde el comienzo del siglo, se hubiesen proclamado dispuestos a "asumir las graves responsabilidades del poder". De suerte que su incapacidad, su falta de visión política y su ambición precipitaron a Rusia en una situación anárquica en la que empezó a desmembrarse, en la que el concepto mismo de Estado pronto no representó nada para los rusos.

Frente a estos resultados que a las pocas semanas empujaban al ilustre abogado Maklákov, corifeo del partido kadete, a gemir en el chaleco del embajador de Francia: "Ninguno de nosotros preveía la amplitud del movimiento; ninguno de nosotros esperaba semejante cataclismo" [8]*, surgió un pequeño grupo de facinerosos desprovistos de responsabilidad política y moral, que, en pocos meses, hicieron madurar la situación, se incautaron del poder por todos los medios, sobre todo por aquéllos que la moral condena, y rehicieron un Estado ruso con los resultados que tenemos a la vista. Haber tomado a Rusia en las condiciones lastimosas en que se encontraba en octubre de 1917 y haberla transformado en la amenaza que ahora constituye para el universo, ello me parece una justificación de hecho para los autores del golpe de Octubre.*

No quiero decir con todo esto que Lenin y sus secuaces fueran hombres más honrados que los perfectos caballeros que fueron los señores Miliukov, Lvov y Basilio Maklákov. Quiero decir solamente que sabían lo que querían, mientras dichos caballeros ni siquiera habían pensado en trazar la menor línea de acción. Me resulta muy desagradable a mí también que agitadores sin escrúpulos hayan jugado a estos hombres honrados y llenos de buenas intenciones la mala pasada de Octubre; pero los hechos son los hechos y rara vez vienen sin motivo. Y, en este caso específico, la causa de la jugarreta en cuestión hay que buscarla en algo que está por encima del simple juego político: hay que buscarla en la moral.

---

[8] M. PALÉOLOGUE: *La Russie des Tsars pendant la grande guerre.* Tomo III, 11 de abril de 1917. París, 1922.

Aquí, no se trata ya de moral utilitaria, sino más bien de aquella moral superior cuyas leyes —muy misteriosas hasta en su constancia— se niegan a toda indulgencia a favor de la mediocridad aun cuando se sustente en efectos de comercio y en títulos universitarios. Por cuya razón, generalmente, se la llama fatalidad. De ahí que el juego de esta moral superior, de esta fatalidad metafísica, me permita encontrar en los acontecimientos sincopados que van de la caída del Zarismo al triunfo del bolchevismo y en todos aquéllos que han brotado y siguen brotando de este fatal 25 de Octubre algo que, generalmente, no figura en los manuales de historia y que es el triunfo del mal sobre el bien, triunfo hecho posible por el juego irreal de una mediocridad satisfecha de sí misma.

Si con todo eso se me preguntara cuál es mi filosofía de la historia, hoy que he llegado bastante más lejos del mezzo del cammin di nostra vita *contestaría que soy pesimista y pragmatista: pesimista en cuanto que católico, porque una religión fundada en el dogma del pecado original no es una religión que admita escapatorias optimistas del tipo dieciochesco* [9]*; pragmatista, en el sentido en que lo fué Pascal, porque enemigo de todo monismo, materialista o idealista, y porque enteramente imbuído de la tradición del viejo dualismo greco-cristiano. Nada de esto es muy original, pero lo he alcanzado por mí solo pagándolo a un precio elevado. Lo que no me proporciona ningún motivo de orgullo sino, bien por el contrario, infinitos motivos de humildad.*

V

En verdad, la que sufrimos es una crisis de certidumbres; una crisis que no ha hecho sino acelerarse desde los tiempos, casi míticos y sin embargo tan próximos aún de nosotros, en que la sociedad occidental aceptaba con alegría sus soportes legítimos, que no eran legítimos más que porque eran tradicionales.

Aquéllos que, renunciando a su auténtica condición, aceptan la

9 Pesimista por oposición al optimismo que nos gobierna desde 1789, no pesimista *more sartriano*. Este pesimismo es el mejor método encontrado hasta ahora para asegurar a la humanidad un bienestar relativo. "El pesimista —dice Georges Sorel en sus *Illusions du Progrès*— no está sujeto a las locuras sanguinarias del optimista que se exaspera ante los obstáculos imprevistos que sus proyectos encuentran; no sueña con provocar el bienestar de las generaciones futuras asesinando en masa a los egoístas de su tiempo".

idea de una transformación de nuestra sociedad en sociedad comunista porque en ésta creen ver el término fatal de la evolución de una humanidad guiada por el progreso, no han comprendido que desde el día en que sacudió estos soportes legítimos, la humanidad no hizo más que degradarse a cada una de sus oscilaciones "revolucionarias". Y en esta degradación que, genuinamente, es decadencia de la libertad, reside la razón por la cual tantos de nuestros contemporáneos, con el obscuro deseo de devolver a la sociedad una apariencia de sentido, adhieren ahora al absurdo ideal revolucionario que se encarna en Moscú, la Cuarta Roma, la Ciudad Elegida, la puerta dorada del futuro paraíso terrenal.

Es evidente, en efecto, que la gran incógnita que pesa sobre el mundo contemporáneo es la llamada incógnita marxista. Sin embargo, esto no es tan sencillo como parece y se hacen necesarias algunas precisiones: el marxismo constituye una incógnita en la medida en que se trata del marxismo realizado por Rusia, es decir —para hablar más claro— por una potencia que lo invoca tan sólo para disfrazar con el traje de la propaganda más cínicamente adaptada a todas las variaciones de la coyuntura, designios políticos que no son sino los perennes designios de la diplomacia rusa. El marxismo que sacude, con su fiebre artificialmente provocada, a los ingenuos militantes de Francia, de Italia y de América no tiene nada que ver con los propósitos del paneslavismo restaurado. Esta es la definición más exacta que sea posible dar de la política de Rusia soviética y si vemos renacer de sus cenizas aún calientes al difunto Komintern bajo el nombre de Kominform, es que Moscú, una vez más aislada, después de su costosa victoria de 1945, se encuentra en la necesidad de conquistarse clandestinamente los aliados que no puede proporcionarle su diplomacia oficial.

Toda la historia diplomática de la U. R. S. S. nos enfrenta con las constantes tradicionales de la diplomacia zarista. Se trata para la Rusia de hoy —como se trataba para la Rusia de ayer— de encontrar apoyos exteriores para realizar, sin guerra si es posible, sus propósitos de expansión política. Así, y no de otra manera, se explica la conquista repentina de Bulgaria, de Rumania, de Checoeslovaquia, de Hungría. Al finalizar la segunda guerra mundial, Stalin se encontró en una situación parecida a la que tuvo que enfrentar Alejandro II después de la paz de San Stefano. Libertador de los pueblos eslavos, el gran emperador, que no quería sino levantar el yugo otomano que pesaba sobre los ortodoxos, vió formarse contra él una coalición europea que

lo obligó, por el Congreso de Berlín, a abandonar la mayor parte de sus conquistas y, lo que tuvo consecuencias infinitamente más graves para Rusia, a perder casi todos los beneficios morales de su cruzada. Y tanto es así que, durante la primera guerra mundial, la ingratitud y la hostilidad de Bulgaria representaron un papel preponderante en las derrotas rusas y, por ende, en las revoluciones de 1917.

La situación de Rusia a partir de 1945 es muy semejante. Sus aliados de la víspera se han asustado por sus conquistas balcánicas y han intentado limitarlas hasta el máximo. Sin embargo, el aglutinante capaz de coagular a los eslavos alrededor de Rusia ha actuado mejor que en 1878. Si esta vez, como la otra, Rusia ha sido considerada por los búlgaros, los rumanos, los servios y los checos como su libertadora, esta vez ninguna dinastía importada por la rivalidad austriaca o inglesa ha podido permitir a los antagonistas de Moscú triunfar de nuevo de ella. Con anticipación, Rusia había tomado sus contramedidas al instalar en los países "liberados" por ella minorías dinámicas de comunistas que, en el momento oportuno, conquistaron todo el poder formando así, entre Rusia y Occidente, el glacis diplomático-militar que necesitaba, si bien Servia, la ciudadela más poderosa de este sistema, haya fallado a favor del sistema opuesto. Y así Londres puede hacer reflexiones amargas al pensar que la fenecida Casa Románov era tan útil que sería necesario inventarla de nuevo.

El mapa diplomático de Europa es más o menos el mismo que en 1878, con esta diferencia: que el papel que representó Inglaterra en el Congreso de Berlín al lanzar a Viena contra Moscú, lo representa ahora Norteamérica sin disponer, empero, de tan poderosa aliada, ya que todas juntas las naciones del Pacto Atlántico no pueden llegar a constituir más que un comienzo de amenaza. Por otra parte, hoy en día, Rusia dispone de una serie de "triunfos" que no estaban en las manos del Zar libertador. Triunfos que utilizaría en caso de guerra o de amenaza de guerra y que están formados por los distintos partidos comunistas instalados, muy legalmente, en el seno de las naciones de Europa occidental. Estas fuertes minorías aglutinadas por la idea marxista podrían, en los casos aludidos, representar el papel de aliados, aliados cuya ausencia en 1878 obligó a Rusia a capitular. Esto le permitiría cosechar desde los primeros días de la guerra los éxitos necesarios para constituir la base de partida necesaria a la realización de su propósito de dominación mundial.

V

La existencia de la hipoteca rusa, que pesa sobre el mundo con un peso tanto más amenazador cuanto que se extiende gracias a los factores de acción que acabo de indicar en sus lineas generales, es la que me ha incitado a limitar mi tarea en el tiempo. Teniendo en cuenta la existencia de dicha hipoteca, me ha parecido superfluo remontar hasta un pasado algo lejano para escribir una historia de Rusia que hubiera resultado tanto demasiado voluminosa como desparramada en extremo. He considerado que mejor sería limitarme al último siglo de esta historia para entregar un cuadro de conjunto lo más concentrado y, a la vez, lo más completo posible.

Es que, además, no podemos satisfacernos, frente a Rusia, con los cómodos conceptos de historia de la Edad Media, de historia moderna y de historia contemporánea. En rigor podemos decir, en efecto, que el tránsito de Rusia del Medioevo a lo moderno no existe. No existe, por lo menos, en las mismas condiciones que en la Europa occidental. Tanto es así que se ha podido afirmar que Rusia pasó directamente de la Edad Media a la edad contemporánea, y ello tan sólo en 1861, año de la liberación de los siervos de la gleba por parte de Alejandro II.

Esto es tan cierto que, si bien las reformas impuestas un siglo y medio antes por Pedro el Grande constituyen un hecho histórico fundamental, comprobamos fácilmente que no cambiaron de manera sensible los modos de vida del pueblo ruso, modos de vida que, hasta 1861, siguieron tan medioevales como antes. Estas reformas en efecto no hicieron sino dotar al Estado ruso del aparato administrativo, diplomático y militar moderno que necesitaba para enfrentarse con un Occidente evolucionado. Pero no modificaron ninguno de los hábitos de la clase campesina, el noventa y dos por ciento del cuerpo social ruso en el comienzo del siglo décimoctavo. Considerar el tiempo de las reformas de Pedro el Grande como el del tránsito del Medioevo a la Edad moderna es tan artificioso como si se dijera que las tribus del Congo, por haber sido conquistadas por Francia y por Bélgica en la segunda mitad del siglo pasado, automáticamente dejaron de ser tribus primitivas y se transformaron en elementos constructivos del mundo contemporáneo.

Las transformaciones recibidas por un conjunto social son las únicas que condicionan estos tránsitos de una a otra época histórica. Después de Pedro el Grande, Rusia quedó tan medieval como antes y tan sólo cuando las reformas del Zar libertador transformaron fundamen-

talmente sus modos de vida y sus conceptos espirituales, se puede hablar de acceso de la nación rusa a la Edad contemporánea.

Por lo mismo he pensado que el mejor límite para este estudio me lo proporcionaba el comienzo del reinado que provocó estas transformaciones fundamentales, tanto más cuanto que un estudio atento del acontecer histórico nos permite comprobar que dichas transformaciones condicionan directamente los acontecimientos revolucionarios del agitado siglo XX.

Con todo esto, no he querido dejar de lado los acontecimientos-clave que jalonan el fluir de la primera mitad del siglo décimonono. Llamo acontecimientos-clave a todos aquéllos que han preparado y hecho fatales la política del Zar libertador y los fenómenos revolucionarios sucesivos. Esto dice bastante que he buscado en la anterioridad del reinado de Alejandro II todo lo que pertenece, en las ideas y en los hechos, a la tradición política rusa, todo lo que nos puede entregar líneas directrices constantes capaces de llevarnos con seguridad hasta nuestra actualidad.

V

Hoy en día, en esta provisoria postguerra, ¿no vimos acaso reproducirse un fenómeno conocido cuando llegamos a saber que Stalin volvía en materia religiosa a los métodos del más puro Zarismo que obligaron a Soloviov a levantarse contra la religión oficial? Si no ¿qué significa la conversión forzosa a la cual se han visto sometidos los Uniatas católicos de Rusia subcarpática, de Ucrania meridional y de Rusia Blanca? ¿Por qué, más sencillamente, no destruir sus comunidades y obligarlos a adherir a los "Sin Dios" del ilustre Iaroslavskiy-Gubelman? En fin de cuentas, los gritos contra el papismo considerado como agente de la plutocracia norteamericana, sólo los puede tomar en serio el militante cretinizado dialécticamente del Turkestán o de la república del Biribidzhán, pero nadie más. ¿Entonces?

Gracias a esta última guerra, los hombres de Moscú han visto claramente que la Unión Soviética está perdida si vuelve a abrir sus ventanas sobre Europa; que, para seguir en su empresa paneslavista, tiene que seguir siendo eslava, más eslava que nunca; que la esencia del eslavismo está en la Iglesia ortodoxa y que la esencia de esta Iglesia está en el espíritu misionero, es decir, mesiánico, de sus fieles, y en ningún otro lugar;

que los planes quinquenales para el ateísmo han fracasado de modo ridículo ya que, para atenernos a las confesiones hechas por Iaroslavskiy-Gubelman en vísperas de la guerra, una tercera parte de los rusos de las ciudades y las dos terceras partes de los rusos del campo siguen declarándose fieles a sus creencias religiosas; que únicamente gracias a esta fidelidad que se ha confundido con el patriotismo se ha podido ganar esta guerra. Y así, por un cálculo que encuentra pocas correspondencias en la historia en razón de la formidable mistificación que encierra, estos hombres, hijos del ateísmo más puro, han devuelto sus templos a la Iglesia ortodoxa, antaño sostén de la autocracia, ahora doblegada bajo la luz fría de la estrella de cinco puntas, y le han permitido volver a abrir el agotado reclutamiento sacerdotal. Y quizá no esté muy lejano el día en que se reabran los monasterios, esos viveros de místicos y de monjes misioneros que, durante tantos siglos, llevaron siempre más lejos las fronteras de la fe ortodoxa y las del Imperio eslavo. Esto es lo que los exégetas del leninismo-stalinismo llaman "realizar la filosofía".

V

El tema de la religión considerado según el ángulo de la fraternidad universal, tal como lo entrega a los rusos su mesianismo originario, nos hace penetrar en el corazón de la historia de esta enigmática nación. Es el tema que canta sin cesar en el alma del pueblo eslavo que, por considerarlo como la razón misma de su vida espiritual, nunca ha sabido ni querido separarlo de sus preocupaciones más cotidianas. Y no por otra razón el sentido religioso forma el telón de fondo de toda la historia de Rusia.

Este concepto mesiánico engendra el de la fraternidad universal. Brotado de la misma preocupación religiosa, encuentra su fuerza motriz, lenta pero irrefrenable, en esta identificación de los conceptos de Estado y de fe que permiten a los rusos proclamarse detentores iluminados de la única forma valedera de cristianismo. Esta iluminación los empuja a conquistar a la humanidad para convencerla de tomar parte, después de tantos siglos de escisión, en su simposio místico. Todo ruso levanta el vuelo hacia los espacios intersiderales, cogido de la mano de Mme de Krüdener; pero su otra mano descansa sobre el hombro del general Arakchéiev, inventor, por cuenta de Alejandro el bla-

goslovenni, *de los primeros campos de concentración que ensuciaron la faz de la Europa contemporánea. La economía religiosa rusa no reconoce al hombre la libertad de salvarse o de perderse. Es como si, desde las épocas más remotas, hubiese aspirado a establecer planes quinquenales para la salvación de las almas.*

Refiriéndose a la época de Pedro el Grande, escribe Dostoievskiy: "La Rusia de Pedro era activa y sólida, aunque políticamente evolucionara con lentitud. Había realizado su unidad y se preparaba a definir sólidamente sus fronteras, y sabía que llevaba en su seno un tesoro cual no había otro en el mundo...: la ortodoxia. Sabía que era el campeón de la verdad de Cristo, de la verdad cierta, de la auténtica imagen de Cristo, empañada en todas las demás formas de creencia, en todos los demás pueblos. Ese tesoro, esa verdad eterna, en Rusia siempre presente y velar por la cual era nuestra misión, libraba a la conciencia de los mejores rusos de entonces, a mi juicio, del deber de preocuparse por la conciencia de otros pueblos. Sí, en Moscú llegaron incluso a estar convencidos de que todo estrecho contacto con Europa podía surtir un efecto nocivo y desmoralizador sobre el genio y la conciencia rusos, alterar la ortodoxia y lanzar a Rusia por el camino de su perdición 'a ejemplo de otros pueblos'. De este modo se disponía la antigua Rusia, en su hermetismo, a cometer una injusticia —injusticia contra la Humanidad— al resolverse a conservar improductivo su tesoro, su ortodoxia, para ella sola, y segregarse de Europa, es decir de la Humanidad..." [10].

Afortunadamente, prosigue Dostoievskiy, la importancia que lentamente Rusia ha asumido en el concierto mundial, la ha devuelto a su verdadera vocación: enseñar la verdad de Cristo a todos los hombres y luchar por "la unión de todas las naciones de la raza de Jafet... y más todavía, más todavía: de las de Sem y Cam...". Esta es la misión de Rusia, que a ella sola pertenece: "Todo gran pueblo cree y debe creer, si quiere tener larga vida, que en él y en nadie más que en él, se cifra la salvación del mundo, que vive sencillamente para ir a la cabeza de todos los demás pueblos, reabsorberlos a todos en su seno *y conducirlos, en armónico coro, al fin único para el que todos nacemos"* [11].

Tal es la convicción que el pueblo ruso saca de su fe carnal, reli-

---

[10] *Diario de un escritor*: junio 1876, cap. II, párr. 4 (trad. Cansinos Assens, Madrid, 1946).

[11] *Diario de un escritor:* año 1877 - enero, Cap. II, párr. I.

giosa y nacional a la vez, en los destinos mesiánicos de la patria. "Entre nosotros, entre todos nosotros los rusos..., esta fe es de una vivencia general y predomina sobre todas las demás ideas. Entre nosotros, todos creen en eso, lo mismo con plena conciencia en el mundo intelectual que con vital instinto entre el pueblo sencillo, al que su religión misma impone ya esa fe". Y hasta qué punto esta fe es, en el espíritu del escritor, una mezcla íntima de convicciones que vienen a formar lo que podríamos llamar los complejos de superioridad del pueblo ruso en materia de nacionalidad y de raza, lo podemos ver en la notícula siguiente: "...si la idea nacional rusa ha de conducir finalmente a la universal fusión de los hermanos, lo más recomendable para nosotros sería allanar cuanto antes nuestras divergencias, y hacernos nacionalistas, es decir rusos" [12].

Sin embargo, prosigue el escritor, en Europa, los rusos "no somos más que vagabundos", por lo menos los europeos nos consideran como tales: "grattez le Russe *—dicen los franceses—* et vous verrez le Tartare". *El resultado de nuestras tentativas de acercamiento "ha sido que nos llamasen enemigos y futuros destructores de la civilización europea. Así han entendido ellos nuestro ideal apasionado de ser hombres de la Humanidad". ¡Cuán grande es su equivocación! puesto que sabemos, merced a la iluminación divina que nos da nuestra fe ortodoxa, que "la idea nacional rusa es la Humanidad integral". Entonces debemos empezar por ser rusos "es decir nosotros mismos"... Entonces "nos convenceremos de que ningún otro pueblo sino el nuestro es portador de la verdadera palabra social; que en su idea, en su espíritu, late la necesidad viva de la unión de todos los hombres..."* [13].

V

Y no nos alejamos sino en apariencia de esta preocupación, cuando nos esforzamos por tener presente que Rusia, ya se trate de la de Pedro el Grande ya de la de Stalin, atada a Oriente como Prometeo a su roca, tiende sin reposo hacia Occidente, no tanto para descubrirlo como para identificarse con él. La única diferencia entre la Rusia de antaño y la de nuestros días —reconozco que es fundamental— es que

---

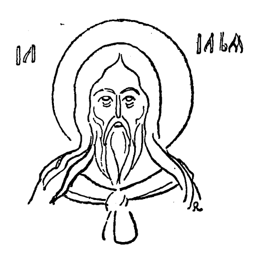
12 *Ibidem.*
13 *Idem:* 1877 - enero, Cap. II, párr. 2.

aquélla, al quererse occidentalizar, ansiaba fundirse en el cuerpo de Europa mientras que ésta, en su diabólico afán universalista sin trascendencia, pretende destruir el viejo mundo para simplificar esta identificación.

"Y tú, Rusia, —preguntaba Gógol—, y tú, Rusia, ¿no vuelas acaso como una troika ardiente que nadie podría distanciar? Pasas con estrépito en una nube de polvo y dejas todo detrás de ti. El espectador se detiene, confundido por este prodigio divino. ¿No será un rayo caído del cielo? ¿Qué significa esa carrera desenfrenada que infunde pavor? ¿Qué fuerza desconocida ocultan esos caballos que el mundo nunca vió? ¡Oh corceles, corceles sublimes! ¿Qué torbellinos agitan vuestras crines? Se diría que vuestro cuerpo estremecido es todo oídos. Al oír por encima de sí la canción familiar, hinchan juntos sus pechos de bronce y, rozando apenas la tierra con sus cascos, forman ya una línea tendida que hiende el aire. Así vuela Rusia empujada por la inspiración divina... ¿Adónde corres? ¡Contesta! Nada más que silencio. La campanilla repica melodiosamente; el aire trastornado se agita y se hace viento; todo lo que está sobre la tierra es distanciado y, con mirada de envidia, las otras naciones se abren para dejarle paso..." [14].

Esta es Rusia, troika desbocada que corre, empujada a veces por el ángel a veces por el diablo, en su búsqueda dionisíaca de un paraíso perdido, troika cuyo destino nadie puede conocer.

Pero sea cual fuere el final de la carrera, alcance la troika las purezas del cielo o se hunda en los pantanos, desde ya sabemos todos que el desenlace pesará con peso terrible sobre nuestro propio destino.



[14] GÓGOL: *Las Almas Muertas",* 1ª parte.

NOTA PARA LA LECTURA DE LOS NOMBRES RUSOS

He intentado reducir al máximo las dificultades de transcripción del alfabeto cirílico al alfabeto español. Con todo quedaban algunas dificultades que resolver y reconozco que, ante el método de transcripción fonética de los alemanes o de los italianos, el mío, a primera vista, podría parecer una complicación. Vamos a ver que en realidad es una simplificación.

El idioma alemán obedece a reglas de pronunciación totalmente diferentes de las de los idiomas latinos. Por ejemplo, si bien la V alemana corresponde perfectamente a la B rusa cuando ésta se encuentra en el final de una palabra, en cuyo caso se la pronuncia F, esta misma B rusa se pronuncia V en el curso de una palabra, en cuyo caso los Alemanes la transcriben W, lo que para nosotros no corresponde a ninguna necesidad. De modo que si he seguido empleando la letra V cuando la B rusa cae al final de las palabras (como en Románov), en el curso de las palabras empleo nuestra letra V igualmente. El lector sabrá cuál es la diferencia.

El método italiano es más apropiado pero exige mucha atención de suerte que, si crea numerosas dificultades para los mismos italianos, estas dificultades no disminuyen para nosotros. Obliga a un constante esfuerzo de memoria o a una continua referencia a la tabla de pronunciación, hecho que la hace tan desagradable como una tabla de logaritmos. Ejemplos: los italianos traducen la letra Ц (que se pronuncia TS) por la letra C; la letra Ж (que corresponde a la J francesa) por la combinación Ž; la letra Ч por la combinación Č; la letra X que es nuetra jota por el grupo CH, etc...

Por mi parte, he adoptado el método siguiente: he transcripto en grafía castellana todos los sonidos rusos posibles. Así nuestra jota traduce exactamente la X rusa; las letras siguientes darán:

Ц = TS.
Ч = CH.
Ш = SH.
Щ = SHCH.

Las únicas dificultades han sido las letras Ж y З.

Ж: he adoptado el grupo ZH que me ha parecido más conveniente que el grupo SH empleado por Cansinos Assens. Así las palabras мужик y гражданин (Campesino y Ciudadano) que generalmente se transcriben en ***mujik*** (grafía francesa) y ***grashdanin*** (Cansinos Assens), dan con este sistema: ***muzhik*** y ***grazhdanín.***

3: me he resignado a la Z francesa (como en la palabra *azote*): es una solución relativa que con la B-V constituye el único esfuerzo de memoria que pido al lector.

No me ha parecido necesario buscar soluciones —que hubieran sido demasiado aproximativas— para los varios sonidos que tiene la lengua rusa para expresar la letra I (И, Й, Ы). Les doy sencillamente la transcripción I salvo en las finales de los nombres propios (ИЙ) que adapto, en vista de una mayor conformidad con la fonética rusa, con el grupo IY. Ejemplos: Trotskiy, Biélinskiy, Dostoievskiy.

Primera Parte

LAS ILUSIONES DEL PROGRESO

"Victoria y derrota son categorías de la vida humana, en la edad en que nos encontramos, y, en correlación con ellas, la alegría natural y la tristeza natural. Pero la victoria del bueno no se asemeja a la victoria del malo, y la derrota del bueno no es como la derrota del malo. Bajo la alegría del primero puede reposar la justicia de Dios; bajo la del otro, el odio del infierno. Bajo la tristeza del primero puede reposar la paz de Dios, que sobrepasa toda inteligencia, y bajo la tristeza del otro, la desesperación del infierno".

THEODOR HAECKER,
"El libro de los días y de las noches"

"Veo, dondequiera que vuelvo la cabeza, que sois gente muy religiosa".

HECHOS, XVII - 2

"No alteremos las fronteras que nos señalaron nuestros padres; conservemos la tradición que ellos nos dejaron... El desvío gradual de lo que nos ha sido legado iría socavando los cimientos y no tardaría en echar abajo el edificio entero".

SAN JUAN DAMASCENO
"Sobre las imágenes Sagradas"

CAPITULO I

EL GENDARME DE EUROPA

El derecho sucesorio ruso - El testamento de Alejandro I - Condiciones jurídicas y políticas de la accesión de Nicolás Pávlovich al trono - La conspiración antimonárquica - Responsabilidades de Alejandro en la rebelión decembrista - Péstel y la *Verdad Rusa* - Utopismo de los conjurados, sus planes terroristas - Repercusiones de la rebelión en los conceptos políticos del nuevo Emperador - El autócrata ante la Ley - El problema de la servidumbre - Los intelectuales - Eslavófilos y occidentalistas - Nacimiento del socialismo - Las Letras.
La Santa Alianza - Dos conceptos de la legitimidad: Nicolás I y Metternich - Los cristianos de Oriente - Rusia ante las Potencias - El asunto húngaro y el agradecimiento de Austria - Europa contra su mentor: la guerra de Crimea - Muerte de Nicolás I.

"Se acabó la novela, ahora empieza la historia", habría exclamado el príncipe de Metternich al recibir la noticia del fallecimiento de Alejandro I. Y, en efecto, a los pocos días, la novela inverosímil y turbia que había sido el reinado del "Agamemnón de los Reyes" desembocaba en la historia más cruda y real.

Cuando Alejandro falleció a los cuarenta y ocho años en Taganrog, el 19 de noviembre/1º de diciembre de 1825 [1], nada parecía anunciar acontecimientos extraordinarios. Sin embargo, durante los diez últimos años de su vida, fermentos obscuros, imperceptibles detrás de la fachada centelleante del Estado ruso, habían germinado lentamente y extendido sus tentáculos a través de las capas superiores de la sociedad hasta minar las bases mismas del edificio nacional. Nacidos en el seno de las asociaciones secretas, estos fermentos encontraron el clima necesario a su maduración repentina en el desconcierto suscitado

[1] Hasta el 1º de enero de 1919 Rusia usó el calendario juliano que, en relación con el gregoriano, tenía 12 días de atraso durante el s. XIX, 13 durante el s. XX. De ahora en adelante, utilizaré las fechas del calendario juliano seguidas de las letras *e. a.* (estilo antiguo) o bien ambas fechas.

en el espíritu de los dirigentes por la ley de sucesión al trono, demasiado reciente para ser conocida en sus modalidades de aplicación, y por una serie de hechos políticos y psicológicos que vamos a estudiar brevemente. Desconcierto que, durante tres semanas, dejó el trono sin ocupante, y que algunos hombres audaces quisieron aprovechar, si bien en fin de cuentas, por no haber previsto al establecer su plan de acción que Alejandro podía desaparecer en estas condiciones, se encontraron en una situación parecida a la que César Borgia tuvo que enfrentar después de la muerte de su padre.

Desde el *Zémskiy Sobor* [2] de 1613, por el cual el pueblo ruso había entregado el trono de Moscú a Mijaíl Románov, la monarquía vivía en un estado de perturbación interior. En principio, la sucesión se realizaba por testamento, es decir por un documento personal en el cual el soberano reinante designaba su sucesor entre los miembros de su familia; de hecho, el trono pertenecía al más audaz de estos miembros, al Gran Duque o a la Gran Duquesa que había sabido conquistar los partidarios más numerosos entre los regimientos de la Guardia. Este estado de cosas había durado hasta el reinado de Pablo I, padre del emperador fallecido en 1825 e hijo de Catalina la Grande, cuya ambición lo había descartado tantos años del trono que le pertenecía por ser el único hijo que la ambiciosa alemana había dado al malogrado Pedro III. Durante el siglo XVIII, la costumbre de las princesas de la familia Románov de contraer matrimonio con príncipes alemanes había venido a complicar aún más esta situación, al introducir éstos el concepto jurídico germánico fundado en el *jus privatum principum* del Santo Imperio. Es decir que los miembros alemanes de la familia Románov querían hacer de la sucesión al trono algo regido por el derecho patrimonial privado. Sin embargo, esta tendencia no hizo sino obscurecer un panorama de por sí suficientemente sombrío, ya que la sucesión siguió realizándose a golpe de revoluciones de palacio cuyo

---

2 *Zémskiy Sobor,* (Земский Собор) Concilio de la Tierra: asamblea tradicional que en la vieja Rusia se reunía en fechas variables con la participación de los representantes del alto clero, de los grandes funcionarios del gobierno central y de los delegados de la administración provincial para discutir las reformas eventuales. El soberano que dió fuerza de costumbre al Zémskiy Sobor fué Iván IV. Más tarde, en la asamblea de 1598, delegados elegidos por la población vinieron a integrarla. En 1613, después de las luchas entre boyardos y para contrarrestar las pretensiones de los suecos y de los polacos, un gran *Zémskiy Sobor* decidió elegir al joven Mijaíl Románov soberano de Rusia.

El último Concilio de este tipo se reunió en 1653. Más adelante estudiaremos las tentativas de los eslavófilos para restaurar la institución del *Zémskiy Sobor,*

desenlace era generalmente el asesinato del heredero designado por testamento.

En vida de su madre, Pablo Petróvich firmó, juntamente con su esposa, un documento destinado a normalizar la situación interior de la dinastía y a regularizar el orden de sucesión. Este documento secreto, firmado el 4 de enero de 1788, fué oficializado por Pablo cuando accedió al trono. La "ley fundamental" del 5 de enero de 1797, inspirada por el *jus privatum principum* alemán, contiene sin embargo características que hacen de ella un instrumento específicamente ruso. En primer lugar, por el hecho de hacerla registrar por el Senado, Pablo la incluye en el derecho público ruso. Asimismo, contrariamente al derecho alemán que llamaba a todos los agnados a legislar en materia de derecho familiar, la "ley fundamental" establece que "cada miembro de la casa imperial debe a la persona del soberano reinante, considerado tanto como jefe de familia cuanto como autócrata, respeto, sumisión, obediciencia y sujeción completa". Y, lo que es muy importante, la ley establece el orden sucesorio por derecho de primogenitura. Cuando, en 1801, Pahlen y sus cómplices asesinaron a Pablo I, esta ley no fué violada puesto que Alejandro, el mayor de sus hijos varones, fué proclamado Zar de todas las Rusias sin ninguna dificultad ni tentativa de oposición.

Ahora bien, la situación era muy diferente en 1825. La emperatriz Isabel Alexéievna no había dado a Alejandro I ningún hijo varón, y los derechos a la corona recaían automáticamente en el segundo hijo de Pablo I, el Gran Duque Constantino. Pero éste, tanto por sentirse incapaz de reinar como para poder divorciar de la Gran Duquesa Ana Fiódorovna y contraer un segundo matrimonio con la polaca Juana Grudzinska, había renunciado formalmente en 1819 a sus derechos. Alejandro había aceptado esta renuncia y designado al tercer hermano, el Gran Duque Nicolás Pávlovich, como heredero del trono.

Todo esto era perfectamente conforme al espíritu de la "ley fundamental" de 1797 y resulta muy extraño por consiguiente que Alejandro haya mantenido estos hechos en el mayor secreto. Lo normal hubiera sido que enterara a la nación por un manifiesto. Pero no lo hizo y nadie nunca pudo averiguar el porqué de tal actitud. El hecho es que se contentó con registrar la renuncia de Constantino y la accesión de Nicolás al rango de heredero en un documento que fué depositado en el altar mayor de la catedral moscovita de la Asunción. Tres copias selladas fueron entregadas asimismo al Santo Sínodo, al Consejo de

Imperio y al Senado. Además de los interesados, los únicos en ser puestos al corriente fueron la Emperatriz Madre, Isabel Alexéievna y el general príncipe Galítsin, confidente de Alejandro.

Semejante deseo de mantener en secreto un hecho legal y normal dió seguramente mucho que pensar a Nicolás Pávlovich. Este príncipe, que sus enemigos han querido pintar con los rasgos más toscos y cuya energía indomable les presta una apariencia de justificación, encontraba los motivos de su acatamiento a las normas más precisas, no en la estrechez de su espíritu sino en una escrupulosidad excesiva. La necesidad de ser enérgico, y a veces con brutalidad, se la impusieron sus enemigos y, en modo particular, los que encontró en su camino el 14 de diciembre de 1825. Su alma inquieta necesitaba, cuando murió Alejandro, una confirmación solemne de sus derechos y ésta tan sólo Constantino se la podía dar. Pero Constantino se encontraba en Varsovia [3] y era necesario algún tiempo antes de que el menor de los hermanos, el Gran Duque Miguel, enviado para hacerlo desistir de sus propósitos de abdicación, pudiese volver y entregar, en el caso contrario, el documento formal que Nicolás exigía para superar sus escrúpulos. Tanto es así que, para evitar que el interregno desembocase en una situación peligrosa, éste tomó juramento a los regimientos de la Guardia y a los cuerpos constituídos, pero a favor de Constantino. Él mismo, más tarde, tendrá suficientes ocasiones para subrayar la repugnancia que entonces lo embargaba ante la idea de transformarse de soldado obediente en autócrata sin amigos, situado por encima de sesenta millones de hombres. ¿No ha dicho acaso Bakúnin que "en la conciencia obscura de los muzhiks, el zar es una especie de Cristo ruso"? Y si bien llegará a ser un monarca severo, tan aparentemente inconmovible en su severidad que algunos historiadores no han vacilado en acusarlo de crueldad y de sadismo, nadie jamás dudó de su amor a la verdad ni de su lealtad. En el estado actual del conocimiento histórico, su sinceridad no puede ser puesta en duda cuando afirma que hizo todo lo que estaba en su poder para obligar a su hermano a desistir de su propósito.

Es que sabía muy bien cuántos peligros encerraba la situación rusa [4]. Pero no eran estos peligros los que lo atemorizaban. Su repug-

---

[3] En su calidad de Lugarteniente General y de Virrey de Polonia.

[4] Escribe Nicolás en sus *Memorias:* "¿Quién de nosotros dos cumplía el mayor sacrificio - el que repudiaba la herencia paterna, al tomar su incapacidad como pretexto... y que conservaba una situación conforme a sus deseos, o el que,

nancia por reinar encontraba su fuente en la necesidad a que fatalmente se vería abocado —esto lo sabía muy bien— todo sucesor de Alejandro, de ser severo, quizá demasiado severo, para limpiar el Estado de todas las impurezas que lo habían invadido al amparo del juego de péndulo entre liberalismo y absolutismo a que se había entregado durante tanto tiempo el Emperador desaparecido. Y esto lo sabían muy bien los conjurados que hacía años esperaban su hora. El interregno provocado por la negligencia de Alejandro, el alejamiento de Constantino y las vacilaciones de Nicolás, todo esto coincidía en un momento fugaz en que la historia se suspendía como para proporcionarles una oportunidad inesperada que era necesario aprovechar. Las tropas de San Petersburgo y los cuerpos constituídos habían jurado fidelidad a Constantino; pero los enemigos de la autocracia sabían que se trataba de un juramento condicional, y este hecho podía ser explotado para sublevar al ejército, para arrastrar al pueblo, pasivo pero siempre dispuesto a seguir a los audaces, para imponerse a la nación. Nicolás no podía ignorarlo. Sin embargo, seguía vacilando. El duelo que iba a empezar desembocaría fatalmente en una represión severísima y esto repugnaba a su carácter de hombre sencillo, que nada había preparado a la idea de reinar. Convencido de la legitimidad del sistema autocrático, no podía dudar de la victoria, pero no sabía contra quién ni contra qué iba a luchar; ignoraba el alcance de la conspiración y tenía derecho a ver la traición por doquier. Aquí está la razón, quizá la más profunda y la más conmovedora, de sus vacilaciones: para luchar con pureza, para mandar con buena conciencia a los últimos fieles que quedaban a la dinastía y agruparlos a su alrededor para la suprema batalla, necesitaba la fuerza que da el derecho, necesitaba la renuncia pública de su hermano mayor. Soldado ante todo, debía justificarse a sus propios ojos antes de imponerse a los demás. Sabía que los demás lo seguirían tan sólo si se ponía a su cabeza el alma limpia de toda duda. Y no se equivocaba puesto que, si bien ninguno de los altos dignatarios del Imperio estuvo finalmente comprometido en el asunto, es cierto que casi todos esperaron el desenlace para pronunciarse. Por otra parte, si Constantino aceptaba la sucesión, ello quitaría a los conjurados la plataforma política

sin ninguna preparación para una dignidad a la cual no tenía derecho alguno según el orden de la naturaleza, aquél a quien la voluntad fraterna siempre había permanecido secreta y que, de golpe, en las más terribles condiciones, debía sacrificar todo lo que amaba, para someterse a la voluntad de otro?... Hoy en día, después de diez años, tengo derecho a creer que mi sacrificio era con mucho el más pesado".

que utilizaban ante sus soldados afirmando que Nicolás se preparaba para usurpar el trono; mientras que si seguía en su voluntad de renuncia, había que esperar que los enemigos atacasen para saber quiénes permanecerían fieles a la monarquía.

Finalmente, el 14 de diciembre e. a., a las cuatro y media de la madrugada, el Gran Duque Miguel volvía de Varsovia. Constantino había confirmado su voluntad de no reinar y amenazaba con marcharse al extranjero si se insistía en ofrecerle una corona que no quería. Entonces Nicolás Pávlovich se decidió y borró toda vacilación de su alma. Las órdenes fueron impartidas para que el Senado y el Ejército prestaran juramento y las tropas en guarnición en San Petersburgo fueron citadas para las siete.

Era necesario actuar rápidamente y, no obstante, con suficiente serenidad como para excluir todo peligro de equivocarse por precipitación. Así los conjurados, puestos ante la amenaza de ver la ocasión escapárseles, actuarían con demasiada prisa para poder organizarse. En un instante, este general sin experiencia, este hombre de veinte y nueve años, se había transformado en el soberano legítimo de un inmenso imperio al cual, conscientemente, iba a imponer sus derechos al precio de su vida y de la de su familia si fuere necesario.

El primero en declararse contra él fué el capitán príncipe Chepin-Rostovskiy quien, sublevando a setecientos soldados del regimiento de Moscú a los gritos de "¡Viva Constantino! ¡Viva la Constitución!", los formó en cuadro entre el palacio del Senado y las obras de la catedral San Isaac. Eran las siete y media. Demasiado tarde para impedir a los Senadores jurar fidelidad al joven Emperador.

Entre los amotinados circulaban los dos únicos civiles de la conspiración, el poeta Conrado Riléiev y Kajovskiy, ex-oficial de la Guardia que había reclamado el honor de asesinar a Nicolás. Poco a poco otras tropas llegaban y se formaban en cuadro, marinos de la Guardia, sublevados por el teniente Arbuzov, tres compañías del regimiento de Granaderos, todos ebrios. Pero ninguna unidad de artillería se plegaba al movimiento. El gobernador de San Petersburgo, general conde Milorádovich, héroe de la Moscova, de Brienne, de La Fère Champenoise, a caballo, sin ninguna escolta, quiso hablar a los rebeldes para revelarles la verdad. Kajovskiy lo mató de un pistoletazo. El nuevo Bruto se entrenaba. Una hora más tarde, el coronel Sturler, jefe del regimiento de Granaderos, sufría la misma suerte por la misma mano por haber querido recordar a sus soldados cuál era su deber.

Por fortuna para Nicolás, el Gran Duque Miguel llegaba con las tropas fieles, los regimientos Pávlovskiy y Preobrazhenskiy, los Caballeros Guardias y algunas piezas de artillería. Este es el momento que el joven Emperador escoge para conquistar, sin la ayuda de ningún consejero, la corona y el país. Primero ordena al metropolita Serafín hablar a los rebeldes. Los oficiales del regimiento de Moscú lo reciben con insultos y, amenazado por el eterno Kajovskiy, el prelado se retira sin haber podido cumplir su misión. Entonces Nicolás dispone las columnas de ataque. Si ha esperado tanto tiempo es porque no quiere que la lucha se extienda a través de la ciudad. Quiere que todo se resuelva allí, a dos pasos del Palacio de Invierno.

A las tres de la tarde, sale y habla a la muchedumbre que se ha amontonado, atraída por las concentraciones de tropas. Le habla y la convence de la legitimidad de sus derechos, si bien no puede decidirla a retirarse. Finalmente ordena el cañoneo de las tropas rebeldes. A la segunda salva, éstas rompen los cuadros y se dan a la fuga.

Así se termina la famosa rebelión de los Dekabristas [5]. Así empieza el reinado de Nicolás I, "el gendarme de Europa".

V

¿Quiénes eran los conspiradores? ¿Cuáles eran sus ideas y sus designios?

En su conjunto, salvo las excepciones que representan Riléiev y Kajovskiy, eran oficiales de la Guardia y pertenecían a la nobleza. Todos tenían o habían tenido contactos, directos o indirectos, con la masonería y habían participado con Alejandro I en la lucha suprema contra Napoleón. Durante la ocupación de Francia, habían descubierto las ideas nuevas y confesarán que sus aspiraciones provenían de sus contactos con Benjamin Constant y, en ciertos casos, con los viejos jacobinos encontrados en Francia. Occidentalizados de golpe, estos jóvenes oficiales que acaban de liberar a Rusia bajo la guía del jefe ungido de Dios, han sufrido un cambio fundamental cuando vuelven a sus hogares. Para ellos, la autocracia ya no es la fuerza aglutinante que ha hecho la nación y sigue manteniéndola. Los más moderados, la mayoría, en

[5] Dekabristas, de *Dekabr,* diciembre, por haber tenido lugar esta rebelión en aquel mes del año 1825.

un principio quieren una monarquía constitucional a la inglesa, los demás una república.

Durante un cierto tiempo habían esperado que Alejandro, que había dado una constitución a Polonia y a Finlandia, la daría igualmente a Rusia como se lo pedían sus colaboradores Spéranskiy, Mordvínov, Novosíltsov, Czartoryski. Pero, cada día más convencido, como se lo había dicho Mme de Staël, que "su carácter era ya una constitución cuya garantía era su conciencia", el Agamemnón de los Reyes caía siempre más, bajo la influencia de Metternich y olvidaba completamente lo que había escrito en su juventud a su preceptor La Harpe: "La mejor revolución sería la que fuera realizada por el poder legítimo y que coronara una constitución y la elección de los representantes del pueblo" [6].

Entonces, los jóvenes oficiales se pusieron a conspirar, tanto más porque Alejandro abandonaba a Spéranskiy y dejaba plena libertad al general Arakchéiev para organizar sus tristemente célebres "colonias militares" cuyo principio fundamental era "combinar el trabajo del soldado en tiempo de paz con el del campesino-colono y utilizar el producto de este doble trabajo para la manutención del ejército" [7], y cuyo resultado fué acorralar a los campesinos y a los soldados empujándolos a la desesperación, al suicidio o a la rebelión. Esta nueva política, condicionada por la administración militar, alcanzaba a la clase campesina en su conjunto y a los soldados que se reclutaban en su seno. Los conspiradores se vieron abocados, por ende, a ensanchar sus aspiraciones a la medida de la nación.

La masonería los atraía porque en Rusia seguía atrayendo, como en la Francia del siglo décimoctavo, a las capas más elevadas de la sociedad. Tanto es así que, en 1820, la secta contaba en el Imperio con treinta y dos logias y mil seiscientos miembros entre los cuales representantes de las familias más ilustres, numerosos escritores, sabios y artistas, y hasta Filaret, metropolita de Moscú.

En el secreto de las logias, los futuros Dekabristas toman conciencia de ideales humanitarios que les hacen considerar a todos los pueblos dominados por la Santa Alianza como "hermanos" que hay que liberar, ya que tienen tantos derechos como el pueblo ruso a esa liberación. Y, por intermedio de los ingleses Hynam y Bull, cuyo papel en

6 Alejandro I a La Harpe, 27 de septiembre de 1797.
7 C. DE GRUNWALD: *La vie de Nicolás 1er.* París, 1945.

la revolución de diciembre nunca fué aclarado pero que saldrán de Rusia sin protestar cuando el gobierno de Nicolás I se lo ordene, entran en relación con la masonería occidental. Además, sus viajes les permiten estrechar lazos con los *carbonari* de Italia, con los liberales españoles, con el *Tugendbund* alemán, con los franceses *Amigos de la verdad.*

Sin embargo, en razón del hecho de que estas asociaciones europeas conspiraban y actuaban y que, mientras tanto, la masonería rusa no salía de las abstracciones, la mayor parte de los jóvenes reformadores buscó otra organización más apropiada a su deseo de actividad. Cuando, en 1822, un decreto de Alejandro suprime las logias masónicas, casi todos han encontrado ya fuera de ellas su cauce definitivo [8].

Se sabe poca cosa sobre las asociaciones secretas rusas; se ignoran casi todas las condiciones de su fundación y de su desarrollo. Pero sabemos con toda seguridad que los conspiradores de Diciembre pertenecían en 1818 a una llamada *Unión para la Salvación,* luego *Unión para el Bien Público,* que se escindió en 1820 en dos organizaciones que pasaron a la historia con los nombres de *Liga del Norte* y *Liga del Mediodía.* La primera, cuya sede era San Petersburgo, agrupaba a oficiales de la Guardia y fué dirigida sucesivamente por el príncipe Trubetskoi y por el poeta Riléiev. La segunda, animada por el coronel Pablo Péstel, hijo del gobernador general de Siberia, reclutaba sus miembros entre los oficiales acantonados en las provincias del Imperio. La *Liga del Norte* era monárquico-constitucional, la del *Mediodía,* republicana y partidaria del reparto de las tierras entre los campesinos. El tono de las reuniones, en razón de su misma clandestinidad, era el del fanatismo y pronto se llegó a acariciar la idea de desembarazarse de la familia imperial por el asesinato y de dejar a una asamblea constituyente la facultad de elegir la forma de régimen más apropiada para "regenerar a Rusia" ... "por el amor a la humanidad, la instrucción, la justicia y la economía nacional".

La muerte de Alejandro I alcanzó desprevenidos a los conjurados. Los del Norte, impulsados por Riléiev, decidieron actuar por su cuenta y poner así a sus amigos del Sur ante el hecho cumplido [9]. En la

---

[8] Sería el caso consagrar a la masonería rusa un estudio detenido. Quizá se llegara a descubrir documentos suficientes como para establecer qué la *Unión para la Salvación* y, por ende, las asociaciones posteriores no fueron sino filiales "progresistas" de las logias originarias, como las Ventas de los *Carbonari* no fueron sino filiales activistas de la masonería inglesa en Italia y en Francia.

[9] Una tentativa contra Kiev emprendida al principio de enero de 1826 por el grupo del Sur fué aplastada sin dificultad.

noche del 13 al 14 de diciembre, hubo una reunión en casa del poeta, reunión en la cual, después de escuchar muchos discursos, los asistentes se distribuyeron los papeles que tendrían que representar llegado el momento. Kajovskiy debía asesinar a Nicolás Pávlovich y las tropas, que los oficiales sublevarían asegurándoles que el Gran Duque pretendía usurpar el trono, asaltarían el Palacio de Invierno y arrestarían a todos los miembros de la familia imperial. Luego, el príncipe Trubetskoy sería proclamado dictador y finalmente, en pleno acuerdo con los conjurados del Mediodía, se procedería a la salvación de Rusia y de la Humanidad.

El día de la insurrección, el príncipe Trubetskoy permaneció escondido y después del fracaso fué a entregarse él mismo al Emperador suplicándole que le perdonara la vida. La instrucción, abierta en la noche misma del 14 al 15 de diciembre y que Nicolás dirigió personalmente, duró seis meses.

El Emperador pudo comprobar cuán grande había sido el peligro corrido por la monarquía y pudo convencerse asimismo de que no todos los conjurados eran seres despreciables empujados por la ambición ni sencillos fanáticos inspirados por la idea de destruirlo todo sin pensar en lo que se edificaría luego sobre las ruinas de la Rusia autocrática. Entre ellos había gente de talento, idealistas puros y no faltaba tampoco un hombre en quien todos sus contemporáneos han querido ver un ser genial, el coronel Pablo Péstel. Este hombre que había sido arrestado por una verdadera casualidad, la víspera misma de la tentativa de San Petersburgo, mientras se encontraba alejado de su guarnición del sur, era el autor de un proyecto constitucional, ***Rússkaia Pravda*** (la Verdad Rusa) que preveía la abolición de la servidumbre, una redistribución de las tierras en propiedades privadas y en propiedades comunales, la libertad de prensa y una representación nacional elegida por el pueblo. El ejecutivo debía pertenecer a una Duma de cinco miembros elegidos por el pueblo; el legislativo a un *Sobor,* o Concilio, compuesto de ciento veinte boyardos cuya misión era vigilar la ejecución de las leyes [10]. Péstel y Riléiev, los apóstoles de la rebelión, habían previsto asimismo la proclamación de la independencia de Polonia, de Finlandia y de Lituania.

---

[10] Este *Sobor* recuerda poderosamente el cuerpo de "Conservadores Nacionales" previsto por Gracchus Babeuf en su proyecto de constitución comunista que hubiera entrado en aplicación en el caso de que la rebelión que preparaba contra el Directorio hubiese triunfado.

Sin embargo, a pesar de la elevación de sus ideales y de su total desinterés, los jefes de la conjuración no habían comprendido que, de tener buen éxito su tentativa de la plaza del Senado, éste no hubiera podido ser sino momentáneo. Eran utopistas que no tenían ningún contacto con el pueblo ni tampoco con los soldados y éstos los siguieron tan sólo mientras creyeron que se trataba de hacer respetar la legitimidad de la sucesión dinástica.

Soñaban con liberar a todos los pueblos oprimidos, proclamaban el derecho de las nacionalidades, incluso la húngara, y no veían que el triunfo de su plan determinaría la dislocación del Imperio y, probablemente, la guerra civil y el caos universal. Querían suprimir la autocracia y todos, durante el proceso, descubrieron, a veces a su pesar, que conservaban intacta en el fondo de su corazón toda su veneración por la dinastía. Querían liberar al pueblo ruso de la opresión y no sabían qué poner sobre los escombros del sistema derribado [11].

En la noche que sigue a su triunfo, Nicolás descubre que la que en un principio había creído una sencilla rebelión pretoriana, era una conjuración muy extensa, que los rumores que habían llegado hasta él algunas semanas antes no eran el fruto de imaginaciones en mal de delación. Poco a poco todos los hilos de la conspiración se juntaban en sus manos. El designio, por involuntario que fuere en el espíritu de los conjurados, era la destrucción de Rusia y también el desencadenamiento de la revolución europea. E, inmediatamente, dice a su hermano Miguel que lo ha ayudado tan poderosamente a triunfar: "La revolución está a las puertas mismas de Rusia, pero juro que no entrará mientras me quede un soplo de vida, mientras siga siendo emperador por la gracia de Dios". Y, algunos días más tarde, al tener ya la convicción de que los conjurados no habrían vacilado en asesinarlo con toda su familia y en hacer de Rusia un montón de ruinas, al recibir también la prueba de que los soldados de la Guardia habían sido engañados vergonzosamente por los jefes del movimiento, dice al marqués de La Ferronays, ministro de Francia: "No se trata de una rebelión militar sino de una vasta conspiración que se esforzaba en alcanzar una meta absurda con crímenes abyectos".

Hoy en día, si algo nos sorprende en Nicolás I no es su indignación ni tampoco su severidad; es el papel que representó durante la

---

11 Además, el proyecto de Péstel era rechazado por los miembros de la *Liga del Norte,* los más influyentes entre los conjurados por ser los más numerosos y los que estaban mejor relacionados.

instrucción al anteponerse a los investigadores hasta llegar a interrogar él mismo a los acusados. Y, en verdad, historiadores de todas las tendencias se lo han reprochado con vehemencia. Sin embargo, nadie entonces, ni en Rusia, ni en Occidente, pensó en achacárselo. Ni los mismos acusados; ni tampoco el hombre genial de la revolución, Péstel quien, al final de la instrucción, escribe: "Todos los lazos y todos los proyectos que me unían a la sociedad secreta se rompieron para siempre... No puedo justificarme ante Su Majestad. Pido sólo mi gracia. Que use en mi favor el florón más hermoso de su corona y Dios es testigo que mi existencia será consagrada por un agradecimiento y un acatamiento sin límites a Su Persona Sagrada y a Su Augusta Familia" [12].

Nicolás comprendía que el mal se había infiltrado en las capas más elevadas de la sociedad y que, una vez más, era la aristocracia la que se levantaba entre la dinastía y el pueblo. En su persona, otro autócrata se había encontrado a punto de ser asesinado, como su padre Pablo I, como su abuelo Pedro III. Y ahora, como antaño, sólo los *dvorianie* han querido, fuera de toda participación popular, repetir, en nombre de la patria y del progreso, el regicidio que sus padres cometieron en nombre de la patria y de sus intereses de casta. Y Nicolás Pávlovich, que no había sido preparado para reinar, comprendía muy bien que, infinitamente más que en ellos que se habían extraviado tras los utopismos importados de Francia y de Inglaterra, la patria estaba en él. El era la patria y, aunque hubiese sufrido más que aceptado esta identificación, ahora que el hecho estaba cumplido no le quedaba otro camino sino el de aceptar su destino que era castigar para curar. Si la conspiración hubiese tenido un principio de éxito, es decir si Riléiev, Péstel y sus amigos hubiesen realizado la parte de su programa que consistía en "liquidar" al joven Emperador y a sus fieles, la guerra civil no hubiera tardado en desencadenarse en la tierra rusa y, para conservar el poder como para desviar la sed de destrucción que siempre en tales casos invade a las masas rusas, los conjurados no hubieran tenido a su disposición otro remedio que lanzar a sus huestes enfurecidas contra el mundo. Todos los observadores extranjeros lo habían comprendido. El 6 de enero de 1826, el conde de Lebzeltern, embajador de Austria y cuñado del príncipe Trubetskoi, lo que lo colocaba

12 No será muy diferente, tres lustros más tarde, la actitud de Bakúnin, el padre de la anarquía, cuando se enfrente con su soberano.

en una extraña posición, había podido indicar a Metternich que "cualesquiera hubiesen sido los resultados de esa sacudida espantosa, los mismos cabecillas se hubiesen encontrado pronto en la necesidad de librar a su país de las milicias armadas sedientas de desórdenes y de echarlas más allá de sus fronteras donde habrían llevado el principio revolucionario a la punta de sus bayonetas; y estas fatales emigraciones hubieran incendiado los Estados vecinos". El 29 de enero de 1826, el marqués de Saint-Priest escribía al barón de Damas, ministro francés de Relaciones Exteriores: "Aquí la Revolución hubiese sido terrible. No se trataba ya de destronar a un Emperador para reemplazarlo por otro. Todo el orden social hubiera sido sacudido en sus bases y Europa entera hubiera sido cubierta por sus escombros".

Nicolás no era el único en creer, pues, que al defender sus derechos con energía —una energía que le reprocharán algunos historiadores— defendía al mismo tiempo a Rusia y a Europa. Su deber era pegar fuerte, pero pegar a la cabeza, y perdonar a los soldados engañados por sus oficiales perjuros. Así puede decir a La Ferronays: "Seré indulgente, muy indulgente, pero los jefes instigadores del complot serán tratados sin piedad ni misericordia. Seré implacable, lo debo a Rusia y a Europa...".

Y estaba tanto más decidido a serlo cuanto que la mayor parte de los conspiradores eran compañeros de armas suyos, que con algunos había tenido relaciones de buena camaradería, que todos pertenecían a las mejores familias de Rusia, a aquellas familias que lo debían todo a la dinastía. Al lado de Trubetskoi, el dictador fracasado, la aristocracia había delegado en la conspiración a un Obolenskiy, a un Galítsin, a un Bariatinskiy, a los dos hermanos Bestuzhev, a dos Muriavov, a un Iakushkin, a un Volkonskiy, a un Orlov...

Y, sin embargo, de los treinta y seis acusados que el tribunal condenó a muerte, treinta y uno fueron indultados por el Emperador y vieron su condena transformada en trabajos forzados. Cinco serán ahorcados, Péstel, Riléiev, Kajovskiy, Bestuzhev-Riumin y Sergio Muraviov-Apóstol. Los demás fueron absueltos o confinados en sus provincias de origen [13].

La ejecución tuvo lugar el 13 de junio de 1826 e. a., en la explanada de la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo.

---

[13] Devuelve a su madre, "para que lo azote como a un pillastre", al joven teniente Konovitsin, hijo del general que lo acompañó durante la campaña de Francia.

En su despacho de Tsárskoie-Sieló, al anochecer, Nicolás I, entristecido, dijo a su amigo Galítsin, pariente de uno de los deportados: "Todo acabó, pero quedan las viudas. El encargo que le voy a dar, querido Galítsin, estoy seguro que Ud. lo cumplirá con gusto. Hágame saber noticias de la pobre Riléiev y dígale que le pido que disponga de mí en toda ocasión. Espero que no se negará a informarme siempre de lo que pueda necesitar. Asimismo infórmese de lo que hacen la Muraviova Nikita y la Trubetskoy. Alabemos a Dios que todo haya terminado" [14].

En la misma noche, el hombre que acababa de salvar a Rusia, se preparaba para impedir a Europa rodar en el abismo, para asumir en todo el continente el papel que Metternich se contentaba con representar a costa de las pequeñas nacionalidades sin defensa.

V

No sin motivo he insistido tan largamente sobre la rebelión de los Dekabristas. Este movimiento asume, en efecto, una importancia extraordinaria si no olvidamos que contiene en germen todo lo que, en las décadas sucesivas, va a caracterizar el acontecer histórico ruso, y no sólo en el período determinado por la acción de Nicolás I, sino también en los que encuentran su expresión en sus sucesores y en la política posterior a 1917. El movimiento dekabrista engendra un estado espiritual y mental muy peculiar en toda Rusia. Abarca todos los aspectos exteriores e interiores de la vida social y no es pequeña, por ejemplo, la importancia que tiene en el resurgir religioso del siglo décimonono. A causa de él, nacen y se desarrollan una serie de factores que van a condicionar todos los fenómenos posteriores al 14 de diciembre, tan grande ha sido la impresión producida en el espíritu de los rusos por los incidentes de la plaza del Senado y por su consecuencia inmediata, la ejecución de los conspiradores más comprometidos. Los primeros determinan enteramente la política del Emperador, la segunda sirve de pretexto a una oposición que, si bien se agazapará durante el reinado de Nicolás I, volverá a manifestarse a partir de los años 60

[14] Un hermano de Péstel será ascendido inmediatamente al rango de edecán imperial, otro será transferido a los Caballeros Guardias con una pensión anual de tres mil rublos; el hijo de Riléiev será educado a gastos del Emperador, etc...

con una fuerza renovada por el culto de un recuerdo, que ahora nos puede aparecer como bastante artificialmente mantenido, que, empero, en aquella época actuó poderosamente sobre las almas.

Se puede afirmar en efecto —aunque él mismo no haya hecho ninguna declaración a este propósito— que la rebelión de los Dekabristas tuvo una influencia determinante en el espíritu de Nicolás Pávlovich y, por ende, en sus conceptos políticos.

El recuerdo de aquel día en que había visto en peligro "su vida, el trono y la autocracia", le inspiró la oposición tenaz a las corrientes occidentales que condicionará hasta los actos más nimios de su largo reinado.

Sin querer entregarnos al juego tentador de las analogías, nos parece imposible no establecer un paralelo entre el estado de espíritu de Nicolás I al subir al trono y el de Luis XIV cuando alcanzó su mayoría de edad. Uno y otro, para poder ocupar el lugar que la historia les había reservado, tuvieron que superar las mismas dificultades, luchar contra las mismas oposiciones, desbaratar a los mismos enemigos que los habían atacado con las mismas armas.

Desde su infancia, Luis XIV aprendió su oficio de rey al enfrentar las dos rebeliones de la Fronda, inspiradas y dirigidas por los Grandes que aprovecharon la debilidad de su posición para intentar recuperar sus derechos perdidos de feudatarios acostumbrados a tratar con la Corona de igual a igual. En el siglo XVII fueron las milicias burguesas, arrastradas por las mentiras de los Condé, de los Retz y de los Chevreuse, las que se levantaron en armas contra el rey indefenso y no vacilaron en abrir de nuevo las fronteras al extranjero para obtener su ayuda al precio, si hubiesen triunfado, del desmembramiento de la nación y sin pensar que, en este caso, una oligarquía aristocrática sin escrúpulos hubiera substituído a la monarquía tradicional. Algo bastante parecido sucedió a Nicolás I que tuvo que hacer su aprendizaje de soberano en pocas horas. Como Luis XIV, no olvidó jamás el papel representado por la nobleza y, durante su reinado, tomó las medidas necesarias para domesticarla e imponerle una fidelidad forzosa. Como él, se transformó en el guardián vigilante de sus dominios y consideró la autocracia, para repetir las palabras del historiador Koliarevskiy [15], "como una elevada tutela, en todos los sentidos de la

[15] Citado por E. Lo Gatto: *Storia della Russia.* Florencia, 1946.

expresión, de los pensamientos, de los humores y de las acciones de sus súbditos".

Por esta razón, como Luis XIV, quiso hacer de su sistema un sistema perfecto al reconocer que, por su esencia misma, el zarismo se encuentra en la necesidad de ser infalible. Ningún sistema tanto como el absolutismo, necesita inteligencia, razón y clarividencia en el mando, honradez y firmeza en la ejecución. Fuera del monarca no puede existir ninguna autonomía, no hay lugar para el juego de otra voluntad. Y por esta coincidencia de conceptos generales, el gobierno del emperador ruso, a más de un siglo y medio de distancia, se parece de manera tan pasmosa al del rey francés. Este último llevó de golpe el principio monárquico a su perfección absoluta, ejemplar para todas las monarquías. Entre él y su lejano sucesor, la diferencia no es de contenido, es de tiempo y de lugar, motivo por el cual muchos historiadores tienen razón aparentemente al hablar de despotismo y de poderío sin control cuando se ocupan de Nicolás I, como Saint-Simon tiene apariencias de razón cuando habla de gobierno ilimitado a propósito de Luis XIV. Sin embargo, como los Dekabristas, Saint-Simon pertenecía a la alta aristocracia descartada por el monarca y controlada estrictamente en el ejercicio de lo que le quedaba de sus viejos privilegios de casta. Cuando Saint-Simon habla de la tiranía del sistema instaurado por Luis XIV, sabemos muy bien hoy en día que se trata de la tiranía sufrida por su clase, porque, si bien es verdad que el sistema era absoluto, se ha podido decir muy justamente que se trataba de un absolutismo templado por los fueros, aunque estos fueros concerniesen exclusivamente a las clases no aristocráticas, a la Iglesia, a las corporaciones, a las regiones, etc... La vieja Francia derribada por la Revolución no sabía lo que era la libertad, en el sentido político de la palabra, pero gozaba de infinitas libertades que desaparecieron en su conjunto con el triunfo del concepto de libertad revelado al mundo por Robespierre y por sus sucesores, los creadores y beneficiarios del sistema liberal.

Lo mismo puede decirse de la Rusia de Nicolás I porque, aquí también, la analogía puede proseguirse, a condición, sin embargo, de tener siempre presentes las variantes determinadas por las peculiaridades históricas, sociales, religiosas, económicas que caracterizan a este país. Pero en el punto más elevado del edificio social, la costumbre ligaba tan estrechamente al autócrata con sus numerosos lazos como había ligado al Rey Sol y a sus sucesores. Nicolás mismo se quejará muy a menudo ante sus ministros de no poder tomar ciertas medidas

sugeridas por ellos, porque para tomarlas hubiera sido necesario violar las leyes vigentes. Tanto es así que, cuando sus colaboradores le inciten a reformar el sistema jurídico, impondrá a Spéranskiy la tarea abrumadora, no de confeccionar códigos nuevos, sino de concentrar en el *Corpus de leyes rusas* [16], todas las leyes publicadas desde el Código establecido en 1649 por Alexéi Mijáilovich, sin permitirle aportar otras innovaciones que las que exigían las contradicciones causadas por el tiempo. Siempre se considerará él mismo como un guardián de la tradición rusa, nunca querrá conquistarse la gloria fácil del reformador y su veneración por la memoria de Pedro el Grande no lo arrastrará nunca a querer igualarse a su antepasado. Poco tiempo antes de desaparecer, observará, con una ironía en que entraba no poca tristeza, que Rusia estaba gobernada mucho más por los *stolnachálniki* (algo así como nuestros funcionarios ministeriales medios) que por el soberano. Siempre frena a sus colaboradores indicándoles que "no podemos tocar sino lo que es ilegal". Razón por la cual, y a pesar de haber adquirido desde su juventud la convicción de que la servidumbre de la gleba es dañina y deberá, tarde o temprano, ser derogada, retrocederá siempre ante la idea de tomar la iniciativa de esta reforma necesaria. Y que no se diga que esta repugnancia demuestra su despotismo porque al mismo tiempo que ve la llaga se niega a curarla. Por el contrario, esta repugnancia demuestra tan sólo que el autócrata que, con esta reforma, reduciría aún más el poder de sus enemigos los *dvorianie* al quitarles el único instrumento de dominación que les quedaba, no se atreve a realizarla porque si lo hiciere menguaría también el viejo derecho consuetudinario ruso.

La de Nicolás Pávlovich es una figura que tiene real grandeza y su fisonomía moral, a pesar de la inquebrantable severidad que constituye su rasgo más aparente, se presenta, al que la examina con espíritu sereno, mucho más matizada y compleja que la que es producto de un estudio superficial. Abundan en él los rasgos de humanidad, es constante su amor por los humildes, su apego verdaderamente profundo a los ideales cristianos. Su religiosidad, que no es, por cierto, la de un místico, ya que en él nos enfrentamos con un hombre que nunca pierde de vista la realidad, es la que le inspira, de modo constante, las atenuaciones que nunca dejará de aportar a sus medidas más severas. Soldado ante

---

[16] *Svod rússkij zakónov* (Свод Русских Законов), terminado y publicado en 1843.

todo y amigo de la disciplina, sabe que el hombre es rebelde por esencia, y rara es la oportunidad en que no perdona faltas a veces gravísimas. Se le ha llamado "Emperador Caballero" y esto es cierto si tenemos presente su fidelidad, nunca desmentida, a la palabra dada, su vigilancia en socorrer a los desamparados, de donde fueran, pueblos o individuos, incluso si su intervención podía ponerlo frente a compromisos peligrosos. Al creerse en la imposibilidad de abolir la servidumbre en razón de los trastornos mayores que esta reforma, según él, ocasionaría en el aparato estatal y de las repercusiones que tendría sobre el orden público, quiso dar el ejemplo a los terratenientes al refundir el estatuto de los siervos de Estado y al mejorar su situación, dejando así a los *dvorianie* plena libertad para imitarlo. En 1833, los campesinos del Estado fueron puestos bajo la administración de un ministerio especial confiado al conde Kíselev, unos de los colaboradores más inteligentes de Nicolás. Este concede a sus administrados una autonomía que les permite elegir delegados cuya misión es denunciar al soberano los abusos de los funcionarios. Kíselev toma, en favor de estos campesinos, medidas económicas importantes, al aumentar considerablemente sus parcelas personales y organiza la emigración de los que no encuentran bastantes medios de subsistencia en las tierras a las cuales hasta entonces han estado ligados. Vulgariza los nuevos métodos de cultivo y crea numerosas escuelas para los hijos de los siervos. En pocos años estas reformas aumentan de modo considerable el bienestar de sus beneficiarios. Decide, además, que los propietarios particulares no podrán ya rematar a sus campesinos para pagar sus deudas, que no podrán tampoco venderlos sin la tierra, que no podrán transformarlos en siervos industriales. De ahora en adelante el hecho de pasar de la gleba a la fábrica de manera estable, siempre provocará la liberación del campesino.

Las ideas directrices de este reinado han sido resumidas en la expresión "Ortodoxia, Autocracia, Idea Nacional" que le da, en efecto, todo su sentido porque, con la atención siempre fija en ella, Nicolás Pávlovich edificará toda su política; y a su realización someterá, sin cansancio, todo el aparato nacional. Para esto, considera necesario volver a tomar en su mano la clase aristocrática, que se ha revelado tan poco digna de confianza al intentar levantar una vez más una valla entre la dinastía y el pueblo. Para volver a hacer de la monarquía un sistema popular y ponerla de nuevo sin peligro en contacto con las masas, Nicolás domestica a los nobles. Para esto, se le presenta un solo camino: derogar todos aquellos decretos de sus predecesores que han

liberado a los miembros de la clase aristocrática de la obligación del servicio. Una de sus primeras medidas consiste, pues, en decretar la obligatoriedad del servicio para los nobles en el ejército o en la administración, y este decreto será aplicado con una severidad nunca desmentida.

Esta clase, por otra parte, es, desde siempre, la que proporciona, de modo que casi podríamos considerar exclusivo, todos los elementos que dan un carácter tan particular a la vida intelectual rusa. Durante el reinado de Nicolás I, dicha vida va a tomar una dirección muy distinta a la del tiempo de Alejandro I. Y este cambio de camino no es debido tan sólo a la existencia de una censura muy rigurosa, sino a un cierto número de factores psicológicos poderosos, independientes de la voluntad del Emperador. Durante los quince últimos años de vida de Alejandro, los intelectuales se habían formado espiritualmente alrededor de las sociedades secretas; sus ideas, por consiguiente, obedecían a preocupaciones reformistas, sus aspiraciones eran liberales, lo social y lo político eran la esencia de su pensamiento y todo esto había desembocado en el movimiento dekabrista y en la severa represión subsiguiente. A partir de 1826, el desconcierto invade los espíritus y, muy sinceramente, la mayor parte de los intelectuales llega a la conclusión de que, si sus ideales no habían sido coronados por el éxito, es que el camino elegido por ellos era equivocado. Las masas no contestaron al llamado de los que se consideraban como los mejores entre los rusos, de los que creían detentar la verdad que ilumina. Esta luz no deslumbró a nadie, posiblemente porque nadie, en Rusia, creía en esta nueva verdad ni consideraba ejemplar el movimiento revolucionario que sacudió a Francia a partir de 1789. Lejos de seguir este camino, que ahora reconocen como ciego, los intelectuales lanzan, pues, sus inquietudes, en otra dirección. Puesto que no existe posibilidad alguna de transformar la sociedad en un sentido liberal, es menester por consiguiente renunciar al liberalismo. Pero al tiempo que renuncian a este ideal fracasado, adoptan y siguen apoyándose en el principio más explosivo del liberalismo, el que finalmente va a asegurar su triunfo en Occidente, el principio de nacionalidad. Entendámonos bien, lo adoptan pero al mismo tiempo lo adaptan a la realidad rusa, es decir, que le quitan todo lo que puede contener de europeizante. Por tanto, no es el principio de las nacionalidades el que van a exaltar sino el de la nacionalidad rusa.

El mayor exponente de esta tendencia, el que expresa primero con palabras brutales la inadaptabilidad de los rusos al progreso, es Piotr

Iacovlévich Chaadaiev quien, en sus famosas *Cartas sobre la filosofía de la historia,* publicadas en París en 1829, escribe estas palabras desencantadas: "¿Dónde están nuestros sabios? ¿Dónde están nuestros pensadores? ¿Quién jamás pensó por nosotros? Solitarios en el mundo, ni siquiera volcamos una sola idea en la masa de las ideas humanas. Nunca contribuimos al progreso del espíritu humano y lo que nos llegó de este progreso, lo hemos desfigurado". Chaadaiev parte de un presupuesto pesimista en lo que concierne a la cultura rusa al afirmar que el atraso de los rusos se debe al hecho de que "no caminaron nunca junto con los demás pueblos". Ante esta realidad, el escritor elabora una doctrina original de la vida rusa. El principio determinante de la vida de los pueblos, dice, es la religión. Contrariamente a Roma, que ha entregado a Occidente un fermento espiritual siempre viviente, la Iglesia Ortodoxa ha condenado la historia y la civilización rusas a la esterilidad. "Somos indiferentes a todo bien, a todo mal, a toda verdad, a toda mentira". La única posibilidad que se ofrezca aún a Rusia es adoptar la civilización occidental, "fruto de las edades y de las generaciones", y, para ello, la única solución es la vuelta al catolicismo. La inteligencia de los rusos es virgen todavía, libre de los prejuicios que ahora desfiguran a Occidente; además, la experiencia no puede ser sino benéfica para los rusos que, con la pureza de su ideal religioso, aportarían al cristianismo una fuerza espiritual capaz de devolverle toda su antigua vitalidad.

Se trata, pues, de un occidentalista, pero de un occidentalista cuyas tesis, contrariamente a las de los futuros secuaces de esta ideología, obedecen de modo exclusivo a una preocupación religiosa, ya que vuelve la espalda al progreso deificado por Occidente, porque, según él, ha mecanizado a Europa. En ruptura con todas las corrientes de pensamiento de su tiempo, Chaadaiev no podía ser comprendido. Tanto es así que el régimen imperial, para defender la ortodoxia, lo condenó. Tanto es así también que, de sus conceptos acerca de la primacía de la idea religiosa en la vida de los pueblos y de la oposición *religiosa* entre Rusia y Occidente, ha de nacer el movimiento eslavófilo.

Alexéi Jomiakov, los hermanos Kiréievskiy y los hermanos Aksákov pueden ser considerados como los verdaderos fundadores de este movimiento que, más tarde, encontrará su mayor representante en Fiódor Dostoievskiy. Para ellos, las divergencias religiosas que separan a Rusia de Occidente, lejos de ser un mal, constituyen su tesoro más preciado. La civilización occidental, en efecto, ha llegado a un



NICOLAS I

punto de crisis porque nació de la civilización romana y católica, que es unilateral en razón de su aspecto esencialmente jurídico, sancionador de conquistas violentas [17]. Y más allá de Chaadaiev que les entrega su punto de partida pero contra quien se ponen en postura de reacción, encuentran su lejano antepasado en Iuriy Krizhánich, servio que llegó a Moscú en 1646, en su huída ante los turcos. Para Krizhánich, entre Oriente, que "condena cualquiera novedad sin restricción y repite que toda novedad es un mal", y Occidente, que "nos recomienda toda clase de novedades y quiere que abandonemos todas nuestras antiguas instituciones y que nos adaptemos a sus costumbres y a sus leyes depravadas", los rusos deben vivir sin la ayuda de los occidentales pero no sin sacar de ellos aquellas lecciones que puedan serles útiles.

Los eslavófilos afirman, pues, que, contrariamente al Estado occidental, el Estado ruso no está fundado en un contrato entre gobierno y súbditos, sino en la unión voluntaria entre autocracia y pueblo, por haber conservado éste su originario espíritu de comunidad. Por esta razón misma, solamente en Rusia el cristianismo no degeneró. Es Rusia y no Roma la que detenta aún la verdad cristiana que le permitirá ayudar al mundo para encontrar su camino perdido por culpa de Roma. Por encima de Pedro el Grande que, con sus reformas, instrumentalizó a la Iglesia ortodoxa, por encima de la vana ciencia europea, hay que volver a los Santos Padres ecuménicos por el camino de las perennes tradiciones espirituales eslavas [18].

---

[17] Se ha denunciado muy a menudo, tanto en Rusia como en Occidente, el "antieuropeísmo" de los eslavófilos agrupados alrededor de Alexéi Stepánovich Jomiakov. Muchos pasajes, sacados de los escritos de la Escuela, infirman rotundamente esta alegación. Además del célebre "Occidente, país de las santas maravillas" de Jomiakov, nos bastará citar este breve pasaje debido a Iván Kiréievskiy, quizá el más "reaccionario" de los eslavófilos: "A quienes desesperan del destino de Europa y hablan de su descomposición, se puede dar más de una contestación y, entre otras cosas, decir que nosotros, es decir yo, Kiréievskiy y otros, éramos unos Europeos desde los puntos de vista moral e intelectual y que, sin embargo, ahora hemos cambiado: hemos reconocido la pobreza de los puros razonamientos, hemos vuelto a la fe y nos transformamos sobre la base de nuevos principios. Si es posible admitir esta aserción para los individuos, resulta tanto más posible admitirla para los pueblos. No, Europa tiene todavía ante ella un inmenso porvenir". Citado por A. GRATIEUX en: *A. S. Khomiakov et le mouvement slavophile;* tomo I. París, 1939.

[18] El movimiento eslavófilo es dicífil de definir en pocas palabras, sobre todo porque no se presenta con una fisonomía única. Podemos considerar como único movimiento eslavófilo auténtico, el que fué fundado por A. S. Jomiakov en Moscú y excluir pura y simplemente el que lo precedió en San Petersburgo bajo el impulso del almirante Shchishkov, compuesto según Vasiliy Púshkin de "eslavos analfabetos" y que se satisfacía en el culto ingenuo del lenguaje eslavón. En cuanto a la eslavofilia de Jomiakov, de los hermanos Aksákov, de Ki-

Si los eslavófilos, más allá de Chaadaiev, encuentran su precursor en Iuriy Krizhánich, los occidentalistas, que reciben también su impulso espiritual de las *Cartas sobre la filosofía de la historia,* buscan su precursor en un hombre del siglo XVII, el funcionario de la Cancillería imperial Grigoriy Kotochjin, que se exiló a Suecia en 1664, y afirmó en su tratado *De Rusia bajo Alexéi Mijáilovich* que todas las desgracias de Rusia vienen de su aislamiento. "Los rusos, decía, no permiten a sus hijos instruirse en el extranjero porque temen que, al conocer la religión, las costumbres y la buena libertad de los demás países, abandonen su religión a favor de otra y no se preocupen ya de volver a sus hogares junto a sus padres".

Así, contrariamente a los eslavófilos, en un primer tiempo influídos por Fichte y por Hegel, se niegan a admitir la primacía de la idea religiosa en el desarrollo de la vida de los pueblos. Lejos de oponer la civilización rusa a la de Occidente, consideran que aquélla tiene tan sólo, en relación con ésta, un atraso que puede superar al adaptarse a las necesidades nuevas determinadas en Europa por el progreso y por la ciencia, tanto en la vida material como en las instituciones civiles. Para alcanzar de nuevo a Occidente, Rusia debe volver a adquirir el espíritu reformista que caracterizó a Pedro el Grande y, adaptándose a la realidad del tiempo, tiene que laicizar su vida social por intermedio del liberalismo.

---

réievskiy, etc., D. A. Jomiakov nos indica sus propósitos en la breve definición siguiente: "renacimiento del pueblo ruso en todos los sectores de la vida popular, haciendo ver a las clases dirigentes las particularidades de la vida nacional, olvidadas o mutiladas desde el tiempo en que Pedro el Grande abrió la famosa ventana sobre Europa". Definición bastante vaga como se ve. En realidad, lo esencial del pensamiento eslavófilo consiste en el retorno a una fe ortodoxa viviente, si bien este retorno se cumple en medio de numerosas contradicciones que brotan de las condiciones mismas en que vive, en aquella época, la *Pravoslavie* en el marco del Estado ruso y frente al Catolicismo romano. Alejandro Herzen, a pesar de su ateísmo —o, quizá, a causa de este ateísmo que es el punto característico de la ruptura entre Occidentalistas y Eslavófilos, ya que las diferencias políticas entre ellos, como veremos, son sobre todo formales— nos permite descubrir algunas de estas contradicciones cuando dice: "Su manera de ver (de los Eslavófilos) es extraña hasta aparecer sospechosa; evidentemente no está desprovista de poesía pero su parcialidad salta a la vista. Todo punto de vista religioso contiene necesariamente un elemento falso; su punto de vista, de ellos, es, además, el de un particularismo religioso, es el Cristianismo greco-ruso; rechazan todo el Cristianismo occidental... Aceptan la Iglesia como la verdad y, al mismo tiempo, reconocen que incluso la Iglesia griega está oprimida y que, en Rusia, no vale nada. ¿Qué es lo que queda en estas condiciones? O ¿es que el Cristianismo, después de mil ochocientos años, se acaba en dos o tres personas que conocen no sé qué verdad conservada bajo llave en una Iglesia que vive conscientemente en la mentira?". Citado por F. F. Nélidov en *Los Occidentalistas de los años 40* (en ruso); Moscú, 1910.

Los fundadores del movimiento occidentalista son el crítico Biélinskiy y el novelista y ensayista Herzen.

Vissarión Grigórievich Biélinskiy, a quien sus contemporáneos, en razón de su carácter apasionado, apodaron "il Vissarione furioso" [19], llegó al socialismo a través del hegelianismo. Escribe en 1841 a su amigo Botkin: "Con cansancio y dolor me separo de la vieja idea, la rechazo hasta lo inverosímil y paso a la idea nueva con todo el fanatismo de un prosélito. Y así he llegado a un punto extremo, la idea del socialismo que, para mí, se ha hecho la idea de las ideas, la substancia de las substancias, el problema de los problemas, el alfa y la omega de la fe y del conocimiento. Esta idea se ha tragado la historia y la religión y la filosofía".

Alejandro Herzen, con infinitamente más cordura —algunos dirán con más prudencia— siguió un camino parecido. Hasta que en 1847, año de su exilio voluntario en París, conoció a Proudhon, había vivido bajo la influencia del socialismo utópico de Fourier, de Owen, de Cabet y de... George Sand. Más que cualquier otro pensador, incluso más que Biélinskiy, Herzen debe ser considerado como el verdadero introductor de las ideas socialistas en Rusia porque, más que aquél, sabía exactamente lo que se hacía... hasta un cierto punto, ya que, si bien se daba cuenta de que estaba jugando con fuego, estaba sinceramente convencido de que este fuego no quemaría nunca a nadie.

Nadie mejor que Dostoievskiy, creo yo, estudió la personalidad de Herzen y de Biélinskiy. Había tenido con ellos relaciones de buena amistad; luego se habían distanciado, no sin amargura; cuando escribió sus semblanzas en 1873, los dos habían muerto y, tanto sus propios sufrimientos como el tiempo, que borra muchas asperezas, habían devuelto la paz a su corazón. Lo que escribe en el número primero del *Grazhdanin* puede, pues, ser aceptado en su conjunto. "Era Biélinskiy el hombre más propicio al entusiasmo de cuantos he conocido en mi vida... de un natural antirreflector, *par excellence,* de una capacidad de entusiasmo ilimitada, y lo fué toda su vida". Y prosigue: "En aquel tiempo (cuando lo conoció en 1845), era un socialista fervoroso, y en seguida empezó a hablarme de ateísmo. En lo que veo mucha significación, a saber: su asombrosa sagacidad y su don asombroso para empaparse totalmente de una idea. La Internacional encabezaba uno de sus llamamientos —hará un par de años—

---

[19] En italiano.

con estas características palabras: *Somos ante todo una sociedad atea;* es decir, que, desde un primer momento, iba derecho al meollo del asunto, a lo esencial: pues así empezó entonces Biélinskiy...: como socialista, tenía que empezar por derrocar al cristianismo... Sabía que la revolución debía comenzar por el ateísmo. Así que tiraba a destruir la religión, de donde procedían los principios morales de la sociedad que él atacaba... Sin duda comprendía que al negar la responsabilidad moral de la persona negaba también su libertad; pero creía hasta la médula... que el socialismo, no sólo no destruía la libertad del individuo, sino que, por el contrario, restauraba esa libertad en proporciones desconocidas hasta ahora, pero sobre una base nueva de dureza diamantina".

Enteramente distinto era Herzen. "Era un fruto de nuestra casta señorial; era ante todo *gentilhomme russe et citoyen du monde,* un tipo que sólo se ha dado en Rusia y sólo aquí podía darse. Herzen no emigró, ni dió la señal para la emigración rusa, no; es que, sencillamente, era un emigrante nato. Todos los de su índole y clase social fueron emigrantes natos, aunque la mayoría de ellos no se movieran nunca de Rusia. En los ciento cincuenta años de vida que cuenta nuestra casta señorial rusa, se han podrido —con raras excepciones— las últimas raíces, roto los últimos vínculos que unían a esa clase con la tierra rusa. Herzen había sido elegido por la Historia misma para encarnar en su persona esa ruptura de la inmensa mayoría de nuestra clase culta con el pueblo. En tal sentido era un tipo histórico. Al divorciarse del pueblo, divorciáronse también, naturalmente, de Dios". Para esto, el mejor camino era el socialismo. "Naturalmente, Herzen tenía que hacerse socialista, y, desde luego, como un *junker* ruso auténtico, es decir, sin necesidad, y sin objeto, pura y simplemente *por el curso lógico de las ideas...".*

"Era, sin duda, un hombre extraordinario —afirma Dostoievskiy— pero, fuera como fuera, ya escribiera sus *Apuntes* o editase en París, en compañía de Proudhon, una revista, o se batiera en las barricadas (lo que tan humorísticamente ha descrito en sus apuntes), sufriera o estuviese alegre, dudara o escribiera, en 1863, para complacer a los polacos, aquel llamamiento a los revolucionarios rusos, no obstante no creer a los polacos y saber que lo engañaban, y saber, además, que aquel llamamiento suyo iba a causar la perdición de centenares de aquellos desdichados, o contase, después, todo esto, en uno de sus últimos artículos, con inaudita ingenuidad, sin preocuparse siquiera de

cómo fuera a quedar después de tal confesión..., siempre y dondequiera y toda su vida fué y perseveró en ser, ante todo, *gentilhomme russe et citoyen du monde,* sencillamente un fruto de la antigua casta feudal, a la que odiaba y a la que, sin embargo, pertenecía, no sólo por su padre, sino también en virtud de aquel divorcio entre la tierra natal y sus ideales...".

No creo que se pueda caracterizar con mayor ecuanimidad y, al tiempo, con un realismo que retrate con más autenticidad a estos hombres que, alrededor de los años 70, vieron germinar en la tierra rusa los fermentos sembrados por ellos con una inconsciencia en que sólo se puede ver uno de los tantos disfraces del Mal.

Hasta el final del período de Nicolás I, el socialismo no fué para los rusos una doctrina económica sino, exclusivamente, una ética, una *Weltanschauung* que debía transformar las relaciones humanas y establecer un mundo mejor. Algunos círculos se habían formado alrededor de esta concepción y sus componentes tenían reuniones secretas, particularmente en la casa de M. V. Petrashevskiy; secretas en razón de la vigilancia estricta a que la famosa Tercera Sección, creada por Nicolás I y dirigida por el general Benckendorff, sometía a todos aquellos sospechosos de abrigar proyectos subversivos. Cuando en ocasión de la revolución de 1848 que, salvo a Rusia, incendió a toda Europa, esta vigilancia se hizo más recelosa, una redada permitió el encarcelamiento de un número elevado de conspiradores reunidos en la citada casa. Veintiuno de ellos, comprendido Fiódor Dostoievskiy, que ya se había hecho conocer en el mundo intelectual por su primera novela *Pobres gentes,* fueron condenados a muerte, pero indultados a último momento, cuando ya se encontraban ante el piquete de ejecución [20].

Esta mascarada siniestra, echa sobre los procedimientos de gobierno de Nicolás I una sombra que sus adversarios no han dejado de señalar cada vez que han querido demostrar el "sadismo" del Emperador. Y sin embargo tal "sadismo" no existía. No podía ocupar lugar alguno en el espíritu de Nicolás Pávlovich el deseo de regocijarse con los sufrimientos morales de cualesquiera de sus súbditos.

Entonces, ¿cuál fué el móvil de su conducta en aquella ocasión? No se le puede descubrir, a mi parecer, sino en la necesidad en que

[20] Escena contada por Dostoievskiy en el curso del quinto capítulo del *Idiota.*

se encontró de impresionar las imaginaciones de modo poderoso. El socialismo naciente, con sus nebulosidades cargadas de amenazas, con sus imprecisiones doctrinales capaces de provocar, si llegaba a ser adoptado por los rusos siempre dispuestos a precipitarse en las empresas subversivas más descabelladas, matanzas y saqueos espantosos, tuvo que producir una sensación profunda en el espíritu del soberano, ya terriblemente escarmentado por el asunto de los Dekabristas, y decidirlo a dar un golpe teatral susceptible de detener a aquéllos de sus súbditos que estuviesen tentados de seguir el mal camino. Y esto tanto más cuanto que, aquí también, eran los mismos amigos los que se encontraban frente a la dinastía, puesto que los "conjurados" de la casa Petrachevskiy eran, en su casi totalidad, oficiales, funcionarios e intelectuales y pertenecían a la nobleza.

Esta escena espantó a los eventuales candidatos a la subversión y bastó para incitarlos a exilarse o a quedarse tranquilos. Esto es tan cierto que, después del simulacro de ejecución del 22 de diciembre de 1849, el socialismo abandonó el territorio ruso y, por muchos años, urdió sus conspiraciones desde el extranjero.

V

Si fuera cierta la tesis, tan a menudo sostenida, de que el despotismo y la tiranía excluyen toda actividad creadora valiosa en materia artística porque, al matar el espíritu, esterilizan los talentos, tres nombres bastarían para demostrarnos que el sistema de Nicolás I, no fué ni despótico ni tiránico, y estos tres nombres son los de Púshkin, de Lérmontov y de Gógol [21].

Nacido en 1799, muerto en duelo en 1837 por el francés d'Anthès, Alexandr Serguéievich Púshkin es el escritor más representativo del romanticismo ruso y, con Dostoievskiy, el mayor escritor ruso de todos los tiempos. Byroniano como todos los intelectuales de los años 20 —y byronianos en una cierta medida fueron también los mismos Dekabristas—, demostró que el espíritu ruso era capaz de llegar, a través de las influencias y de las imitaciones, a una expresión original propia. Y esto le fué posible porque supo encontrar en el byronismo los gér-

[21] Dostoievskiy y Tolstói que empezaron a hacerse conocer durante el reinado de Nicolás I, alcanzarán toda su celebridad, así como Goncharov, durante el reinado de Alejandro II. Sus principales obras, en efecto, son posteriores a 1855.

menes de realismo que habrían de llevarlo del romanticismo total de su novela en verso *Eugenio Oniéguin* a los realistas *Cuentos de Belkin,* a través del shakespearismo de *Borís Godunóv.* Al seguirlo a lo largo de este camino, podemos ver cómo Púshkin penetró en todas las corrientes literarias de su época sin dejarse dominar por ninguna de ellas, lo que permite señalarlo como "el símbolo de toda la vida espiritual rusa... curiosa de todas las experiencias para encontrar el camino de su propia originalidad" [22]. No faltaban en Rusia tradiciones populares que, a través de las generaciones, habían transmitido un inmenso material poético, singularmente épico, fuente de estudio o de inspiración para los literatos. El mérito de Púshkin consistió exactamente en saber recoger estas tradiciones, en adaptarlas a la realidad de su tiempo y en transportarlas a la creación artística.

Autor de la primera novela costumbrista rusa, *Eugenio Oniéguin,* y del primer drama en el cual los personajes rusos no eran occidentales disfrazados, *Borís Godunóv,* fué también el primero en dar a su patria su primera novela histórica, *La hija del capitán,* y sus primeros poemas históricos, *El jinete de bronce* y *Poltava.* Y si es cierto que la historia de Rusia ocupa un lugar tan eminente en su obra, esto, que Biélinskiy le reprochó, es debido al concepto que él mismo enunció al decir que "la historia de un pueblo pertenece al poeta", lo que significa que el pasado, al tiempo que sirve de ejemplo al presente, debe suscitar una exaltación heroica capaz de condicionar el futuro de una nación.

Un camino paralelo, interrumpido también por un muerte prematura, es el que siguió Mijaíl Iúrevich Lérmontov, nacido en 1814 y muerto en un duelo en 1841. Desde su famoso *Canto del zar Iván Vasílievich y del mercader Kaláshnikov* hasta *El novicio* y las novelas cortas que forman su *Héroe de nuestro tiempo,* Lérmontov, con inspiración más corta que Púshkin pero con una fantasía siempre despierta, se dirigió también de manera segura hacia la expresión realista más aguda.

Cronológicamente, Gógol [23] pertenece al trentenio de Nicolás I y su obra señala el triunfo del realismo que, en la segunda mitad del siglo, habrá de llevar la literatura rusa a su apogeo y, a la vez, a la cabeza de la literatura universal. Realismo que en su obra da el lugar preponderante a la acción del diablo sobre las almas. Y, en efecto, se

---

[22] E. Lo Gatto: *Storia della letteratura russa.* Florencia, 1943.
[23] 1809 - 1852.

ha podido decir que, en ninguna literatura quizá, la nostalgia del Paraíso perdido es tan fuerte como en las *Almas muertas*. A la armonía de Púshkin, que fué su modelo y le entregó los argumentos de esta obra, opone sin cesar la imagen gesticulante del Maligno, porque, como escribe en su comedia *El inspector general:* "El país sucumbe ya, no por la invasión de veinte naciones, sino por nuestra culpa". Es que el diablo de Gógol surge del tedio acumulado en las almas por el espacio sin límites ni pendientes. Más que a Púshkin y Lérmontov, la literatura se le aparece como una posibilidad de examen crítico de las condiciones sociales, si bien sus contemporáneos, y Biélinskiy más que todos, se equivocasen cuando creían ver en el *Inspector general* y en las *Almas muertas* un cuadro de los aspectos negativos del reinado de Nicolás I, que por cierto no faltaron —pensemos en el desarrollo casi monstruoso de la burocracia zarista y en la servidumbre— pero que, a pesar de las apariencias, el autor no quiso trazar al describir las hazañas de Jlestakov y de Chíchikov. Profundamente místico y considerando que el arte siempre obedece a alguna influencia diabólica, Gógol, al término de un viaje a Palestina, destruyó la segunda parte de las *Almas muertas* y renunció a toda actividad artística.

Para poner un término a esta descripción de la vida rusa en la época de Nicolás I, vida cuyos rasgos espirituales determinan en su totalidad el devenir posterior de Rusia, nos queda por indicar que, como era de esperarse por parte de un soberano soldado ante todo, el lado técnico fué más favorecido que cualquier otro en materia de actividad cultural. Las universidades perdieron su autonomía y los planes de estudios se vieron sometidos a la vigilancia más rigurosa, sobre todo en el campo de la literatura y de la filosofía. En efecto, para el emperador y sus colaboradores, estas disciplinas no hacían sino obedecer a las modas venidas de Occidente y, casi siempre, servían de vehículo a las ideas subversivas. Si bien se desarrolló el estudio del griego y del latín, se puso el acento sobre la necesidad de "fundar una nueva cultura rusa sobre las enseñanzas venidas de Bizancio".

Y así, quizá sin quererlo, este régimen tachado de "obscurantismo" contribuyó poderosamente a restaurar los valores tradicionales que, a partir de Alejandro II, darán un aspecto tan interesante a la vida espiritual rusa.

V

Las dificultades que, al enfrentar la situación interior, Nicolás I encontró en su camino, no se le presentaron menos numerosas en el terreno diplomático.

La política exterior rusa había estado ligada, como era lógico en quien concibió la idea de la Santa Alianza, a los principios del legitimismo codificado por los vencedores de Napoleón. Y tanto es así que, por obedecer a estos principios vigorizados por Metternich, a cuya influencia se había entregado ciegamente después de algunas veleidades de independencia, Alejandro, finalmente, había abandonado a los griegos ortodoxos en lucha contra su opresor otomano. Por su culpa, la Santa Alianza, creada por él, se había, pues, transformado en un instrumento que Metternich, el más escéptico de los nuevos cruzados, manejaba y utilizaba en provecho exclusivo de los intereses diplomáticos de Austria. Poco a poco, el astuto "Mentor de los Reyes" había llevado a su imperial discípulo a admitir que la defensa de los cristianos súbditos del Sultán no era asunto privativo de Rusia sino cuestión concerniente a todos los miembros de la Santa Alianza. Y éste, precisamente, era el punto en el cual los Zares, desde Pedro el Grande, nunca habían claudicado. Podía prever Metternich que un soberano menos soñador no dejaría los asuntos de Turquía en este estado y comprendemos cuánta preocupación experimentaba al emitir la sentencia: "Se acabó la novela, ahora empieza la historia".

En efecto, Nicolás I, aunque proclamara y demostrara de manera constante su adhesión a los principios de la legitimidad, tomó desde el comienzo una postura distinta a la de su hermano mayor, postura que permitió a Rusia independizarse pronto de la tutela austriaca. Es necesario subrayar aquí que si tardó algún tiempo antes de entrar en guerra contra Turquía, al lado de Francia y de Inglaterra, en favor de los griegos, esto se debió solamente al hecho de que sus ejércitos estaban empeñados en liquidar la guerra que, desde el principio de 1826, Rusia sostenía contra Persia [24].

Los rusos marcaron el paso durante casi un año bajo Ermólov. Pero éste fué substituído por el general Pashkiévich, hombre de confianza de Nicolás I, que infligió a los persas una serie de derrotas, determinando la caída de Eriván en 1827. Al principio del año siguiente,

[24] Persia intentaba recuperar Georgia incorporada a Rusia por Pablo I en 1801 y la orilla meridional del mar Caspio anexada por Alejandro I con los importantes centros de Derbent y de Bakú al término de la primera guerra ruso-persa, en 1813.

el schah firmó la paz de Turkmanchay, por la cual cedía a Rusia todo el territorio comprendido entre la antigua frontera y la orilla izquierda del Araksa, con Eriván y Najicheván.

Ya sin previa declaración de guerra, la armada rusa había participado, con las escuadras francesa e inglesa, en la destrucción en la rada de Navarín, el 20 de octubre de 1827, de las unidades navales turco-egipcias.

Francia e Inglaterra no querían oficializar el estado de guerra y el Sultán, para provocar una escisión entre los "aliados", intentó, por la proclamación del 20 de diciembre de 1827, hacer recaer toda la responsabilidad del ataque de Navarín, sobre Rusia. El 14 de abril de 1828 e. a., Nicolás declara la guerra a Turquía.

Durante el año 1828, la campaña militar no proporciona resultados apreciables en los Balcanes, mientras que en Asia Menor lleva a la conquista de la fortaleza de Kars. En 1829, el cuerpo ruso de Europa, puesto bajo las órdenes de Dibich, conquista Silistria y obliga a los turcos, que acaban de perder Erzerum en Armenia, a firmar el 2 de septiembre e. a. la paz de Andrinópolis, por la cual abandonan a Rusia el delta del Danubio y la orilla caucasiana del mar Negro, abren los Dardanelos y el Bósforo al comercio de todas las potencias, confirman la autonomía de Servia, de Valaquia y de Moldavia, y conceden a Grecia las prerrogativas de un Estado vasallo.

Aparentemente, Rusia acaba de conseguir un triunfo sensacional sin que Inglaterra, vigilada estrechamente por Carlos X que, en todo este asunto, se ha demostrado un aliado leal y comprensivo para Nicolás I, haya podido hacer nada para impedirlo. Sin embargo, la paz de Andrinópolis se revelará pronto como un arma de doble filo. Si por un lado, en efecto, permite a Nicolás Pávlovich sacar a Rusia de la postura de dependencia en que se encontraba para con Austria, por otro, deja la llave de los Estrechos entre las manos del Sultán, ya que la aplicación de la cláusula de libre tránsito depende tan sólo de la buena fe de Constantinopla que, para practicar una política hostil a San Petersburgo, encontrará siempre apoyo en Londres y en Viena.

Tres soluciones distintas podían imponerse a este problema tan debatido de los Estrechos: o bien considerar a Turquía como una potencia fuerte y reconocerle el derecho a un control total sobre el Bósforo y los Dardanelos, solución imposible puesto que su estado político interior no era el de una potencia capaz de defender sola su integridad; o bien considerarla como una nación débil, como lo era en efecto, pero

con suficiente soberanía como para otorgar o negar el tránsito a los buques extranjeros sin distinción de nacionalidad. Mas en el punto de descomposición a que había llegado el Imperio otomano, esta solución permitía al Sultán entregarse al juego de las intrigas diplomáticas y regatear tal concesión; finalmente, considerar a Turquía como una nación irresponsable e imponerle la tutela de las demás potencias que administrarían su política exterior y decidirían asimismo de la libre navegación en los Estrechos. Después de la paz de Andrinópolis, la diplomacia europea giró alrededor de estas tres soluciones posibles porque, confiado en la lealtad del Sultán, Nicolás I evitó resolver el problema en relación con los intereses exclusivos de Rusia.

En ocasión de la primera guerra turco-egipcia, provocada por las ambiciones de Mehemet Alí, Nicolás tuvo la posibilidad de afirmar su influencia, pero de manera leal y digna. Como las tropas del bajá de Egipto amenazaban Constantinopla, mandó un cuerpo expedicionario en socorro del Sultán, con quien firmó, el 8 de julio de 1833, el tratado de Unkiar-Iskelessi, por el cual Rusia garantizaba la integridad del Imperio otomano. Por su parte, el Sultán se comprometía a no dejar pasar por los Dardanelos a ningún barco de guerra extranjero. Este instrumento diplomático constituía, pues, un verdadero protectorado por parte de Rusia sobre Turquía.

El lado débil de la política exterior de Nicolás I, residía en la buena fe con que interpretaba los tratados por los cuales se había comprometido. Esto se vió muy claramente cuando, a fin de contrarrestar los efectos de disgregación que podía tener sobre el conglomerado turco la segunda rebelión emprendida por Mehemet Alí a partir de 1839, Inglaterra, de acuerdo con Austria, con Francia y con Prusia, obligó a Rusia, amenazada de aislamiento diplomático, a aceptar la tercera solución indicada más arriba, es decir, la de una garantía colectiva de la integridad del territorio turco, con la prohibición para todos los buques de guerra extranjeros, inclusive los rusos, de navegar por los Dardanelos y de anclar en el Bósforo. Ya empezaba a manifestarse de modo agudo la hostilidad que, salvo breves interrupciones, habría de levantar, a lo largo del siglo XIX, a Inglaterra contra Rusia y que, ya en aquella época, empieza a extenderse al lejano Oriente, para ser la causa, directa o indirecta, de muchos de los conflictos que jalonan la vida de la Europa contemporánea.

V

La revolución de julio, que provocó la caída de la monarquía legítima en Francia y determinó los movimientos patrióticos de Italia y de Bélgica, no dejó indiferente a Nicolás I, y no sólo porque estos movimientos se extendieron a Polonia. Su actitud, antes de que estallara la rebelión de Varsovia, procedía de su buena fe legitimista; tanto es así, que propuso al rey de Prusia y al emperador de Austria, restablecer el orden allí donde había sido turbado, declarándose dispuesto a poner un ejército de cincuenta mil hombres a disposición de la Santa Alianza, así como ésta había permitido a Austria restaurar a los Borbones en Nápoles en 1821 y a Francia hacer lo mismo en España en 1823. Al ver que ninguno de los "cruzados" quería tomar parte en una empresa donde no tuviera que defender intereses particulares inmediatos, Nicolás Pávlovich decidió prepararar su diplomacia y sus fuerzas armadas, para que le permitiesen, en el porvenir, representar el papel de mantenedor del orden europeo. Por el momento, tenía que enfrentar la rebelión que había estallado en Varsovia el 17 de noviembre de 1830 e. a.

A pesar del punto de vista polaco, esta rebelión puede ser considerada como un asunto interior ruso, si consideramos que esta vez no entran en lo más mínimo en juego las "persecuciones" religiosas que los rusos ortodoxos serán acusados de aplicar a los polacos católicos en 1863. Por otra parte, este levantamiento no asumió, en ningún momento, un carácter popular, nunca fué un movimiento de masas. Fué un movimiento minoritario con dos tendencias distintas: una tendencia intelectual de ideología republicana, con el historiador Joaquín Lelewel y el poeta Adán Mickiewicz, y una tendencia aristocrática que, dirigida por el príncipe Radziwill y el príncipe Czartoryski, quería tan sólo obtener de Nicolás una ampliación de la Carta constitucional otorgada por Alejandro I.

Por la falta de energía del Gran Duque Constantino Pávlovich, que abandonó Varsovia sin luchar, llevando consigo a las tropas rusas y a los regimientos polacos fieles al Emperador, así como por la lentitud del general Dibich para entrar en acción, el movimiento ganó pronto toda la Polonia rusa y se extendió a Lituania y a Volinia. Además, una epidemia de cólera, que diezmó a las fuerzas rusas y provocó la muerte del Gran Duque Constantino y del general Dibich, favoreció a los polacos en un primer tiempo.

Con la llegada del general Pashkiévich al mando supremo de las tropas imperiales, la situación cambió rápidamente. Después de una vic-

toria decisiva sobre los polacos del general Skrynecki cerca de Ostrolenka, los rusos asaltaron Varsovia, que capituló el 26 de agosto de 1831 e. a.[25].

En todo este asunto, ninguna potencia europea ha intentado moverse a favor de los sublevados que, por otra parte, por no haber querido resolver la cuestión agraria, no han encontrado en las masas apoyo alguno.

A la luz de estos hechos, Nicolás I se convence cada vez más, de que las rebeliones que se producen en Europa se deben a la acción de minorías anónimas, cuyo designio consiste en socavar los cimientos del orden establecido. La actitud de las potencias más interesadas en el mantenimiento de la tranquilidad social, le aparece débil y egoísta. Su suegro Federico Guillermo III de Prusia está "sinceramente" ligado a los principios de la legitimidad. Sin embargo, no es un aliado importante y no desperdicia ocasión alguna de intentar anexarse territorios que no le pertenecen. Austria puede a duras penas mantener el orden cerca de sus fronteras, como acaba de demostrarlo la dificultad que ha tenido para vencer a los rebeldes de Italia Central, victoria que sólo la traición del nuevo Rey de los Franceses ha hecho posible [26] y que le ha procurado el reconocimiento formal que apetecía. Dondequiera vuelva la vista, no encuentra sino egoísmos y regateos. Las monarquías parlamentarias obligadas a contar con una opinión pública irresponsable, le inspiran un desprecio profundo y el espectáculo, nada agradable por cierto, que le ofrecen los sistemas constitucionales de Francia y de Inglaterra, le permiten decir: "Concibo tan sólo dos formas de gobierno, la monarquía absoluta y la república. La monarquía constitucional no es más que hipocresía y engaño".

Todo esto le incita, pues, a asumir el papel que le ha valido el apodo de "gendarme de Europa" y que, con todo, ha asegurado veinticinco años de paz al Continente.

Así, cuando en 1848, la segunda república francesa amenaza transformarse en polvorín universal, le hace comprender que, si quiere du-

---

[25] Como consecuencia de esta rebelión, Polonia pierde sus prerrogativas de reino constitucional regido por el Emperador de Rusia, según el principio de la unión personal; pierde asimismo su Constitución, su ejército es incorporado al ejército ruso, y la universidad de Varsovia es cerrada. Polonia se transforma en una provincia más del Imperio ruso, conservando tan sólo algunas particularidades regionales. Al recibir el original de la Constitución, Nicolás I escribe a Pashkiévich: "Recibí el cofre con la difunta Constitución, se lo agradezco de corazón. Descansa en la Armería de Moscú".

[36] Cfr. A. FALCIONELLI: *Les Sociétés secrètes italiennes*. París, 1936.

rar, el mejor camino que se le ofrece es hacerse conservadora, y siente una especie de alegría por la elección a la presidencia del príncipe Luis Bonaparte; del mismo modo, da seguridades al Borbón napolitano y no regatea su apoyo diplomático al Príncipe-Presidente cuando decide restaurar a Pío IX en sus Estados. Así también, cuando Hungría, sublevada por Kossuth, pone en peligro el equilibrio de Europa Central, sobre todo cuando las fuerzas magiares de Görgey, después de más de diez victorias sobre los austriacos, llegan a la vista de Viena, al primer llamado del joven Francisco José [27] ordena a Pashkiévich restablecer el orden con los ciento cincuenta mil hombres que pone a su disposición. Para él esta intervención debe tener un doble efecto, mantener a Francisco José en sus derechos legítimos y hacer posible una reconciliación entre vencedores y vencidos. Las represalias odiosas a que aquéllos se entregan después de la salida del ejército ruso, provocan su indignación. El 17 de octubre de 1849 anota en los siguientes términos, la relación en que Nesselrode le informa de la ejecución de trece generales húngaros, ordenada por Haynau, "la hiena de Brescia": "El castigo de Bathyani es justo de todo punto; el que se acaba de infligir a los que se entregaron a nuestro ejército es una infamia y, para nosotros, un insulto; esto me hiere profundamente".

Al final de 1850, Nicolás está justificado en considerarse el árbitro de Europa. Nadie, ni siquiera Inglaterra, se atreve a moverse sin su consentimiento. Ha obligado a su cuñado Federico Guillermo IV, que creía poder explotar la ventaja de este parentesco, a hacer evacuar Jutlandia, que sus tropas habían invadido por cuenta de la Confederación germánica [28]. Cuando surge un conflicto entre Prusia y Austria, a propósito de Alemania, impone a la primera la mediación de Olmütz,

[27] No me parece inútil reproducir los principales pasajes de la carta que en el mes de abril de 1849 Francisco José dirigía a Nicolás para solicitar su ayuda: "Desde mi infancia, me han acostumbrado a ver en V. M. el sostén más firme del principio monárquico y el amigo más sincero y más fiel de mi familia... El partido de los magiares se ha convertido en el lugar de reunión de los descarriados de todas las causas equivocadas; los sectarios de diversos orígenes, los eternos conspiradores polacos sobre todo, se han enrolado a porfía bajo las banderas de Kossuth; las esperanzas de los facciosos, a cualquiera nación pertenezcan, están puestas en Hungría... Me ha bastado la convicción de que V. M., con la alta sagacidad que la distingue, haya comprendido el verdadero carácter de la lucha de que Hungría es el teatro sangriento, para contar con entera confianza con el socorro de Su brazo poderoso... Tengo la firme confianza que, con la ayuda de Dios, estará una vez más reservado a la gloriosa fraternidad de nuestras armas salvar a la sociedad moderna de la ruina segura con que la amenazan los hombres que, bajo el bello disfraz del progreso, no le preparan sino la vuelta a una nueva y espantosa barbarie".

[28] El 12 de agosto de 1848, Nesselrode escribe: "El Emperador está decidido a declarar la guerra a Prusia antes que dejar aplastar a Dinamarca".

lo que inspira al conde von der Goltz la amarga reflexión siguiente: "Vivimos ahora en la provincia de Nueva Prusia Occidental y estamos gobernados por regentes hereditarios tomados en la Casa de Hohenzollern" [29]. Y, quizá, no haya menos amargura en esta comprobación que hace el Príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria: "El Emperador Nicolás es el dueño de Europa".

"Cuando yo era joven, escribe Stockmar en sus *Denkwürdigkeiten* del año 1851, Napoleón dominaba el continente europeo. Ahora, parece que el emperador de Rusia ha tomado su lugar y que, por lo menos durante algunos años, dictará su ley a Europa... Para utilizar su dictadura, no necesita siquiera aumentar sus fuerzas militares sin interrupción como era el caso para Napoleón. Puede alcanzar resultados más importantes con la acción diplomática y con la amenaza, sin tener que ganar batallas. Semejante poderío me parece sin ejemplo" [30].

V

Como se ve, a pesar de todas las defecciones, ya fueran francesas, ya inglesas o prusianas, el sistema de paz instaurado por la Santa Alianza, cuya vigencia gracias al impulso ruso había recibido nuevo vigor, seguía evitando a Europa toda aventura peligrosa. Desde 1815 hasta 1854, si exceptuamos la rebelión de los griegos y las refriegas provocadas por las revoluciones de 1830 y de 1848, que Nicolás I había podido localizar, ningún peligro había amenazado seriamente la paz europea. Sin embargo, este sistema de paz que Rusia imponía con puño de hierro, debía volverse insufrible para las naciones que ya habían olvidado las matanzas de la Revolución y del Imperio. Más aún si consideramos que Luis Napoleón Bonaparte, a consecuencia del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, se había transformado de Presidente en Emperador, hecho que Nicolás I había manifestado mucha repugnancia en admitir. La vuelta de los Bonaparte, además de ser un acontecimiento político trascendental, tenía, para los revolucionarios hasta entonces reducidos al silencio, un valor altamente simbólico. Se trataba sencillamente de una posibilidad de derribar el edificio pacífico cons-

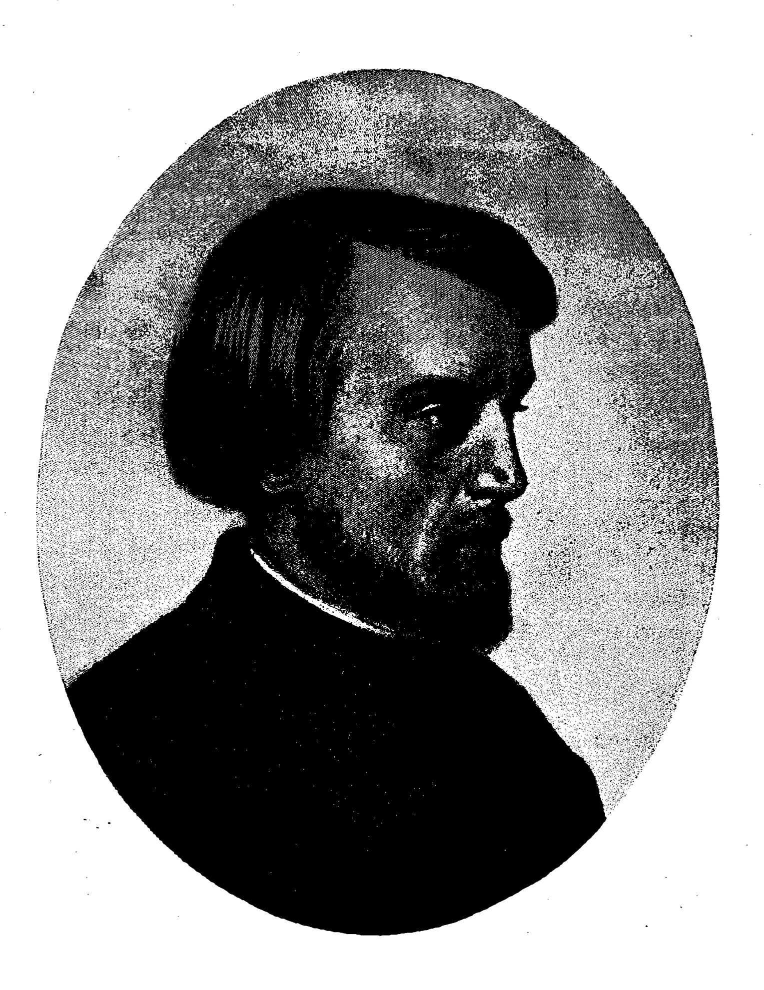
---

[29] Carta a Radowitz, del 13 de septiembre de 1852.
[30] Citado por C. de Grunwald, *op. cit.*

truído en 1815 y, para esto, no había otro camino sino el de destruir el poderío ruso.

Napoleón III obró con mucha astucia. Ya que, reducido a sus solas fuerzas, no podía esperar ningún resultado, se aproximó a Inglaterra y a Austria, tarea relativamente fácil, puesto que una y otra estimaban insoportable la tutela rusa sobre su actividad diplomática. Turquía proporcionó el *casus belli* apetecido desde tantos años, al entregar a los católicos las llaves de la iglesia de Belén hasta entonces detentadas por los ortodoxos. Esto constituía una violación flagrante del derecho al cual quizá Rusia estaba más apegada, la protección de los cristianos ortodoxos súbditos del Sultán.

Convencido de la neutralidad amistosa de Prusia y de Austria, sobre todo de esta última, Nicolás Pávlovich no vaciló un instante en exigir la restauración de todos sus derechos. Las negociaciones entre Rusia y Turquía se extendieron sobre todo el año 1852 y una buena parte de 1853. Turquía, segura de la protección de Francia y de Inglaterra, no cedía y Rusia, segura de la amistad austro-prusiana, mantenía sus reivindicaciones en su totalidad. Como no obtuviese resultado alguno, Nicolás I hizo entrar sus tropas en los Principados Danubianos en septiembre de 1853. Inmediatamente, Napoleón III da a la escuadra francesa del Mediterráneo la orden de anclar en el Bósforo. Inglaterra anuncia que si los rusos pasan el Danubio o atacan un puerto turco, su armada entrará en el mar Negro. El 18 de diciembre e. a. el almirante Najimov destruye la flota turca, en su totalidad, en la bahía de Sinope, victoria extraordinaria cuya consecuencia, empero, es permitir a Francia y a Inglaterra entrar directamente en el conflicto. En diciembre, los embajadores de Rusia en Londres y en París piden sus pasaportes y en febrero de 1854, Nicolás anuncia a sus súbditos en un manifiesto, que Rusia está en estado de guerra con Francia e Inglaterra "que se han puesto al lado de los enemigos de la Cristiandad". Entonces, mientras empiezan las operaciones militares en los Balcanes y en Asia Menor, mientras un cuerpo expedicionario franco-inglés desembarca en Gallípoli y en Varna para prepararse a atacar a Rusia, Francisco José abandona a su salvador de 1849 y pasa al campo enemigo. En marzo de 1854 firma con Inglaterra, Francia y Prusia un protocolo que hace de la integridad de Turquía la condición de la futura paz. En abril, obtiene de Prusia la promesa de su ayuda militar en caso de choque con Rusia en los Principados Danubianos. En junio, exige categóricamente la evacuación de los Principados por parte de Rusia y su



VISARIÓN BIELINSKIY

ocupación por los ejércitos austriacos. "El 20 de agosto —escribe, con un cinismo que a cien años de distancia nos deja todavía pasmados, el conde Hübner— nuestras tropas entraron, *sans coup férir,* en los Principados, mientras los rusos se retiraban a medida que avanzábamos" [31]. Los franco-ingleses realizaron manifestaciones navales en el Mar Negro, en el Báltico y en el Mar Blanco, y, finalmente, desembarcaron en Crimea, donde sitiaron Sebastopol. Después de una defensa heroica en que se distingue el general de Ingenieros barón Totleben, el mismo que más tarde obtendrá de Alejandro II el levantamiento del destierro que pesa sobre Dostoievskiy, la plaza capitula el 27 de agosto de 1855 e. a.

El 18 de febrero anterior, a las doce horas y diez minutos, Nicolás Pávlovich, último cruzado extraviado en el mundo moderno, quebrantado por el dolor de ver derrumbarse la obra de toda su vida, había exhalado el último suspiro en el Palacio de Invierno, en San Petersburgo. Sus supremas palabras, dirigidas al Gran Duque heredero, su colaborador preferido de los últimos años, habían sido: "Guárdalo todo, guárdalo todo".

Al recibir la noticia de esta desaparición, el conde Hübner consigna en sus ya citados *Recuerdos,* con fecha 2 de marzo: "...Si Nicolás hubiese desaparecido hace dos años, su muerte hubiera sido llorada como una calamidad pública: ahora, por el contrario, Europa respira más libremente".

Cuatro años más tarde, Napoleón III, el conspirador coronado, hará sufrir a Austria la misma suerte de Rusia y podrá hacerlo tanto más fácilmente cuanto que ésta, traicionada por aquélla, no moverá un dedo para socorrerla.

Sebastopol cae el 27 de agosto de 1855 e. a.; el 28 de diciembre siguiente, Austria presenta al nuevo Emperador, Alejandro Nicoláievich, un ultimatum, al cual deberá contestar antes del 17 de enero de 1856, si no quiere verla unirse a los Aliados. Alejandro II, después de

---

[31] J. A. VON HÜBNER: *Nove anni di ricordi di un ambasciatore austriaco a Parigi sotto il secondo Impero (1851-1859).* Traducción italiana de A. Galante Marrone. Milán, 1944.

El conde Hübner, protegido de Schwartzenberg primer ministro de Austria en el momento de la intervención rusa en Hungría, fué uno de los más activos artífices de la política antirusa de la Hofburg porque pensaba que esta política iba a devolver a Austria la dirección del concierto europeo. Compárese el tono de la cita con el de la carta de Francisco José a Nicolás I en 1849 (nota 27, *supra*).

vacilar mucho y tan sólo cuando Nesselrode y los consejeros imperiales le pintan un cuadro desesperado de la situación, se decide a aceptar [32].

El Congreso de París, que empieza el 25 de febrero de 1856, termina sus trabajos el 29 de marzo. El día siguiente, 30 de marzo de 1856, el Tratado de París impone a Rusia, representada por el príncipe Alexéi Orlov, condiciones durísimas. Se ve obligada a ceder a Turquía la parte meridional de Berasabia, se compromete a no mantener flota de guerra alguna en el Mar Negro, ni astilleros navales y a desmilitarizar las islas de Aaland en el golfo de Finlandia. Finalmente, renuncia a su derecho exclusivo de protección sobre Servia, Moldavia y Valaquia.

El 1 de abril, Inglaterra, Austria y Francia se comprometen a garantizar la integridad territorial de Turquía y a considerar toda violación del tratado de París como un *casus belli.*

Antes de morir, después de su última confesión, Nicolás Pávlovich había dicho dirigiéndose a los que lo rodeaban: "Creo que nunca he hecho el mal a sabiendas...".



[32] La situación era grave, pero no desesperada, como lo demuestra el fracaso de las tentativas hechas por los coligados franceses, ingleses, piamonteses y turcos, para forzar el istmo de Pérekop. Algunos años más tarde, Alejandro II considerará como una cobardía su aceptación de 1856.

CAPITULO II

¿UN PASO ADELANTE?

Condiciones de la reconstrucción nacional - La crisis de confianza de los primeros tiempos del reinado de Alejandro II - Personalidad del nuevo emperador - El problema de la servidumbre - Fisonomía política de las grandes reformas - Forma mental del campesino ante la Corona y ante los nobles - La "Carta de Oro" - Conducta antidinástica de la nobleza - Las reformas - Transformación del mapa social - Nueva estructura de la *intelliguentsiia* - Breve bosquejo del Siglo de Oro - El realismo ruso - Dostoievskiy - Las corrientes radicales: de Hegel a Chernishevskiy.

Había que rehacerlo todo. No porque, en su guerra contra Francia e Inglaterra, Rusia se hubiese sentido seriamente amenazada en su existencia nacional. Las pérdidas morales y materiales sufridas habían sido grandes, el Tratado de París había impuesto sacrificios injustos, ya que, de golpe, había borrado las conquistas acumuladas, año tras año, durante un siglo y, además, la posición espiritual alcanzada por Nicolás I, como protector de los cristianos de Oriente y árbitro de Europa, no había resistido a un choque en realidad poco violento. Pero todo esto se podía remediar con el tiempo, aprovechando el hecho de que el concierto europeo, inmediatamente después de la victoria, se volvía estridente. Francia y Austria se miraban ya con recelo a propósito de la cuestión italiana y nadie ignoraba en el Continente que, en este asunto, las vacilaciones de Napoleón III eran de método, no de conceptos. Por otra parte, el fracaso diplomático y militar no había provocado ningún movimiento subversivo en el interior del Imperio y la Tercera Sección no señalaba ningún recrudecimiento de la propaganda revolucionaria.

Había que rehacerlo todo porque Rusia sufría una crisis de confianza, no en sus instituciones, sino en sí misma. Y, tanto es así, que nadie, fuera de algunos revolucionarios exilados como Herzen y Bakúnin, pensó en tomar una dirección que no fuera la señalada por el

nuevo Emperador. Ahora Rusia desconfiaba de sí misma porque había sido defraudada en sus esperanzas de ser admitida en el concierto europeo como un compañero de buena fe. Desde 1813 hasta 1852, había ayudado a las demás naciones en todas las oportunidades. Las había liberado del yugo napoleónico pero, al mismo tiempo, había impedido el desmembramiento de Francia; había quebrantado las mareas revolucionarias de 1830 y de 1848, pero había mantenido a Austria en su estricto lugar; había respetado escrupulosamente sus obligaciones y, sin romperlas, bien por el contrario, ya que había asumido nuevos compromisos, había liberado a los griegos del despotismo turco; había mantenido el orden y, a su vez, dejado libertad total a los pueblos para darse las instituciones que más les conviniesen; había impedido que Hungría se separara de Austria, pero con el designio claramente declarado de reconciliarlas, sin querer pensar en la eventualidad de encontrar un día frente a ella un Estado poderoso que se revelaría su peor enemigo.

Todo esto lo había intentado con buena fe. Y, al término de casi un medio siglo de esfuerzos, se encontraba con que sus intenciones habían sido interpretadas por los demás, por aquéllos a quienes creía sus mejores amigos, como meras tentativas imperialistas destinadas a encontrar su coronamiento en no se sabe qué Superestado mundial controlado por ella.

El sentimiento de los rusos, en su conjunto, ante esta inmensa desilusión, encuentra su mejor expresión en la breve definición que Dostoievskiy repite sin cesar en su *Diario de un escritor:* "En Europa no somos más que salvajes". El fracaso había sido total. Europa había rechazado a Rusia; en la primera ocasión, la había atacado y, lo que era mucho más grave, la había vencido sin tener que desarrollar muchos esfuerzos, ya que Rusia había resistido con muy poco vigor, con una falta evidente de empeño. El sueño había sido demasiado hermoso para no desembocar en la desesperación. La caída de Sebastopol dió a todos los rusos una terrible sensación de congoja que se puede notar, muy generalizada, a través de su entera producción literaria de aquellos años. Nos bastará con citar *¿Qué hacer?,* de Chernishevskiy, y el *Sueño de Oblómov* de Goncharov. Ante tamaño fracaso cabía preguntarse, pues, si Europa no había rechazado a Rusia porque no tenía confianza en el retrógrado sistema social que era el suyo, sistema impuesto por el "occidentalista" Pedro el Grande, y cuya base descansaba sobre la institución de la servidumbre.

Si había que cambiarlo todo, era menester empezar por suprimir esta institución, cuya nocividad todos habían visto desde hacía un siglo sin atreverse a tomar ninguna medida importante, porque nadie ignoraba que tal supresión provocaría un trastorno de consecuencias imprevisibles en el entero aparato del Estado. La reforma del estatuto campesino no podía ser una medida aislada; tenía que estar acompañada de una reforma general de la administración y de todas las instituciones rusas. Ante esa idea, todos retrocedían. Y, en efecto, ni siquiera la diabólica energía de un Pedro el Grande hubiera bastado para darle un principio de realización.

Contrariamente a lo que se ha dicho, Alejandro II no estaba preparado para representar el papel de libertador. Sin duda, la influencia de sus preceptores había obtenido resultados excelentes, singularmente la del poeta Zhukovskiy. Sin embargo, éste, si bien era hombre de corazón sensible, no era en lo más mínimo un ideólogo ni un político. Escribía versos conmovedores sobre las desgracias de los humildes y nada más.

Alejandro Nicoláievich había recibido una formación militar muy completa y, lo que es muy importante, había sido preparado para reinar, pero según las ideas de Nicolás I. Desde su adolescencia, tomó parte en los trabajos de gobierno, llegando a reemplazar a su padre durante las inspecciones frecuentes que éste realizaba a través del Imperio, y fué encargado de misiones diplomáticas delicadas, particularmente en 1848 y al año siguiente, cuando visitó Viena y Berlín, donde pudo observar de cerca el progreso de las ideas revolucionarias en Europa.

Cuando ocupó el trono, en 1855, tenía una sólida reputación de admirador incondicional de las ideas tradicionales y los *dvorianie* habían puesto en él la esperanza de volver a representar un papel eminente en el Estado.

Sin embargo, durante los últimos meses de la guerra, en la que había tomado parte con un mando importante, había cambiado de actitud. Al notar la astenia que iba generalizándose a través del ejército, de los jefes a la tropa y amenazaba frenar, una después de otra, las piezas de la máquina nacional, se decidió por una reforma fundamental del régimen político ruso. Y si vaciló algún tiempo antes de hacer públicas sus intenciones, se debió a la necesidad en que se encontraba de buscar qué dirección tenía que elegir primero para reformar la sociedad sin trastornar el Estado. Es evidente, empero, que, don-

dequiera se volviesen sus miradas, su deseo tenía que chocar, cada vez más fuertemente, contra el hecho de que, sin emancipación de los siervos de la gleba, ninguna reforma podría ser duradera. O sea, que tanto como los eslavófilos y los occidentalistas, tanto como los liberales progresistas, debía fatalmente llegar a la convicción de que la reforma del estatuto de los campesinos mandaba todas las demás. Este hecho evidente, todos, menos los *dvoriánie* y los políticos conservadores, lo admitían y, contrariamente a lo que pensaban muchos rusos de los años anteriores, que esta reforma era necesaria pero prácticamente irrealizable, estimaban ahora que era menester realizarla con urgencia si se quería evitar que el Estado entrara en crisis aguda. Al mismo tiempo, la mayor parte de los terratenientes estaban dispuestos a impedir, a cualquier precio, esta realización.

La nobleza estaba muy inquieta y empezaba a agitarse, y se podía temer que intentara un paso desesperado parecido al del 14 de diciembre de 1825. Alejandro II, enterado de esta fermentación, decidió cortar el paso a los opositores eventuales y, el 30 de marzo de 1856 e. a., al recibir una delegación de los nobles de Moscú, pronunció un discurso en el cual, en términos moderados pero resueltos, anunciaba sus opiniones en cuanto a la abolición: "No tengo intención de proceder inmediatamente a la abolición, pero naturalmente vosotros mismos comprendéis que el actual dominio sobre las "almas" no puede permanecer tal cual está. Mejor empezar a destruir la servidumbre desde arriba que esperar el momento en que ésta comience a destruirse por sí misma desde abajo".

Un tal cambio de actitud, que de cesarévich conservador lo había transformado en emperador resuelto a realizar la reforma más trascendental de la historia de Rusia, había sido provocado, como ya dije, por los resultados morales y políticos de la guerra de Crimea. Había vivido en medio de los soldados, y los espectáculos, a que asistió, le habían enseñado a leer en el alma de su pueblo. El sistema social ruso era el que mantenía al país en una situación de atraso respecto a Europa. De esto derivaban la falta de entusiasmo y el malestar que habían paralizado a los rusos con los primeros fracasos. Estaba convencido de que, al no seguir una política de reformas, la revolución, cuyos efectos había comprobado en su propio terreno en 1848, podía estallar en Rusia el día menos pensado. Es decir, que, además de influído por motivos sentimentales, Alejandro se hizo reformista para asegurar el orden y restaurar la prosperidad de sus Estados.

Pero esta reforma constituye una empresa política de largo alcance. Por una parte, es una necesidad imprescindible, por otra, contraría muchos intereses. Finalmente, no puede tratarse tampoco de emprender una reforma parcial, cuyos efectos serían desastrosos, puesto que violaría las esperanzas de sectores muy vastos de la población. En efecto, reformar la administración sin transformar el estatuto de los campesinos, no significa sino blanquear la fachada, dejando, tal como está, un interior carcomido y destartalado. Reformar el estatuto rural y mantener la administración en su estado actual, sería como si se minara el edificio nacional, quitándole las vigas y el esqueleto, con la esperanza de verlo seguir en pie. Se trata, pues, para el Emperador, de lanzarse en una empresa más ardua y más cargada de incógnitas que aquélla a la que se abocó Pedro el Grande en los albores del siglo décimoctavo.

A pesar de su espíritu conservador, e impulsado por su temperamento extremadamente escrupuloso y por su profundo amor por el pueblo ruso, Alejandro II llevó a cabo esta tarea gigantesca.

V

Desde el día en que los nobles habían sido liberados de la obligación de prestar el servicio militar vitalicio al Estado, los siervos se habían persuadido de que su condición social, consecuencia de esta obligación, al perder su razón de ser, no iba a perdurar. Sin embargo, siguieron siendo siervos de sus amos y trabajando una tierra que, en la mayoría de los casos, les había sido arrebatada. Esto despertó en ellos el sentimiento de rebeldía, hasta entonces latente, y a medida que transcurría el tiempo sin que se realizase la esperanza acariciada, transformábase ésta en convicción de derecho, cuyos contornos se iban afirmando en la conciencia con trazos cada día más enérgicos. No sólo aspiraban a la libertad incondicional, sin trabas ni limitaciones, no sólo querían lotes de tierra suficientes par alimentarse, pretendían la posesión exclusiva de toda la tierra rusa. No aspiraban por cierto a la libertad según los principios puestos en vigor por el liberalismo francés, pero sí según el viejo grito ruso: "La tierra no es de nadie, es de Dios".

Hay que ponerse de acuerdo sobre el sentido de este grito ancestral. Muchos han querido ver en él la expresión de lo que se ha dado

en llamar "el espíritu comunitario ruso" que saldría de los abismos insondables del alma eslava. En realidad, el campesino ruso es como todos los campesinos, quiere poseer la mayor extensión posible de tierra y poder trabajarla libremente "para él mismo y para sus hijos". Todo lo que se quiera decir fuera de esta verdad no es sino literatura.

El grito famoso "la tierra no es de nadie, es de Dios" se explica fácilmente por un fenómeno de psicología colectiva: cuando una clase presenta sus propias reivindicaciones, que generalmente son egoístas puesto que son de clase, no se atreve a presentarlas escuetamente y las cubre con un manto de idealismo que encuentra más aceptación, aunque más no fuere por la vaguedad de las fórmulas detrás de las cuales se esconde. Cuando los burgueses franceses, en 1789, se ponen a gritar "¡Libertad, Igualdad, Fraternidad!", no hacen otra cosa sino poner al servicio de sus aspiraciones económicas y políticas de clase, una fórmula de propaganda que puede arrastrar a toda una parte de la nación, a toda aquella parte de la nación cuyos intereses son contrarios a los suyos y que, sin embargo, lejos de comprenderlo, ayuda a la burguesía a derribar la monarquía y las instituciones existentes sin sacar de esta empresa ningún beneficio material ni político, muy por el contrario [1].

Los campesinos rusos estaban tan convencidos de que la tierra debía pertenecerles en su integridad, que esperaban la repartición de los latifundios desde el *ukaz* por el cual Pedro III había liberado a la nobleza de sus obligaciones tradicionales. Veremos, cuando lleguemos al estudio de los movimientos revolucionarios, cuántas ilusiones habían alimentado en su creencia de que el malogrado marido de Catalina II, al tiempo que el *ukaz* en cuestión, había expedido una misteriosa "Carta de Oro" liberando a los campesinos de su servidumbre y repartiendo entre ellos toda la tierra rusa. Según ellos, y esta leyenda nunca podrá ser desarraigada, los *dvoriánie* habían asesinado a Pedro III para impedirle publicar la "Carta de Oro". Lo mismo había sucedido después del asesinato de Pablo I. Así que un odio profundo había invadido al campesinato contra los nobles, no sólo porque detentaban indebidamente tierras que, según los siervos, no les pertenecían, sino también porque, en la mentalidad primitiva de éstos, se habían transformado en asesinos del Emperador. Desde la muerte de Pedro III, la historia nos ofrece la crónica de rebeliones agrarias ininterrumpidas, emprendidas siempre "en nombre del Zar contra la nobleza".

1 "...la burguesía... la cual es el primer enemigo del *demos*, del pueblo auténtico". DOSTOIEVSKIY: *Diario de un escritor*, marzo de 1876, Cap. I.

Esta actitud de los *muzhiks,* en los últimos decenios, se había vuelto tan decidida que una solución total y no parcial del problema se había hecho necesaria. Y esto también influye poderosamente en el espíritu de Alejandro II.

El discurso de Moscú alcanzó a los nobles de modo imprevisto. Bien sabían que algo se tramaba, pero siempre habían alimentado la esperanza de que se tratara de un rumor que tendría la misma suerte que los anteriores. Es decir, que, según ellos, el tiempo acabaría por convencer al Emperador de que la supresión de la servidumbre no era sino una utopía a la cual había que renunciar. Cuando pudieron comprobar que la voluntad del soberano era inquebrantable, su desconcierto fué grande, pero de poca duración. Al llamado de Alejandro Nicoláievich, opusieron inmediatamente una resistencia pasiva que nunca se desmentirá [2]. Así, desde un principio, las posiciones son claras [3].

---

2 Con lo dicho no quiero pasar bajo silencio el hecho de que numerosos miembros de la aristocracia, sobre todo de la aristocracia militar y administrativa, eran partidarios de la reforma.

3 La "ilustración" dieciochesca, particularmente la francesa, tan mal digerida por Péstel y sus compañeros, suscitó efectos curiosos en el espíritu de no pocos grandes aristócratas rusos. De la enseñanza de Montesquieu y de Quesnay, de Diderot y de Voltaire, no retuvieron sino aquello que menos podía parecerse al igualitarismo caro a Rousseau y Robespierre. Es decir, que, como Catalina II, dichos señores comulgaron con las ideas nuevas tan sólo en la medida en que confirmaban o podían justificar los pretextos de su supremacía social: es decir, que utilizaban las lecciones de la fisiocracia y las de la Enciclopedia en materia de organización social únicamente en vista de un mayor rendimiento, sin tener por ello en cuenta las condiciones de vida de sus siervos y sin considerar que, al hacerlo así, volvían más odiosas estas condiciones puesto que las agravaban "científicamente". Del *bonheur de vivre,* característica de la sociedad francesa anterior a la revolución, retuvieron tan sólo el aspecto exterior, olvidando que dicha felicidad provenía, de modo esencial, del hecho de que todas las capas sociales —en el orden capeto— tomaban en ella una parte relativa, vale decir que, de esta felicidad, ningún francés se veía excluído por la casualidad de su nacimiento.

Una prueba de ello —de esta felicidad en sentido único— la encontramos, además que en el estado calamitoso de los siervos pertenecientes a los nobles (no en el de los siervos de la Corona y de la Iglesia), en la curiosa institución de los siervos-actores, institución que tuvo vigencia de la mitad del siglo XVIII al final del reinado de Alejandro I, y permitió a muchos señores latifundistas entregarse, los ojos fijos en París y Londres, a la pasión eslava por el espectáculo. Numerosos nobles disponían en sus tierras o en sus palacios, de teatros y de compañías cuyos actores reclutaban entre los campesinos de las aldeas que les pertenecían. Muchas de estas compañías alcanzaron una reputación extraordinaria que será el punto de partida del gran teatro ruso moderno.

Las condiciones de vida de los "siervos-actores" y de sus familiares eran la mismas que las de los siervos de la gleba. La menor flaqueza en el trabajo, un error cometido en la recitación, un modo de representar su papel no conforme a los deseos del amo, podían ser sancionados con crueles castigos corporales. Todo,

Los partidarios de una reforma radical, es decir, de la emancipación de los siervos y de la distribución de la tierra en absoluta propiedad a favor de los campesinos, encuentran sus mayores exponentes en el profesor Kávelin y en un alto funcionario del ministerio del Interior, N. A. Miliútin, y sus sostenes más encendidos en la Gran Duquesa Helena Pávlovna y en el mismo hermano del Emperador, el Gran Duque Constantino Nicoláievich. Kávelin y Miliútin proponen la liberación de los siervos y el rescate de las tierras de los nobles por el Estado, a quien ha de corresponder la tarea de asegurar la distribución.

Ante el silencio de los *dvorianie,* Alejandro II constituye un "Comité secreto" cuya misión es buscar una solución rápida y aceptable a la cuestión agraria. Este Comité comprende partidarios de la reforma que se agrupan alrededor de J. I. Rostovtsev, nombrado presidente, singularmente el príncipe Cherkasskiy y el gran historiador Soloviov, y enemigos acérrimos de toda transformación del estatuto como el

en el teatro como en el campo, dependía de la mayor o menor caridad del señor. Asimismo, estas estrellas, y no importaba el grado de gloria que hubiesen alcanzado, estaban sometidas a la suerte común a los siervos, podían ser vendidas o cambiadas, perdidas al juego o hipotecadas. Escribe Nicolás Evreinov: "...por ser la servidumbre una forma de la esclavitud, el propietario podía, no sólo pegar a sus siervos, sino también venderlos. La mercadería humana se cotizaba proporcionalmente a las capacidades del sujeto y, naturalmente, un actor valía mucho más que un labrador. Vemos por ejemplo que, en 1805, en la provincia de Oriol, una dama Cherkov vendió al teniente Iurassovskiy, por la suma de 37.000 rublos, "un coro de siervos que conocen la música, instruídos en este arte por profesores excelentes hechos venir del extranjero, o sea 44 músicos con sus mujeres, hijos y familiares, formando un conjunto de 98 personas, de las cuales 64 del sexo masculino y 34 del sexo femenino, comprendidos los ancianos, los niños, los instrumentos de música, las partituras y demás accesorios". Había entre ellos, especifica el contrato de venta, "una bailarina excelente, muy apta para todos los *intrecciati* y dotada, además, de una figura muy agradable"... "En razón de su talento, los siervos-actores se vendían a veces aisladamente y se pagaban muy caros. Passenans menciona la suma de 5.000 rublos, suma muy importante para la época, pagada por la adquisición de una actriz reputada. El conde Kamenskiy da a otro aristócrata toda una aldea con sus 250 habitantes a cambio de tres artistas, marido, mujer y una hija de seis años, "que bailaban a las mil maravillas la *cachucha* y la *tempestad*". El actor Siribiakov estaba valorizado en 10.000 rublos por su propietario, el conde Milorádovich, mariscal de la nobleza de Riazañ. Esta suma fué pagada en vista del rescate del famoso Shchepkin... Hay que reconocer, a este propósito, en honor de la Dirección de los Teatros imperiales que nunca compraba a siervos sin sus familiares y que, sobre todo, los liberaba en el momento mismo de su compra... En estas condiciones, se comprende el deseo de los siervos-actores de abandonar a sus amos quienes, si bien se envanecían de sus talentos, los trataban sin embargo como a esclavos. Ciertos señores los explotaban hasta vivir de ellos: se cita el caso de un príncipe Odoievskiy quien, completamente arruinado, alquilaba su orquesta a señores más ricos que él. Otros, contra remuneración, prestaban su compañía a los teatros de las ciudades e, incluso, daban en su propia casa representaciones de pago". N. EVREINOV: *Histoire du Théâtre russe.* París, 1947.

príncipe Alexéi Orlov. Estos últimos, por su obstrucción nunca desmentida, logran frenar los trabajos del comité, porque piensan que, con el tiempo, los caprichos del Emperador tomarán otra dirección. Y esta actitud persiste, a pesar de que el soberano haya hecho entrar a su hermano el Gran Duque Constantino en la comisión.

Entonces, el general Nazímov, gobernador de Vilna, y amigo personal de Alejandro II, presenta un proyecto según los términos del cual, los nobles lituanos aceptan la liberación incondicional de los siervos al pacto de conservar en propiedad absoluta sus tierras, que ellos mismos subarrendarán a los campesinos. Esta no es sino una maniobra suscitada por el Emperador que, así, dispone de un pretexto para actuar personalmente.

Por el rescripto del 20 de noviembre de 1857 e. a., invita a los nobles lituanos a elegir "comités abiertos" [4] que deberán elaborar proyectos de emancipación a partir de las bases obligatorias siguientes: liberación total y facultad para los campesinos de rescatar su *usádiebnaia osiédlost* o parcela domiciliar, y una parcela de tierra laborable que les permita vivir con su familia y pagar sus impuestos y las semillas.

Ante esta actitud del Emperador y a fin de evitar que estallen disturbios agrarios, así como para no verse sometidos a una imposición por parte del gobierno central, los nobles de las demás provincias solicitan entonces la creación de comités parecidos.

Es necesario indicar aquí que la situación era muy distinta según las regiones de Rusia. Sin entrar en una serie de detalles que nos llevarían demasiado lejos, podemos reunir estas diferencias en dos grupos, que son aquéllos cuyas modalidades económicas, determinantes de los distintos proyectos, se oponen de manera más antagónica; el del norte y el del sur, donde los intereses de los propietarios iban en direcciones opuestas.

En el norte, la tierra es pobre y el propietario no la explota directamente. Siempre ha preferido pedir a cada siervo una suma proporcional a su parcela labrada y al oficio que ejerce en la aldea. Por consiguiente, aprecia mucho menos la propiedad de la tierra que la de la persona misma del campesino. Puesto que la voluntad del Emperador es suprimir la servidumbre, la primera intención del propietario norte-

[4] Cuyas deliberaciones, contrariamente a las de los "comités secretos" eran públicas o recibían publicidad inmediata.

ño es entregar gratuitamente la tierra y hacer pagar muy caro el rescate de la persona.

En el sur, particularmente en Ucrania, en las provincias del Volga, en Crimea, nos encontramos en los territorios de la llamada "tierra negra", productora de trigo, donde la labranza ya no es de índole familiar o patriarcal, sino mercantil. Allí, poco a poco, se han formado sindicatos de propietarios terratenientes que explotan individualmente pero comercian en común, sobre todo en vista de la exportación del trigo. Los latifundistas sureños aceptan, pues, la sugerencia imperial de liberar a los siervos y de venderles su parcela, ya que, en aquellas regiones de "tierra negra", el precio del siervo es más barato que el de la parcela y que, aunque se vuelva propietario de su parcela, el campesino liberado, en el sistema de explotación existente, deberá seguir trabajando para su antiguo señor si quiere vivir de su parcela.

Ante estos intereses contradictorios, dos proyectos son finalmente presentados al Emperador. El del barón Rosen, inspirado por el punto de vista sureño, propone que la tierra sea dejada a los campesinos "temporariamente" y, después de un término a fijar, devuelta a los propietarios; el del comité de la nobleza de Tver, expone el punto de vista de los propietarios del norte y preconiza el rescate de la tierra por los campesinos en condiciones drásticas. No olvidemos que se trata de una tierra poco productiva y que, para los norteños, tiene más valor la persona que la parcela. Pero no pueden proponer el rescate de la persona sin que se les considere como "negreros" y resuelven la dificultad pidiendo precios elevados por una tierra que no los vale.

Rostovtsev, partidario de la reforma por razones de moralidad, pero poco conocedor de los aspectos técnicos del problema, a pesar de ser él mismo terrateniente, solicita entonces del Emperador una licencia de larga duración, a fin de ir al extranjero para estudiar los proyectos, lejos de las intrigas. Cuando vuelve, su convicción está firmemente sentada y declara al Emperador que si se quiere evitar agitaciones agrarias, es menester, no sólo rechazar el proyecto de los terratenientes sureños y norteños, sino también proceder sin tardanza a la liberación de los siervos y al rescate "definitivo" de las tierras. Alejandro II acepta esta propuesta como base del futuro proyecto gubernamental.

Como primera medida, el *ukaz* del 20 de junio de 1858 e. a., decreta la emancipación total de los siervos imperiales que, a un tiempo, obtienen la igualdad con los demás súbditos en materia civil y judicial. El mismo decreto pone las tierras de la Corona a disposición de los

campesinos liberados. Es un ejemplo que el Emperador quiere dar a los terratenientes para incitarlos a tomar ellos mismos la iniciativa de las medidas de liberación y de rescate. Sin embargo, los propietarios siguen en su oposición pasiva y presentan reivindicaciones importantes, entre ellas la de seguir ejerciendo la justicia, reivindicación que si fuera aceptada, mantendría a los campesinos liberados bajo su jurisdicción.

En el mes de marzo de 1859, Alejandro crea comisiones de redacción para el estudio de los proyectos de los comités provinciales. Las pone de nuevo bajo la presidencia de Rostovtsev y entre los miembros figuran los reformistas Miliútin, Piotr Semiónov, Samárin, Cherkásskiy, pero también el barón Rosen. En un primer tiempo la Comisión central rechaza los proyectos de la nobleza; pero Rostovtsev muere en el mes de febrero de 1860 y la presidencia cae entre las manos del conde Pánin, adversario resuelto de la reforma. Las esperanzas de los nobles toman nuevo vigor y se producen incidentes violentos entre Miliútin y Pánin.

El 10 de octubre de 1860 e. a., el Emperador decreta que las comisiones de estudio pasen sus conclusiones a un "Comité Secreto" puesto bajo la presidencia del Gran Duque Constantino Nicoláievich. El 14 de febrero de 1861 e. a., el "Comité Secreto" da por terminados sus trabajos. Los *dvorianie* han podido hacer reducir la extensión de la parcela que deben conceder, en una tercera parte, con relación a la que Rostovtsev y Miliútin habían previsto.

El "Ukaz de Emancipación" fué firmado por el Emperador Alejandro II el 19 de febrero de 1861 e. a. y hecho público el 5 de marzo siguiente, es decir cinco años después del discurso a la nobleza de Moscú [5].

---

[5] He aquí las bases esenciales de la reforma agraria:

1 - los siervos reciben la libertad personal y se transforman en ciudadanos con plenos derechos.

2 - la tierra donde viven es reconocida como propiedad de los latifundistas.

3 - los propietarios están obligados a conceder a los campesinos el usufructo de una porción de tierra que comprende la vivienda con los edificios accesorios de la granja, con las tierras de pastoreo y una porción de tierra laborable contra una remuneración en efectivo o en trabajo.

4 - la extensión del lote domiciliar será determinada en función de la calidad de la tierra, del número de campesinos comprendidos en el latifundio, y del número de miembros de la familia...

5 - el rescate del lote concedido además de la parcela, se hará al precio fijado por el Estado.

La primera consecuencia fundamental del *ukaz* del 19 de febrero, fué la transformación de Rusia de "vasta aldea sierva", como se la definía hasta entonces, en nación normal capaz, desde ya, de sostener la comparación con cualquier Estado moderno desde los puntos de vista político, espiritual y social. Sin embargo, la reforma tuvo también un aspecto negativo al no conceder a los campesinos liberados la posesión directa de la tierra, ya que los antiguos siervos pasaron a explotar las tierras a ellos concedidas, no como propietarios sino como poseedores, es decir no como granjeros individuales sino como miembros del *mir* o comunidad aldeana [6].

Entre los intereses de la nobleza y los deseos de los reformistas, Alejandro II había elegido una vía mediana. Al intentar encontrar una

6 - éste asume el pago del rescate y entrega a los propietarios títulos de crédito que los campesinos deberán rescatar en 49 años.

7 - el propietario puede prevenir el rescate al conceder gratuitamente al campesino un lote igual a la cuarta parte del lote rescatable.

8 - los siervos domésticos o "siervos de patio" reciben la libertad pero no obtienen lote.

Según la reforma de 1861, la concesión de tierras varió, según las regiones, de 1 a 12 desiatinas por persona (una desiatina equivale a hectáreas 1,09). Sin embargo, en razón de la venta de tierras que practicaron constantemente los terratenientes, estos lotes aumentaron constantemente hasta hacer caer las propiedades de los *dvoriánie,* de 1861 a 1899, de la relación de uno a uno a la de 0,03 a 1,07 a favor de los campesinos, proceso que vino a acelerar, en el principio del siglo XX, la reforma de Stolipin.

[6] No todos los progresistas tacharon de negativo este aspecto de la reforma. Proudhon, en su *Teoría de la propiedad,* escrita en 1862, después de hacer una distinción entre los principios de propiedad y de posesión, definiéndolos, el primero *jus utendi et abutendi,* el segundo *jus utendi sed non abutendi,* afirma que este último "desde el punto de vista de la justicia y de la economía política, está por encima de toda crítica. La forma de posesión de la tierra es la que el Emperador Alejandro II de Rusia acaba de conceder a los campesinos rusos al mismo tiempo que la libertad". El maestro de Herzen y de los primeros socialistas rusos llega luego a proclamar: "El despotismo más aplastante ha sido el de los Zares... y (sin embargo) desde hace más de cincuenta años, se ha podido ver a los mismos Emperadores de Rusia dedicarse cuidadosamente a atenuar el peso de este despotismo. Ahora bien, la causa principal de dicho despotismo residía en la forma eslava de posesión (tierra y almas) que ha recibido un primer golpe por parte de las reformas de Alejandro II". *Théorie de la propriété,* Bruxelles, 1866. (He utilizado la traducción italiana de Klitsche de La Grange, Roma (sin fecha) por no disponer del texto original francés).

En cuanto al reproche que se hace generalmente al Zarismo de haber esperado al año 1861 para abolir la servidumbre de la gleba, el historiador norteamericano Bertram D. Wolfe escribe: "Si ello nos parece "tarde" en la Historia, recordemos, para nuestra norma, que el mismo año señaló el principio de una gran guerra civil en América cuyo origen fué la cuestión de la esclavitud de los negros, y que la Proclamación de Emancipación de Lincoln de 1863 no dotaba en lo más mínimo a los esclavos liberados de la tierra que habían cultivado, contrariamente a lo que había hecho Alejandro II". *Three who made a Revolution.* Utilizo la versión francesa en 3 tomos; París, 1951.

solución de equilibrio para satisfacer los temores de una parte de la opinión y las esperanzas de la otra, el resultado, al cual había llegado, no podía satisfacer a nadie y, sin embargo, la emancipación ha tenido, en el devenir de la nación rusa, tanta importancia como la revolución francesa en la vida de Europa occidental. En efecto, como podremos comprobarlo en los próximos capítulos, esta reforma hizo pasar a Rusia de su estado de conglomerado medioeval, al de nación moderna, si bien siguió siendo durante largos años un país esencialmente agrícola donde, por implantarse lentamente la gran industria, la lucha de clases fué mucho tiempo un fenómeno prácticamente desconocido. Hecho que Dostoievskiy subraya de modo constante, como cuando asegura, por ejemplo, al examinar los primeros efectos de las reformas, que "la civilización no separó aquí las clases sociales; por el contrario se afanó notablemente en igualarlas y unirlas... Aquí no hay lores como en Inglaterra, ni tampoco burgueses a la francesa, ni proletariado. Tampoco puede desarrollarse aquí hostilidad entre las clases ya que éstas se confunden, no estando nada definido todavía, aunque, en cambio, se presiente ya nuestro futuro..." [7].



Con la emancipación de los siervos, surgieron infinitos problemas de orden administrativo que era necesario resolver rápidamente si no se quería que la reforma agraria acabara por desmantelar el edificio del Estado.

Una vez desaparecido el jefe tradicional de la administración rural —el latifundista en la medida en que, al tiempo que propietario de la tierra, se había responsabilizado hasta entonces de las "almas" que dependían de él—, dos caminos se ofrecían: transferir sus atribuciones a la burocracia estatal o llamar al pueblo a administrar él mismo sus intereses.

La guerra de Crimea había revelado fallas profundas en el sistema burocrático y ésta es la razón por la cual Alejandro II prefirió elegir el segundo camino. Decisión bastante audaz si se piensa que, al hacerlo así, se iba hacia lo desconocido porque, en este campo, Rusia no tenía ninguna tradición; y, a primera vista, está permitido estimar que

[7] *Diario de un escritor:* capítulo III. *Letras e instrucción.*

quizá hubiera sido menos arriesgado reformar las instituciones burocráticas.

Con todo ello, es necesario reconocer que las administraciones autónomas así creadas, lo fueron, en una cierta medida, según principios burocráticos. No se dejó, por ejemplo, ninguna independencia al *mir,* cuyo funcionamiento estuvo ligado, por el contrario, al del antiguo *vólost* que se reformó y al del *zemstvo* que se creó en 1864.

Después de haber designado, en los tiempos del Gran Principado de Kiev, la propiedad personal de los señores locales, el *vólost* se había transformado, con el Principado de Moscú, en aldea libre, con autonomía administrativa y semiautonomía política con la facultad de elegir a sus jefes. Paulatinamente, en razón del hecho de que, con los Románov, Rusia se había vuelto una vasta "aldea sierva", el jefe del *vólost* llegó a ser el representante del poder central en las localidades rurales. Con la reforma se integró al *mir.*

La reforma administrativa de 1864, asumió las siguientes características: los *gubérnii* (provincias) fueron divididos en *uiézdnoie* (distritos) dotados de un consejo de distrito [8] cuyos miembros eran elegidos por los tres órdenes del Estado, los terratenientes, los *mir* y las ciudades. El *zemstvo* de distrito se situaba inmediatamente por encima del *vólost* y se ocupaba de los trabajos públicos, de la higiene, de la moral y de la instrucción. Por encima de él se situaba el *zemstvo* de provincia [9] cuyos miembros eran elegidos por los *zemstva* de distrito. El Gobernador, nombrado por el poder central, ejercía el control sobre los distintos *zemstva* y *volosti.*

En realidad, el *zemstvo,* consecuencia directa de la emancipación de los siervos, representó un papel más espiritual que material ya que los rusos lo consideraron como el símbolo de la autonomía y de la descentralización y como un medio poderoso para la reeducación del pueblo sobre la base de la instrucción elemental y de la racionalización de los cultivos, de la lucha contra el alcoholismo y de la educación social [10].

---

8 *Uiézdnoie zemstvo,* consejo de distrito.

9 *Gubérnskoie zemstvo,* consejo provincial.

10 En razón de sus atribuciones, los *zemstva* desempeñaron un papel preponderante en el desarrollo de la instrucción pública. Mientras en 1869, treinta provincias con *zemstva* gastaban 730.000 rublos, suma que representaba el 5,5 por ciento de su presupuesto, estas cifras subieron en 1900 a 15.970.000 rublos o sea el 17,9 por ciento de su presupuesto, y en 1912 a 66.473.000 rublos correspondientes al 32 por ciento de su presupuesto.

Así gracias al esfuerzo de funcionarios ilustrados y devotos, la instrucción

La reforma de las ciudades se realizó según el concepto prusiano. Todos aquellos habitantes de los centros urbanos que pagaban impuestos sobre su profesión o sus propiedades, tuvieron derecho a mandar delegados a la Duma de la ciudad que, administrativamente, correspondía al *zemstvo* rural con las mismas facultades. La Duma elegía en su seno un número determinado de delegados que formaban un consejo permanente, renovable cada cuatro años, cuya misión consistía en actualizar las decisiones administrativas, económicas y técnicas adoptadas durante las sesiones del cuerpo de que emanaba.

Simultáneamente a la reforma administrativa, se procedió a la del entero aparato judicial. Ya que la emancipación de los siervos se había cumplido, como dijo el mismo Emperador, "por respeto para la dignidad humana y por amor cristiano al prójimo", se empezó prohibiendo el empleo de los castigos corporales.

Alejandro II se había impresionado mucho, según se ha dicho, con la lectura de la obra en la cual Dostoievskiy cuenta los padecimientos que tuvo que sufrir durante sus cuatro años de trabajos forzados en Siberia, *Memorias de una casa muerta,* y anunció esta reforma en un *ukaz* donde daba como consigna a los magistrados: "La justicia y la indulgencia deben reinar en nuestros tribunales". Fueron creados tribunales del crimen "iguales para todos los súbditos" y en los cuales se dió, como en Occidente, el principal papel al jurado popular [11]. La reforma se basó en el principio de la independencia del poder judicial frente a los poderes ejecutivo y legislativo.

Una de las consecuencias más importantes de la emancipación de los siervos, fué la reforma del Ejército. Hasta entonces, los *dvorianie* mismos designaban a aquéllos de sus siervos que debían cumplir los veinticinco años de servicio militar previstos por el estatuto de Pedro el Grande. A menudo elegían los elementos peores de sus aldeas, pero a veces también a inocentes que habían caído en desgracia ante el adminis-

---

pública se extendió hasta el punto de que en 1914 había cincuenta mil escuelas de *zemstva* y que un proyecto de desarrollo del presupuesto de instrucción pública preveía la instrucción para todos en 1922. Sabemos lo que la revolución hizo de este proyecto.

[11] Jurados cuya indulgencia para con los criminales más depravados se hará pronto tan escandalosa que el mismo Dostoievskiy, a quien nunca faltan palabras comprensivas frente a los desvaríos del pueblo inculto y abandonado a sí mismo, llegará en su *Diario de un escritor* a atacar esta institución de modo indirecto al acusar a los abogados defensores de utilizar los medios más bajamente sentimentales para disponer a los jueces populares a esta indulgencia excesiva. Véase el artículo titulado "El medio", en el número 2 del *Grazhdanín* de 1873.

trador o el jefe del *vólost*. Servir en el ejército era considerado por el *muzhik* como un castigo infinitamente peor que el presidio y, casi siempre, había que llevar a los reclutas encadenados a los centros militares de instrucción. Cada año, centenares de campesinos así "condenados" se suicidaban para evitar este largo suplicio. La reforma militar de 1874 estableció la conscripción obligatoria para todos los rusos, sin distinción de clase social, sobre la base de seis años de servicio activo, al término de los cuales los soldados desmovilizados pasaban a la primera reserva por un período de nueve años. Los detalles de esta reforma son debidos al general D. A. Miliútin, ministro de guerra, quien, además, introdujo en el Ejército numerosas medidas de orden moral para levantar el nivel espiritual del pueblo y luchar contra el analfabetismo [12].

La emancipación de los siervos y todas las medidas concomitantes que acompañaron a esta serie de reformas, no favorecieron, muy por el contrario, el desarrollo de la economía. De por sí, una transformación tan fundamental en la estructura del Estado debía tener fatalmente este resultado en los primeros años de aplicación de las reformas, incluso si otros factores cuyo origen es ante todo psicológico no hubiesen venido a agregársele.

En primer lugar, los campesinos, para protestar contra el hecho de que no habían recibido *toda* la tierra en absoluta propiedad, manifestaron una tendencia, cuya desaparición costó muchos años de esfuerzos, a trabajar únicamente su parcela rescatable, dejando sin cultivar las tierras de posesión comunal y negándose a alquilar las de sus antiguos amos.

Por otra parte, muchos terratenientes, ilusionados ante la idea del pago efectivo que, en teoría, debían recibir de los campesinos, y que,

---

[12] Escribe George Vernadskiy, cuya obra por cierto no puede ser considerada como una apología del régimen zarista: "La ley de servicio militar fué prácticamente la única de las leyes de esa época que afectó igualmente a todas las clases del pueblo ruso. En ella no había diferencia entre la fachada y la estructura; era profundamente democrática en espíritu. A los reclutas se les concedían privilegios de acuerdo con la posición de su familia. El hijo único, el nieto único o el único mantenedor de una familia obtenían plenos privilegios y eran registrados en la reserva de la segunda categoría, es decir, que, en la práctica, antes de la guerra mundial, nunca eran llamados al servicio. Con respecto al período de servicio y a la promoción, se reconocían privilegios especiales a los individuos que poseían una educación secundaria. Las diferencias de clase no se reflejaban en modo alguno en forma de privilegios en el servicio militar, salvo en la selección de los oficiales de la Guardia entre los círculos aristocráticos de la sociedad...". *Historia de Rusia*, Buenos Aires, 1947 (traducida del inglés).

en su espíritu, constituía una renta fija repartida en cuarenta y nueve años, se fueron a vivir a las ciudades dejando sus tierras en manos de administradores generalmente poco escrupulosos. Finalmente, después de la emancipación, muchos de los siervos que trabajaban en las fábricas, las abandonaron y volvieron a sus aldeas a fin de tomar parte en el reparto de las tierras. En razón de este fenómeno migratorio masivo de la ciudad al campo, la mano de obra industrial conoció un descenso cuantitativo vertical en el momento mismo en que Rusia empezaba a industrializarse. Este descenso, cuyos efectos económicos fueron desastrosos en un principio, provocó un aumento de los salarios que, algunos años más tarde, suscitó un fenómeno migratorio de dirección inversa. Cuando los campesinos comprendieron que en las fábricas podían ganar más dinero trabajando menos, emigraron en masa hacia la ciudad y este movimiento dió nacimiento al proletariado y, merced a la propaganda socialista, a los primeros conatos de lucha de clases.

Una indicación muy neta de la astenia que, durante algunos años, pareció alcanzar a toda Rusia, nos la da Dostoievskiy cuando escribe: "Si he de decir la verdad, me parece que ha empezado aquí una época de 'disgregación' general. Todos se retraen, se aíslan; todos quieren discurrir algo propio, nuevo e inaudito. Todos rechazan cuanto antes había de general en ideas y sentimientos, para entregarse a sus pensares y sentires personales. Todos quieren empezar por el principio. Rompen sin duelo los antiguos vínculos y se dedican a laborar cada cual para sí mismo, contentándose con eso. Si no actúan, su intención es actuar. Supongamos que sean muchos los que nada emprenden ni nada emprenderán en su vida; pero es el caso que se retraen, se apartan, miran al vacío y, cruzados de brazos, aguardan, ellos sabrán qué. Aquí todo el mundo aguarda algo. Y, no obstante, apenas si en algún punto existe acuerdo moral: todo se desperdiga y desparrama, y no vaya a creerse que en bandos siquiera; en unidades. Y, sobre todo, a veces, con el aire más leve y satisfecho. Ahí tenéis a nuestros literatos y artistas contemporáneos. Hacen sus primeras armas y no quieren saber nada de cuanto les precedió; les basta consigo mismos y no necesitan más. Predican lo nuevo, proclaman el ideal del verbo nuevo y el nuevo hombre. No conocen la literatura europea ni la rusa; no han leído, ni quieren leer nada. No sólo no han leído a Púshkin ni a Turguéniev, sino que, apurando las cosas, es muy posible que ni siquiera hayan leído a los suyos, es decir a Biélinskiy y a Dobroliubov. Fraguan nuevos héroes y nuevas mujeres, cuya novedad toda se cifra en que dan su décimo

paso olvidándose de los nueve primeros, viniendo a encontrarse en la situación más falsa que imaginar se pueda, con lo que proporcionan al lector materia de distracción y enseñanza. Esa falsa situación constituye toda la moraleja. Todo eso tiene muy poco de nuevo, siendo, por el contrario, de lo más viejo y manido; pero no es ése el quid, sino que el autor está plenamente convencido de decir una palabra nueva, de ser él, de haberse disgregado, y se siente muy ufano de ello".

Para poner un término a esta larga cita, cuya excusa está en el hecho de que, nadie mejor que el autor del *Diario de un escritor,* nos podía pintar un cuadro exacto de la vida espiritual en Rusia, a bastante distancia de las reformas como para observar sus efectos con algo de la serenidad que el retroceso permite, pero suficientemente cerca de ellas para poder captar aún sus palpitaciones, nos cabe preguntarnos con el autor: "¿No es verdad que nuestro gobierno. . . no encontró en nuestra ***intelliguentsiia*** 'todo' el apoyo debido?" [13].

V

Y, sin embargo, un desarrollo extraordinario de las actividades científicas y un florecimiento nunca visto en la vida de las letras, caracterizaron el reinado de Alejandro II.

Desde el siglo décimoctavo, toda iniciativa en materia científica pertenecía a la Academia de Ciencias, creación del zarismo, y esto significaba que, en una medida no desdeñable, la investigación se realizaba bajo el control del Estado. Hubo por cierto valores aislados; sin embargo, la fiscalización burocrática trabó demasiado a menudo el progreso científico y, en rigor, los sabios rusos no hicieron otra cosa sino adoptar lo que venía de afuera. Pero ya alrededor de los años 40, este estado de cosas tendía a desaparecer gracias a la creación por parte de Nicolás I de numerosos institutos técnicos. Con su sucesor, este proceso se aceleró, la iniciativa científica pasó a las universidades que habían vuelto a adquirir su antigua autonomía y la investigación se desarrolló en un marco menos rígido, en una atmósfera de entera libertad. Es digno de consideración el hecho de que los sabios de mayor valor actuaron fuera de la Academia que, poco a poco, se había transfor-

[13] *Diario de un escritor.* Cap. IX - III, *Disgregación.* 1876.

mado en una asociación, siempre estimable por cierto, pero dotada de conceptos cuando menos estereotipados.

El desarrollo de las universidades puede ser considerado, pues, como el fenómeno sobresaliente de esta época en materia cultural. Generosas iniciativas particulares permitieron fundar, en el marco de estas casas de estudios, numerosos institutos de investigación y laboratorios científicos perfectamente equipados. En esto, los eslavófilos representaron un papel preponderante al hacer que, por vez primera en la historia del país, los rusos probaran un interés directo en el progreso de las ciencias. La Academia, en efecto, creada según concepciones alemanas y establecida sobre modelos venidos de afuera, era considerada como un centro europeizante, es decir, ajeno al espíritu nacional. Esta actitud, esencialmente injusta e injusta en la medida en que no era científica, es la que sin embargo permitió a los rusos entrar en el mundo científico con aportes propios valiosos [14].

Aparecen personalidades científicas de primer plano. Mendeléiev introduce en Rusia la química orgánica y adquiere una reputación mundial con sus *Bases de la química* que publica entre 1868 y 1870. Al mismo tiempo, Butlierov inicia sus estudios sobre estructuras químicas y, gracias a Ereméiev y a Ber, la biología y la fisiología adquieren un nivel igual y a veces superior al de estas ciencias en Occidente. En astronomía, Briedijin hace aceptar su teoría de la forma de los cometas y sus trabajos sobre espectros australes transforman las ideas hasta entonces admitidas en esta materia.

En la misma época nace el periodismo. Dotado de tendencias originarias esencialmente combativas, se fija y se desarrolla alrededor de las corrientes occidentalista y eslavófila, tomando una posición muy neta y muy frecuentemente violenta en todas las cuestiones del día, literarias, filosóficas, políticas, religiosas, sociales. Los literatos, a quienes estas cuestiones preocupan de modo fundamental, ven en el periodismo un vehículo importante para su pensamiento, un medio a menudo más poderoso que sus mismas obras para la difusión de sus ideas ya que

[14] En 1863, fué fundada en Moscú la "Sociedad de los amigos de las ciencias naturales, de la antropología y de la etnografía"; en 1864 y en 1866, en Moscú y en Tiflis respectivamente, la "Sociedad para el estudio de la arqueología"; en el mismo 1866, en Moscú, la "Sociedad de los amigos del arte ruso antiguo" y, en San Petersburgo, la "Sociedad histórica rusa"; diez años más tarde empezó a actuar la asociación que se hizo famosa en el mundo de la filología con el nombre de "Sociedad de los amigos de la literatura antigua"...

la hoja impresa, cotidiana o periódica, alcanza un público infinitamente más numeroso que el libro. Fenómeno fácilmente comprensible si tenemos presente la proporción impresionante del analfabetismo en Rusia, llaga monstruosa que todos, por motivos más o menos desinteresados, intentan sanar. La gaceta que el pope o el médico rural leen y comentan en las reuniones que tienen a menudo con los hombres de la aldea, es, a partir de 1856, un medio que muchos escritores utilizan con verdadera pasión proselitista. Turguéniev, Goncharov, Nekrasov, Tolstói, Dostoievskiy, Chernishevskiy, todos colaboran regularmente en revistas y diarios importantes y particularmente en el *Contemporáneo* [15], en la *Palabra rusa* [16], en el *Siglo* [17], en los *Ensayos* [18], etc.... Y vemos a Dostoievskiy, descontento de no poder expresar su pensamiento cotidiano sobre los acontecimientos grandes o pequeños, sin adaptarlo antes al gusto del redactor en jefe que lo publica, fundar, primero con su hermano Mijaíl, su propia tribuna, el *Tiempo* [19] y, finalmente, publicar por su cuenta, desde 1876 hasta la víspera de su muerte, largos y frondosos artículos, a la vez apasionados y penetrantes donde las estridencias abundan y que, sin embargo, encuentran su fuente constante de inspiración en la presencia como carnal de Cristo, en la caridad más viviente y en una fe que nunca se desmiente en los destinos de la patria rusa, artículos cuyo conjunto no constituye, a nuestro entender, la parte menos fundamental de su obra, el *Diario de un escritor*.

En los comienzos del reinado de Alejandro II, todas las tendencias pudieron expresarse con facilidad. La *Palabra rusa* y el *Contemporáneo,* por ejemplo, son las tribunas que utilizan los progresistas, quienes, en sus reivindicaciones, piden algo más que una sencilla constitución de tipo liberal. Los constitucionalistas moderados encuentran su órgano de expresión en el *Mensajero ruso,* los conservadores enemigos de la emancipación en las *Noticias* [20]. Si bien, en la parte final del reinado, los periódicos más "progresistas" se encuentran en la necesidad de desaparecer, los exponentes de estas tendencias radicales no están por ello reducidos al silencio, ya que podrán siempre colaborar en las revistas

15 *Sovreménnik* (Современник)
16 *Rússkoie slovo* (Русское Слово)
17 *Viek* (Век)
18 *Ochierki* (Очерки)
19 *Vrêmia* (Время)
20 *Viesti* (Вести)

especializadas que les permitirán expresar, bajo el cómodo disfraz del estudio arqueológico, literario o histórico, todas las ideas incluso las más encendidamente subversivas.

Esta participación de los literatos en las preocupaciones de su patria, participación concebida muy a menudo desde un punto de vista ético y hasta moralizador, aun por los que invocan la tesis del "utilitarismo" social, confiere entonces a la vida intelectual rusa un interés extraordinario. Tanto más cuanto que esta dedicación de los literatos a los problemas morales, sociales y espirituales que la coyuntura ofrece y renueva constantemente, coincide con la llegada de la literatura rusa a su apogeo.

Los años 1856-1883, que coinciden, *grosso modo,* con los del reinado de Alejandro II, son, en efecto, aquéllos en que la literatura rusa se nos aparece, por primera y única vez, como un bloque compacto. Compacto y sin embargo complejo en extremo, ya que, aun cuando encontramos ante nosotros el mayor número de escritores geniales que ninguna literatura haya jamás ofrecido simultáneamente, si exceptuamos la del Gran Siglo francés, éstos presentan características muy diversas. Este período extraordinario empieza en 1856 con la publicación del *Rudin* de Turguéniev y se cierra en 1883, dos años después de la desaparición de Dostoievskiy y del Zar Libertador.

En la novelística, nos encontramos con cuatro nombres que van mucho más allá de las fronteras rusas: los de Iván Serguéievich Turguéniev, Iván Alexándrovich Goncharov, Lev Nicoláievich Tolstói y Fiódor Mijáilovich Dostoievskiy. El teatro da a la literatura universal un valor como Alexandr Nicoláievich Ostrovskiy que, con justicia, ha podido ser comparado a Shakespeare, a Calderón y a Molière. El lirismo nos ofrece un nombre casi tan grande como el de Púshkin, el de Nicolái Alexéievich Nekrasov, y la filosofía el del creador de la metafísica rusa moderna, Vladímir Serguéievich Soloviov, padre espiritual de Berdiáiev y de Shéstov.

La característica esencial de la literatura rusa de los años 56-83, es el realismo, pero un realismo del cual nunca está ausente un hondo misticismo que encuentra su fuente en las inquietudes perennes del alma eslava. El lugar que ocupan en la literatura universal un Tolstói y un Dostoievskiy, un Soloviov y un Ostrovskiy, aunque cubra sectores muy distintos de pensamiento, en razón de las aspiraciones casi antagó-

nicas que unos y otros pueden satisfacer, es tan indiscutible, que podría parecer remachar lugares comunes volver a insistir sobre ello [21].

Esta tendencia general hacia el realismo, tendencia tan evidente en el teatro y en la poesía como en la novelística, es muy diferente del movimiento que cumplen hacia el realismo-naturalismo, las literaturas occidentales en la misma época. En Rusia, el realismo sale de Púshkin y de Gógol. No se trata, pues, de un realismo cientificista que encuentra su inspiración o, mejor dicho, su motor, en las teorías de Claude Bernard como el de un Emile Zola, por ejemplo. Este pretende ofrecernos una fotografía sin retoques de la porción de humanidad que estudia y que describe en sus aspectos más bajamente fisiológicos, porque nos relata las aventuras de sus personajes con el propósito exclusivo de imponernos una tesis sociológica, razón por la cual también afecta desinteresarse proclamando la necesidad, para el autor, de estar ausente de la narración. El realismo ruso representa, a la vez, mucho más y mucho menos. Mucho más cuando comprobamos que el autor está constantemente presente con sus pensamientos y sus experiencias, con sus sufrimientos y sus esperanzas, y esto es precisamente lo que para los hermanos Goncourt constituiría el "mucho menos" del realismo ruso.

Si consideramos a Dostoievskiy como el exponente típico de esta falange de escritores verdaderamente universales, encontramos la razón auténtica de su superioridad en el hecho de que en ningún momento pretende entregarnos una fotografía de la sociedad rusa de su tiempo, sino esencialmente una radiografía psicológica, y que nos la ofrece acompañada de un presupuesto tan frondoso de inquietudes estéticas y morales, que los tipos creados por él en un ambiente casi exageradamente ruso, pasan a pertenecer al tesoro espiritual de la humanidad.

Más que Tolstói y que Goncharov, más también que Turguéniev, Dostoievskiy crea tipos de hondo alcance espiritual porque, primero entre todos los psicólogos modernos, antes que Freud y que Jung, nos introduce en el mundo subterráneo poblado de neuróticos que, a millones de ejemplares, caracterizan la vida anímica, escondida y aparente,

---

21 A fin de evitar que este trabajo asuma proporciones exageradas, prefiero no hacer más que referencias imprescindibles a la historia literaria rusa. Esto puede parecer contradictorio con las referencias frecuentes que hago al pensamiento de Dostoievskiy y, sin embargo no lo es, ya que este escritor nos entrega de modo constante sus ideas sobre algo real, la actualidad rusa, lo que pertenece a un tratado de historia por derecho propio.

de la sociedad contemporánea: el intelectual destructor, el aristócrata descarriado, el burgués mediocre y pasivo cuyo único sentimiento es la envidia, el revolucionario por odio, el masoquista social, el terrateniente liberal que, sin caer en la cuenta, prepara su propia tumba al ayudar a los enemigos de los valores tradicionales con la esperanza de utilizarlos en vista de su propia ascensión política. Frente a estos seres abyectos o imbéciles, se yerguen unos pocos elegidos: Míshkin el "príncipe idiota", Aliosha, el Adolescente, quienes ante los escarnios del mundo, ante la "verdad" científicamente proclamada por los hombres nuevos, encarnan toda resurrección espiritual posible y obedecen a la eterna y sencilla verdad que expresa Shatov en los *Demonios:* "Si me demostrasen matemáticamente que la verdad existe fuera de Cristo, preferiría quedarme con Cristo antes que irme con la verdad".

Tipo universal también, pero de alcance infinitamente más limitado, es el *Oblómov* de Goncharov. Encontramos en él al nuevo burgués europeo y no sólo al ruso de los años 60. Abúlico y empeñado en huir ante los mediocres afanes que proporciona la vida corriente, sacudido de vez en cuando por ideales elevados a los cuales renuncia inmediatamente por pereza y persuasión de su propia nulidad, Oblómov, en quien los contemporáneos quisieron ver la tipificación del hombre ruso, tal como Dostoievskiy lo define tan a menudo en su *Diario de un escritor,* detenta en sí mismo el secreto no sólo del pueblo ruso sino de la clase media occidental en su conjunto. Se ha hablado tanto de *oblómovshchina,* de "oblomovismo", que resulta ahora un lugar común volver a insistir en este fenómeno que puede definirse como la incapacidad de producir y de crear, de luchar contra la realidad, ya que fatalmente aquéllos a quienes alcanza esta extraña enfermedad [22], vuelven a caer en sus ideales nebulosos, que ahogan toda voluntad de superación. Me parece que asistimos a espectáculos bastantes parecidos en la Europa de nuestra contemporaneidad [23].

V

22 *Oblómovshchina,* o sea oblomovismo. La palabra en cuestión la emplea una o dos veces Goncharov para diagnosticar el mal que padece su héroe. El radical Nicolái Dobroliubov la recogió y la aplicó al entero pueblo ruso caído según él en la "oblómovshchina" por no haber querido occidentalizarse.

23 No podemos terminar este rápido bosquejo de la vida intelectual y cultural en Rusia durante el reinado de Alejandro II, sin hablar de un fenómeno extraordinario como el literario, el musical. Al mismo tiempo que Dostoievskiy, Goncharov, Tolstói, Turguéniev, Ostrovskiy crean la nueva literatura rusa, un

La historia de Rusia se caracteriza por un vaivén incesante que se cumple de modo fatal al ritmo de cada generación. Después de las inquietudes políticas que habían señalado el período de Alejandro I, el absolutismo patriarcal de Nicolás I obligó a los intelectuales a renunciar al ideal de ver sus aspiraciones políticas y sociales proyectarse en la realidad física de la nación. Sin embargo, en los años que precedieron inmediatamente la guerra de Crimea, apareció de manera muy sensible el deseo de las clases cultas de salir de las abstracciones a las cuales había confinado su actividad intelectual durante el último trentenio. A la luz de los fracasos de la guerra esta tendencia espiritual se hizo tan sensible, que los mismos poderes públicos, poco deseosos de impedirle expresarse, decidieron dejarle cierta libertad de exteriorización.

Miliúkov puede muy justamente afirmar, que si la generación de los años 1830-1840 mereció el nombre de generación "idealista", en el sentido filosófico de la palabra, la de los años 1860-1880 puede asimismo ser llamada generación realista. Hemos estudiado el formarse y el afirmarse —en la vida literaria, artística y cultural— de la generación realista. Ahora es menester volver atrás, ya que muchos de los elementos mentales de la generación idealista explican y, en una cierta medida, condicionan el devenir político y espiritual de Rusia.

Idealismo en este caso significa escuetamente conceptos filosóficos importados de Alemania. En línea general podemos establecer que Hegel es el que influye sobre los Occidentalistas, Schelling sobre los Eslavófilos durante el reinado de Nicolás Pávlovich. La desintegración del Occidentalismo en radicalismo progresista se cumplió, en rigor, paralelamente a la del hegelianismo, aunque con algunos años de atraso. Y tanto es así que vemos a los "radicales", que pertenecen a la generación realista y no ya idealista, recibir y aceptar con entusiasmo

---

grupo de aficionados, el llamado "Grupo de los Cinco", crea la ópera rusa. Se llaman Balakiriev, Kiuy, Borodín, Musorgskiy y Rimskiy-Kórsakov. Los dos primeros, más musicólogos que músicos, fueron los maestros de los tres otros que, así dirigidos, fueron los únicos del grupo en componer música. Borodín, médico y profesor de química, escribió la ópera *El príncipe Igor* y la sinfonía *Desde el Asia Central;* Musorgskiy, empleado de bosques, compuso las obras famosas *Borís Godunov* y *Jovanshchina;* Rimskiy, *Sadko* y el *Gallo de oro.*

Aunque dominado por la actividad de estos cinco aficionados, el período de Alejandro Nicoláievich tuvo también el mérito del desarrollo de la escuela musical rusa gracias a la fundación de los conservatorios de Moscú y de San Petersburgo, fundación debida a los hermanos Nicolás y Antonio Rubinstein. Del Conservatorio de música de San Petersburgo salió uno de los mayores compositores europeos del final del siglo décimonono, Piotr Chaikovskiy, cuya obra más importante es la *Sinfonía patética.*

la influencia de los llamados hegelianos de izquierdas o nuevos hegelianos, agrupados alrededor de Ludwig Feuerbach [24], al tiempo que la de los materialistas y de los empiristas ingleses, Stuart Mill, Spencer, Darwin, etc....

Esta evolución no es, sin embargo, la consecuencia fatal del desarrollo del pensamiento filosófico. Su causa fundamental debe más bien encontrarse en las nuevas condiciones de la vida social como las caracterizó la emancipación de los siervos.

Con esta reforma, que viene a agravar la de la administración local, la nobleza se dirige rápidamente hacia la decadencia, mientras que las profesiones liberales se abren ampliamente a todos. Por primera vez en la historia de Rusia, nos encontramos con un gremio numeroso de periodistas, con una clase extensa de abogados y de jueces cantonales, de médicos rurales, de agrónomos, de maestros de escuela que no salen, como antes, de la superclase que el uso ha dado en llamar la *intelliguentsiia,* es decir, la clase culta y semiculta cuyos miembros venían de la nobleza, del clero, de la pequeña burguesía, de los gremios de mercaderes, etc.... Todos estos recién llegados fueron apodados *raznochintsi,* es decir, advenedizos, porque su aparición se explica solamente por la emancipación, ya que casi todos son hijos de siervos liberados, de campesinos, de curas rurales, y por las necesidades suscitadas por la creación de los *zemstva.* Fenómeno espontáneo que, de pronto, da a la sociedad rusa una base enteramente renovada.

A causa de estas transformaciones de estructura, nos encontramos, en efecto, con dos tipos de hombres de origen opuesto y que, no obstante, se influyen mutuamente y se complementan: el "plebeyo advenedizo" o *raznochinets,* que entra en la vida con el sentimiento abstracto y el deseo obscuro, pero punzante, de tomar venganza por su "honor ultrajado" durante siglos de opresión, y el "hijo del señor", que se presenta con todos los rasgos de la *conscience malheureuse* que hacen de él un "noble arrepentido".

A pesar de toda su indulgencia, Iván Turguéniev, en su célebre

---

[24] Escribe Dostoievskiy al hablar de los "radicales" rusos cuya mayoría conoció personalmente: "...había también un alemán al que por aquella época veneraban la mar: Feuerbach (Biélinskiy, que en su vida pudo aprender una lengua extranjera, decía siempre 'Fierbach' en vez de Feuerbach). De Strauss se hablaba con reverencia". *Diario de un escritor,* cap. IV, artículos publicados en el *Grazhdanín.* El Strauss aquí citado es David Friedrich Strauss, célebre autor de una *Nueva vida de Jesús* que tuvo una gran influencia en el desarrollo del pensamiento "religioso", *sit venia verbo,* de Marx y de Engels.

novela de fondo social *Padres e hijos,* publicada en 1862 en el "Mensajero ruso", órgano dirigido por el futuro nacionalista Kátkov, califica a estos jóvenes advenedizos de "nihilistas".

Es necesario dar una explicación, por breve que sea, del origen de esta palabra y tanto más cuanto que va a representar, en la segunda mitad del siglo décimonono, un papel eminente en la fraseología revolucionaria y antirrevolucionaria rusa. El crítico y ensayista radical Nicolái Dobroliubov, hijo precisamente de un cura de aldea y *raznochinets* por derecho propio, sirvió de modelo a Turguéniev para la creación de su personaje central, Bazarov. El mismo autor confesará que este personaje y su modelo tienen en común la soberbia intelectual, la sequedad, la negación de toda estética y la aversión orgullosa hacia todo lo que estiman viejo, como apoyarse en las tradiciones espirituales y morales más arraigadas en el alma rusa, es decir, uno de aquéllos que, como aseguraba Dostoievskiy, "dan su décimo paso olvidándose de los nueve primeros" [25]. Lo que viene a ser una explicación exacta de la palabra nihilismo.

Al mismo tiempo, el representante de todas las rebeliones de la generación idealista, Alejandro Herzen, se apartará de estos nihilistas acusándolos de cinismo materialista. Tan sólo Bakúnin, impulsado por la esperanza de utilizarlos en su empresa de subversión universal cuyo punto de salida ve todavía en Rusia, subrayará la "sinceridad" de una actitud que quiere hacer tabla rasa del pasado para edificar un mundo ideal.

Entre estos jóvenes advenedizos, el más brillante es, sin duda alguna, Nicolái Gavrílovich Chernishevskiy [26], quien, con sus *Notas sobre Stuart Mill* y muchos otros ensayos, intentó trasladar a lo político lo que para el filósofo inglés, para Feuerbach y para Fourier era, ya especulación teórica, ya tentativa utopística de organización social. Sus teorías tienden a proporcionar una base científica al socialismo agrario ruso y dan origen al movimiento que más tarde será conocido con el nombre de "Populismo" [27]. Sin embargo, aún hoy en día, conserva más importancia que toda esta producción filosófico-política, su novela *¿Qué hacer?,* en la cual, a través de largas discusiones teóricas sobre el problema sexual y el matrimonio, sobre las relaciones entre padres e hijos,

25 Cfr. *supra,* mismo capítulo
26 1828 - 1889.
27 De *narod,* pueblo: *naródnichenstvo,* populismo; *naródnik,* populista.

reaccionarios los primeros, liberales los otros, dibuja tipos tan "perfectos" de nihilistas y de materialistas, que han hecho decir a Vladímir Soloviov al terminar la lectura de este libro: "En efecto, el hombre desciende del mono. Demos pues nuestra alma por la salvación de nuestros amigos...".

Una tal ebullición de ideas vagas, en la cual cada uno de los hombres nuevos disponía de un programa poco preciso pero decididamente progresista para salvar a la humanidad, aun a costa de la liquidación violenta de todos los opositores, desembocó en 1861 en la creación de una sociedad secreta: *Tierra y libertad.* Los adherentes salían en su totalidad de esta clase nueva de *raznochintsi* que, en poco tiempo, habían dado un sentido tan peculiar a la antigua *intelliguentsiia,* al introducir en ella los fermentos de nihilismo tan exactamente diagnosticados por Turguéniev.

Estos hombres habían comprendido que, para derribar el orden establecido, la actividad intelectual no bastaba, puesto que las masas quedaban indiferentes a toda propaganda progresista. Lo que era necesario era encauzar el instinto de rebelión latente entre los campesinos, instinto que en los dos últimos siglos, había provocado tantos motines sangrientos, y utilizarlo para alimentar una subversión organizada.

Los movimientos irracionales de los siglos anteriores, se racionalizan poco a poco a partir de Alejandro II y tienden, aunque de modo inconsciente en un primer tiempo, hacia la organización de todas las fuerzas subversivas para la destrucción de la monarquía y la instauración de un orden social nuevo.

Los Eslavófilos y los Occidentalistas ya están superados como tales, aun cuando las tendencias subversivas nuevas asocien a menudo elementos de estas dos ideologías, complicándolas de radicalismo.

Lo dicho basta para que podamos percibir los factores esenciales, psicológicos, morales, espirituales, que, desde ahora, nos van a servir de punto de partida parta captar en toda su complejidad la evolución política rusa de los últimos ochenta años. Ya las posiciones están tomadas y, tanto en la vida social y política como en la vida intelectual, Rusia se encuentra dividida en dos bandos que se entregarán a una de las luchas más dramáticas de la historia.

Los eslavófilos y los occidentalistas, de inocentes teóricos que eran durante el reinado de Nicolás I, se han transformado en conservadores y en radicales, en nacionalistas y en cosmopolitas, en tradicionalis-

tas y en subversivos socavadores de la perennidad rusa, y esto a causa de reformas que, por querer curar una llaga demasiado vieja con procedimientos apresurados, han abierto una infinidad de llagas nuevas cada día más purulentas [28].



[28] Dostoievskiy escribe a propósito de esta descomposición de las agrupaciones ideológicas: "...al irse a pique la reforma de Pedro el Grande con la abolición de la servidumbre y sobrevenir un *sauve qui peut* general, eslavófilos y occidentalistas vinieron a coincidir en la misma idea de que, en adelante, había que esperarlo todo del pueblo, el cual resurgiría y nos diría en todo la palabra suprema. Sobre esta base habrían podido reconciliarse ya eslavófilos y occidentalistas, pero no fué así, porque los eslavófilos creían en el pueblo, por reconocer lo propio y peculiar de su espíritu, mientras que los occidentalistas sólo se avenían a creer en el pueblo a condición de quitarle lo propio y peculiar...".

A causa de esta visión tan distinta "reñimos, principalmente porque estamos en unos tiempos en que no se pide teoría ni crítica, sino hechos y resoluciones prácticas. De pronto se hubo de sentir aquí la necesidad de palabras bien fundadas sobre pedagogía, ferrocarriles, *zemstva,* higiene y cien temas análogos. Y todo eso queríamos saberlo en seguida para no suspender el trabajo. Pero como todos nosotros, después de siglos de haber perdido el hábito de todo trabajo, aun el más pequeño, nos hemos acreditado de incapaces para la acción, era natural que nos tirásemos mutuamente de los pelos..., siendo en esta sarracina los más bravos aquéllos que manifiestamente demostraran su absoluta incapacidad". *Diario de un escritor* (IX - Febrero de 1876. Cap. I).

CAPITULO III

DE OBLOMOV A NECHAIEV

Vacilaciones de Alejandro II - Esencia del revolucionarismo ruso - ¿Qué es la *intelliguentsiia?* - Las cinco fases de la idea revolucionaria rusa - El socialismo a partir de Herzen - Bakúnin - Nechäiev y el *Catecismo del revolucionario* - Andanzas de Nechäiev en Rusia y en Occidente - Un punto de vista de Dostoievskiy acerca de la infalibilidad de los intelectuales - Esencia religiosa del subversionismo ruso - Los nobles y la Constitución - Del socialismo utópico a la *caza al Emperador* - Proyectos constitucionales de Alejandro - Su asesinato - Situación espiritual y social del proletariado en el momento de la desaparición del Zar libertador - Aparición del socialismo "científico".

Vivir para los siglos en el recuerdo patrio
y por el bien de todos olvidar hasta el tuyo,
solamente en la voz eterna de tus padres
leer con humildad tus propias acciones...

Tal fué el augurio que, el día en que Alejandro nació [1], el poeta imperial Zhukovskiy formuló en la oda que dedicó a la madre del futuro emperador.

Destino verdaderamente patético el de este soberano que, deseoso de "vivir para los siglos en el recuerdo patrio", no vaciló en aportar a su poderío atenuaciones que se revelaron fatales para él y para su Imperio. Hombre profundamente religioso, cuya bondad innata no había sido ahogada por la vida militar, monarca absoluto enteramente entregado a la realización de los ideales cristianos de caridad y de justicia, pero escrupuloso en demasía por un temperamento ya de por sí vacilante sobre el cual vinieron a ejercer un influjo constante las incoherencias inherentes a la época de transición en que le tocó reinar, Alejandro II es para nosotros la representación viviente del hombre

[1] El 17 de abril de 1818.

ruso de la segunda mitad del siglo décimonono. Deseoso de actuar en vista del bien común, no sabe qué camino elegir, vacila en medio de contradicciones que, sin cesar, se levantan entre su deseo y una realidad que no puede percibir en su conjunto. Quiere, con una sinceridad conmovedora, conquistar el amor de sus súbditos; ve siempre mucho más claramente que ellos cuál es su verdadero interés, y no los puede atraer a compartir sus ideales. Lucha con denuedo contra la endémica pasividad rusa que se ha agigantado y con los tiempos nuevos lo invade todo de arriba a abajo y, mientras cree que su único enemigo es el *oblomovismo,* se encuentra con que sus reformas han levantado en contra de él una marea revolucionaria cuyos inspiradores están dotados de un dinamismo sistemático sin precedentes. Impulsado por su caridad a derribar el edificio social que sus antepasados edificaron, ve surgir del seno mismo de aquéllos a quienes ha devuelto la libertad, a los hombres que, después de haber acabado con él, destruirán el cuerpo de Rusia. Su sentido de la justicia le inspira no quitar toda su importancia a la clase aristocrática, en cuyas filas la dinastía encontró siempre sus peores enemigos, y asiste al espectáculo pasmoso que ofrece esta clase al volverse una vez más algunos de sus miembros más representativos, agentes de difusión de los venenos que un día se posesionarán de Rusia. Y quizá no sea la menos preciosa de las enseñanzas de aquella época la que ofrecen al historiador nobles arrepentidos y *raznochintsi,* unidos en la misma empresa de destrucción.

Desde la fundación del Estado moscovita, Rusia ha sido el teatro de rebeliones agrarias constantes y de revoluciones de palacio recurrentes. Millares y millares de levantamientos señalan su historia, levantamientos que a veces llegan a alcanzar proporciones extraordinarias por el número de los rebeldes y por la extensión de territorios que logran dominar. "Motín ruso, insensato y despiadado", escribe Púshkin. Y en efecto, aun cuando se cumplan en nombre del Zar, es el grito "el Zar es bueno pero su mozo de perros es malo" el que los acompaña, y acaban siempre en matanzas espantosas de *dvoriánie,* en saqueos y en desmanes que la locura suscita. Muchos de estos motines, los más importantes en todo caso, encuentran su jefe en un impostor que se presenta a los *muzhiks* como un zar auténtico. Así el falso Demetrio que, después de la muerte de Borís Godunov, conquista Moscú y se hace coronar antes de caer asesinado por los mismos boyardos que, el año anterior, le han entregado las llaves de la capital. Así Iván Bolótnikov. Así el ladrón de Túshino que se hace reconocer por la misma

viuda del verdadero Dimitriy y da el Patriarcado a Fiódor Románov aquel Metropolita Filarét padre del primer zar de la dinastía Románov. Así Pugachiov, que se hace pasar por Pedro III redivido y, apoyándose sobre los cosacos y masas enormes de campesinos, logra ocupar durante una rebelión de tres años, territorios que comprenden las provincias de Vladímir, de Riazañ, de Astraján y de Voroniezh; rebelión ésta determinada por la agravación de la servidumbre y durante la cual nació la famosa leyenda de la "Carta de Oro" en cuyas aras fueron asesinados millares de terratenientes [2].

Fuera de estos levantamientos que pusieron en peligro tan serio la vida misma de la nación, los motines agrarios nunca desaparecieron del mapa político-social de Rusia hasta el principio del reinado de Alejandro Nikoláievich, si bien en verdad se tratase de movimientos localizados y pronto sofocados por la tropa. Pero, como en aquéllos, la causa residía en el estado de servidumbre que, casi siempre, en el momento de las cosechas, echaba a los hombres a las empresas más desesperadas. Las víctimas, antes que los mismos amotinados contra los cuales por otra parte el gobierno actuaba con bastante lenidad, eran siempre aquellos de los *dvorianie* que tenían la mala suerte de encontrarse en sus fincas en el momento del motín [3].

Estos movimientos, los podríamos llamar espontáneos para distinguirlos de aquellos que señalan la historia contemporánea y que son, en realidad, movimientos revolucionarios organizados.

La emancipación de los siervos tuvo, entre otros resultados, el de hacer desaparecer este estado endémico de rebelión, lo que bastaría para demostrar que las reformas no fueron tan tímidamente concebidas como se asegura. Y tanto es así que, dígase lo que se diga [4], la situación social de los campesinos, gracias a ellas, fué mejorando progresivamente.

Poco a poco la dinastía volvía a la esencia de su función. Al derri-

---

[2] Sin olvidar la rebelión de Steñka Razin, cosaco del Don que se levantó en su propio nombre contra Alexéi Mijáilovich y devastó inmensos territorios hasta 1671.

[3] Durante el reinado de Nicolás I, fueron registrados 556 motines agrarios que se reparten como sigue: de 1826 a 1829: 41 - de 1830 a 1834: 46 - de 1835 a 1839: 59 - de 1840 a 1844: 101 - de 1845 a 1849: 172 - de 1850 a 1854: 137.

El penúltimo período fué por consiguiente el de mayor tensión. En efecto, en 1846 estallaron motines en 18 provincias, en 1847 en 22 y, en 1848 en 27.

[4] Tanto los historiadores "progresistas" como los de la escuela marxista. En fin de cuentas, unos y otros parten del mismo presupuesto: la tiranía y el obscurantismo zaristas.

bar los obstáculos que la reforma de Pedro el Grande había levantado entre corona y pueblo, Alejandro intentaba ponerse en contacto directo con sus súbditos. La idea dinástica se hizo así más viviente, desaparecieron muchas de las asperezas y el *muzhik* pudo volver a considerar al soberano no ya como a un amo severo e inasequible sino como al padre de la nación, a quien en adelante se podría recurrir más fácilmente que en los tiempos en que los nobles cerraban todo camino de acceso hacia él. Ante los pasos del campesino se abría finalmente un futuro, no cómodo por cierto, pero sí seguro en el sentido de que vislumbraba para sus hijos un estado de bienestar que ni él ni sus padres habían soñado jamás. Y esto es tan cierto, que la extensión de las parcelas aumentará constantemente hasta transformarse inclusive, por la reforma Stolipin, de posesiones controladas por el *mir,* en propiedades individuales con plenos derechos.

Sin embargo la tranquilidad social que el Zar Libertador había querido y creído sentar sobre el fundamento sólido de sus reformas, era un sueño que, durante su reinado, no se realizó sino de modo muy fugaz.

Ya apaciguados los campesinos en sus reivindicaciones esenciales, quitada a la aristocracia su última posibilidad de volver a representar un papel político determinante, y descartado, por ende, el peligro de ver repetirse las revoluciones de palacio que habían ensangrentado la historia de la dinastía hasta el advenimiento de su padre, Alejandro se encontró con una consecuencia de sus reformas ciertamente no prevista por él: la extensión de la *intelliguentsiia* en un sentido revolucionario por la entrada en juego de los "advenedizos" engendrados precisamente por la emancipación y por el acceso a una especie de semicultura de numerosos hijos de emancipados [5]. Hemos visto ya que estos hombres nuevos venidos de abajo ensancharon aquel sector difícilmente delimitable de la sociedad rusa llamado *intelliguentsiia* que, hasta entonces, había detentado la exclusividad de la cultura e impreso un sello tan peculiar a la vida intelectual del país. Vamos a ver ahora cómo, a partir de las reformas, este sector querrá decir cada vez más su palabra en la vida política y social y no ciertamente en un sentido favorable al orden

---

5 "Nuestra gente moza busca grandes hechos y todo lo sacrifica a sus ideales. El joven ruso contemporáneo, del que tanto se habla en tan diversos sentidos, suele encariñarse con la más vana paradoja y consagrarle su vida y su destino, sencillamente por considerarla una verdad. Le falta ilustración..." escribe Dostoievskiy. *Diario de un escritor* (IX. 1876 - febrero, cap. I).

y a la seguridad del Estado. Si recordamos que los "advenedizos" entran en la vida pública con un estado de espíritu hostil alimentado por un obscuro deseo de venganza, podremos comprender por qué esta palabra pronunciada por ellos se hace cada día más estridente. En efecto, esta transformación social introduce en el cuerpo nacional fermentos de subversión que dan a toda la época del Zar Libertador el aspecto de agitación febril que caracteriza su vida intelectual [6].

---

6 "La *intelliguentsiia* rusa es un producto específico de Rusia y que no hay que confundir con las "clases liberales y cultas" de los países occidentales, o con los funcionarios, técnicos y administradores de la Rusia de hoy. Se separó de una sociedad anquilosada de propiedades medievales en la cual no encontraba ya su lugar, signo ideológico de que este viejo mundo jerarquizado había caducado. Se reclutó a la vez entre los hijos e hijas más generosos de la nobleza y entre la juventud plebeya: vino de arriba y vino de abajo. Sus miembros no se agrupaban, ni por un origen o un rango social comunes, ni por un papel común en la máquina social de la producción. El cemento que los ataba unos a otros era una ruptura común con la sociedad existente y una creencia común en la eficacia soberana de las ideas, en su poder de modificar la vida. Vivían peligrosamente suspensos en el vacío, entre una monarquía autocrática incomprensiva y masas incomprensivas y obscurantistas. Su misión de pensadores independientes consistía en hacer la crítica de un mundo en el cual no ocupaban lugar alguno. Se trataba de abogados sin clientes, de profesores sin escuelas, de eclesiásticos sin beneficio y a menudo sin religión, de químicos sin laboratorios, de técnicos, de ingenieros, de especialistas en estadística de quienes la industria aún no necesitaba, de periodistas sin público, de educadores sin escuela, de políticos sin partido, de sociólogos y de hombres de Estado rechazados por el Estado e ignorados por el pueblo. Anticipaban, satisfacían por anticipado y con exceso las exigencias de un mundo demasiado lento en nacer, intentaban servir a un pueblo que no necesitaba sus servicios. En el orden feudal que caía a pedazos, no encontraban ni campo de acción ni promesa; en la burguesía mercantil, grosera, tímida y retrógrada, no encontraban sostén económico ni inspiración; en el pueblo adormecido, ningún eco a sus gritos ardientes. Mientras se esforzaban en servir un presente reacio, estaban de corazón al servicio del porvenir. Con todo su ser invocaban su venida, y todos los futuros, posibles e imposibles, de Rusia, se mezclaban en sus sueños... Sin cesar resolvían con teorías furibundas los problemas a los cuales se les prohibía tocar en la práctica. Construían grandes sistemas, vastos como Rusia, que alcanzaban a toda la humanidad... Cada diez años, cada cinco años, se vió una versión completamente nueva de este evangelio de salvación universal: por la ciencia, por la negación de la tradición y de la convención, por la literatura y la crítica, por la no resistencia al mal, por un retorno al cristianismo primitivo, por la comunidad aldeana, por el amor al pueblo y la adopción de sus modos de vida, por el anarquismo, el socialismo agrario, el marxismo, fuese cual fuese el evangelio del momento, sus fieles se sentían prontos a vivir y morir por él, para rehacer enteramente el mundo a su imagen... Se trataba de un fanatismo que quería substituir las antiguas religiones. Idealizaba a Rusia, al campesino, al proletario, la ciencia, la máquina. Hacía un evangelio de verdad de la salvación particular que proponía. En él había sinceridad, exclusivismo, dogma, ortodoxia, herejía, renegación, cisma, excomunión, profetas, fieles, vocación, ascetismo, sacrificio, la aptitud a aguantarlo todo por virtud de la fe. La herejía o la doctrina rival eran peores que la ignorancia: eran apostasía. Para un adepto de la doctrina, sin embargo, tan racional como la de Marx, un *ipse dixit* constituía una prueba irrefutable". BERTRAM D. WOLFE: *Three who made a Revolution.* Versión francesa, tomo 1º, "La jeunesse de Lénine". París, 1951.

Estos fermentos, por otra parte, actúan desde un principio en vista de la organización revolucionaria y, por ello mismo, se distinguen de los que en los siglos anteriores determinaron los levantamientos de siervos.

Las nuevas tendencias no nacen por generación espontánea, no encuentran su impulso inicial solamente en el ensanchamiento de la *intelliguentsiia*. Engendradas, ello es cierto, por las transformaciones aportadas al mapa social, invocan, sin embargo, para justificarse a sí mismas, el precedente de la rebelión de los *dekabristas*. Referencia evidentemente artificial si queremos tan sólo tener en cuenta las condiciones espirituales y sociales en que unas y otras nacieron y las corrientes ideológicas que les pertenecen respectivamente, pero de todas maneras poderosa en el espíritu de aquéllos a quienes se dirige y, por consiguiente, real y auténtica ya que bastó para hacerlos actuar.

Para evitar perdernos en la encrucijada donde se mezclan las distintas corrientes revolucionarias de la época de Alejandro, a fin de poder asimismo desenredar la madeja de los hechos y de las ideas que brotan de la nueva situación político-social, nos será necesario descartar muchos factores que, entonces, no dejaron de tener una apariencia de importancia a los ojos de los contemporáneos y que, sin embargo, no surtieron efectos históricos trascendentales.

V

Para poder desentrañar de modo más preciso el sentido revolucionario de aquella época, podemos desde ya agrupar estos hechos y estas ideas en cinco período distintos.

Al primero, que va de 1855 a 1863, podemos llamarlo período de Alejandro Herzen. En él empieza a notarse de modo sensible la influencia de Bakúnin. El segundo período, en el cual se crean círculos revolucionarios, se extiende de 1864 a 1873; es el de los movimientos hacia el pueblo. La influencia de Bakúnin, de preponderante que es en un principio por la acción de Sergio Necháiev, disminuye hasta casi desaparecer con Tkachiov. Le sigue el período de la organización sistemática de la revolución que se extiende de 1874 a 1877 y obedece a vagos impulsos religiosos. El cuarto período es el del terrorismo y, en él, asistimos al ya citado fenómeno de unión entre hijos de nobles arrepentidos y "advenedizos". Este período va de 1877 a 1881 y puede

ser llamado período de la "caza al Emperador", ya que acaba con el asesinato de Alejandro Nicoláievich. Finalmente, coincidiendo más o menos con esta fecha, empieza el quinto período que es el de los partidos revolucionarios creados para la organización de la revolución proletaria.

V

Hijo natural de un aristócrata ruso y de una joven alemana, Alejandro Herzen nació en Moscú en 1812. Su padre se ocupó cuidadosamente de su educación y le dejó una fortuna importante que le permitió vivir fuera de toda preocupación material. Después de excelentes estudios científicos, entró en el servicio civil y con su amigo Nicolái Platónovich Ogariov fundó un círculo de tendencias sansimonianas, razón por la cual estuvo arrestado algún tiempo en 1834 y fué exilado casi inmediatamente a Perm donde residió, sin perder su calidad de empleado civil, hasta 1840. A su vuelta a Moscú, se lanzó sin tardar en la vida literaria conquistando un lugar eminente con su novela *¿De quién la culpa?* En 1847, a la muerte de su padre, obtuvo el pasaporte que pedía desde mucho tiempo atrás y fué a instalarse en París donde tomó parte en la revolución de febrero de 1848. Expulsado por Cavaignac, acabó por establecerse en Londres donde publicó la revista *La campana* [7] y el almanaque *La estrella polar* [8] que hacía penetrar clandestinamente en Rusia. Falleció en París en 1870.

A pesar de evidentes preocupaciones literarias que hacen de él uno de los estilistas más elegantes de la literatura rusa, Herzen sobrepuso siempre a estas preocupaciones, inquietudes políticas y sociales en las cuales se encuentra el origen del influjo muy grande que ejerció sobre el espíritu de sus contemporáneos, y no sólo en Rusia. Entre sus escritos políticos, cabe señalar como el más importante la serie de ocho largos artículos reunidos bajo el título *Desde la otra orilla,* donde analiza los conceptos de democracia y de república con el propósito de darles más precisión, tentativa cuyo resultado es la exaltación del socialismo. Según Herzen, el mundo todavía no está maduro para el socialismo porque sus bases económicas están podridas hasta amenazar

---

[7] *Kólokol.* (Колокол).

[8] *Poliárnaia zvezdá.* (Полярная Звезда)

todo el edificio moral y espiritual. Rusia debe, pues, buscar un camino distinto del que ha seguido Europa. Este camino es el del pueblo y no el de la nación.

En él, los conceptos eslavófilos, aunque transformados por el socialismo, son, pues, mucho más vivientes que los de occidentalismo y de liberalismo. Herzen, en efecto, cree en la misión universal del campesino ruso, único ser todavía bastante puro en este mundo podrido como para instaurar el socialismo universal. Las tradiciones del colectivismo agrario ruso le entregan la prueba del "comunismo innato" de los pueblos eslavos. Así podemos ver que este socialismo herzeniano no tiene nada que ver con el de Marx. Lejos de adherir a las frías construcciones del profeta de Tréveris, el ruso encuentra su base dialéctica en el sistema comunitario proudhoniano cuya "sensibilización" le permite hallar un nuevo humanismo que, además de las necesidades económicas, tiene en cuenta, como fundamentalmente determinantes, la moral y la justicia fuera de todo estatismo. ¿No era acaso Proudhon quien le había escrito el 23 de junio de 1855: "Ahora la libertad nos vuelve desde Oriente; desde el Oriente considerado como bárbaro, desde la patria de los últimos siervos, desde el país de los nómadas vuelve la libertad asesinada en Occidente por el egoísmo burgués y por la bestialidad jacobina. Mientras el materialismo nos devora, mientras la peste y la metralla destruyen nuestro desgraciado ejército, el pueblo ruso entra en el campo de batalla con todos los sentimientos que ennoblecen el alma humana, la nacionalidad, la religión, el odio de la barbarie, ¿qué digo? la esperanza de la libertad encendida por el zar"? [9].

El concepto fundamental de las ideas proudhonianas reside en una federación de comunas libres que se autogobiernan fuera de toda coacción impuesta por el Estado y sin la intervención de ninguna burocracia centralizadora. Para Herzen y luego para Bakúnin, estas comunas encuentran en Rusia su núcleo esencial en el viejo *mir,* que se trata, pues, de desarrollar hasta darle completa autarquía.

Encuentra en la historia antigua posibilidades dialécticas que quiere aplicar a su contemporaneidad. Como el Imperio romano fué destruído por el cristianismo que supo aprovechar las tentativas bárbaras

---

[9] El mismo Proudhon escribe, algunos días más tarde —el 25 de febrero— a su amigo Malthey: "...qué lástima que Nicolás no sea un verdadero bárbaro, una especie de Atila o de Genserico que se aliaría con la democracia que un día u otro será iluminada, para barrer de Europa a los nobles y a los burgueses, a los judíos y a los príncipes, a los belicistas y a los jesuítas".

y canalizarlas en su provecho, así la sociedad moderna lo será por el nuevo cristianismo, el socialismo venido de Rusia en el cual se mezclan el misticismo religioso de los eslavos y las ideas nuevas que ayudarán a este misticismo a universalizarse. Los nuevos bárbaros deben realizar la humanidad integral.

Es cierto que con la reforma de 1861 que emancipó a los siervos y devolvió al *mir* mucha de su antigua autonomía, los llamados de Herzen se hicieron menos pujantes, no tanto porque considerase el nuevo estado de Rusia como satisfactorio, como porque la *intelliguentsiia,* donde los "advenedizos" empezaban a dar el tono, quería algo que fuera realizable de modo más inmediato. Herzen, *gentilhomme russe et citoyen du monde,* estaba superado, ya que persistía en hablar un lenguaje que aquéllos a quienes "faltaba ilustración" no podían comprender. Herzen, en verdad, es el único revolucionario ruso de los años 50 que se pueda inspirar auténticamente en el *dekabrismo;* es un intelectual y un aristócrata que habla para los aristócratas. Los *raznochintsi* no tienen nada que ver con él.

Es entonces cuando aparece Bakúnin, quien va a llevar las teorías herzenianas hacia el concepto de revolución violenta, quitándoles su barniz mundano y poniéndolas así al alcance de los hombres nuevos. Sin embargo, esta tarea de democratización del socialismo ruso, el futuro padre de la destrucción total, no la realizará de golpe. Hasta 1863, es decir, hasta la segunda rebelión polaca, seguirá colaborando con aquél que desde tantos años le proporciona sus medios de existencia.

Mijaíl Alexándrovich Bakúnin nació en 1814 en Priamújino, provincia de Tver, de una familia aristocrática que pretendía descender de Esteban Báthori. Su padre había pertenecido a la *Liga del norte* y su madre, una Muraviov, era prima hermana del dekabrista ajusticiado en 1826 y, a la vez, del general Mijaíl Muraviov que conquistará una reputación de verdugo en la liquidación de la segunda rebelión de Polonia.

Nombrado subteniente de artillería en 1831 no tardó en pedir su retiro que le fué concedido, e hizo amistad con Biélinskiy, Herzen y Ogariov. A estos dos últimos pidió el dinero necesario para expatriarse y en 1840 se instaló en Berlín donde estudió filosofía y cayó pronto bajo la influencia de los "jóvenes hegelianos". Después de una serie de peripecias diversas señaladas por los préstamos que le hacen sus amigos —vivirá siempre con la mayor serenidad en medio de las deudas más espantosas— se instaló en París donde se ligó con Proudhon y con

Marx. Después de haberse negado a volver a Rusia, actitud que lo hizo borrar de los anuarios de la nobleza y condenar a presidio en rebeldía, tomó pronto una postura decididamente antizarista. En noviembre de 1847 pronunció un discurso en un banquete conmemorativo del décimoquinto aniversario de la primera rebelión polaca, discurso en el cual dijo entre otras cosas: "Este es para mí un momento muy solemne. Soy ruso y me presento ante esta numerosa asamblea que se ha reunido para celebrar el aniversario de la revolución polaca, hecho que de por sí es un desafío, una amenaza y una maldición echados a la cara de los opresores de Polonia, me presento animado por un amor profundo y un respeto inmutable para mi patria" Sin embargo, los rusos, víctimas de un amo desprovisto de toda humanidad, no son sino "ruedas inanimadas en la monstruosa máquina de opresión y de conquista que se llama Imperio ruso... Ninguna vergüenza, ninguna tortura nos ha sido ahorrada y tenemos todas las desgracias de Polonia menos el honor".

El embajador de Rusia intervino ante el gobierno de Luis Felipe y Bakúnin, expulsado, se instaló en Bruselas hasta que la revolución de 1848 le permitió volver a París.

Sin embargo, el gobierno revolucionario se las arregló, dándole dinero, para que se fuera de Francia donde su presencia impedía dormir al prefecto Caussidière que decía de él: "¡Qué hombre! El primer día de una revolución es un verdadero tesoro. El segundo, habría que hacerlo fusilar". Después de asistir al fracaso de la revolución en Praga se instaló algún tiempo en el principado de Anhalt donde tuvo, como lo revela en su *Confesión,* la intención de escribir a Nicolás I para incitarlo a ponerse a la cabeza de todos los eslavos oprimidos para acabar con la corrupción europea [10].

A comienzos de 1849, está en Dresden y vive a expensas de Wagner con el cual toma la dirección del movimiento revolucionario que estalla el 1 de mayo. Después del fracaso de la revolución en Alemania, Bakúnin pasa por distintas cárceles sajonas y autriacas y es entregado finalmente a la policía rusa. En mayo de 1851 entra en la fortaleza de Pedro y Pablo donde va a permanecer hasta la guerra de Crimea.

Después de dos meses de aislamiento total, recibió en su celda la

[10] Nicolás comenta como sigue este extraño propósito al escribir en el margen de la *Confesión:* "Es decir que debería ponerme a la cabeza de la revolución como un Masaniello eslavo. ¡Muchas gracias!". Este tirano tenía por lo menos una buena dosis de humor.

visita del conde Orlov, jefe de la Tercera Sección, que le dijo: "El Emperador me envía cerca de Ud. y me manda decirle lo que sigue: *Dile que me escriba como un hijo escribiría a su padre espiritual*".

El resultado se encuentra en un cuaderno de un centenar de páginas que constituyen la *Confesión* que Bakúnin redactó al recibir esta invitación. Este cuaderno fué encontrado después de la revolución de Octubre en los archivos imperiales y el gobierno soviético lo hizo publicar con las anotaciones de Nicolás I.

Desde un principio, Bakúnin anuncia su propósito: "Ruego a Dios que pueda inspirarme las palabras sencillas, sinceras, sin malicia y sin adulación, dignas de encontrar el acceso del corazón de Vuestra Majestad".

El autor se presenta, pues, como un pecador arrepentido cuyas culpas fueron inspiradas por los espectáculos desmoralizadores que le ofrecían los países occidentales donde vivió después de su salida de Rusia: "En Europa occidental, se ve por doquier senilidad, debilidad, incredulidad". ..."Me fué penoso, muy penoso, Señor, el vivir en París".

Al contar sus correrías con una cierta complacencia, el autor de esta extraña confesión nunca abandona un tono de servilismo que choca y que, sin embargo, tiene para nosotros un sonido que nos recuerda las cartas escritas por los *dekabristas* durante la instrucción de su proceso.

"Yo quería la revolución en Rusia —primera pregunta: ¿por qué la quería?— segunda pregunta: ¿qué orden quería substituir al régimen existente?". Mejorar la suerte del pueblo, devolver la libertad a los eslavos. Pero todo esto acompañado de las protestas más declamatorias de arrepentimiento y de la expresión de un terror incoercible [11]. Frío e inconmovible en su papel de ungido de Dios que encuentra en

---

11 Este largo documento en el cual Bakúnin se confiesa y se arrepiente pero sin dejar de dar consejos al Emperador, acaba con los párrafos siguientes que conmueven verdaderamente:

"¡Señor! Soy un gran criminal que no merece perdón, bien lo sé. Si se me hubiese condenado a la pena capital, la hubiera aceptado casi con alegría porque me habría liberado de una existencia insoportable. Pero el conde Orlov me dijo, *en nombre de Vuestra Majestad,* que en Rusia no existe la pena de muerte. Os ruego ¡Señor! si esto fuera posible según la ley y si la súplica de un criminal pudiera alcanzar el corazón de Vuestra Majestad Imperial ¡Señor! no me dejéis podrir en la fortaleza. No castiguéis mis crímenes alemanes con un castigo alemán. Condenadme a los trabajos forzados más rigurosos, aceptaré mi castigo con agradecimiento como una gracia.

"Otro ruego ¡Señor! Permitidme volver a ver, una única y última vez, a mi familia para que pueda despedirme de ella. Si no los puedo ver a todos, dejadme

su omnipotencia la fuerza para no vengarse, Nicolás escribe en el margen: "¿Por qué tener miedo? Perdono siempre de todo corazón lo que se me hizo personalmente... Mi espada nunca corta la cabeza del penitente".

¿Cómo conciliar los acentos humildes de la *Confesión* con el valor que en muchas ocasiones demostró de modo tan extraordinario? En Rusia no había pena de muerte y, por otra parte, el régimen de la fortaleza, muy severo, ello es cierto, había sido atenuado a favor de Bakúnin. Resulta muy fácil poner en duda la sinceridad del revolucionario; sin embargo, a mi parecer, existe. Si hay algo que merece retener la atención de este documento es precisamente la sinceridad que guía la mano del que lo escribe. ¿Entonces?

Entonces, al volver a Rusia, Bakúnin, como los dekabristas, probó nuevamente los ancestrales sentimientos de veneración hacia el autócrata, hacia el padre del pueblo ruso que lo invitaba a confesarse a él como a su "padre espiritual". Quizá un occidental no perciba fácilmente el arraigo de este sentimiento en un alma eslava. En Rusia, los "ofendidos" siempre están prontos para transformarse de nuevo en "humillados".

Y esto Nicolás lo sabía, él que escribió en la última foja: "Es un buen muchacho, lleno de ingenio, pero es un hombre peligroso que hay que guardar tras los cerrojos".

Quedó, pues, encerrado en la fortaleza Pedro y Pablo, pero fué tratado bien. Se le autorizó a recibir libros y revistas, entre las cuales *La Revue des Deux Mondes,* y a "tomar una copa de vodka antes de cenar".

En la primavera de 1854, en ocasión de la guerra de Oriente, fué trasladado a la fortaleza de Schlüsselburg. Cuando murió Nicolás I, su sucesor, conmovido por las súplicas de su madre y de sus hermanas, decidió conmutar la reclusión en deportación a Siberia. Llegado a Tomsk en marzo de 1857, encontró inmediatamente un empleo y sobre

---

ver a mi viejo padre, a mi madre y a mi hermana preferida de quien lo ignoro todo y aun si vive.

"Concededme estos dos grandes favores, Señor Misericordioso, y bendeciré a la Providencia que me libertó de las manos de los alemanes y me entregó a las manos paternales de Vuestra Majestad Imperial.

"He perdido todo derecho a llamarme súbdito leal de Vuestra Majestad Imperial, pero firmo, con toda la sinceridad de mi corazón.

El pecador arrepentido,

Mijaíl Bakúnin"

todo la amistad de su primo, el conde Muraviov Amurskiy, gobernador de Siberia. Autorizado a circular libremente, dió su palabra de honor de no intentar escaparse. Después de una odisea organizada con astucia, el 27 de diciembre de 1861 llegaba a Londres donde lo recibían Herzen y Ogariov que lo proveyeron inmediatamente de medios de existencia.

El acta de emancipación acababa de libertar a los campesinos. Herzen había impuesto a *La campana* un tono conciliador, esperando que Alejandro concediera instituciones liberales al país. Bakúnin comulgó en estas esperanzas. Los demonios no habían tenido tiempo de tomar otra vez posesión de su alma. Y así, dejando de lado a los occidentalistas, podía escribir esto, que el eslavófilo más tradicionalista hubiera podido firmar: "Si el Zar convocase actualmente el *Zémskiy Sobor,* estaría rodeado por vez primera de hombres verdaderamente devotos. Digamos la verdad: nosotros seguiríamos gustosamente a un Románov, si este Románov pudiese y quisiese renunciar a ser Zar en Petersburgo para tranformarse en Zar popular" [12].

Tanta ecuanimidad de espíritu no podía ser duradera. Este hombre excesivo oyó decir que movimientos agrarios locales habían estallado en Rusia porque los campesinos no se consideraban satisfechos con la ley de repartición de las tierras. Esto bastó para que cediera de nuevo a la tentación. Esperaba tan sólo una ocasión para lanzarse a nuevas empresas revolucionarias. No fué una ocasión sino varias las que se le presentaron.

En primer lugar, Chernishevskiy acababa de fundar en San Petersburgo una sociedad secreta, *Tierra y Libertad,* que se desparramaba por las provincias y cuyo designio era preparar una rebelión de campesinos en las regiones del Volga. Bakúnin esperó inmediatamente que este levantamiento fuera acompañado de matanzas y de saqueos que se extenderían por toda Rusia hasta acabar con la autocracia. Se agitó mucho para tomar contacto con los representantes de las sectas religiosas disidentes, poderosas en las regiones meridionales, y para enlazar este movimiento con el que los polacos exilados anunciaban como inminente en su patria.

Si bien este levantamiento polaco llegó a realizarse y asumió proporciones internacionales —razón por la cual lo estudiaremos en un capítulo sucesivo— los polacos no querían oir hablar de Bakúnin, que las calumnias de Marx habían presentado, durante su largo cautiverio,

---

[12] *L'Oeuvre populaire - Romanof, Pougatchef, Pestel.* Londres, 1862.

como un agente de la policía zarista. Se dirigieron, pues, a Herzen, que redactó un llamamiento a la juventud rusa para que ayudara a Polonia en su empresa de liberación. En Rusia, este llamamiento no alcanzó ningún resultado tangible, fuera de hacer caer a los jóvenes conspiradores entre las manos de los agentes de la Tercera Sección y provocar la deportación de Chernishevskiy a Siberia.

A partir de 1863, Herzen que, como verdadero *citoyen du monde,* no quiere oír hablar de "jacqueries", pierde completamente su fe en las posibilidades revolucionarias de la juventud rusa. Es entonces, precisamente, cuando Bakúnin, que, él, es partidario decidido de la destrucción universal, afirma más vigorosamente su fe en esta juventud, única capaz de realizar la fraternidad universal en razón de su "barbarie" que le permite superar, sin vanos remordimientos ni escrúpulos, todos los obstáculos levantados por la llamada civilización occidental.

V

Así empieza el segundo período, el de los círculos cerrados y de los movimientos hacia el pueblo.

Como acabamos de ver, a partir de 1864 Herzen resulta demasiado moderado para las jóvenes generaciones revolucionarias. Por el contrario, con sus teorías que formula en artículos y en opúsculos como *Dios y el Estado, El Estado y la anarquía, Algunas palabras a los jóvenes hermanos rusos, Los osos de Berna y el de San Petersburgo,* etc., Bakúnin ve su audiencia rusa ensancharse [13]. Y, además, encuentra un discípulo dispuesto a todo, Sergio Necháiev, que ha comprendido perfectamente la esencia del socialismo anárquico de Bakúnin y pretende realizarlo por todos los medios.

[13] El Estado para Bakúnin es la negación de la humanidad y "su ley suprema es el aumento de su poderío a expensas de la libertad interior y de la justicia exterior". El Estado para alcanzar su propósito de dominación impone a la humanidad una moral falsa: "Esta moral trascendente y extrahumana y, por ende, antihumana del Estado, no es tan sólo el fruto de la corrupción de los hombres que llenan las funciones del Estado. Se podría decir mejor que la corrupción de estos hombres es la consecuencia natural, necesaria, de la institución de los Estados". Por consiguiente "hay que abolir completamente en el principio y en los hechos, todo lo que se llama poder político porque mientras éste subsista, habrá dominadores y dominados, amos y esclavos, explotadores y explotados. El poder político, una vez destruído, habrá que reemplazarlo por la organización de las fuerzas productoras y de los servicios económicos". *Libertà e Rivoluzione,* antología de las obras de Bakúnin publicada por la Federación Anarquista Italiana; Milán, 1948.

Simulador de gran clase, este hijo de un cura de aldea atrajo la atención sobre sí, mientras estudiaba medicina, al desaparecer de la circulación y acreditar por cartas falsas la leyenda de su encarcelamiento. Mientras tanto se dirigía tranquilamente hacia Suiza donde no le fué difícil conquistarse la aureola de víctima del zarismo y de héroe de una evasión sensacional, que nadie jamás había podido realizar, de la fortaleza de Pedro y Pablo. En Suiza se presentó a Bakúnin que fingió aceptar la novela de la evasión y lo consagró con el peso de su autoridad entre los rusos exilados cual conspirador y héroe de la revolución.

De esta amistad —mejor sería decir complicidad puesto que los dos conspiradores llegaron muy pronto a desconfiar uno de otro—, salió un documento que presenta para el historiador un valor extraordinario. La colaboración de Bakúnin y de Necháiev [14] inspiró, años después, una de las novelas esenciales de Dostoievskiy, *Los demonios.*

Bajo la influencia del joven terrorista, Bakúnin lleva su doctrina a su punto más agudo de frenesí y de incoherencia. Nadie mejor que Dostoievskiy nos ha de definir su esencia y sus móviles. "Indudablemente de ahí (es decir de la impaciencia de los famélicos azuzados por las teorías de la futura felicidad de los hombres), escribe en su *Diario,* derivó el ... socialismo político, cuya esencia, pese a todas las presuntas finalidades alegadas, se reduce, por lo pronto, al ansia de las clases desheredadas de despojar a los poseedores, y después que venga lo que venga. Pues, en realidad, aún no se sabe a punto fijo cuál será la compensación en la sociedad futura, siendo esto lo único decidido: derribar el presente régimen..., lo que constituye hasta ahora toda la forma política del socialismo" [15].

Pero volvamos a Necháiev. Con el *Catecismo del revolucionario* y una carta de Bakúnin, que lo acreditaba como agente suyo, el joven conspirador volvió a Moscú donde su llegada causó gran impresión entre los estudiantes progresistas. E, inmediatamente, empezó a representar con toda conciencia su papel de *übermensch.* Para procurarse el dinero necesario a su empresa revolucionaria, organizó una serie de estafas y de atracos que atrajeron a su *Sociedad del hacha* algunas adhesiones. Los infelices *raznochintsi* que cayeron bajo sus garras, fueron sometidos a

[14] Se titula *Catecismo del revolucionario.* Reproduzco íntegramente su parte dogmática en apéndice a este primer tomo.

[15] IX. Año 1876 - marzo - cap. I - V.

una disciplina de hierro y reducidos al papel de corderos aterrorizados. Ante ellos, Nechäiev hablaba de un organismo superior, el Comité Central, que conocía todos sus actos y pensamientos y los haría ejecutar a la primera vacilación. Sin embargo, un estudiante en agronomía, un tal Ivánov, sea que fuera más difícil de domar, sea que por una casualidad hubiese descubierto la mistificación, manifestó la intención de abandonar la sociedad. Nechäiev, entonces, convenció a los demás miembros del grupo que Ivánov iba a denunciarlos a la Tercera Sección y les ordenó asesinarlo. Uno solo de ellos se manifestó dispuesto a seguir ciegamente la orden recibida, los demás protestaron. Nechäiev los hizo callar con amenazas. Atraído de noche a una parte aislada del parque del Instituto Agronómico, Ivánov fué asesinado y su cuerpo echado en un estanque donde lo encontró la policía al día siguiente. Inmediatamente el superhombre se dió a la fuga y volvió a Suiza junto a su padre espiritual, abandonando a sus esclavos que en pocos días cayeron entre las manos de la policía [16].

Dostoievskiy, por haber podido compulsar las actas de la comisión de investigación y del tribunal que emitió la sentencia, se internó mejor que ningún historiador en el mecanismo de este grupo revolucionario y sobre todo en el mecanismo mental de todos los Nechäieves posibles. Escribe, en efecto, en el número 50 de *El ciudadano:* "Sí, entre los Nechäieves, podrá haber criaturas muy sombrías, melancólicas y degeneradas, con una gran afición —muy compleja y heterogénea con respecto a su origen—, una gran ansia de poder, una apasionada y hasta morbosa necesidad de hacer resaltar su personalidad; pero... ¿por qué han de ser idiotas? Por el contrario, hasta siendo verdaderos monstruos, pueden ser, no obstante, individuos de gran desarrollo mental, muy listos y hasta cultos. ¿O es que creen ustedes que eso de rendir un examen, la "cultura", el bendito saber escolar (o universitario, es lo mismo), vienen a formar tan definitivamente el alma del joven que, al recibir el título, recibe al mismo tiempo y para siempre un talismán inquebran-

16 Después de algunas andanzas, el desgraciado que, entre tanto, se había enemistado con Bakúnin a quien pretendía mandar como había mandado a sus víctimas de Moscú, fué entregado en 1872 a Rusia por la policía suiza a quien la Cancillería Imperial había pedido su extradición por asesinato común. Transportado a San Petersburgo y condenado a reclusión perpetua acabó sus días en 1882 entre las paredes infranqueables de la fortaleza Pedro y Pablo. Bakúnin escribió de él al recibir la noticia de su arresto: "La sed de dominación, el orgullo sombrío que lo animaban... lo hundieron enteramente en el barro". Todo comentario resultaría superfluo.

table que inmediatamente le muestra de un modo infalible la verdad y le libra de toda tentación, pasión y vicio? Según eso, todo joven que ha rendido airosamente un examen se convertiría en un pequeño Papa dotado de infalibilidad".

En los *Demonios,* el escritor desmonta completamente este mecanismo hasta entregarnos el secreto de los conceptos revolucionarios de estos grupos que encontraron su inspiración en el *Catecismo.* Verjóvenskiy, el Nechäiev dostoievskiano, expone a Stavróguin los conceptos de gobierno de su asociación tal como acaba de redactarlos su secuaz Chigaliev: " ... habla de espionaje. Según él cada miembro de la asociación observa al otro y está en la obligación de denunciarlo. Cada uno pertenece a todos y todos a cada uno. Todos son esclavos e iguales en la esclavitud. En los casos extremos existen la calumnia y el asesinato pero, ante todo, hay igualdad. Primero hay descenso del nivel intelectual, de las ciencias y de los talentos. El nivel elevado de ciencia y de talento no es asequible sino a una *élite,* luego no hay necesidad de *élite!* Los seres demasiado dotados se posesionaban siempre del poder para hacerse déspotas. No podían no volverse déspotas y siempre corrompían más que eran útiles: se los echará o se los ejecutará. Se corta la lengua a Cicerón, se saca los ojos a Copérnico, se lapida a Shakespeare. ¡Esta es la Chigalievchina! Los esclavos deben ser iguales; nunca hubo libertad ni igualdad sin despotismo; pero debe haber igualdad en el rebaño y ésta es la Chigalievchina! ¡Ja, ja, ja! ¿Todo eso le parece extraño? Yo adhiero a la Chigalievchina" [17].

En cuanto a la praxis revolucionaria, héla aquí presentada por Dostoievskiy. Es el famoso Chigaliev el que habla y se dirige a Verjóvenskiy-Nechäiev: "Si he comprendido bien, y no se podría no comprender, Ud. mismo ha pintado en el comienzo y otra vez luego, y siempre con mucha elocuencia, el cuadro de una Rusia cubierta de una multitud de "células". Por parte suya cada célula, al hacer adeptos y ensancharse por secciones laterales hasta el infinito tiene por designio rebajar progresivamente el prestigio de las autoridades locales por una propaganda sistemática y convincente; sembrar el descontento en la población, engendrar el cinismo, provocar escándalos, extirpar toda creencia en todo lo que sea, excitar la esperanza en un futuro mejor y, si fuere necesario, al provocar incendios que son un medio eminente-

---

17 *Demonios.* Seg. parte - Cap. VIII: *El Cesarévich Iván.*

mente popular, conducir, en un momento determinado, al país hasta la desesperación" [18].

Ni siquiera falta el esclavo que ha renunciado al libre ejercicio de su propia voluntad al entregarse ciegamente al caudillo que lo ha de llevar al triunfo: "Erkel era un necio a quien faltaba, más que todo, anchura de espíritu. Pero, en cambio, disponía de un buen sentido común bien vulgar y hasta de una cierta dosis de malignidad... Esta naturaleza poco profunda, al faltarle juicio propio y al tener constantemente necesidad de inclinarse ante la voluntad ajena, inclinaba a la ejecución. Oh, ciertamente, nada más que en el interés de la "causa común", de la "gran causa". Pero lo mismo da, ya que los fanáticos de esa calaña no pueden servir a la idea sino identificándola con la persona, la cual, según ellos, está llamada a encarnarla" [19].

Este período que empieza y se desarrolla por la acción del binomio Bakúnin-Necháiev, no fué, por lo demás, muy agitado en Rusia, fuera de la acción de la *Sociedad del hacha.* Sin embargo dió lugar a una lucha ideológica cuyo efecto fundamental fué una escisión provocada en el grupo revolucionario por la indignación y la repugnancia que suscitaron en Rusia, no tanto el asesinato de Ivánov como las ideas del binomio reveladas durante el proceso de los conspiradores, en el cual fué leído el *Catecismo del revolucionario.* Esta escisión tomó dos direcciones distintas, la del "lavrismo" y la del "tkachiovismo".

La primera toma su nombre de su fundador Piotr Lávrovich Lávrov [20] que con sus *Cartas históricas* da nacimiento al Populismo, al indicar a la juventud rusa la necesidad del sacrificio del individuo en beneficio de la colectividad. Recomienda a sus secuaces una larga preparación cultural —sobre las bases del positivismo evidentemente, ya que Lávrov se inspira tanto de Lange, de Comte y de Spencer como de Chernishevskiy— a fin de formar una casta dirigente apta para tomar el poder el día en que triunfe la revolución. Lo esencial de la praxis política lavroviana es la preparación del pueblo —y por pueblo entiende tan sólo a los campesinos— a través de la propaganda hecha por la juventud, que debe instalarse con este propósito en las regiones rurales.

La segunda tendencia, el "tkachiovismo", así llamada por haber

---

[18] *Idem.* Terc. parte - Cap. IV: *Una suprema decisión.* Cfr. el artículo del *Catecismo del revolucionario,* en apéndice a este tomo.

[19] *Idem.* terc. parte - Cap. V: *La viajera.*

[20] 1823 - 1900.



A. S. JOMIAKOV

sido fundada por Piotr Nikítich Tkachiov [21], propugna la tesis de la revolución desencadenada por una minoría, o sea, que su esencia reside en la conquista del poder por un grupo reducido, pero dinámico, de conspiradores centralizados y fuertemente disciplinados que instaurarán sobre las masas un Estado fuerte, único organismo capaz de realizar el socialismo.

A pesar de su antagonismo doctrinal, el "bakuninismo", el "lavrismo" y el "tkachiovismo" están de acuerdo en un punto esencial, la necesidad de "ir al pueblo".

Sin embargo, los fracasos del bakuninismo en relación con la cuestión polaca y con la proyectada rebelión del Volga, habían asestado a los grupos revolucionarios un golpe cuya consecuencia podía ser su desaparición paulatina, cuando una medida estúpida del gobierno vino a devolverles vigor. Un *ukaz* de 1873 obligó a millares de jóvenes rusos que estaban estudiando en Suiza, en Francia y en Alemania a volver a Rusia. La mayor parte de estos estudiantes pertenecían a los grupos revolucionarios o estaban en relación con ellos. Su retorno forzoso y por cierto sufrido más que aceptado, aportó fuerzas nuevas al movimiento revolucionario que languidecía desde hacía diez años. Los círculos revolucionarios con esta inyección de sangre nueva volvieron a vivir una vida más activa, especialmente los que se formaron alrededor de N. V. Chaikovskiy, donde hizo sus primeras armas el príncipe Kropotkin.

Este nuevo impulso revolucionario provoca la creación, en los principales centros universitarios, de "comunas" de intelectuales cuyos componentes llevan vida común según los principios de la moral más rigurosa, en un período de entrenamiento espiritual que debe dar a los miembros de los "círculos Chaikovskiy" la preparación capaz, cuando vayan al pueblo, de conquistar a las masas campesinas por el ejemplo moral que les darán. Como escribe Kravchinskiy, autor de un libro famoso sobre aquella época, *Rusia subterránea,* esta nueva tendencia fué esencialmente de inspiración religiosa.

V

---

21 1844 - 1885. Tkachiov fué profundamente influído por las ideas de Gracchus Babeuf que conocía a través del libro de F. Buonarotti. Una prueba de ello la encontramos en el estudio que consagró al ajusticiado de Vendôme y a sus ideas en su revista *Nabat.* Existe, a mi entender, un paralelismo evidente entre el tkachiovismo o teoría de la conquista del Estado por parte de una minoría revo-

En la primavera de 1874, dos mil jóvenes *raznochintsi,* que han adoptado el traje de los campesinos, se desparraman por toda Rusia con el propósito de realizar lo que ellos llaman su "cruzada hacia el pueblo". Su intención es persuadir a los *muzhiks* de la indignidad de su condición social, enseñarles cuál será la sociedad futura basada en la comunidad de los bienes y en la cual nadie mandará a nadie, convencerlos de la excelencia de un sistema sin Estado y sin leyes morales y, sobre todo, merced a esta educación, incitarlos a tomar parte en una inmensa rebelión que acabará con la autocracia y con los ricos. Así empieza el tercer período de idea revolucionaria durante el reinado de Alejandro II.

Los jóvenes misioneros, empujados por una pasión que en su esencia es eminentemente religiosa, encuentran un apoyo decidido entre los elementos de la *intelliguentsiia* advenediza, pero su vestir curioso que, en verdad, no es más que un disfraz en el cual no se sienten cómodos, su torpeza en emplear un lenguaje popular que han aprendido en las novelas realistas, suscitan la desconfianza de los humildes y no tardan en atraer la atención de la policía.

La Tercera Sección los deja actuar un cierto tiempo ya que el mismo Emperador ha subrayado en muchas ocasiones la necesidad para los intelectuales de instruir al pueblo y porque es menester esperar para saber cuáles son las intenciones exactas de los cruzados. No tarda mucho en recoger un material suficiente como para no tener ya ninguna ilusión sobre el programa fundamentalmente subversivo de la empresa. En algunas semanas la *gendarmerie* los conoce a todos. Poco tiempo después, el gobierno decide tomar las medidas susceptibles de informar a la opinión pública del peligro que está corriendo por la acción de estos "populistas". El mejor método es someterlos a procesos públicos, procedimiento que, por otra parte, impone la nueva ley judicial. Sin embargo, el Emperador decide perseguir solamente a aquéllos de los cruzados que se han comprometido en mayor grado con sus llamados a la rebelión. Así los principales acusados están repartidos en dos hornadas, una de cincuenta y otra de ciento noventa y tres, que serán juzgados por un tribunal del crimen con jurado popular y todos los defensores que quieran, en el curso de dos procesos públicos destinados a informar a la nación de los peligros que la acechan.

lucionaria dinámica y la conspiración de los Iguales que pretendía llegar a los mismos resultados por métodos directos parecidos. De todas maneras sería interesante desarrollar este paralelismo.

Los acusados renuncian a defenderse no queriendo considerar como delitos los cargos que el ministerio público les imputa y su abnegación provoca las simpatías de la asistencia con predominancia de mujeres *du meilleur monde* que no han querido perder este espectáculo sensacional. Por otra parte, los diarios de derechas y de izquierdas dan la mayor difusión a las declaraciones de los cruzados y Rusia descubre que a través de todo el país existen sociedades secretas cuyo propósito es destruir el orden social existente y el régimen que lo defiende.

A pesar de las simpatías suscitadas en ciertos sectores de la sociedad, nadie, en fin de cuentas, protesta contra las condenas a veces muy severas que alcanzan a los reos. El espectáculo estético que ha constituíde su proceso, desemboca al cabo en un movimiento que insiste ante el gobierno para que, en lo por venir, tome medidas más severas para conjurar todo peligro de subversión [22]. Fenómeno que se generaliza a través de toda Rusia y que hace comprender a los revolucionarios que la opinión no los sigue. Fuera de algunos "snobs" de la clase aristocrática, la masa permanece resueltamente antirrevolucionaria.

Los aspirantes a reformadores han podido comprobar, por otra parte, que el descontento de los campesinos no va hasta incitarlos a seguir a los apóstoles de su bienestar. El *muzhik* a pesar del viejo grito "la tierra no es de nadie, la tierra es de Dios", no admite el concepto colectivista de los círculos revolucionarios. En muchos casos, son los mismos campesinos los que han entregado a los cruzados a la policía. Esto señala el fin poco glorioso del tercer período revolucionario, pero la lección va a ser aprovechada por los conspiradores defraudados en sus esperanzas y, no obstante, decididos a perseverar en su empresa.

En 1876, algunos activistas del "populismo" habían sacudido el polvo que cubría la ya vieja asociación *Tierra y Libertad.* A partir de 1878 esta asociación restaurada es la que ha de llevar la voz cantante en la empresa revolucionaria al caracterizar el cuarto período con sus métodos terroristas de acción directa.

V

[22] Las medidas que el gobierno tomará para asegurar la tranquilidad pública, entre las cuales la más "tiránica" es el reforzamiento de la disciplina en los establecimientos de enseñanza, son las que los historiadores de la escuela "progresista" indican como características del "período reaccionario" del gobierno de Alejandro II.

La política de reformas de Alejandro II no podía dar los resultados que la mayoría de los miembros de la *intelliguentsiia* esperaba porque, contrariamente a su hermano el Gran Duque Constantino Nicoláievich, el zar, al emprenderlas, no obedecía a ningún concepto político sistemático. Hemos visto que transformó el mapa social del Imperio porque así se lo mandaba su conciencia de cristiano y de soberano, cuya misión era hacer triunfar la justicia en sus Estados y también porque los resultados de la guerra de Oriente lo habían convencido de la necesidad pragmática de proceder a esta refundición. No estaba imbuído de las ideas liberales y su espíritu nunca fué más allá de su declaración a la nobleza de Moscú. Sus resoluciones, siempre frenadas por los titubeos nacidos de sus escrúpulos, dan la medida exacta de un temperamento lleno de buena voluntad pero, en verdad, poco político.

La naturaleza misma de las reformas nos muestra que no estuvieron equivocados sus contemporáneos al llamarle Zar Libertador en lugar de Zar Reformador, como intentaron hacerlo algunos otros, ya que no era un sistema el que lo empujaba, sino un ideal moral que, por otra parte, tenía que chocar constantemente con la realidad política cotidiana. Su papel no fué atrevidamente político, ni político sencillamente, si queremos aquilatarlo con rigor; fué única y exclusivamente moral y espiritual. Alejandro II se dejó llevar por su inspiración y por su corazón como podemos verlo al recordar que encontró un impulso vigoroso para actuar en la lectura de las *Memorias de un cazador* de Turguéniev, y en los *Recuerdos de la casa muerta* de Dostoievskiy y, sin embargo, gracias a sus reformas, veintidós millones de rusos se transformaron en hombres libres, todos los rusos recibieron una justicia raras veces severa edificada sobre conceptos morales que se aplicaron en las mismas condiciones a todas las clases de la sociedad, inclusive a la nobleza, que vió desaparecer sus tribunales particulares. Por otra parte, redujo el poderío de la burocracia, a menudo corrompida y no pocas veces ineficaz y dió así a los rusos una posibilidad de resolver ellos mismos la mayor parte de sus problemas. No cabe la menor duda de que cuando murió se preparaba a realizar una experiencia de tipo constitucional que, según él y según Lóris-Miélikov, su colaborador en este asunto, debía llevar a los rusos al uso progresivo de la libertad política.

Vemos, sin embargo, que todas las buenas intenciones de Alejandro desembocan en el fracaso y que este soberano, el más honesto quizá y el mejor intencionado de toda la historia de Rusia, se encuentra

pronto separado de la nación por una barrera de incomprensión levantada precisamente por sus reformas.

En primer lugar, los nobles le reprochan haber destruído con ellas su poderío político tradicional y disminuído sus riquezas. Luego, los campesinos emancipados están descontentos por no haber recibido *toda* la tierra en absoluta *propiedad.* La *intelliguentsiia,* finalmente, lo combate por no haber concedido, al mismo tiempo que la emancipación, un sistema constitucional. Sin olvidar los movimientos revolucionarios que aprovechan este estado de malestar espiritual y moral para llevar con más decisión su acción subversiva.

Las consecuencias de este estado de espíritu fueron numerosas. Por el momento me parece suficiente indicar las siguientes que son las que contienen en potencia los fermentos que, al desarrollarse en los años sucesivos, van a condicionar esencialmente el devenir histórico del Imperio hasta transformar de modo fundamental su fisonomía política y espiritual. Inmediatamente después de la emancipación, los nobles, para recuperar su poderío perdido, entran francamente en la vía del liberalismo al pedir una constitución y una reforma del Estado en el sentido parlamentario. Fuera de Francia nadie habla entonces del sufragio universal. Piden por consiguiente un sufragio censitario que les permitirá ser los beneficiarios casi exclusivos del sistema. A partir de 1862, la nobleza, en su casi totalidad, se pone en una postura de oposición constante frente al gobierno cuya acción reguladora —por cierto desprovista por momentos de audacia— va a entorpecer en todas las ocasiones. Esta postura "progresista" provoca, como era de esperárselo, el recelo de la clase campesina, ya que los antiguos siervos ven en el constitucionalismo de los *dvorianie* una doble conspiración, es decir una tentativa de menguar el poder del Emperador, a quien permanecen indefectiblemente fieles en su totalidad, y una maniobra para recuperar las tierras perdidas. Para el campesino ruso, desde ahora en adelante, la palabra "reaccionario" va a ser sinónimo de noble. La mentalidad campesina rusa obedece a impulsos obscuros difícilmente explicables, y tanto menos explicables cuanto que odios y supersticiones cuyas líneas son imposible de fijar, hábitos ancestrales que resisten a todas las tentativas de reformas, vicios y virtudes extraordinarios, una religiosidad nunca desmentida pero también una falta absoluta de resistencia ante el mal, forman sus rasgos más visibles [23]. Y, sin embargo, es este hom-

[23] "No hace mucho escribía yo que nuestro pueblo es todavía tosco e ignorante y está entregado al vicio. *Un bárbaro que aguarda la luz,* decía yo. Pues

bre obscuro, poco ilustrado, pero profundamente sensible, el que, entre todos los rusos, comprendió mejor cuáles eran los propósitos del Emperador; el que, con una tozudez conmovedora, buscó con desesperación el medio de mantenerse en contacto con él a pesar de los *dvoriánie* y de todos los "progresistas" habidos y por haber.

Otro camino político elige la *intelliguentsiia* tranformada por las reformas. Su odio contra el zarismo no la incita a aliarse con la nobleza para combatir a la autocracia, ya que no establece distinciones entre una y otra. A los ojos de los *raznochintsi,* la autocracia es reaccionaria por esencia y la nobleza por intención ya que, al querer una constitución y un régimen parlamentario, no quiere tanto atenuar el poder imperial como substituirle el suyo, poder oligárquico y basado, por ende, en los intereses estrechos de una clase que quiere dominar ella sola a toda la nación. Para combatir una y otra institución, la *intelliguentsiia* no encontrará, pues, mejor camino que el del radicalismo y, pronto, el de la subversión, sobre todo porque el obrerismo que empieza a desarrollarse al ritmo, bastante lento por cierto, de la industrialización del país, le va a entregar, con sus reivindicaciones cada vez más violentas, la masa de maniobra necesaria a su empresa.

---

bien: a poco de eso, hube de leer en la *Ayuda* un artículo de Constantino Aksákov, nuestro muerto inolvidable, caro a todo ruso, según el cual nuestro pueblo lleva ya mucho tiempo de ilustración y de cultura. ¿Será esa aparente contradicción entre mi parecer y el de Aksákov una antítesis? Ni por lo más remoto; yo comparto en todo su opinión y hace ya mucho tiempo que siento su verdad. Pero, a pesar de todo, ¿subsiste la antítesis? Claro... En eso estriba mi secreto. Mientras que, a juicio de los demás, esas dos afirmaciones son inconciliables, yo sostengo lo contrario. Debe aprenderse a ver en el hombre, en el pueblo ruso, la belleza de esa barbarie. De toda la historia rusa se desprende que nuestro pueblo fué siempre dado al vicio y hasta tal punto corrompido, extraviado y constantemente presa de lacerias y dolores, que es de maravillar el hecho de que haya podido conservar hasta aquí su traza humana y no eso sólo, sino también su popular belleza. ¡Y de veras que las ha conservado! Todo aquél que sea sincero amigo del pueblo, todo aquél que haya sentido palpitar su corazón de piedad ante el dolor del pueblo, comprenderá y disculpará el fango en que ha caído ese pueblo, y sabrá, a pesar de todo, pescar perlas en el cieno. Lo repito: no juzguéis al pueblo según sus defectos y vicios, sino según sus santos y grandes ideales, por los que no deja de suspirar en medio de su lodazal. Y hay además en nuestro pueblo algo más que bribones y criminales: hay también santos que alumbran nuestras tinieblas... No, no juzguen ustedes a nuestro pueblo por lo que es, sino por lo que pudiera ser. Sus ideales son firmes y santos, y, por espacio de siglos, lo salvaron de la miseria y de la ruina total. Crecieron al par de su alma y le infundieron, para una eternidad, sencillez, conformidad y sinceridad amén de una inteligencia amplia y abierta... todo eso unido en atrayente, armoniosa y bella fusión. Y si, a pesar de todo, hay tanto fango en el ruso, él es quien más lo siente. Cree y espera que será pasajero, que no es más que una tentación diabólica, que las tinieblas que le asedian se desvanecerán algún día y le bañarán entonces los raudales de la luz eterna". DOSTOIEVSKIY - *Diario:* IV - febrero 1876 - Cap. I - 2.

Así, en el interior, el final del reinado de Alejandro II estará caracterizado, al mismo tiempo que por constantes progresos económicos y por un bienestar que va generalizándose, por un aumento muy sensible del malestar político.

Estos años son los más florecientes que Rusia haya conocido en el siglo décimonono pero, al mismo tiempo, aquéllos en que las teorías revolucionarias van a encontrar su primera proyección en la realidad. Proyección que se cumple en dos tiempos. Después de una serie de tentativas terroristas, los intelectuales revolucionarios, los teóricos de la revolución, tomarán preponderancia sobre los terroristas románticos porque la formación del proletariado, que hasta entonces les había faltado, les proporciona las tropas que no habían encontrado en la pasividad política de la clase campesina. El terrorismo, que ahora hemos de estudiar y que forma la esencia del cuarto período, no será considerado por ellos sino como una ridícula postura romántica cuyos resultados, el asesinato de un general de la Tercera Sección o de un Emperador, el incendio de una fábrica o de una cosecha, no son dignos de ser tomados en consideración, puesto que, al tiempo que determinan un recrudecimiento de la reacción, no derriban el régimen imperante: un Emperador sucede a otro, otro general asume la dirección de la policía, una fábrica se reconstruye y el Zarismo continúa.

El tránsito de un radicalismo que podríamos llamar legalista, a un frío sistema de subversión general, fué emprendido por los *raznochintsi* a partir de las reformas y se cumplió en algo más de un cuarto de siglo. Un largo camino ha sido recorrido desde Herzen y, sin embargo, durante el reinado de Alejandro II los partidos subversivos no se presentarán como organismos homogéneos capaces de actuar de modo esencial en la transformación de la sociedad. Este será el fruto de otra evolución, también bastante lenta, que llegará a su culminación en los albores del siglo XX.

Una caracterización política del reinado de Alejandro II nos la entrega, con bastante exactitud, el binomio "Liberalismo-Terrorismo". Comienza en medio de las esperanzas que suscita el primer término, se acaba en las manifestaciones de odio provocadas por el segundo.

La desilusión había sido grande cuando, en 1862, es decir, un año después de la emancipación, fueron celebradas las fiestas del primer milenario de la fundación del Estado ruso [24]. Todos esperaban que el

[24] 862: fundación del principado variego de Nóvgorod, por Rúrik.

Emperador, en esta ocasión, otorgara una constitución o, cuando menos, libertades fundamentales, de asociación, de prensa, de reunión y de conciencia. Por el contrario, el gobierno recrudeció las medidas de vigilancia policial sobre la opinión pública y aumentó los poderes de la Tercera Sección.

En 1863, la sofocación violenta de la rebelión polaca y de la tentativa de sublevar a los campesinos del Volga, seguida de la política de rusificación emprendida en Polonia, en Ucrania, en Lituania y en Finlandia y de la reforma de la enseñanza aplicada, con una estrechez que es necesario señalar, por el conde Tolstói, ministro de Instrucción pública, provocaron una ebullición extraordinaria en los ambientes revolucionarios, ebullición que fué siempre en aumento hasta desembocar en una verdadera ola de terrorismo.

Ya en 1866, un terrorista aislado, el estudiante Karakózov, había organizado un atentado contra la vida de Alejandro II, y este acto provocó una serie de medidas disciplinarias contra los estudiantes de los gimnasios y de las universidades. En 1878, la terrorista Viera Zásulich hirió gravemente de una puñalada al general Trepov, jefe de la policía de San Petersburgo. El tribunal la absolvió al emitir el jurado un veredicto de no culpabilidad, sentencia que fué recibida en medio de los aplausos de las damas de la aristocracia que asistían a la vista del proceso [25].

Entonces los arrestos se multiplican. Según las estadísticas de la policía, el *dvorianstvo,* la nobleza, es la clase que proporciona el mayor número de conspiradores arrestados, el cincuenta y cinco por ciento. Luego vienen los funcionarios, los industriales, los abogados, los profesores, los médicos, los hijos de sacerdotes...

El 14 de abril de 1879, un maestro de escuela, Alejandro Soloviov, efectúa cuatro disparos de pistola contra el Emperador en el Jardín del Palacio de Invierno. Lejos de querer aplicar las medidas de represión a que lo empujan sus ministros espantados, Alejandro, que ha salido ileso del atentado, decide emprender una política de pacificación y confía al general Lóris-Miélikov la tarea de preparar una serie de medidas destinadas a devolver la serenidad a la opinión pública. El período, que empieza el día mismo del atentado de Soloviov, ha sido llamado "dictadura del corazón".

---

[25] Viera Zásulich pertenecía a la nobleza y también *todos* los miembros del jurado.

La "caza al Emperador" no se interrumpe. El misterioso Comité Central de la "Voluntad del Pueblo" [26], sociedad secreta fundada en 1879, había decidido acabar con Alejandro.

El 1 de diciembre de 1879, una bomba hace saltar en la estación de Moscú el tren imperial en el cual, por casualidad, el zar no se encontraba. A partir de este momento la "caza al Emperador" se hace más rigurosa. La dirección de las operaciones ha sido asumida por Sofía Pieróvskaia, hija del general Pierovskiy, gobernador militar de San Petersburgo, cuya familia se ha ilustrado desde el siglo XVIII en el servicio del Imperio. Al lado de la Pieróvskaia, figuran en la "Voluntad del Pueblo", aristócratas, *raznochintsi* y judíos... y el amante de la joven aristócrata, Jeliabov, que reclama el honor de asesinar al Emperador.

El 17 de febrero de 1880 a las seis y media de la tarde una detonación sacude el Palacio de Invierno. Una máquina infernal acaba de hacer saltar una parte de la mansión con el comedor imperial en el cual, por el atraso de uno de los invitados, Alejandro no había entrado aún [27].

Nada turbado en su serenidad, sin renunciar un instante a su voluntad de no aplicar medidas rigurosas contra su pueblo a quien no responsabiliza de la acción de una minoría diabólica de furibundos, con la íntima convicción de que, en este momento dramático de la historia de su país, él es quien representa el principio del Bien cuya misión es vigilar la salud de su pueblo asaltado por los demonios, Alejandro elige precisamente el año 1880 para preparar una reforma profunda del aparato gubernamental. Se trataba de crear una asamblea elegida enteramente por los *zemstva,* cuya tarea consistiría en formular proyectos y estudiar las leyes. A pesar de sus limitaciones, puesto que la iniciativa legislativa debía seguir perteneciendo al Emperador, este nuevo *Zémskiy Sobor* introducía en el aparato ruso el principio de la representación nacional. Alejandro quiso que los trabajos preparatorios fueran mantenidos en el mayor secreto.

El 12 de marzo de 1881 e. a. Alejandro firmó el decreto definitivo y dió las órdenes necesarias para que se lo publicara el 14 en el "Monitor Oficial del Imperio".

---

[26] *Naródnaia Volia* (Народная Воля)

[27] Hubo numerosas víctimas entre los soldados de guardia. Alejandro quiso seguir solo el entierro a través de la ciudad, para rendir un último homenaje a sus soldados.

Al día siguiente, domingo 13 de marzo, a las dos y media de la tarde el Zar vuelve a Palacio después de haber pasado revista a las tropas. En el momento en que su coche atraviesa el canal Catalina, un hombre lanza una bomba que mata a los cosacos de la escolta y destruye el carruaje. El Emperador no ha recibido el menor rasguño. Se precipita hacia los heridos mientras los gendarmes sujetan al terrorista. En el mismo instante otro hombre lanza una segunda bomba. Las piernas arrancadas por la explosión, Alejandro sucumbió, sin haber vuelto a recobrar el conocimiento, a las tres y cuarto de la tarde. La caza al Emperador había terminado [28]. Necháiev-Verjóvenskiy había tenido imitadores dignos de él. El discípulo predilecto de Bakúnin, en su celda de la fortaleza Pedro y Pablo, pudo alegrarse, antes de desaparecer, de haber sabido sembrar una semilla de odio y de muerte que daba tan magnífico fruto.

∇

"El regicidio, ha escrito Proudhon, amigo y, en una cierta medida, maestro de Bakúnin, es el acto de una sociedad dividida, en rebelión contra sí misma y que se niega en la persona de su representante".

∇

Con el quinto período revolucionario, el cuadro cambia de modo fundamental. Hasta ahora hemos podido comprobar que, de Herzen a la *Naródnaia volia,* los hombres nuevos nunca dejaron de tener, si no en sus métodos por lo menos en sus conceptos, puntos comunes que dan, en rigor, un aspecto de unidad a su acción subversiva. Ciertamente hay diferencias evidentes; Herzen no tiene nada en común con Nechâiev ni éste, en verdad, con Lávrov. Sin embargo, todos estos nombres están unidos por un común denominador —la psicología eslava— que da a su empresa una fisonomía totalmente distinta, a pesar de los parecidos teóricos, de la de los movimientos revolucionarios occidenta-

[28] Sofía Pieróvskaia, Jeliabov y sus cómplices fueron ahorcados en la plaza Semenovskiy de San Petersburgo el 15 de abril de 1881. Ninguna mujer rusa había sufrido la pena capital hasta ese día.

les, fisonomía que encuentra sus rasgos esenciales en la religiosidad rusa. Estos hombres han querido socavar los cimientos del régimen zarista para devolver al pueblo lo que ellos llaman su libertad. Ello forma parte de la fraseología de todos los partidos revolucionarios y lo encontramos tanto en Francia o en Italia como en Rusia. Pero la diferencia reside en los conceptos místicos, confesados o inconscientes, que impulsan a estos hombres. Y tanto es así que, unos y otros, dan a su acción un sentido espiritual que falta totalmente en Occidente, sobre todo a partir de Marx. Las sociedades secretas rusas son capillas religiosas con sus ritos y sus dogmas, su fe ciega, su obediencia pasiva, su dedicación sin el menor conato crítico a la observancia de las órdenes recibidas. Si bien invocan siempre una filosofía materialista, los inspiradores de los movimientos subversivos introducen en sus teorías, casi siempre sin caer siquiera en la cuenta, elementos que hacen de esta filosofía sencillamente una metafísica. Rusia es el único país donde el materialismo, clandestino y perseguido cuando se trata de la Rusia zarista, oficial cuando de la Rusia soviética se trata, asume inmediatamente características religiosas. Vemos por ejemplo a un Lávrov referirse sin cesar al positivismo de Comte pero se trata mucho más de la religión positivista que de la filosofía comtiana primera manera. Vemos asimismo a un Chaikovskiy invocar siempre la "realidad" para dar a sus discípulos una posibilidad de salir de las abstracciones en las cuales han vivido hasta entonces; sin embargo, predica sobre todo pureza de costumbres y abnegación ya que, según él, tan sólo dando el ejemplo podrán conquistar a las masas campesinas.

Por otra parte el Populismo, pronto transformado en partido socialista revolucionario, se dirige en su propaganda exclusivamente a los campesinos porque, tanto como los eslavófilos más tradicionalistas, sus teóricos están convencidos de las virtudes revolucionarias del *muzhik,* virtudes que le ha infundido el mesianismo ortodoxo, y no intentan otra cosa sino desviar hacia el socialismo estas virtudes religiosas. No es, pues, de extrañar que su propaganda se contente con aplicarse la etiqueta política que basta reemplazar por la etiqueta religiosa para volver a dar a estas virtudes su sentido originario [29]. En todo esto hay mucho de romanticismo por cierto, pero este romanticismo es a mi entender, sobre todo, de método. Buscando en lo hondo, lo

---

[29] Encontraremos estas mismas características en el marxismo aplicado en Rusia a partir de 1917 por Lenin primero, por Stalin luego.

que encontramos es una solidísima estratificación de "realidad" rusa en la base.

Con el quinto período, como he dicho, todo cambia. Por primera vez, el diablo se hace occidental.

V

Aquí hace falta estudiar la situación del mundo obrero, situación determinante para la transformación de la praxis revolucionaria.

En Rusia, la industria fué creada por el Estado alrededor de las reformas de Pedro el Grande. Nos encontramos, por ejemplo, con que un *ukaz* imperial de 1722 prohibe devolver a sus amos a los siervos de la gleba que han desertado del campo para trabajar en las fábricas. Un decreto del año anterior autorizaba a los industriales a comprar siervos de la gleba a condición de que estas compras cubriesen aldeas enteras y que, una vez comprados, los siervos perteneciesen a la empresa y no al dueño de la fábrica personalmente. En 1736, la zarina Anna Ioánnovna, para complacer a su favorito Biron, que tiene intereses importantes en las fábricas de San Petersburgo, transforma a los obreros libres en siervos de empresas. En 1763, Catalina II autoriza a los industriales extranjeros a comprar siervos y este decreto no escandaliza ni a Voltaire ni a Diderot quienes siguen llamando a su imperial amiga "déspota ilustrada" y "Semíramis del Norte".

En la primera mitad del siglo décimonono, los nobles, relevados de la interdicción de hacerse industriales que les había impuesto la déspota ilustrada más arriba mencionada, empiezan a abrir fábricas en las cuales utilizan a sus propios siervos. En la mayor parte de los casos, las condiciones de trabajo son sensiblemente las mismas que las de los presidiarios. Como en el campo, estallan continuamente motines cuyo resultado es el incendio de la fábrica, el asesinato del dueño y de su familia y la deportación de los culpables.

Poco a poco, sin embargo, los propietarios comprueban que el trabajo de los siervos es de poco rendimiento y llegan a la convicción de que el de los obreros libres es más productivo. Y tanto es así que, durante el reinado de Nicolás I, se autoriza a los siervos industriales o rurales, en ciertas condiciones que limitan cuantitativamente el alcance de esta facultad, a optar por la condición de obreros libres. En razón de las limitaciones indicadas, esta facultad ayudó muy poco a la indus-

tria en su desarrollo. Podemos comprobarlo en el hecho de que al comienzo de la guerra en Crimea, Rusia posee diez mil empresas industriales, la mayor parte de tipo artesanal, con cincuenta mil obreros. Pero esto cambia con la emancipación; después de los primeros años de deserción hacia el campo, se produce el fenómeno inverso, en razón de los salarios relativamente elevados que pagan las fábricas para remediar la escasez de mano de obra y, durante el reinado de Alejandro III, Rusia llega a poseer treinta y ocho mil empresas con un millón setecientos cincuenta mil trabajadores.

El Zar Libertador fué hombre de su tiempo en el sentido de que dejó a las empresas industriales toda facultad para desarrollarse libremente sin intervención estatal. Esto se practicaba en todo Occidente porque los economistas clásicos consideraban este sistema como el mejor de los sistemas posibles. Al tiempo que favorecía la industrialización del país, este ausentismo del Estado dejaba entera libertad a los dadores de trabajo para establecer sus propias normas de producción y para imponer a los trabajadores la disciplina y las condiciones que mejor se les antojaran. Al final de este reinado, la jornada de trabajo variaba, según las industrias y las regiones, de 12 a 16 horas.

En estas condiciones, los trabajadores, desprovistos de toda protección por parte del Estado, sin ningún derecho a fundar sindicatos para protegerse a sí mismos, pierden finalmente la paciencia y buscan una vía de salida en los movimientos subversivos. Pero durante bastante tiempo, como son casi todos ex campesinos, emplean los métodos que el campesino ruso ha hecho clásicos, saquean las fábricas, destruyen la maquinaria y asesinan a los jefes de empresas.

El decenio 1875-1885 nos permite asistir a las primeras huelgas industriales. Los obreros abandonan a menudo el trabajo en los importantes centros fabriles de San Petersburgo, de Moscú, de Odesa, de Ivanovo, de Orejovo, etc.; pero las huelgas no son políticas puesto que los trabajadores piden solamente no verse descontar multas demasiado elevadas y exigen cobrar íntegramente su sueldo. Será necesario que los intelectuales, decepcionados por el juego abstracto de ideas al cual se entregan, por el fracaso y la desviación de la idea constitucional y, sobre todo, por lo que ellos llaman la pasividad de los campesinos, entren en juego para imprimir a estos primeros movimientos obreros una dirección francamente revolucionaria.

Cuando Nicolás Chaikovskiy fundó su primera organización socialista, aquéllos de sus adherentes *raznochintsi* que no pudieron tomar

parte en la "cruzada" rural de 1874, se dedicaron a la propaganda socialista entre los obreros industriales, aunque, en el espíritu del fundador, esta nueva orientación ocupara una parte bastante secundaria en su plan general de acción que apuntaba principalmente a los campesinos. Entonces, la mayor parte de los revolucionarios consideraban a la clase rural como "la parte más revolucionaria del pueblo ruso y la más capaz de adoptar la doctrina socialista" [30].

Los amigos de Chaikovskiy fueron los primeros *naródniki* efectivos y a veces eficientes, pero su error táctico fué no considerar necesario ningún pragmatismo político, o sea, que su doctrina, que se creía rigurosamente sistemática, no se amoldaba a ninguna de las necesidades que le oponía la realidad y descuidaba totalmente la organización partidista. Para ellos, el concepto de revolución política era un concepto burgués aprovechable tan sólo por los burgueses. Error que no cometieron los primeros social-demócratas de inspiración marxista.

La entrada del marxismo en Rusia será provocada en los años de la muerte de Alejandro II precisamente por el terrorismo, que una fuerte minoría de Populistas consideran como antipolítico y dañino para la propaganda revolucionaria. En 1878, el conjunto populista, en efecto, se escinde en dos grupos con respecto a esta cuestión: el grupo que permanece fiel a los principios de la acción directa y que asumirá pronto el nombre de "Voluntad del Pueblo", y hemos visto qué resultados alcanzó, y el grupo antiterrorista llamado "Partición negra" [31], es decir partición integral. En este último se encuentran Plejánov, Viera Zásulich, Stefánovich, Deutsch, que emigran y echan las bases del marxismo ruso. Del otro grupo saldrán más tarde los socialistas-revolucionarios, los grandes rivales del marxismo hasta el triunfo de la revolución de Octubre.

Así empieza la quinta fase del movimiento revolucionario ruso [32].

---

30 LEÓN MARTOV: *Drapeau rouge.* Citado por Grégoire Alexinsky en *La Russie révolutionnaire;* París, 1947..

31 *Chiorniy Perediel* (Черный Передел)

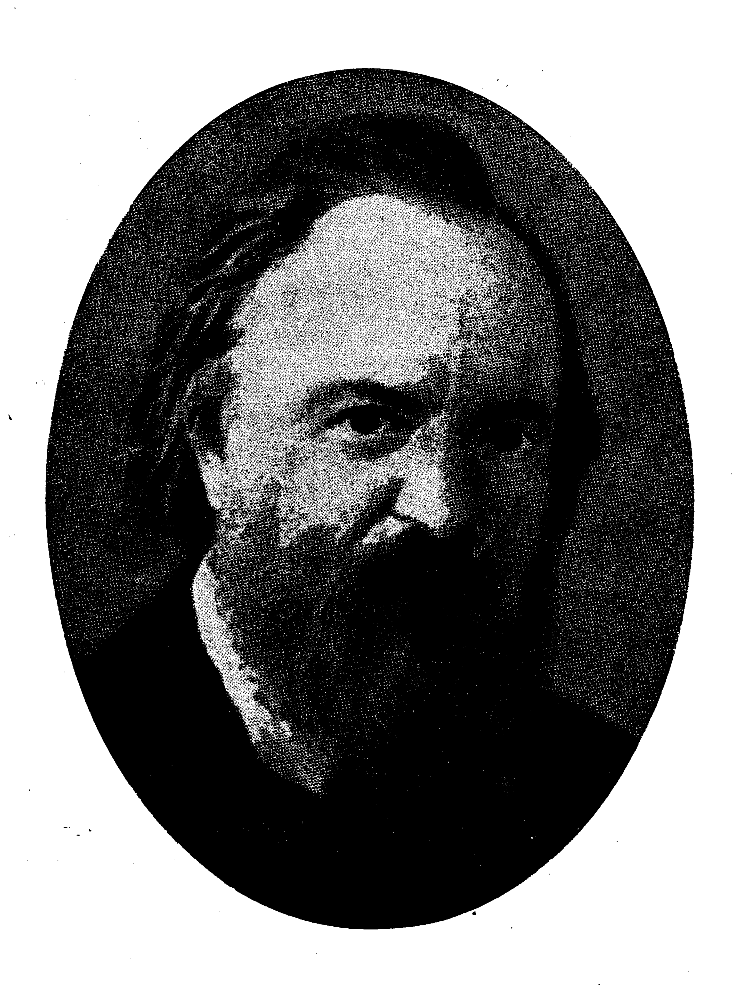
32 Se puede decir que hasta la revolución de Febrero, salvo algunas excepciones, estos "artistas" de la reforma social en Rusia excogitaron sus sistemas fuera del alcance de la policía y de la censura zaristas, es decir en el destierro de Londres, de París o de Ginebra; destierro nada cómodo, ciertamente, pero tranquilo. Libremente escogido por ellos, el destierro permitía a los teorizadores revolucionarios, enviar sus consignas a Rusia por vía clandestina, armar impunemente el brazo de los jóvenes estudiantes terroristas sin que ellos mismos corriesen el mínimo riesgo. Y ello valga para Bakúnin y para Herzen, como para Tkachiov y Lávrov, para Lenin como para Plejánov. Podemos decir asimismo que, incluso en el caso de la revolución de 1905, la mayor parte de los teóricos en cuestión permanecie-

Su nacimiento coincide, *grosso modo,* con la desaparición del Zar Libertador, soberano romántico cuya fisonomía presenta algunos de los rasgos del héroe wagneriano. Asimismo, sus asesinos serán los últimos revolucionarios románticos. Como su víctima deja su sitio a un hombre que estimará terminada la época de los sueños, así ellos ceden el lugar a teóricos que harán de la revolución una fría ecuación cuya incógnita querrán resolver por los métodos racionalistas enseñados al mundo por el profeta de Tréveris [33].

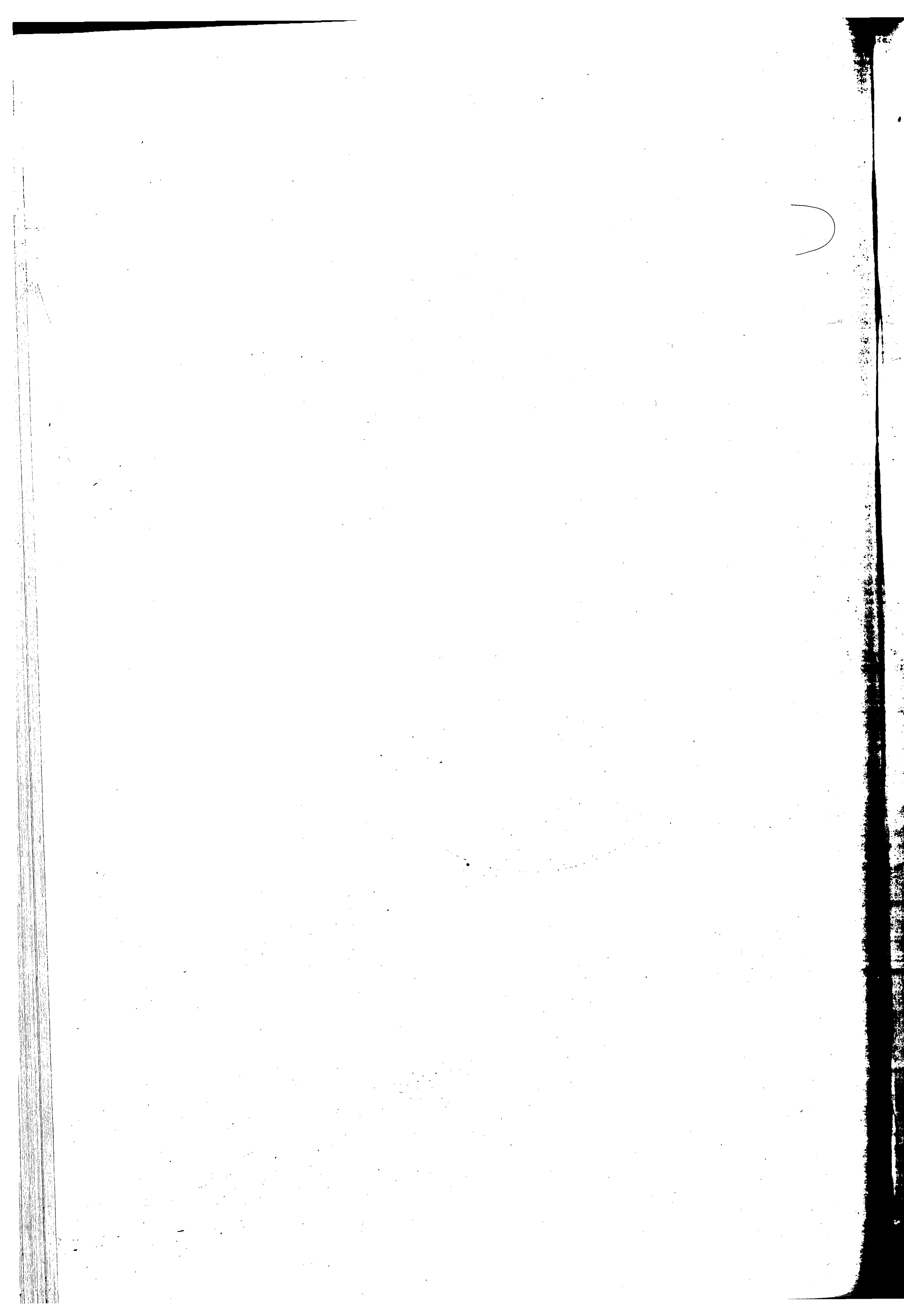


ron en el extranjero y que Lenin, si bien se atrevió a volver a Rusia después de la instalación del soviet de Petersburgo, se mantuvo constantemente apartado de esta primera empresa revolucionaria y volvió a tomar el camino del exilio antes del final de la revolución. Es digno de señalar, por otra parte, que los revolucionarios rusos, apenas arrestados y deportados a Siberia, encontraban muy fácilmente los medios para evadirse y radicarse en el extranjero: desde Tkachiov hasta Lenin, pasando por Plejánov, Viera Zásulich, Trotskiy y los varios Kámenev y Zinóviev, los ejemplos se ofrecen numerosos de estas salidas del cruel lugar de deportación donde los condenados podían hacerse acompañar por sus familiares, recibir libros, viajar libremente dentro de una cierta área, cazar, pescar y . . . tener reuniones políticas. Todo ello era muy bien conocido en los ambientes revolucionarios occidentales donde se hacía mofa del martirio de las víctimas del Zarismo, víctimas que el mismo Karl Marx apodaba "los ginebrinos" por su tendencia a instalarse en la ciudad del Lemán. El 11 de abril de 1881 escribía a su hija Jenny, esposa del socialista francés Charles Longuet: "Los ginebrinos han estado tratando durante mucho tiempo de persuadir a Europa de que son realmente *ellos* quienes dirigen el movimiento en Rusia; pero cuando esta *mentira* difundida por ellos mismos es recogida por Bismarck y Cía., y se les vuelve peligrosa, declaran lo opuesto e intentan en vano convencer al mundo de su inocencia. En realidad son simples teorizantes, confusos anarcosocialistas, y su influencia sobre el *teatro de guerra* ruso es nula". K. Marx y F. Engels: *Correspondencia,* seleccionada por el Instituto Marx-Engels-Lenin; edición española, Buenos Aires, 1947.

[33] Antes de desaparecer como organismo terrorista, la Voluntad del Pueblo se entregará todavía a algunas tentativas de acción directa. La última tuvo lugar en 1887 y terminó con el ahorcamiento de ocho terroristas, entre los cuales Alejandro Ilich Uliánov, hermano mayor del que se ilustrará más tarde con el apodo de Lenin.



ALEJANDRO HERZEN



CAPITULO IV

BIZANCIO Y ROMA

El socialismo y las ideas subversivas como concepción religiosa del mundo - El sentido del pecado y su laicización - Puntos de vista de Joseph de Maistre acerca del alma rusa - El "dolorismo" de los rusos - La Iglesia ortodoxa - Bosquejo histórico de la vida religiosa en Rusia hasta Pedro el Grande: el Raskol y las sectas no-conformistas - Los teólogos laicos - De Leontiev a Dostoievskiy: *La leyenda del Gran Inquisidor* - Vladímir Soloviov y *La Iglesia Universal* - Mesianismo eslavo o vuelta a Roma - Desviaciones doctrinales de la *Pravoslavie* - Ortodoxia y nacionalismo - Las sectas, de los "flagelantes" a los "mutilados".

Asegura Hans von Eckardt que el fervor de los terroristas rusos en el cumplimiento de su "misión" dió a los movimientos revolucionarios del tiempo de Alejandro II una fisonomía tan peculiar que se los puede definir como religiosos en su esencia.

"El socialismo revolucionario —escribe el historiador alemán— pudo transformarse en un nuevo grado de la conciencia religiosa rusa porque sus campeones se elevaron por encima de la atmósfera corriente de la vida y fueron consagrados por su sacrificio" [1].

No se puede cerrar, por lo tanto, el largo capítulo de los movimientos subversivos durante el reinado de Alejandro Nicoláievich, sin dedicar un estudio atento al problema religioso en Rusia en este lapso. De la esencia del terrorismo nos encontramos, pues, en la necesidad de remontarnos hasta la esencia misma de la vida religiosa rusa.

▽

El sentido del pecado suscita el de la expiación. Y, en Rusia, el pecado está presente por doquier.

---

[1] *Zur Nikolas I bis Alexandr* III. Citado por E. Lo Gatto, *op. cit.*

Después de Gógol de quien procede, pero de manera mucho más obsesionante, puesto que él no renunció hasta su muerte a perseguirlo para desalojarlo y combatirlo mejor, Dostoievskiy percibe esta presencia y la denuncia sin cansancio a través de toda su obra. Mientras en Gógol el pecado se derrumba por la acción de un *deus ex machina,* el delegado del Emperador que viene a poner las cosas en su lugar, solución evidentemente artificial como nos lo demuestra la interrupción de las *Almas muertas,* Dostoievskiy aborda constantemente el problema y nunca lo resuelve porque no puede resolverlo. Quizá mucho más que su maestro, soñó con una Rusia que volvería, por el heroísmo de sus virtudes, a la armonía de su misión cristiana pero, siempre, el pecado volvía a surgir bajo sus pasos, multiforme y paciente, estridente o bonachón. Y esta presencia carnal del diablo es la que explica el proceder de los personajes. Es como si Dostoievskiy no fuera ya dueño de dirigirlos. Como Dios a las criaturas, da a sus personajes la libertad total que necesitaban para salvarse y que aprovechan para pecar. Pero, una vez cometido el pecado o, mejor dicho, al mismo tiempo que lo comete, el pecador sabe que es culpable y que le cumple expiar. Nadie habrá olvidado la escena en que, desde el comienzo mismo de *Crimen y castigo,* Marmeládov, que se ha bebido el dinero de la casa, lleva consigo a Raskólnikov para que asista a su expiación: "*Sin entrar en el cuarto, Marmeládov se arrodilló en el umbral y empujó a Raskólnikov hacia adelante. La mujer, al ver a un desconocido, se paró distraídamente frente a él, ensimismada durante un instante y como si buscara por qué ese hombre había entrado. Pero probablemente supuso en el acto que iba hacia los cuartos del fondo ya que había que pasar por el suyo para ir allá. Llegada a esta conclusión y sin prestarle ya ninguna atención, se dirigió hacia la puerta de entrada para cerrarla y, bruscamente, vió a su marido arrodillado en el umbral y lanzó un grito.*

"*¡Ah! gritó fuera de sí — ¡Ha vuelto! Presidiario! ¡Monstruo! ...¿Donde está el dinero? ¿Qué tienes en tu bolsillo? ¡A ver! ¡Y este traje que no te pertenece! ¿Dónde está tu traje? ¿Dónde está el dinero? ¡Habla!... Y se le echó encima para registrarlo. Dócilmente y con sumisión, Marmeládov separó los brazos para facilitarle la tarea, no había un centavo.*

"*¿Dónde está el dinero? gritaba la mujer — ¡Oh, Señor! ¿Es posible que lo haya bebido todo? ¿Quedaban doce rublos en el baúl!... Y, de repente, presa de furor, lo agarró por el cabello y lo arrastró en*

el cuarto. Marmeládov facilitaba sus esfuerzos, rezagándose humildemente detrás de ella.

"¡Esto es para mí una delectación! No me hace sufrir, no, es para mí un de-lei-te, Señor, gritaba, sacudido por los pelos; llegó hasta golpearse él mismo en el suelo".

Remontándonos hasta el principio del siglo décimonono, nos encontramos con un libro y con un hombre que, aparentemente, no tienen sino muy poca cosa que ver con Rusia. El hombre se llama Joseph de Maistre y la obra *Las veladas de San Petersburgo*. Una primera lectura en efecto proporciona la impresión de que el título no está allí sino porque las *Veladas* fueron escritas durante la larga misión diplomática de Maistre cerca de Alejandro I; los personajes se nos aparecen como franceses transplantados algo artificiosamente en un clima que no es el suyo. Y, sin embargo, el clima espiritual es enteramente ruso. Maistre escribió esta obra tan sólo porque pudo observar durante casi veinte años lo que se desarrollaba de modo obscuro y apenas perceptible en las almas rusas. Y allí pudo descubrir los ejemplos que vienen a ilustrar, mucho más que la misma Revolución Francesa, su tesis del castigo del culpable reversible sobre el inocente. A ilustrarla y a completarla. Mientras, hasta entonces, se había contentado con poner el acento sobre la expiación de las culpas ajenas asumidas por el inocente, esta vez llega a proclamar la hermandad universal de la expiación, hermandad en la cual se confunden los inocentes con los culpables, ya que tienen ellos también una parte de responsabilidad en las culpas cometidas por los otros. Escribe en la séptima Velada: "Se cumple sin cesar, desde el insecto más pequeño hasta el hombre, la gran ley de destrucción violenta de los seres vivientes. La tierra entera, empapada continuamente en sangre, no es más que un ara inmensa donde todo lo que vive debe ser inmolado sin cesar, sin medida, sin descanso, hasta la consumación de las cosas, hasta la extinción del mal, hasta la muerte de la muerte". Y prosigue: "Si hay para nosotros verdades positivas, es porque el hombre no tiene medio alguno para juzgar los corazones, porque la conciencia que nosotros juzgamos más limpia puede estar atrozmente manchada a los ojos de Dios; porque no hay un hombre inocente en este mundo, porque todo mal es un castigo y porque el Juez que nos condena es infinitamente justo y bueno: basta esto, me parece, para que aprendamos al menos a callarnos. Pero permitidme que... os comunique una reflexión que siempre me ha llamado extremadamente

la atención; acaso no haga impresión en vosotros: no hay hombre justo en la tierra".

Y este sentimiento de una responsabilidad colectiva, es decir, de un pecado universal que hay que expiar en común, Maistre lo ha visto encarnarse en cada ruso, como, medio siglo más tarde, lo verá Dostoievskiy quien escribirá a su vez: "Hay ideas tácitas, inconscientes y sólo intensamente sentidas, que se han desarrollado con el propio crecimiento del pueblo. Se dan lo mismo en un pueblo aislado que en toda la Humanidad. En tanto esas ideas permanecen en el fondo de la vida del pueblo, y éste se limita a sentirlas de una manera firme y enérgica, sólo entonces puede el pueblo vivir una vida recia y fuerte. En el esfuerzo por hallar expresión a esas ideas latentes se cifra toda la energía de su existencia. Cuanto de modo más inquebrantable guarda el pueblo sus ideas, cuanto menos capaz resulta de desprenderse de su sentimiento inicial y menos propende a entregarse a falsas acepciones de esas ideas, tanto más vigoroso y feliz vive".

"Ahora bien: una porción de ideas del pueblo ruso logra, indudablemente, su expresión al llamar desgraciados a los delincuentes... A mi juicio, el pueblo ruso, al llamar desgraciados a los delincuentes, quiere decir a éstos: 'Pecásteis y estáis expiándolo; pero también nosotros somos pecadores. Si fuéramos nosotros mejores, no estaríais vosotros en una cárcel. Con el castigo por vuestro pecado cae también sobre vosotros el peso de la injusticia general. Rogad por nosotros como por vosotros rogamos, y aceptad la limosna que os damos, para que veáis y sepáis que os tenemos presentes y no rompemos el vínculo fraternal que con vosotros nos une' " [2].

Ahora bien, esta necesidad de expiación universal, no sólo Dostoievskiy y Maistre la expresan como resultado de sus observaciones. Tanto como en las obras citadas, la encontramos claramente expuesta en las cartas o en los ensayos escritos por numerosos terroristas antes de ser entregados al verdugo. Todos, sin una sola excepción, se revelan a nosotros como hombres que actuaron bajo el impulso de una convicción espiritual profunda que, al mismo tiempo que los pone en presencia de la responsabilidad de todos en el mal común, les muestra la necesidad para unos cuantos elegidos de sacrificarse para la expiación de los demás.

Un sentimiento colectivo de esta suerte quita, evidentemente, todo

---

[2] *Diario* - VI - Artículos del *Grazhdanin.* Cap. III.

rastro de optimismo a la religiosidad del pueblo que lo alimenta en sí mismo. Y esto da al pueblo ruso un temperamento impregnado de dolorismo. "Creo que la principal, la primordial necesidad espiritual del pueblo ruso es la de padecer, eterna e insaciablemente, en todas partes y por todo. Ese lampar por el dolor, imagino que lo ha sentido siempre. Un como torrente de dolor corre por toda su historia, y no sólo en forma de desdichas exteriores y de calamidades varias, sino que más bien procede su manantial del corazón vivo del pueblo. Hasta en la dicha del ruso, tanto del pueblo como del individuo ruso, se cifra irremisiblemente algo de dolor, pues de otra suerte no resulta completa. Jamás, ni siquiera en las horas de mayor triunfo de cuantos registra su historia, ha mostrado el pueblo ruso una apariencia orgullosa y triunfal, sino todo lo contrario, encogida hasta el dolor. Cierto que respira a sus anchas; pero la gloria se la remite a Dios. En el dolor encuentra el pueblo ruso poco menos que un placer" [3].

Estos motivos, nunca ausentes de la espiritualidad rusa, condicionan enteramente la historia de este país. No hay que recorrer mucho camino para descubrir que el monje errante que expía por sus hermanos en Cristo, es pariente muy próximo del "noble arrepentido" que asume sobre sí mismo todos los pecados de su clase [4]. Y solamente en Rusia podía nacer, extenderse e imponerse la leyenda del Emperador arrepentido, Alejandro I, que se segrega del mundo para expiar la muerte de su padre y que, de golpe, se transforma en aquel milagroso Iván Kuzmich que se dedica a sufrir largos años por el pueblo sobre el cual reinó, pecador como individuo pero Cristo para su nación.

Temas místicos que Chaadaiev retoma sin cesar como los retoman los eslavófilos y que se desarrollarán poderosamente a lo largo de todo el siglo XIX, pero fuera de la Iglesia oficial y, a menudo, sin lazo alguno con ninguna confesión.

V

Y, no obstante, habían nacido en el seno mismo de la *Pravoslavie,* casi desde la conversión de Vladímir, Gran Príncipe de Kiev, al cristianismo de Bizancio, en 988.

---

3 *Idem.* Cap. V.
4 Véase el héroe de *Resurrección* de Tolstói.

En el estado actual de los estudios históricos, lo que sabemos de Vladímir es, en realidad, muy confuso. Tres cosas resultan ciertas: su astucia cruel, su lujuria y su conversión al cristianismo. La primera, después del asesinato de su hermano Iaropolk que, por su cuenta, había ya liquidado al otro hermano Oleg, lo llevó a dominar toda la Rusia antigua. La segunda, que asumió aspectos verdaderamente salomónicos, le permitió mantener, además de cinco esposas legítimas, ochocientas concubinas. En cuanto a la tercera, fué la consecuencia de una serie de hechos políticos y psicológicos que voy a indicar brevemente.

Ya su abuela la princesa Olga se había convertido al cristianismo, lo que no había influído sobre él en el comienzo de su reinado cuando se trató de hacer martirizar a unos cuantos eslavos ya conversos que no querían sacrificar al dios Perún. Estos hechos demuestran que ya antes de su acceso al mando existían poderosas infiltraciones cristianas en Rusia y que, si se llegó a sacrificar a algunos prosélitos de la nueva fe, ello se debió al hecho de que se había vuelto peligrosa para los sacerdotes paganos. Por otra parte, pronto entraron en línea elementos políticos, económicos y militares. Rusia comerciaba casi exclusivamente con Bizancio por intermedio de las colonias griegas de Crimea y de los Balcanes, y los mercaderes griegos instalados en Kiev eran a un tiempo misioneros de la fe cristiana. Luego vinieron los hechos políticos. Cuando Focas entró en rebelión contra el Emperador bizantino, éste llamó a Vladímir a su socorro. El ruso aceptó a condición de que se le diera en matrimonio una de las hermanas del Emperador, Ana. Una vez aplastada la rebelión, Bizancio se mostró poco dispuesta a dar una de sus princesas a un bárbaro, pagano y polígamo. Entonces, Vladímir atacó y conquistó Jersón, importante centro griego de Crimea, y presentó sus condiciones. Exigió la princesa y consintió en hacerse bautizar.

Conversión evidentemente política cuyos efectos serán decisivos para la historia de Rusia. En efecto, escribe Stählin: "Esta conversión es una circunstancia de importancia histórica mundial que sobrepasa en mucho la conquista de los variegos y las influencias normandas venidas del Norte. Si Rusia ha seguido en general, y desde el principio, otras vías que Occidente, lo debe al hecho de que no ha recibido el cristianismo de la Roma occidental [5], sino que lo ha recibido de la Bizan-

---

[5] Investigaciones recientes, debidas al barón M. de Taube, establecen, sin embargo, una primera conversión de los rusos de Kiev, por obra del príncipe Askold, al cristianismo romano. Esta conversión se situaría entre los años 836

cio oriental, con sus ideales ascéticos cada vez más fuertemente acentuados, con la transformación cada vez más decidida de la vida intelectual en el estudio exclusivo de cuestiones y de intereses de iglesia, con su adormecimiento cada vez más acentuado en la palabra y en la forma, con su intolerancia, su gobierno y su administración de intrigas y de despotismo, sus rasgos de crueldad sombría, su servilismo cortesano y su falta de espíritu caballeresco. Rusia permaneció entonces, para no hablar sino de algunos elementos capitales del desarrollo de Europa, fuera del movimiento de las cruzadas como también del desarrollo capitalista de las ciudades que lo siguió, pues entre Bizancio y ella, Asia y la estepa han venido nuevamente a interponerse y también porque fué encerrada y circundada del lado de tierra... El Renacimiento y la Reforma, el gran empuje interior hacia la época moderna, le fueron por estas razones completamente extraños. Harnack dice de la Iglesia griega que es una religión natural. *Ningún profeta, ningún reformador, ningún genio ha venido desde el siglo III después de Cristo a turbar la incorporación de la religión a la historia general.* (en *La esencia del cristianismo*). Por ello, en el transcurso del tiempo, se produjo una fusión entre la Iglesia y el Estado, fusión que sólo la Iglesia ortodoxa griega podía realizar; en efecto, desde el principio, los sacerdotes griegos todavía completamente independientes de los príncipes en razón de su origen extranjero, inculcaban a sus feligreses la idea de que todo poder principesco viene de Dios. Y tampoco es permitido abrigar la menor duda sobre el hecho de que esa religión ha dado y sigue dando, a innumerables millones de seres humanos, una confianza en Dios simple y recta, y un verdadero consuelo en el sufrimiento, y que enseña un amor fraterno lleno de piedad. No hace mucho, el conde Keyserling decía que la Rusia del simple campesino era el único país de la cristiandad que en nuestros días estuviera aún cerca de Dios, y encontraba al ruso extrañamente semejante al hindú en sus relaciones con el mundo: *"que lo comprende todo igualmente, igualmente hermano de todo el mundo, igualmente desprovisto de espíritu práctico"*, extrañamente semejante sobre todo en su fervor religioso" [6].

La separación total de Rusia de Occidente y de Bizancio a causa

---

y 882, mientras que la de Vladímir es de 988-989 (M. DE TAUBE: *Rome et la Russie avant l'invasion des Tartares,* I; París, 1948).

[6] C. STÄHLIN: *Geschichte Russlands von den Anfängen bis zur Gegenwert* (5 tomos); Berlín-Koenigsberg, 1923-1939.

de la invasión tártaro-mongólica, confirmará estos conceptos y estas actitudes espirituales recibidos con una religión ya hecha; y en ello reside la causa fundamental del carácter conservador de la Iglesia ortodoxa como de su falta de espíritu creador en materia teológica y filosófica.

A partir de 1037, el Metropolita de Kiev asumió las funciones de Patriarca para toda la Iglesia de Rusia. Ya su sumisión ante el poder político es un hecho evidente si consideramos que el nombramiento de los obispos no pertenecía a la jerarquía eclesiástica sino a los príncipes, menos en Nóvgorod, ciudad libre, donde pertenecía a la oligarquía aristocrática. En el siglo XII, momento en que el centro religioso de Kiev, que hasta entonces había pertenecido a griegos o a búlgaros, cae entre las manos de prelados rusos, los cuadros eclesiásticos se encuentran prácticamente establecidos según las normas que, salvo algunas reformas que indicaremos, han permanecido inmutables hasta nuestros días. El monaquismo, introducido en aquella época, ha hecho posible esta regulación sobre las bases generales siguientes: un alto clero que sale de los monasterios —ya que los obispos son siempre elegidos entre los monjes, por estar éstos sometidos al voto de celibato— y que vive, así como los centros monásticos de donde procede, gracias a donaciones importantes de tierras y al derecho de percibir el diezmo sobre los fieles; un bajo clero generalmente miserable y que, hasta el siglo XVIII, será nombrado por los señores a quienes pertenecen las parroquias donde ejerce su ministerio.

Según B. H. Sumner [7], Bizancio hizo a Rusia cinco dones: su religión, su derecho, su visión del mundo, su arte y su escritura. Y es cierto que la religión ortodoxa fué un medio poderoso de unificación nacional que, en el siglo XV, permitirá a Rusia acabar con la dominación tártaro-mongólica en una empresa comparable a la de España contra los musulmanes; por el mismo motivo pudo imponerse jurídicamente el principio de la autocracia sobre los príncipes semi independientes diseminados a través de la Tierra Rusa. Después de la unificación de la sociedad rusa bajo los príncipes de Moscú, la *pravoslavie* constituyó una base de partida para todas las empresas políticas —que siempre se desarrollarán con un telón de fondo religioso— contra los turcos, los musulmanes y los polacos. El pueblo ruso sacó de los elementos nestorianos transmitidos por Oriente un afán nunca desmentido

[7] *Historia de Rusia;* Méjico, 1946.

que lo empujará a la vez a luchar contra el principio del mal y a identificarse, como pueblo elegido y detentador de la verdadera fe de Cristo, con el principio del Bien. De ahí su tendencia al universalismo que ilustran igualmente, aunque de modos muy distintos, hombres como Dostoievskiy, Soloviov y Berdiáiev... y al ateísmo, que no es sino una religiosidad proyectada sobre otros objetos, con hombres como Biélinskiy, Bakúnin y Lenin.

Partiendo de bases exclusivamente bizantinas, el arte ruso pudo conservar hasta el siglo décimonono una originalidad única en el campo estético. A través del arte de Bizancio, en el cual vinieron a integrarse lo renacentista y lo barroco enseñados por los italianos, el ruso pudo adquirir una fisonomía a menudo admirable y siempre inconfundible. Esta evolución hacia un arte ruso genuino, la podemos seguir en sus líneas generales desde las cúpulas de Nóvgorod y de la iglesia de la Madre de Dios, en Kiev, hasta el convento de las Vírgenes, de Moscú, a través del Kremlín, dos manifestaciones estas últimas en las cuales lo ruso ha recibido y adaptado, sin dejarse desvirtuar por ellos, aquellos elementos italianos que, en Francia por ejemplo, se sobrepusieron a lo autóctono hasta hacerlo desaparecer durante largo tiempo.

En cuanto a su escritura, Rusia la recibió también a través de la religión de Bizancio, ya que fué inventada especialmente para los eslavos por san Cirilo, con el propósito de hacerla servir a la traducción del derecho, de la liturgia, de las crónicas y de la patrística. Además, la introducción de la escritura impidió que se perdieran las fuentes genuinas de la cultura eslava, tales como nos las proporcionan las leyendas del ciclo de Rúrik, y dió así al pueblo ruso la posibilidad de fijar las bases fundamentales de su historia.



V

Durante la dominación tártaro-mongólica, Rusia se encontró totalmente segregada de Bizancio y de Occidente. Tuvo, por ende, que concentrarse en sí misma y esto tuvo, para su vida espiritual, efectos definitivamente determinantes. Por una parte, en razón del hecho que los Janes eran tolerantes en materia de vida religiosa, la *pravoslavie* pudo desarrollarse libremente en los límites teológicos heredados de Bizancio; por otra, se alejó siempre más de todo contacto con Roma y, por consiguiente, de toda posibilidad de unificación a provecho de

ésta. Así, puesta en la necesidad física de autocefalizarse, se adaptará tanto más fácilmente a este estado de cosas, cuanto que llegará a considerar esta separación forzosa del mundo cristiano como la prueba de su primacía en el concierto cristiano. Actitud que, a partir del siglo XV, fomentará un vigoroso renacimiento espiritual a través de un reflorecimiento de la vida monástica, por una parte, y que vendrá a ser, por otra, uno de los factores esenciales del desarrollo político de la nación. Es importante señalar que, del monaquismo ortodoxo ruso, independizado de las instituciones matrices de Oriente, saldrán los grandes obispos reformadores que, después de la liquidación de la Horda de Oro, llevarán la sede del Patriarcado de Kiev a Moscú, hecho de poderoso influjo en toda la historia posterior.

Cuando a la unión de las Iglesias, proclamada en 1439 por el Concilio de Florencia, a cuyas conclusiones adherirá el Patriarca de Constantinopla Isidoro, venga a agregarse la caída del centro espiritual tradicional de la Ortodoxia entre las manos de los turcos, será muy fácil para la Iglesia rusa transformarse en campeona celosa de la verdad de Cristo contra el magisterio de Roma y asumir el papel rector en la lucha contra la latinización universal de la fe. Espíritu de lucha que determina de modo fundamental *todas* las relaciones del Estado ruso con Polonia y con el resto de Occidente y que da nacimiento al concepto, históricamente falso pero espiritualmente poderoso, de la "Tercera Roma", al ligar aún más la Iglesia al Estado, tan es verdad que las ideologías suelen nacer y fortificarse al ritmo de la praxis política. Y así Rusia se transforma, al mismo tiempo que en Santa Rusia, sede de la ecumenicidad cristiana, en Tercera Roma, palanca de un poderoso desarrollo político futuro. La segunda mitad del siglo décimoquinto señala, pues, el apogeo de la *pravoslavie*. Con la centuria siguiente, empieza la decadencia.

Ya los príncipes saben hasta dónde podrán ir en su política de expansión y se encuentran, por consiguiente, en la necesidad de controlar todas las fuerzas internas de la nación. Por sus riquezas y por la extensión de los territorios que le pertenecen, por las alianzas que esta situación le permite establecer, como sucede a menudo, con las grandes familias de boyardos de donde proceden casi todos los obispos, la Iglesia es la más peligrosa de estas fuerzas. Y tanto es así que Iván el Terrible y Alexéi Mijáilovich, para citar a los dos más decididos de estos príncipes, se dedicarán a limitar este poderío quitando a los obispos bienes e influencia. Pedro el Grande lo destruye prácticamente,

al incorporar a los bienes de la Corona casi todos los territorios eclesiásticos y al substituir al Patriarcado que suprime un Colegio parecido a las demás instituciones estatales reformadas por él. Este Colegio, subordinado como los otros al Senado, tomó el título de "Santo Sínodo" y es curioso señalar que fué el arzobispo de Nóvgorod, Feofán Prokópovich, quien redactó el decreto de supresión publicado en 1721. "La organización colegial —reza el preámbulo del decreto— hará que no vuelvan a repetirse los desórdenes y las rebeliones siempre posibles cuando un hombre solo se encuentra a la cabeza de la Iglesia. El pueblo sencillo no se encuentra en condiciones de comprender la distinción entre el poder espiritual y el poder imperial; impresionado por la virtud y el esplendor con que brilla el supremo pastor de la Iglesia, se imagina que éste es un segundo soberano cuyo poderío es igual al del autócrata y hasta lo supera; al verificarse un desacuerdo entre el Patriarca y el Zar, el pueblo está siempre dispuesto a ponerse al lado del primero imaginándose así hacer suya la causa de Dios".

Así, a partir de 1721 la Iglesia ortodoxa pierde toda independencia y, de allí en adelante, no será sino un instrumento burocrático entre las manos del Estado. Situación que le hace perder su vigor espiritual si la agregamos al hecho de que, desde hace ya bastante tiempo, se encuentra en una postura de defensa frente a los ataques que desencadenan contra ella los "Viejos Creyentes" [8].

Estos se han rebelado en el período del Patriarcado de Nikón que, entre 1652 y 1658, quiso reformar los libros litúrgicos mal traducidos del griego al eslavón. Muchos clérigos vieron en esta reforma una tentativa de volver a poner a la Iglesia rusa en una posición de dependencia para con la de Constantinopla, y arrastraron, en su rechazo de los nuevos textos, a casi todos los fieles de la clase de los mercaderes, rechazo que se concretó en el cisma, *raskol,* de los "Viejos Creyentes".

Los cismáticos repudiaban tanto la ingerencia del Estado en los asuntos religiosos como la actitud mundana de las altas jerarquías eclesiásticas y, muy pronto, adquirieron gran importancia a través de toda Rusia.

Después de las reformas de Pedro el Grande, los Viejos Creyentes se dividieron, a su vez, en dos ramas en lucha entre sí, la originaria o conservadora que, si bien combatía la jerarquía oficial, seguía admi-

---

[8] De lectura fundamental es la obra de P. PASCAL: *Avvakum et les débuts du Raskol. La crise religieuse au XVII^e siècle en Russie*: París, 1938.

tiendo una jerarquía eclesiástica, y la que podríamos llamar popular, que propugnaba una Iglesia sin obispos ni prelados en general. Esta rama democrática no tardó en adquirir una gran influencia sobre los campesinos y el bajo clero —que, por otra parte, seguía perteneciendo a la Iglesia oficial para obtener parroquias y evitar las persecuciones por parte de la autoridad eclesiástica reconocida por el poder central— hasta el punto de llegar en ciertos momentos a contar casi tantos fieles como la *pravoslavie* controlada por el Santo Sínodo. El antioficialismo del *raskol* pudo obtener tal resultado porque el argumento esencial de su propaganda era la entrega de la Iglesia oficial al poder civil y porque, por ello mismo, podía acusar con justicia a su rival de haberse transformado en una sucursal del Trono y del Tesoro, en un instrumento de gobierno para la defensa del orden establecido, y de proceder sin sinceridad alguna de convicción.

Esta situación se mantuvo a lo largo de los siglos XVIII y XIX. Es que, en verdad, Pedro el Grande, en su reforma, no hizo más que anticiparse a Napoleón, quien habrá de decir un día: "Un arzobispo es también un prefecto de policía" [9].

Nos podemos figurar, pues, lo que sucedía en las filas del bajo clero. El cura de aldea, el *sviashchénik,* salía de la clase campesina y, puesto en la obligación de casarse antes de recibir las órdenes, desposaba generalmente la hija del cura a quien quería suceder. Por otra parte, se entregaba muy poco a los quehaceres sacerdotales, ya que celebraba la misa tan sólo el domingo y los días de precepto, confesaba una vez al año y fuera de ciertas obligaciones litúrgicas, como socorrer a los agonizantes, no tenía nada que hacer en el orden espiritual. Casi analfabeto —ya que la cultura pertenecía exclusivamente al clero regular— se ocupaba, para subsistir, en cultivar su parcela de tierra y aumentaba sus beneficios con los matrimonios, los entierros y los bautismos, lo que lo ponía en la obligación de discutir ásperamente con los campesinos; condiciones muy difíciles de conciliar con la dignidad eclesiástica, ya que en el curso de estas discusiones no era raro que sus feligreses

[9] El catecismo en vigor en la Iglesia ortodoxa, mejor que muchas disquisiciones, nos ilustra en qué consistía el papel del clero de parroquia. Saco de este documento, que estuvo en vigor hasta febrero de 1917, el breve pasaje siguiente:

"Pregunta: - *¿Qué nos enseña la religión en cuanto a nuestros deberes hacia el Zar?*

"Contestación - *La veneración, la fidelidad, el pago de los impuestos, el servicio, el amor y la oración - Todo ello está implicado en las palabras: veneración y fidelidad*".

lo moliesen a palos para obligarlo a bajar sus precios. Sin embargo, el pueblo seguía considerando su función como necesaria. ¿No escribe acaso Glieb Uspenskiy: "El *muzhik* comete pecados que ni el tabernero, ni el jefe de policía, ni aun el gobernador puede absolver. Un pope es, pues, necesario. Del mismo modo, si el Señor concede una hermosa cosecha y el campesino quiere agradecérselo prendiendo un cirio, allí también tiene necesidad de un sacerdote. Pues ¿dónde pondría su cirio? En el correo? ¿En el ayuntamiento? No, en la iglesia... Sin duda nuestro pope no vale gran cosa: está siempre ebrio. Pero ¿qué importa? El empleado de correos es un borrachín, él también. Sin embargo es él el que manda las cartas" [10].

A pesar de esta situación de la Iglesia, un ferviente ortodoxo miembro del grupo eslavófilo, cual Iuriy Fiódorovich Samarin, podía, después del Concilio del Vaticano que proclamó la infalibilidad pontifical, expresar los temores siguientes: "El absolutismo pontifical no ha extinguido la vitalidad del clero católico; esto debe *hacernos meditar,* porque un día u otro se proclamará entre nosotros la infalibilidad del zar, o sea la del procurador del Santo Sínodo, porque el zar no entrará para nada en la cosa... ¿Habrá ese día uno solo de nuestros obispos, un solo monje, un solo sacerdote que proteste? Lo dudo. Si alguien protesta, ése será un laico, vuestro servidor, e Iván Serguéievich (Aksákov), si todavía somos de este mundo. En cuanto a nuestro lamentable clero, a quien vos consideráis más desgraciado que culpable, y acaso tengáis razón, permanecerá mudo" [11].

V

Mientras que la Iglesia ortodoxa quedaba inmóvil en el molde que le había impuesto Pedro el Grande, un importante sector de la sociedad rusa sintió, durante el reinado de Alejandro II, una inquietud espiritual nunca vista desde varios siglos. Pero, a medida que progresaba el movimiento religioso considerado por los eslavófilos como método de perfeccionamiento del hombre ruso, proclamado por ellos

---

10 Citado por M. Paléologue: *La Russie des Tsars...* París, 1922.

11 Carta a la señora A. O. Smirnov de fecha 10-XII-1871 e. a., citada por V. Soloviov en *La Russie et l'Eglise universelle;* París, 1889. Existe una excelente traducción española de esta obra, debida al Instituto Santo Tomás de Aquino de Córdoba y editada en Buenos Aires en 1936.

tipificación perfecta del *homo religiosus,* la Iglesia oficial se estancaba en meras prácticas litúrgicas y burocráticas. Baste citar, como ejemplo de este estancamiento, la obligación en que se encontraba el confesor, por instrucciones del Procurador del Santo Sínodo, de denunciar a la autoridad local hasta los malos pensamientos de sus penitentes contra la persona del Emperador; medida tomada en los tiempos de Pedro el Grande y que, es justo reconocerlo, pocos sacerdotes aplicaron, ya sea que les repugnara transformarse en meros auxiliares de la policía, ya que sus feligreses evitaran abrirles sus pensamientos. Sin olvidar la posibilidad de que los *sviashchêniki* temieran represalias por parte de sus "víctimas" eventuales.

Sin embargo, durante los años 60, varios eclesiásticos hicieron oír su voz para protestar contra el estado lamentable en que había caído la *pravoslavie.* Muy famoso fué al archimandrita Bujárev, quien se elevó de modo vigoroso contra esta anquilosis que la actitud del metropolita Filaret, en este mismo período, acababa de precipitar al intentar hacer de la sumisión de la Iglesia al Estado, uno de los dogmas básicos de la teología ortodoxa, dando origen, por esta actitud, al fenómeno llamado "filaretismo", sinónimo de todas las abdicaciones frente al poder temporal. Bujárev quiso revivificar el espíritu de la Ortodoxia con sus interpretaciones del Apocalipsis y de las obras de san Juan Crisóstomo y de san Agustín. Combatido por el Santo Sínodo y por la prensa conservadora, que llegó a designarlo cual símbolo de todas las herejías, acabó por salir de la Iglesia para consagrarse al periodismo.

Constantino Leontiev, padre espiritual de Soloviov y, por éste, de Berdiáiev, nos ofrece un ejemplo más importante aún al querer renovar la teología ortodoxa incorporándole el pensamiento filosófico moderno. Monárquico y enemigo del liberalismo político como de los conceptos filosóficos de la escuela positivista, que califica de "físico-químicos", propugna la independencia de la Iglesia ante el poder político. Su ensayo *Bizantinismo y eslavismo,* publicado en 1875, así como los artículos que consagró a Tolstói y a Dostoievskiy, revelan un tormento espiritual profundo causado por el afán frustrado que fué el suyo de reestablecer la autoridad doctrinal de la Iglesia.

Pero, mucho más importantes, en razón de su alcance universal, son para nosotros las ideas tan pronto antagónicas en materia religiosa de Fiódor Dostoievskiy y de Vladímir Soloviov.

En verdad, estos dos nombres nos entregan la clave que permite adentrarse hasta el centro mismo del problema religioso ruso en la

segunda mitad del siglo XIX. Mejor que cualquier otro teórico del ateísmo o de la Iglesia oficial, mejor que Biélinskiy y que Filaret, mejor que los eslavófilos o que los occidentalistas, nos permiten descubrir el verdadero nudo de la cuestión, y este nudo se llama Roma. Para los rusos, entonces como siempre, se trataba solamente de tomar una postura ante la legitimidad o la ilegitimidad del magisterio de los sucesores de Pedro. Si Dostoievskiy resuelve el problema en este último sentido, Soloviov que pertenece por todas sus tradiciones a un ambiente tan ortodoxo como el suyo, toma la postura contraria después de una búsqueda dolorosa e inquieta. Uno y otro son, pues, los puntos de llegada de una larga lucha y, mejor que ninguno de sus contemporáneos, nos entregan respuestas que, en nuestros días, no han perdido nada de su significación.

Saliendo del mismo presupuesto que los eslavófilos, Fiódor Dostoievskiy considera a la Iglesia ortodoxa como el pueblo cristiano en su conjunto, y ello le permite designar al pueblo ruso, ya que detenta la verdad de Cristo, como el pueblo elegido para la salvación de la humanidad. Frente a Roma, volverá siempre a caer en la misma actitud que encuentra su expresión más clara en lo que en los *Hermanos Karamázovi,* el padre Pásiy dice a Aliosha: "Compréndeme bien, no es la Iglesia la que se transforma en Estado. Este es un sueño romano y constituye la tercera tentación del Maligno. Por el contrario es el Estado el que se transforma en Iglesia, el que se eleva hacia la Iglesia, y se hace así Iglesia universal. Cosa muy distinta y que no tiene nada que ver con Roma ni con el ultramontanismo y que es la gran predestinación de la *pravoslavie* en esta tierra. Esta estrella aparecerá en el Oriente..." [12].

Esto se encuentra desarrollado en el libro segundo de la misma obra, a lo largo del capítulo del *Gran Inquisidor.* Allí es donde podemos seguir el pensamiento de Dostoievskiy si queremos percatarnos de la postura de la Iglesia ortodoxa frente a Roma, en su esencia íntima. Se conoce la trama: Iván Karamázov describe, a su hermano Aliosha, el esquema de un cuento que ha pensado escribir, en el cual Cristo vuelve a encarnarse y, mezclándose al pueblo de Sevilla, reconocido por

---

12 Cfr. el apéndice del presente tomo, en el cual reproduzco en su integridad la sección V del cap. I del *Diario de un escritor* (marzo de 1876). Esta sección nos ofrece, en un todo orgánico, el pensamiento de Dostoievskiy ante el problema de Roma.

todos, realiza un milagro. Hombres y mujeres inmediatamente lo adoran pero pasa el Gran Inquisidor que lo hace echar en los calabozos de su institución. Por la noche, el ascético príncipe de la Iglesia lo visita en su celda y, después de haberle anunciado que lo hará quemar al día siguiente, le dice: "Todo fué confiado por Tí al Papa, todo está pues entre las manos del Papa. En cuanto a Tí, puedes no volver nunca. No nos molestes, por lo menos antes de la hora. Hace mil quinientos años, ponías por encima de todo la libertad de la fe. Ahora bien, acabas de ver a estos hombres "libres"... Sí, esta tarea nos ha costado caro, prosiguió observándolo con severidad, pero al fin la hemos realizado, en Tu nombre. Durante quince siglos, hemos penado con esta libertad, pero ahora todo está hecho y hecho sólidamente. ¿No crees que esté sólidamente hecho? ¿Me miras con dulzura y no me haces el honor de Tu indignación? Pero sabrás que ahora, y hoy precisamente, estos hombres están más persuadidos que nunca de ser enteramente libres y, sin embargo, ellos son los que nos han traído esa libertad y nos la han entregado con docilidad. Pero esa es nuestra obra, y Tú, ¿era eso lo que deseabas? ¿era esa libertad?".

Cuando el demonio te propuso que cambiaras las piedras del desierto en pan para que todos los hombres te siguieron "no has querido privar a los hombres de la libertad y has rechazado la tentación. ¿Dónde estará la libertad, has dictaminado, si compro la obediencia al precio del pan? Has contestado que el hombre no vive solamente de pan pero ¿no sabes que tan sólo en nombre del pan terrestre el espíritu de la tierra se levantará en contra de Tí, luchará Contigo y Te vencerá y que todos lo seguirán a El exclamando: "¡Quién es igual a esta bestia! ¡nos ha dado el fuego del cielo!". ¿No sabes acaso que los siglos pasarán y que la humanidad proclamará por la boca de su sabiduría y y de su ciencia que ya no hay crímenes y luego pecados tampoco y que hay tan sólo hambrientos?". Nos han entregado su libertad contra el pan que les damos, porque comprendieron que "jamás podrán alimentarse sin nosotros" ... ya que "la libertad y el pan de la tierra a voluntad para cada uno son cosas incompatibles porque jamás sabrán dividir entre ellos". Los débiles nos son tan caros como a Tí. "Pueden ser depravados y rebeldes, pero, al fin, ellos son los que obedecerán. Nos admirarán y nos considerarán como dioses... Ya que el afán de esas criaturas lamentables consiste en encontrar no sólo lo que se pueda adorar, sino aquello en que todos creen, y esto absoluta-

mente *en su conjunto*... Yo Te digo que el hombre no tiene inquietud más torturante que la de encontrar lo más pronto posible a aquél a quien entregará este don de libertad con que esa desgraciada criatura viene al mundo. Pero sólo aquél que puede apaciguar la conciencia del hombre se adueña de su libertad". Te has equivocado, cuando viniste por primera vez, al rechazar las tres tentaciones del Maligno, *la del milagro, la del misterio y la de la autoridad.* Pero "¿seré yo quien te esconda nuestro secreto? Quizá quieras escucharlo por mi boca: escucha pues: no estamos Contigo sino con El; éste no es nuestro secreto. Hace mucho que no estamos ya Contigo sino con él, hace ya ocho siglos. Hace exactamente ocho siglos que nosotros hemos recibido de él lo que Tú habías rechazado con indignación, este último don que quería hacerte, al mostrarte todos los reinos de la tierra; de él hemos aceptado Roma y la espada de César, y nos hemos proclamado únicos reyes de la tierra, los únicos reyes, aunque hasta ahora no hayamos podido llevar nuestra obra hasta su pleno cumplimiento... Al aceptar el imperio y la púrpura de César, hubieras fundado el reinado universal y dado la paz universal. Ya que ¿a quiénes pertenece ser amos de los hombres, sino a aquéllos que son los amos de su conciencia y entre cuyas manos se encuentra su pan? Hemos cogido pues la espada de César y, al tomarla, evidentemente hemos renegado de Tí y lo hemos seguido a El". Pero debe pasar mucho tiempo antes de que podamos triunfar totalmente y obtengamos la sumisión total de los hombres desviados de su destino por Tu libertad. "La libertad, la independencia de espíritu y la ciencia los desviarán en medio de tales tinieblas, los pondrán ante tales prodigios y ante misterios tan insolubles que unos, rebeldes y feroces, se destruirán ellos mismos, que otros, rebeldes pero débiles, se exterminarán entre sí, y que los sobrevivientes, débiles y miserables, se arrastrarán a nuestros pies y clamarán hacia nosotros: "Sí, teníais razón, vosotros solamente detentáis Su secreto, y ahora nos volvemos hacia vosotros; salvadnos de nosotros mismos". Entonces haremos de ellos lo que queramos, "temblarán, débiles ante nuestra cólera, su espíritu se volverá temeroso, sus ojos se llenarán fácilmente de lágrimas como los de las mujeres y los niños pero, a nuestra señal, pasarán con la misma facilidad a la alegría y a la risa, a la clara felicidad y a la alegre canción del infante. Ciertamente los obligaremos a trabajar, pero, en las horas de descanso, organizaremos su vida como un juego de niños, con canciones, coros, danzas inocentes. Oh, les per-

mitiremos también el pecado; son débiles e impotentes y nos querrán como niños por haberles permitido pecar" [13].

A estas tesis levantadas contra Roma en nombre de la tradición ortodoxa rusa, con la cual llegan a identificarse hasta el punto de formar con ella un bloque inseparable, Soloviov, partiendo de la misma búsqueda de la ecumenicidad salvadora, va a contestar con su obra fundamental, *La Russie et l'Eglise universelle.* Obra de teólogo y de filósofo pero también de polemista, constituye el punto de llegada de la larga búsqueda de la unidad finalmente encontrada en la universalidad romana.

Desde un principio, Soloviov cuenta la leyenda de san Nicolás y de san Casiano que se detienen al encontrar a un pobre paisano "cuya carreta, cargada de heno, había quedado atascada en el cieno". Nicolás propone a su compañero ayudar al pobre hombre, pero san Casiano se niega porque no quiere enlodar su clámide inmaculada. Nicolás ayuda al campesino y se ensucia de pie a cabeza, mientras Casiano lo mira sin moverse y sin ensuciarse. Y bien, comenta Soloviov: "La Iglesia occidental, fiel a la misión apostólica, no ha temido hundirse en el fango de la vida histórica. Fué, durante largos siglos, el único elemento de orden moral y de cultura intelectual entre las poblaciones bárbaras de Europa, tomó a su cargo toda la tarea del gobierno material así como la educación espiritual de aquellos pueblos de espíritu independiente y de feroces instintos. Al entregarse a este rudo trabajo, el papado, como el san Nicolás de la leyenda, cuidaba menos de su pulcritud aparente que de las necesidades reales de la humanidad. Por su parte, la Iglesia oriental, con su ascetismo solitario y su misticismo contemplativo, con su alejamiento de la política y de todos los problemas sociales que interesan a la humanidad entera, deseaba ante todo, como san Casiano, llegar al paraíso sin una sola mancha en su clámide. Aquélla quiso emplear las fuerzas divinas y humanas para un fin universal; ésta, sólo trató de conservar su pureza. He aquí el motivo principal de diferencia y la más profunda causa de separación entre ambas Iglesias".

"Se trata de distintos ideales de vida religiosa. El ideal religioso del Oriente separado, no es falso sino incompleto".

"Desde hace mil años la cristiandad oriental ha identificado la

[13] "Imagino que en la misma masonería existe, en la base, algo análogo a este mismo secreto, y que si los católicos aborrecen tanto a los masones es porque ven competidores en ellos, la ruptura de la unidad de la idea ya que debe existir un solo rebaño y un solo pastor...". DOSTOIEVSKIY, mismo capítulo.

religión con la piedad personal, y considera la oración como la obra religiosa *única.* La Iglesia occidental, sin desconocer la piedad individual como el verdadero *germen* de toda religión, quiere que este germen se desarrolle y produzca frutos en una actividad social, organizada para la gloria de Dios y para el bien universal de la humanidad. El oriental ora, el occidental ora y trabaja. ¿Quién de los dos tiene razón?".

Quienes consideran el ascetismo como único camino de salvación debieran recordar, prosigue el filósofo, que Cristo sólo pasó cuarenta días en el desierto; y así, la Iglesia oriental sería una Iglesia que obra y no una Iglesia cuyo ideal religioso tradicional es insuficiente frente a una Iglesia occidental cuyo ideal, ahora más que nunca, sigue siendo la universalidad. "Debe únicamente reconocerse sin reserva esta simple verdad: que nosotros, el Oriente, no somos más que una parte de la Iglesia Universal y una parte que no tiene el centro en sí misma, y que, por consiguiente, nos es necesario reunir nuestras fuerzas particulares y periféricas con el gran centro universal que la Providencia ha colocado en Occidente". [14].

A pesar de las pretensiones ortodoxas emitidas por los eslavófilos de que Rusia es la sede de la verdad de Cristo, nunca los patriarcas separados de Roma han podido convocar un Concilio ecuménico. Y no lo han podido porque no se han atrevido a hacerlo, ya que diferencias doctrinales esenciales levantan unas contra otras a las Iglesias nacionales rusa, griega, armenia, búlgara y servia. En realidad, la comunidad ortodoxa es un conglomerado de Iglesias nacionales hostiles que encuentran una apariencia de unidad tan sólo cuando se trata de la lucha común contra Roma. "Han hablado de la luz que viene de Oriente, pero no parece en modo alguno que su inteligencia haya sido iluminada por esa luz y que hayan visto claro" [15]. Y, a pesar de todas las fanfarronerías de nuestros patriotas militantes "es claro que la verdadera ortodoxia no tiene en sí nada de particularista y no puede, en modo alguno, constituir un atributo nacional o local que nos separe fatalmente de los pueblos occidentales; porque la mayor parte de estos pueblos —la parte católica— tiene absolutamente el mismo fondo religioso que nosotros. Todo lo que para nosotros es grande y sagrado, lo es también para ellos. Para indicar un solo punto esencial: uno de

[14] Soloviov: *Op. cit.* Libro I, cap. I.
[15] *Idem,* cap. III.

los aspectos característicos del catolicismo, el culto de la Santa Virgen, es, no sólo practicado por la Rusia ortodoxa en general, sino que hasta hay imágenes especiales veneradas en común por los católicos romanos y los ortodoxos rusos, por ejemplo, la Santa Virgen de Czenstochowa en Polonia. Si *la piedad* es verdaderamente el carácter distintivo de nuestro espíritu nacional, el hecho de que los principales emblemas de esta piedad nos sean comunes con los Occidentales nos obliga a reconocer nuestra solidaridad con ellos en lo que nosotros consideramos como más esencial" [16]. Sin embargo, nuestros mejores teólogos —Filaret de Moscú, por ejemplo —confiesan que no es posible reunir un concilio ecuménico en la Iglesia oriental mientras ésta permanezca separada de Occidente. La esencia de la *pravoslavie,* es decir, de la separación de Roma, no es el *Filioque,* ni el dogma de la Inmaculada Concepción. Estos no son sino meros pretextos. Es la autoridad pontifical insoportable para los particularismos nacionales. Dividiéndose en Iglesias nacionales, la ortodoxia debía caer siempre más en la dependencia del poder político. Esto era fatal y encontró su punto de llegada en la destrucción del Patriarcado y en la entrega de los asuntos religiosos al Santo Sínodo, solución lógica si pensamos que "el pueblo ruso, en la persona de san Vladímir, compró la perla evangélica cubierta de polvo bizantino" [17]. "Sometida sin reservas al poder secular y privada de toda fuerza interior, esta Iglesia "establecida" por el zar, no deja por eso de abusar del principio jerárquico, arrogándose sobre el pueblo una autoridad absoluta que sólo pertenece de derecho a la Iglesia Universal e independiente fundada por Cristo" [18]. La única verdad verdadera de los Viejos Creyentes es la que les permite proclamar, ante estos hechos, que no existe verdadero gobierno espiritual en la Iglesia greco-rusa. Pero estos miembros del *raskol* que protestan, en nombre de un ideal equivocado, contra una situación de hecho más errónea aún, son como la mala conciencia de la Iglesia oficial, ya que desde hace siglos protestan contra sus componendas. Sin embargo, ni unos ni otros creen ya en la Iglesia Universal, dado que para ellos ésta es una *Iglesia muerta* que solamente el Espíritu Santo puede resucitar.

"No hemos olvidado que los eslavófilos ven en nuestra Iglesia a la única y verdadera Iglesia de Cristo, síntesis viva de la libertad y de la unión en el espíritu de caridad. Y véase la conclusión a que llega

---

16 *Ibidem.*
17 *Ibidem.*
18 *Idem:* cap. IV.

el último representante de este partido (Aksákov) después de un examen imparcial de nuestros asuntos eclesiásticos: *"Lo que falta a la Iglesia rusa es el saludable soplo del espíritu de verdad, del espíritu de caridad, del espíritu de vida, del espíritu de libertad"* [19].

Al subrayar la falta absoluta de homogeneidad que es el vicio esencial de la Ortodoxia y que brota de sus particularismos locales, del odio que los griegos sienten contra los rusos y del desprecio que éstos profesan hacia aquéllos y cuya manifestación más probante es su actitud respectiva ante el bautismo protestante que los moscovitas aceptan como válido y que los otros consideran como nulo, Soloviov ve en estos fenómenos centrífugos la negación de la palabra de Cristo. Cristo no ha dicho, en efecto: "Edificaré *mis iglesias"*, sino *"mi Iglesia"*.

"No creemos que nuestros jerarcas hayan renunciado voluntariamente y de propósito deliberado a su poder eclesiástico. Pero si la Iglesia oriental ha perdido a causa de los acontecimientos lo que le pertenecía por derecho divino, es evidente que las puertas del infierno han prevalecido contra ella y que, por consiguiente, ella no es la Iglesia inconmovible fundada por Cristo".

"Tampoco queremos hacer responsable al gobierno secular de la anormal situación de la Iglesia frente al Estado. Este último ha tenido razón de mantener su independencia y supremacía respecto a un poder espiritual que sólo representaba una iglesia particular y nacional *separada* de la gran comunidad cristiana. Al afirmar que el Estado debe someterse a la Iglesia, debe entenderse que es a la Iglesia establecida por Dios, *una, indivisible y universal"*... "El Estado nacional es *un cuerpo real y completo,* que existe por y para sí, y la Iglesia nacional es una parte, o, mejor dicho, cierto aspecto de ese organismo social del *todo* político, y existe para sí sólo en abstracto" [20].

Frente a este estado de esclavitud en que se encuentran las Iglesias nacionales para con el poder político, "ningún razonamiento puede anular la evidencia del hecho siguiente: fuera de Roma no hay más que Iglesias nacionales (como la armenia, la griega), Iglesias de Estado (como la rusa, la anglicana), o sectas fundadas por particulares (como la luterana, la calvinista, la invigniana, etc.). *Sólo* la Iglesia Católica romana no es *ni* Iglesia nacional, *ni* Iglesia de Estado, *ni* secta fundada por un hombre. Es la *única Iglesia del mundo que conserva*

---

[19] *Idem:* cap.VII.
[20] *Idem:* cap. IX.

y afirma el principio de la unidad social universal contra el egoísmo de los individuos y el particularismo de las naciones; es la única que conserva y afirma la libertad del poder espiritual contra el absolutismo del Estado; es, en una palabra, la única contra la cual no han prevalecido las puertas del infierno" [21].

No es éste el lugar para hacer una reseña detallada de la argumentación histórico-teológica con la cual Soloviov demuestra que el primado de Pedro, el supremo magisterio de Roma, fué reconocido solemnemente por los Padres de la Iglesia oriental, a pesar del "latrocinio" de Efeso y de otras tentativas inspiradas por el poder civil para sacudir este magisterio. Bástenos indicar que el autor de *La Russie et l'Eglise Universelle,* nos entrega, a lo largo de la segunda parte de la obra, una argumentación impresionante, establecida sobre los textos de los Concilios y de los Padres hasta la ruptura de Bizancio con Roma, que demuestra ampliamente que, en toda ocasión, estos Padres y estos Concilios reconocieron y proclamaron que Cristo estableció al obispo de Roma cual autoridad suprema de la Iglesia universal.

Y de este modo, ante las desviaciones de la *pravoslavie* que han hecho de ésta el instrumento político de un Estado político, como lo reconocen todos los teólogos ortodoxos y el mismo Dostoievskiy, afirma que *"el Estado debe ser el órgano político de la Iglesia, el soberano temporal debe ser el Verbo del soberano espiritual"* [22].

Antes de poner un término a esta larga exposición, no me parece inútil reproducir el trozo siguiente con el cual acaba la introducción de *Rusia y la Iglesia Universal*: "Espíritu inmortal del bienaventurado apóstol Pedro, ministro invisible del Señor en el gobierno de su Iglesia visible, tú sabes que ella ha menester de un cuerpo terrestre para manifestarse. Tú le has dado ya por dos veces un cuerpo social: en el mundo greco-romano primero y luego en el mundo romano-germánico, sometiéndole el imperio de Constantino y el imperio de Carlomagno. Después de estas dos provisorias encarnaciones, ella espera su tercera y última encarnación. Todo un mundo lleno de fuerzas y de deseos, pero sin conciencia clara de su destino, llama a la puerta de la historia universal. ¿Cuál es vuestra palabra, pueblos de la palabra? Vuestra masa no lo sabe todavía, pero potentes voces salidas de entre vosotros lo han revelado ya. Hace dos siglos un sacerdote croata lo anunció pro-

21 *Idem:* libro seg. cap. X.
22 *Idem:* libro terc. cap. XI.

féticamente y, en nuestros días, un obispo de igual nación lo ha proclamado varias veces con elocuencia admirable. Lo que dijeron los representantes de los eslavos occidentales, el gran Krizhánich y el gran Strossmayer, sólo necesitaba el simple *amén* de parte de eslavos orientales. Este *amén* vengo a decirlo en nombre de cien millones de cristianos rusos, en la firme y plena confianza de que no me desautorizarán".

"Vuestra palabra, oh pueblos de la palabra, es la teocracia libre y universal, la verdadera solidaridad de todas las naciones y de todas las clases, el cristianismo practicado en la vida pública, la política cristianizada; es la libertad para todos los oprimidos, la protección para todos los débiles, es la justicia social y la buena paz cristiana".

"¡Abreles, pues, portero de Cristo, y que la puerta de la historia sea para ellos y para el mundo entero la puerta del Reino de Dios!".

V

Religioso bajo el magisterio de la Iglesia ortodoxa, pero insatisfecho por la inmovilidad de una institución que el Estado controla en todos sus movimientos, busca para ella una renovación mesiánica en la expansión nacionalista —y éste es el hombre de la eslavofilia, Aksákov o Dostoievskiy; religioso fuera de este magisterio que llega a considerar incapaz de realizar la verdad de Cristo, adhiere a la Iglesia de Roma —y éste es Soloviov que, cual Newman en Inglaterra, provoca en los ambientes intelectuales una larga serie de conversiones al catolicismo; religioso fuera de toda religión, porque el materialismo cientificista importado de Occidente le ha enseñado que el hombre puede ser su propio Dios, adhiere a todo aquello que puede ayudarlo a derribar instituciones que quieren seguir asegurando la primacía de aquel Dios que, según él, ha muerto ahogado por el Progreso— y éste es Biélinskiy que abre a la juventud intelectual las puertas de la subversión. Tal es el hombre ruso en la época de Alejandro II. Estas tres tendencias, de ahora en adelante, han de confirmarse día tras día hasta que el triunfo de una de ellas nos ofrezca de la vida espiritual rusa una solución que quiere ser integral y eterna.

V

Lo dicho nos permite deducir que el hombre ruso fué, en aquella

época, religioso, fuera y como a pesar de la Iglesia ortodoxa. La misma actitud de Dostoievskiy es, en realidad, una reacción ante el dolor que suscita en él la impotencia de la *pravoslavie* para renovarse y realizar lo que él llama su misión mesiánica. Y existe, en verdad, una diferencia fundamental entre el inmóvil y satisfecho metropolita Filaret y el pintor desesperado del alma rusa en perdición, que, a la par que proclama su adhesión incondicional a la religión tradicional, quiere arrastrarla hacia la universalidad. Insatisfacción que se explica por el hecho de que, al lado de la Iglesia oficial, siempre existieron Iglesias disidentes que la acompañaban en su tranquilo camino —como el esclavo acompañaba al triunfador romano— recordándole que no era sino una institución humana amenazada de muerte como todo aquello que no pertenece a la naturaleza divina.

En la época que nos interesa, la más importante de las Iglesias disidentes seguía siendo el *raskol* o cisma de los Viejos Creyentes, que gracias a la emancipación de los siervos había realizado, a expensas de la *pravoslavie,* nuevos progresos que la vigilancia oficial no había podido frenar. Aksákov confesaba que si el Estado ruso llegaba a admitir el principio de la libertad religiosa, la mitad de los campesinos pasaría a esa secta. ¿Qué significa esto? se preguntaba el defensor eslavófilo de la Iglesia oficial: "Que la mitad de los miembros de la Iglesia ortodoxa sólo le pertenecen en apariencia; que sólo están retenidos en su seno por temor de las penas temporales. ¡Este es pues el estado actual de nuestra Iglesia, estado indigno, afligente y horrible! ¡Qué exceso de sacrilegio en el recinto sagrado! la hipocresía reemplaza a la verdad, el terror en lugar del amor, la corrupción bajo apariencias de orden exterior, mala fe en la defensa de la verdadera fe; ¡qué negación, en la misma Iglesia, de los principios vitales de la Iglesia, de toda su razón de ser! la mentira y la incredulidad allí donde todo debe vivir, ser y moverse por la verdad y la fe!...".

En efecto, hasta 1861, el poder religioso local se había sometido al del terrateniente, representante del poder central y, en lo religioso, del Procurador del Santo Sínodo y, por ende, el odio del campesino estaba dirigido tanto contra el *sviashchénik* como contra el noble, ya que los consideraba a ambos como unidos en la expoliación de que se consideraba víctima. Cuando la reforma de Alejandro II rompió este lazo político-religioso tradicional, numerosos campesinos abandonaron, al mismo tiempo que su condición de siervos, la Iglesia oficial —condición e Iglesia que para ellos se complementaban— y se unieron al

raskol de los Viejos Creyentes cuya jerarquía, cuando existía, siempre se había mantenido independiente de toda influencia política. Bástenos indicar que sólo en la provincia de Simbirsk, entre 1861 y 1864, veinticinco mil campesinos efectuaron esta conversión. Este movimiento, con el tiempo, no hizo más que acelerarse y las mismas estadísticas del Santo Sínodo, evidentemente optimistas, denuncian que, al principio del reinado de Nicolás II, varios millones de ortodoxos se habían pasado a la secta.

Otras sectas que adquirieron entonces una relativa importancia fueron las de los *klistovstsiy* o "flagelantes" que duraba todavía en 1917 y que no es sino una supervivencia del viejo paganismo eslavo nunca enteramente desarraigado, y la de los *skoptsiy* o "mutilados".

Fundada en la segunda mitad del siglo XVIII, la secta de los "mutilados" pretendía librarse de toda tentación carnal por la castración, y descubría su fuente divina en los Libros Sagrados [23].

Desde un primer momento esta herejía conquistó muchos adeptos en las clases humildes, gracias a la predicación de su fundador Andréi Iovánovich y de su discípulo predilecto Kondrati Sélivanov, y se extendió de modo tan peligroso, que el gobierno hizo deportar a sus dirigentes y a sus prosélitos más activos a Siberia. Con la persecución nació la leyenda que la propaganda oral transmitía de choza en choza y millones de siervos creían con firmeza: que Pedro III se había hecho *skopetz* para escapar a los furores eróticos de Catalina y que ésta, para vengarse, lo había hecho asesinar; que Sélivanov era Cristo en su segunda encarnación, etc. En el tiempo en que se encontraba bajo la influencia de Mme de Krüdener, Alejandro I protegió al *Cristo skopetz* y pronto se contó entre los sectarios a aristócratas, a altos funcionarios, a cortesanos... hasta que Alejandro se decidió a encerrar a su protegido en un convento donde murió en 1832. Esta política de represión siguió alcanzando a los *skoptsiy* durante todo el reinado de Nicolás I. Se los deportó a Siberia, se los condenó a trabajos forzados en las minas del Ural. Siguieron convirtiendo a sus compañeros de infortunio.

23 "Existen eunucos que así nacieron en el seno de su madre; existen otros que han sido hechos tales por los hombres pero existen también eunucos que se han castrado con sus propias manos para entrar en el reino de los cielos" (*Mateo*, IX, 12). - "Entonces el Señor Dios dijo a los eunucos: a los que observen estrictamente mi ley, asignaré un lugar privilegiado entre mis hijos y mis hijas; les daré un nombre eterno y que no perecerá" (*Isaías*, LVI, 4,5). - "¡Felices las mujeres estériles! ¡Felices los vientres que no han engendrado! ¡Felices los senos que no han amamantado!" (*Lucas*, XXIII, 29).

Alejandro II mandó que se los dejara tranquilos... lo que tuvo por efecto cerrar su reclutamiento y al final del reinado del Zar Libertador apenas si alcanzaban a algunos millares de adeptos.

Salimos de estas aberraciones con los *Stundistas,* protestantes de tipo racionalista, con los *Molokaniy,* que obedecían a los conceptos racionalistas evangélicos que, hacia la mitad del siglo, invadieron una gran parte del protestantismo occidental; pero no con los *Dujoboriy* que buscaban la pureza espiritual en el fuego, incendiando sus casas y sus aldeas, y que —al final del siglo décimonono— patrocinados por León Tolstói, emigrarán a Columbia británica donde intentarán realizar su ideal de comunismo vagamente cristiano.

V

Tal es, reducido a sus líneas esenciales, el panorama religioso de Rusia durante el reinado de Alejandro II. Llegados al término de una evolución bochornosa, a esa época de transición cargada de amenazas, estos factores espirituales tan contradictorios no dejarán de tener en la acción exterior de Rusia proyecciones determinantes de acontecimientos graves para el porvenir.



CAPITULO V

RELIGION Y PANESLAVISMO

Las Potencias contra Rusia - Las ingratitudes de Francisco José - Rusia entre Oriente y Occidente - Gorchákov - Napoleón III y Alejandro II - La cuestión polaca - El juego inglés - Prusia - El tratado de Londres - Bismarck, Gorchákov y el *Ausgleich* - El llamamiento de Mac Mahon - Turquía en 1875 - Matanzas de cristianos y eufemismos disraelianos - "Mentir Bajá" - La guerra fría en 1877 - Las hostilidades ruso-turcas hasta la paz de San Stefano - El embrollo balcánico - Ambiciones maternales de la reina Victoria - El Congreso de Berlín y la "traición" de Europa - Atracciones asiáticas.

El fracaso de la política exterior de Nicolás I tal como el tratado de París lo sancionó al finalizar la guerra de Crimea, había permitido a Francia, a Inglaterra y a Austria, aislar completamente a Rusia en el terreno diplomático. El Estado cuya acción, desarrollada en el marco de las obligaciones de la Santa Alianza, había asegurado cuarenta años de paz al Continente, se encontraba así rechazado, del día a la mañana, fuera del concierto de las naciones: Francia y Austria habían hecho suyo el punto de vista inglés expresado en vísperas del Congreso por Lord Clarendon, para quien era menester "sin idea preconcebida, sin miras ambiciosas, obligar al Estado ruso a volver a situarse entre los límites que le señalaron la naturaleza y la historia", es decir, en Oriente. Tesis, como veremos, que los rusos adoptarán en el momento oportuno.

Para salir de esta situación, Alejandro II utilizó tres elementos que su diplomacia supo manejar perfectamente: la situación general europea que, por las ambiciones que no tardaron en levantar unas contra otras a Francia, a Prusia y a Austria, le permitió hacer de la alianza o de la neutralidad rusas, un premio codiciado por rivales dispuestos a pagarlo a cualquier precio; el paneslavismo que le permitió infundir en los corazones rusos el entusiasmo que les había

faltado en el momento de la guerra de Crimea y volver de nuevo sus pasos, pero con más firmeza y seguridad esta vez, hacia los objetivos ya seculares de Occidente y de Oriente; la expansión en Asia que, a la par que constituía una amenaza constante contra el Imperio Británico, ponía entre sus manos "triunfos" que Nicolás I no había podido echar sobre el tapete.

Para romper el cerco en que se encontraba encerrada, Rusia tuvo que buscar alianzas en el Continente, necesidad imprescindible en la época en que imperaba el principio del equilibrio europeo inventado por Inglaterra. Utilizado contra Francia en el siglo XVIII y durante el período de la Revolución y del Imperio, este principio —entre las manos de la diplomacia inglesa— se había transformado, merced al Tratado de París, en instrumento dirigido contra Rusia en primer término, pero también en medio para vigilar a Francia cuyas ambiciones podían volver al camino de sus tradiciones antiinglesas.

Así, al empezar la segunda mitad del siglo XIX, podemos comprobar que Inglaterra ya considera a Rusia como a su única rival verdadera y permanentemente peligrosa, y toda su actividad diplomática ha de consistir en emplear a Europa en contra de ella. Juego relativamente fácil con Austria, cuya composición étnica, después del *Ausgleich* de 1867, dará al elemento magiar la voz cantante en el sistema dualista, con la consecuencia de esclerosar definitivamente este sistema en su oposición contra Rusia. A partir del *Ausgleich,* en efecto, Budapest toma la dirección general de la política autriaca, la asienta en un sentido de colaboración estrecha con Prusia y juega constantemente en contra de las nacionalidades eslavas del Imperio que se encuentran en la obligación de mirar hacia Rusia, su protectora natural. Por esta razón, Francisco José, para salvar su imperio de una disgregación cuyo motor se encuentra en el exterior, es decir, en Rusia, se verá en la necesidad de ser el agente europeo activo de la política antirusa de Inglaterra. Para disipar el íncubo de secesión que los húngaros hacen siempre pesar sobre él, los sigue sin vacilar en su política antieslava que, fatalmente, ha de desbordar pronto del plan interior sobre el internacional. Enemiga de todo trialismo posible —ya que tal sistema daría a los checos y a los eslavos meridionales una importancia susceptible de disminuir la suya— Hungría practicará una política de coacción frente a los eslavos del Imperio que han ayudado a Viena en 1848-49 en su lucha contra Budapest, y de hostilidad constante frente a Rusia, considerada por ella en los años sucesivos como

la fuerza catalizadora de los elementos disgregadores de la Monarquía Apostólica. Así se puede comprender cuán fácil se hará el juego inglés en Viena.

Lo será mucho menos en París y en Berlín, ya que las intenciones de Napoleón III nunca aparecen claramente, ni siquiera a sus colaboradores más íntimos, hasta el momento mismo de la acción, y esto se verá en Italia, en Méjico y a propósito de la cuestión austro-prusiana; y que Berlín, interesado en romper a su provecho el equilibrio europeo, tan caro a Londres, no vacilará nunca en cambiar totalmente de ruta cada vez que la realización de sus propósitos se lo aconseje. Situadas diplomáticamente a igual distancia de San Petersburgo y de Londres, París y Berlín serán plazas siempre conquistables para el juego inglés y el ruso, pero siempre dispuestas asimismo a cambiar de campo. Hecho de igual modo peligroso para ambos contrincantes pero que los sitúa asimismo en equivalencia de condiciones.

El paneslavismo es doctrina por la cual los rusos codifican sus designios políticos, o, si se quiere, aquéllas en que sus objetivos políticos y sus aspiraciones espirituales coinciden. La cuestión de Oriente, que siempre resurge de sus cenizas, será el medio que ha de servir al paneslavismo para realizarse, ya que, por su voluntad de defender a los pueblos ortodoxos oprimidos por Turquía, el nacionalismo ruso tendrá que proyectarse más allá de sus fronteras.

Para Rusia, la expansión en Asia es a la vez un medio y un objetivo: medio para garantizar sus fronteras en Occidente y su comercio en Oriente, pero también para romper el cerco que, del Báltico al Tibet, Inglaterra, por todos los recursos, intenta levantar contra ella; objetivo en la medida en que consiste en llevar hasta el Pacífico sus fronteras asiáticas y en transformar a Extremo Oriente en zona de exclusiva influencia rusa.

Y así podemos percibir cómo los tres elementos primordiales de la diplomacia zarista en el período que aquí nos interesa, coinciden en muchos de sus aspectos ya que, en verdad, cada uno de ellos es utilizado por San Petersburgo como medio de lucha eficaz contra Inglaterra, único obstáculo serio entre Rusia y sus objetivos.



El fracaso ruso en la guerra de Oriente había dependido más del

orden diplomático que del militar. Tanto es así que, después de la caída de Sebastopol, el ejército zarista había impedido a los franco-ingleses franquear el istmo de Pérekop, y que Rusia había pedido el armisticio mucho más en razón de su aislamiento que de sus derrotas militares. En el Congreso de París, si exceptuamos ciertas demostraciones de amabilidad por parte de los delegados franceses, no había encontrado ningún defensor.

Ya en los años 50, las grandes naciones europeas, menos Rusia, claro está, debían contar con opiniones públicas que pretendían decir su palabra en todas las cuestiones importantes. O si se quiere hablar con más exactitud, los gobiernos, cuando habían llegado a convencer a la opinión pública de la necesidad de seguir tal o cual línea política, debían luego desarrollar tesoros de ingenio para incitarla a cambiar de actitud ante un problema que se le había presentado hasta entonces de modo distinto. Esto puede explicar la persistencia de ciertas actitudes en el campo internacional y ello es tan cierto que, si nos referimos a una época en la cual los gobernantes no tenían que supeditar su política a la aprobación de los súbditos, a la Francia de Luis XV y de Luis XVI, por ejemplo, nos encontramos con que, mientras el rey veía claramente la necesidad de poner un término a la rivalidad con Austria, la opinión "ilustrada" francesa manifestaba su desaprobación por esta tendencia que consideraba antinacional ya que, según ella, violaba las disposiciones del *Testament de Richelieu,* sin darse cuenta de que, a causa del surgir de Prusia y de la prepotencia inglesa, las condiciones no eran las mismas en la segunda mitad del siglo XVIII que en la primera de la centuria anterior.

En vísperas de la guerra de Crimea, el pueblo inglés estaba persuadido de la perversidad de la política rusa, persuasión que la reina Victoria expresaba muy claramente en el discurso del trono de 1854, asegurando que los zares "acumulaban y dirigían las energías de millones de almas con el único propósito de restringir y de falsear la civilización europea". Inglaterra siempre tuvo tendencia a identificarse con la idea de civilización cada vez que sus intereses chocaron con los de otra nación. Actitud muy natural, por cierto, ya que, puestos en las mismas condiciones, todos los pueblos la adoptan sin vacilar, seguros como están de provocar así ecos profundos en una opinión que se trata de utilizar. Basta esto para mostrar por qué, desde la guerra de Crimea, Inglaterra nunca se atrevió a dibujar un movimiento demasiado concreto hacia Rusia. Tenía, en verdad, muchas buenas razo-

nes para suponer que tal movimiento provocaría fatalmente la indignación de los ingleses, si bien éstos aceptaron con entusiasmo la alianza rusa cada vez que se trató para ellos de salir del juego diplomático para entrar en el de las armas. En lo que queda del siglo décimonono encontraremos muchas proyecciones de la actitud de la opinión pública en el terreno internacional.

El mismo Emperador de Rusia —autócrata cuyo poderío no conocía limitaciones— se encontraba, muy a menudo, en la obligación de tener en cuenta la opinión de sus súbditos, opinión mucho más agitada, si no en superficie, en sus repliegues subterráneos, que la de la parlamentaria Inglaterra. El paneslavismo le proporcionará la palanca que tanto había faltado a su padre.

Hasta 1854, la alianza con Austria había constituído la columna central del sistema diplomático ruso, pero, en 1854 y en 1856, Viena había traicionado las esperanzas que San Petersburgo había puesto en ella y, olvidando lo que debía al país que la había salvado del desmembramiento en 1849, había pasado sin la menor vacilación al campo enemigo. Este hecho lo cambiaba todo. Rusia debía buscarse aliados tanto contra Austria como contra Inglaterra. Prusia, por sí sola, no podía ser en aquel entonces una aliada muy brillante en razón de su situación todavía secundaria en el concierto de las naciones europeas. Frente a una Inglaterra abiertamente hostil y una Austria dispuesta a repetir su traición en la primera oportunidad que se le brindara, no le quedaba más que Francia como aliada susceptible de ayudarla a cambiar en su provecho el sistema europeo tan penosamente edificado por la diplomacia británica.

El hombre que Alejandro eligió para realizar esta tarea fué el príncipe Alejandro Gorchákov [1], hombre de medios bastante limitados a pesar de su temperamento brillante y de su dedicación absoluta a las obligaciones de su cargo. Como todos los grandes aristócratas de la generación de los dekabristas, había sido educado en el Liceo Imperial de Zárskoie Sieló, donde había tenido como maestro al propio

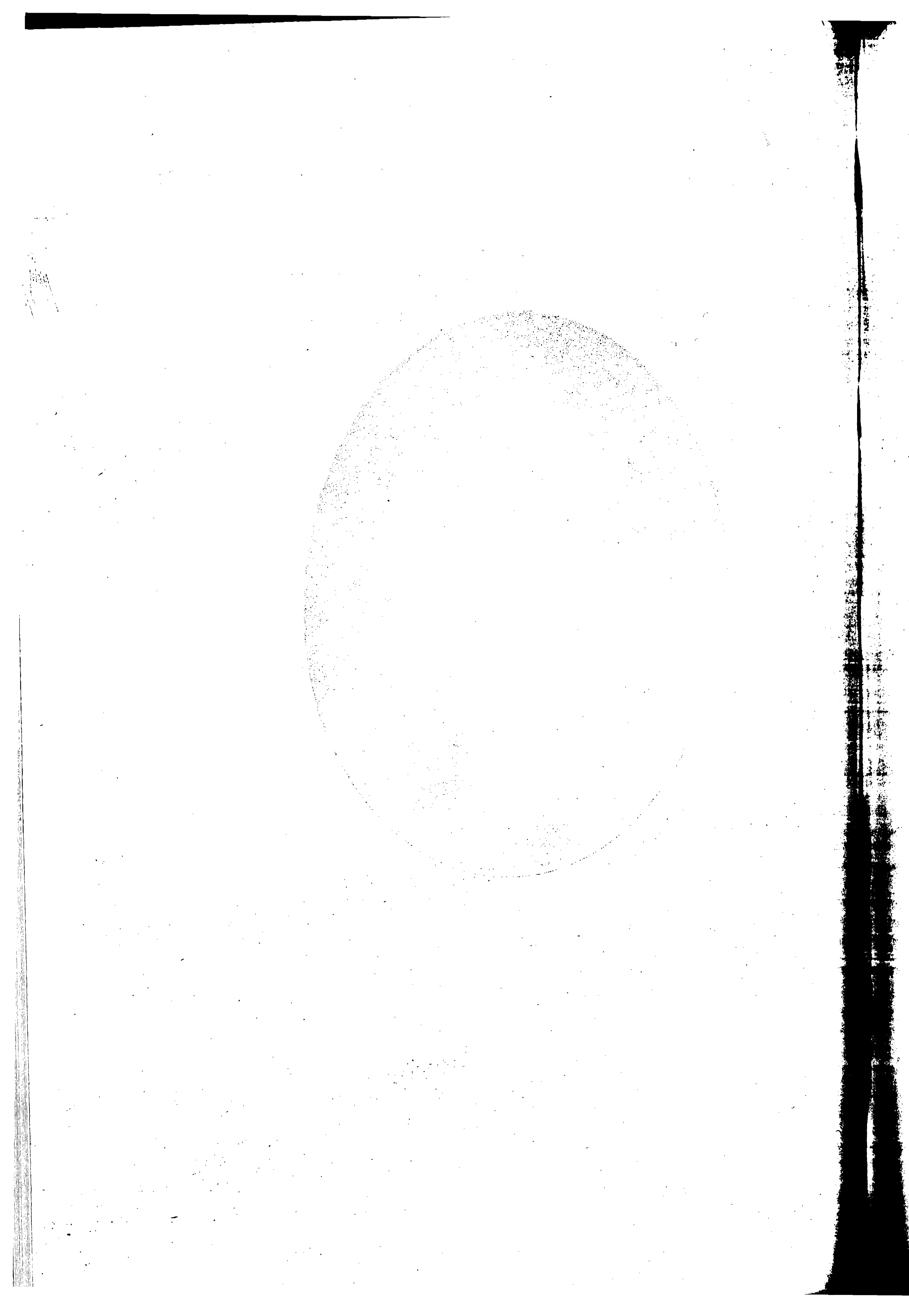
---

[1] (1798-1883). Agregado al ministerio de Relaciones Exteriores en 1817 bajo Capo d'Istria, asistió a los congresos de Laybach y de Verona. Secretario en Londres, encargado de negocios en Florencia, consejero en Viena, ministro en Stuttgart y finalmente embajador en la capital austriaca en el momento de la guerra de Crimea, recibió la cartera de Relaciones Exteriores en 1856. Vicecanciller en 1862, a la muerte de su enemigo Nesselrode, accedió a la Cancillería en 1867. arrera bastante penosa, como se ve, en razón de la hostilidad de su predecesor en el ministerio de Relaciones Exteriores. Era el primer ruso auténtico que ocupaba este cargo desde Catalina la Grande.

hermano de Marat que se escondía en Rusia bajo el pseudónimo de Baudry. Algo volteriano, ponía sus cuidados en encontrar fórmulas felices más que en trazar planes meditados. Vanidoso y superficial, escondía la falta de originalidad de su pensamiento tras hermosas relaciones poco comprometedoras, actitud que lo había hecho apodar por sus subordinados "el Narciso del tintero". Y, sin embargo, fué durante muchos años un ministro perfecto de Relaciones Exteriores. Esta contradicción entre una ausencia casi absoluta de propósitos firmes y un buen éxito casi nunca desmentido en el terreno práctico, es en verdad un hecho bastante curioso. Y, sin embargo, resulta relativamente fácil encontrar las razones de los éxitos en esta misma ausencia de originalidad. En primer lugar, Gorchákov, al tener poca personalidad, era un instrumento ideal entre las manos de su soberano que encontraba en él un perfecto agente de ejecución. Luego, su escepticismo volteriano que lo hacía considerar con recelo todo sistema y todo programa preestablecidos, le permitía adaptarse a todas las situaciones posibles. En reacción contra la política de Nesselrode que, extranjero él mismo, había utilizado casi solamente a diplomáticos de origen alemán, Gorchákov pretendía "hacer la política de los hombres barbudos de su país", idea poco original si tenemos en cuenta la atmósfera de nacionalismo que los eslavófilos habían creado en Rusia después de los franceses de 1856, como tampoco eran originales los planes que tenía, al asumir sus funciones, de manifestar en toda ocasión su rencor contra Austria y de sacudir las restricciones impuestas a su país por el Tratado de París. Estas ideas salían ellas también de los programas del nacionalismo ruso humillado por Europa y traicionado por Austria y, además, correspondían a una actitud del mismo Emperador que no era sino el portavoz de la opinión rusa. Falta de originalidad que encontraremos asimismo en la elección por Gorchákov de los métodos destinados a la realización de este programa. Tanto es así que la diplomacia petersburguesa, bajo su dirección, no pudo, en fin de cuentas, firmar ninguna alianza duradera con Francia, puesto que, si bien en un primer tiempo el dúo de amor franco-ruso llegó a ser casi perfecto, acabó por transformarse en hostilidad a causa de la cuestión polaca que creaba entre Rusia, Prusia y Austria intereses comunes imposibles de dejar de lado y que, por otra parte, la política de las nacionalidades cuyo campeón era Napoleón III debía fatalmente oponer París a San Petersburgo. Pronto, frente a Inglaterra, enemiga constante de Rusia, y a Francia que quiere considerar la cuestión polaca como un problema



ALEJANDRO II en 1856



de orden europeo, Gorchákov se encontrará en la obligación de capear y de hacer una política exterior inspirada por Bismarck, sobre todo cuando Prusia y Austria entren en lucha por el predominio en Europa central. Con todo, Alejandro y su ministro habían llegado a desglosar a Francia de Gran Bretaña.

Gorchákov tenía con el duque de Morny, desde el tiempo de su embajada en Viena, relaciones de amistad que se desarrollaron cuando, después del Tratado de París, el hermanastro de Napoleón III fué enviado a representar a Francia en Rusia. Gracias a estas relaciones pudo organizar una entrevista entre Napoleón III y Alejandro II que tuvo lugar en Stuttgart, en el mes de setiembre de 1857, y que toda Europa consideró como un hecho sensacional. Gorchákov hablaba ya de alianza franco-rusa, una alianza para todos los casos, porque había visto al Emperador de los franceses dispuesto, en principio, a reemplazar a Inglaterra por Rusia en su sistema diplomático. Sin embargo, en Stuttgart no se había firmado ningún instrumento, y precisamente para obtener de Francia este instrumento Gorchákov prometió el año siguiente al príncipe Jerónimo Napoleón que, en caso de guerra austro-francesa, Rusia quedaría neutral y concentraría un cuerpo de observación a lo largo de su frontera con Galitsia. Promesa mantenida firmemente en 1859 y más que mantenida, puesto que San Petersburgo, ya estalladas las hostilidades, ejerció una poderosa presión sobre Prusia para impedirle organizar una coalición germánica contra Francia.

Sin embargo, este proyecto de alianza fracasó como había fracasado el acuerdo firmado entre Napoleón I y Alejandro Pávlovich en el curso de la entrevista de Tilsit, y es digno de notar que, esta vez también, la cuestión turca y la cuestión polaca fueron las causas formales de dicho desenlace diplomático.

Había sido concertado en Stuttgart que Francia y Rusia coordinarían su acción en Oriente. Pero Napoleón III, que no quería enemistarse con Inglaterra, estaba decidido a no lanzarse en ninguna empresa que pudiera provocar las sospechas de su aliada ya inquieta por su política italiana. Se contentó pues con mandar buques de guerra frente a Ragusa para obligar a los turcos a evacuar a Montenegro y, cuando en mayo de 1860 Gorchákov propuso a los embajadores de las potencias occidentales examinar la triste situación de los cristianos de Bosnia y de Bulgaria, manifestó un desinterés total que, algunas semanas más tarde, al hacer el ministro ruso un llamamiento para la organización de las provincias cristianas de Turquía y para la revisión del

Tratado de París, se transformó en hostilidad apenas velada. Actitud absolutamente incomprensible por parte del Bonaparte, ya que si le repugnaba la idea de la alianza rusa o si no la consideraba como un instrumento diplomático seguro [2] lo más natural para él hubiera sido no aceptar la entrevista de Stuttgart.

La cuestión polaca iba a demostrar la imposibilidad de una alianza duradera entre Francia y Rusia. Aquí, en efecto, Napoleón III pudo desarrollar, en toda su amplitud, su concepto del principio de las nacionalidades [3].

Ya durante los trabajos del Congreso de París, la delegación

---

[2] Tanto es así que, ya en 1860, empezaba a turbarse seriamente el cielo sereno de la amistad franco-inglesa, a propósito de la cuestión italiana. Después del armisticio de Villafranca, en efecto, la diplomacia inglesa, utilizando el descontento de los italianos abandonados en plena empresa, substituirá poco a poco su influencia a la francesa. Cavour y Garibaldi, a partir de este armisticio, deben mucho más a Londres que a París. Ver F. CHARLES-ROUX: *Alexandre II, Gortchakoff et Napoléon III*, París, 1913.

[3] Es muy poco conocido el hecho de que los Estados Unidos fueron los únicos que siguieron sin vacilación la diplomacia rusa en su interpretación de la cuestión polaca como de una cuestión interior rusa. Esta coincidencia de los puntos de vista de Washington con los de San Petersburgo, se repite varias veces a lo largo del siglo XIX y precisamente a propósito de la insurrección polaca de 1863 y de la guerra de Secesión. Si consideramos solamente las tradiciones políticas de las dos naciones, ello resulta bastante extraordinario ya que, según la lógica, dichas tradiciones hubieran debido llevar a los dos sistemas —liberal el uno, autocrático el otro— a relaciones de incompatibilidad. Sin embargo, sucede todo a la inversa en estas dos oportunidades y en otras de menor cuantía.

Por una parte, cuando Francia e Inglaterra, que querían evitar la derrota de los Sudistas, intentaron arrastrar a Rusia en el camino de la intervención, tuvieron que chocar con una negativa brutal y el plenipotenciario designado por la Confederación de los Estados del Sur para representarla en San Petersburgo, ni siquiera se atrevió a pasar la frontera rusa. Por otra, cuando Londres y París pretendieron asociar a Washington a las presiones que pretendieron ejercer sobre San Petersburgo a favor de los polacos, el presidente Lincoln se negó a ello rotundamente. El representante diplomático de Washington ante el Emperador Alejandro II, en una serie de despachos dirigidos al State Department —se trata del senador liberal Cassius Clay— demostraba que la insurrección polaca no era en lo más mínimo un levantamiento democrático sino una rebelión aristocrática. En uno de estos despachos, preguntaba: "¿Por qué los republicanos (americanos) derrumbarían el *liberalismo ruso tan sólo para substituirle una Polonia reaccionaria?*".

Es que el desmembramiento del Imperio ruso y el de la joven República norteamericana ofrecían un interés idéntico para Inglaterra que se esforzaba en conjurar estas amenazas eventuales contra su hegemonía. Solidarios ante un peligro común los dirigentes yanquees y rusos descubrieron así muchas razones sólidas para concederse un apoyo mutuo. Salvo durante la guerra de Secesión en la cual, sin la ayuda de Petersburgo, Lincoln y los Nordistas se hubieran encontrado totalmente aislados, esta alianza implícita, por otra parte, era más provechosa para Rusia que para Estados Unidos, simplemente porque, fuera de esta oportunidad, éstos nunca fueron amenazados directamente en su existencia, mientras que Rusia lo fué constantemente. Así se explica cómo el Zar, en 1867,

francesa, obedeciendo evidentemente a instrucciones del Emperador, había intentado provocar una discusión acerca de la cuestión polaca. Lord Clarendon, cuyo gobierno estimaba que Rusia había recibido bastantes golpes, temiendo, quizá, que rompiera las negociaciones si se suscitaba una discusión sobre un problema que persistía en considerar como exclusivamente interior, había cortado el paso a esta maniobra, y Austria, cuya posición frente a la misma cuestión no podía ser diferente de la de Rusia, la había seguido, dejando a la diplomacia francesa en postura de desequilibrio. En Stuttgart, el Emperador de los franceses quiso volver sobre el asunto, pero Alejandro II se negó, por las mismas razones que Orlov en París, a discutir la situación de los exilados polacos, ya que había proclamado una amnistía general a favor de los sublevados de 1831 y manifestado públicamente su intención de dar otra dirección a la política de San Petersburgo para con Varsovia. Sin embargo, la agitación perduraba en Polonia, y en 1858 era previsible que todo se preparaba para una sublevación que, esta vez, podía tomar una extensión mayor que la del tiempo de Nicolás. Alejandro y Gorchákov, no obstante la oposición de los elementos activistas de Polonia, estaban sinceramente conquistados por la idea de una reforma fundamental a condición de que ésta no les fuera impuesta por el extranjero. El marqués Wielopolski, polaco amigo del Canciller ruso, les había representado la necesidad de hacer revivir la Polonia de 1815 y de ampliar el estatuto de Alejandro I. En su espíritu, como en el del Emperador y de su ministro, se trataba de volver a constituir el Reino de Polonia con administración, sistema legislativo, ejército y finanzas autónomos. Este reino hubiera pertenecido a Alejandro en virtud del principio de la unión personal, es decir, que, fuera del Románov, ningún ruso hubiera tenido nada que ver en su vida interior. Pero los exilados que vivían en París tenían frecuentes contactos con las Tullerías y, con la facultad de ilusionarse que permite a los polacos transformar sus deseos en seguridades, se figuraban que Napoleón sostendría sus aspiraciones por las armas. Además el ejem-

vendió Alaska a Estados Unidos por la suma irrisoria de 7.200.000 dólares; este territorio estaba demasiado alejado del corazón del Imperio para poder ser utilizado como base de operaciones en el caso, nada improbable, de una guerra anglorusa. Se puede opinar, pues, que la venta de Alaska fué en realidad una maniobra diplomática rusoamericana contra Gran Bretaña puesto que Alaska, mientras no constituía ningún peligro para las posesiones inglesas de Norteamérica si permanecía en manos rusas, ponía a estas posesiones en situación peligrosa una vez cedida a Estados Unidos que de ese modo podía apretar al Canadá entre los dos brazos de una pinza.

plo italiano no servía sino para envalentonar a estos hombres, ya de por sí abiertos a todas las quimeras. Después de la suspensión de armas de Villafranca, ¿acaso Víctor Manuel, Cavour y Garibaldi no habían conquistado ellos solos lo que su aliado de la víspera no les había conseguido? Ya que Napoleón había ayudado a los piamonteses a liberar Lombardía y, luego, había sido incapaz de retenerlos cuando empezaron a anexarse el resto de Italia, los Principados del centro, Sicilia, Nápoles y una parte del Patrimonio de San Pedro, ¿no podía esto volver a repetirse con Polonia? Los polacos de París consideraron los proyectos de Wielopolski como una ridiculez y al hombre que los había establecido como a un traidor. Estos proyectos podían representar una base de partida y nada más. Lo que había que conseguir era, no sólo la independencia de Polonia, sino su reconstitución en su situación anterior a 1772, es decir, una Polonia que comprendiera, además de los territorios puramente polacos ocupados por Rusia, por Austria y por Prusia, a toda Lituania y a una gran parte de Ucrania. Aun no queriendo que sus amigos polacos se entregaran a tales locuras, Napoleón se vió llevado fatalmente a su cabeza. El pabellón cubre la mercadería y Europa consideró al Emperador de los franceses como el inspirador de estas ideas descabelladas. Impresión tanto más legítima cuanto que, para responder a un llamado apremiante que Gorchákov había lanzado a los gobiernos de Europa en nombre de los intereses conservadores amenazados por la revolución en marcha, mientras Alejandro declaraba al embajador de Francia que no estaba en Polonia en nombre del derecho de conquista sino en el del derecho de herencia y que, por ende, defendería esta herencia hasta el final, el emperador de los franceses incitó a Inglaterra y a Austria a seguirlo en una política activamente antirrusa. En junio de 1863, cuando la insurrección cubría ya a toda Polonia y parte de Lituania, París, Londres y Viena presentaron a San Petersburgo un memorandum en seis puntos para la restauración del antiguo reino. Esta era una agresión que Rusia se encontraba en la necesidad de rechazar. Gorchákov contestó pues al conde de Montebello, embajador de Francia, que el Zar había proyectado reformas infinitamente más importantes que las que le sugerían Francia, Inglaterra y Austria, a condición, empero, de concederlas él mismo sin intervención de nadie que no fuera o polaco o ruso, pero que ahora, puesto que las tres potencias pretendían hacer de una cuestión interior un problema internacional, y que la rebelión había estallado, se negaba rotundamente a cualquiera idea de reforma. Gor-

chákov se sentía tanto más seguro cuanto que el 27 de enero del mismo año había firmado con Alvensleben, representante de Prusia, una convención por la cual éste le prometía la intervención del ejército de su país, si Rusia se lo pedía, para mantener el orden en Polonia.

En todo este asunto la actitud de Inglaterra y la de Austria fueron astutas, la de Francia imprudente y necia. En efecto, al asumir la suya, Londres, enemiga ya tradicional de Rusia, no corría ningún peligro, dado que, aunque no tuviera la mínima intención de intervenir militarmente a favor de los polacos, no le importaba ver empeorar sus relaciones con San Petersburgo, relaciones cuya tensión correspondía a su línea de intereses. En todo esto, le resultaba provechoso seguir a Francia, puesto que ésta saldría de la aventura enemistada con Rusia y algo depreciada en el terreno internacional, porque ella tampoco se encontraba en condiciones de imponer sus puntos de vista por la fuerza. En cuanto a Austria, veía muy claramente que una desavenencia entre Francia y Rusia quitaría a ésta la ayuda de aquélla en los Balcanes. Francia, por su parte, fué imprudente y necia en la medida en que se comprometió diplomáticamente a favor de un país sin tener la posibilidad de ayudarlo por las armas. Y no podía intervenir porque, por una parte, Inglaterra no quería hacer la guerra por la independencia polaca y también porque entre Francia y Polonia existía toda la parte de Alemania controlada por Prusia y que Prusia, en este asunto, se había aliado con Rusia.

En realidad el país que sacó las mayores ventajas de este embrollo diplomático fué Prusia, ya entonces gobernada por Bismarck que quería la destrucción del poderío austriaco en Alemania, el aislamiento y la derrota de Francia, y la instauración del Imperio alemán a favor de la Casa de Hohenzollern. Antes de llegar a la Cancillería, Bismarck había representado a Prusia algunos años ante la Corte zarista y había adquirido la convicción de que la neutralidad rusa en los conflictos que su país podría ser llamado a sostener en el Continente para alcanzar estos objetivos, le bastaba para asegurarse el predominio político de Europa. Este era un camino largo y difícil y había que emprenderlo con mucha prudencia, razón por la cual él es quien se encuentra en el origen de la convención Alvensleben-Gorchákov que los primeros éxitos rusos, que él había previsto, volvieron inútil prácticamente, sin quitarle nada de su importancia diplomática, ya que, sin gastos para Prusia, subrayaba una vez más la hostilidad austriaca para con Rusia, mataba de modo definitivo la naciente alianza entre París y San

Petersburgo y le proporcionaba al mismo tiempo la gratitud de Alejandro II.

Esta tuvo diversas ocasiones de manifestarse: en 1864, en el asunto de los Ducados, en 1866, durante la guerra austro-prusiana, y en 1870, en ocasión de la guerra que Bismarck tuvo que sostener solo contra Francia. Para Rusia, la batalla de Sadowa fué un desquite de Sebastopol y Sedán una respuesta a las intrigas polacas de Napoleón III, ya que esta victoria fué posible solamente porque Austria no se puso al lado de los franceses —su intención en un primer tiempo— porque temió una intervención de Rusia al lado de los prusianos. Con todo esto, Rusia permitía el resurgimiento de una poderosa nación amiga que, ahora que Austria y Francia estaban abatidas, la ayudaría a tener a Inglaterra en jaque. Ya después de Sedán, así como los italianos ocuparon Roma sin molestias internacionales, Rusia declaró caducas las estipulaciones del Tratado de París y volvió a tomar su libertad de acción en el mar Negro. Las naciones europeas, por el tratado firmado en Londres el 13 de marzo de 1871, reconocieron la validez de este hecho consumado y éste era para San Petersburgo un éxito de prestigio alcanzado sin que en ningún momento hubiera sentido el temor de deber sacar la espada. Ya Rusia podía hablar con entera igualdad en el concierto europeo.

Al asegurarla en sus fronteras europeas, la amistad prusiana le había permitido realizar, sin grandes dificultades, su expansión en Asia central y extremo-oriental. Ya terminada la conquista del Cáucaso, el ejército zarista adquirió los vastos territorios ribereños del río Amur [4] y la provincia de Osurí [5]. Táshkent fué conquistada en 1865, Samarkand, antigua capital de Timurlán, en 1868; Jiva y Bujara cayeron en 1873 bajo el protectorado ruso; Kokand fué anexada en 1876. Así desaparecía la solución de continuidad que, a través de las estepas de Orenburg, se extendía entre los Urales y Sémipalatinsk. Con esto también Rusia estaba al fin en la situación de poder ejercer una fuerte presión sobre el Afganistán y, por consiguiente, sobre las Indias por el Pundzhab.

Sin embargo, el trabajo que efectuaba la cancillería rusa para transformar su amistad con Prusia en alianza formal, se cumplía lentamente porque Bismarck, por razones que luego estudiaremos, quería incluir a Austria en todo instrumento con Rusia. Para esto había que

[4] 16 de mayo de 1858.
[5] 2 de noviembre de 1860.

superar muchas dificultades que empezaron a despejarse tan sólo a partir de la derrota de Francia.

Hasta 1870, el *Ausgleich* firmado en 1867 entre austriacos y magiares había sido considerado de muy distinto modo por unos y por otros. Según los primeros, debía ayudarlos a preparar un desquite contra Prusia y a devolver así al Imperio su posición predominante en Alemania; según los húngaros, esta eventualidad era sumamente peligrosa, ya que una victoria sobre Prusia hubiera tenido por primer resultado el de quitarles su situación de preponderancia en el Imperio, lo que hubiera bastado para satisfacer a las minorías eslavas así liberadas de su situación de inferioridad para con Hungría. De modo que, cuando Rusia impidió a Austria intervenir en la guerra de 1870, la preponderancia del elemento magiar se vió confirmada. Desde entonces, Francisco José se dejó llevar por la corriente húngara que Andrassy representaba con su voluntad de establecer una alianza duradera con Berlín. Pero Bismarck, frente a Andrassy, se encontraba en la misma situación que frente a Alejandro II. Quería una alianza de los tres imperios y esto era lo difícil. Escribe en sus recuerdos: "La Tríplice Alianza que yo intentaba realizar después de la paz de Frankfurt y a propósito de la cual había ya sondeado el terreno, desde Meaux, en septiembre de 1870, en Viena y en Petersburgo, era una alianza de los tres Emperadores con la adhesión tácita de la Italia monárquica" [6].

Como subraya Luigi Albertini [7], dicha alianza correspondía a las ideas conservadoras del canciller alemán y, sobre todo, respondía a la necesidad de preservar para su país los frutos de sus grandes victorias recientes. Ya sabemos que estas victorias habían podido ser alcanzadas solamente porque Rusia había impedido a Austria socorrer a Francia; Bismarck se encontraba, pues, en la necesidad, al mismo tiempo que de confirmar la intimidad de Prusia con Rusia, de infundir cordialidad a las relaciones de Alejandro II con Francisco José. Tan sólo a este precio, Alemania podía evitar las consecuencias del enorme error que había cometido al separar a Alsacia y Lorena de Francia.

Esta vuelta a la cordialidad austro-rusa fué el hecho principal, diplomáticamente hablando, de los años 1871-1873. Después de infinitas negociaciones, los tres Emperadores se encontraron en Berlín en septiembre de 1872. En el mes de mayo del año siguiente, Guillermo I

---

[6] BISMARCK: *Pensamientos y recuerdos.* Tomo II; (edición italiana; Turín, 1898).

[7] L. ALBERTINI: *Le origini della guerra del 1914,* tomo I; Milán, 1942.

de Alemania visitó a su sobrino en San Petersburgo y, durante este viaje, fué firmado un convenio por el cual ambos imperios se comprometían a socorrerse con un ejército no inferior a doscientos mil hombres, si uno de los dos fuere atacado por una tercera potencia. Esta alianza preveía consultas mutuas "sobre el terreno de los principios que las dos potencias consideran como solos capaces de asegurar y, si es menester, de imponer el mantenimiento de la paz en Europa". En el mes de junio del mismo año, Alejandro visitó oficialmente a Francisco José en Viena y propuso un convenio similar que ciertas dificultades constitucionales retrasaron. Entonces Gorchákov y Andrassy elaboraron una convención de carácter general según la cual, en el caso de que una agresión por parte de una tercera potencia amenazara la paz europea, los dos soberanos se empeñaban en buscar una línea de acción común sin concluir nuevas alianzas. En caso de necesidad de recurrir a las armas, se establecería un acuerdo de estados mayores. El 22 de octubre de 1873, con la adhesión de Guillermo I a este instrumento diplomático, se constituía la Liga de los tres Emperadores.

Escribe Dostoievskiy en su *Diario de un escritor,* al principio de enero de 1874: "Rusia no teme ser cada vez más conocida de Europa. Por el contrario, lo desea. A decir verdad, hasta ahora, nunca creyó Europa a Rusia en este punto. La vida política de Rusia, en el curso de casi todo el siglo XIX, se redujo a sacrificar por Europa todos sus intereses. Y ¿qué resultados obtuvimos? ¿Creyeron una vez siquiera en Europa en el desinterés político de Rusia, y no le imputaron casi siempre las más reprobables intenciones contra la civilización europea?... Hay quien llama al año pasado, el de las entrevistas de los soberanos europeos. Efectivamente, ha habido bastantes entrevistas, y muy notables. La principal fué, naturalmente, la del Emperador de todas las Rusias y del Emperador de Alemania en San Petersburgo. Síguenle la del Emperador de todas las Rusias y del Emperador de Austria en Viena; la del príncipe heredero de Alemania y del rey de Dinamarca y Suecia; la del rey Víctor Manuel y de los Emperadores de Alemania y Austria, en Berlín y en Viena, respectivamente... Y, sin duda que esas entrevistas entre soberanos europeos, tan efusivas y bien intencionadas, deberían animar a Europa y alegrar a los pesimistas. Pero, a pesar de todo, el año último nos deja algunos problemas graves..." [8].

[8] *Diario*: VII. *Acontecimientos extranjeros.* Cap. XII.

Estos problemas graves no iban a tardar en surgir con agudeza. Existía, en efecto, un límite más allá del cual Rusia no podía admitir el acrecentamiento de las fuerzas de Alemania a expensas de Francia. Y era cierto que, una vez franqueado este límite, Alemania se transformaría en potencia absolutamente maestra del Continente, ya que el equilibrio europeo desaparecería definitivamente en su provecho sin que, a partir de entonces, Rusia pudiera emprender la mínima acción sin el consentimiento previo de Berlín. Cuando, en 1875, el estado mayor alemán consideró la posibilidad de desencadenar una guerra preventiva contra Francia a fin de impedir que volviese a levantarse demasiado pronto, Rusia estimó que este límite había sido alcanzado. Por lo demás, las relaciones personales de Bismarck con el vanidoso Gorchákov ya se habían vuelto explosivas. Hablando de su colega ruso, el Canciller de Hierro decía que era "vanidoso como un mono y susceptible como una solterona", y lo más grave era que profería en público estos improperios [9].

El incidente germano-francés de abril de 1875, que fué revelado al mundo por una nota redactada por Bismarck en tono amenazador, provocó la reacción de Europa. Inglaterra que ya veía el error cometido por ella en 1870 al dejar mano libre a Prusia, empezó a agitarse pero, como siempre, esperaba las primeras acciones antes de decidirse a hablar. Rusia fué más expeditiva y decidió no permanecer sorda al llamamiento lanzado por el mariscal de Mac Mahon a las naciones europeas. Gorchákov llegó a declarar al general Le Flô, embajador de Francia en San Petersburgo: "Mis esfuerzos serán empleados en contener las impaciencias de Berlín y en hacer prevalecer la moderación en la capital de Alemania. *Los intereses de Francia y de Rusia son idénticos*" [10]. Y, en efecto, una visita efectuada por Alejandro II a su tío de Prusia bastó para disminuir la tensión, como lo demostró la circular telegráfica que Gorchákov dirigió el 13 de mayo de 1875 a todos los embajadores de Rusia en misión en Europa, en la cual anunciaba que el Emperador había podido comprobar en Berlín las "disposiciones conciliadoras" que allí existían.

Como se ve, el viejo canciller, al "hacer la política de los hombres

---

[9] *Memorias* del príncipe de Bülow, quien agrega que fué su padre quien le repitió esta opinión del Canciller acompañándola de la definición siguiente: "Nuestro jefe (Bismarck) es demasiado violento, demasiado rencoroso e incapaz de dominarse". Edición italiana (4 tomos); Milán, 1930.

[10] Despacho del general Le Flô con fecha 15 de abril de 1875.

barbudos de su país", no vacilaba en practicar, cuando se le presentaba la oportunidad, el antiguo sistema del quebrantamiento de las alianzas. Durante mucho tiempo había podido jugar con seguridad, al apoyarse alternativamente sobre Francia y sobre Alemania. Sin embargo, Alemania era el único amigo fuerte de que podía disponer puesto que, a pesar de los temores berlineses, Francia estaba todavía demasiado débil, si bien había saneado completamente sus finanzas, para representar el papel del asociado útil o, por lo menos susceptible de hacer contrapeso al juego alemán. En cuanto a Inglaterra, esperaba su hora y estaba acechando, y Austria ya había decidido permanecer en el juego bismarckiano. Esto Rusia podrá comprobarlo cuando, en el trienio 1876-1878, vuelva a surgir de manera candente el problema de los Balcanes.

V

Después del Tratado de París, y singularmente entre 1860 y 1870, los pueblos balcánicos habían vivido en un estado de relativa tranquilidad. La rebelión de Creta contra Turquía no provocó siquiera complicaciones internacionales. Gorchákov manifestó que, en razón de su composición étnica y religiosa, la isla debería ser entregada a Grecia, pero Francia e Inglaterra se opusieron a toda idea de desmembrar el Imperio otomano y el "Narciso del tintero" no insistió en imponer un punto de vista en el que por su indiferencia para con las cuestiones balcánicas, no tenía gran empeño. Sin embargo, como lo hace notar C. de Grunwald [11], Francia perdió su última oportunidad de entenderse con Rusia, hecho tanto más notable cuanto que ella sabía perfectamente que Inglaterra no la seguiría en la guerra que, fatalmente, habría de oponerla pronto a Prusia.

Pero en los años 70 las provincias balcánicas empezaron a agitarse bajo la influencia de los acontecimientos europeos recientes. La unidad italiana, realizada de modo tan milagroso por unos pocos hombres que habían sabido aprovechar hasta las derrotas y las circunstancias desfavorables creadas por la defección de Napoleón III en Villafranca; la unidad alemana, hecha posible por la victoria conseguida, contra todas las previsiones, por la pequeña Prusia sobre la nación más poderosa del continente; todo esto provocaba una gran ebullición entre los

[11] C. DE GRUNWALD: *Trois siècles de diplomatie russe;* París, 1945.

ortodoxos súbditos del Sultán. En cada uno de estos casos, dos pequeñas naciones habían sabido agrupar y dirigir todas las aspiraciones nacionales de Alemania y de Italia hacia la victoria, y se llegaba a pensar que el papel que Piamonte y Prusia habían desempeñado en Europa occidental, Servia podría representarlo en los Balcanes. Ya en 1870 los búlgaros obtenían, gracias a una agitación que amenazaba transformarse en rebelión abierta, el reconocimiento de su Iglesia nacional independiente de la de Constantinopla. En 1875, Herzegovina se sublevaba contra la Puerta, y Montenegro, inmediatamente seguido por Servia, intervenía en su favor.

En 1867, Belgrado, es decir, el príncipe Miguel Obrenovich, había intentado obtener de Turquía la administración de Bosnia-Herzegovina a cambio de un tributo anual. Pero, en esta cuestión apareció pronto la mano de Austria. Mientras Andrassy, considerando todavía que a la Monarquía Apostólica sobraban súbditos eslavos, rechazaba todo engrandecimiento en esta dirección, el estado mayor austriaco deseaba la anexión de esta provincia y hasta del sanjacato de Novi Bazar, por considerar a estos territorios como necesarios para la defensa de Dalmacia. Así se creaba una situación peligrosa de rivalidad entre Viena y Belgrado. Bismarck, por su parte, empujaba a su aliada a seguir esta dirección; en primer lugar, daba al vencido de Sadowa, que en menos de diez años había perdido Lombardía, Venecia y su situación de privilegio en Italia y en Alemania, una compensación que no costaba nada a Prusia; además, abría una fuente de hostilidades entre Viena y San Petersburgo, lo que le permitiría representar el papel de árbitro todopoderoso [12]. Andrassy se dejó convencer y, cuando estalló el conflicto entre Montenegro y Turquía, se hizo partidario de esta anexión aunque siguiera excluyendo la del sanjacato de Novi Bazar. Entonces Servia volvió su mirada hacia Rusia que todos los ortodoxos de los Balcanes consideraban, desde sus guerras contra Turquía en el siglo XVIII, como a su protectora natural. Esta era la ocasión que Inglaterra esperaba, ya que la actitud de su protegida de Constantinopla le proporcionaba un nuevo medio para cortar el paso a la diplomacia rusa.

Los turcos, en efecto, organizaban matanzas en masa de búlgaros cristianos y esto provocaba la indignación de toda Europa. Sólo Inglaterra no se dejaba conmover y Disraëli llegó a negar estos hechos en la Cámara de los Comunes.

---

12 E. Denis: *Le Grande Serbie;* París, 1917.

A partir de 1875, un movimiento de entusiasmo general sacude a toda Rusia en favor de los "hermanitos" eslavos oprimidos, aunque Gorchákov no sintiera mucha simpatía hacia estos revolucionarios balcánicos. Pero este movimiento se extendía a toda la nación. El príncipe heredero, Gran Duque Alejandro, se declaraba paneslavista y la opinión pública empezaba a agitarse, sobre todo cuando se supo que el general ruso Chernaiev había tomado el mando de las tropas servias en lucha contra los turcos.

Se había recorrido mucho camino desde que los eslavófilos del tiempo de Nicolás I habían emitido sus tímidas teorías perceptibles solamente para unos pocos intelectuales que se contentaban con afirmar la supremacía y la excelencia de la religión ortodoxa. Ahora, los paneslavistas actuaban en un terreno francamente político y las teorías nebulosas de los años 40 se habían transformado en una doctrina nacionalista firmemente dirigida hacia la consecución de objetivos que abarcaban todo el mundo eslavo.

Al final de una exposición etnográfica organizada en Moscú en 1867, se formó un comité para la defensa de los intereses de la unidad eslava. El nacionalista Kátov —el que unos veinticinco años antes había administrado una serie de bofetadas al furibundo Bakúnin en presencia de Biélinskiy y de Herzen— escribía en la *Gaceta de Moscú*: "Rusia debe asumir para con los eslavos el papel que Francia representó un tiempo para con los pueblos latinos"; y Dostoievskiy en su *Diario*: "Nuestra gran Rusia, Rusia a la cabeza de los eslavos, dirá a Europa una palabra nueva y esta palabra será un llamado a la unión de la humanidad". Ambos expresaban el anhelo espiritul y moral del pueblo ruso.

El gran equilibrista que siempre había sido Gorchákov, había envejecido. Se reveló impotente esta vez para dirigir este desbordamiento de entusiasmo hacia el cauce de los solos intereses rusos. Además, su estrella palidecía día a día; la Corte era favorable a los ambientes paneslavistas y una gran parte del cuerpo diplomático ruso seguía el mismo movimiento bajo la influencia del conde Nicolás Ignátiev, embajador en Constantinopla. Este curioso personaje, mezcla de hombre de Estado y de aventurero, después de un tiempo pasado en los Caballeros Guardias, se había dedicado a los asuntos asiáticos. Su astucia y su arte de prometer y al mismo tiempo de amenazar, habían hecho posible el protectorado de Jiva y de Bujara y la anexión de la rica provincia del Osuri. En 1864, a los treinta y dos años, había sido

nombrado embajador ante la Sublime Puerta y había conquistado rápidamente en la capital turca una posición que lo hacía descollar entre los demás diplomáticos europeos. Se conducía como un verdadero dictador, actitud que lo hizo apodar "el Vice Sultán" por sus amigos y "Mentir Bajá" por sus enemigos, que no habían tardado en descubrir su juego hecho de astucias y de engaños. En 1871 había influído mucho en el espíritu de Alejandro II cuando se trató para Rusia de denunciar las cláusulas del Tratado de París; era partidario declarado del desmembramiento de Turquía, pero de un desmembramiento que Rusia provocaría para ser la única en aprovecharlo, y para ello preparaba sin esconderse lo que él llamaba "una sublevación general de las razas cristianas" del Imperio otomano. Tampoco disimulaba que su papel de embajador en Constantinopla consistía en engañar a los turcos "mientras no estuvieran terminados los armamentos y la construcción de los ferrocarriles rusos". Y cuando alguien hablaba de permitir a otras naciones tomar parte en esta repartición de Turquía, contestaba: "Prefiero conservar la alcachofa entera para mí antes que deshojarla con otros".

Esta actitud suscitaba la inquietud y la hostilidad de Londres y de Viena que no querían oír hablar de desmembramiento. Entre estas dos tendencias, Gorchákov quiso elegir una vía mediana. Reconocía que una guerra para liberar a los eslavos cristianos "sería aceptada en Rusia como una cruzada nacional y religiosa", pero no quería volver a caer en la equivocación de Nicolás I y de Nesselrode, cuyo fruto había sido el aislamiento de Rusia, y para esto contaba con el apoyo de Alemania. Pero, tanto él como Alejandro II, confiados en la buena fe de Bismarck y de Guillermo I, no habían exigido de ellos compromisos escritos en 1866 y en 1870 y ahora Berlín no quería oír hablar de "papeles" que le atarían las manos. Por otra parte, para obtener la neutralidad de Austria, se vió obligado a hacer a Viena importantes concesiones. La convención Novikov-Andrassy, firmada el 15 de enero de 1877, reconocía a Austria derechos sobre Bosnia-Herzegovina y comprometía a Rusia a no aceptar en los Balcanes "el establecimiento de un gran Estado compacto, eslavo u otro" [13].

[13] "Un gran error de interpretación parece haberse producido durante las conversaciones de Reichstadt. Según la versión rusa (ver los documentos publicados en los *Archivos Rojos,* vol. I), Austria se habría arrogado el derecho de anexar únicamente algunas partes de Bosnia, próximas de su frontera. Según la versión austriaca, el acuerdo alcanzaba a toda Bosnia salvo algunos territorios cedidos a los servios y a los montenegrinos, así como a toda Herzegovina. . ." escribe

Como no existía posibilidad de regatear con Inglaterra, ya sea por la hostilidad de este país, ya sea por su oposición a un desmembramiento de Turquía, el conde Piotr Shuvalov, embajador en Londres, prometía el 30 de mayo de 1877 que Rusia no extendería sus operaciones militares o navales, en el caso de que hubiese hostilidades, a las regiones vecinas del Canal de Suez y del Golfo Pérsico, y se comprometía a no anexar a Constantinopla [14].

Para descartar la "pesadilla de las coaliciones", Gorchákov hubiera querido obtener un mandato de Europa para dar el golpe final al "hombre enfermo", pero no pudo conseguir este mandato en razón de la oposición, que llegó a ser violentísima, de Inglaterra y de la hostilidad siempre despierta de Austria. En verdad, segundas intenciones no existían en el espíritu de los dirigentes rusos, por lo menos en el de Alejandro Nicoláievich, que era, en fin de cuentas, el que decidía de modo inapelable; y, sin embargo, los rusos tuvieron que enfrentarse hasta el final con la enemistad inglesa y con los sabotajes austro-húngaros. Inglaterra condicionaba toda reunión diplomática para resolver el problema turco —ésta era la solución que Gorchákov proponía constantemente— a un desarme previo por parte de los rusos y de los otomanos. Esto, evidentemente, favorecía plenamente a estos últimos ya que, con sus solas fuerzas de policía, podían seguir organizando matanzas de cristianos en Bulgaria, en Macedonia y en Bosnia. La situación en los Balcanes se hacía cada vez más seria y las intrigas inglesas la enturbiaban constantemente. El 30 de mayo de 1876, el sultán Abd Ul-Aziz era depuesto y reemplazado por el "liberal anglófilo" Murad V que, seguro del apoyo de Londres, se negaba a tomar en serio toda propuesta de reformas internas, y no se dejaba intimidar por un primer ultimátum ruso presentado el 30 de octubre de 1876, ni por la movilización decretada por el zar el 13 de noviembre siguiente. Alejandro escribía entonces a Guillermo I: "Ya que Europa no quiere cumplir lo que sin embargo reconoce justo, humano y necesario, estoy

C. de Grunwald en su obra *Trois siècles de diplomatie russe* que es el trabajo más completo que haya sido realizado hasta ahora sobre la diplomacia rusa desde Pedro el Grande, en razón del número de documentos de archivo que el autor ha podido consultar.

[14] El 2 de noviembre de 1876, Alejandro II había declarado a Lord Loftus, embajador de Inglaterra, que "no quería conquistas, no tenía el menor deseo de posesionarse de Constantinopla y que los temores británicos en cuanto a las Indias eran ridículos". El 3-XII-76, Gorchákov escribía a Shuvalov que Rusia consideraba "muy ventajoso dejar las llaves del Mar Negro entre las débiles manos de los turcos".

decidido a hacerlo solo. Tengo derecho a esperar que, puesto que no se quiere colaborar conmigo, se me dejará actuar".

En estas condiciones, ante el fracaso de todos los proyectos de los embajadores acreditados en Constantinopla, a pesar de que las potencias se hubiesen negado a participar en la expedición planeada, el Zar declaró la guerra a Turquía el 24 de abril de 1877 y ordenó a sus fuerzas franquear el río Pruth. El mismo día, Rumania proclamaba su independencia total.

Pensándolo bien, la postura diplomática de Rusia no era mala en el momento de su entrada en guerra. Sin haber obtenido el mandato que solicitaba de ella, Alejandro II había adquirido el derecho moral de substituirse a Europa en esta cuestión que era necesario resolver. Ni siquiera Disraëli, vizconde Beaconsfield, se atrevía ya a negar las matanzas espantosas de cristianos realizadas por los pretorianos de Abd Ul-Aziz y de Murad, ya que por tres veces las potencias, comprendida Inglaterra, habían pedido al Sultán que concediera reformas susceptibles de mejorar la suerte de sus súbditos ortodoxos. Pero, por otra parte, Europa no creía en el desinterés total, puesto que no había disimulado su intención de volver a anexar a Besarabia que sería quitada a Rumania contra compensaciones a expensas de Turquía. Ya Gorchákov contaba bien poco y la diplomacia zarista obedecía a las tendencias nacionalistas representadas por Ignátiev, cuyo programa se impuso en el curso del consejo imperial del 24 de enero de 1878, cuando se trató de echar las bases de la futura paz. El mismo Ignátiev recibió la misión de imponer a los turcos las condiciones rusas, lo que tuvo lugar en San Stefano, pequeña localidad situada a poca distancia de Constantinopla, donde las tropas zaristas habían llegado después de una serie de impresionantes victorias. El tratado, que fué firmado el 3 de marzo de 1878, consagró el triunfo total de las tesis paneslavistas, ya que aniquilaba todo vestigio de dominación turca en Europa. Las fronteras otomanas quedaban reducidas a los límites inmediatos de Constantinopla; sobre las ruinas de la Turquía de Europa se constituía una Gran Bulgaria independiente, con toda Macedonia hasta la orilla del Mar Egeo y tres otros Estados soberanos, Rumania, Servia y Montenegro; Rusia recibía Besarabia y algunas plazas fuertes sobre su frontera asiática con Turquía. Contrariamente a las estipulaciones de Reichstadt —y esto demuestra la validez de la tesis rusa más arriba mencionada, ya que los peores enemigos de Alejandro nunca pudieron achacarle haber fal-

tado una sola vez a su palabra— Bosnia y Herzegovina adquirían su autonomía bajo el control austro-ruso.

Fatalmente, Europa, puesta así frente a una situación de hecho contraria a todas las tesis de Inglaterra y de Austria, no podía aceptar las estipulaciones de San Stefano. Inglaterra jamás aceptaría un tal debilitamiento de Turquía que podía volverse amenazador para la seguridad de su ruta imperial, y Austria no quería interpretar en el sentido ruso el acuerdo Novikov-Andrassy.

Durante las hostilidades, Inglaterra había asumido una actitud deliberadamente hostil. Ya el 17 de junio de 1877, Disraëli había manifestado a Shuvalov que su gobierno reservaba su entera libertad de acción para el caso de una ocupación, aun temporaria, de Constantinopla. A medida que las tropas rusas se aproximaban al Bósforo, el desconcierto y la cólera invadían los ambientes gubernamentales ingleses. La reina Victoria incitaba a sus ministros a tomar medidas extremas. Trataba a los rusos de "bárbaros crueles, enemigos de la libertad y de la civilización" y como, al mismo tiempo que muy excitable como soberana, era muy cariñosa como jefe de su familia, cuyos progresos ocupaban el tiempo que le dejaban sus tareas políticas, proponía que se instalara en Constantinopla a su hijo segundón, el duque de Edinburgo, en calidad de "regente". En el comienzo de 1878, los buques de guerra británicos de la escuadra del Mediterráneo fondearon en el Bósforo, violando así todos los acuerdos internacionales relativos a los Estrechos. Luego, Disraëli hizo saber a Rusia que una ocupación de Gallipoli bastaría para desencadenar las hostilidades.

Cuando fueron conocidos los términos del tratado de San Stefano, la opinión pública británica olvidó toda divergencia para pedir unánimemente la guerra contra Rusia. San Petersburgo, amenazada por Londres y por Viena, se encontraba, pues, en la alternativa, o bien de admitir una revisión inmediata del tratado, o bien de empezar una nueva guerra contra las fuerzas frescas del enemigo, con fuerzas cansadas por una dura campaña. Obligada por la necesidad, aceptó el 30 de mayo de 1878 la división de Bulgaria en dos partes, la rectificación de sus fronteras meridionales, la devolución a Turquía de parte de sus conquistas asiáticas y el examen de las estipulaciones de San Stefano por un Congreso europeo que Bismarck, en su calidad de mediador, se encargaba de organizar en Berlín.

Este Congreso empezó sus trabajos el 13 de junio de 1878 y, a



BAKÚNIN EN LUGANO

pesar de la opinión generalmente aceptada, no fué una mera formalidad, ya que varias veces las potencias estuvieron a punto de separarse de modo dramático. De tal separación era casi fatal que surgiese una conflagración general. Además, esta asamblea permitió a Bismarck satisfacer sus rencores contra Gorchákov y, para conseguirlo, no tuvo más que dejar a sus "amigos" rusos solos frente a Austria y a Inglaterra. Finalmente, Europa, una vez más coligada contra Rusia, le impuso las condiciones siguientes que, aunque no lesionaran ninguno de sus intereses vitales, minaban casi todas sus posiciones espirituales: si, por el acuerdo del 13 de julio, Rusia conservaba Kars y Batum y adquiría Besarabia (tan sólo con la desembocadura norteña del Danubio), Bulgaria era reducida a la mitad por la pérdida de su parte meridional sobre el Egeo transformada en la provincia "autónoma turca" de Rumelia, Servia y Montenegro quedaban separados y, además, salían de una aventura donde habían jugado más que su existencia con engrandecimientos territoriales insignificantes que no correspondían, ni siquiera de lejos, a la inmensidad de los sacrificios consentidos por ellos. Bosnia y Herzegovina pasaban bajo el control de Austria.

Este tratado no podía satisfacer a la opinión pública rusa. Los paneslavistas pretendían tener derecho a acusar a Gorchákov y a su substituto, Shuvalov, de no haber sabido defender los intereses de la nación. Se había abandonado a la perfidia de Austria las tierras eslavas de Bosnia y de Herzegovina, Bulgaria había sido dividida, Constantinopla no había sido ocupada ni siquiera veinticuatro horas y, al término de una de las victorias más completas que una nación hubiera alcanzado jamás sobre su enemigo tradicional, victoria en que los intereses políticos habían representado un papel secundario al lado de los intereses espirituales de la cristiandad, se había aceptado que Rusia, vencedora en nombre de la Cruz, compareciera ante un tribunal internacional que la había juzgado, en defensa de los intereses obscuros de la Media Luna, y condenado como a una culpable [15].

Una vez más, había sido abandonada por sus amigos a quienes, por su parte, nunca había regateado su apoyo. Hecho tan escandaloso que provocó la vergüenza en los mismos alemanes: "Los rusos nos

[15] Es digno de notar que Inglaterra obligó a Turquía a entregarle la isla de Chipre, así como Austria la había obligado a "concederle" Bosnia y Herzegovina.

habían pedido que les diéramos una mano, subrayó Schweinitz, y les hemos dado un puntapié". [16]

V

Al terminar 1877, Dostoievskiy había dejado de publicar su *Diario.* Después de un silencio de casi tres años, decidió volver a tomar contacto con el público y, en el mes de agosto de 1880, redactó un número extremadamente extenso y copioso de su periódico que, con su discurso conmemorativo de Púshkin pronunciado el 8 de junio anterior, fué la última manifestación de su inquietud patriótica antes de desaparecer, un como testamento espiritual al pueblo ruso.

El desconcierto que cunde a través del país, que todo lo invade de arriba a abajo, el renacer violento de las luchas ideológicas entre eslavófilos y occidentalistas, los conceptos históricos antinaturales que estos últimos expresan en toda ocasión en contra de aquéllos, las campañas emprendidas por una minoría ínfima de agitados, a fin de arrancar al Zar una Constitución tipo europeo en que el pueblo no cree, el estado de *conscience malheureuse* que, después del Congreso de Berlín, se ha hecho el rasgo más saliente de la fisonomía nacional, todo eso, según el gran escritor, brota de las reservas inagotables de incomprensión que caracterizan a la *intelliguentsiia,* esa "peligrosísima plaga de la sociedad surgida entre nosotros a raíz de la trascendental reforma de Pedro...", que quiere dictaminar sobre todo, imponer a Rusia una diagnosis que nadie le pide, ya que "nuestro pobre e insignificante país está sobre ese punto, prescindiendo de su capa superior, enteramente de acuerdo como un solo hombre".

Después de levantarse contra las pretensiones de los occidentalistas, según los cuales "sólo nuestra *intelliguentsiia* y Europa (están) en posesión de la verdad", porque "es más ridículo eso de condenar a un campesino por no ir con la cabeza arreglada por un *coiffeur* francés..., pues a eso se reducen, en el fondo, todas las inculpaciones que nuestros liberales europeos le dirigen al pueblo, al que se complacen en negárselo todo", Dostoievskiy denuncia apasionadamente la tentativa criminal de las clases elevadas de separar al pueblo del Emperador. Sin embargo, los liberales a la europea no comprenden nada de lo que

[16] Citado por C. de Grunwald, *op. cit.*

forma la esencia del pueblo ruso. Muy por el contrario, lo desprecian y no vacilan nunca cuando se trata para ellos de encontrarle parecidos con los animales más repugnantes de la creación: "¿Por qué, con tanta frecuencia, es nuestro liberal europeo un enemigo del pueblo ruso?, ¿Por qué en Europa los que se llaman demócratas están siempre con el pueblo o, por lo menos, en el pueblo se apoyan, mientras nuestros demócratas se las dan con tanta frecuencia de aristócratas y, en último término, sirven casi siempre a aquello que oprime la fuerza del pueblo, para acabar siendo verdaderos y magníficos señores?". Porque saben que el pueblo, por sí mismo, nunca los seguirá en su tentativa de abandonar todo lo ruso frente a lo europeo. Sin embargo, la *intelliguentsiia* sigue impertérrita en su ceguera y quiere, hoy más que nunca, adaptar a Rusia a las formas europeas, "adaptación mecánica de las formas europeas —formas que acaso estén ya allí tambaleándose— que son extrañas a nuestro pueblo y no se amoldan a su naturaleza", pues ¿a qué conduce por ejemplo crear una "institución" y bautizarla con el lema *Liberté, Egalité, Fraternité?* Con semejante institución no conseguirá usted nada en absoluto, así que tendrá usted, sin remisión, que añadir a esas tres palabras una cuarta, a saber: *ou la mort. Fraternité ou la mort;* y los hermanos les romperán la cabeza a los hermanos con el fin de implantar, mediante una *institución ciudadana,* la fraternidad". Esto ha creado una situación moral de donde brotan nuestras desilusiones y nuestra infelicidad, "de suerte que, al fin y al cabo, el pueblo está solo y no tiene quien le aconseje. No tiene a nadie más que a Dios y al *Zar*... Toda la progresista *intelliguentsiia* pasa de largo ante él... De suerte que el abismo que separa a la *intelliguentsiia* y al pueblo es extraordinariamente grande, estando el pueblo solo, abandonado a sí mismo: fuera de su Zar en el que tiene una fe inquebrantable, ningún otro apoyo posee... Y vuelvo a insistir: toda la desdicha se debe al divorcio entre las clases superiores, inteligentes, y las clases, bajas, inferiores".

La única esperanza que Rusia pueda alimentar, reside en la persona del Zar. "Y quien ha visto y sentido el amor de los rusos al Zar, sabe que son los hijos del Zar, y éste, su padre. Quien esto no crea es que no sabe nada de Rusia"...

"Para el pueblo, el Zar es la encarnación de su yo, de su idea, su fe y sus esperanzas... Esta relación del pueblo con el Zar, como con su padre, es la única base de solidez roqueña sobre la que pueden, aquí, implantarse reformas... No hay en Rusia otra fuerza creadora,

conservadora y rectora fuera de la unión orgánica y viva del pueblo con su Zar. Todo procede de esto". Y ello es tan cierto y auténtico que "precisamente por esa relación con su Zar, el pueblo ruso se distingue de los pueblos de Europa y del mundo, no tratándose de un estado pasajero, de un indicio de juventud, como pensará algún cuco, sino de una fuerza eterna, innata...".

"Sepan pues los liberales a la europea, los miembros de las clases elevadas y de la *intelliguentsiia* que, tan sólo por eso, por esta unión entre pueblo y Zar, (podremos realizar) una liberación de nuestros espíritus y corazones de la servidumbre a Europa, de esa servidumbre en que llevamos ya dos siglos, exactamente igual que nuestros campesinos esclavos hasta hace poco... Y si esta segunda reforma pudiera realizarse, sería sólo una consecuencia de la primera gran reforma, de la abolición de la esclavitud en los comienzos del reinado de nuestro Zar Libertador".



CAPITULO VI

LA DUODECIMA VELADA DE SAN PETERSBURGO

Alejandro III el calumniado - Conservación y reacción - Las "virtudes medianas" del Emperador - Su actitud ante las corrientes políticas rusas - Restauración del Estado - Constantino Pobiedonóstsev - Paralelo con Maistre - Teoría del Estado, el origen de las sociedades y las constituciones políticas - Estado y religión - El terrorismo - Las clases sociales - Particularidades del *homo liberalis* en Rusia - La oposición - El nuevo nacionalismo frente a Europa y a las minorías nacionales y raciales - El antisemitismo - El proletariado y el desarrollo industrial - Transformaciones del socialismo - G. Plejánov y el marxismo - Vida intelectual de Rusia durante el reinado de Alejandro III: Tolstói.

El de Alejandro III es uno de los reinados peor conocidos de la historia rusa. A crear esta ignorancia y a volverla más densa, concurren muchas razones que, como veremos, no encuentran todas su primer motor en la buena fe y en la honradez intelectual.

Por una parte, en efecto, le falta el brillo de las grandes empresas, de las guerras y de los Congresos internacionales que señalaron el paso de Nicolás I y de su hijo por la historia. Por otra, la experiencia política a que dió lugar y que plasmó tan hondamente la fisonomía interior de Rusia, constituye un punto fijo en el cual los historiadores, tanto los de la escuela "progresista" como sus continuadores marxistas, quieren ver única y exclusivamente la quintaesencia de la reacción.

Y, sin embargo, se trata de algo muy distinto de lo que generalmente se quiere encerrar en esta palabra, tomada siempre en sentido peyorativo y aceptada como tal, ya que, por espíritu de partido o por pereza, se le da el significado de conservación egoísta, olvidando o fingiendo olvidar, que un conservador es, en su esencia y en su función, exactamente lo contrario de un reaccionario y que se sitúan uno y otro en posiciones siempre distintas y a menudo antagónicas. Basta, para percibirlo, conocer la obra de un Joseph de Maistre, y podremos ver cómo, para llegar a su tesis de la reacción, más que a los jacobinos

y a los liberales, se opone a los conservadores, puesto que, al dar el jacobinismo como "recibido", como hecho histórico que la Providencia ha incluído en el mundo, como catástrofe "adquirida" por la humanidad, señala la necesidad imprescriptible, no de pactar con él, sino de volver a construir la sociedad en reacción, no en negación, de este hecho adquirido. Postura que permite ir mucho más lejos que el espíritu de conservación, el cual, a fin de conservar sus posiciones, intenta hacerse aceptar y se integra lo que, fatalmente, ha de podrirlo desde dentro. Al escribir las *Veladas,* Maistre tenía los ojos fijos en la Europa de la Restauración en que las monarquías, restablecidas por el materialista príncipe de Metternich, intentaban "integrarse" las ideas nuevas porque, al hacerlo, creían evitar ser devoradas por ellas. Frente a la de un Decazes, la actitud de un Frayssinous y de un Polignac resulta infinitamente más lógica y consecuente: "La revolución —escribe entonces Maistre— es mucho más terrible que en el tiempo de Robespierre. Al elevarse se refinó. La diferencia es la que hay entre el mercurio y el sublimado corrosivo... El mal es tan grande que anuncia una explosión divina" [1].

Lo mismo acaba de suceder en Rusia, donde la experiencia de Alejandro II, si bien tuvo motivos muy diferentes de inspiración, llevó a la nación rusa al borde del caos, donde los revolucionarios encuentran la complicidad o, cuando menos, la indulgencia de las clases cultas y de las aristocracias degeneradas, como sucedió en Europa a partir de 1815.

A pesar de la buena voluntad constantemente desplegada por él, Alejandro II fracasó. Pero, en verdad, el drama de Rusia no reside tanto en el asesinato del Emperador, que no es sino el resultado de un largo proceso de descomposición, como en la extraña alianza que en él acaba de encontrar su coronamiento. El complot que llevó al atentado del 1 de marzo ¿acaso no fué tejido por hijos de siervos liberados y por aristócratas, por aquéllos que beneficiaron de la emancipación y por aquéllos para quienes fué desastrosa?

Al término de un ciclo tan trágicamente interrumpido de experiencias brillantes, cuyo desenlace resultó ser el desequilibrio de la nación, el nuevo Emperador debía, o bien claudicar y dejarse sojuzgar por los que habían hecho posible el asesinato de su padre, o bien inaugurar, con energía, pero sin ninguna certeza de triunfar, una reacción deci-

[1] Carta del 5 de septiembre de 1818.

dida que, por lo demás, las fuerzas vivas del país, los eslavófilos, el ejército, le pedían con insistencia...

Cuando comienza su reinado, Alejandro III, uno de los soberanos rusos más calumniados y, vuelvo a repetirlo, peor conocidos, se enfrenta con esta alternativa pavorosa que exige una decisión inmediata. Los terroristas, en efecto, no sólo no expresan ninguna intención de renunciar a sus métodos y a su propaganda, sino que, por el contrario, quieren aprovechar la tragedia del Palacio de Invierno y lanzan al Zar y al pueblo un llamamiento en el cual exigen del primero que renuncie a cualquiera veleidad de represión y conceda, inmediatamente, instituciones democráticas, y piden al segundo su ayuda a fin de imponer por la fuerza esta renunciación al soberano.

Rusia está en pleno desconcierto dentro de sus fronteras y en el terreno internacional. Hay que luchar contra los terroristas y contra Europa. Menos el ejército, que acaba de cubrirse de gloria en los Balcanes y en Asia y que se revela enteramente devoto al Trono, todos los sostenes naturales del Estado acaban de demostrarse incapaces. La policía ha fracasado completamente en su tarea de defender la vida del Emperador y de destruir, a medida que se van formando, los focos de subversión. La diplomacia, enteramente refundida por Gorchákov según principios nacionalistas que han provocado el apartamiento de los altos funcionarios de origen extranjero, ha dado prueba de la mayor ineficacia en el cumplimiento de su misión. El Congreso de Berlín engendra en Rusia un desengaño mucho más profundo que el de 1856. Esta vez no ha sido tan sólo el autócrata el que ha decidido la empresa; esta vez el ejército ha vencido, dondequiera se le haya presentado el enemigo, en el curso de una rápida campaña que, mucho más que a la del Zar, fué debida a la voluntad de la nación. Y su desilusión es tanto más dolorosa cuanto que los corazones de todos los rusos habían latido con intensidad y entusiasmo idénticos. Todos los rusos, desde el joven emperador hasta el más humilde maestro de escuela, han caído de la misma altura y, ahora, empiezan a odiar a Europa.

Pero Alejandro III ve más claro que sus súbditos y no quiere abandonarse en esa peligrosa pendiente. La última palabra de Nicolás I, *derzhi vsió!* [2], su nieto la recogerá y la transformará en el lema de su reinado.

---

[2] Ténlo todo.

Una vez más, hay que rehacerlo todo partiendo de la nada. No se puede confiar en la burocracia, desganada, combatida por todos y que todo lo entorpece. El ejército es fiel pero desprecia a los civiles que no supieron garantizar los resultados de sus victorias. En cuanto al estado de ánimo de las clases sociales, es sumamente inquietante. La nobleza ya se acostumbra a considerarse como la enemiga ilustrada del sistema y se acantona en una nebulosa oposición que ella llama constitucional y que encuentra su inspiración, no en el liberalismo europeo, que no es sino un pretexto, sino en la cólera de haber visto sus bienes reducidos por la emancipación y su influencia política destruída por la reforma de la administración y de la justicia. Toda su acción, desde hace veinte años, consiste en frenar voluntariamente la acción del gobierno. La Iglesia no detenta ya sino bien poca autoridad, pues el obispo es más burócrata que nunca, el pope sigue emborrachándose, y su acción consiste sólo en dar la caza a los católicos y a los Viejos Creyentes ya que, de creer al eslavófilo Samarin, si la libertad religiosa fuera concedida, la mitad de los campesinos pasarían al *raskol* y todas las mujeres al catolicismo. Además, empieza a desarrollarse el proletariado industrial, clase cargada de amenazas obscuras, ya que si no sabe aún lo que quiere, pronto va a querer la subversión en el Estado. La *intelliguentsiia,* por el contrario, ya entrevé una luz susceptible de dar homogeneidad a su empresa de destrucción de los valores tradicionales. Para su ateísmo, hasta ahora sentimental, para su socialismo carcomido de utopías desvalorizadas desde muchos años en Occidente y que ya no la satisface, encuentra un marco sólido en las ideologías pseudocientíficas del marxismo, que le proporcionan una levadura poderosa para desarrollar sus vagos deseos de aventura sin salir de casa.

Alejandro III, entre sus virtudes que eran numerosas, estaba dotado de un vigoroso buen sentido gracias al cual pudo siempre triunfar de sus impulsos y descubrir claramente el camino que tenía que seguir. Si bien poseía una inteligencia menos brillante que la de su padre, su energía valía la de Nicolás I y su misticismo, siempre controlado por su razón, le entregó la base inconmovible sobre la cual apoyar y justificar su acción. Así percibiremos por qué no tuvo que vacilar mucho tiempo antes de elegir la ruta en la cual se mantendrá firmemente durante los trece años de su reinado. Para acabar con el terrorismo y con el nihilismo —esta palabra debe ser tomada aquí, no ya como definición de una tendencia a las empresas violentas de des-

trucción, sino como expresión de un movimiento general del espíritu que empuja a la crítica de todo lo existente sin que ello signifique necesariamente participación en un complot o en un atentado— escogió la vía del orden en el interior con su corolario fatal de vigilancia severa y constantemente despierta, y la de la grandeza rusa en el exterior, pero de una grandeza realizada por Rusia únicamente en su provecho y, por ende, con la voluntad de no dejarse arrastrar ya a ninguna empresa susceptible de turbar la paz del Continente.

Estas son las razones por las cuales Alejandro III ha sido llamado reaccionario. Sin embargo, un historiador como P. Miliukov [3] que siempre se identifica, aunque más no fuere por su indulgencia para con los movimientos subversivos excluyendo el leninismo, con la escuela progresista liberal, no puede sentar esta definición de modo muy preciso. Le reprocha su severidad que, en fin de cuentas, no es sino sentido del deber y ve una primera prueba de su "reaccionarismo" en su decisión de no perdonar a los asesinos de su padre, como se lo exigían los componentes aún libres de la "Voluntad del Pueblo".

Cuando sube al trono, Alejandro III tiene treinta y seis años. Hasta 1865, año en que su hermano mayor, el gran duque Nicolás Alexándrovich, murió tuberculoso, no había sido destinado a reinar. Y, no obstante lo que aseguran sus enemigos, que fueron muchos entre los historiadores rusos y no rusos, recibió una educación nada despreciable, en la que tomaron parte espíritus preclaros como el gran historiador Sergio Soloviov, padre de Vladímir, y el mismo filósofo y, sobre todo, Constantino Pobiedonóstsev, jurista, pensador religioso y político de mentalidad firme y de vistas profundas cuya acción tendremos pronto oportunidad de estudiar. En 1866, se casó con la princesa Sofía Federica Dagmar de Dinamarca [4] y desde entonces se dedicó sobre todo a sus tareas militares sin que esto significara un alejamiento de la capital, ya que su padre le hizo tomar parte constante en los trabajos del gobierno. Durante la guerra ruso-turca, asumió un mando importante en el frente asiático y, después de San Stefano, sus puntos de vista se impusieron a menudo a los colaboradores de su padre. No debía ser un espíritu tan mediocre si un hombre como Lóris-

---

[3] P. Miliukov, C. Seignobos, L. Eisenmann: *Histoire de Russie*, tomo III, París, 1933.

[4] Que, según la costumbre adoptada por las princesas extranjeras al casarse con un Románov, se convirtió a la religión ortodoxa y tomó los nombres de María Fiódorovna.

Miélikov, con quien tenía pocas opiniones en común, pedía siempre su parecer sobre los asuntos más importantes del Estado.

Fuera de sus funciones oficiales, Alejandro Alexándrovich lleva una vida muy retirada, casi siempre en el castillo de Gachina, a cuarenta y cinco kilómetros de San Petersburgo, ya que le desagradan el Palacio de Invierno, Zárskoie Sieló y Peterhof, residencias habituales de su padre y de su abuelo. Su carácter decidido le permite expresar sus opiniones con una firmeza que los historiadores radicales califican de brutalidad y grosería. Según Sergio Witte, que no es un hombre sin pasiones y cuyas apreciaciones, por consiguiente, deben ser tomadas con precaución, "Alejandro III tenía una inteligencia mediocre y cualidades medianas" [5]. No hay que dejarse impresionar mucho por las apreciaciones de un ministro despechado, y sobre todo en el caso de un soberano que nunca se consideró a sí mismo como un monarca genial ni siquiera excepcional. La inteligencia mediocre y las cualidades medianas de Alejandro III, tan despectivamente señaladas por Witte, no son en verdad otra cosa sino buen sentido y voluntad de no dejarse llevar por fáciles entusiasmos, cuyo desenlace es generalmente catastrófico. Según Saint-Simon, el mismo Luis XIV no era muy inteligente, y, sin embargo, llevó el sistema monárquico a una perfección que ninguna otra forma política ha llegado a igualar.

El punto de partida que se utiliza para subrayar la mediocridad intelectual de Alejandro III es su proclama de acceso al Trono dos meses después de la muerte de su padre [6]. Palabras de "reaccionario" evidentemente, pero no de hombre mediocre. Ningún hombre mediocre, en aquellos momentos de la vida nacional, se hubiera determinado a hablar con tanta firmeza ya que, para ello, era menester un valor casi inconcebible. ¿Cómo hubiera podido decidirse a tales declaraciones un hombre desprovisto de elevación y de nobleza moral ante el espectáculo del cadáver destrozado de su padre? Un hombre mediocre hubiera claudicado porque, el hecho de saber que los asesinos de su padre tenían cómplices que considerarían estas palabras como una declara-

[5] S. J. Witte: *Mémoires;* París, 1922.

[6] Alejandro III expresaba en los siguiente términos su programa de gobierno: "La voz de Dios Nos ordena ponerNos con decisión a la cabeza del poder absoluto. Confiado en la Providencia divina y su suprema sabiduría, lleno de esperanza en la justicia y en la fuerza de la Autocracia que estamos llamado a afirmar, trataremos, con la gracia de Dios, de volver a Nuestro país a sus vías tradicionales, y vigilaremos los destinos de Nuestro Imperio que, de ahora en adelante, serán discutidos con serenidad entre Dios y Nos"...

ción de guerra y, por ende, como un desafío, debía fatalmente arrastrarlo a todas las renuncias. No, para decir tales palabras, era necesario un sentido muy elevado del deber y no poco espíritu de decisión. Era necesaria, sobre todo, una convicción absoluta de la legitimidad de la propia misión.

Lo que más se reprocha a Alejandro III, al tacharlo de reaccionario, es el haber estado muy imbuído de las tradiciones monárquicas y convencido de la auténtica necesidad de la autocracia. Pero, como al mismo tiempo se le quiere aplastar bajo el peso de su mediocridad y que tales ideas pueden provocar la cólera pero no el desprecio, porque la argumentación de los partidarios de dicho sistema —piénsese en Joseph de Maistre, en Bonald, en Donoso Cortés, en Maurras— se basa en conceptos difíciles de atacar en nombre de la inteligencia, se asegura entonces que no ha sido más que el vulgar ejecutor material de las ideas de Pobiedonóstsev. Y aquéllos que utilizan este distingo verdaderamente bizantino, en la imposibilidad de considerar mediocres los conceptos del Procurador general del Santo Sínodo, uno de los hombres más cultos y perspicaces de su tiempo, y a la vez totalmente desinteresado, no perciben que la mayor virtud para un jefe de Estado reside en la elección de sus colaboradores y en el caso que hace de los consejos que éstos le dan. El mérito de Pobiedonóstsev consistió en proporcionar a su discípulo una clara visión de sus derechos al mismo tiempo que de sus deberes: definirle la esencia de su poder indicándole las limitaciones que le imponían la historia y la tradición; el mérito de Alejandro consistió en considerar que su misión no era tanto de dominación como de sacrificio, es decir, más cargada de responsabilidades que de derechos.

Estas dos personalidades, la del maestro y la del discípulo, la del súbdito elegido y la del soberano, se compenetran tan íntimamente que aquí se hace necesario estudiar la de Pobiedonóstsev, ya que su fisonomía espiritual e intelectual nos entrega la clave del reinado de Alejandro III.

Konstantín Petróvich Pobiedonóstsev [7] es, sin duda alguna, uno

---

[7] 1827-1907. En un primer tiempo funcionario de la sección moscovita del Senado, fué nombrado en 1859 profesor de derecho civil en la Universidad de Moscú. En 1865, se le nombró profesor de derecho de los hijos de Alejandro II; tres años más tarde ascendió a la dignidad de senador y en 1872 a la de Consejero imperial. En 1880 fué encargado de las funciones de Procurador general del Santo Sínodo. Fué preceptor de Nicolás II.

de los personajes más interesantes de la historia europea del siglo XIX y, como su soberano, uno de los menos conocidos. Sus enemigos le reconocen una gran agudeza de ingenio y brillantes cualidades de escritor y de pensador, pero evitan cuidadosamente ir más lejos en sus definiciones. Jurista eminente, teólogo y escritor político, este campeón de la autocracia y de la tradición estaba impulsado por una fe ardiente, un patriotismo profundo y una conciencia inflexible del deber. El absolutismo, el nacionalismo y la ortodoxia eran las tres columnas de su doctrina, que exponía utilizando una dialéctica brillante y vigorosa. Defensor determinado de la tradición, aplicaba su crítica a lo que, según él, como según Dostoievskiy, constituía la esencia de todas las fuerzas de disgregación lanzadas al asalto de esta tradición, el ateísmo y los conceptos democráticos. Al examinar algunos puntos de su doctrina, nos será fácil ver que no se ha dicho nada cuando se ha dicho de este hombre que era un "reaccionario", ya que no se ha hecho sino acusarlo de algo que, en verdad, le conviene tan poco como a Joseph de Maistre. Y no en vano vuelvo a repetir este nombre porque, a mi parecer, Pobiedonóstsev puede ser considerado con justicia, y *mutatis mutandis,* como el Maistre ruso. Esta aproximación, además de imponerse por ciertos rasgos morales y espirituales comunes a los dos hombres, encuentra su ilustración en la identidad de ciertos aspectos de sus doctrinas políticas.

Cuando el ruso escribe en sus *Pensamientos* [8]: "Uno de los principios políticos más falsos es el de la soberanía popular, la idea, generalizada desgraciadamente desde la Revolución francesa, de que todo el poder viene del pueblo y tiene su fuente en la voluntad nacional...", hace suya una idea del escritor saboyardo: la unidad de un pueblo no se aquilata sino por elementos, situados fuera de todo control racionalista, que constituyen una especie de razón nacional que el hombre no debe juzgar según su propia razón individual si no quiere provocar la anarquía. El patriotismo no es sino esta razón nacional.

Todas las sociedades encuentran su origen en Dios y cuando Maistre afirma que "la Divinidad interviene siempre en la fundación de los imperios" [9], Pobiedonóstsev recalca: "El Estado ateo no es sino una utopía porque el ateísmo es la negación misma del Estado. La religión

[8] Publicados en 1896; traducidos al inglés con el título: *Reflections of a Russian Statesman;* Londres, 1898.

[9] *Essai sur le principe générateur des Constitutions politiques.* Tomo I de las obras completas; Lión, 1884.

es la fuerza espiritual que crea el derecho. Esta es la razón por la cual los peores enemigos del orden público nunca dejan de proclamar que la religión es un asunto personal y privado" [10].

Asimismo, las grandes instituciones políticas se acercan tanto más a la perfección cuanto que en ellas es más completa la unión entre política y religión. Resulta, pues, una locura pensar que una asamblea cualquiera de hombres pueda constituir una nación. Que una asamblea se atreva a llamarse legislativa, eso nos entrega ya la prueba de que no lo es, porque al substituirse a Dios nos demuestra que los hombres que la componen han perdido todo sentido. "La facilidad con la cual nos dejamos seducir por los lugares comunes de la soberanía popular y de la libertad individual, desemboca en la desmoralización general y en el debilitamiento del sentido político" [11]. Esto no es sino el desarrollo del pensamiento maistriano de que la democracia no es sino "una asociación de hombres desprovistos de soberanía" [12].

"Las constituciones (democráticas) —prosigue Pobiedonóstsev— son instrumento de toda injusticia, fuente de todas las intrigas".

En esas condiciones, frente al mito de la soberanía popular, ¿cuál puede ser la definición de la realidad histórica rusa? La autocracia.

Este es el esqueleto de Rusia, el fundamento y la armazón de la sociedad, el lazo que protege, contra la fuerza centrífuga que, constantemente, tiende a disgregarlos, a los territorios y a los pueblos diferentes de lengua y de raza que siglos de historia han agrupado alrededor de la dinastía. Tan sólo un poder fuertemente centralizado

---

10 *Op. cit.*

11 *Ibidem.*

12 MAISTRE, *Idem.* No me parece inútil reproducir el pasaje siguiente del pensamiento maistriano que saco de sus *Mélanges* y que nos ayudará a captar más fácilmente la esencia de su doctrina y de la de su émulo ruso ante la democracia: "El pueblo, según se dice, es soberano. ¿De qué? De sí mismo, aparentemente. El pueblo, pues, es súbdito. Aquí hay, sin duda, un equívoco, si no un error. El pueblo que *manda* no es el pueblo que obedece. Basta pues enunciar la proposición general: *el pueblo es soberano,* para percibir que necesita un comentario... El pueblo, se dirá, ejerce su propia soberanía por intermedio de sus representantes. Esto empieza a ser más comprensible. El pueblo es un soberano que no puede ejercer la soberanía. Sólo cada individuo varón de este pueblo tiene derecho a mandar, cuando llega su turno, durante un cierto tiempo. Por ejemplo: si suponemos que hay en Francia veinticinco millones de hombres y que 700 de ellos sean diputados elegibles cada dos años, se comprende que si estos veinticinco millones de hombres fuesen inmortales... cada francés sería periódicamente Rey cada tres mil quinientos años, más o menos. Pero puesto que en aquel espacio de tiempo se seguiría muriendo todos los días y que, además, los electores serían dueños de elegir a quienes quisiesen, la imaginación se espanta al pensar en el número inconcebible de Reyes que estarían condenados a morir antes de reinar".

puede dar su unidad a este conglomerado racial y lingüístico que, en régimen constitucional, liberal o democrático, se desmoronaría inmediatamente en el torbellino de los particularismos. Razón por la cual, sin duda, Nicolás I decía concebir solamente como sistemas de gobierno la monarquía absoluta y la república, y considerar como antinatural y antihistórica la monarquía constitucional. Es que el sistema republicano puede ser tan autoritario y centralizador como la autocracia; la República Soviética nos lo demuestra todos los días desde hace ya más de treinta años.

V

Se ha reprochado a Alejandro III su actitud recelosa frente a las reformas realizadas por su padre. Con lo dicho, podemos ya entrever que su buen sentido le ha permitido descubrir los peligros en que puede caer Rusia si se la separa de golpe de todas sus tradiciones y no sólo porque se la segrega de un pasado histórico que está todavía muy presente en todos sus modos materiales y espirituales de vida, sino porque se la obliga, sobre todo, a abandonar de golpe un marco social tradicional sin proporcionarle siquiera bases duraderas de reemplazo; sobre todo cuando las que se han querido buscar en la reforma de la administración local se han revelado insuficientes y, en la mayoría de los casos, ineficaces.

Además, el joven Emperador desconfía de los hombres nuevos que ve actuar en el mar turbio en que se ha transformado la sociedad rusa posteriormente a las reformas; los ve agitar a las masas, echar los gérmenes de su acción subversiva y, si desprecia a los advenedizos y a los *raznochintsi,* entre quienes abundan los descarriados y los elementos asociales, el final trágico de su padre le da enteramente razón. Ciertamente no es un hombre genial. Es un hombre que ve claro y que conoce bien las posibilidades limitadas de su país. De este conocimiento empírico sacará sin debilidad las lecciones que permitirán hacer de su reinado uno de los más dignos de estima de la historia de la monarquía en Rusia. No más empresas románticas en que la obra de muchos años se echa a perder en pocos días, sino sentido agudo de las realidades, es decir, de lo posible y de lo factible. Y, con todo esto, percepción profunda de las necesidades psicológicas y sentimentales del hombre ruso, de la grandeza y de la dignidad del país, que le per-

mitirá agrupar en poco tiempo a su alrededor todas las fuerzas vivas de la nación y, gracias a ello, vencer la hostilidad y la desconfianza que separan a Rusia de Europa, superar todos los antagonismos internacionales, capear los peligros y asegurar, sin amenazar siquiera con recurrir a las armas, la dignidad y el honor de la nación.

Gracias a su "inteligencia mediocre y a sus cualidades medianas", Alejandro III podrá realizar en trece años lo que ni su padre ni su abuelo pudieron edificar en cincuenta y seis: garantizar la seguridad de su patria, transformarla de nuevo en la nación más poderosa y respetada de Occidente, mantener incorruptos los ideales de sus antepasados al proseguir su conquista de Extremo Oriente, ver a las potencias occidentales solicitar su alianza, dictar su ley al mundo y pasar a la historia con el nombre de "Zar pacifista".

V

Los militantes de la "Voluntad del Pueblo" habían creído que el asesinato de Alejandro II daría la señal de un levantamiento general, o cuando menos, de un estallido de descontento, y que el gobierno, o bien se vería obligado a retirarse, o bien a capitular y a conceder reformas radicales; razón por la cual, el día mismo del atentado, el comité directivo del movimiento clandestino había hecho un llamamiento al pueblo bajo la forma de una carta abierta al nuevo emperador. En este documento, los terroristas exigían la convocación de una asamblea elegida por sufragio universal y anunciaban que, de no acatar esta condición, el Estado seguiría sometido a una ola creciente de atentados.

Ninguna tentativa de insurrección, ni siquiera una manifestación abierta de fermentación revolucionaria tuvieron lugar, ya que, por el contrario, la muerte trágica del Zar Libertador suscitó un movimiento inverso. El pueblo ruso, en su inmensa mayoría, sintió dolor e indignación y, si exceptuamos algunas peticiones enviadas a Alejandro III para solicitar que concediera instituciones parlamentarias, peticiones provenientes de algunos *zemstva,* el de Tver entre otros, y que, por lo demás, expresaban la devoción más firme al principio monárquico, todos los organismos públicos o privados pidieron una represión despiadada del terrorismo.

Por otra parte, la mayoría de los jefes terroristas fueron arrestados

en los días siguientes al atentado y, de la noche a la mañana, la revolución perdió casi todos sus cuadros dirigentes. Se ha hablado mucho del idealismo de estos revolucionarios, idealismo que encontraría sus fuentes de inspiración en el alma colectiva del pueblo ruso; ello tiende a querer demostrar que el pueblo ruso era revolucionario y seguía con entusiasmo la empresa de aquéllos que se habían impuesto la tarea de libertarlo. Esto es ir muy lejos e interpretar la historia con poca seriedad. No quiero decir que los revolucionarios en cuestión no fuesen idealistas desinteresados, porque es cierto que buena parte de ellos perseguía, sin mira personal alguna, la realización de una utopía que se creía generosa. Pero lo que niego rotundamente es esta comunión sentimental entre terrorismo y pueblo porque tal comunión no existía ni existió jamás. El estado de espíritu de la clase campesina —y representaba entonces más del ochenta por ciento del pueblo ruso— no había cambiado desde los días de la cruzada hacia el pueblo de los discípulos de Chernishevskiy. El pueblo era abierta y francamente monárquico y ningún historiador serio puede señalar una disminución de los sentimientos de veneración por la persona del soberano. Y esto es tan cierto que, en todos los distritos rurales, los campesinos vieron en el regicidio, una vez más, una acción suscitada por la nobleza para vengarse de las reformas concedidas por el Emperador. Si dejamos de lado a los campesinos, que no podían aprobar el regicidio "puesto que eran ignorantes y supersticiosos", nos encontramos con que tampoco en las clases cultas, conquistadas, sin embargo, por los conceptos liberales constitucionalistas, se produjo fermentación alguna, ya que la idea de violencia horroriza, esencialmente, al *homo liberalis.* Los liberales detestan al autócrata que no permite a su genio político manifestarse en provecho de las oligarquías que representan, pero ante él siguen probando los mismos sentimientos de veneración que el pueblo "ignorante y supersticioso", exactamente como los dekabristas y Bakúnin. Estado mental evidentemente no previsto por su tan cacareado racionalismo ilustrado y que, sin embargo, condiciona todas las posturas que asumen y seguirán asumiendo los miembros de estas clases occidentalizadas. Estado mental que, por otra parte, no les prohibirá seguir animando todos los subversivismos posibles, puesto que su lógica ilustrada les entrega, de modo científico, la clave del porvenir político de Rusia. Según ellos, los revolucionarios, por ser una ínfima minoría, son aliados utilizables para la conquista del poder y un medio que se puede emplear para realizar el régimen burgués a que aspiran por su misma "ilustración".

Una vez alcanzado el mando, se los descartará muy fácilmente, puesto que se trata de unos pocos hombres hábiles en el lanzamiento de bombas pero esencialmente inaptos para las tareas de gobierno. Cálculo sumamente inteligente como lo demuestra lo que acaeció en Rusia de febrero a octubre de 1917.

Además, a pesar del secreto que había exigido Alejandro de sus colaboradores, los liberales petersburgueses sabían perfectamente que, en el momento mismo de su asesinato, el Zar había decidido emprender una serie de reformas del aparato legislativo del Estado, primer paso hacia un posible sistema constitucional. El asesinato del Puente Catalina paró en seco este movimiento y, entonces, Sofía Pieróvskaia y sus cómplices se les aparecieron como criminales inconscientes que había que abandonar a la acción del Estado autocrático.

En pocas semanas, todo el tinglado terrorista se derrumba bajo los golpes de la policía de Estado. El primer cuidado del nuevo Emperador había sido reformar la Tercera Sección, que transformó en "Departamento de Policía de Estado" [13] cuya vigilancia, bajo la dirección del coronel Sudeikin, abarca pronto todas las actividades de la nación. Hacia el final de 1884, se puede decir que el orden está completamente restablecido, los espíritus tranquilizados y destruído totalmente el aparato subversivo. De ahora en adelante habrá algunas manifestaciones esporádicas debidas a elementos aislados y nada más. Así en 1887, una sección sobreviviente de la "Voluntad del Pueblo", condena a muerte a Alejandro III. Sus miembros se ejercitan en lanzar bombas y su instructor... pertenece a la *Ojrana.* La policía los deja prepararse y, días antes del atentado, una redada le permite capturar a todos estos jóvenes aspirantes a regicidas. Después de un proceso sumario, los conspiradores más comprometidos son condenados a muerte, transferidos a la fortaleza de Schlüsselburg y ahorcados en la explanada. Entre ellos figura Alejandro Ilich Uliánov, jefe de la organización y miembro de la pequeña nobleza. Los demás son condenados a treinta años de presidio o a la deportación a Siberia [14].

Los miembros aún libres de la "Voluntad del Pueblo" decidieron, pues, renunciar a la empresa revolucionaria e instalarse en el extranjero. París fué la ciudad elegida por ellos para reconstituir la agrupación diezmada por la caza despiadada organizada por la *Ojrana.* Allí rehizo

[13] *Ojrana.*

[14] Un polaco, José Pilsudski, el futuro mariscal y dictador de Polonia, figura entre los condenados a presidio.

sus archivos, sus laboratorios y sus medios de propaganda. Pero el "Departamento de Policía de Estado" disponía de medios infinitamente más poderosos que los que Nicolás I había puesto al alcance de la extinguida Tercera Sección. Disponía, sobre todo, de filiales en todos los países extranjeros y estas delegaciones obedecían a un policía inteligente y extraordinariamente astuto, Rachkovskiy, que utilizaba a un agente provocador, miembro de la central terrorista de París, el judío Abraham Hekkelman. La aproximación que empieza a dibujarse a partir de 1890 entre Francia y Rusia, a causa de las maquinaciones de Guillermo II, permitirá destruir lo que queda de la organización de la "Voluntad del Pueblo".

Gobiernan entonces a Francia, Charles de Freycinet, como presidente del consejo, Alexandre Ribot, que ocupa la cartera de Relaciones Exteriores, y Paul Constans, a quien, en su calidad de ministro del Interior, pertenece la vigilancia sobre los extranjeros. Constans fué uno de los políticos más perspicaces de la Tercera República y lo demostró en esta circunstancia. Como Francia quería salir del aislamiento en el cual se encontraba desde su derrota de 1870 y como la actitud de Guillermo II se hacía, día a día, más violenta, estaba en la necesidad de buscar cuanto antes un aliado. Inglaterra coqueteaba entonces con Alemania, Austria e Italia pertenecían al sistema diplomático tejido por Bismarck. Quedaba Rusia, pero Alejandro III era un autócrata enemigo acérrimo de todo sistema democrático posible y Francia estaba gobernada por radicales. Alemania podía estar, pues, enteramente tranquila, no existía probabilidad de que debiese enfrentarse con la "pesadilla de las coaliciones". Sin embargo, el 29 de mayo de 1890, el prefecto de policía de París organizó una expedición que dirigió personalmente y que llevó al arresto de veintisiete miembros de la "Voluntad del Pueblo", la flor y nata del terrorismo ruso. Fueron descubiertos cajones de bombas, millares de folletos de propaganda y, sobre todo, el fichero, que contenía los nombres de todos los miembros de la *Naródnaia Volia* y los de de las personalidades rusas a liquidar. Con esta redada desapareció de Rusia el último rastro de terrorismo y empezó el movimiento diplomático que pronto había de llevar a la alianza entre París y San Petersburgo [15].

---

[15] No será inútil reproducir la carta que el mismo 29 de mayo el embajador de Rusia en París, barón de Mohrenheim, dirigía al prefecto de policía de París: "Señor Prefecto, déjeme Ud. agregar, muy querido, verdadero y excelente amigo: gracias de todo corazón. El servicio notorio que acaba Ud. de prestar a

Como en el tiempo de Nicolás I, los rusos se desinteresaban de la política activa. Nos encontramos, pues, con un estado de ánimo parecido al que caracterizó la vida política rusa durante los años que siguieron a la intentona de los dekabristas. Una vez más, los rusos, descorazonados, o llevados a mayor cordura por el trágico desenlace del reinado de las reformas, se dedican a inquietudes meramente intelectuales y aceptan el poder firme que Alejandro III les impone. Lo aceptan como una necesidad, desagradable a veces, pero siempre garante del orden político y social y de la prosperidad económica.

Escribe S. F. Platónov: "Consolidar el poder autocrático, restablecer el orden alterado por los acontecimientos del reinado anterior: tal fué la principal tarea que se asignó el emperador Alejandro III desde el comienzo de su reinado. Los medios para realizarla debían consistir en la persecución despiadada de los "elementos de sedición" (la *Kramola*) y en la revisión y el "mejoramiento" de las leyes e instituciones de la época de Alejandro II. La lucha contra los "elementos de sedición" fué coronada por el éxito: el movimiento revolucionario fué ahogado y cesaron los atentados terroristas. En cuanto al trabajo de "revisión" y de "mejoramiento", alcanzó todos los campos de la vida política y social y tendió a reforzar la vigilancia y la influencia gubernamentales en materia judicial y en los asuntos de administración local: de modo general, a consolidar y realzar la autoridad del poder central. Las instituciones de los años sesenta sufrieron, por ende, un cierto número de restricciones..." [16].

La dictadura del corazón, emprendida en los últimos meses del reinado precedente y cuya aplicación había sido confiada a Lóris-Miélikov, tenía dos objetivos principales: represión severa del terrorismo y realización de reformas susceptibles de satisfacer las necesidades más urgentes de la vida nacional y, al mismo tiempo, de permitir a la parte más ilustrada de la nación tomar parte en la discusión de los asuntos

mi país es de aquéllos que nunca pueden ser aquilatados como merecen, de aquéllos que nunca pueden olvidarse. Acaban de ser conjurados espantosos males gracias a su incomparable energía y a la extrema sagacidad de sus disposiciones. No puedo pensar, sin ponerme a temblar, en las catástrofes que se han evitado al Emperador y a la nación entera, por la intervención simpática del gobierno francés. Ni El ni ella lo olvidarán jamás. Mi persona es muy poca cosa en este caso; sin embargo, déjeme Ud. agregar todo lo que personalmente siento al agradecerle con toda mi alma. Sin más por ahora, le estrecho las manos con toda la efusión de mi más afectuosa, inalterable y absoluta devoción. Mohrenheim". Citado por M. Paléologue en *Les précurseurs de Lénine;* París, 1928.

[16] S. F. PLATÓNOV: *Histoire de la Russie;* París, 1929.

públicos, no ya en el solo terreno local, sino en el de la colaboración con el poder central. El decreto firmado en este sentido por Alejandro II, en vísperas de su muerte, preveía la creación de una asamblea cuyos miembros, delegados de los *zemstva* provinciales, debían estudiar los proyectos de ley redactados por el gobierno, antes de su presentación ante el Consejo de Imperio. Sin que el nombre hubiese sido pronunciado, se trataba, pues, de una reedición modernizada del antiguo *Zémskiy Sobor.*

Ante el joven Emperador que, siendo todavía príncipe heredero, había adherido al proyecto, Lóris-Miélikov insiste en la necesidad de promulgar el decreto y de hacer pública la proclamación del Zar Libertador. Alejandro III no se niega, pero el asesinato de su padre ha infundido dudas en su espíritu y no le parece ya tan seguro que el nuevo sistema baste para serenar los ánimos. Pobiedonóstsev y Kátkov le muestran, por el contrario, el resultado de las reformas de los años 60. Alejandro, tampoco quiere seguir ciegamente este camino y decide escuchar el parecer de los grandes dignatarios del Imperio. Crea, pues, un comité especial compuesto por los antiguos ministros, los príncipes de la sangre, un cierto número de altos funcionarios y por el general Strogánov, en cuya lealtad tiene una confianza absoluta. El Comité se reúne el 6 de marzo de 1881 e. a., cinco días después de la muerte de Alejandro II, y esta reunión permite a los adversarios de Lóris-Miélikov atacarlo a fondo. Strogánov declara, dirigiéndose directamente al Emperador que ha sido muchos años alumno suyo, lo que le permite hablarle con familiaridad: "Este camino lleva directamente a la Constitución, cosa que no quiero ni para Usted ni para Rusia". El ministro de correos, Makov, afirma que el momento no le parece bien elegido para una limitación del poder absoluto porque "en los tiempos turbios que el país atraviesa es necesario pensar únicamente en afianzar el poder y en reprimir la rebelión". Pobiedonóstsev es más terminante aún: "Se quiere introducir una Constitución en Rusia —dice— o, por lo menos, se da el primer paso en esa dirección... Ahora bien ¿qué es la Constitución? Europa occidental nos da una contestación a esta pregunta. Las Constituciones que existen allá sirven de instrumento para todas las injusticias, para todas las intrigas... Los elegidos no expresan nunca la opinión popular. ¿Y se quiere, para nuestra desgracia, para nuestra pérdida, introducir en Rusia este engañabobos de origen extranjero, y del que no tenemos nada que hacer? Rusia fué poderosa gracias a la autocracia, gracias a la

confianza mutua e ilimitada, gracias a los lazos estrechos que unían al pueblo con su Zar... Los llamados delegados de los *zemstva* no hacen sino cavar un foso entre el Zar y el pueblo".

Los partidarios de Lóris-Miélikov niegan querer dar a Rusia un sistema constitucional. El Gran Duque Constantino Nicoláievich indica que la asamblea proyectada no es sino un órgano consultivo destinado a transmitir al gobierno los deseos y las aspiraciones de las clases sociales. Los ministros Valiútin, Abaza y Saburov expresan la misma opinión.

En estas condiciones, y deseoso de tener en cuenta, no los deseos de una parte de la nobleza y de la *intelliguentsiia* que al fin y al cabo no representan más que una ínfima minoría, sino las necesidades políticas e históricas del país, Alejandro III, después de algunas semanas de reflexión, decide renunciar al proyecto. El 29 de abril de 1881 e. a., hace público su manifiesto de acceso al trono y anuncia, como hemos visto, su voluntad de mantener inquebrantablemente el principio de la autocracia y de protegerlo, en vista de la felicidad del pueblo, contra cualquiera tentativa de quitarle eficacia. Con este manifiesto se acaba el papel de los antiguos colaboradores de Alejandro II que, con Lóris-Miélikov, ofrecen su renuncia.

Sin embargo, la transición de un gobierno de tendencias liberales a un gobierno absolutista se cumple lentamente. A Lóris-Miélikov y a sus amigos suceden el conde Ignátiev, el "desmembrador" de Turquía, N. A. Bunge, que recibe la cartera de Finanzas, y al barón Nicolai, que substituye a Saburov en el departamento de Instrucción Pública. La nueva combinación ministerial, inspirada por Ignátiev, renuncia al principio de una asamblea consultiva pero no al de reformas económicas y sociales destinadas a mejorar las condiciones de vida de la nación. En este sentido se toman medidas importantes cuyos efectos son una disminución sensible de las cargas fiscales de los campesinos y, por ende, del precio de rescate de las tierras concedidas en el momento de la emancipación. Además, para facilitar la compra de nuevas tierras por los rurales, Bunge decide la creación de un "Banco territorial campesino" que efectúa préstamos de larga duración que sus beneficiarios utilizan comprando parcelas suplementarias o trasladándose a los territorios todavía sin explotar de Siberia o de Asia Central. Se ha escrito mucho contra este Banco, sobre todo porque fué fundado por Alejandro III, pero es menester reconocer que dió a los aspectos más candentes de la cuestión agraria que, en su mayor parte, salían directa-

mente de las reformas de 1861, una solución que se mostró suficiente hasta la ley Stolípin y no cabe la menor duda de que aumentó considerablemente la superficie explotada por cada campesino, disminuyó el peso del rescate y el de las cargas fiscales y volcó hacia los territorios fértiles de Siberia y de Asia una parte considerable del campesinato que no encontraba en Rusia europea terrenos suficientes para su subsistencia.

La situación de muchos antiguos *dvorianie* se había vuelto lastimosa y no era difícil encontrar en las filas de los *raznochintsi*, numerosos hijos de antiguos terratenientes arruinados, no tanto por las reformas mismas como por la interpretación que les habían dado. Alejandro III, en 1885, en ocasión del primer centenario del manifiesto de Catalina II a la nobleza, reconoce la necesidad, para los nobles, de conservar una situación preponderante en el ejército, la administración y el poder judicial. Anuncia, para permitirles recuperarse económicamente, la creación de un "Banco Territorial para la Nobleza" destinado a ayudar a los terratenientes a salvaguardar su independencia financiera. En razón de la tendencia de los nobles rusos a vivir en la ciudad o en el extranjero y a confiar la administración de sus tierras a un intendente, este Banco tendrá efectos menos beneficiosos que aquéllos que obtiene el "Banco Campesino".

Por su parte, el conde Ignátiev, que ha substituído a Lóris-Miélikov en el departamento del Interior, no abandona la idea de su predecesor de asociar por los menos una parte de la población a la obra gubernamental. Pero parte de otro punto de vista porque, contrariamente a Lóris-Miélikov, que era liberal, obedece a las teorías de la eslavofilia. De suerte que, en vez de prever la convocación de los delegados de los *zemstva* de las provincias y de las ciudades, piensa en una asamblea de "competencias", compuesta de los altos dignatarios de la Iglesia, de los miembros de la Duma de Imperio y del Senado, de los ministros, de los mariscales de la nobleza, de los alcaldes de las capitales de provincia y de distrito y de los representantes de las clases sociales. Esta vez, el parecido con el *Zémskiy Sobor* es evidente y es precisamente lo que provoca la caída del ministro. En efecto, a la oposición "reaccionaria" de Pobiedonóstsev y de su grupo, se agrega la de los elementos occidentalistas moderados. Estos no renuncian a la idea de Lóris-Miélikov y, en su desprecio por la Rusia tradicional, considerada por ellos incapaz de competir con Occidente, prefieren entenderse con la autocracia que, por lo menos, tiene la ventaja, al

quedar fiel a sus principios, de no crear organismos cuya presencia sería un obstáculo más en el camino hacia la Constitución parlamentaria.

El conde Dmitriy Tolstói, sucesor de Ignátiev, profesa la opinión de que un jefe de origen noble debe estar al frente de cada distrito. Proyecta, pues, reformar el sistema de funcionamiento de los *zemstva* y de la administración municipal. No llega a realizar este propósito porque fallece en pleno trabajo de preparación, en 1890, pero su sucesor I. N. Durnovo, hace firmar al Zar, en 1890 y 1892, dos leyes destinadas, la primera, a regular el sistema de funcionamiento de los *zemstva,* estableciendo el principio de la jerarquía de las clases sociales en la elección de los delegados a las asambleas provinciales a quienes somete al control de la administración central; la segunda, a modificar el estatuto de las ciudades, inspirándose en el mismo principio, reduciendo el número de los electores ciudadanos y sometiendo a los delegados a la supervisión de los funcionarios del Estado.

V

La insurrección polaca de 1863 había dado un poderoso alimento al nacionalismo ruso. Todos pudieron comprobar cómo, de una cuestión puramente interior y que Rusia quería resolver ella misma en el marco general del Imperio, Europa estaba dispuesta a hacer un problema internacional, no tanto para liberar a Polonia como para crear dificultades a una nación que podía ser una contricante peligrosa en Europa y en Asia. Escritores de inspiración tan diversa, a pesar de pertenecer uno y otro al movimiento eslavófilo, como Dostoievskiy y Kátkov, expresan muy claramente el punto de vista de los nacionalistas rusos a este propósito.

En el momento de la insurrección, Inglaterra, en nombre de sus intereses propios, Francia, en defensa del principio de las nacionalidades, asumieron una actitud francamente hostil a Rusia. Austria misma, una de las potencias que habían destruído la independencia de Polonia en el siglo XVIII, fingió olvidar su complicidad con Rusia agradeciéndole así una vez más su intervención de 1849. Sólo Prusia se había puesto a la disposición de Alejandro II, pero no ciertamente en nombre de una amistad desinteresada sino para granjearse su agradecimiento en vista de sus proyectos contra Austria y contra Francia. Esta

serie de comprobaciones convenció a los rusos de que tenían enemigos, o bien activos o bien eventualmente activos, en casi todas las naciones occidentales, y esto desarrolló, de modo poderoso, el nacionalismo latente en la política rusa.

Aquí el nacionalismo coincide con la esencia de la eslavofilia, y Dostoievskiy, Kátkov y Pobiedonóstsev se encuentran en acuerdo perfecto al comprobar que las intervenciones posibles de Europa encuentran su motivo y su pretexto en los miembros alógenos del cuerpo ruso. Para ellos, el único medio susceptible de descartar esta amenaza reside en la rusificación rápida de las provincias racialmente alógenas que constituyen, a lo largo de las fronteras rusas, una franja en contacto con las naciones rivales. La política de rusificación se hace, pues, particularmente activa durante el reinado de Alejandro III, en el Gran Ducado de Finlandia, en Polonia y en Lituania.

Finlandia no pertenece al Imperio ruso sino a la persona del Emperador, según el principio de la "unión personal". Goza de una constitución, de un código penal y civil, de una moneda, de un ejército, de una Dieta y de un Senado, que la ponen prácticamente en la situación de evitar todo control por parte del poder central. Se trata, en realidad, de una provincia leal, pero leal según principios que los rusos tienen derecho a considerar unilaterales. Y en efecto, los finlandeses siguen fieles al Emperador mientras éste siga permitiéndoles ocupar situaciones eminentes en el Estado ruso y no pretenda mezclarse en los asuntos fineses. Frente a este estado de cosas, Alejandro III está, pues, en una situación sumamente delicada, sobre todo si pensamos que el Gran Ducado está dividido en inmensos latifundios, cuyos propietarios son grandes aristócratas de origen sueco que mandan a una población de raza finesa. Esta situación social, a la cual el factor étnico aporta complicaciones que es imposible no tener en cuenta, agrava aún más los defectos de la autonomía administrativa y política. Esta, en efecto, no sirve sino para trabar el funcionamiento del aparato estatal. Vemos, por ejemplo, cómo un delincuente que comete un asesinato en San Petersburgo puede encontrarse perfectamente tranquilo en Helsingfors algunas horas después del delito, sin que la justicia rusa pueda exigir de la finlandesa su extradición. Para Rusia, pues, la Constitución finlandesa es admisible en cuanto no constituye un peligro para el Estado y, en estas condiciones, Alejandro III, si bien respetará siempre dicha Constitución, lo hará en la medida en que no sirva para menguar las atribuciones del poder central.

En Polonia, la situación es mucho más delicada aún. Aquí, el nacionalismo esencialmente religioso de los rusos, se enfrenta con otro nacionalismo tan religioso como él y, a cada momento, el antagonismo puede volver a transformarse en insurrección armada como en 1830 y en 1863. Para quitar a los polacos toda ilusión en cuanto a sus posibilidades de conquistar la independencia, Alejandro III decide substituir a la designación "Reino de Polonia" la de "Región del Vístula". Decreta, además, que los funcionarios polacos no podrán ser empleados en su país de origen sino solamente en las provincias centrales de Rusia, en Siberia y en Asia. En 1885, un *ukaz* hace obligatoria la enseñanza de la lengua rusa en las escuelas, sin excluir la del polaco, singularmente en materia de enseñanza religiosa. Tan sólo en 1892 ésta deberá realizarse igualmente en ruso.

Otro problema muy grave que preocupa a Alejandro es el de la minoría hebraica. En el principio de su reinado, viven en Rusia aproximadamente cinco millones de judíos, a los cuales los nacionalistas rusos reprochan un nacionalismo racial siempre despierto y activo. Kátkov escribe y sostiene que el nacionalismo judaico es mesiánico pero en un sentido muy distinto del de los eslavófilos, puesto que pretende realizar la salvación de la humanidad mediante la subversión y la revolución universal. Además, en las filas del terrorismo, los elementos judaicos no han dejado de representar un papel eminente y, si bien los judíos que se ocupan de política revolucionaria predican el ateísmo, esto no hace sino acrecentar el peligro que esta raza representa en el marco de la nación rusa. El judaísmo separado de sus principios religiosos se transforma en empresa materialista cuyo propósito es destruir, no sólo el Estado, sino también la religión ortodoxa, cuya esencia mesiánica choca con el mesianismo revolucionario de los judíos. Los nacionalistas rusos consideran, pues, a la minoría hebraica como otro elemento alógeno que es menester vigilar tanto como por su inadaptabilidad racial y religiosa, por su participación siempre activa en las empresas de subversión.

Desde la época de los repartos de Polonia, los judíos habían sido obligados a vivir en una llamada "zona domiciliar" o "zona de residencia", situada a lo largo de los confines occidentales del Imperio, en un territorio que abarcaba la antigua Polonia y algunas provincias limítrofes desde el mar Báltico hasta el mar Negro. Pero, en la realidad, los que disponían de medios de existencia suficientes, y no eran pocos, podían viajar a través del Imperio y fijar, tras una licencia

especial, su residencia dondequiera. Con los primeros movimientos revolucionarios, los vemos tomar de golpe una gran libertad de acción. En los albores del reinado de Nicolás II, llegarán a fundar su propio partido socialista, muy diferenciado racialmente de la social-democracia rusa, el *Bund,* que, por la voluntad de sus fundadores, David Goldman, Aron Kremer y Abraham Mitnik, llevará una acción revolucionaria peculiar dotada de propósitos dirigidos, tanto contra los revolucionarios rusos y polacos como contra el zarismo.

El antisemitismo ruso reviste un carácter tanto menos explicable cuanto que resulta muy difícil desentrañar en él lo que tiene en común con el antisemitismo occidental y lo que le pertenece verdaderamente. Sin embargo, me parece que los conceptos racionales —por lo menos según la acepción que esta palabra ha asumido últimamente— no representan en él el papel principal. Todos los rusos, Dostoievskiy lo mismo que el campesino, odian al judío porque pertenece a la raza que hizo morir al Hijo de Dios. No se trata, pues, de ninguna actitud basada en superioridades o inferioridades étnicas. Por lo demás, le reprochan dedicarse a profesiones que la Iglesia condena, la usura y la especulación, y esto es tan cierto que, después de las reformas, la mayor parte de los préstamos hipotecarios sobre las parcelas domiciliares de los siervos emancipados fueron hechos, y organizados en gran escala, por los taberneros judíos de las aldeas, con el agravante, que Dostoievskiy, por ejemplo, señala sin cesar en su *Diario de un escritor,* que dichos taberneros, con estos préstamos, ayudaban al desarrollo del alcoholismo y, por ende, de la pereza, y se quedaban finalmente con las parcelas en cuestión que volvían a alquilar a su antiguo posesor, creando así de nuevo un estado de servidumbre peor que el anterior. Por otra parte la participación de los miembros de la *intelliguentsiia* judía en todas las empresas revolucionarias del reinado de Alejandro II, tendió a volver más agudo este odio de los ortodoxos contra los judíos; pero tampoco esta vez ningún presupuesto racial estrecho entró en línea de cuenta. Y tanto es así, que si un judío se convertía a la *pravoslavie* —y esto era muy corriente— era inmediatamente admitido con plenos derechos en todos los ambientes sociales y en todos los empleos del Estado por elevados que fuesen. Los matrimonios de ortodoxos con judíos conversos eran admitidos sin ninguna restricción y no fueron raras tales uniones en la alta sociedad rusa. Nesselrode, Canciller de Nicolás I, era de origen judaico, como lo era Giers, hijo de un tabernero y maestro de postas de la pequeña localidad de Radzi-

willov, que, protegido por el judío converso Hamburger, alto funcionario del Puente de los Cantores [17], se casará con una sobrina de Gorchákov y llegará a dirigir los asuntos exteriores durante todo el reinado del "antisemita" Alejandro III.

La primera medida tomada contra los judíos reduce la extensión de la llamada "zona domiciliar". Además, en esta misma zona, se les prohibe residir en las localidades rurales y en las aldeas para impedirles especular a expensas de los campesinos. En una gran medida, el Banco Territorial Campesino fué creado para que préstamos con bajo interés pusiesen dinero líquido a la disposición de las clases rurales. Esta medida, tomada en 1882, cuando Ignátiev se encontraba todavía en el ministerio del Interior, fué seguida cinco años más tarde por la interdicción hecha a los judíos de instalarse en las ciudades industriales y en los centros de venta de trigo de Taganrog y de Rostov sobre el Don; otro *ukaz* firmado en 1891, prohibe a los artesanos judíos instalarse en la ciudad y en la región de Moscú. Finalmente, se introduce el principio del *numerus clausus* para limitar y regular su participación en la vida pública: como medida de profilaxis social, puesto que en los establecimientos de enseñanza los alumnos judíos representan, según las autoridades, un fermento no indiferente de agitación subversiva, se reduce su posibilidad de inscripción al diez por ciento de la población escolar en la "zona domiciliar", al cinco por ciento en los establecimientos situados fuera de esta zona y al tres por ciento en Moscú y en San Petersburgo. En cuanto a la representación municipal, se les quitan sus derechos electorales y, a partir de 1892, la administración se encargará de elegir entre los israelitas inscriptos en las planillas fiscales, individuos cuyo número nunca podrá ser superior al diez por ciento del de los componentes del Consejo municipal.

La vigilancia del gobierno de Alejandro III —*contrariamente* a la norma de su padre que había consistido en dejar plena libertad en este dominio a la iniciativa privada, según los conceptos entonces en vigor en Occidente— se extendió al mundo industrial en pleno desarrollo y, por consiguiente, al del trabajo que, alrededor de los años 90, empezó a extenderse de modo preocupante [18]. En razón del princi-

[17] Así se llama el palacio en que estaba instalado el ministerio de Relaciones Exteriores.

[18] El desarrollo industrial de Rusia empieza en realidad durante el reinado anterior pero sin asumir proporciones notables. Encontrará su pleno asentamiento por la obra de Sergio Witte empezada durante el reinado de Alejandro III pero

pio occidental de la libre iniciativa reconocida a los dadores de trabajo, las condiciones de vida del proletariado industrial eran verdaderamente lastimosas. Baste indicar, por ejemplo, que en 1880, en la región de Moscú, la jornada de trabajo era generalmente de trece horas; en las otras regiones, variaba de catorce a quince horas. El trabajo de las mujeres no estaba limitado por ningún reglamento ni tampoco el de los niños. En muchos casos, los sueldos eran bajos y venían a limitarlos multas impuestas por los capataces por los motivos más vanos. Lo que sobraba, el obrero no lo percibía en metálico sino en bonos de consumo, con los cuales debía comprar los productos necesarios a su subsistencia en cooperativas pertenecientes... al dueño de la fábrica [19].

A partir de 1882, una serie de disposiciones limita rigurosamente la libre iniciativa de los industriales. El gobierno crea un cuerpo de inspectores sociales que ejercen una vigilancia constante sobre las condiciones de trabajo cuya duración limita en proporciones parecidas a las de Alemania —el país más avanzado de Europa en materia social—; regula con firmeza, en la duración y en las normas de rendimiento, el trabajo de las mujeres y de los niños, prohibiendo por ejemplo su empleo en el subsuelo, medida que será tomada en Francia tan sólo a principios del siglo XX; crea el seguro obligatorio contra los accidentes del trabajo según las normas bismarckianas e impone a los empresarios la obligación de pagar los sueldos en efectivo, sometiendo a una legislación especial los conflictos entre obreros y dadores de trabajo. Mejoras evidentes hasta en relación con ciertas naciones occidentales, Inglaterra por ejemplo, donde el desarrollo industrial y la lucha social se habían llevado a cabo, sin embargo, desde el principio del siglo, y tanto más necesarias cuanto que el socialismo, después de un largo estancamiento, intentaba tomar nueva vida adaptándose a las nuevas condiciones sociales [20].

---

plenamente coronada durante el del último Románov. Para no fragmentar en demasía uno de los factores más importantes, por sus consecuencias económicas, sociales y políticas, de la vida rusa, dejo el estudio de este desarrollo para la época de Nicolás II que, mejor que la de su padre, nos proporciona todos los elementos que nos permiten una visión de conjunto.

19 Estos son casos extremos evidentemente. Nos bastan, empero, para indicarnos el estado social de una parte de la población rusa que ni siquiera recibía la protección que nunca faltó al campesino.

20 El desarrollo de la población proletaria se encuentra suficientemente indicado con las siguientes cifras: 1865, 381.000; 1890, 1.620.000; 1893, 1.800.000; 1896, 2.300.000; 1897, 2.850.000... para una población total de 127 millones de almas donde las masas rurales representaban todavía el 82 por ciento.

Hemos visto que aquellos socialistas que se habían negado a admitir los principios del movimiento terrorista de la "Voluntad del Pueblo", habían fundado, ya antes del asesinato de Alejandro II, la asociación disidente del *Chiorniy Perediel,* o de la "Repartición Negra" o "Integral" que decidió funcionar en el extranjero. Sin embargo, esta asociación se disolvió pronto y sus dirigentes, lejos de intentar aproximarse a la *Naródnaia Volia,* adhirieron a la primera Internacional y fundaron la sección rusa de la social-democracia cuya primera norma fué atacar a los Populistas en todos los terrenos en nombre de los principios del socialismo científico. Cuatro nombres están ligados a este movimiento, los de Plejánov, de Deutsch, de Axelrod y de Viera Zásulich; el primero de ellos, en su obra *Nuestras divergencias,* publicada en 1884 en París, donde vivió antes de instalarse en Suiza, expresa perfectamente las ideas de la nueva asociación. Quiere fundar un movimiento socialista que se imponga por el canal de un partido legalmente constituído y no por métodos terroristas. Este partido debe proponerse, ante todo, la organización de la lucha económica, no ya utilizando a los campesinos, que no son revolucionarios, sino a los proletarios cuya falta de prejuicios doctrinales suprime todo obstáculo conceptual entre ellos y el marxismo. Si Rusia, en efecto, quedó atrás en relación con Occidente, podrá alcanzarlo tan sólo merced al desarrollo de la industria, que determinará el nacimiento de un vasto proletariado urbano. Este, después de la fase de industrialización burguesa, determinante fatal de una revolución realizada en nombre de los intereses capitalistas, aprovechará la nueva situación para tomar, quizás sin violencia y por vía legal, pero de modo fatal, puesto que el sistema económico moderno incluye, según Marx, tales fatalidades, el mando y la dirección del Estado, y realizará así la sociedad socialista sin clases que ha de dar al proletariado la propiedad integral de los instrumentos de producción y de las fuentes de riqueza.

La forma pacífica del marxismo plejanovista encontró una relativa audiencia, desde un principio, en las masas proletarias completamente apolíticas de la época de Alejandro III, que se dejaban fácilmente seducir por los esquemas elementales de una doctrina que se les presentaba como el único método sencillo para conquistar ventajas cuya naturaleza, por otra parte, se evitaba cuidadosamente precisar.

No podemos terminar el bosquejo interior de este reinado sin indicar, por brevemente que sea, los movimientos religiosos que lo acompañan.

Como hemos visto, este período puede ser definido como el del triunfo del nacionalismo ruso cuyas bases descansan sobre las teorías de los eslavófilos, adaptadas por Pobiedonóstsev a las necesidades de la realidad nacional tal como la condicionan los acontecimientos nacidos de la coyuntura interior y exterior. Uno de los principios básicos de las doctrinas eslavófilas es el "retorno a las tradiciones seculares de la vida rusa", fórmula cuya vaguedad deja bastante libertad de acción a los responsables de la política rusa que, sin embargo, nunca dejarán de tener presente el presupuesto de una alianza estrecha entre religión y gobierno, entre Trono y Altar. Por ello mismo, durante el período en que Pobiedonóstsev tiene en sus manos los destinos del Santo Sínodo, se emprende con vigor una acción tendente al asentamiento de las bases teológicas de la ortodoxia, empresa acompañada y completada por un gran empuje misionero que se desarrolla particularmente en las regiones musulmanas y lamaicas de Asia central. Pero este espíritu misionero adolece de un grave defecto. Procede por presiones, no violentas, por cierto, pero sí paulatinas, contra los súbditos del Imperio que quieren seguir fieles a su credo originario, y en muchos casos, como en el de los católicos de Polonia, llega a la persecución. También en Europa, el Santo Sínodo organiza misiones cuyo propósito es conquistar a la ortodoxia a católicos, stundistas y dujobores; pero es necesario reconocer que en esta tentativa, por lo menos en la acción de los que han sido encargados de realizarla, entra más fanatismo que verdadera religiosidad. En muchos casos, en efecto, lo que la apologética no consigue, los misioneros intentan alcanzarlo con la coacción, como cuando piden y obtienen la deportación a Siberia de los ministros dujobores justamente considerados, además de heréticos, socialmente peligrosos. Es que la Iglesia oficial, en la aceleración del proceso anteriormente indicado [21], se ha instrumentalizado hasta el punto de transformarse en una mera función del Estado; es decir, que, salvo honorables excepciones, el clero sigue con formalismo conceptos religiosos esclerosados y demasiado rígidos para no suscitar un gran descontento entre los creyentes. Y nadie con mayor violencia que Tolstói, expresa este estado de ánimo.

---

[21] Cap. IV, *passim*.

Cuando, en 1909, Merezhkovskiy publicó su célebre estudio crítico sobre *Tolstói y Dostoievskiy,* fué el primero, indica Ettore Lo Gatto [22], en establecer una antítesis entre el autor de *Resurrección,* considerado como "vidente de la carne", es decir como pagano y como panteísta, y el de los *Demonios,* considerado como "vidente del espíritu", es decir como verdadero cristiano. Antítesis que ha sido desde entonces aceptada por todos. Y aquí nos enfrentamos una vez más, a pesar del tan a menudo subrayado "cristianismo" de Tolstói, con el eterno problema de la disciplina religiosa que, contrariamente a lo que sucede con Dostoievskiy, se resuelve, en el caso del hombre de Iásnaia Poliana, en el abandono de toda la disciplina social y religiosa, en el anarquismo y, a través de la adhesión al principio de la "no resistencia", a todos los ideales, tanto más destructores cuanto que son más nebulosos, de la religión de la humanidad.

El camino de los dos escritores tomó direcciones que desde un principio divergieron de modo total si tenemos presente que mientras su rival procede directamente de Gógol, la fuente de las primeras inspiraciones de Tolstói debe encontrarse en Turguéniev. Divergencia que no hace más que acusarse cuando coinciden en el tiempo obras como las *Memorias del subsuelo* y *Los cosacos, El idiota* y *Guerra y paz, Los hermanos Karamázovi* y *Anna Karénina,* y que resalta de manera definitiva cuando oponemos la *Confesión* al *Diario de un escritor.* Como el *Diario,* en efecto, la *Confesión* revela el drama de una crisis aguda que embarga a un alma religiosa; pero la conclusión de Tolstói es muy distinta de la de Dostoievskiy, ya que, al sacudir con violencia todo marco dogmático confesional, su búsqueda espiritual desemboca en la proclamación de la doctrina de la "no resistencia al mal". Camino que las obras posteriores a la *Confesión* (que Tolstói termina en 1880) no hacen sino confirmar de modo decisivo hasta llegar a la última novela, *Resurrección,* coronamiento de todas las tendencias religioso-humanitarias del autor. *Resurrección* es, en verdad, la última obra con la cual Tolstói se expresa "estéticamente", ya que hasta su muerte no volverá a abandonar su propósito de renuncia artística total [23]. En esta obra,

---

22 E. LO GATTO: *Storia della letteratura russa,* cap. V y VIII.

23 En realidad, *Resurrección,* por pertenecer, según el mismo autor, a la vieja "manera", ya totalmente repudiada por él, de *Guerra y Paz* y de *Anna Karénina,* no hubiera sido publicada si Tolstói no se hubiese encontrado en la necesidad de recoger fondos para los *dujobores* con quienes tenía contactos espirituales y que preparaban su emigración en masa hacia la Columbia británica para huir de las "persecuciones" del Santo Sínodo, es decir de un Estado que al pre-

ya el héroe, el príncipe Nejliudov, se rescata, fuera y contra toda Iglesia, merced a una tragicomedia judicial en la cual debe tomar parte y que lleva a la condena de la mujer a quien sedujo en su juventud. Fuera y contra toda Iglesia, significa para Tolstói buscar una moral de amor fraternal basada en la renunciación y la no resistencia al mal. Esta búsqueda la podemos seguir, con todas sus estridencias, en las obras voluntariamente antiestéticas, desde la *Crítica de la teología dogmática* hasta el panfleto *Sobre la pena de muerte*, pasando por *El reino de Dios está en nosotros*, proclamación teórica del principio de la no resistencia, y por el grito de rebelión social que surge del famoso *Ya no puedo callar*.

Mejor y más intensamente que ninguna otra, la obra de Liev Tolstói nos hace patente el desconcierto intelectual y espiritual que, nacido de los deseos obscuros de la *intelliguentsiia* durante el reinado de Alejandro II, desaparece, o por lo menos no tiene consecuencias graves, entre 1881 y 1894 gracias a la acción enérgicamente reaccionaria de Alejandro III y de Pobiedonóstsev; pero resurgirá con todos sus fermentos de destrucción social y espiritual cuando, de las manos de Nicolás II, conspiradores de todas las clases arranquen el instrumento que su padre había forjado para permitirle mantener la herencia.

¿Hasta qué punto no habrá llegado el desconcierto espiritual de las clases cultas si el profeta de Iásnaia Poliana puede pretender recibir del Sermón de la Montaña una lección de anarquismo, de condena absoluta de todas las leyes y costumbres que rigen la sociedad? Y ¿cuál podía ser la reacción de la Iglesia frente a un hombre que la atacaba con más audacia que sus peores enemigos y podía escribir: "me he convencido poco a poco de que la enseñanza de la Iglesia no está hecha más que de supersticiones groseras y de farsas impúdicas, bajo las cuales desaparece completamente el sentido verdadero del Evangelio galileo..."? ¿Cómo podía admitir que en *Resurrección* Tolstói se burlara tan groseramente del misterio de la Transubstanciación al describir la misa celebrada por el capellán de la cárcel? Lo excomulgó sin que esta medida proporcionara al que alcanzó, la menor molestia por parte de las autoridades del Estado que pretendía destruir [24].

---

tender mantener el orden público, les impedía incendiar sus casas y las de sus vecinos.

[24] He aquí los principales pasajes del decreto de excomunión: "Seducido por el demonio del orgullo, el conde Liev Nicoláievich Tolstói se ha rebelado audazmente contra Dios, Nuestro Señor Jesucristo. Con ardor fanático provoca al derrumbamiento de todos los dogmas, y niega al Dios personal y viviente, glo-



ALEJANDRO II EN 1878

Ciertamente, la propaganda antisocial de Tolstói no podía tener grandes repercusiones en las capas humildes de la nación rusa. Los campesinos seguían siendo monárquicos y ortodoxos, y a los obreros les era necesario algo más consistente que las elucubraciones metafísicas del aristócrata en ruptura de clase: les hará falta la palabra "científica" de los jóvenes profetas del marxismo. Pero los gritos de rebelión del apóstol de la no resistencia realizaban terribles estragos en las clases elevadas, en el mundo de la cultura y hasta en los círculos dirigentes, carcomiendo todos los principios sobre los cuales descansaba el edificio nacional. Otra vez, pues, en el siglo, el ataque venía de los mismos *dvorianie* que habían asesinado a Pablo I, que habían proporcionado a la revolución un estado mayor siempre diezmado y que siempre resurgía de sus cenizas, desde Péstel hasta Sofía Pieróvskaia, y que, con Nicolás I y Alejandro III, habían fracasado porque en la persona de estos dos monarcas se había verificado la exactitud de esta definición de Joseph de Maistre: "Mirabeau ha dicho, no sé ya en qué parte de su libro sobre la monarquía prusiana: *"un rey es un ídolo puesto en determinado lugar, etc."*. Descartando la forma inconveniente de este pensamiento, es cierto que Mirabeau tiene razón. Sí, ciertamente, el rey está allí, en medio de todos los poderes; como el sol es el centro de los planetas. Él rige, anima" [25].



rificado en la Santísima Trinidad, creador y amo del mundo; niega a Dios Cristo, Dios Hombre, redentor y salvador del mundo, que sufrió por los hombres en la Cruz y resucitó de entre los muertos; niega la Inmaculada Concepción de Cristo y la virginidad de María hasta el día del Nacimiento; y, después de este día, de la Madre de Dios... Insulta las ceremonias más sagradas de la Iglesia; se atreve a menospreciar al más augusto de los misterios, el de la Santa Eucaristía...".

[25] MAISTRE: *Mélanges*.

CAPITULO VII

EL ZAR PACIFISTA

Nicolás Giers - El conflicto anglo-ruso de Extremo Oriente - Austria y los Balcanes - La Dúplice Alianza y el acuerdo de los Tres Emperadores - Aislamiento de Inglaterra - Rusia, protectora del Hombre Enfermo - Sinsabores búlgaros: "la combinación europea" - Final de la Alianza de los Tres Emperadores - El pacto de Reaseguro hasta la caída de Bismarck - Holstein el tenebroso - Guillermo II: de la *Realpolitik* a la *Weltpolitik* por el *neue Kurs* - Condiciones del acercamiento franco-ruso - Los buenos oficios de Alejandro III en favor de Francia - El general de Boisdeffre en Rusia y la firma de la alianza - Sus verdaderos objetivos - Inglaterra invertebrada - Muerte de Alejandro III.

Del mismo modo que Nesselrode personificó una política exterior que Nicolás I quería sentar sobre las bases de la Santa Alianza, y Gorchákov, con su teoría de los "hombres barbudos de su país", dió a las empresas del Zar libertador el barniz paneslavista que permitía a la Rusia autocrática adaptar la idea de nacionalidad a sus aspiraciones tradicionales, el modesto y asiduo Nicolás Giers, con su escepticismo siempre despierto ante los hermosos conceptos generadores de acciones aventuradas, impondrá un inconfundible sello empírico-pacifista a la diplomacia imperial durante el reinado de Alejandro III.

De origen más que humilde, cargado de una numerosa familia que tendrá que colocar de modo ventajoso, debe sus éxitos de carrera exclusivamente a su asiduidad burocrática, a su prudencia, a su devoción por la persona del Emperador y a su valor moral. Su matrimonio con una parienta de Gorchákov vino oportunamente a borrar la señal negativa que su sangre semítica hubiera podido provocar cuando se trató para él de acceder a los altos puestos del escalafón. Recomendado por Hamburger que, tanto como él, no era por cierto uno de los hombres barbudos caros a Gorchákov, fué encargado en 1875 de la dirección del Departamento Asiático de la Cancillería y se granjeó pronto la

reputación del funcionario que mejor conocía los asuntos extremo-orientales y, sobre todo, los problemas relativos al Próximo Oriente, entre los cuales el embrollo balcánico no era el menos importante. Durante la guerra ruso-turca llegó a desempeñar oficiosamente la dirección de las operaciones diplomáticas con Inglaterra y, por sus instrucciones prudentes, permitió los contactos Shuvalov-Disraëli que, mediante algunas concesiones, en verdad poco onerosas, evitaron a Rusia el deber enfrentarse con su rival. Desde entonces, Alejandro II lo señaló a su hijo y éste, después de las experiencias Lóris-Miélikov e Ignátiev, no tardó en considerarlo como a su único colaborador posible.

En efecto, ante este soberano concienzudo pero con frecuencia demasiado enérgico y cuyas definiciones no correspondían siempre a los buenos hábitos de la diplomacia tradicional, Giers tenía un sistema excelente: no ejecutar las órdenes que le parecían peligrosas antes de que hubiese pasado un cierto tiempo, y verter en un lenguaje académico lo que su señor había expresado *ex abrupto*. En un principio, hubo roces desagradables entre ellos y, por tres veces en 1882, Giers quiso retirarse; pero Alejandro vió que no se trataba de divergencias fundamentales sino de maneras distintas de enfocar problemas que, en fin de cuentas, por ser los mismos para uno y para otro, debían tener la misma solución: salvaguardar la integridad del Imperio y mantener la paz en Europa; como también, para uno y para otro, toda combinación diplomática susceptible de asegurar este programa era digna de ser tomada en cuenta. Baste decir que en el comienzo de su colaboración, Alejandro y Giers tenían en Rusia y en Europa la fama bien sentada de germanófilos convencidos y que ello no les impidió llevar a su país —la reaccionaria Rusia de Pobiedonóstsev— a la conclusión de una alianza muy completa con la republicana Francia para premunir a Europa contra las empresas del muy absolutista Guillermo II.

Con todo esto, después del Congreso de Berlín, la hostilidad de Inglaterra y de Austria se mantenía siempre despierta, aunque ya los intereses de los dos países comenzasen a divergir y, a veces, seriamente, como veremos. El conflicto ruso-inglés en Extremo Oriente asumía con frecuencia carices inquietantes y, además, subsistía un equívoco en la cuestión de los Estrechos. En aplicación de todos los acuerdos impuestos a Rusia durante el siglo décimonono, el acceso al mar Negro permanecía prohibido a los buques de guerra de cualquier pabellón. Pero, al fondear en el Bósforo en 1878, los ingleses habían querido sentar un precedente y llegaron a afirmar que, en su interpretación, que debía

ser considerada como la única valedera, el pasaje en litigio estaba supeditado a un permiso del Sultán, puesto que el almirante inglés ejecutor de la operación había solicitado tal permiso antes de proceder al mínimo movimiento. Ahora bien, el Sultán era todavía el protegido de la Emperatriz Reina, y lo que había sido "obtenido" en 1878 podía serlo una vez más, de suerte que, en el caso nada improbable de una guerra anglo-rusa, la armada británica podría muy legalmente ir a bombardear los establecimientos rusos del mar Negro, mientras que Rusia, que nunca podría solicitar tal favor, seguiría bloqueada en Sebastopol y en Odesa sin poder emprender nada contra Malta o Chipre. En estas condiciones, se comprenderá por qué la interpretación dada por la diplomacia petersburguesa al estatuto de los Estrechos tenía que ser muy distinta de la del Foreign Office.

Como en 1856, Rusia se sentía aislada en el continente. A causa de la hostilidad de Austria y de la actitud vengativa de Bismarck, el acuerdo de los tres emperadores estaba anulado en sus efectos prácticos. Viena se entregaba a toda suerte de maquinaciones en los Balcanes. Ya la ocupación condicionada de Bosnia y Herzegovina —que, nominalmente, permanecían bajo la dominación otomana— no le bastaba. Sus militares querían una anexión completa y, además, una ocupación permanente del sanjacato de Novi Bazar, objetivos susceptibles, según ellos, de cubrir estratégicamente a Dalmacia y de dominar a Servia económica y militarmente. Por otra parte, no dejaban escapar ninguna ocasión de excitar a Rumania y a Bulgaria contra Rusia que les presentaban como una libertadora demasiado exigente y llena de obscuras intenciones anexionistas. Finalmente, Alejandro III y su ministro no podían sino comprobar con amargura que, en las reuniones de las comisiones permanentes encargadas de vigilar la aplicación de las cláusulas del tratado de Berlín, Alemania votaba siempre en contra de Rusia y no desperdiciaba ninguna oportunidad de colocarse al lado de Austria y de Inglaterra. Les era difícil, por el momento, pensar en un acercamiento con Francia cuyo estado interior, en los años 80, era tan catastrófico que ni siquiera parecía posible el mantenimiento de su régimen republicano sin que tampoco se pudiera adivinar qué forma política tomaría en el futuro ya que su porvenir estaba supeditado a sus relaciones con Alemania.

En la necesidad de correr hacia lo más urgente, Giers, en un principio, pensó únicamente en una restauración de la alianza de los tres

emperadores y, haciendo a mal tiempo buena cara, multiplicó las visitas a Berlín.

Pero, el 7 de octubre de 1879, Bismarck y Andrassy habían firmado una alianza total que garantizaba a cada uno de ambos países contra una agresión rusa y esto hacía más árduas las negociaciones entre Berlín y San Petersburgo. Entonces, el Canciller de Hierro logró uno de sus golpes diplomáticos geniales. Francia acababa de negar a Rusia la extradición del terrorista Hartman que, en 1880, había tomado parte en el atentado contra el tren imperial en la estación de Moscú. Bismarck pudo hablar, por consiguiente, de amenaza universal contra el principio conservador y contra las dinastías e invocar el principio de solidaridad monárquica y de conservación social, principio de solidaridad al cual el tratado de Berlín había dado un golpe que Europa consideraba mortal. Sin embargo, basta que el alemán invoque la necesidad urgente de restaurarlo merced a una segunda Santa Alianza de los reyes, para que los dos antagonistas lo acepten sin protestar demasiado. Y así, el 18 de junio de 1881, tres años después del tratado de Berlín, la alianza de los tres emperadores es renovada por tres años. En caso de guerra con una cuarta gran potencia, Guillermo I, Alejandro III y Francisco José se comprometen a una neutralidad benevolente. Esta cuarta potencia es, evidentemente, Inglaterra que, de aisladora, se encuentra aislada a su vez, situación de la cual le será difícil salir a menos de adherir, más o menos paulatinamente, al sistema que, en 1882, vendrá a completar la alianza de Alemania y de Austria con Italia. Por el momento Rusia, en caso de guerra con Gran Bretaña, está cubierta por el lado de Austria; y Alemania no verá renovarse a favor de Francia la intervención rusa de 1875. Por otra parte, los tres emperadores se comprometen a demostrarse mutuamente la mejor voluntad en las cuestiones balcánicas, aunque más no fuere en una modificación eventual del *statu quo* otomano. El cierre de los Estrechos, por ser asunto de interés europeo, no es cuestión de exclusiva competencia del Sultán, que los tres emperadores vigilarán para evitar que haga excepciones a favor de una cuarta potencia, Inglaterra esta vez también. Finalmente, Rumelia podrá unirse a Bulgaria cuando llegue el momento oportuno y Rusia reconoce a Austria el derecho de anexar a Bosnia-Herzegovina, igualmente en el momento oportuno.

Este instrumento diplomático aísla tan completamente a Inglaterra que ésta, cuando quiera volver a tomar parte en el concierto de las naciones europeas, estará obligada a hacerlo por intermedio de su pro-

tegida italiana que, entre tanto, habrá entrado en el juego bismarckiano.

Con el tratado del 18 de junio, "Bismarck había realizado una obra maestra diplomática. La alianza austro-germánica, concluída contra Rusia, estaba garantizada por ésta", escribe Murice Baumont [1] sin darse cuenta que mucho más que garantizar esta alianza, Rusia la vuelve innocua en lo que le concierne y la apunta directamente contra Inglaterra que, de modo irremediable, se encuentra descartada de los Balcanes. Y tanto es así que, en pocos meses, su influencia en la corte otomana va a desaparecer completamente.

Mientras tanto, la expansión moscovita en Asia asume proporciones que inquietan poderosamente a Inglaterra. Detenida en su progresión hacia Constantinopla en 1878, Rusia se ha vuelto con decisión hacia el corazón de Asia y prosigue el cerco de las Indias por el Afganistán y por Persia para contestar con precisión a la hostilidad británica que, desde décadas, lleva contra ella una guerra solapada a lo largo de sus fronteras orientales. "Dondequiera Rusia tenga un interés en suspenso, una dificultad a superar, encuentra en su camino a Inglaterra que aguijonea a sus adversarios, busca el defecto de su coraza, apuntala los obstáculos; ya está tan acostumbrada a ello que hace a Inglaterra el honor de todas sus dificultades, aun de aquéllas en que no ha tomado parte alguna" [2].

Entre 1873 y 1880, Rusia ha conquistado una parte del Turkestán y obtenido de Peiping, por el tratado de Livadia, privilegios comerciales sobre las vías de comunicación de la China del noroeste. Poco a poco los oasis de los turkmenos se someten y, en enero de 1881, el general Skóbielev toma por asalto a Geok Tepé [3]. Tres años más tarde, el oasis

---

1 M. BAUMONT: *L'essor industriel et l'impérialisme colonial: 1878-1904.* Tomo XVIII de la colección "Peuples et civilisations"; París, 1937.

2 ROURE: *La rivalité anglo-russe en Asie;* París, 1908.

3 "La victoria de Skóbielev tendrá repercusión en toda Asia, hasta en sus más remotos aledaños. ¡Conque otro pueblo musulmán valiente y soberbio se le ha sometido al Zar! pensarán los demás pueblos asiáticos. ¡Ojalá llegue el eco de nuestro triunfo hasta el fin de Asia, hasta las Indias! ¡Quiera Dios que les infunda a esos millones de hombres la creencia en la invencibilidad del Zar blanco! No podemos detenernos ya en este camino. Podrán esos pueblos conservar sus janes y emires, podrá en su fantasía Inglaterra, cuyo poder les asombra, seguir cerniéndose cual nube amenazante; pero el nombre del Zar blanco debe estar por encima de janes y de emires, debe resplandecer por sobre el de la emperatriz de las Indias y hasta por sobre el del jalifa. El Zar blanco es también el Zar del jalifa. Esta, y no otra, es la idea que debe arraigar en sus cerebros. Y así va sucediendo, efectivamente, de año en año, y eso es lo que hace falta, pues nos allana el porvenir y habitúa a esos pueblos a la idea de lo ineluctable...

de Merv, considerado como la clave de las Indias, cae a su vez, poniendo casi en contacto las avanzadas rusas y las inglesas. Bastaba el mínimo incidente para que estallara un conflicto armado, ya que las Indias eran para los ingleses "la última palabra". El 30 de marzo de 1885, mil quinientos rusos, bajo el general Komárov, franquean el río Kuchk, que los ingleses consideran como el límite extremo de sus concesiones, desbandan a los afganos y ocupan el oasis de Pendjeh. Esta vez, la alianza de los tres emperadores funciona perfectamente. Bismarck advierte a Turquía que el cierre de los Estrechos debe ser mantenido y Francia cumple el mismo paso. Inglaterra está obligada a aceptar un arreglo pacífico que deja a los rusos el oasis de Pendjeh y devuelve a Afganistán el paso de Zulfacar.

Evidentemente, esta solución que ha sido la prueba de fuego del tratado de los tres emperadores, no serena las relaciones anglo-rusas. "El antagonismo de los dos imperialismos que aspiraban uno y otro a la dominación de Asia, subsistía con su pasado de intrigas. Un incurable rencor sigue animándolos y los diplomáticos siguen proclamando fatal una guerra anglo-rusa. Rusia logra una fácil asimilación de los asiáticos; los elementos indígena y ruso se amalgaman. Da un gran impulso a los trabajos públicos, construye represas para extender los cultivos, devuelve seguridad a las vías comerciales" [4]. Y, sin embargo, para Rusia, el incidente de Afganistán implica una gran enseñanza. Si bien le demuestra el precio de la amistad alemana, le prueba al mismo tiempo que la paz no podrá ser asegurada mientras no encuentre un terreno de acuerdo con Inglaterra. De hecho, Bismarck puede tener interés, el día menos pensado, en asistir como *tertius gaudens* a una guerra que opondría, hasta el aniquilamiento de ambas, a Londres y San Petersburgo. En estas condiciones, el tratado de los tres emperadores no es más que un instrumento precario. En las fronteras afganas no permite sino un equilibrio lleno de amenazas y si la cuestión balcánica vuelve a surgir entre Austria y Rusia, Alejandro y su ministro

---

"Difícil resulta apartarse del ventanal que Pedro nos abrió sobre Europa: ésa es nuestra fatalidad. En cambio, Asia... ésa sí que puede ser efectivamente nuestra salvación. Si entre nosotros se difundiese una idea más exacta de Asia y de la "idea" de Asia, ¡qué gran raíz nacional se habría curado! Asia, nuestra Rusia asiática...

"—Pero ¿Inglaterra? ¿Olvida Ud. a Inglaterra? Nuestra emigración al Asia no tendría más remedio que inquietarla.

"—Quien teme a Inglaterra... que se esté en su casa".

DOSTOIEVSKIY: *Diario de un escritor*. enero 1881, *passim*.

[4] BAUMONT: *op. cit.*

no pueden ignorar que Bismarck se pondrá sin vacilar al lado de la primera y la ayudará a alcanzar sus objetivos a expensas de la segunda [5].

Y, en efecto, no tardan en volver a surgir dificultades entre Viena y San Petersburgo y, como siempre, a propósito de los Balcanes donde las jóvenes nacionalidades —búlgara, servia, rumana, griega o montenegrina—, decepcionadas por el tratado de Berlín, quisieran corregir los hechos diplomáticos por una política de hechos consumados, donde los deseos de hegemonía se apoyen sobre odios de índole religiosa. Al mismo tiempo que se espanta del engrandecimiento territorial búlgaro, Grecia no admite que el exarcato de Sofía se haya independizado del patriarcado primacial. Las relaciones entre rumanos y búlgaros, búlgaros y servios, servios y griegos, no son mejores y, en este embrollo, el nuevo sultán Abd Ul-Hamid, el Sultán Rojo, teje una complicada madeja que le permite seguir degollando a los cristianos y concediendo

[5] He aquí el punto de vista de los nacionalistas rusos tal como lo expresa Dostoievskiy: "Tocante a la cuestión de Oriente, diría yo ahora, en estos tiempos, lo siguiente: en el estado en que hoy se hallan las cosas, puede que no se encuentre en las esferas políticas quien reconozca como cosa natural el que Constantinopla deba ser nuestra..., sino, a lo sumo, en un remoto, obscuro porvenir. ¿A santo de qué aguardar, pues, más?, La esencia de toda la cuestión de Oriente se cifra por el momento en la alianza de Alemania y Austria y en el botín turco que Austria, con el consentimiento de Bismarck, quiere guardarse. Podemos protestar, y, naturalmente, protestaremos contra eso, en un caso extremo; pero en tanto marchen unidas esas dos naciones, ¿qué podemos hacer por nosotros sin correr grave riesgo? Y no hay que olvidar una cosa: quizá los aliados sólo aguarden que acabemos de perder el tino. A los pueblos eslavos podemos seguir protegiéndolos y amándolos como siempre y hasta ayudarlos, si a mano viene, en la medida de nuestras fuerzas. Además, dentro de poco no correrán ya tanto peligro de hundirse. Y quién sabe si ese estado de cosas no terminará pronto. Si demostramos nosotros que no queremos ya intervenir como antes en los asuntos de Europa, es posible que todos allí vengan más pronto a las manos. Porque nunca creerá Austria que Alemania la quiere nada más que por sus lindos ojos. Pues de sobra sabe que lo que, en fin de cuentas, persigue Alemania, es sumarse los alemanes austriacos. Pero por nada del mundo renunciará Austria a esos sus alemanes, ¡quita allá!, ni siquiera si le ofreciesen a título de compensación Constantinopla..., hasta tal punto los estima. Así que con eso ya habría motivo sobrado de litigio. Y luego todavía tienen nuestros vecinos que bregar con esa cuestión francesa que sigue sin resolver y que quizá se haya convertido para Alemania en "eterna". Sin contar con que todavía podría resultar de pronto que la unidad de Alemania no sólo está inconclusa, sino que se tambalea. Como también podría descubrirse que el socialismo europeo es una amenaza cada día mayor. En resumen: que no tenemos otra cosa que hacer sino aguardar y no entremeternos, aunque nos llamen, y luego, cuando estalle la lucha y se altere su "equilibrio político", resolver también de un golpe nuestra cuestión de Oriente, elegir el momento oportuno y decir, sencillamente: "no consentimos anexiones austriacas en Turquía". Y desaparecerán las anexiones, *y puede que también Austria...*". *Diario de un escritor.* Enero de 1881. Estas son las últimas palabras que escribió Dostoievskiy. Murió el 28 del mismo mes.

reformas "liberales" que nunca aplica. En el terreno internacional, el astuto sultán practica con maestría un sistema de péndulo, con el cual excita a las potencias europeas unas contra otras, y no vacila en incluir en este juego que le permite durar a los grandes bancos cosmopolitas a quienes entrega todo el aparato fiscal del Imperio. A partir de 1881, toma cuerpo un fenómeno muy curioso. Alejandro III parece adoptar el axioma bismarckiano, según el cual "los pueblos liberados no tienen agradecimiento, tienen pretensiones". Y si bien sigue considerando la conquista de Constantinopla como la meta esencial de la política rusa, la prorroga *sine die* y se transforma en el garante más convencido de las cláusulas del tratado de Berlín relativas al Imperio otomano. Al mismo tiempo, y por reacción, puesto que no se encuentra ya en la posibilidad de practicar una política internacional independiente, Inglaterra impone un cambio de rumbo fundamental a su política para con Turquía y ocupa el lugar abandonado por Rusia a la cabeza de los beneficiarios eventuales de los despojos del "hombre enfermo". A través de Egipto, que acaba de conquistar, se interesa en Palestina y llega a considerar la posibilidad de abandonar a los apetitos rusos lo que queda de la Turquía europea mientras San Petersburgo la deje saciar los suyos con Próximo Oriente. Pero la diplomacia petersburguesa sabe que la menor maniobra en esta dirección levantará contra Rusia a Viena y Berlín y, puesto que no puede realizar sus aspiraciones, pone toda su actividad en impedir a Inglaterra alcanzar los suyos. En este juego, Inglaterra lo pierde todo ya que Alemania aprovecha el embrollo para conquistar posiciones en Constantinopla donde, regateando su protección, se apodera de todo el comercio otomano que Abd Ul-Hamid le cede muy gustosamente.

Con todo esto, Rusia ha obtenido una ventaja importante al cerrar a Inglaterra todo camino de acceso a los Balcanes; y cuando los "hermanitos" vuelvan a proporcionarle preocupaciones, a pesar de la tensión que han de provocar, le será posible superarlos sin mayores peligros, solamente porque ha podido descartar a Inglaterra de esta región.

Desde su liberación, Bulgaria intenta organizarse bajo la tutela de un alto comisario ruso, el príncipe Dóndukov-Korsákov, y de un plantel de militares y de funcionarios igualmente rusos que desarrollan funciones de asesoramiento en el ejército y en la administración. Una asamblea de notables indígenas decide dar al país un estatuto orgánico que lo hace pasar de golpe de la servidumbre otomana a un régimen constitucional que suscita la ironía de Dóndukov, para quien "las cons-

tituciones no piden más que ser violadas". Los notables han decidido, asimismo, que Bulgaria debe ser gobernada por un príncipe hereditario y ofrecen esta dignidad al joven Alejandro de Battenberg que tiene la ventaja de ser aceptable para todos. Sobrino de la Zarina y de la reina Victoria, príncipe alemán de la casa de Hessen, hijo de un mariscal austriaco y oficial del ejército ruso, Alejandro, según Bismarck, forma, gracias a estas antenas familiares, una verdadera "transacción europea". Al despedirlo en Berlín, el Canciller de Hierro le ha dicho: "De todas maneras, Ud. tendrá siempre recuerdos que contar". Cosmopolita y totalmente ajeno al ambiente búlgaro, el príncipe sufre, sin embargo, el mismo proceso mental que los hermanos de Napoleón. Apenas instalado en Sofía adhiere a todos los presupuestos del nacionalismo búlgaro y no tarda en encontrar pesado el asesoramiento ruso. En 1883, su ruptura es casi completa con los colaboradores que las intrigas de Austria y de Inglaterra le presentan como "ocupantes" definitivos. Y, además, está la cuestión de Rumelia que los búlgaros quieren anexar y que Alejandro III pretende mantener en la situación sancionada por el tratado de Berlín. En el mes de septiembre de 1885, una insurrección estalla en la discutida provincia, los rumeliotas echan a los turcos y Alejandro de Battenberg hace una entrada solemne en Philippopoli y asume el título de "Príncipe de Bulgaria del Norte y del Sur". Entonces, mientras Inglaterra admite el hecho consumado, el Zar protesta, tacha a Alejandro de los cuadros del ejército ruso y ordena a los instructores y al alto comisario volver a Rusia. Tenía, en efecto, muchas razones para temer que este nuevo embrollo volviera a poner a su país en complicaciones internacionales que, por los motivos expuestos más arriba, era lo que quería evitar ante todo. Así, siete años después del congreso de Berlín, se podía asistir al espectáculo paradójico de una Inglaterra erigida en defensora de la Gran Bulgaria, tan sólo porque Rusia se negaba a aceptar esta violación de compromisos internacionales de que había sido víctima. Vuelco, que el pasaje siguiente de una carta dirigida, el 12 de diciembre de 1885, por Staal a Giers, explica bastante bien: "Al favorecer la formación de una Gran Bulgaria, (los ingleses) esperan encontrar en las simpatías de los pueblos balcánicos un medio eficaz para combatir nuestro ascendiente". La explicación que da Lord Salisbury es la misma, en el fondo, si le quitamos el púdico velo con que la cubre el ministro británico: "No somos nosotros quienes hemos cambiado, sino las circunstancias. Del mismo modo que una Bulgaria atada a Rusia por el agradecimiento había parecido

peligrosa, así una Bulgaria unificada bajo un príncipe dócil a los consejos de Europa, ofrece una garantía sólida contra una agresión rusa". Podemos indicar que el príncipe, tan simpático a la liberal Inglaterra, acababa de perfeccionar su "docilidad a los consejos de Europa" suspendiendo la constitución que lo había llamado a Sofía.

En lugar de los turcos, cuya intervención todos esperaban, fueron los servios quienes atacaron al nuevo Estado para arrancarle su adquisición. Fueron inmediatamente... derrotados en Slivnitza. Golpe de teatro que completó un ultimátum austriaco amenazando a los vencedores con una declaración de guerra si llegaban a invadir a Servia. El tratado firmado en Bucarest en el mes de febrero de 1886 reconocía la fundación de la Gran Bulgaria. Para no perder una vieja costumbre, el Sultán pagaba los gastos cediendo una vez más una provincia.

Así podemos ver cómo, a pesar de la alianza de los tres emperadores, el antagonismo austro-ruso vuelve a surgir más agudo que nunca. Viena, aprovechando la situación diplomática de Rusia, ha tomado posiciones preponderantes en Belgrado y en Bucarest y ha impuesto su ley a Sofía, que su protector natural no ha querido socorrer. Pero, esta vez, la cuestión búlgara empieza a ser considerada por los rusos como una herida a su amor propio, sobre todo porque Austria la interpreta como un medio muy cómodo para herir este amor propio. La opinión pública, manejada por los eslavófilos, se alarmaba desde bastante tiempo ya cuando se supo que, a pesar de las tentativas de mediación realizadas por Bismarck, Viena estaba dispuesta a considerar una intervención rusa en Bulgaria como un *casus belli.*

En Sofía existía un partido militar rusófilo que creyó restablecer la situación invadiendo el palacio de Alejandro de Battenberg en la noche del 20 de agosto de 1886 y obligándolo a abdicar. Tres días más tarde, el partido antirruso de Stambulov, echaba al gobierno provisional y volvía a llamar a la "transacción europea" quien, después de una entrada triunfal en su buena capital, abdicaba de nuevo el 7 de septiembre siguiente, ante la hostilidad de Alejandro III y el abandono en que lo habían dejado sus protectores austriacos y sus parientes ingleses [6]. Tenía, en efecto, "recuerdos que contar".

[6] Stambulov era un personaje curioso. Seminarista, luego dependiente de almacén antes de transformarse en *comitadji* y, finalmente, en abogado y en cacique político, impuso a Bulgaria una dictadura de ocho años que terminó con su asesinato. En 1887 había hecho proclamar príncipe de Bulgaria a Fernando de Coburgo, nieto de Luis Felipe rey de los franceses, y teniente de húsares en el ejército húngaro. Otra transacción europea...

Todo esto hacía imposible una prórroga más de la alianza de los tres emperadores [7]. Al renovarla en el momento de su primer vencimiento, Alejandro III había dicho a Schweinitz, embajador de Alemania: "Conoce Ud. demasiado a Rusia para no saber que la divulgación de una convención con Austria suscitaría aquí un gran descontento".

Todos en Rusia, en efecto, sabían que la crisis búlgara había servido perfectamente los designios austriacos. En pocos años, San Petersburgo había perdido un punto de apoyo inapreciable en los Balcanes y, por mucho tiempo, se había desvanecido el sueño de la "solidaridad eslava". Los dirigentes de la diplomacia vienesa habían manifestado una aversión profunda y rabiosa contra Rusia a quien acusaban de no se sabe cuáles manejos obscuros en esta región y en el Próximo Oriente, y habían asumido esta postura, a pesar de los esfuerzos de Bismarck, porque se sabían sostenidos por Londres. Por otra parte, es menester subrayar que si este asunto equívoco no desembocó en una conflagración, ello se debió únicamente a la cordura de Alejandro y de Giers, ya que el Estado Mayor austriaco, al comprobar que casi todas las formaciones nacionales balcánicas habían caído en su esfera de influencia, había llegado hasta proponer a Bismarck una guerra preventiva "para destruir el poderío ruso antes de que se vuelva peligroso". El Canciller alemán se negó a tomar parte en lo que llamó despectivamente "un ataque profiláctico contra Rusia".

En el principio del asunto, el acuerdo de los tres emperadores había funcionado más o menos normalmente, por la sencilla razón de que Alejandro III estaba decidido a no dejarse arrastrar en un conflicto por los "hermanitos" a quienes, a pesar de su falta de genialidad, había aquilatado en su peso exacto. Luego, la actitud de Viena le había permitido hacer compartir por su "entourage" la convicción que siempre había tenido de que nunca Rusia podría llegar a un acuerdo sincero y duradero con Austria. Hay todavía más: este autócrata que no debía rendir cuentas sino a Dios, estaba en la obligación de satisfacer a una opinión pública, que estos acontecimientos habían vuelto extremadamente nerviosa. Su buen sentido y la sagacidad de Giers, en fin de cuentas, podían hacerle tolerar estas cosas y algunas más porque, si bien no vacilaba ya en considerar a Austria con hostilidad, hubiera podido superar este estado de ánimo y seguir en el acuerdo si la agitación paneslavista no se lo hubiese impedido. Esta vez la medida esta-

[7] La primera había tenido lugar el 18 de junio de 1884.

ba colmada y, tanto es así, que se negó a una prórroga más. Una entrevista había sido organizada entre los tres emperadores, en la localidad polaca de Skiernevice, y no se había podido establecer ningún programa de acción común. En estas condiciones, no quedaba a Rusia otra solución sino la de trabajar por una alianza con Alemania sola.

Consultado por Giers, Bismarck aseguró que era "completamente indiferente ser dos o ser tres, a condición de no ir contra Austria ni de abandonarla si la atacan".

El 18 de junio de 1887, Rusia y Alemania firmaban un pacto destinado a permanecer secreto, ya que contenía cláusulas que Austria hubiera podido considerar incompatibles con el espíritu y la letra de la Tríplice Alianza. En esto mismo reside precisamente la caducidad de un pacto que fué llamado "tratado de reaseguro", probablemente porque los mismos contratantes sentían lo ineficaz que sería en un caso verdaderamente grave. Este instrumento diplomático, en efecto, debía sobre todo proporcionar seguridades condicionadas en el tiempo, a Rusia frente a Austria y a Alemania frente a Francia. El artículo primero rezaba como sigue:

> "En el caso de que una de las altas partes contratantes se encontrara en guerra con una tercera gran potencia, la otra la favorecería con su neutralidad benevolente y desplegaría sus esfuerzos en vista de la localización del conflicto; esta disposición no se aplicaría en el caso de una guerra contra Austria o Francia si esta guerra resultase de un ataque dirigido contra una de estas últimas potencias por una de las altas partes contratantes".

Asimismo, Alemania, al reconocer la "legitimidad de (la) influencia preponderante y decisiva" que Rusia sacaba de sus derechos históricos en los Balcanes para realizar una política independiente para con Bulgaria y Rumelia Oriental, se comprometía a retener a Austria cada vez que la diplomacia vienesa estuviera tentada de entrar en conflicto con los intereses zaristas en aquel sector. Finalmente, Bismarck prometía la neutralidad benevolente de Alemania en el caso de que Rusia se viera en la obligación de defender la entrada del mar Negro:

> "Cuando S. M. el emperador de Rusia llegue a encontrarse en la necesidad de defender el acceso al mar Negro para salvaguardar sus intereses, Alemania se compromete a concederle una neutrali-

dad benevolente y su apoyo moral y diplomático en la medida que S. M. juzgue conveniente a fin de asegurarse la clave de su Imperio".

Lo que significaba autorizar a Rusia a ocupar los Estrechos y Constantinopla.

El designio supremo perseguido por Bismarck era impedir la formación de una alianza franco-rusa, ya que, en París, los discípulos del general Boulanger seguían hablando de desquite y de reconquista de Alsacia y de Lorena, razón por la cual, además, el Canciller de Hierro se cubría asimismo en el Mediterráneo, dejando plena libertad a Crispi para desencadenar desde Italia una violenta campaña antifrancesa y utilizando a su aliada de Roma para atraer a Inglaterra a su sistema.

No se habían descubierto todavía, en aquella época, las sabias definiciones del agresor y de la agresión que llevaron a la ciencia diplomática a su perfección en el ventenio 1919-1939 y que, desde entonces, proporcionan a cada beligerante posible infinitos pretextos para cambiar de campo en el momento oportuno. Estos cambios, sin embargo, no son de ahora y el mismo Bismarck los tenía en cuenta cuando escribía al emperador Guillermo: "El punto capital de nuestro tratado ruso-alemán es que, durante tres años, tendremos la seguridad de que Rusia quedaría neutral si fuésemos atacados por Francia". Y esto basta para demostrar que el "tratado de reaseguro" no era sino un paliativo utilizable solamente en momentos de tensión relativa.

V

Esto se vió muy bien cuando, el 18 de marzo de 1890, el joven Guillermo II que, tras el reinado de noventa días de Federico III, acababa de ocupar el trono dejado vacante por su abuelo el 9 de marzo de 1888, puso a Bismarck en la situación de renunciar a su cargo.

Este golpe de Estado —así lo calificaron en efecto los contemporáneos— dejó desconcertada a Europa que se había acostumbrado a ver en el viejo luchador, al árbitro supremo de los destinos del continente. El barón Holstein [8] había combinado esta caída utilizando

[8] Eminencia gris de la Wilhelmstrasse, criatura de Bismarck a quien traicio-

ante el Hohenzollern, inexperto, desequilibrado e influenciable, un acontecimiento desprovisto de toda importancia y que, sin embargo, tuvo dos consecuencias trascendentales: la renuncia del Canciller y el final de la secular alianza ruso-alemana. El 3 de marzo anterior, un informe consular había señalado desplazamientos de tropas rusas cerca de la frontera alemana y Bismarck lo había archivado. Holstein lo robó —no hay otra palabra— y lo entregó al emperador con no se sabe qué comentarios. Entonces el excitable Guillermo anota en los términos siguientes este "documento sensacional": "Muy grave. Transmitir al Estado Mayor que deberá presentar un informe. Nunca peor amenaza fué hecha en tiempo de paz. *¡Caveant consules!*". Y a Bismarck, con la misma tinta: "Los informes nos señalan que es muy evidente que los rusos están en plena concentración estratégica en vista de la guerra. Desde mucho tiempo, Ud. hubiera debido llamar mi atención sobre este peligro. Nos queda muy poco tiempo para avisar a los austriacos en cuanto a las contramedidas". Con su ya clásica impertinencia, el Canciller contesta: "Nuestras relaciones con Rusia son tan buenas y tan claras que no justifican desconfianza alguna en las intenciones del Zar".

El triunfo del partido antibismarckiano reveló a Europa que el joven emperador quería brillar a expensas del viejo Mentor de la política alemana, es decir que, por no saber muy bien de qué manera conquistar un lugar eminente en la escena internacional, se había decidido a tomar el contrapié de todo lo que el Canciller había edificado tan penosamente. Era sabido, también, que se encontraba bajo la influencia de Waldersee, el nuevo jefe del Estado Mayor General, que este sucesor de Moltke estaba totalmente conquistado por los puntos de vista de los militares austriacos y que, por ende, era furibundamente antirruso.

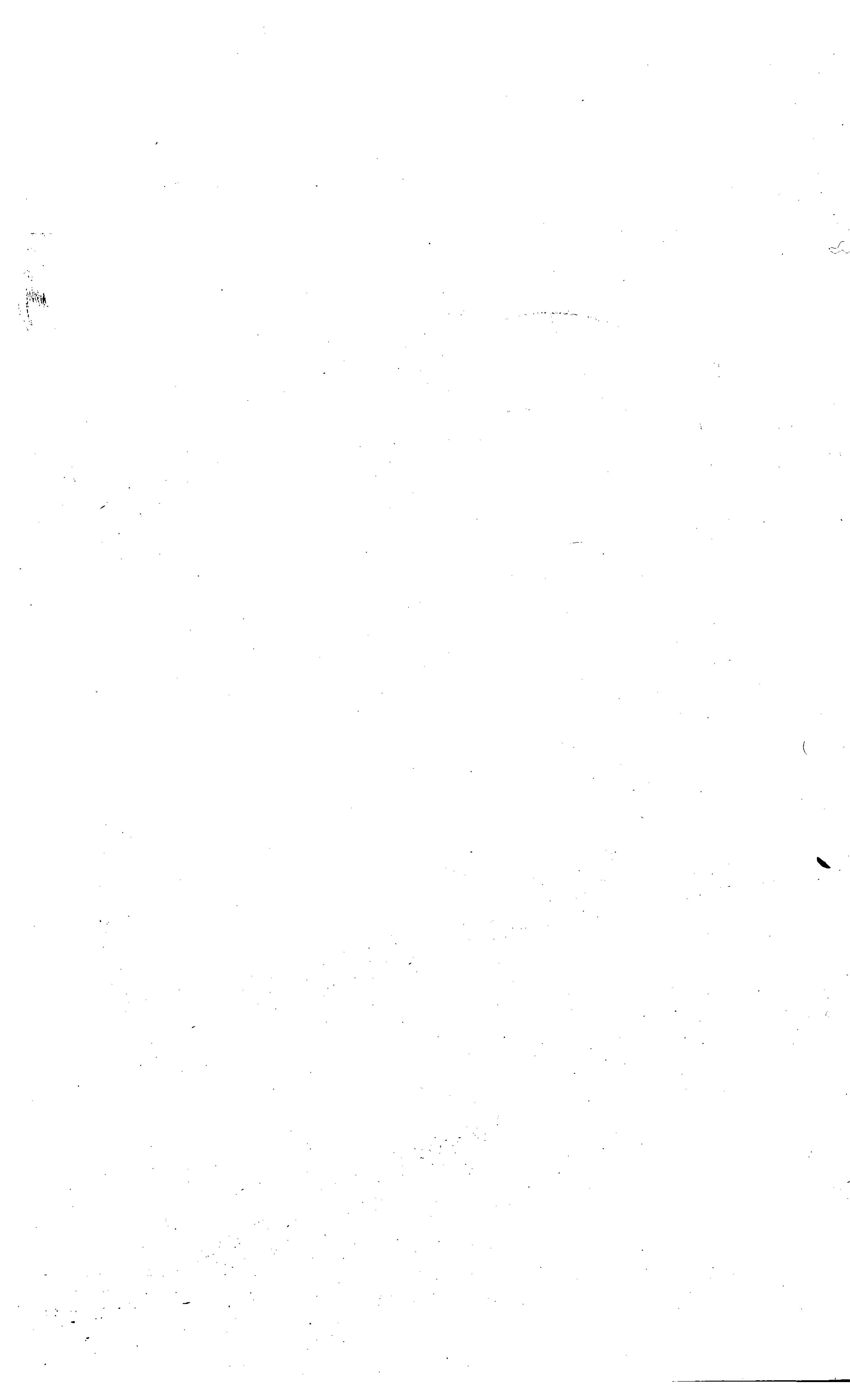
Ni Alejandro III ni Giers ignoraban nada de la nueva corriente que empezaba a llevar a Alemania hacia la *Weltpolitik* y tanto es así que, inmediatamente después de la caída de Bismarck, Shuvalov, embajador ruso en Berlín, expresó la duda ante el nuevo canciller, el

---

nó en la primera ocasión, Holstein ejerció, a través de Caprivi, de Hohenlohe y de Bülow, una influencia equívoca sobre Guillermo II. El príncipe Lichnowsky, quien fué embajador de Alemania en Londres, lo califica de "maestro de la intriga.. en todo y para todo, una calamidad nacional, el verdadero padre de la guerra mundial". FÜRST LICHNOWSKY: *Auf dem Wege zum Abgrund,* passim; Dresden, 1927.



ALEJANDRO III



general de infantería Caprivi, de que el Zar estuviese dispuesto a renovar el tratado de reaseguro, hasta entonces ultrasecreto, con un asociado no previsto. En un principio, Guillermo se asustó, pero Holstein, Caprivi y Waldersee le hicieron cambiar de parecer al asegurarle que si Rusia llegaba a traicionar el secreto, esto bastaría para destruir la Tríplice Alianza y para alejar a Inglaterra de Alemania. En estas condiciones Caprivi hizo saber a Shuvalov que Guillermo no deseaba renovar el tratado.

Se ha hablado del desconcierto en el cual habría caído Rusia al enterarse del *neue Kurs* impuesto por Guillermo a la política alemana. Me parece que ésta no es la palabra que conviene, ya que, desde bastante tiempo atrás, San Petersburgo conocía perfectamente los sentimientos de Guillermo para con Rusia [9]. Shuvalov era un diplomático muy bien informado de todo lo que sucedía en Berlín y Bismarck después del 18 de marzo, no le había disimulado que, más que cualquier otro factor, los sentimientos antirrusos de su soberano habían provocado su salida. La palabra que aquí conviene para definir los sentimientos de Rusia, no es la de desconcierto sino la de inquietud.

Si bien se encontraba aislada una vez más, tampoco se puede hablar de días tan sombríos como aquéllos en que se encontró en el momento de la guerra de Crimea o del tratado de San Stefano. En realidad, en estas dos ocasiones, la gran enemiga había sido Inglaterra que, en 1890, se encontraba fuera de todo sistema a pesar de sus coqueteos mediterráneos con la Tríplice. Y en el palacio del Puente de los Cantores nadie ignoraba que Francia, siempre tan enemiga de Alemania como antes, estaba dispuesta a entrar, con sus fuerzas militares restauradas y su economía enteramente recuperada, en todo sistema que fuera susceptible de impedir a Alemania moverse en contra de ella.

Porque es necesario reconocer que, mucho más que a Rusia, la caída de Bismarck desconcertó profundamente a Francia, ya que ésta, si bien no podía considerar al creador del Imperio alemán como a un amigo suyo [10], no ignoraba que se había vuelto muy conservador y que

---

[9] Sin olvidar las palabras agresivas que profería sin la menor prudencia en los salones berlineses. Una carta de la princesa Radziwill al general de Robilant nos dará una idea de estas groserías: "El Zar, decía Guillermo II, es un verdadero bárbaro que cree tener por misión la de dominar sin hacer nunca nada ni atreverse a nada; se imagina que todo andará bien porque es invulnerable. Hace sentir a sus huéspedes que Rusia forma ella sola un mundo aparte y que, si se quiere contrarrestarla, se corre el peligro de chocar con un león enfurecido".

[10] Cuenta Maxime Du Camp en sus mediocres *Souvenirs d'un demi siècle* (publicados por sus herederos cincuenta años después de su muerte) que mientras

no deseaba ningún cambio ni diplomático ni estratégico en una Europa cuya tranquilidad era necesaria a Alemania para digerir sus conquistas y sentar sólidamente su hegemonía económica. Mientras que, por el contrario, muchos en Europa emitían dudas sobre la integridad mental de Guillermo II a quien sabían dispuesto a lanzarse en cualquier empresa para satisfacer su afán, verdaderamente infantil, de cosechar laureles más gloriosos que los de Bismarck. Y en este caso, Francia era una presa muy tentadora. Y luego vendría Rusia...

Sectores importantes de la opinión pública, tanto en París como en San Petersburgo, propugnaban desde años un acercamiento entre las dos naciones. No había representado un pequeño papel en este sentido el eslavófilo Kátkov, fallecido en 1888, y seguía representándolo el círculo "reaccionario" de Pobiedonóstsev. Este acercamiento era considerado necesario también por los representantes de la industria pesada; por los grandes productores de trigo; por muchos altos jefes militares quienes, por su amistad con el general de Boisdeffre, ex agregado militar en Rusia y actualmente subjefe del Estado Mayor general en París, tenían contactos seguidos con el ejército francés; por los financistas que habían encontrado en Francia, para sus empréstitos, un mercado que Berlín les había negado; por los salones nacionalistas; por los Grandes Duques y... por la esposa de Alejandro III, nacida princesa de Dinamarca, que no había perdonado a Alemania el atropello de 1864.

En un primer tiempo, los dirigentes de los dos países no obedecieron a estos movimientos de opinión. Tanto en Rusia como en Francia las tradiciones eran contrarias a la conclusión de esta alianza y si Rusia había sido demasiado tiempo la aliada de Alemania para poder olvidarlo de golpe, el Quai d'Orsay invocaba los precedentes de 1756 y de 1807 que, por culpa de Pedro III, en el primer caso, y de Alejandro Pávlovich, en el segundo, habían desembocado en terribles desastres para Francia. Además, los regímenes interiores de los dos países eran antagónicos en esencia. Toda idea de acercamiento entre una Francia democrática y anticlerical y una Rusia autocrática y profundamente re-

en 1871 Thiers, en Versalles, negociaba la paz con Bismarck, la discusión se hacía a menudo tan violenta que una vez el "foutriquet" se puso a llorar y estuvo a punto de desmayarse. Bismarck lo levantó en sus brazos, lo recostó en un diván, lo envolvió en su gran capote militar, lo tomó de la mano y le dijo: "—Ah, mi pobre señor Thiers, sólo Ud. y yo amamos a Francia"!... Creo que los comentarios huelgan.

ligiosa era un sueño de locos. ¿Acaso no había dicho algunos años atrás el presidente Grévy que "sería un gran error el dejarse llevar a una alianza con el Imperio de los Zares"? ¿No había provocado un incidente desagradable Alejandro III en 1886, al declarar al general Appert, embajador de Francia, que venía a despedirse de él al término de su misión: "Considero totalmente inútil que vuestro país se haga representar ante mí y yo ante él"? El mismo Giers, tan moderado en sus expresiones, no se mostraba propenso a un acercamiento con "Grévy, Clémenceau, Floquet [11] y otros canallas parecidos" [12]. Como se ve, ninguno de los dos países estaba preparado —ni dispuesto— para establecer con el otro un convenio diplomático-militar. Sin embargo, Alejandro y Giers reconocían que un nuevo aplastamiento de Francia por Alemania sería contrario a los intereses de Rusia y ello influyó ciertamente en la redacción tan precisa del artículo primero del tratado de reaseguro. Finalmente, ya en 1888, Rusia había empezado a encontrar dinero fresco y barato en París para su equipo industrial y había adquirido del ejército francés quinientos mil fusiles Lebel recién puestos en servicio. El *neue Kurs* wilhelmino hizo el resto.

La primera estridencia, provocada por esta nueva corriente de la política alemana, se hizo oir cuando la madre de Guillermo II, la "emperatriz Federico" [13], realizó en el mes de marzo de 1891 un viaje a París que provocó una tensión peligrosa entre Francia y Alemania. La prensa francesa, en efecto, encontró poco delicado o, cuando menos, oportuno, que la buena señora visitara, sin tomar la menor precaución para mantener su incógnito, el castillo de Saint-Cloud, incendiado por los prusianos durante la guerra de 1870 y el palacio de Versalles, donde había sido proclamado el Imperio de Alemania. Guillermo II habló de guerra inmediata para limpiar el honor de su familia pero el barón de Mohrenheim, embajador de Rusia en París, visitó a Ribot, ministro de Asuntos Exteriores a quien leyó una carta de Giers quien afirmaba —por orden de Alejandro III— que "el acuerdo íntimo de Rusia y de Francia era necesario para el mantenimiento de una justa ponderación de las fuerzas de Europa". Rusia agradecía de este modo la "politesse"

---

11 Destacado político francés del partido radical que, mientras pertenecía a la oposición republicana durante el Segundo Imperio, había gritado al paso de Alejandro II venido a visitar París: "Vive la Pologne, Monsieur!". Floquet lo desmintió cuando se empezó a hablar seriamente de alianza franco-rusa.

12 Herbert von Bismarck a su padre el 27 de enero de 1884.

13 Hija de la reina Victoria de Inglaterra.

que Francia le había hecho en el mes de mayo del año anterior al hacer arrestar a los terroristas de la *Naródnaia Volia* refugiados en París [14].

Es que ya antes —con esto volvemos al período inmediatamente anterior al *neue Kurs*— rumores muy persistentes, y que serán confirmados luego, habían llegado hasta Giers sobre una tentativa alemana de incluir a Inglaterra de manera formal en la Tríplice. Tentativa coronada parcialmente cuando Londres se entendió con Viena y Roma sobre la base de un arreglo en el Mediterráneo dirigido contra Francia y contra Rusia, razón por la cual, en 1888, Crispi y Kalnoky se declararon de nuevo abiertamente hostiles a San Petersburgo. Pero, mientras Bismarck permaneció en el poder, Giers no se conmovió demasiado ante estas maquinaciones, ya que esta sola presencia representaba para Rusia una garantía suficiente en cuanto a sus fronteras europeas y a la cuestión de los Estrechos.

Al desaparecer esta garantía y al substituirse a ella el frenesí del demasiado dinámico Guillermo II, que anunciaba su voluntad de no dejar sector en el mundo fuera del alcance alemán, Francia y Rusia tuvieron que acelerar el movimiento que las empujaba una en dirección de otra. El nuevo concepto de la *Weltpolitik* inquietaba al mundo entero y particularmente a los rusos, ya que se daba por descontada la adhesión de Inglaterra que volvería a poner al orden del día la cuestión de los Estrechos. Nelidov, embajador ruso en Constantinopla, escribía a Giers el 17 de abril de 1891: "No podemos renunciar al Mediterráneo y abandonar a los demás las puertas que nos abren los mares abiertos. Francia, en lo que puede, intenta detener la expansión de los ingleses, pero en caso de ruptura, hará lo necesario para asegurar su parte. Tenemos pues (con ella) un interés común: prohibir la repartición del Mediterráneo y del Archipiélago entre los miembros de la Cuádruple Alianza". Si esta alianza llegaba a confirmarse, el mapa político-militar se encontraría, en efecto, totalmente transformado ya que el nuevo sistema se extendería fatalmente de los Estrechos al mar Báltico y determinaría un bloqueo total de Rusia en Europa.

En el mes de julio de 1891, el general de Boisdeffre es invitado a asistir a las grandes maniobras del ejército ruso y toma contacto con su colega el general Obruchev y con el ministro de guerra. El 16 del mismo mes, Giers pregunta a Laboulaye, embajador de Francia, "si la nueva situación determinada por este acontecimiento (la renovación

[14] Cfr. capítulo anterior.

de la Tríplice y la satisfacción oficialmente expresada por Inglaterra en esta ocasión) no hace deseable un paso más por parte de Francia y de Rusia en el camino de una *entente*". El 24 de julio, una escuadra francesa mandada por el contralmirante Gervais llega a Kronstadt, donde masas ingentes de rusos la reciben con un entusiasmo sin precedentes. En el banquete ofrecido a sus huéspedes, Alejandro III ordena a la banda de la armada imperial tocar la "Marsellesa" que escucha de pie.

El 27 de agosto, Ribot y Mohrenheim se ponen de acuerdo, en nombre de sus gobiernos respectivos, sobre las bases siguientes:

> "1) Con el propósito de definir y de consagrar la *entente* cordial que los une y con el deseo de contribuir en pleno acuerdo al mantenimiento de la paz que constituye el objeto de sus votos más sinceros, los dos gobiernos declaran que se concertarán en todas las cuestiones susceptibles, por su naturaleza, de poner en peligro la paz general".
>
> "2) En el caso de que la paz se encontrase efectivamente en peligro, y especialmente de que una de las dos partes fuese amenazada de agresión, las dos partes convienen entenderse sobre las medidas que la realización de esta eventualidad impondría a los dos gobiernos adoptar inmediata y simultáneamente".

Llegados a este punto, era necesario que una convención militar viniese a completar este acuerdo diplomático bastante vago para darle potencialidad. Pero, si Francia presiona a su aliada, ésta no manifiesta ninguna prisa. Es que Alejandro había adquirido la convicción de que Francia consideraba una alianza con Rusia como dirigida esencialmente contra Alemania, sin querer al mismo tiempo ayudar demasiado a Rusia en el antagonismo que la oponía a Inglaterra. Ahora bien, Rusia necesitaba garantías contra esta última que, si no se encontraba por el momento en la situación de poder provocar ninguna guerra, podía volverse peligrosa al entrar a formar parte efectiva de la Tríplice, y no quería enemistarse con Alemania, con la cual no tenía pendiente ninguna cuestión grave. Poner el acento sobre el aspecto antialemán de la alianza, hubiera determinado una aproximación entre Berlín y Londres y transformado el instrumento defensivo que Alejandro proyectaba con Francia, en pacto ofensivo.

Pero Francia insistía y enviaba de nuevo a Boisdeffre a Rusia con

un proyecto de acuerdo de estados mayores [15] que el Zar aprobaba el 17 de agosto de 1892 a condición de que la alianza no fuera revelada en Francia sino al presidente de la República y al jefe del gobierno, lo que, evidentemente, era en su esencia contrario a la constitución francesa. Maniobra dilatoria destinada a incitar a los franceses a volver a la idea de un acuerdo puramente defensivo. Esta reticencia, en efecto, privaba al pacto de todo carácter de empeño y, si obedecía a los recelos legítimos aunque no confesados abiertamente de Alejandro y de Giers, encontraba un pretexto razonable en el hecho de que el estado interior de Francia empezaba de nuevo a quitar toda garantía de duración a cualquier instrumento diplomático. En París, los escándalos financieros se sucedían a un ritmo inquietante: el de las Condecoraciones, el de la *Union Générale* y, finalmente, el de Panamá. En el terreno diplomático, Francia representaba el papel de la eterna asustada frente a las perfidias de Albión y todo permitía pensar que, para utilizar mejor su alianza con Rusia contra Alemania, seguiría vacilando constantemente ante Inglaterra. Pero, en la nueva crisis que opuso París a Londres en 1893 a propósito de la cuestión de Siam, Develle, quien había substituído a Ribot en el Quai dOrsay, asumió una actitud enérgica que obligó a los ingleses a ejecutar una retirada poco airosa. El Zar marcó su satisfacción permitiendo que una escuadra rusa aceptara la invitación de visitar a Francia, que le había sido hecha bastante tiempo atrás. El 13 de octubre, la escuadra del contralmirante Avellan llegaba a Tolón y recibía una acogida más entusiasta aún que la que había señalado la visita de los franceses a Kronstadt. El 4 de enero de 1894, la alianza franco-rusa tomaba vida formal [16]. Provocada por la

[15] Redactado por el general de Miribel.

[16] He aquí los dos primeros artículos del tratado:

"1) Si Francia es atacada por Alemania, o por Italia sostenida por Alemania, Rusia empleará todas sus fuerzas disponibles para atacar a Alemania. Si Rusia es atacada por Alemania, o por Austria sostenida por Alemania, Francia empleará todas sus fuerzas disponibles para atacar a Alemania.

2) En el caso de que las fuerzas de la Tríplice Alianza, o de una de las potencias que a ella pertenecen, fuesen movilizadas, Francia y Rusia, a la primera noticia del acontecimiento, y sin necesidad de concertarse previamente, movilizarán inmediata y simultáneamente la totalidad de sus fuerzas y las llevarán lo más cerca posible de sus fronteras".

Los demás artículos especificaban que Francia debía empeñar contra Alemania a 1.300.000 hombres y Rusia de 700 a 800.000 hombres. Los dos Estados Mayores debían colaborar; Francia y Rusia se comprometían a no concluir paz separada; el convenio debía tener la misma duración que la Tríplice Alianza y sus cláusulas permanecerían secretas.

Una modificación aportada en 1900 especificó que la movilización "sin con-

denunciación por parte de Guillermo II del tratado de reaseguro y por los primeros conatos de la *Weltpolitik* inaugurada después de la caída de Bismarck, proporcionó al padre de la unidad alemana un pretexto para atacar la política de Caprivi-Holstein en un artículo sensacional que publicó en octubre de 1896 en las *Hamburges Nachrichten* con la siguiente conclusión: "De este modo, hemos tenido Kronstadt y la "Marsellesa", el primer acercamiento entre el zarismo y la república francesa. Consecuencias éstas de los errores de Caprivi", es decir de Guillermo II.

Sería no obstante un error creer, hace notar L. Albertini [17], que "la alianza franco-rusa fué concluída por parte de los franceses en la esperanza de un próximo desquite y por parte de los rusos para realizar sus aspiraciones en los Balcanes y en Extremo Oriente. Unos y otros querían salir de su aislamiento". Es cierto, repetimos, que si Guillermo II no hubiese roto el tratado de reaseguro, Rusia no se habría vinculado a Francia. Como tampoco ésta se habría vinculado a Rusia si Inglaterra en razón de su instalación en Egipto no hubiese buscado una garantía de su permanencia en dicha región mediterránea en una aproximación con la Tríplice por el canal de una Italia siempre despierta para proporcionar a Francia todas las complicaciones posibles. Sin embargo, como siempre en estos casos, los militares iban más lejos que los políticos, en uno y otro país. Durante las mismas negociaciones, Obruchev declaraba que "en su pensamiento las movilizaciones francesa y rusa serían seguidas inmediatamente de efectos activos, de actos de guerra, es decir, que serían inseparables de una agresión". Boisdeffre, por su parte, decía al Zar: "Movilización es sinónimo de declaración de guerra. Movilizar consiste en obligar al propio vecino a hacer lo mismo. La movilización determina la ejecución de transportes estratégicos y la concentración. Si no, dejar movilizar a un millón de hombres frente a su propia frontera sin hacerlo simultáneamente, quita toda posibilidad de movimiento en lo sucesivo inmediato y pone en la situación de un individuo que, teniendo una pistola en su bolsillo, deja a su vecino apuntarle un arma en la frente sin sacar la suya" [18].

V

cierto previo" tendría lugar tan sólo en caso de movilización alemana. En el caso de una movilización austriaca o italiana, Rusia y Francia respectivamente aplicarían el principio del "concierto previo".

[17] *Op. cit.* Parte I, cap. 2.

[18] Declaraciones que es curioso comparar con el famoso *"La mobilisation*

Al dividirse Europa en dos bandos bien definidos, Inglaterra, a causa de sus vacilaciones y de sus demoras, quedaba fuera de uno y de otro. Tanto es así, que en un principio todos creyeron que la alianza estaba dirigida contra la nación con quien los contratantes tenían cuentas pendientes en Asia y en el Mediterráneo. Los mismos ingleses no debían alimentar muchas ilusiones si el 3 de noviembre de 1893 Lord Dufferin, embajador en París, escribía al Foreign Office: "En todo caso opino que si la guerra fuese inevitable, un conflicto contra Inglaterra sería tan popular y considerado como menos peligroso que un encuentro a solas con Alemania". Y esto, dos meses antes de la firma de la alianza.

A fuerza de agitar a Austria y a todos los enemigos posibles de Rusia, la diplomacia inglesa se encontraba aislada y con el temor de tener que quedarse sola en un conflicto. Ello le inspiró actitudes pusilánimes que, cuando se decidió a aproximarse francamente a la Tríplice, después de la conclusión de la alianza franco-rusa, incitaron a Guillermo II a pedirle un precio demasiado elevado por su entrada, mientras ésta no le hubiera costado nada cuando Bismarck se la aconsejaba. En 1893-94, Inglaterra no era una potencia cuya alianza fuese buscada en Europa.

Y tanto es así, que Rusia se niega a cualquier compromiso con ella en lo que concierne a las zonas respectivas de influencia en Asia; que Francia y Alemania, de acuerdo por una vez, le impiden firmar con el Estado libre del Congo un tratado para el enlace ferroviario del Cabo al Cairo; que los franceses aprovechan sus dificultades con los mahdistas para aproximarse peligrosamente al alto Nilo; que los boeros pueden construir, sin que ella se atreva a oponerse, una línea de ferrocarril que les permite enlazar directamente con Lourenço Márquez.

Situación tan insoportable para el orgullo británico que provocó, en junio de 1895, la caída del ministerio liberal de Lord Roseberry, a quien la opinión pública hacía responsable de estas humillaciones resonantes.

V

El 20 de octubre de 1894 e. a., Alejandro III había sucumbido a

n'est pas la guerre" con que la Francia de Poincaré acompañará, en agosto de 1914, la orden de movilización de las fuerzas francesas.

un ataque de nefritis en Livadia, pequeña ciudad de Crimea donde se había trasladado para reponerse. No tenía cincuenta años [19].

Cuenta Witte en sus *Memorias* que vió a Giers, el día en que supo la muerte de su soberano, llorar como un niño, "cosa —comenta— que nunca hubiera esperado de un burócrata" [20].



[19] Escribe M. Paléologue en *Les précurseurs de Lénine:* "El 17 de octubre de 1888, en Borki, entre Járkov y Sinferopol, estalla una máquina infernal escondida en la vía y hace saltar el tren del Emperador. El vagón en el cual se encuentra el monarca con su familia resulta completamente destrozado y también siete coches más. El balance trágico arroja veinte muertos y diez y ocho heridos.

"Alejandro, dotado de una fuerza hercúlea, ha logrado sostener con sus brazos el techo derrumbado del vagón, lo cual ha salvado su vida y la de su familia. Sin embargo, a partir de esa fecha, su salud sufrirá un quebranto notorio: ese día contrajo la lesión renal, la nefritis, que lo llevó a la tumba seis años más tarde". Imagen de un reinado durante el cual este hombre sostuvo con sus brazos el edificio imperial para entregarlo intacto a su hijo...

[20] Conde Witte: *op. cit.*

CAPITULO VIII

AMICA EUROPA

¿Es suficiente la debilidad de carácter de Nicolás II para explicar los últimos desarrollos rusos? - Varias corrientes históricas - Evolución del Occidentalismo, de Biélinskiy a Miliukov - El marxismo ante el hecho histórico ruso: el progresista como introductor del subversivo - Nicolás II, su temperamento y su educación - El paralelo con Luis XVI resulta demasiado fácil - Desarrollo de los grupos de oposición - Witte contra Pobiedonóstsev: entrada triunfante del capitalismo en Rusia - Nacimiento del proletariado industrial - La legislación obrera a finales del siglo XIX - Las finanzas - El Estado y la agricultura.

Una pregunta se ofrece a la mente del observador cuando se ve llevado a comparar el reinado de Nicolás II con el de su padre: ¿es el sistema zarista el verdadero responsable de las catástrofes que señalan la vida de Rusia en el siglo XX, cuando el mismo sistema había obtenido resultados diametralmente opuestos en el período inmediatamente anterior? Asimismo, ¿puede ser suficiente contraponer la debilidad y la flaqueza del último Románov a la energía de Alejandro III, para encontrar el corolario que ilustra esta primera proposición?

A estas dos preguntas, la mayor parte de los historiadores contestan por la afirmativa y, si tenemos en cuenta las condiciones ideológicas que motivan su respuesta, debemos reconocer que tienen plena razón. Pero yendo más al fondo, desentrañando dichas condiciones ideológicas, nos encontramos en la necesidad de oponerles que, a pesar de sus afirmaciones categóricas, nos engañan a sabiendas con el propósito de encubrir una serie de elementos morales, intelectuales y psicológicos que, desde ya, voy a analizar.

He tenido varias oportunidades de indicar que los historiadores rusos —desde la desaparición de S. Soloviov y si exceptuamos el caso honorable que Sergio Oldenburg y Miguel de Taube representan en nuestra contemporaneidad— se dividen en dos escuelas: la liberal pro-

gresista y la marxista. Por motivos más que evidentes, ya que se trata para ellos de justificar una acción político-social bien definida, unos y otros han formulado dicha respuesta a preguntas artificiales en esencia y artificiosamente enunciadas porque les era necesario esconder la acción pública de los hombres de su partido tras el cómodo velo de las afirmaciones categóricas. En su espíritu, dichas afirmaciones, al mismo tiempo que desacreditaban a quienes ya no tenían medio alguno de defensa, los justificaban a ellos mismos. De suerte que los historiadores que, ulteriormente, se han ocupado de Rusia, han admitido, como hecho científicamente inconmovible, la responsabilidad aplastante del último Románov y, más que la suya propia, la del sistema autocrático. Punto de vista que, desde 1917, ha sido proclamado de modo constante en Rusia y fuera de Rusia.

Ahora bien, este presupuesto es falso, y no solamente erróneo, porque los que lo han formulado han mentido a sabiendas si bien el tono aparentemente científico de su exposición ha llegado a impresionar a muchos espíritus no prevenidos. Entendámonos bien: no quiero decir con esto que, por ser falso y erróneo este punto de vista, haya que situarse necesariamente en la postura diametralmente opuesta y llegar a proclamar que la autocracia zarista constituía el mejor de los regímenes posibles. Para un occidental acostumbrado a otras formas de vivir y de pensar es evidente que el zarismo ofrece fallas profundas e imperfecciones numerosas. Sobre esto volveremos más tarde. Por el momento, quedémonos con los historiadores en cuestión.

Los de la escuela liberal progresista encuentran su máximo exponente en la persona de P. Miliukov quien, con todo el aparato de solemnidad que suele acompañar las manifestaciones académicas y que, tan a menudo, sirve tan sólo para disimular la falta de toda base científica, proclama la necesidad en que se encuentra Rusia de cambiar fundamentalmente sus instituciones y, para empezar, de substituir a un sistema retrógrado y antinatural, las formas democráticas que Occidente había llevado a su punto más alto de perfección. Miliukov es un occidentalista de la misma familia que Biélinskiy, aunque existan entre ellos diferencias que saltan a la vista sin ser, por otra parte, fundamentales sino en apariencia. En efecto, no hay que dejarse engañar por lo que, de modo formal, parece situarlos en planos distintos.

Primera diferencia formal: mientras el occidentalismo de Biélinskiy brota de un estado de entusiasmo poco compatible con la objetividad crítica, Miliukov se presenta como un historiador frío y con invo-

caciones constantes a dicha objetividad. En verdad, lo que separa a uno de otro, a estos dos adeptos del occidentalismo, es mínimo, ya que proviene únicamente del método diverso que tienen para expresar la misma visión del mundo a través del mismo concepto positivista de la Ciencia. El admirador de Saint-Simon y de Fourier es entusiasta porque, como todos los "progresistas" de los años 40, cree en una Ciencia deificada que, si bien no ha hecho todavía muchos milagros, los ha de realizar fatalmente en un futuro muy próximo. El suyo es un entusiasmo de catecúmeno y le basta la fe y la esperanza. Miliukov, que encuentra su pauta en la misma fe, ha tenido oportunidad, sin embargo, como todos los positivistas de los años 1900, de asistir a la realización de algunos de estos milagros. Su fe es aún más absoluta que la de su predecesor porque descansa sobre factores positivos que le han permitido sistematizarse y se encierra ya en categorías precisas que forman un sistema absoluto. Mientras, por una parte, se obedece a una fe todavía en sus albores y que no proporciona más que promesas vagas, se llega, por otra parte, a asumir una actitud que, sencillamente, es de empirismo. La Ciencia positivista, que algunos hechos auténticamente científicos, pero estrechamente interpretados, han permitido transponer del plano de las ciencias de la naturaleza al de la metafísica o, mejor dicho, transformar en *Weltanschauung,* autoriza al hombre a deificarse a sí mismo. Quedaba mucha religiosidad y un infinito sentimentalismo en la actitud espiritual de Biélinskiy. La de Miliukov y de sus contemporáneos no es ya más que un sistema donde todo está catalogado y clasificado según cánones positivistas fuera de todo sentimentalismo y con exclusión del mínimo rastro de religiosidad. O, si se quiere hablar un lenguaje más concreto y tomar un ejemplo: mientras subsisten muchos factores nacionales en el occidentalismo de Biélinskiy —es cierto que cuando escribe "París" no piensa sino "Moscú" o "San Petersburgo" ya que, para él, si bien es necesario que Rusia se adapte a las realidades "científicas" de Occidente, ello no implica ningún odio contra Rusia—, el occidentalismo de Miliukov está ya totalmente separado de tales "ingenuidades", es europeo en cuerpo y alma, es un occidentalismo donde lo religioso y lo nacional se han esfumado enteramente y en el cual, cuando se dice "Petersburgo" se piensa "París" o "Londres". Esta evolución, que si fuéramos deterministas llamaríamos fatal, es la que la *intelliguentsiia* ha sufrido, *grosso modo,* de 1840 a 1900 y que la ha llevado, de un punto de vista todavía nacional en su esencia, a una postura psicológica e intelectualmente desnacionali-

zada. Voy más lejos aún: si bien el occidentalismo contiene, en sus comienzos, fermentos evidentemente antihistóricos y antinaturales, puesto que niega que algo en Rusia merezca ser conservado, estos fermentos no impiden a los hombres de los años 40 ver la necesidad de utilizar el material humano *ruso* para que sea factible esta transformación del país ruso. Para ellos, este material humano está constituído de modo tan peculiar, que dicha transformación no podrá realizarse sino teniendo constantemente presentes sus peculiaridades que son consideradas como buenas en sí. Y tanto es así, que fourieristas como Herzen y Biélinskiy dan a su socialismo un acento esencialmente ruso, puesto que para ellos la institución tradicional del *mir* es la mejor ilustración, no sólo de su propio socialismo sino del que, en razón de esta institución, existiría en el alma de todo campesino eslavo. Punto de vista que Proudhon parece adoptar de vez en cuando como hemos comprobado ya. Asimismo, para ellos, tanto como el *mir* y esta secular tendencia espiritual, la ausencia en Rusia de una clase proletaria industrial constituye un factor de superioridad sobre Occidente. Para los hombres de los años 40, Occidente, en fin de cuentas, no sirve sino para proporcionar a Rusia el ejemplo "científico" que le es necesario para su desarrollo intelectual y cultural. Pero, una vez realizado este desarrollo, Rusia superará a Occidente, puesto que detenta instituciones y tradiciones espirituales que la pondrán natural y fatalmente a la cabeza de todas las naciones en la empresa de socialización universal. Lo que basta para demostrar que su negación de la "autenticidad" rusa no es sino un medio extremo para arrastrar a los rusos en el camino de su redención y que, a pesar de esta negación, frente a Occidente, estos hombres piensan y actúan todavía como rusos.

El occidentalismo de los años 1900 es distinto en cuanto que va infinitamente más lejos en su negación de la "autenticidad" rusa. Ya sus exponentes —al escudarse tras el cientificismo finalmente triunfante— no piensan como rusos sino como cosmopolitas. Más allá de la "autenticidad" de su nación niegan al hombre ruso porque, para ellos, no existe más que un hombre universal que en sus unidades francesa, americana, inglesa o eslava, ha sido plasmado en el mismo molde y debe ser colocado, por ende, en el mismo marco. Puesto que las instituciones políticas vigentes en Londres y en París son las mejores instituciones posibles, las más conformes en todo caso al abstracto ideal científico que los anima, el hombre ruso debe poder vivir en ellas con la misma comodidad que el hombre francés y el hombre inglés. Com-

probamos, pues, que no se trata ya de una negación de la "autenticidad" rusa, sino de una ignorancia total de esta "autenticidad", que ni siquiera se toman el trabajo de desmontar para combatirla o, cuando menos, transformarla. Y, en efecto, puesto que científicamente el hombre ruso no debe existir —y éste no es un descubrimiento original ya que pertenece enteramente al iluminismo dieciochesco—, la historia rusa constituye un error científico monumental. Primera consecuencia de esta comprobación: las instituciones políticas y sociales que siglos de historia han entregado a Rusia no son más que instituciones falsas que la ciencia no puede admitir porque se levantan sobre el concepto erróneo de un hombre ruso distinto de los demás hombres. Y que no se venga a hablar de realidades espirituales, anímicas propias al hombre eslavo: suprimiendo el analfabetismo, edificando fábricas, aplicando a la agricultura los métodos de explotación que han triunfado en Norteamérica y, sobre todo, gobernando a estos hombres con una constitución liberal y parlamentaria, se demostrará que estas realidades espirituales y anímicas son las mismas que las del hombre occidental [1].

---

[1] Esta pasión constitucionalista es una de las más devoradoras de la época contemporánea que determina porque, nacida en el siglo XVIII y desarrollada por el fenómeno liberal, sigue caracterizando la vida de nuestras sociedades civiles. Los franceses del tiempo de Voltaire — el Voltaire de las *Cartas inglesas*— fueron quienes la desataron al querer transplantar la constitución inglesa, que consideraban perfecta aunque no existiera, por lo menos en el sentido que ellos daban a la palabra constitución. La llamada constitución inglesa no es más que el conjunto de tradiciones políticas engendradas por la historia de Inglaterra, por la lucha entre monarquía, burguesía y aristocracia, de la cual — sin que los ingleses hayan soñado jamás en sancionar sus consecuencias en un documento escrito— han salido lentamente los hábitos jurídico-políticos que hacen la vida del Reino Unido. Se trata, por consiguiente, del resultado de una experiencia secular tejida de hechos concretos, de algo experimental que no vale más que en función del hecho inglés. El error de los constitucionalistas franceses consistió en querer transplantar a París, haciendo de él un instrumento escrito, el *modus vivendi* conseguido por los ingleses a través de las experiencias de muchos siglos. Su equivocación consistió en el hecho de que, al querer imponer a Francia una constitución racional y abstractamente racionalista, pretendieron substituir con ella hábitos de gobierno y de administración fundados en la costumbre, invocando el ejemplo inglés. Jules Monnerot puede escribir muy justamente a este respecto: "*La constitución inglesa, a partir del siglo XVIII no tiene la misma significación en Inglaterra que en el continente.* En el continente, es considerada como un modelo y debe ser la madre de las constituciones que la Razón debe imponer porque se las considera conformes a la Razón. Los ingleses, por su parte, saben que no hay constitución inglesa, que lo que se llama así se formó tan naturalmente como las conchillas... Esta diferencia de significación entre la constitución inglesa para los ingleses y la constitución inglesa para los *intelectuales* del continente, es la que explica esta apariencia de paradoja: por una parte, los intelectuales franceses del siglo XVIII dieron la señal del asalto, los ojos vueltos hacia la "constitución inglesa", por otra de Inglaterra viene, con las *Reflexiones sobre la revolución francesa* de Burke, la vigorosa

No, el occidentalismo de Miliukov ya no es la fe ciega de un Biélinskiy en la Ciencia deificada. Es la forma agravada de esa fe que en el 1900, se llama determinismo; y si el materialismo de los años 40 era esencialmente religioso, éste ya, gracias a la ciencia, ha abandonado los antiguos oropeles, es un materialismo sin religiosidad que no ve que no son instituciones políticas sistemáticas las que hacen al hombre, sino el hombre, con todas sus inquietudes espirituales y físicas, el que hace las instituciones. Es necesario subrayar que los occidentalistas modelo 1900 son infinitamente más lógicos y coherentes que sus predecesores: cuando se proclama que la divinidad no se encuentra en la base de las sociedades, se debe ir hasta las más extremas consecuencias de esta verdad "científica" y admitir que el hombre ya no es libre, sino que está sometido a la acción de fuerzas absurdas que ni siquiera la misma Ciencia puede controlar y dirigir; en una palabra, que el hombre no existe.

Esto nos sirve para comprobar la verdad de la acusación que Dostoievskiy hacía a la *intelliguentsiia* de haberse situado enteramente fuera de la realidad histórica rusa, de ignorar totalmente al pueblo en sus afanes, en su esencia espiritual, en su misma existencia. Acusación que le permitía afirmar que, en fin de cuentas, el pueblo era la única verdadera realidad rusa y que, por haberse separado la *intelliguentsiia* del pueblo, éste tenía su auténtico y único defensor en la persona del Zar. Para él, el zarismo es la única institución política y social que responda a la autenticidad rusa, y la *intelliguentsiia* en su ignorancia de esta autenticidad y en sus afanes occidentalistas no hace sino traicionar

---

señal de la contrarrevolución... Esos anglómanos, de hecho, se oponían sin saberlo al espíritu de esta constitución inglesa a la cual se declaraban adictos porque *no comprendieron que no era una constitución sino una costumbre*... (*Sociologie du communisme;* París, 1949).

Lvov, Miliukov y sus amigos cayeron exactamente en la misma contradicción que Voltaire y los suyos. Los ojos fijos en el modelo inglés, pretendieron trasplantarlo a Rusia como los constituyentes de 1789 habían hecho para Francia. Olvidaban tan sólo que, en Francia, ello había tenido por efecto el Terror robespierrista, prefiguración del Terror leninista-stalinista, y la instauración de la primera dictadura totalitaria de la historia que el leninismo-stalinismo sabría perfeccionar. No cambia nada al asunto el hecho de que Lenin y Stalin hayan otorgado a Rusia unas cuantas constituciones y que la última haya sido llamada la "constitución más democrática del mundo". Robespierre también lo había hecho con su libertaria constitución del Año I. De haber sido puesta en aplicación, ésta hubiera llevado a la restauración de la monarquía, razón por la cual se decidió encerrarla en un cofre, "bajo la guardia de todas las virtudes"; así como Stalin, después de haber proclamado en 1936 la libertad de opinión, de reunión y de asociación, puso esta libertad bajo la guardia de los agentes del M. V. D., "vanguardia del socialismo".

a la patria en su realidad histórica. Traición que encuentra su más clara demostración en la historia del último medio siglo, durante el cual, los representantes de la capa más elevada de la *intelliguentsiia* han tenido toda la oportunidad de actuar libremente en el campo intelectual.

Los historiadores de la escuela marxista constituyen a la vez un caso intelectual sencillo y un caso político lleno de complejidades. Caso intelectual sencillo porque con ellos no se puede ya hablar de conceptos históricos libremente desarrollados, sino de aplicación de los hechos históricos a un molde unitario de interpretación, el llamado materialismo dialéctico, que entrega a sus cultores un instrumento que los espíritus más elementales pueden manejar sin dificultad alguna; tanto es así, que la historiografía marxista no puede glorificarse de ningún historiador digno de este nombre. Caso político complejo, porque para el intelectual marxista la preocupación política ocupa el primer lugar, por encima de todas las preocupaciones posibles, que no son sino instrumentos utilizables en vista del objetivo político.

La interpretación materialista de la historia es más "ingenuamente" cientificista que la de Miliukov y de sus discípulos. En efecto, no tiene necesidad alguna de escudarse tras los hermosos conceptos de libertad, de igualdad y de fraternidad, se pretende mucho más científica que la interpretación liberal y trabaja sobre un hombre que ya no es universal sino uniforme. El hombre que utilizan los historiadores marxistas es desmontable como una máquina y, para ellos, el occidentalismo no puede ya ser un instrumento idóneo, puesto que sirve tan sólo para la interpretación de lo occidental, es decir, de un estado de cosas injusto que hay que destruir. Para el político leninista se trata, no ya de transformar a Rusia, sino de deshacerlo todo, y no sólo en Rusia, para imponer un sistema de gobierno unitario aplicable a todos los hombres, *sin que se tenga en cuenta ninguna necesidad ideológica, puesto que las necesidades ideológicas, por haber sido establecidas por individuos pertenecientes a una sociedad podrida, son superestructuras determinadas por la realidad económica injusta de esta sociedad.* La de los occidentalistas es una interpretación burguesa, cuyos presupuestos fueron condicionados por el triunfo de la clase liberal. Esta clase, para destruir las superestructuras ideológicas de religión, de orden, de autoridad, que eran las de la sociedad monárquica tradicional, tuvo que utilizar superestructuras ideológicas de reemplazo, las de libertad, de igualdad y de fraternidad. No es difícil comprobar con todo eso, que el mismo marxismo, en su propósito de edificar una so-

ciedad universal sin clases, se encuentra en la necesidad de utilizar, a su vez, una superestructura ideológica de reemplazo, la de lucha de clases.

Aquí podemos hacer una reflexión que vale, no sólo para la Rusia de Nicolás II, sino también para toda la Europa de nuestra actualidad: el revolucionario marxista se alía al liberal miembro de la *intelliguentsia* mientras ésta se encargue de la destrucción, *en el campo intelectual,* de las superestructuras espirituales de la sociedad tradicional por las superestructuras ideológicas liberales que son infinitamente más poderosas en el espíritu de los intelectuales burgueses que la de lucha de clases. Pero esta alianza nunca supera el período de propaganda, ya desemboque éste en el triunfo, es decir, en la conquista del Estado por parte de los coligados, ya acabe en el fracaso, es decir, en el afianzamiento de las instituciones vigentes. En este último caso, los derrotados se separan hasta que las circunstancias vuelvan a ofrecerles nuevos pretextos de asociación y no es raro ver a la minoría revolucionaria transformarse, mientras tanto, en aliado aparente de la lucha emprendida por el Estado contra la minoría intelectual liberal. Para el revolucionario, en efecto, es sumamente peligroso que sus aliados de la víspera encuentren en el estado de oposición en que su fracaso los encierra, suficiente autonomía como para acostumbrase a actuar solos, lo que, en razón del respeto del *homo liberalis* por las formas legales, podría tener por consecuencia agrupar bajo la dirección de los intelectuales a todos aquellos elementos que creen haber tenido algo que sufrir del régimen vigente. Actitud que el revolucionario adopta, en primer lugar, porque por esencia emplea tan sólo métodos ilegales, en segundo lugar, porque su situación de miembro de una ínfima minoría ilegal lo obliga a sembrar el desconcierto entre los diversos grupos de oposición legalitaria para impedirles agruparse y poder así pasarse sin él.

En el otro de los casos aludidos, es decir, cuando la propaganda ha surtido sus efectos y derribado las instituciones tradicionales, la alianza se deshace igualmente y cede el lugar a la guerra abierta, pero esta vez por motivos muy diferentes. Desde el mismo instante del triunfo, el revolucionario marxista se considera libre de todo compromiso anterior y da por su cuenta el asalto al Estado, todavía débilmente ocupado por sus aliados liberales. Rechaza las superestructuras ideológicas cuya explotación ha ayudado a la eliminación del antiguo régimen y, desde ya, utiliza tan sólo la lucha de clases. Se considera libre

porque la revolución, en su esencia, recusa como desprovistos de autenticidad los principios para el triunfo de los cuales la *intelliguentsiia* ha sacado las castañas del fuego. Es cierto que el hecho de que una clase intente imponerse por la fuerza a las demás, es muy poco liberal y nada democrático, ya que el triunfo del revolucionario marxista lleva fatalmente a la destrucción o, cuando menos, a la esclavización de las demás clases sociales y, por consiguiente, a la negación de los conceptos "burgueses" de libertad, de igualdad y de fraternidad. Si no, que digan los "kadetes" de Miliukov si sus aliados de 1905 fueron liberales, igualitarios y fraternales para con ellos a partir de 1917.

Así podemos llegar a las consideraciones siguientes:

1º) - En todas sus actividades, ya sean políticas ya sean meramente intelectuales, la *intelliguentsiia* liberal no forma más que una minoría reducida, la cual está en total ruptura espiritual para con la inmensa mayoría de la nación;

2º) - La *intelliguentsiia* —esta vez en sus capas superiores, socialmente hablando— se infiltra en el cuerpo del Estado al que quiere captar, en la administración, en la enseñanza, en el ejército, en la gran industria, en las finanzas, en la Corte y debilita a la monarquía, utilizando para ello la superioridad que según ella misma le confiere su papel intelectual y social y, por el juego de esta pretendida superioridad, rodea a la monarquía de una zona de aislamiento;

3º) - Este aislamiento impide a la dinastía tomar en el momento oportuno las medidas políticas que podrían evitar la transformación de la debilidad en que ha caído, en impotencia total;

4º) - Aprovechando esta impotencia, la capa más alta de la *intelliguentsiia* se substituye, sin tener que desarrollar grandes esfuerzos, a la dinastía abandonada por sus defensores naturales, se prepara para gobernar un país que no tiene nada en común con ella y empieza a considerar con recelo a sus aliados revolucionarios de la víspera;

5º) - Estos, que han aprovechado su alianza con la minoría liberal para salir de la sombra en que los mantenía su reducidísima importancia numérica, han tenido el tiempo suficiente para aislar completamente a la minoría liberal y, sin esperar que ésta les manifieste su recelo abiertamente, la han colocado por su propaganda demagógica, que les permite utilizar métodos ilegales, en una situación política falsa para con las masas;

6º) - A pesar del número infinitesimal de sus adherentes, esta

minoría revolucionaria sabe utilizar los únicos argumentos susceptibles de proporcionarle, ya sea la adhesión ya sea la neutralidad de las masas, y singularmente su deseo de paz inmediata que la *intelliguentsiia* occidentalista no *puede* satisfacer. En el espíritu confuso de las masas, esta minoría revolucionaria viene pues a ocupar— en una medida no desdeñable— el lugar dejado vacío por la desaparición de la dinastía, considerada hasta entonces como única susceptible de satisfacer sus aspiraciones;

7º) - Después de ejercer durante pocos meses un poder que nadie acata, la *intelliguentsiia* desaparece de la escena política sin poder oponer la menor resistencia a sus ex aliados;

8º) - Con esta victoria explicable tan sólo por la incoherencia de la *intelliguentsiia,* la minoría revolucionaria vuelve a situar a Rusia en su auténtico cauce histórico al desbaratar a los elementos que, de modo fraudulento, habían pretendido dirigir los destinos de la nación;

9º) - Victoria que, finalmente, nos permite contestar por la negativa a las preguntas con que se abre el presente capítulo, y afirmar que el zarismo no puede llevar la responsabilidad de lo que ha sucedido en Rusia en 1917.

V

Si no se puede achacar ninguna responsabilidad al zarismo en el triunfo de la revolución, si un mínimo de buena fe impide considerar al sistema autocrático como el causante, aun involuntario, de la tempestad que, paso a paso, va sumergiendo al mundo bajo sus olas, portadoras diabólicas de sangre y de lágrimas, no es posible, sin embargo, absolverlo enteramente en la persona de su último representante.

Para responder a las pálidas reivindicaciones de los burgueses de la *intelliguentsiia,* el Zar debía asumir una postura decididamente revolucionaria. La constitución liberal no era lo que convenía a Rusia porque sus corifeos, con su ceguera de occidentalistas separados de las tradiciones históricas de su patria, al mismo tiempo que estaban dispuestos a claudicar ante todo aquello que llevara el sello de París y de Londres, no veían que las instituciones ansiadas por ellos no respondían a ninguna auténtica realidad. Rusia necesitaba un régimen popular en el cual se hubiesen integrado, como en el tiempo del *Zéms-*

kiy Sobor de 1613, la idea de pueblo y la de autoridad por encima de todos aquellos intermediarios a quienes causas transitorias habían dado una importancia social artificial como basada tan sólo en la riqueza y en la explotación del hombre por el hombre. Régimen popular auténticamente ruso y cuya idea hubiera sido a un tiempo revolucionaria y contrarrevolucionaria; revolucionaria en cuanto que devolvía a la nada, de donde habían salido, a todos aquellos grandes burgueses que minaban la estructura del Estado con sus reivindicaciones egoístas de clase; contrarrevolucionaria porque integraba al Estado, además del orden de los campesinos, conservadores y, por ende, pasivos, la clase de los proletarios cuyo desarrollo, y cuya esclavización también, encontraban su único origen en los intereses de clase de los grandes burgueses constitucionalistas. Para realizar esta tarea, hubiera sido necesario llamarse Pedro el Grande o Nicolás I, sacar de una fe inquebrantable en la propia misión las instituciones geniales necesarias a estas realizaciones revolucionarias. Hubiera sido necesario ser reaccionario (en el sentido dado a la palabra por Joseph de Maistre, y no en el de un Miliukov), hubiera sido necesario tener la energía indomable de un Luis XIV frente a los Parlamentarios de París y no la buena voluntad de un Luis XVI que se pone bajo la protección de la Asamblea, una fe absoluta y rígida en la legitimidad de su poder, fe que infunde alegría e inspira grandes acciones, y no encontrarse desde un principio en el estado de "conscience malheureuse" ante la terrible necesidad de reinar.

Pero, Nicolás II no consideraba su profesión, su "métier de roi", sino como un triste deber; creía con sinceridad, pero también con temblor, en la necesidad de su misión y no supo asumir la responsabilidad de la contrarrevolución necesaria, que esta misión le mandaba dirigir. Nicolás II era en una cierta medida reflejo de Alejandro III.

Y, sin embargo, el sistema era el mismo, los hombres tampoco habían cambiado cuando ocupó el trono. Pobiedonóstsev conservará, hasta 1905, su lugar preeminente en los consejos de la Corona, pero no encontrará en el carácter de su discípulo el aliciente suficiente, la perseverancia necesaria para ver sus consejos transformarse en realidades dinámicas. A pesar de todo, la política interior de este reinado no fué pasiva ni torpe y, durante la primera década, la magnífica herencia dejada por Alejandro III en el campo internacional siguió dándole un brillo insuperable a los ojos de las potencias. El orden y la prosperidad en el interior, la dignidad y el honor en el concierto de las naciones eran el escudo de Rusia y nada dejaba presagiar que tan

pronto debiesen surgir complicaciones funestas. La administración, purificada por Alejandro, cumplía su cometido de modo satisfactorio; el número de los pequeños propietarios rurales iba ampliándose día a día; la industrialización se realizaba según un ritmo febril, pero nunca escapó al control regulador del Estado, y que alcanzó pronto su punto de saturación: los tres millones de proletarios que llegó a emplear no representarán nunca nada más que una porción insignificante del conjunto nacional y siempre les faltará la organización revolucionaria capaz de volverlos peligrosos puesto que rara vez obedecerán a preocupaciones políticas. Todos los signos que marcaron el comienzo de este reinado eran, pues, favorables y es necesario ser un historiador verdaderamente demasiado "racionalista" para ver en la tragedia del campo de Kódinka, que señaló las fiestas de la coronación, un presagio siniestro, reflejo anticipado de los dramas en que la dinastía se verá envuelta a partir de aquel día [2].

Cuando sucedió a su padre el 20 de octubre de 1894 e. a., Nicolás II tenía veintiseis años. Sus preceptores habían sido escogidos entre las personalidades más descollantes de la vida intelectual rusa y, a su cabeza, Pobiedonóstsev y el general Danílovich habían asumido la responsabilidad de su formación humanística y de su aprendizaje militar. Su preceptor inglés, Mr. Heath, ejerció una gran influencia en el espíritu del Cesárevich y le hizo aprender perfectamente su idioma Hablaba igualmente el alemán y el francés con gran soltura. Contrariamente a su padre, fué un hombre de mundo cumplido y no manifestó mucha inclinación por el estado militar, si bien los oficiales que sirvieron con él en los distintos regimientos de la Guardia lo han recordado siempre como muy dedicado a su servicio y, al mismo tiempo, como a un compañero alegre y a un jinete excelente. En 1891, realizó un largo viaje de estudios por Grecia, Egipto, las Indias británicas, China, Japón y Siberia. En el Japón, durante la visita de un templo, un fanático intentó asesinarlo y lo hirió en la cabeza con su sable. De este atentado, que hubiera sido fatal sin la intervención del primo del Cesárevich, el príncipe Jorge de Grecia, que lo acompañaba, conservó una esclerosis del tejido óseo que desde entonces le provocó violentas jaquecas y frecuentes depresiones nerviosas.

---

2 El 14 de mayo de 1896 e. a. Durante la revista celebrada aquel día, se produjo, en razón de la poca disciplina de la masa inmensa de espectadores, un hundimiento del terreno que, provocando un pánico que el servicio de orden no pudo dominar, causó la muerte de dos mil personas.

Nicolás II es un soberano suave y siempre propicio para recibir influencias ajenas, primero la de su padre, luego la de su madre y de sus hermanos y, algún tiempo, la de las esposas de los Grandes Duques Pedro y Nicolás Nicoláievich, las hijas del príncipe de Montenegro que su esposa más tarde llamará "las mujeres negras" y que mientras tanto inician a la joven pareja en los misterios del espiritismo. Inmediatamente después de la muerte de su padre, Nicolás se ha casado con Alix de Hessen, hija de Luis IV, soberano de aquel Estado alemán. Ella es la que va a ejercer sobre él la influencia más duradera en razón del amor profundo que le inspira, influencia sobre la cual volveré aunque más no fuere con el propósito de devolverle su verdadero papel [3].

Pensando que una vez más ha de verificarse la especie de ley cíclica que acompaña tradicionalmente los cambios de soberanos desde el principio del siglo décimonono, muchos rusos en 1894 creen que, contrariamente a su padre, Nicolás II va a ser como Alejandro I y Alejandro II en sus comienzos, un soberano liberal y eso bajo la influencia de su esposa que es nieta de la reina Victoria y tiene una sólida, aunque inmerecida, reputación de liberalismo. Muchos creen que el nuevo soberano va a conceder pronto instituciones constitucionales y todos los mensajes de los *zemstva* y de los consejos municipales, al tiempo que expresan un gran júbilo por su llegada al trono, subrayan la necesidad en que Rusia se encuentra, según ellos, de volver a la política de reformas del primer período del reinado de Alejandro II. El mensaje del *zemstvo* del gobierno de Tver —los terratenientes de esta provincia se consideran desde un siglo como los exponentes de las ideas reformistas— va mucho más lejos y entra en precisiones peligrosas al pedir la convocación de una asamblea constituyente. Como se ve, el recuerdo de lo que aconteció en 1789, cuando los Estados Generales convocados por Luis XVI, después de una serie de gestos incoherentes, no pudieron impedir una revolución cuyo resultado fué la derrota de quienes habían pedido su convocación, no tenía la menor influencia en el espíritu de sus compañeros de clase rusos. El optimismo reformista de los progresistas rusos de 1894 es pariente próximo del de los constituyentes franceses porque, a pesar de todo, si la historia a veces se repite, nunca sirve de ejemplo.

Sin embargo, ese optimismo de los reformistas rusos duró poco porque, al recibir, el 17 de enero de 1895 e. a., a los delegados de los

[3] Al convertirse a la religión ortodoxa, Alix de Hessen tomó los nombres de pila de Alejandra Fiódorovna.

zemstva, de los consejos municipales y de las asambleas de la nobleza, Nicolás II que encuentra energía en su respeto por la memoria de su padre y su admiración por Pobiedonóstsev, expresó muy claramente su recelo por concesiones de tipo constitucional, cuyo primer efecto sería menguar los derechos del poder autocrático. Dice, entre otras cosas: "He sabido que en diversas asambleas locales se han hecho oír voces que se han dejado vencer por el sueño insensato de una participación de los delegados de los *zemstva* en la administración interior. Que cada uno sepa que al consagrar todas mis fuerzas a la felicidad de mi pueblo, defenderé los principios de la autocracia tan inmutablemente como mi difunto padre. Lo proclamo abiertamente".

Esto quiere ser, en verdad, la exposición de un programa de gobierno. El joven emperador anuncia con estas palabras su adhesión a las fórmulas políticas que, con Alejandro III y con Pobiedonóstsev, se revelaron tan eficaces para salir de un estado de tensión próximo de la ruptura revolucionaria y para devolver al país la tranquilidad interior perdida e inspirar a todos el respeto de la autoridad. Pero Alejandro era enérgico y se dirigía, con una tenacidad que nada podía quebrantar, hacia las metas que había fijado con Pobiedonóstsev. Este es ahora muy viejo y ha perdido la elasticidad de pensamiento que le permitía en los años 80 conciliar su doctrina con la realidad. Mas será necesario esperar algunos años para comprobar de modo irrecusable estos cambios que, en 1895, nadie percibe todavía.

Por el momento, los reformistas consideran las declaraciones tan terminantes del soberano como el final de sus esperanzas y se preparan para actuar en otro terreno.

Nicolás inaugura su reinado conservando a todos los ministros que estaban en actividad en el momento de la desaparición de Alejandro III. Se trata generalmente de buenos funcionarios, muy sometidos a la voluntad imperial y a menudo desprovistos de ideas propias. Pero entre ellos, Sergio Iúlievich Witte, ministro de Finanzas, ocupa una situación particular. En efecto, no es ni burócrata de carrera ni aristócrata. Ha empezado como simple empleado de ferrocarriles y debe sus éxitos tan sólo a sus méritos profesionales que han descollado durante la guerra ruso-turca cuando fué encargado de organizar la red estratégica de ferrocarriles que permitió rápidos transportes de tropas hacia las fronteras otomanas y, por consiguiente, hizo posible la rapidez correlativa del avance hacia Constantinopla. Esto atrajo la atención de Alejandro II que le confió la dirección de las vías y comunicaciones

del Imperio, puesto en el cual se señaló por su tendencia a suscitar el desarrollo de grandes centros industriales. No se ha olvidado que la implantación en Rusia de las primeras grandes industrias modernas estuvo ligada, durante el reinado del Zar libertador, a la constitución, según el modelo del liberalismo económico, de una vasta red ferroviaria. Pero sobre todo a partir de su nombramiento al departamento de las Finanzas en 1892, cargo que le permitió controlar toda la economía del país, Witte pudo dar enteramente su medida de organizador y de hombre dotado de vistas amplias en materia económico-industrial y financiera. Cuando recibió esta cartera, Rusia tenía treinta y un mil kilómetros de vías férreas, cifra que en diez años pasó a sesenta y cuatro mil doscientos kilómetros. La mayor extensión de este aumento abraza la línea siberiano-manchú y la de China oriental que unían, la primera a San Petersburgo con Vladivostok y la segunda a esta última ciudad con el centro chino de Chita. Este desarrollo tiene la ventaja económica de acabar con el aislamiento de numerosas regiones que pasan así del estadio de la economía local al de la economía nacional y, por ende, internacional, y pueden desarrollarse rápidamente en razón de una explotación más racional de sus riquezas naturales. La financiación de esta empresa verdaderamente gigantesca —baste citar la sola construcción del *Transiberiano*— fué obtenida con empréstitos negociados en París y con la activa participación del capital del Estado y del capital particular. Trabajo realizado en condiciones peligrosísimas de inseguridad y de insalubridad que elevaron los costos muy por encima de las previsiones iniciales [4].

Rusia posee riquezas naturales inmensas que, en el comienzo del reinado de Nicolás II, están todavía sin explotar: petróleo en el Cáucaso y en el norte de las regiones transcaucásicas, hulla en el Doniets, hierro en los Urales y en la región de Iekaterinoslav, oro y platino en Siberia... Pero la industria rusa de extracción adolece de una falta endémica de capitales; los apoyos dados al comienzo del siglo XVIII por Pedro el Grande y mantenidos sin mucho espíritu de sistema por sus sucesores, han dejado el lugar a la iniciativa privada en el tiempo de Alejandro II, cuya política económica, basada como dijimos ya en los principios de la libre competencia, ha llevado a la cesión de las empresas industriales del Estado a grupos de capitalistas particulares.

---

[4] La construcción del Transiberiano costó 350 millones de rublos oro; la del ferrocarril del Este Chino 375.

Sin embargo, hasta el final del reinado de Alejandro III, por ser Rusia un país de dinero escaso y caro, las empresas privadas no tienen mucho desarrollo hasta que los preliminares de la alianza franco-rusa permiten la entrada de sumas frescas muy elevadas, proporcionadas por el mercado de París. Witte es el gran recolector de dinero francés para la industria rusa que, gracias a su prudente política económica y monetaria, goza en Occidente de una reputación sólida de solvencia. Tanto es así que en 1906, el ahorro francés habrá invertido en Rusia 7.943 millones de francos oro, que las inversiones de capitales privados puestos a la disposición directa de la industria por los mismos capitalistas franceses, belgas e ingleses que llegarán de este modo a controlar importantes grupos industriales rusos, pasarán de un millón y medio de rublos en 1888, a 98 millones en 1898...

De 1894 a 1899, las sociedades anónimas ya existentes aumentan considerablemente su actividad y se fundan en el mismo período más de novecientas sociedades nuevas con un capital nominal de 1.420 millones de rublos. El aumento anual del capital industrial pasa de veintiseis millones de rublos para el período 1878-1887, a cuarentidós en 1888-1892 y a ciento sesenta y uno en 1893-1897 [5].

Estas nuevas empresas transforman el aspecto geográfico de una gran parte del país. La cuenca del Doniets, que ofrecía un desolador panorama estepario, se cubre de minas y de fábricas; aldeas como Bajmut y Lugansk se tornan ciudades importantes; Iekaterinoslav, Rostov, Taganrog, centros urbanos de tercer orden, asumen en pocos años la categoría de grandes metrópolis industriales. Estas transformaciones traen consigo, evidentemente, un inmenso desarrollo de la población proletaria, es decir, que un fenómeno de transformación demográfica acompaña al de transformación geográfica. Y ello hace necesaria una revisión de la legislación del trabajo.

Al final del siglo XIX, la huelga, principal medio de ataque de que dispone el mundo obrero de Occidente y de América, está prohibida en Rusia. Sin embargo el período 1890-1900 asiste a las multiplicación de las interrupciones colectivas del trabajo. Factor social nuevo que incita al gobierno a tomar medidas, no represivas en sí sino más bien reguladoras. Por esta razón, se aumenta el número de los inspectores del trabajo, cuerpo social creado durante el reinado anterior para vigilar las condiciones de producción y las de existencia de la mano

5 Ver el apéndice *ad hoc* al final del presente tomo.

de obra. Pronto todas las empresas industriales son sometidas a este control. La ley del 2 de junio de 1897 e. a., promulgada a pesar de la oposición de los industriales y de los jefes de empresas, constituye el primer ensayo serio para limitar la duración de la jornada de trabajo que el gobierno fija en un máximo de once horas y media para los adultos y de diez para el trabajo nocturno. Asegura el descanso dominical y el respeto de los días feriados. Las horas extraordinarias reciben una remuneración más elevada que las horas normales de trabajo. En el estado actual de las legislaciones obreras —no se habla aquí de la de Rusia soviética— estas condiciones pueden parecer todavía durísimas y, en verdad, lo son. Sin embargo, al final del siglo décimonono, sólo Alemania había realizado progresos sociales verdaderamente importantes; Francia e Inglaterra no debían su adelanto sobre Rusia a una legislación obrera más humana, sino al solo hecho de su adelanto técnico-industrial, que había puesto a los dadores de trabajo en la necesidad de conceder mejores condiciones sociales a sus empleados y obreros para obtener de ellos un mayor rendimiento. Y tanto es así que hasta el comienzo de la primera guerra mundial, los progresos sociales realizados en Rusia seguirán constantemente el ritmo de los progresos occidentales y llegarán en muchos casos a sobrepasar a Inglaterra, con esta diferencia, además, que, generalmente, el gobierno zarista los provocará él mismo fuera de toda presión sindical.

Entre 1895 y 1897, Witte procede a una serie de reformas importantes en el campo monetario al introducir el patrón oro que permite estabilizar el curso del rublo, y al basar esta estabilización en la constitución de importantes reservas metálicas.

Hasta entonces, el régimen monetario, turbado por las emisiones de papel moneda que acompañaron el desarrollo de la guerra rusoturca, no había vuelto a encontrar su estabilidad ni siquiera en los momentos de mayor prosperidad económica del reinado de Alejandro III. Los billetes de banco se cambiaban por oro con una pérdida de treinta por ciento de su valor nominal. Así el rublo se había transformado en un objeto de especulación en las bolsas extranjeras, particularmente en la de Berlín. Para estabilizarlo, Witte procedió a su desvalorización. El *ukaz* del 29 de agosto de 1897 e. a. fija el curso del rublo papel en las dos terceras partes del valor efectivo del rublo oro y establece que las eventuales emisiones de moneda papel deberán ser garantizadas por existencias de oro que cubran la mitad de la emisión hasta seiscientos millones y la suma global cuando se trate de cifras

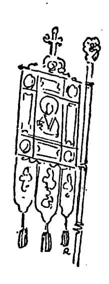
superiores. Es decir, que cada billete de quince rublos debe ser garantizado por un imperial oro que no vale diez rublos oro como antaño sino quince rublos papel. Una reserva de novecientos millones de rublos oro ha hecho posible esta reforma que permitirá superar las dificultades que creará la guerra ruso-japonesa y quedará en vigor hasta 1917.

Al tomar la cartera de Finanzas, Witte se encuentra con una situación presupuestaria difícil en razón de una confusión que vuelve prácticamente imposible cualquiera tentativa de reforma. Sin embargo, su política financiera le permite presentar cada año un presupuesto equilibrado. Distingue dos presupuestos, el ordinario y el extraordinario. En este último entran los gastos imprevistos para construcción de nuevas vías férreas, los gastos provocados por la amortización anticipada de las deudas del Estado, las guerras y las calamidades públicas que cada año serán previstas estrictamente. Además aumenta los impuestos indirectos, crea el monopolio de las bebidas alcohólicas y se procura así un excedente de entradas que afecta al reembolso anticipado de las deudas públicas y a la extensión de las reservas áureas, todas medidas que le permiten disminuir en una proporción muy sensible el peso de la deuda flotante.

A pesar de su amplitud, la política económico-financiera de Witte revela una falla grave. Al poner todos sus esfuerzos en la industrialización rápida del país, ha dejado de lado los intereses de las clases agrícolas, negligencia grave si tenemos en cuenta que la agricultura sigue y seguirá siendo la base misma de toda la economía nacional.

La crisis agraria no ha dejado de empeorar desde la emancipación de los siervos y es particularmente aguda en las provincias del sur, grandes productoras de trigo para el comercio en gran escala y la exportación. En 1900 la producción de cereales ha caído en un catorce por ciento en relación con la de los años inmediatamente anteriores a 1861. Asimismo, el asiento fiscal de las zonas rurales presenta un enorme déficit. Cada año, el Tesoro debe invertir 275 millones de rublos para socorrer a la población campesina cuya capacidad fiscal se ve amenazada de agotamiento. Además, los productos fabricados, particularmente el azúcar y el hierro, no pueden ser comprados en la medida prevista por el mercado interior y el gobierno debe venderlos a los compradores extranjeros a un precio inferior al costo de su producción. Un kilogramo de azúcar ruso cuesta tres veces más caro en Rusia que en París. Se produce un fenómeno inverso al que había buscado

Witte al emprender su reforma monetaria: con estas condiciones de la vida interior, la moneda estabilizada se hace más cara que en el tiempo del desequilibrio y la nobleza rural pide en cada una de las mociones, que repite sin cesar, que el gobierno vuelva a levantar la agricultura con una moneda barata, ya sea metálica ya sea fiduciaria. A estos efectos, en abril de 1902, Witte crea una comisión encargada de estudiar, bajo su presidencia, las necesidades más urgentes de la agricultura. Para terminar más rápidamente su labor, la comisión crea, en las distintas provincias, comités de gobierno y de distrito compuestos por los miembros de los *zemstva* y por un número variable de personalidades competentes. El conjunto de estos comités llega así a contar con once mil miembros. Pero Witte debe abandonar la cartera de Finanzas en 1903 y, casi inmediatamente después, la guerra con el Japón interrumpe los trabajos de la comisión y de los comités locales.



CAPITULO IX

EL DEMONIO, EL ZAR Y EL PUEBLO

Poca proyección de las ideas subversivas durante el primer decenio del reinado de Nicolás II - El marxismo y sus evoluciones en círculo cerrado - Populistas y socialdemócratas - ¿Necesidad o inutilidad del proletariado? - Primera aparición de Vladímir Ilich Uliánov - Su actitud ante el "marxismo clásico" de Plejánov - Los "revolucionarios profesionales" y el Congreso de Londres-Bruselas: bolcheviques y mencheviques - El nuevo terrorismo - Plehve y la oposición progresista - Organización del contraterrorismo - Rusificación y antisemitismo oficial - Los partidos progresistas y la conspiración antizarista en Rusia y fuera de Rusia - Paralelo necesario entre las revoluciones de Inglaterra, de Francia y de Rusia.

Los años que se suceden en una tranquilidad casi perfecta entre la llegada de Nicolás II al trono y las primeras derrotas de la guerra ruso-japonesa, son considerados por los historiadores progresistas —liberales o marxistas— como característicos de un período de reacción, puesto que en ellos sigue aplicándose sin contraste la rígida política de orden y de autoridad instaurada por Alejandro III en 1881; por los monárquicos, como una prueba de que la obra de restauración nacional emprendida por este monarca había sido puesta sobre bases tan firmes que sería necesaria una catástrofe exterior para imponerle un momento de interrupción; prueba también de que el sistema autocrático, aun bajo un exponente tan diverso de Alejandro III como Nicolás II, estaba bien encaminado ya que la obra del monarca fallecido pudo mantenerse como por sí sola mientras duró la paz.

En verdad, los años 1894-1904 fueron años calmos, solamente turbados por algunas huelgas de carácter estrictamente económico. Y, sin embargo, todos los historiadores, monárquicos, liberales o marxistas, se muestran unánimes en reconocer que precisamente durante este decenio fué preparándose el movimiento político-social que hubo de

llevar a Rusia a las revoluciones de 1905 y de 1917. Esto es cierto en líneas generales, aunque una puntualización cuidadosa se hace necesaria.

Durante la primera década del reinado de Nicolás Alexándrovich, el movimiento político-social subversivo se vió obligado a acantonarse en una mera actividad ideológica que encontró su única expresión en una larga batalla bizantina desarrollada en familia y cuyas principales víctimas fueron generalmente los mismos subversivos. Por una parte, en efecto, esta lucha levantó unos contra otros a los teóricos del populismo y del marxismo y por otra los mismos marxistas no llegaron a entenderse entre sí en materia doctrinal y disciplinaria puesto que, hacia el final de este período, se vieron llevados a una escisión que los años anteriores habían hecho irremediable y cuyas consecuencias para Rusia y para el mundo no han dejado de hacerse sentir. En fin, creer que en esta doble lucha ideológica participasen masas cada día más extensas de proletarios, sería caer en un grave error ya que, en realidad, los trabajadores rusos se mantuvieron insensibles hasta 1905 ante los llamados cada vez más débiles de los propagandistas revolucionarios. A pesar de ello, esta propaganda se desarrollará bastante libremente porque, por pertenecer exclusivamente a intelectuales que, si bien conquistados por la idea de revolución se encuentran fuera de todo contacto con las masas, estará condenada a manifestarse —cuando se trate de actividad revolucionaria llevada en Rusia misma— dentro del círculo cerrado y siempre más estrecho de los viejos adeptos que ninguna aportación de sangre fresca viene a rejuvenecer; y cuando se considera la acción subversiva realizada en los destierros de Londres, de Ginebra y de París, ésta no se expresará durante mucho tiempo sino bajo el aspecto de una vana agitación verbal.

No se quiere decir con todo esto que la actividad revolucionaria de aquellos años no hubiese surtido ningún efecto práctico. Baste indicar que entonces Lenin acumuló las observaciones, formó los grandes designios que habrían de llevarlo más tarde a la cabeza de la nación rusa. Sin embargo, mientras se proclamaba marxista ortodoxo tanto para desplazar a Plejánov, el "papa" eslavo de la Escuela, como para combatir a los socialistas revolucionarios, Vladímir Ilich maduraba sus planes muy secretamente, con tanta frialdad y con una ausencia tal de principios, que ello lo llevó, muy a menudo, a descartar aquellas enseñanzas del marxismo que no cuadraban con sus propias observaciones. Todo esto permite descubrir algo que generalmente se evita reconocer, y es que si, durante el decenio en cuestión, hubo intensa preparación,

ésta no surtirá efectos sino después de la revolución "espontánea" de 1905, ya que los acontecimientos que brotaron de las descargas del Domingo Rojo no se concatenaron sino de modo absurdo y alcanzaron desprevenidos a los distintos estados mayores de la revolución. Los mismos Lenin y Trotskiy fueron sorprendidos por esta serie de estallidos anárquicos y, en 1905, su acción jamás pudo salir del marco estrecho del lugar donde se encontraban. Asimismo, los historiadores que hablan de esta primera revolución como de un ensayo general de la de 1917, olvidan indicar que sólo puede tratarse de un ensayo general *sui generis,* en el cual autores y actores son los instrumentos de la obra representada y no sus inspiradores e intérpretes. ¡El más puro pirandellismo!

En verdad, desde ya podemos establecer que si los años anteriores a 1905 hubieran sido consagrados a una preparación práctica tan objetiva, es de suponer que los jefes revolucionarios hubiesen aprovechado mejor el estado de anarquía en que se encontró Rusia durante algunos meses para emprender con algunas probabilidades de éxito la conquista del Estado, cuyos dirigentes estaban tan desconcertados y tan poco seguros de sí que en aquel breve lapso tomaban medidas tanto o más absurdas que las de los revolucionarios.

Antes de pasar al examen del movimiento revolucionario en sus efectos prácticos que, vuelvo a repetirlo, son pobres y escasos durante la primera parte del reinado del último Románov, se nos hace necesario estudiarlo en sus características ideológicas y, para ello, observar los detalles de la lucha a la cual se entregan unos contra otros durante diez años los diferentes grupos subversivos.

La cuestión más debatida, antes del final del siglo décimonono, entre populistas y marxistas o, mejor dicho, entre los teóricos sin tropas de estas dos agrupaciones, es la de la "originalidad" de la evolución histórico-revolucionaria rusa. ¿Debe o no debe Rusia seguir el camino trazado por el desarrollo del capitalismo occidental? A esta pregunta, los *naródniki* contestan por la negativa. Para ellos, Rusia no ofrece un terreno propicio al proceso capitalista que, por estar condicionado por un desarrollo industrial intensivo, no corresponde a las líneas maestras de la economía nacional en la cual la pequeña industria de carácter familiar o artesanal sigue ocupando el lugar predominante. Por otra parte, en razón del factor peculiarmente ruso constituído por el *mir,* el campesino nunca podrá proletarizarse. Si bien la comunidad de aldea denuncia la existencia de un espíritu nacional genuinamente socialista,

este mismo factor señala claramente las limitaciones de este espíritu. Es decir, que este socialismo instintivo, al mismo tiempo que impone un sello auténticamente comunitario a los conceptos sociales del pueblo ruso, impedirá a la industria desarrollarse bajo otra forma que la de cooperativa de producción.

Como se ve, los populistas siguen pensando según moldes políticosociales que encuentran sus orígenes en los conceptos de los años 40. Se trata de hombres profundamente rusos que, ahora como entonces, dirigen el aparato de su propaganda hacia los campesinos. Ningún artículo de su doctrina ha sido ideado en función de una clase de proletarios industriales, entonces inexistente, y se han anquilosado en las viejas formas de pensar que dieron lo mejor de su gloria a Herzen y a Bakúnin. Y sabemos que éstos y sus discípulos inmediatos consideraban como una superioridad el atraso de Rusia para con Occidente en materia de industrialización. Sus herederos de los años 1900, no juzgan necesario modificar este concepto y, frente a la transformación del mapa económicosocial de Rusia orquestada por Witte, se niegan a considerar la nueva realidad juzgándola artificial y transitoria y rechazan toda posibilidad de que pueda tener duración aquéllo que les parece una lamentable experiencia sin porvenir. En esto, y muy a su pesar, están en contacto con ciertos círculos nacionalistas que se oponen a la industrialización del país por considerarla generadora de un trastorno social cargado de amenazas. Coincidencia, no de ideología pero sí de táctica política, que no escapa a los marxistas y pronto ha de permitirles acusar a los *naródniki,* con una dosis más que regular de mala fe, de ser los instrumentos de la reacción a pesar de sus proclamaciones antizaristas. Argumento tan falso como la mayor parte de aquéllos que emplea la propaganda marxista y que, no obstante su falsedad, dará a menudo en el blanco ante la buena gente de las fábricas.

Los marxistas pretenden por su parte que el desarrollo de la gran industria y, por ende, la aparición de un proletariado urbano cada día más numeroso, creá condiciones nuevas en la lucha política contra el régimen. Ante el argumento de los populistas que los proletarios industriales, hijos o nietos de campesinos, siguen siendo en todos sus conceptos sociales y políticos, cuando acaso llegan a tenerlos, meros campesinos, ante la experiencia del último cincuentenio que no ha servido sino para poner de relieve el conservadurismo de la clase campesina, aseguran que las condiciones han cambiado, que ya no es

tan fácil volver de la ciudad a la tierra y que la industria está agigantándose hasta encerrar al obrero en el círculo fatal de su fábrica como a un condenado en el infierno. Esta imposibilidad de volver atrás bastaría, por sí sola, para transformar al campesino en proletario y le daría automáticamente conciencia de clase, puesto que para hacerse revolucionario "el *muzhik* debe ser cocido en la olla de la fábrica". Entonces dejará de ser factor de conservación social y política.

Al tener éxito la experiencia de Witte, alrededor de los años 1898-1900, estas polémicas se hacen inútiles. Con la implantación del gran capitalismo industrial, una clase proletaria relativamente extensa ha aparecido y los marxistas no se han equivocado al asegurar que la fábrica encierra a los obreros en sus anillos de modo irremediable. Y así la discusión se desplaza.

No se trata ya de saber si el proletario existe o no existe. Los socialistas revolucionarios, que substituyen a los populistas desplazados por su fracaso, ahora contestan de modo negativo a la pregunta de si este proletario es utilizable en vista de la revolución; los socialdemócratas, que se organizan en partido en el marco de la Segunda Internacional marxista, contestan por la afirmativa. En realidad, los nombres han podido cambiar, la ideología sigue siendo la misma aunque la lucha entre los dos partidos se vuelva más áspera.

Tanto más áspera cuanto que, esta vez, a la oposición del viejo binomio Proletariado-Campesinato se agregan todas las violencias que pueden nacer de la lucha entre conceptos filosóficos divergentes. Así podemos explicarnos cómo pudo llegar a tanta brutalidad la discusión entre socialrevolucionarios y socialdemócratas sobre el papel del individuo en la historia.

Los primeros, como antaño Piotr Lavrov y Nicolás Mijailovskiy, ponen el acento sobre la importancia esencial de la "personalidad consciente". Rusia, inmutable en el tiempo y en el espacio, con sus masas populares mal diferenciadas, ofrece un terreno sumamente favorable a la acción de esta "personalidad consciente" y heroica ya que, en el ambiente homogéneo y primitivo de una vida social estancada desde siglos, el don de imitación es el único elemento psicológico característico. Bastan, pues, algunos "héroes" para arrastrar a las masas.

Los marxistas observan con ironía despiadada que la sociedad popular rusa no se señala por su homogeneidad sino tan sólo por su primitivismo, es decir, por su uniformidad, lo que no constituye superioridad alguna sino un atraso espantoso frente al cual las personalida-

des conscientes y heroicas seguirán siendo tan importantes como en el pasado, sea este pasado el que asistió al triunfo de la Horda Dorada, o el que siguió a las reformas de Alejandro II. En esta uniformidad primitiva, solamente la diferenciación de las clases sociales podrá despertar al país a la vida política activa. En cuanto al papel del individuo consciente, Plejánov y sus secuaces pretenden, después de Marx, que toda conciencia está determinada por el estado de la materia social, por las formas de la vida económica, por los grados de desarrollo de las fuerzas productoras de la sociedad, etc.

Ya podemos comprender por qué este clima intelectual debía llevar fatalmente a contrastes vivaces que, por caracterizarse por abstracciones filosóficas, se volvieron incurables desde un primer tiempo. Es necesario señalar, por otra parte, que mientras los socialistas revolucionarios no encontraron en sus filas a ninguna "personalidad consciente" suficientemente superior como para dar a las viejas tesis populistas, disgregadas por la nueva realidad histórica, el aporte doctrinario susceptible de devolverle vida auténtica, los socialdemócratas tuvieron un exponente brillante, Gueorguii Plejánov, que fué, al mismo tiempo que un doctrinario seguro, un polemista riguroso. Hasta él, el marxismo ruso había sido de instinto. Con él, se hizo "científico", de suerte que este hombre puede ser considerado con justicia como el fundador, más que el introductor, de la socialdemocracia en su país.

Salidos del viejo tronco occidentalista, socialistas revolucionarios y socialdemócratas seguían inspirándose, como sus antepasados, en la filosofía occidental, aunque hubiesen olvidado enteramente a Fichte y completamente desviado a Hegel. Los primeros adherían a la capilla de los jóvenes hegelianos o hegelianos de izquierdas tan ásperamente criticados por Marx en su *Deutsche Ideologie,* y sus grandes hombres eran Bruno Bauer y Max Stirner. Algunos de ellos iban hasta ponerse bajo el patrocinio de Kant para apoyar la "necesidad" de su acción revolucionaria en un imperativo categórico no previsto, por cierto, por el paseante solitario de Koenigsberg. Los segundos, fieles a las enseñanzas de Marx y de Engels, invocaban la autoridad de Hegel para aplastar a sus antagonistas bajo el fuego de la teoría de las contradicciones. Pero, con el fin de alcanzar más rápidamente la adhesión de un proletariado cerrado a toda filosofía, utilizaban en su propaganda, ante los hambrientos, las lecciones de Ludwig Feuerbach, aquel materialista tan seguro de su materialismo que alcanzó la gloria filosófica más pura el día en que afirmó que "el hombre es lo que come". El tubo digesti-

vo como factor histórico venía así a llenar el lugar dejado vacío por San Max y su *Unico.* Todo esto —en razón, mucho más que a pesar de su pobreza— todo esto nos entrega un mapa bastante preciso del mundo revolucionario ruso en el ocaso del siglo décimonono: por una parte, el *único* con su anarquismo abstracto que ninguna realidad puede frenar y cuya justificación suficiente reside en la acción individualista que no va a tardar en expresarse por el terrorismo más inútilmente "romántico" y constituye la ilustración en la praxis rusa del cacareado papel de las personalidades conscientes y heroicas; por otra, el argumento estricta y exclusivamente alimenticio de Feuerbach que, por encima de toda abstracción filosófica, ofrece a las masas, al señalarles la existencia de categorías sociales mejor alimentadas, el único argumento susceptible de proporcionarles su conciencia de clase, la lucha contra los "burgueses" según los cánones de una dialéctica edificada alrededor de las funciones digestivas.

Es que, en efecto, hacía falta otra cosa que construcciones ideológicas para que los proletarios rusos pasaran a la acción revolucionaria consciente. Las elucubraciones de los jóvenes hegelianos, las tesis mismas de Marx con todo su aparato científico no podían excitar sino a los pocos intelectuales ya integrados en las filas de la subversión. Si se quería transformar a los proletarios urbanos, hijos de los pasivos *muzhiks,* en revolucionarios conscientes, era necesario desencadenar un vasto movimiento que, desarrollándose en un primer tiempo fuera de Rusia, es decir, en el ámbito de las organizaciones internacionales, pudiera aprovechar luego todas las oportunidades que la situación diplomático-militar siempre proporciona a los agitadores para arrastrar al *Lumpenproletariat,* tras el espejismo de una problemática conquista del pan, a la conquista del Estado por cuenta de una minoría intelectual despiadada. Y es cierto que estos dos objetivos, el de integrarse en la empresa revolucionaria universal y el de reunir partidarios decididos a destruir el estado de cosas existente, fueron alcanzados más fácilmente por los discípulos de Marx que por el partido de los ingenuos lanzadores de bombas. Es que los componentes occidentales del estado mayor de la Segunda Internacional, fueran ellos partidarios incondicionales del concepto de lucha de clases y del de dictadura del proletariado o adeptos de las tesis del reformismo socialista, eran unánimes en rechazar toda acción individual como marcada de romanticismo estéril y consideraban con recelo a los ilusos hijos del populismo a quienes reprochaban además una falta total de espíritu científico por

su afán de apoyarse casi exclusivamente en la clase de los campesinos. Finalmente, les parecía igualmente anticientífica la oposición de los socialistas revolucionarios al desarrollo industrial de su país, puesto que Marx, afirmando que la revolución podría triunfar tan sólo por la acción de un numeroso proletariado industrial dotado de su conciencia de clase, había proclamado la necesidad de la industrialización en todos los países para el reclutamiento de vastos ejércitos revolucionarios. En otro orden de ideas, aquéllos de los proletarios rusos que al principio del presente siglo llegaron a adquirir conciencia de clase —una minoría extremadamente reducida, es necesario subrayarlo otra vez— debían considerar con un recelo mayor aún a estos "intelectuales" populistas que desconfiaban de la gente de las fábricas y ponían todas sus esperanzas en el campesinato. De suerte que los más revolucionarios fueron directamente a engrosar las filas de la socialdemocracia cuando decidieron dar un sentido lógico a su acción. En cuanto a la masa de los proletarios industriales, sin tendencia fija y sin otra opinión política que la de su descontento económico, constituía una tropa flotante que, tan sólo el día de la revolución y a condición de que ésta tuviera fuertes probabilidades iniciales de éxito, se echaría con decisión a la calle, con esta característica —que ya antes de toda idea de revolución jugaba a favor de los marxistas— que, por estar compuesta de individuos nada conscientes y menos heroicos todavía, su simpatía iría forzosamente a aquellos agitadores que no exigieran de ella ni actos de valentía, fuera del pillaje en los barrios ricos, ni sacrificios penosos fuera de una huelga más o menos prolongada.

Por el momento —1894-1904—, nadie se atrevía a predecir siquiera una remota posibilidad revolucionaria. No quedaba a los agitadores de los dos bandos sino seguir entregándose a su agitación ideológica interna e intentar adquirir en los consejos de la Segunda Internacional la importancia que les faltaba en el marco político de su país.

Necesidad que sintieron igualmente los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas, ya que los principios generales de la Segunda Internacional nunca fueron tan rigurosos como llegarán a ser los de la Tercera. Estos principios, en efecto, exigían solamente de sus adherentes el reconocimiento del concepto de lucha de clases y la oposición al sistema capitalista. Vaguedad programática que convenía en igual medida a cada uno de los dos grupos revolucionarios rusos, puesto que si los socialistas revolucionarios daban sus preferencias a los campesinos, no rechazaban la participación de los obreros en su empresa, y

que tanto ellos como los discípulos de Plejánov se consideraban anticapitalistas, fueran los capitalistas industriales o terratenientes. La diferencia era mínima. Por otra parte si, desde el punto de vista sindical, ponían sus esperanzas en las cooperativas de producción y de consumo según las enseñanzas de Proudhon y de Herzen, la Segunda Internacional contaba entre sus filas numerosos antiguos proudhonianos que, a este respecto, los acogerían con simpatía. Esto podía chocar con el concepto marxista que dirigía la acción revolucionaria hacia la instauración de la dictadura del proletariado, es decir, en sus efectos prácticos, del capitalismo de Estado, pero no chocaba con el concepto general ya expuesto del anticapitalismo y de la lucha de clases. El hecho también de que considerasen esencial el papel de la *intelliguentsiia* en la preparación de la empresa revolucionaria mientras los marxistas, al subestimarlo, admitían intelectuales en sus filas tan sólo si se ponían al servicio incondicional del proletariado, representaba una diferencia táctica fácil de superar por parte de una asociación en busca de tropas en el mundo entero. Unos y otros proclamaban la necesidad de la huelga general política que para llegar a la conquista del Estado debía provocar la sublevación de las fuerzas armadas, y si los socialistas revolucionarios buscaban apoyo entre los oficiales, inclusive entre los oficiales de la Guardia, mientras los marxistas dirigían su esfuerzo de propaganda exclusivamente hacia la tropa, ello tampoco constituía un obstáculo serio. Fuera de la peligrosa cuestión de la acción terrorista que, en un primer tiempo, se prefirió no examinar para no crear divergencias insalvables, las controversias no podían ser sino dialécticas. El objetivo esencial, la destrucción del Estado, era el mismo. Finalmente, muchos marxistas, mientras no rechazaban el terror individual sino porque lo consideraban susceptible de adormecer a las masas, acariciaban ya la idea de un terrorismo de Estado, destinado, no a la liquidación de algunos individuos representativos del sistema capitalista, sino a la de toda la clase burguesa.

Existían además diferencias de orden psicológico y moral que, esta vez también, habrían de incidir en la contienda a expensas de los socialistas revolucionarios. Estos eran sentimentales y humanitarios; sentían un inextinguible amor romántico a lo Rousseau por toda la humanidad, la consciente y la inconsciente, inclusive por aquéllos a quienes se preparaban a despedazar con sus bombas. Los marxistas se querían fríos racionalistas, enemigos de todo sentimentalismo. Las palabras libertad e igualdad no provocaban en ellos ningún transporte pasional

aunque perteneciesen a su "superestructura ideológica", y el concepto de fraternidad no suscitaba nada más que sus sarcasmos y su hostilidad. Los primeros, más verbosos por ser más rusos, exponían en alta voz todos los puntos de su programa; los segundos, tan sólo aquéllos que no podían molestarlos en su propaganda. Así, mientras los socialistas revolucionarios, en su voluntad de luchar contra la pobreza de los campesinos, querían la socialización de la tierra en provecho de los *muzhiks* más desprovistos, es decir, una especie de federación de cooperativas agrícolas autónomas, sus contrincantes, que no querían nada fuera de una socialización centralizada en provecho exclusivo del Estado proletario, si bien se oponían a esta solución por considerarla utópica, se cuidaron hasta 1917 de exponer sus verdaderos proyectos por estimarlos contraproducentes en materia de propaganda. Porque, aunque Trotskiy asegure que "los campesinos son absolutamente incapaces de representar un papel político *independiente*" [1], la neutralidad pasiva de esta clase era necesaria a los marxistas si querían desarrollar su actividad política en las ciudades sin ver a los hombres del campo ponerse del lado del régimen imperante.

En ocasión de su adhesión a la Segunda Internacional, una y otra asociación se cuidaron de presentar reivindicaciones demasiado audaces o peligrosas, actitud que perduró de modo casi constante hasta la revolución de Febrero. Por el momento, sus programas hubieran podido pertenecer a cualquier partido democrático, ya que se contentaban con poner el acento sobre la necesidad de una república parlamentaria, sobre los principios de sufragio universal, de libertad de palabra, de prensa, de reunión y de asociación. Lo más revolucionario de este programa *ad usum Delphini* estaba constituído por su insistencia en obtener la jornada de ocho horas y la substitución de una milicia popular armada a los ejércitos permanentes. En cuanto a su campaña en favor de la separación de la Iglesia y del Estado y de la instrucción pública gratuita en los tres grados de la enseñanza, hacía casi un siglo ya que los liberales de toda Europa la habían desencadenado por primera vez.

Las divergencias ideológicas que echan unos contra otros a los marxistas y a sus hermanos enemigos, se desarrollan, pues, a pesar de la violencia del tono, sobre un material tan pacífico en su esencia que, durante los primeros años del reinado de Nicolás II, los teóricos de

---

1 LEÓN TROTSKIY: *Stalin*, en apéndice titulado *Tres conceptos de la revolución rusa*: pág. 501; Milán, 1947.

las dos tendencias pueden enfrentarse libremente, inclusive en sus diarios, sin que el gobierno estime oportuno intervenir en sus reyertas.

Pero, detrás de esta fachada incolora, bulle una intensa agitación que, por ser todavía meramente ideológica, no suscita mucha inquietud entre los agentes de la Ojrana. En 1895, en Petrogrado, ha sido creada una organización clandestina, la *Unión para la conquista y emancipación de la clase obrera,* que durante algunos años vive una vida mediocre y como asfixiada. En ella se encuentran Vladímir Ilich Uliánov y León Martov que, de 1903 a 1917, serán los máximos exponentes de las fracciones menchevique y bolchevique de la socialdemocracia rusa. Por el momento, la *Unión* preocupa de tal manera a Plejánov y a los dirigentes "legales", que la obligan a actuar por su cuenta en una especie de excomunión tácita por parte de los "pensadores" del partido. Esta ruptura no proclamada había sido suscitada por el hecho de que los dirigentes del grupo preconizaban el comienzo inmediato de una violenta acción revolucionaria con el designio de derribar rápidamente a la autocracia. Plejánov y los suyos pensaban que una agitación de esta naturaleza podía despertar la atención de la policía política —como, de hecho, la despertó, lo que tuvo por efecto el encarcelamiento de sus miembros en 1896 [2]— y que, entonces, toda propaganda, toda

---

[2] Si es cierto que quien no ha estado en la cárcel, como asegura Tolstói, lo ignora todo de una forma de gobierno, la diferencia que podemos comprobar a este respecto entre el régimen zarista y el régimen staliniano ha de inspirarnos reflexiones más bien sombrías. Los prisioneros imperiales estaban muy bien administradas por funcionarios generalmente humanos e ilustrados y, durante todo el reinado de Nicolás II, los presos políticos gozaron de franquicias cuya idea los huéspedes de la *kátorga* soviética podrían a duras penas concebir. Lo mismo sea dicho en lo que atañe a la llamada "deportación administrativa" a Siberia, de la cual fueron "víctimas" todos los dirigentes de la revolución bolchevique y del régimen comunista hasta que Stalin los eliminara del modo que sabemos. En el doble caso del encarcelamiento y de la deportación, el ejemplo que nos ofrece el tratamiento recibido por Lenin es característico. Durante la espera de un año que pasó en la cárcel de San Petersburgo, pudo escribir en toda libertad su voluminoso *Desarrollo del capitalismo en Rusia* para cuya redacción pudo consultar —es decir, adquirir por intermedio de la dirección —299 obras teóricas y 38 estudios en alemán, francés e inglés. Cuando, el 25 de febrero de 1897, recibió notificación del decreto administrativo que lo exilaba por tres años a Siberia, obtuvo una semana de licencia para despedirse de los suyos, comprar lo que necesitaba, incluso una escopeta, y consultar a su médico. Luego emprendió su viaje a sus propios gastos hasta el lugar de su deportación, la aldea de Shushénskoie, cerca del curso superior del Ienissei, donde llegó el 20 de mayo, es decir casi tres meses después de su salida de la cárcel de Petersburgo. En su residencia forzosa, Lenin y sus compañeros de exilio —repartidos en un área de ochenta kilómetros de radio— recibían del gobernador de Siberia una asignación de ocho rublos-oro mensuales. El poder adquisitivo del rublo era tan elevado que esta asignación era más que suficiente para los célibes. Aquéllos que lo deseaban

progresión, se hacía imposible. Rasgo eterno de la lucha revolucionaria en que legalistas y activistas se encuentran en puja constante y que, ya en este final del siglo décimonono, constituye el telón de fondo del drama que será representado en Londres en 1903.

Al final de 1900, Lenin, que se había instalado en Suiza después de su exilio en Siberia, empezó la publicación de un periódico de inspiración marxista, *Iskra* [3], con una orientación netamente revolucionaria. Al término de sus primeras observaciones sobre la realidad del marxismo en función de Rusia, Lenin ha madurado ya algunos de los conceptos fundamentales que habrán de llevarlo al triunfo y de los cuales, con el fanatismo más rígido, nunca se apartará. Extremadamente secreto en cuanto a sus intenciones, hasta el punto de no revelarlas siquiera a sus colaboradores más íntimos, cuales serán Kámenev y Zinóviev, por ejemplo, las dejará manifestarse tan sólo en el crisol de los hechos, frente a los cuales constantemente sabrá tomar la medida adecuada en el instante mismo en que se producen; lo que es suficiente para demostrar que, habiendo previsto los acontecimientos, nunca tendrá que vacilar para tomar sus decisiones o sus actitudes. En este momento, podemos establecer de modo seguro que no es la idea de la

---

eran autorizados a trabajar en empresas privadas; así Lenin recibió de un editor petersburgués 1.500 rublos —suma relevante— por el manuscrito de su *Desarrollo del capitalismo en Rusia,* del cual es inútil decir que a pesar de su marxismo libremente expuesto salió en 1898 sin que la censura zarista le hiciera la menor oposición; asimismo los artículos que escribía regularmente para revistas rusas de economía política —una de las cuales dirigida en la capital por el todavía marxista Struve —que le remuneraba con 100 a 200 rublos cada uno; por fin, en su calidad de abogado, abrió un bufete de consultas legales que se hizo célebre entre los campesinos de la región del Ienissei superior.

Los deportados estaban autorizados a hacerse acompañar por su madre, su hermana o su esposa e, incluso, a casarse con mujeres siberianas o compañeras de deportación. Estos matrimonios, así como las fiestas de Navidad y de Pascua y el entierro o la liberación de un compañero, les permitía reunirse por períodos de una semana durante los cuales organizaban cacerías, banquetes y reuniones políticas. Su correspondencia era vigilada por la gendarmería pero se las arreglaban para hacerla llegar a sus destinatarios de Rusia y del extranjero por vías clandestinas. Al año siguiente de su llegada a Shushénskoie, Vladímir Ilich hizo venir a su compañera Nadiedzhda Krúpskaia, arrestada ella también y condenada a tres años de deportación administrativa en Ufá en los Urales. Las autoridades concedieron esta reunión a condición de que el matrimonio la legalizara. Las memorias de Krúpskaia se refieren constantemente a este período feliz en que el padre del bolchevismo y del terror rojo gozó de una tranquilidad que nunca volvió a conocer durante el resto de su vida.

Compárese, pues, el régimen represivo aplicado por la despiadada tiranía zarista al sistema concentracionario inaugurado por Lenin y llevado a su perfección por su discípulo georgiano en nombre de los principios del humanismo marxista.

[3] *La chispa.*

revolución cercana la que ocupa su mente. Esta es una posibilidad que por el momento hay que descartar, aunque haya que ocuparse de ella más tarde. Por el momento se trata, en previsión de esta posibilidad mediata, de ocupar en el partido el lugar eminente que pertenece a Plejánov, a Axelrod y a Viera Zásulich. Estos veteranos han asumido, como hemos visto, una actitud recelosa frente a la idea de revolución, sobre todo frente a la propaganda revolucionaria. Razón por la cual Lenin hace de esta propaganda lo esencial de su actividad. Al situarse así a la extrema izquierda del partido socialdemócrata, el hermano del ahorcado de Schlüsselburg se instala, en verdad, en un lugar muy cómodo, el de la oposición, que no puede dejar de procurarle adhesiones siempre más numerosas, las de aquellos intelectuales marxistas que, por no ocupar ninguna situación de primer plano en la agrupación, se ven llevados naturalmente a reprochar a los dirigentes los fracasos de la propaganda marxista entre los obreros de las fábricas. Por no ser tan desconocido como ellos, ya que la ejecución de su hermano le ha abierto muchas puertas y le ha permitido ser considerado como un militante situado a igual distancia de los dirigentes y de los intelectuales sin colocación, Lenin aprovecha astutamente esta situación, que le permite hablar con más libertad que aquéllos que quiere conquistar, sin que se le pueda tachar de ambicioso, y asumir así una actitud táctica más extremista que la del estado mayor. Y esta actitud no va a tardar en dar frutos.

El segundo congreso de la socialdemocracia rusa que tiene lugar en Bruselas y en Londres de julio a agosto de 1903, pretende operar una reagrupación de los miembros del partido por medio de una severa centralización. Plejánov y Martov piensan poder representar el papel principal en el congreso y volver a tomar la dirección indiscutida de sus tropas que el medio desconocido Lenin, gracias a la reputación que se ha granjeado en las filas de los militantes desde que redacta *La chispa,* había hecho peligrar. Pero Plejánov y su teniente ignoran que el joven abogado no se contenta con escribir sus insoportables artículos. Estos representan la actividad exterior, "pour la galerie", tras la cual se esconde una actividad de naturaleza más secreta, empleada en redactar fichas, estadísticas y gráficos y, sobre todo, en mantener una correspondencia extremadamente reservada con todos aquéllos que, en Rusia o fuera de Rusia, son susceptibles de tejer un hilo más en la telaraña de la conspiración. Todas las desgracias de los dirigentes y de su tendencia surgen de esta ignorancia que va a permitir a su

joven rival ocupar un lugar del cual nunca podrán echarlo. Ellos, que habían fingido no dar demasiada importancia a la *Unión para la conquista y la emancipación de la clase obrera* y casi afectado una indulgencia protectora para con el hermano de un mártir de la causa revolucionaria, se encuentran de golpe y, por consiguiente, desarmados, ante una maquinación de gran envergadura que los va a desplazar de la dirección efectiva del partido. De esta maquinación va a salir, en efecto, una escisión que encuentra su expresión en las palabras bolchevismo y menchevismo. (Es justo señalar aquí que, durante este congreso, Lenin —por no poder permitirse en aquel entonces atacar directamente a Plejánov cuya personalidad seguía siendo indiscutida— fingió tomárselas solamente con los "ancianos", Martov, Axelrod y Viera Zásulich y se las arregló varias veces, gracias a un sentido verdaderamente táctico de la adulación, para que Plejánov votara con él. Tanto es así que éste llegó a contestar a los "ancianos", que se quejaban de los insultos emitidos por su joven contrincante, que, con hombres "de esta pasta, se hacen los Robespierre". La postura ideológica y táctica de los dos hombres era tan contradictoria, sin embargo, que —después del congreso— Plejánov no tardó en separarse de Lenin y se vió obligado, para no quedarse aislado, a reunirse con la corriente menchevista).

La ruptura tiene su pretexto en la pregunta que se hacen los congresistas para saber quién será miembro del partido. Plejánov, apremiado por la necesidad de ensanchar su audiencia, está dispuesto a admitir a todo aquél que acate el programa del partido y se comprometa a seguir sus consignas. Lenin quiere reservar la calidad de miembros a quienes trabajan efectivamente en la organización. No quiere simpatizantes, no quiere miembros que no renuncien a sus preocupaciones ordinarias para dedicarse enteramente a la preparación de la revolución. Quiere tan sólo militantes dispuestos a abandonarlo todo para preparar el asalto contra el Estado zarista. Tras hermosas palabras, Lenin se entrega a una especie de propaganda electoral destinada a apoderarlo del mando. Para un hombre fríamente calculador como él, la vigésimotercera sesión del congreso de Londres debió tener tanta o más importancia que los días decisivos de octubre de 1917. Para hacer admitir en su provecho el principio del "estado de sitio en el partido", según la expresión de Martov, Vladímir Ilich empleó todos los argumentos, desde los que sacaba de la erudición marxista, con la cual ahogó a sus adversarios bajo la marea de las citas, hasta la calumnia, cuando acusó al pobre Axelrod de haber traicionado constantemen-

te la doctrina, sin olvidar de referirse varias veces a los... Ejercicios Espirituales de san Ignacio. Después de la votación que le dió la mayoría, declaró, refiriéndose a lo dicho por Martov: "No me dejo asustar en lo más mínimo por este término espantoso de *estado de sitio en el partido.* Ante los elementos inestables y tambaleantes, tenemos no sólo el derecho sino el deber de crear un estado de sitio. Todos nuestros estatutos, toda nuestra centralización, desde ahora aprobados por el congreso, no son sino un estado de sitio declarado contra las causas innumerables de confusión política. Contra la confusión hacen falta leyes especiales, aunque sean de excepción".

Otra causa de disensión entre leninistas y martovistas había surgido del proyecto de centralización. La tesis de Lenin era que el congreso eligiera tan sólo el comité central del partido que, a su vez, designaría a los miembros del comité de redacción, encargado, entre otras cosas, de la vigilancia sobre los órganos de propaganda de la agrupación; mientras que Plejánov y sus amigos deseaban que el congreso nombrara a los miembros del comité central y a los del comité de redacción. En otras palabras, ¿debía el partido transformarse en una organización estrecha dirigida por un centro único, como pedían los leninistas, o tener dos órganos centrales, uno destinado a la preparación táctica de la acción material y otro encargado de determinar la doctrina, como pretendían los martovistas? La tesis de Lenin era totalitaria puesto que lo ponía todo entre las manos del comité central, es decir, entre las suyas; la de sus antagonistas tendía a paliar su derrota, puesto que por haber sido elegidos por el congreso, los miembros del comité de redacción no aceptarían nunca ser controlados por los del comité central. Esta vez también, los partidarios de Lenin obtuvieron la mayoría y formaron así el ala bolchevique de la socialdemocracia. Los vencidos tomaron el nombre de mencheviques [4]. Este triunfo de las tesis de Lenin va a dar nacimiento a una categoría de hombres que no cesará de representar un papel extraordinario en la preparación revolucionaria, la de los llamados "revolucionarios profesionales".

En un folleto publicado en Stuttgart en 1902, es decir, en el año anterior al congreso, y titulado *¿Qué hacer?...*, Vladímir Ilich, con el firme propósito de dar consignas a aquellos miembros del partido que podía considerar como ya conquistados por su tendencia extremista, había

[4] Bolshievik de *bolshie,* más, es decir mayoritarios; menshievik, de *menshie,* menos, es decir minoritarios. Para los bolcheviqus, se empleó durante mucho tiempo la expresión "maximalistas".

indicado: "...los economistas (es decir, los partidarios de Martov) se desvían siempre de la socialdemocracia hacia el tradeunionismo, tanto en los problemas de la organización como en los políticos. La lucha política de la socialdemocracia es mucho más amplia y más completa que la lucha económica de los obreros contra los patronos y el gobierno. Del mismo modo (y como consecuencia de ello), la organización de un partido socialdemócrata revolucionario ha de tener inevitablemente un *carácter distinto* que la organización de los obreros para la lucha económica. La organización de los obreros ha de ser, en primer lugar, sindical; en segundo lugar, lo más extensa posible; en tercer lugar, lo menos clandestina posible (aquí y en todo lo que sigue me refiero, claro está, a la Rusia autocrática). Por el contrario, la organización de los revolucionarios debe englobar ante todo y sobre todo a gentes cuya profesión sea la acción revolucionaria (y, al hablar de la organización de los *revolucionarios,* me refiero a los revolucionarios socialdemócratas). Ante esta característica general de los miembros de la organización *debe desaparecer toda distinción entre obreros e intelectuales* [5], por no hablar ya de la distinción entre las diversas profesiones. Esta organización no debe ser muy extensa, y es preciso que sea lo más clandestina posible" [6]. Esta clase reducida de elegidos vendría, pues, a ser como una asociación secreta de jefes de la futura revolución que, para acelerar la llegada de esta aún remota posibilidad, tendría como misión entregarse a una intensa propaganda subterránea destinada a ensanchar los efectivos de choque del partido, entonces inexistentes". Y prosigue: "...yo afirmo 1) que no puede haber un movimiento revolucionario sólido sin una organización de dirigentes estables y que asegure la continuidad; 2) que cuanto más extensa sea la masa que se siente espontáneamente arrastrada a la lucha, masa que constituye la base del movimiento y que participa en él, más apremiante es la necesidad de semejante organización y más sólida tiene que ser ésta (ya que tanto más fácilmente podrá toda clase de demagogos arrastrar a las capas más atrasadas de la masa); 3) que dicha organización debe estar formada, fundamentalmente, por hombres entregados profesionalmente a las actividades revolucionarias; 4) que en el país de la autocracia, cuanto más *restrinjamos* el contingente de los

[5] Distinción que precisamente constituía el punto fuerte de la tesis de Plejánov.

[6] LENIN: *¿Qué hacer?* en *Obras escogidas* publicadas por el instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, Tomo I, pág. 133 ss.

miembros de una organización de este tipo, hasta no incluir en ella más que aquellos afiliados que se ocupen profesionalmente de actividades revolucionarias y que tengan una preparación profesional en el arte de luchar con la policía social, más difícil será *cazar* a esta organización; y 5) tanto *mayor* será el contingente de individuos de la clase obrera y de las demás clases de la sociedad que podrán participar en el movimiento y colaborar activamente en él" [7].

Todo esto limita bastante el número de los elegidos ya que "...un obrero que puede volverse propagandista más o menos capaz y "prometedor" *no debe* trabajar en la usina once horas por día. Debemos hacer lo necesario para que viva a expensas del partido, para que sepa pasar a tiempo a la clandestinidad, para que cambie el lugar de su actividad; de otro modo, no podrá adquirir mucha experiencia; no aumentará su saber y no sabrá "aguantar" en la lucha contra la policía política, por lo menos algunos años, sin ser arrestado" [8].

Gregorio Alexinskiy, bolchevique de la primera hora, que en el momento de la revolución romperá con la organización que un tiempo representó a la Duma y fué obligado por sus antiguos amigos a refugiarse en el destierro, podrá escribir: "Una organización clandestina poco numerosa pero fuerte y muy centralizada, tal era el ideal de los bolcheviques; mientras los mencheviques se oponían a una centralización exagerada y a la reducción del partido a una organización conspiradora de revolucionarios profesionales..., gracias a su intolerancia, Lenin, jefe espiritual y político del bolchevismo, llegó a crear en el seno de la socialdemocracia rusa una fracción monolítica que pudo luego transformarse en un partido comunista no menos uniforme: grupo disciplinado políticamente, situado ideológicamente en la línea general y a cuyas directivas los miembros tenían el hábito tradicional de conformarse estrictamente. Hábito que los miembros del Komintern heredarán más tarde" [9].

---

7 *Ibidem.*

8 *Ibidem.*

9 G. ALEXINSKIY: *La Russie révolutionnaire des émeutes de la Russie agraire à l'organisation stalinienne,* Cap. 3: "Les partis révolutionnaires"; París, 1947.

"En los puntos de vista de Lenin —escribía Plejánov en la época del congreso de Bruselas-Londres— vemos no ya un marxismo, sino —y tolérese la palabra si suena mal— un bauerismo, una nueva edición de la teoría de los héroes y de la muchedumbre". Citado por M. MITIN en *Contribución de la etapa leninista en la evolución del materialismo dialéctico;* artículo publicado en la revista "Bajo el Estandarte del Marxismo", Nº 7-8; Moscú, 1931.

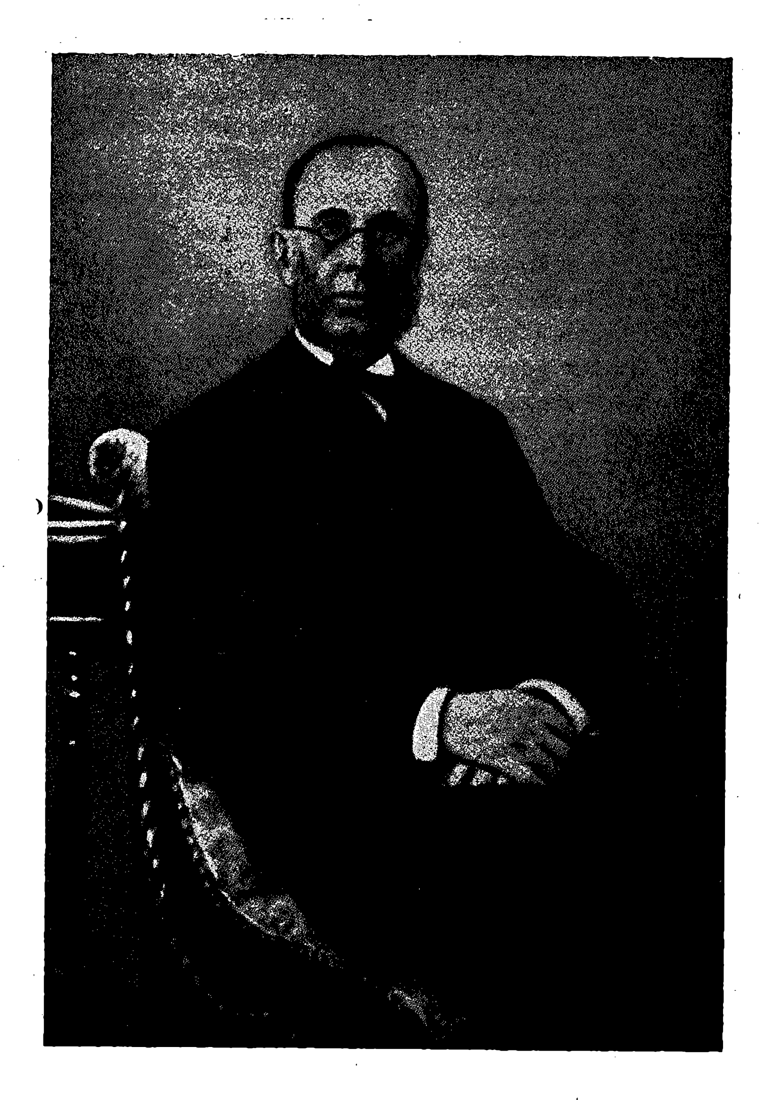
Pero, mientras tanto, los socialistas revolucionarios querían mostrarse más activos y pretendían llegar al derrocamiento del régimen sin pasar por el estado intermedio de la preparación ideológica.

Sin embargo, vuelvo a repetirlo, esta carrera entre socialistas revolucionarios y socialdemócratas no tendrá hondas repercusiones en las masas proletarias hasta 1905. Bien podrán los primeros organizar atentados terroristas, los campesinos no se mostrarán más dispuestos a seguirlos que en 1881. Los segundos no podrán nunca aprovechar ninguna de las huelgas de los centros industriales para incitar a los obreros a salir del plano de las reivindicaciones económicas para entrar en el de la lucha política. Y, como los mencheviques, los escasos bolcheviques de aquellos años se encontrarán en la obligación, para quedarse presentes en el campo de batalla, de acatar, *volentes nolentes,* las tesis del economismo reformista. Hasta 1905, los hombres de las clases inferiores aceptarán a menudo luchar contra los patronos, industriales o terratenientes, nunca contra el Estado.

Aproximadamente en la misma época en que Lenin empieza a publicar un periódico que entra clandestinamente en Rusia, *Proletarii* [10], los socialistas revolucionarios se reorganizan y fundan su propia tribuna, *Revoliutsiónnaia Rossiia* [11]. Mientras, de 1900 a 1905, el partido socialdemócrata toma parte en 220 huelgas durante las cuales 220.000 obreros abandonan el trabajo y ven a 5.942 de sus miembros arrestados por la policía política, los socialistas revolucionarios fundan 49 grupos locales y una liga agraria para acelerar su propaganda en el campo mediante el programa de la distribución de las tierras entre los campesinos pobres; en las ciudades, se contentan con organizar atentados cuyos ejecutores son generalmente estudiantes de los gimnasios y de las universidades. Así el 14/27 de febrero de 1901, el estudiante Karpóvich mata al ministro de instrucción pública Bogoliepov. El 2/15 de abril del año siguiente, el estudiante Balmaziev asesina al ministro del Interior, Spiaguin, que había tomado en serio su misión de reprimir los movimientos subversivos.

Nicolás II escucha entonces los consejos del periodista de derechas príncipe Mieshcherskiy y decide reemplazar a Spiaguin por el conde Plehve. Funcionario inteligente pero tan desprovisto de escrúpulos que por hacer más rápidamente carrera ha llegado a cambiar por dos

10 *El proletario.*
11 *Rusia revolucionaria.*



K. POBIEDONOSTSEV

veces de religión; adulador sin principios como lo demuestra la peregrinación ostentatoria que cumple, para inaugurar su carrera ministerial, al santuario de la Trinidad - San Sergio, lo que le proporciona el favor de los devotos de la Corte; Plehve, sin embargo, no es sólo esto porque, a pesar de sus payasadas, es un firme servidor de la autocracia que decide defender por todos los medios, inclusive el contraterrorismo, y ataca inmediatamente sobre toda la línea. Sus intenciones son buenas, sus métodos no lo son. El contraterrorismo es tan funesto como el terrorismo porque, tanto como él, está en la necesidad de extenderse como una mancha de aceite y llega a ser muy rápidamente la única preocupación de quien lo ha desencadenado y creía al desencadenarlo que no sería entre sus manos sino un instrumento secundario limitado a una tarea específica. Casi inmediatamente después de su llegada al poder, Plehve que había decidido acabar con el terrorismo de manera mucho más eficiente que Alejandro III, se ve obligado, en su persecución de los socialistas revolucionarios —para él los socialdemócratas no representan un peligro tan inmediato—, a extender su política de represión policial a una parte de la población que había quedado hasta entonces fuera de la agitación política: los campesinos, los miembros de los *zemstva* y las minorías nacionales y raciales.

Al crear las comisiones de estudios de las necesidades de la agricultura, Witte había intentado actuar sobre los elementos moderados de los *zemstva* y pensaba disminuir así los efectos de la política de Plehve. Pero los comités de gobierno y de distrito no quieren limitarse a su misión específica. En su mayoría insisten en incluir el problema del campo en el problema político general, en considerar inútil toda reforma que no esté acompañada de la instauración de un sistema constitucional. Plehve contesta negando a los *zemstva* la autorización de discutir las cuestiones que él considera de interés general, es decir político, y particularmente los problemas relativos a la instrucción pública, a la autonomía de los *zemstva,* a la condición legal de los campesinos. Y prohibe a los comités establecer y publicar estadísticas, etc. Ante estas interdicciones que ellos llaman persecuciones, los más activos entre los miembros de los *zemstva* crean, en el mes de junio de 1902, un órgano clandestino, *Osvobozhdenie* [12], que se publica primero en Stuttgart, luego en París bajo la dirección de Piotr Struve, periodista y escritor liberal progresista que ha salido de las filas del marxismo.

---

12 *La liberación.*

En el verano de 1903 fundan en Rusia una asociación secreta que funciona sobre el modelo de las logias masónicas —en las cuales por lo demás reclutan a muchos de sus miembros—, *Soiuz osvobozhdeniia* [13], que rechaza el concepto de la lucha de clases y manifiesta su repugnancia contra toda idea de lucha revolucionaria, pero entiende realizar la unión de la opinión pública sobre el programa de una vasta campaña emprendida con el designio de obtener una constitución democrática. De esta unión saldrá en 1905 el partido Constitucional Democrático cuyos miembros serán más conocidos con el apodo de Kadetes [14].

Plehve no fué, durante el reinado de Nicolás II, sino el continuador de la política de Alejandro III, en la lucha contra el terrorismo como en la política de reducción de las nacionalidades. Sin embargo, las condiciones habían cambiado. Pobiedonóstsev, siempre Procurador del Santo Sínodo, era menos escuchado o, mejor dicho, veía sus consejos para una política enérgica aplicados por un ministro deseoso de actuar por su propia cuenta y no por un emperador dotado de firmes designios políticos. Tanto es así que, en vez de imponer a Plehve una aplicación sin desviaciones de las tesis del Procurador, Nicolás II, víctima de sus vacilaciones que lo echaban de un extremo a otro, prefería dejar entera libertad al peregrino de la Trinidad - San Sergio. Este, que no concebía, como Pobiedonóstsev, una administración del Estado basada en los principios de una clara doctrina política, sino en función de conceptos meramente burocráticos, encontraba más expedito contar con el aparato de una policía rigurosamente organizada. Política que, fatalmente, debía fracasar en toda la línea y causar su propia pérdida. Así como se había visto llevado a extender la acción represiva de su contraterrorismo a campos de actividad no previstos inicialmente por él, su política de las nacionalidades provocó efectos insospechados.

En su calidad de ministro del Interior, estaba encargado de la administración del Gran Ducado de Finlandia y quiso aplicar a esta provincia una política de rusificación acelerada. Como sabemos, Finlandia era un Gran Ducado autónomo, perteneciente al Zar por el lazo de la unión personal. Emperador en Moscú, Nicolás II no era sino Gran Duque en Helsinfors y en esta provincia sus poderes estaban limitados por un aparato de leyes fundamentales que encontraban su expresión y su salvaguardia en la Dieta. Plehve no era el único en considerar

[13] *Unión para la liberación.*

[14] Kadete, o sea K. D. iniciales de *Konstitutsiónnaia Demokraticheskaia Partiia.* (Конституционная Демократическая Партия)

este estado de cosas como abusivo. El general Bobrikov, nombrado gobernador en 1898, pretendía considerar a Finlandia como una provincia más en el Imperio y sus puntos de vista encontraban un defensor decidido en el seno del consejo de ministros en el general Kuropátkin, ministro de Guerra, que había inspirado a Nicolás II la idea del manifiesto del 3/15 de febrero de 1899 que disponía la fusión del ejército finlandés con el ejército imperial, y de una serie de decretos escalonados entre 1900 y 1904 que ensanchaban las prerrogativas del idioma y de los súbditos rusos en Finlandia, aumentaban los poderes del gobernador general y limitaban la libertad de prensa y de reunión. El decreto de fusión había provocado manifestaciones pacíficas que se concretaron en una petición portadora de quinientas mil firmas protestando por esta violación de las leyes fundamentales. Ante el silencio del gobierno, la oposición se volvió más activa. Una nueva ley sobre el reclutamiento del ejército provocó movimientos tales como la oposición del clero finés a leer el texto de esta ley en las iglesias y la llamada "huelga contra el servicio militar" emprendida en 1902, año en que el 59 por ciento de los reclutas no se presentaron en los centros de movilización y en los cuarteles. La irritación crecía constantemente tanto del lado finlandés como del lado ruso y, frente a la desobediencia y la agitación de sus administrados, los altos funcionarios de la Corona aplicaban más rigurosamente las medidas dictadas por el gobierno. El 5/18 de junio de 1904, un joven funcionario del Senado de Helsingfors, Eugenio Schauman, asesinó al general Bobrikov. Después del estallido de la revolución de 1905, el Zar, en el manifiesto del 23 de octubre de aquel mismo año, desaprobará todas las medidas del general Bobrikov y restablecerá la Constitución finlandesa en sus plenos derechos.

Las consecuencias de la política de rusificación se presentan con caracteres mucho más acusados en Polonia que en Finlandia. Desde 1900, el gobernador general príncipe Imeretinskiy, observa que "el descontento se generaliza" y que "el movimiento revolucionario se propaga en aquellas clases de la sociedad que aún no había alcanzado". Reconoce que los funcionarios rusos son demasiado a menudo incapaces y que se ha hecho necesario acabar con las persecuciones contra la religión católica y contra el idioma polaco. En aquella misma época, se forma una sección polaca del partido socialdemócrata, el "Partido Socialista Polaco" que, en su fracción extremista dirigida por José Pilsudski, no va a tardar en transformarse en centro de resistencia de

la nacionalidad polaca contra la rusificación, y de reivindicación a favor de la restauración de Polonia, no sólo a expensas de Rusia, sino de Alemania y de Austria.

Fenómenos parecidos tienen lugar en el Cáucaso, donde la oposición nacional, bastante apagada durante el último cincuentenio, va a tomar nueva vida gracias a la fusión de los elementos nacionalistas con la socialdemocracia. Este renacer de la oposición encuentra un apoyo poderoso en la política arbitraria del gobernador general, príncipe Galítsin, cuando éste, en 1902, propone la confiscación de los bienes pertenecientes a la Iglesia armenia cuyas rentas sirven al mantenimiento de las escuelas. A pesar de la oposición de la mayoría de los ministros, Nicolás II aprueba esta proposición y ello provoca, en distintos centros del Cáucaso, sublevaciones armadas que desembocan en encuentros sangrientos con las tropas, particularmente en Tíflis. El gobierno restablece el orden a duras penas. En estas primeras luchas, hace su aparición el joven José Dzhugashvili, el futuro Stalin.

Plehve se ensaña sobre todo contra los judíos y, para desarrollar más libremente su política antisemita, se apoya en un fuerte partido de la Corte encabezado por el gran duque Sergio Alexándrovich, gobernador general de Moscú quien, en 1891, había obligado a veinte mil judíos a salir de su jurisdicción.

Para desviar la atención y el interés del público que, según él, empieza a fijarse demasiado en los socialistas revolucionarios, explotando también el hecho muy cierto de que una gran proporción de los terroristas o de los socialistas arrestados pertenecían a la raza hebraica, Plehve decide "ahogar la revolución en la sangre judía". No le resulta difícil provocar movimientos populares que, pronto, sumergirán a Rusia bajo su marea de violencias. El ruso es naturalmente antisemita y le basta un empellón para desencadenarse hasta el punto de desbordar a aquéllos que han querido lanzarle en este camino. Se puede decir, en efecto, que, pronto, el pueblo es quien empuja al gobierno cuyos miembros, para su defensa, cuando se les reproche la participación visible de numerosos agentes del Estado en la mayor parte de los pogromi, dirán que prefirieron organizarlos para no dejarlos a la libre iniciativa de un pueblo embravecido cuyos instintos —de no ser controlados— hubieran podido tener consecuencias incalculables.

El domingo 8/21 de abril de 1903, día de Pascuas de Resurrección, una inmensa muchedumbre en cuyas filas se pudo reconocer a policías vestidos de paisano y hasta a funcionarios en uniforme, invade el

ghetto de Kishiniev y durante tres días saquea, devasta e incendia sin ser molestada. El balance es de cuarenta y cinco muertos, cuatrocientos heridos, quinientas casas destruídas. Cuatro meses más tarde [15], desórdenes parecidos estallan en Gomel pero arrojan un balance menos sangriento.

En la mayoría de los casos, el gobierno, a fin de no provocar descontento en los ambientes nacionalistas que tienen contactos directos con el mundo de los artesanos y de los campesinos, se contenta con restablecer el orden después de algunas horas de reyerta. Los judíos aprovechan la oportunidad para suscitar un malestar violento en las relaciones internacionales de Rusia, particularmente en los Estados Unidos donde la colonia hebraica es numerosa, rica y, por ende, muy influyente.

Es de notar que tres de las cuatro minorías alcanzadas por la política de represión encabezada por Plehve proporcionaron cada una un prohombre a la empresa revolucionaria contra el zarismo. Si ningún finés tomó parte en la revolución soviética, en razón del conservadurismo de todas las clases sociales de aquel país, Finlandia aprovechará esta revolución para separarse de Rusia. Pero Polonia proporciona a Pilsudski el cual, después de haber militado en la socialdemocracia, se revelará como un nacionalista enemigo mucho más de Rusia que de su sistema político, se servirá de esta mezcla de nacionalismo y de socialismo para realizar la unanimidad a su alrededor e impondrá al mundo el hecho consumado de la restauración de la independencia de su país; es necesario un espíritu revolucionario enteramente dedicado a la explotación de la praxis política para que el *naródnik* de 1888, cómplice del ahorcado de Schlüsselberg, se transforme, en 1920, en el general nacionalista vencedor de las huestes de Tujachevskiy y de Budionniy. El caucasiano Iiosif Dzhugashvili sigue, por su parte, el camino inverso. Después de haber encontrado motivos suficientes para el comienzo de su lucha contra el zarismo en su nacionalismo georgiano herido por el centralismo de los funcionarios Grandes Rusos, descubre luego un motivo más firme para esta lucha en el cuadro de la socialdemocracia naciente que le va a proporcionar todas las oportunidades necesarias a su transformación de Dzhugashvili en Stalin. También al sucesor de Lenin ha sido necesaria una dosis extraordinaria de oportunismo para que haya podido suceder al pobre seminarista de Tíflis el jefe más

[15] 29 de agosto / 12 de septiembre de 1903.

poderoso que Rusia haya debido soportar desde los tiempos casi legendarios de la Horda de Oro. Finalmente, la minoría racial judaica dió a la empresa revolucionaria el único de sus prohombres que se pueda considerar como un verdadero internacionalista, como un auténtico sin patria, Liev Davídovich Bronstein: con el nombre de León Trotskiy, éste fué el genio militar de la revolución de Octubre, el verdadero fundador y estratega del Ejército Rojo que, en su espíritu, debía ser utilizado, no tan sólo en defensa de la patria soviética sino, sobre todo, para la conquista mesiánica de un universo destinado por él, mediante las acciones de este ejército, a las delicias de la dictadura del proletariado. Destino verdaderamente excepcional, el de este hombre culto y refinado que acaba por sucumbir, en el momento en que el Imperio más grande de la tierra va a caer entre sus manos, bajo las intrigas del que consideraba como un desdeñable sacristán, insulso y sin porvenir.

V

Se considera generalmente la experiencia Plehve como la mancha negra del reinado de Nicolás II en el campo de la política interior. En realidad, a tan corta distancia de acontecimientos que pertenecen todavía a nuestra contemporaneidad, vale decir más a la política que a la historia, resultaría sumamente difícil emitir una justa apreciación de la obra de este tan discutido ministro. Si bien su vida no puede suscitar nuestra simpatía, podemos pensar que si su política parece equivocada, por no decir absurda, a muchos historiadores, ello se debe sobre todo a su fracaso, y más que al fracaso personal de Plehve al de una serie de conceptos que desvirtuó al considerarlos empíricamente, es decir, al no querer integrarlos en un más vasto concepto político. Plehve representó, con mucha valentía, pero también con mucha ligereza, una tendencia que quería reanudar la tradición perdida del contacto directo del soberano con el pueblo. Comprendió que entre soberano y pueblo se alzaban los representantes demasiado numerosos de una aristocracia que, por haber olvidado sus tradiciones, por haberse empobrecido también, coqueteaba peligrosamente con las ideas liberales, los miembros de una *intelliguentsiia* descontenta de instituciones tradicionalistas que no la dejaban representar en el Estado el papel preponderante que pretendía pertenecerle, los constitucionalistas ex-

tranjerizantes que seguían juzgando la realidad rusa según los modelos de París y de Londres, y, en último análisis, los revolucionarios que encontraban puntos poderosos de apoyo en las minorías alógenas cuyos estatutos y cuya posición geográfica permitían la fácil difusión de la propaganda subversiva venida desde afuera y la permitían, no para la realización de un ideal social inspirado por la miseria de las masas, sino por el deseo de ayudar al desmembramiento del Imperio. Este obstáculo lo encontraba más infranqueable aún en una minoría racial que proporcionaba sus militantes más activos al terrorismo y a la propaganda subversiva, y que, al mismo tiempo, cuando no era subversiva, era asocial por su práctica despiadada de la especulación y de la usura.

Al mismo tiempo que combatía por todos los medios a su alcance la acción subterránea de los socialistas y la oposición solapada de las clases elevadas, Plehve buscaba apoyo en el mundo del trabajo, con el doble designio de quitar a los socialdemócratas los argumentos básicos de su propaganda al integrarlos en la política del gobierno; renunciando al liberalismo del tiempo de Alejandro II, asumía así una actitud de intervención decidida en los asuntos sindicales y, frente a los patronos, pretendía que el gobierno representara el papel protector que los subversivos habían querido reservarse. Tanto es así, que mientras reprimía la propaganda marxista en las fábricas, tenía presente la situación del proletariado y actuaba para mejorarla. Lo que Plehve quería era controlar la acción reivindicadora del mundo del trabajo y, si bien su actividad en este sentido no conoció vacilaciones, es necesario reconocer que siempre estuvo más dispuesto a dar satisfacción al proletariado que a la oligarquía industrial en la cual veía una potencia portadora de amenazas para el zarismo. En 1900, un estudiante de Moscú, Zubátov, había propuesto al gobierno organizar asociaciones obreras apolíticas cuya actividad estaría reservada exclusivamente a la constitución de cooperativas y, en general, al mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera. Con el consentimiento y la ayuda del gobierno, Zubátov fundó así sus llamadas *Uniones obreras* y las desarrolló hasta el punto de permitirles representar un papel importante en los centros industriales de Petersburgo, de Moscú, de Odesa, de Sarátov... Se trataba, en realidad, de sindicatos apolíticos autónomos cuyo acción estaba limitada estrictamente a la región en que cada unión operaba y cuya función era permitir a los obreros expresar regularmente sus deseos y sus necesidades y presentar sus reivindicaciones al gobierno sin el intermediario de los delegados de la burocracia estatal. Plehve

poderoso que Rusia haya debido soportar desde los tiempos casi legendarios de la Horda de Oro. Finalmente, la minoría racial judaica dió a la empresa revolucionaria el único de sus prohombres que se pueda considerar como un verdadero internacionalista, como un auténtico sin patria, Liev Davídovich Bronstein: con el nombre de León Trotskiy, éste fué el genio militar de la revolución de Octubre, el verdadero fundador y estratega del Ejército Rojo que, en su espíritu, debía ser utilizado, no tan sólo en defensa de la patria soviética sino, sobre todo, para la conquista mesiánica de un universo destinado por él, mediante las acciones de este ejército, a las delicias de la dictadura del proletariado. Destino verdaderamente excepcional, el de este hombre culto y refinado que acaba por sucumbir, en el momento en que el Imperio más grande de la tierra va a caer entre sus manos, bajo las intrigas del que consideraba como un desdeñable sacristán, insulso y sin porvenir.

V

Se considera generalmente la experiencia Plehve como la mancha negra del reinado de Nicolás II en el campo de la política interior. En realidad, a tan corta distancia de acontecimientos que pertenecen todavía a nuestra contemporaneidad, vale decir más a la política que a la historia, resultaría sumamente difícil emitir una justa apreciación de la obra de este tan discutido ministro. Si bien su vida no puede suscitar nuestra simpatía, podemos pensar que si su política parece equivocada, por no decir absurda, a muchos historiadores, ello se debe sobre todo a su fracaso, y más que al fracaso personal de Plehve al de una serie de conceptos que desvirtuó al considerarlos empíricamente, es decir, al no querer integrarlos en un más vasto concepto político. Plehve representó, con mucha valentía, pero también con mucha ligereza, una tendencia que quería reanudar la tradición perdida del contacto directo del soberano con el pueblo. Comprendió que entre soberano y pueblo se alzaban los representantes demasiado numerosos de una aristocracia que, por haber olvidado sus tradiciones, por haberse empobrecido también, coqueteaba peligrosamente con las ideas liberales, los miembros de una *intelliguentsiia* descontenta de instituciones tradicionalistas que no la dejaban representar en el Estado el papel preponderante que pretendía pertenecerle, los constitucionalistas ex-

tranjerizantes que seguían juzgando la realidad rusa según los modelos de París y de Londres, y, en último análisis, los revolucionarios que encontraban puntos poderosos de apoyo en las minorías alógenas cuyos estatutos y cuya posición geográfica permitían la fácil difusión de la propaganda subversiva venida desde afuera y la permitían, no para la realización de un ideal social inspirado por la miseria de las masas, sino por el deseo de ayudar al desmembramiento del Imperio. Este obstáculo lo encontraba más infranqueable aún en una minoría racial que proporcionaba sus militantes más activos al terrorismo y a la propaganda subversiva, y que, al mismo tiempo, cuando no era subversiva, era asocial por su práctica despiadada de la especulación y de la usura.

Al mismo tiempo que combatía por todos los medios a su alcance la acción subterránea de los socialistas y la oposición solapada de las clases elevadas, Plehve buscaba apoyo en el mundo del trabajo, con el doble designio de quitar a los socialdemócratas los argumentos básicos de su propaganda al integrarlos en la política del gobierno; renunciando al liberalismo del tiempo de Alejandro II, asumía así una actitud de intervención decidida en los asuntos sindicales y, frente a los patronos, pretendía que el gobierno representara el papel protector que los subversivos habían querido reservarse. Tanto es así, que mientras reprimía la propaganda marxista en las fábricas, tenía presente la situación del proletariado y actuaba para mejorarla. Lo que Plehve quería era controlar la acción reivindicadora del mundo del trabajo y, si bien su actividad en este sentido no conoció vacilaciones, es necesario reconocer que siempre estuvo más dispuesto a dar satisfacción al proletariado que a la oligarquía industrial en la cual veía una potencia portadora de amenazas para el zarismo. En 1900, un estudiante de Moscú, Zubátov, había propuesto al gobierno organizar asociaciones obreras apolíticas cuya actividad estaría reservada exclusivamente a la constitución de cooperativas y, en general, al mejoramiento de las condiciones de vida de la clase obrera. Con el consentimiento y la ayuda del gobierno, Zubátov fundó así sus llamadas *Uniones obreras* y las desarrolló hasta el punto de permitirles representar un papel importante en los centros industriales de Petersburgo, de Moscú, de Odesa, de Sarátov... Se trataba, en realidad, de sindicatos apolíticos autónomos cuyo acción estaba limitada estrictamente a la región en que cada unión operaba y cuya función era permitir a los obreros expresar regularmente sus deseos y sus necesidades y presentar sus reivindicaciones al gobierno sin el intermediario de los delegados de la burocracia estatal. Plehve

comprendió tan bien la importancia del papel que estas *Uniones obreras* podían representar en su lucha contra los movimientos subversivos que, en ocasión de casi todas las huelgas que tuvieron lugar durante su paso por el ministerio del Interior, sus representantes dieron generalmente satisfacción a las reivindicaciones obreras y se opusieron al punto de vista de los industriales y dadores de trabajo. Hecho importante, puesto que sirvió para mantener alejados de las ideas socialdemocráticas, durante algunos años más, a buena parte de los elementos más activos del proletariado ruso a pesar de la propaganda intensiva de los "revolucionarios profesionales" cuya acción era rigurosamente orquestada por Lenin mismo, mediante una correspondencia ininterrumpida desde el extranjero.

Se ha hablado mucho del misterio que rodea la preparación del asesinato de Plehve. Y sin embargo, no es muy difícil comprobar que no hay tal misterio cuando se descubre que, realizado por un socialista revolucionario, este asesinato fué provechoso solamente para los socialdemócratas o, mejor dicho, para el ala bolchevique de la socialdemocracia. En efecto, mientras Plejánov y los mencheviques no se oponían a la política de acercamiento social de Plehve sino en nombre de los principios doctrinales del marxismo, vemos que Lenin, en sus artículos del *Proletario* como en sus folletos, aprovecha todas las oportunidades para excitar a sus lectores contra la persona de Plehve, ministro de la autocracia, y que, partiendo de las reformas concedidas por este gobernante, sale inmediatamente de la doctrina para entrar en los hechos personales sobre los cuales se extiende largamente. Por otra parte, si bien Lenin como los mencheviques repudia constantemente la acción de los socialistas revolucionarios en nombre de la doctrina marxista y de la "ciencia" revolucionaria, descubrimos el hecho curioso de que sus violencias verbales van dirigidas mucho más contra los discípulos de Plejánov que contra los hijos de los populistas. Está, pues, permitido preguntarse si Lenin rompió realmente *todos* sus lazos con los socialistas revolucionarios. Puesto que, en realidad, los revolucionarios profesionales que, por ser creación suya, le obedecían ciegamente, tenían forzosamente que encontrarse con socialistas revolucionarios en su complicada acción clandestina, está también permitido preguntarse si estos encuentros no servían a Vladímir Ilich, tanto como para enterarse de la actividad de estos contrincantes que eran también compañeros obligados de los bolcheviques en su defensa contra la policía política, para establecer con ellos "algunos" planes de acción común, no ya de-

fensivos sino ofensivos. Y esto nos lo podemos preguntar tanto más legítimamente cuanto que los historiadores soviéticos evitan cuidadosamente extenderse sobre estos contactos forzosos con los que, durante un tiempo después de la revolución de 1905 y de 1917, los bolcheviques seguirán considerando como a "compañeros de camino".

De todos modos, la política de acercamiento social de Plehve se había vuelto tan peligrosa para la propaganda revolucionaria que el 15/28 de julio de 1904, mientras se dirigía en su coche a la estación para tomar el tren de Peterhof donde debía visitar a Nicolás II, el socialista revolucionario Sazónov le lanzó una bomba que lo descuartizó. El atentado había sido organizado por el aristócrata Borís Sávinkov asistido por los hebreos Evno Azev y Dora Brilliant, esta última amante del primero. La *intelliguentsiia* esta vez también se entusiasmó por los asesinos.

El asesinato de Plehve coincidió con los reveses sufridos por Rusia en Manchuria en la primera fase de su guerra contra el Japón. Nicolás II, que quería libertad de movimientos en el interior para poder hacer frente a una situación exterior que se había vuelto obscura y amenazadora, eligió a un moderado, inteligente y honesto pero sin mayor preparación política y desprovisto de planes firmes, el príncipe Sviatopolk Mirskiy, para suceder a Plehve, mientras todos, opositores o monárquicos, esperaban que llamara a una figura representativa de los círculos nacionalistas. Tal fué el desdichado destino de este soberano que, sin ninguna excepción, tomará siempre la decisión más insospechada, la que, fatalmente, tendrá las consecuencias más opuestas a las que había previsto al adoptarla. Nicolás II es el emperador de la mala suerte y uno de los hombres más desgraciados de la historia. Su buena voluntad, siempre desvirtuada por los hechos, ha pasado por falta de inteligencia; su bondad, considerada como debilidad, ha desembocado en situaciones tales, que ha llegado a pasar por crueldad hipócrita. Así que no debemos extrañarnos si la elección del moderado Sviatopolk Mirskiy tuvo efectos más trágicos que la misma férrea experiencia de Plehve.

Este aristócrata bien intencionado pudo presentar un programa sencillo de gobierno destinado a reconciliar al régimen con la sociedad rusa, escuchando para ello sus "votos legítimos" y aceptando lo esencial de las reivindicaciones de las minorías nacionales; esta moderación dió pie inmediatamente a todas las audacias por parte de los delegados de los *zemstva* que, exilados por Plehve, habían sido readmitidos. En

el mes de agosto de 1904, los delegados de las administraciones locales decidieron reunirse en congreso para redactar y hacer públicas sus intenciones políticas y no disimularon que estaban decididos a pedir la instauración de un régimen constitucional. La *Unión para la liberación,* la fracción más avanzada de la oposición liberal, decidió dar su apoyo a este movimiento, organizando una campaña de banquetes en las principales ciudades del país. Desde la aparición del liberalismo en el mundo, las campañas de banquetes han sido siempre el argumento definitivo, la *ultima ratio* de la gente del justo medio para exhortar a los déspotas al arrepentimiento. Así en Francia, en 1847, cuando el amigo de la libertad, Lamartine, ilustró con su lírica presencia los banquetes que llevaron al derrocamiento del "tirano" Luis Felipe y a las hermosas jornadas de junio de 1848. Así en 1904, los ilustrados miembros de la *intelliguentsiia,* aunque más no fuere para seguir el precepto popular de que *tel père tel fils* y para ayudar un poco a los pobres subversivos, tan perseguidos por el cruel Nicolás Alexándrovich, a desencadenar la revolución libertadora. Lo que se dijo en estos banquetes, modelo 1847 revisto 1904, fué probablemente muy enérgico y debió llenar de vergüenza a los bien pensantes que en su ceguera persistían en encontrar aceptable el régimen imperial. Sin embargo el príncipe Sviatopolk-Mirskiy no se escandalizó y decidió tan sólo que, puesto que los delegados de los *zemstva* habían debido tener toda oportunidad para desarrollar en público su pensamiento en los numerosos banquetes a los cuales habían asistido, el congreso previsto sería un congreso privado a cuyas reuniones no podría asistir nadie que no fuese delegado. Estas tuvieron lugar los días 6, 7 y 8 de noviembre e. a. en Petersburgo. Los delegados adoptaron un memorandum en once puntos a los cuales, con mucha modestia, dieron el nombre de "Petición de los derechos del liberalismo ruso"; pero lo adoptaron después de largas discusiones ya que, si ciento ocho delegados se pronunciaron por una reforma constitucional sin restricciones, una minoría de veintisiete delegados se opuso con energía a la limitación del poder imperial. Esto, en lo esencial. La unanimidad se había realizado para pedir al gobierno la inviolabilidad domiciliar, la libertad de conciencia y de religión, de palabra, de prensa, de reunión y de asociación, la igualdad civil y política para todos, la extensión de la autonomía de los *zemstva.* Los delegados de la mayoría fueron los únicos que pidieron la representación nacional con poderes legislativos, el derecho de votar el presupuesto y de controlar los actos de la administración. Mirskiy recibió a

los delegados, aceptó su memorándum y se comprometió a presentarlo al Emperador.

Esta moderación no sirvió sino para extender el espíritu de subversión. Paralelamente a las reivindicaciones modestas (relativamente) de los delegados de los *zemstva* y cuyo principio Nicolás II, para estudiarlas mejor, no quiso aceptar ni tampoco rechazar de plano, la *Unión para la liberación* decidió aprovechar la agitación que reinaba en el país a causa de las derrotas de las fuerzas rusas en Extremo Oriente [16]. Y, entonces, los liberales cometieron el pecado mortal que se puede achacar en la historia moderna a todos aquellos partidos moderados que, para combatir a los gobiernos absolutos, no vacilan en aliarse con los grupos irresponsables que actúan sobre su izquierda. Pecado que produce siempre los mismos frutos y que, no obstante, todos los moderados vuelven a repetir, desde los Constituyentes de 1789 hasta los agrarianos polacos y húngaros y los socialistas nacionales checos de 1945, sin olvidar a los democristianos de las diversas naciones europeas desde los comienzos del siglo XX.

Los miembros de estas agrupaciones políticas, intelectuales, burgueses, industriales, representantes directos o indirectos, activos o pasivos, de intereses de clase, al considerarse como los depositarios exclusivos de los secretos de la inteligencia, se consideran, por ello mismo, los únicos salvadores posibles de la nación, puesto que llegan a creer que los intereses generales coinciden con los suyos propios y quieren obtener por todos los medios la integridad del poder para sí mismos. Convencidos de la superioridad de sus concepciones políticas, estiman que sus aliados de izquierdas, por ser tan sólo hombres de acción, podrán ser utilizados por ellos hasta donde ellos quieran, y no vacilan en dar con esta alianza, personalidad política a estos grupos asociales irresponsables y en entregarles así —aunque lo nieguen luego— el santo y seña para la conquista del poder. Cuando es demasiado tarde, es decir, cuando se han servido de los hombres de la subversión para desmantelar al Estado, pueden comprobar que estos aliados de un día, lejos de obedecer a su invitación de retirarse del camino y de acatar la nueva legalidad, siguen la dirección que ellos les han señalado, conquistan las palancas del gobierno y eligen a sus primeras víctimas precisamente entre aquéllos que les han preparado el camino. La histo-

[16] ¿No exclamó acaso el republicano Jules Simon, cuando tuvo conocimiento de la derrota sufrida por Napoleón III en Sedán: "¡Bravo, los coraceros del Emperador han sido vencidos!"?

ria de los últimos ciento cincuenta años nos muestra que estos moderados, a pesar de toda su inteligencia, conocen solamente dos lemas políticos: 1) "no hay enemigos a la izquierda", que utilizan al emprender todas sus acciones en vista de la "reforma" del orden existente; 2) "no habíamos querido eso", que profieren cada vez que sus ex amigos de la izquierda, después de haberlos utilizado para hacerse reconocer la personalidad política que les hacía falta, los echan del gobierno y del país.

Este pecado mortal de los moderados, los dirigentes de la *Unión para la liberación,* los futuros jefes del partido Kadete, lo cometieron en París, en diciembre de 1904, al aliarse con los representantes de los partidos socialistas y de las nacionalidades alógenas, sobre la base sumamente vaga de la lucha por el sufragio universal, por la instauración de un régimen democrático y por la concesión a cada nacionalidad del derecho de disponer libremente de sí misma. La historia de nuestros días nos muestra lo que los aliados de los Kadetes han hecho de estas hermosas reivindicaciones en una Rusia sovietizada gracias a la inteligencia de los moderados.

V

Sin aceptar el plan general que los delegados de los *zemstva* han expresado en los once artículos de su memorándum, Sviatopolk-Mirskiy hace presente al Emperador la necesidad de conceder reformas y, a este efecto, le presenta un proyecto de *ukaz* anunciando la introducción de miembros elegidos en el Consejo de Imperio.

Interrogado en sesión ministerial por Nicolás II, Witte manifiesta la necesidad de abandonar la política de Pobiedonóstsev y, tras invitación de su soberano, redacta un proyecto de *ukaz* constitucional.

Finalmente, después de muchas vacilaciones, Nicolás II hace público el 12/25 de diciembre de 1904 un *ukaz* bastante impreciso en el cual invita, sin embargo, al consejo de ministros a estudiar, con voluntad de alcanzar un resultado positivo, los puntos siguientes: transformación de los campesinos en ciudadanos rurales dotados de sus plenos derechos civiles, lo que equivale a una condena a muerte de la comunidad de aldea; ampliación de los seguros sociales; ensanchamiento de la autonomía de los *zemstva* y de las municipalidades; supresión de las

restricciones a la libertad de prensa; mayor independencia de los tribunales y limitación del poder de las autoridades administrativas.

Esto constituye un gran paso hacia la constitución. Naturalmente, los únicos descontentos van a reclutarse en el seno de los partidos revolucionarios y entre sus aliados de la *Unión para la liberación.*

V

Una de las características más salientes del régimen monárquico, la que más que cualquiera otra quizá le da tanta estabilidad frente a los sistemas representativos, republicanos o no, reside en que el soberano elige generalmente a colaboradores responsables tan sólo ante él y los elige con el designio exclusivo de proporcionar continuidad a la política nacional. Así podemos ver cómo, en línea general, la política monárquica dispone, en el plano nacional, de armas más sólidas que la democrática, y esto vale tanto en el campo social como en los campos diplomático y militar. El período de la historia de Rusia que estamos observando, no obedece, empero, a esta característica del sistema monárquico, puesto que la administración de Nicolás II, en todos estos campos, se señala por la inestabilidad de sus colaboradores ministeriales. Sin embargo, esta apariencia que da al ocaso de la Rusia imperial todos los rasgos de una nación regida, no por un sistema autocrático sino por instituciones democráticas, no debe ocultarnos toda la realidad. Lo visto hasta ahora nos ha permitido observar cómo el cuerpo social ruso, que durante tantos siglos se caracterizó por su uniformidad, ha adquirido desde las reformas de Alejandro II una complejidad que no tiene nada que ver, en suma, con la complejidad del cuerpo social de las naciones occidentales. La complejidad rusa se compone, en efecto, de elementos extremadamente desprovistos de solidez, si los consideramos aisladamente, que han venido a colocarse, de modo artificial, sobre una uniformidad que no han borrado en lo más mínimo y con la cual, por otra parte, no han llegado en ningún momento a integrarse. Nos encontramos, pues, ante un fenómeno social que es bastante fácil precisar en todos sus contornos y cuya antítesis es que el régimen autocrático, por imperfecto que sea, corresponde a la uniformidad rusa que define y expresa en todas sus tradiciones.

Este fenómeno y esta antítesis encuentran su ilustración evidente a partir de 1861 y, si bien con modalidades distintas, el reinado de

Nicolás II no los puede descartar. La nación rusa, partiendo de esta uniformidad que la caracteriza, tiende a evolucionar, esto es cierto, pero en el marco de esta uniformidad, y no según los modos artificiales que quieren imponerle los elementos reducidos cuyo haz estéril da a su cuerpo social su apariencia de complejidad. Esta observación pertenece mucho más a la sociología que a la historia política a pesar de que es necesario retenerla aunque más no fuere porque ha servido a menudo para establecer comparaciones entre lo que sucedió en Francia en la segunda mitad del siglo XVIII y en Inglaterra en la primera mitad de la centuria anterior.

Estos tres períodos, el inglés, el francés y el ruso, de variable duración, comprenden una primera fase de evolución coronada por un estallido revolucionario que provoca la caída de los Stuart, de los Borbones y de los Románov. Esta enunciación constituye la única posibilidad de reducir estos tres períodos, característicos de tres complejos sociales distintos, a una simplicidad orgánica. Ir más lejos en esta tentativa nos haría tropezar con la realidad de la esencia misma de las tres sociedades en presencia. Ateniéndonos a lo enunciado, podemos reconocer que, en los tres casos, el Estado manifestó una evidente insuficiencia funcional como órgano de síntesis social y no supo conservar el dinamismo que le hubiera permitido superar el dinamismo contrario de las fuerzas que pretendían reemplazarlo. Pero, este dinamismo de las fuerzas contrarias ¿tenía suficiente poder aglutinante para asegurar la continuidad del Estado derribado como órgano de síntesis social? En otras palabras, el período evolutivo anterior al estallido revolucionario ¿implicaba acaso necesariamente este estallido o, por el contrario, hubiera bastado para substituir la forma social funcionalmente insuficiente por otra forma más eficaz? Y la nueva forma al tomar el lugar de la anterior ¿ha sabido restituir al Estado su "necesidad" funcional?

En el caso de la revolución rusa, como en el de las revoluciones inglesa y francesa, es cierto que, al final del período evolutivo, el Estado encontraba serias dificultades para resolver el conflicto general, pero no porque hubiera perdido el derecho de seguir considerándose como síntesis de las fuerzas sociales nacionales, sino porque, por estar ligado todavía a la estructura tradicional orgánica de la nación, se encontraba en la situación de negarse a sí mismo al destruir de golpe esta estructura. Ahora bien, esta estructura era el único obstáculo que se opusiera a la ascensión de las fuerzas

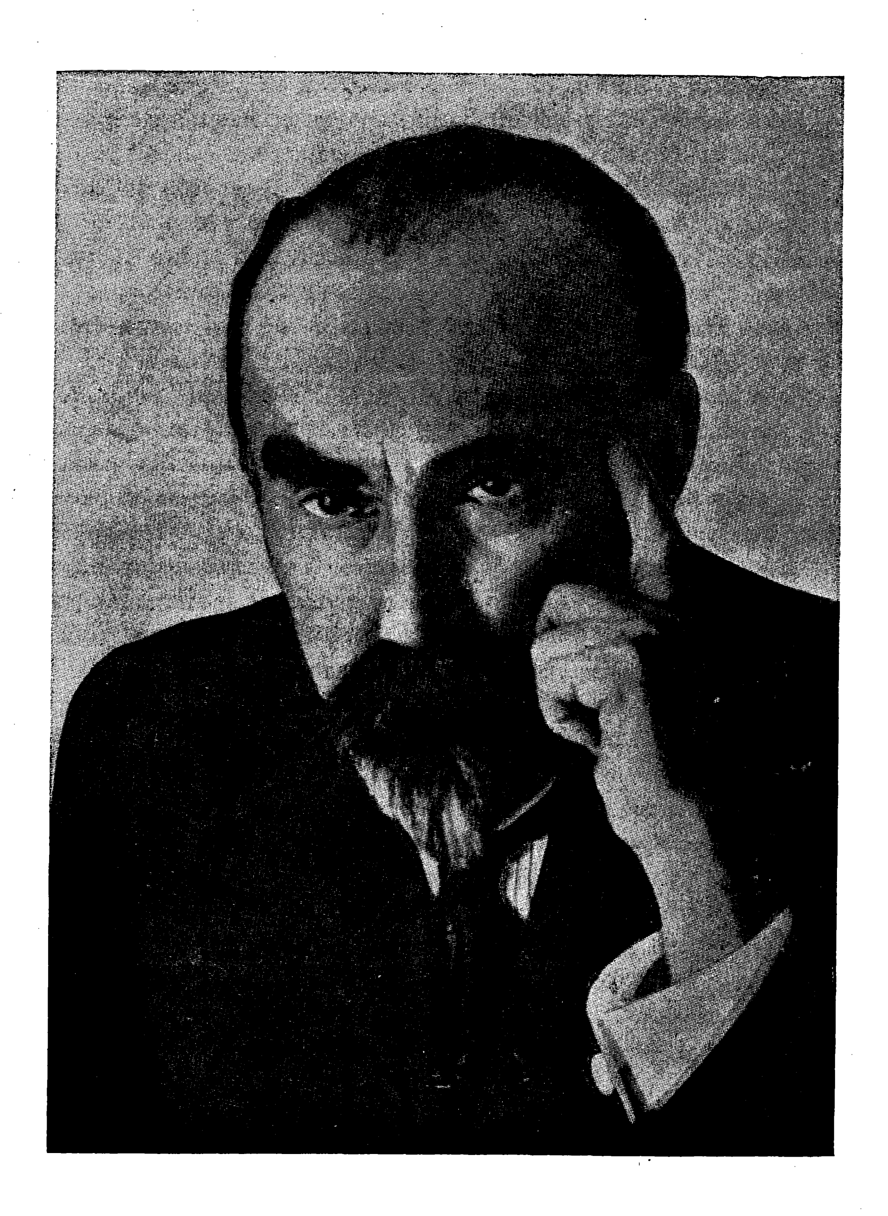
contrarias a la forma tradicional del Estado, fuerzas cuya agitación ideológica da lo esencial de su fisonomía al período evolutivo anterior al estallido revolucionario. Se trata, pues, en los tres casos, de dos fuerzas antagónicas que forcejean, una para conservar —reformándose— su papel de síntesis político-social, otra para quitarle este papel y ocuparlo en su lugar. Pero vemos también en cada uno de estos tres casos que, una vez realizada la substitución, ninguna de las tres fuerzas vencedoras puede representar mucho tiempo el papel de síntesis que pretendia pertenecerle, ni los puritanos de Cromwell, ni los burgueses de la Constituyente, ni los moderados de la revolución de Febrero. Ante esta imposibilidad, aquéllos que podemos llamar vencedores interinos están en la obligación de renunciar y de abandonar a su vez el lugar a quien restaurará el Estado y le devolverá la posibilidad de representar su papel de síntesis social. Así vemos cómo, en Inglaterra, la muerte de Cromwell precede poco a la vuelta de los Stuart, considerados por todos los ingleses como los únicos restauradores posibles del Estado; en Francia los excesos robespierristas provocan una serie de acontecimientos que encuentran su coronación en el llamado al César, es decir, en una restauración del Estado bajo una forma monárquica adulterada pero suficiente durante algunos años para operar la síntesis social apetecida; en Rusia, asistiremos a la repetición de este fenómeno cuando veamos a los moderados triunfantes en Febrero en la obligación de abandonar el Estado entre las manos de los hombres de Octubre. Esta vez, la descomposición habrá sido más rápida porque, mientras los puritanos de Inglaterra y los burgueses de Francia tenían en su seno gente capaz de comprender la necesidad de restaurar el Estado, es decir, gente que pertenecía esencialmente a la nación y actuaba en función de ella, los moderados rusos, exponentes de una complejidad artificial instalada como epifenómeno por encima de la uniformidad nacional, no podían actuar en función del cuerpo social ruso. Si Lenin tomó tan fácilmente su lugar, ello es debido al hecho de que pudo actuar en función de Rusia. Si pudo ocupar el lugar dejado vacante durante ocho meses por su ocupante legítimo, la razón de este fenómeno extraordinario reside en que supo asegurar la superación de los antagonismos opuestos a la duración histórica, volver así a la tradicional uniformidad del cuerpo social ruso y devolver al Estado ruso su papel de síntesis histórica, política y social.

La inestabilidad ministerial que, a partir de 1904, señala la vida política rusa, encuentra su origen y su causa, no en la debilidad y en

las vacilaciones del soberano, sino en la agitación provocada artificialmente por algunos elementos ajenos al cuerpo social al cual, sin embargo, han llegado a dar por esta agitación artificial la apariencia de complejidad que la mayor parte de los observadores han recogido y aceptado como su fisonomía auténtica. El soberano sabía perfectamente lo que quería: mantener la autocracia considerada por él y por la mayoría de los rusos como la única expresión posible de los hábitos tradicionales de la nación. Esto, todos los historiadores están de acuerdo para reconocerlo. Las vacilaciones, generadoras de los cambios ministeriales que se le reprochan, no fueron ocasionadas por su debilidad de carácter, sino por la actuación política de los moderados que si supieron desconcertarlo no pudieron obligarlo a claudicar en su voluntad de salvar el principio heredado de sus antepasados. En efecto, mientras pudo apoyarse libremente sobre una opinión interior prácticamente unánime sin que la oposición fuera capaz de actuar sobre ella, Nicolás II aplicó este principio con entera libertad; y tanto es así que, en el decenio 1894-1904, los opositores liberales vivieron en un aislamiento total frente a la opinión general. A partir de 1904, en su voluntad de salir de este aislamiento, tuvieron que aprovechar dos elementos nuevos: la opinión pública extranjera y los fracasos sufridos por Rusia en Extremo Oriente. Sin la menor turbación, sin la sombra de un escrúpulo, los moderados rusos emprendieron ante esta opinión una campaña antidinástica que, por haber sido emprendida en tiempo de guerra, está permitido calificar de antinacional, campaña que encontró un eco poderoso en los principales órganos de prensa de Inglaterra y de Estados Unidos y del sector izquierdista del mundo político francés; los cuales órganos empezaron a considerar el zarismo como una forma política superada y como una traba opuesta por la reacción al desarrollo normal de Rusia que, según ellos, los moderados eran los únicos en poder asegurar. A partir de 1904, en efecto, estuvo de moda para el *Times*, el *Chicago Tribune* o *L'Aurore* [17], afirmar que los moderados en cuestión eran los representantes genuinos y auténticos de una opinión pública amordazada por la autocracia.

El motivo que había permitido a los dirigentes de la *Unión para la liberación* encontrar a estos milagrosos aliados, les fué proporcionado por los fracasos de Yalu y de Liao Yang, anteriores a los desas-

[17] Que, por su director Georges Clémenceau, tomaba sus consignas en Londres.



G. V. PLEJÁNOV

tres de Mukden y de Tsushima. Y así vemos a estos "políticos", verdaderamente excepcionales, sugerir a sus amigos ingleses, yanquis y franceses una campaña de intimidación destinada a obligar al emperador, que la situación exterior maniata, a cederles todo o parte de sus prerrogativas. Así los vemos también firmar, en plena crisis militar, una alianza con los extremistas a fin de derribar por la revolución el régimen que no les quiere ceder nada puesto que no reflejan nada viviente en el cuerpo social ruso. Actitud que tuvo cuatro consecuencias principales: proporcionar una apariencia de legitimidad política a aquellos grupos subversivos que hasta entonces no habían suscitado nada más que horror en el conjunto de la opinión pública; ayudarles, por sus excitaciones "indignadas" contra la impotencia del régimen, a desencadenar la revolución; una vez la revolución empezada, dejarla por incapacidad transformarse en una serie de estallidos bestiales y, cuando menos, de movimientos sin sentido; finalmente, obligar al régimen, en el momento en que, antes de Mukden, acumulaba refuerzos para asestar un golpe decisivo al exhausto Japón, a mantener en Rusia las fuerzas destinadas al Extremo Oriente para utilizarlas contra la revolución y aceptar las propuestas de mediación de Teodoro Roosevelt.

El gobierno zarista después de la paz de Portsmouth pudo volver a tomar firmemente las palancas del mando: esto basta para demostrar que, a pesar de las derrotas sufridas, seguía siendo la única expresión auténtica de la conciencia nacional rusa. En 1905, moderados y socialistas no han hecho sino prestarse mutuamente una importancia que nadie en Rusia les reconocía puesto que, a partir del año siguiente, volvieron a su esterilidad de los años anteriores.

Pero esto es anticipar sobre los acontecimientos. Antes de llegar a ellos, nos queda por examinar la política exterior desarrollada por Rusia de 1894 a 1904, la guerra que sostuvo contra el Japón y la llamada primera revolución rusa.



CAPITULO X

EL PUENTE DE LOS CANTORES [1]

1 - *El Hombre Enfermo, la Emperatriz Viuda y el Hijo del Sol.* - Variaciones de la política exterior rusa de la muerte de Alejandro III a la revolución de 1905 - El embrollo europeo en el comienzo del siglo XX - Inglaterra y Turquía - Muraviov, Hanotaux, y la interpretación de la alianza franco-rusa - El asalto a China - El acuerdo verbal austro-ruso de 1897 - Joseph Chamberlain y la salida de Inglaterra de su inmovilidad - La "Affaire Dreyfus" - De la Conferencia de La Haya a la rebelión de los Boxers: la política extremoriental de Rusia - El intermedio de Mürzsteg - La alianza anglo-japonesa.

2 - *De Tánger a Portsmouth y las andanzas del primo Willy* - Guillermo II y su complejo de inferioridad frente a Eduardo VII - El juego inglés en Rusia - Ingenuidad de Nicolás II - Francia, Rusia y Alemania - Delcassé e Inglaterra - La entrevista de Björkö o la alegre jornada de los Hohenzollern - Las ambiciones japonesas y el cálculo inglés - La guerra ruso-japonesa. Causa de los fracasos rusos y de los triunfos japoneses: Port-Arthur, Tsushima, Mukden - Intervención de T. Roosevelt y paz de Portsmouth.

1 - El hombre Enfermo, la Emperatriz Viuda y el Hijo del Sol

Entre la desaparición de Alejandro III y el principio de la guerra con el Japón, la política exterior rusa ofrece dos características bien precisas a pesar de la apariencia incoherente que le proporcionan los cambios incesantes, no de conceptos generales sino de métodos, provocados por el continuo renovarse de los titulares del Departamento. Cambios repletos de peligrosas consecuencias como veremos, pero más por la concepción antagónica que señala la acción de estos diversos titulares que por la variación de una línea diplomática que en verdad, se mantuvo invariablemente conforme a sus designios iniciales.

Durante aquel lapso, esta política exterior es pacífica y hasta pa-

[1] Denominación con que se designaba el palacio petersburgués donde estaba instalado el Ministerio de Relaciones Exteriores.

cifista en Europa, expansionista por el contrario en Extremo Oriente. Mientras Rusia, por su acercamiento con Alemania y su acuerdo con Austria, consolida y fortifica para la paz de sus fronteras occidentales el sistema que la une a Francia, en Extremo Oriente desarrolla rápidamente su penetración hasta que, después de su instalación en Manchuria, pretende abrirse paso a través de Corea y se ve llevada a chocar con el Japón que Inglaterra sostiene.

Durante casi todo el siglo décimonono, cuatro hombres tan sólo, Capo d'Istria, Nesselrode, Gorchákov y Giers, habían asegurado la dirección de la diplomacia zarista y cada uno de ellos había sabido dar continuidad y sello personal a los conceptos generales del soberano que lo había elegido. Por el contrario, la mala estrella de Nicolás II quiere que sus dos primeros colaboradores mueran después de pocos meses de administración, que el tercero se vea abocado a retirarse y que la situación internacional, cada día más amenazadora, de los años que se extienden entre 1905 y 1917 lo ponga en la necesidad de reemplazar cuatro veces a los jefes de su diplomacia. O sea, siete ministros de Relaciones Exteriores en veintitrés años contra los cuatro de los ochenta años anteriores.

Al viejo Giers, que la muerte de Alejandro III había llevado al borde de la segunda infancia, Nicolás supo dar un sucesor inteligente y capaz de asegurar la continuidad de la política extranjera inaugurada por el Emperador fallecido y, al mismo tiempo, de actuar conforme a sus vistas personales ya que el joven soberano, contrariamente a lo que aseguran la mayor parte de los historiadores, tenía ideas propias muy claras y una neta visión de las necesidades de su país. Así veremos cómo, al espíritu pacífico y conciliador de Giers, el príncipe Lobánov-Rostovskiy supo insuflar una nueva vitalidad al querer ensanchar la alianza con Francia en dirección de Alemania y de Austria. Este gran señor, algo escéptico e historiador de talento, había adquirido una reputación de diplomático hábil y honrado en el curso de sus embajadas en Constantinopla y en Viena. Las Cancillerías europeas, avaras de alabanzas, lo consideraban como "una estrella de primera magnitud" [2]. Desgraciadamente su paso por el Ministerio fué breve, menos de dos años.

Su gestión, a pesar de esta brevedad, alcanzó sin embargo resultados sorprendentes. Al mismo tiempo que daba nuevo valor a la alianza

[2] C. de Grunwald: *op. cit.* cap. XII: "Une ère de déclin".

considerada por él y por su soberano como el eje de la diplomacia rusa, mejoraba las relaciones de su país con Alemania y con Austria al imprimir una vuelta tan insospechada a la política tradicional petersburguesa para con la Puerta y Bulgaria que, al tiempo que hacía posible una reconciliación con Viena, dejaba a Inglaterra más aislada que nunca y la obligaba a representar el desagradable papel de mendiga de alianzas.

Lord Salisbury, en efecto, después del fracaso de sus tentativas de aproximación con Berlín, había llegado a pensar que un compromiso con Rusia sobre los despojos de Turquía tendría la doble ventaja de sacar a su país del aislamiento en que se encontraba al proporcionarle un cómplice, y de obligar a los franceses, amigos del compinche, a renunciar a una política que, en los años 90, se hacía abiertamente hostil para Gran Bretaña. El Foreign Office había adquirido la convicción de que, contrariamente a sus promesas más solemnes, el Sultán no adoptaría nunca las reformas a las cuales lo obligaban los convenios internacionales y que, en estas condiciones, se hacía necesario precipitar el colapso definitivo del "hombre enfermo", para poder aprovecharlo mejor.

La repartición prevista por Salisbury dejaba Anatolia a Turquía, daba Constantinopla a los Rusos, concedía libertad de acción a Austria en los Balcanes occidentales, compensaba a Italia por la pérdida de su zona de influencia albanesa con Trípoli o Marruecos, y a Francia con Siria o Marruecos para incitarla a dejar a Inglaterra anexarse Egipto y Mesopotamia.

Tentación muy grande para Francia y para Rusia; para la primera porque, como en la imposibilidad de rescatarse de sus derrotas de 1870, estaba dedicando sus fuerzas al colonialismo tras el consejo que le había dado Bismarck, esta propuesta le allanaba el camino al suprimir la competencia inglesa; para la segunda porque, sin gran esfuerzo, podía alcanzar los objetivos que su guerra victoriosa no le había asegurado. Sin embargo, Francia, que no podía ser antialemana en razón de sus armamentos inferiores y del pacifismo europeo de Rusia, estaba en la obligación de ser antiinglesa puesto que su línea colonial se cruzaba con la de Inglaterra en Africa, por lo cual no siguió este camino. Como tampoco lo siguió Rusia en razón de este su pacifismo para con Alemania y, sobre todo, en razón de sus intereses de Extremo Oriente que seguían más discordantes que nunca con los de Inglaterra. Por otra parte, el Quay d'Orsay persistía en considerar a Egipto

como "tierra francesa", y Alemania no podía abandonar a Italia en sus miras sobre Abisinia que Rusia protegía y quería ensanchar hasta Massaua a expensas de los establecimientos italianos para asegurar una etapa a sus flotas en caso de conflicto extremo-oriental [3]. Los grandes planes franceses, alemanes y rusos no eran entonces de arreglo con Inglaterra, sino esencialmente antiingleses; tanto es así que el 18 de junio de 1895 las naves de guerra de las tres naciones se encontraban y fraternizaban en las aguas de Kiel, donde Alemania inauguraba un canal pagado con las indemnizaciones de guerra impuestas a Thiers por el Canciller de Hierro. Guillermo acariciaba ya el plan de una federación armada del continente europeo contra "la reina del mar". Puso pues todo en obra para integrar en este plan a una Francia que Rusia, "el honrado comisionista", como escribe Maurras, le traía. Gabriel Hanotaux que regía entonces los destinos de la diplomacia francesa, aceptó este plan tanto más cuanto que una alianza con Alemania podía, a su parecer, tener como resultado la devolución sin guerra de los territorios situados más allá de *"la ligne bleue des Vosges"*. Pero esta política que hubiera podido ser una gran política, es decir, una política monárquica, tenía que fracasar porque los hombres de la Tercera República naciente habían olvidado que, para combatir a Inglaterra, eran necesarias fuerzas navales que Francia no tenía, hecho que Vergennes había tenido en cuenta cuando la rebelión de las colonias de América proporcionó a Francia la oportunidad de rescatarse de sus derrotas del Canadá y de las Indias. Sin embargo, los proyectos guillerminos parecieron entonces susceptibles de asestar el golpe definitivo al poderío inglés, y cuando el Foreign Office se vió sin ninguna alianza en el continente la situación le pareció tan desesperada que llegó de nuevo a considerar la posibilidad de su admisión en la Tríplice, donde no hubiera representado sino un papel parecido al de Austria. Guillermo II, que consideraba a Inglaterra incapaz de recuperación, puso condiciones tales a esta admisión que no se habló más del asunto [4]. Rusia, al mismo tiempo, segura de la anglofobia de los alemanes y de los franceses, y de la impotencia de Austria y de Italia para actuar por sí solas, aprovechó la oportunidad para transformarse en campeona de la inte-

[3] Véanse los capítulos 3 a 10 de *Kiel et Tanger* de Charles Maurras.

[4] "Consideramos la entrada de Inglaterra en la Tríplice como una idea prácticamente irrealizable y, por ello, es inútil discutirla en las coyunturas políticas actuales". Telegrama del Secretario de Estado alemán Marschall a su representante en Viena, el 23 de diciembre de 1895.

gridad del imperio otomano. El golpe estaba bien jugado y Europa maravillada veía a Rusia asumir un papel insospechado, en tanto que Inglaterra, defensora tradicional de los derechos del Sultán, se veía denunciada al mundo entero como infiel a sus compromisos y a sus amistades más antiguas. Y es que el príncipe Lobánov y su amo, bien sabían que Viena nunca hubiera dejado a Rusia instalarse en Constantinopla sin provocar una conflagración general. El golpe fué tanto mejor asestado que Inglaterra perdió en pocas semanas cualquier rastro de su antigua influencia en Turquía, cuyo soberano pudo tener la seguridad de que, gracias a Rusia, su imperio no sería desmembrado.

No por ello se debe creer que la Tríplice funcionara como sobre ruedas. Italia había atacado a Abisinia sin el consentimiento de Alemania y de Austria, que seguían considerando el pacto como *"conservatoire"*, según el propio término del Canciller Hohenlohe, mientras ella lo consideraba como una asociación para facilitar adquisiciones a sus miembros. Esta agresión hería a Rusia, por las razones ya indicadas, y a Francia a quien molestaba en sus planes africanos. La actitud "incorrecta" de Hohenlohe para con su aliada encuentra su motivo en el hecho de que, contrariamente a Caprivi que era anglófilo, el nuevo Canciller era "decididamente rusófilo por tener grandes posesiones en Rusia y lazos con la familia imperial rusa" [5].

Por otra parte, Austria no se satisfacía con su papel de "brillant second". Una posibilidad para sacar a su diplomacia del estancamiento en que había caído se la proporcionó la muerte de Lobánov-Rostovskiy y su reemplazo por un diplomático insignificante, el conde Muraviov, quien, hasta su muerte en 1900, se las arreglará para derrochar el capital de respeto y de temor acumulado por Rusia desde los años felices de Alejandro III.

Hemos visto que, desde el tratado de Berlín, la diplomacia vienesa nunca había dejado de oponerse a una repartición de los Balcanes en zonas de influencia, repartición patrocinada por Bismarck, que preveía la atribución de los territorios orientales de aquella península a Rusia y de los occidentales a Austria. Esta actitud no podía cambiar.

Hasta 1895, la política exterior de la Doble Monarquía quedó entre las manos de Kalnoky que había sucedido a su compatriota Andrassy, con quien tenía en común una desconfianza profunda hacia Rusia, considerada como una posible fomentadora del irredentismo

---

5 L. Albertini, *Op. cit.* Tomo I, cap. 2, párr. 5.

eslavo. Con su sucesor, el polaco príncipe Goluchowski, esta orientación magiar siguió inspirando la actividad de la Ballplatz. Y así, mientras Marschall declaraba al embajador de Austria en Berlín: "No tenemos intereses directos en Oriente: nos interesa poco la cuestión de saber si los rusos o los turcos deben poseer Constantinopla, si Bulgaria se encuentra más o menos en la corriente rusa; en tal sentido sigue siendo perfectamente exacta la frase sobre los huesos del granadero de Pomerania" [6], podemos ver a Goluchowski especificar a Eulenburg, embajador de Alemania en Viena: "1) Austria-Hungría no puede tolerar a Rusia en Constantinopla ni permitir a Rusia monopolizar el tránsito a través de los Dardanelos, ya que los Estados balcánicos, y especialmente Bulgaria, se cristalizarían inmediatamente alrededor de este nuevo centro ruso y Austria vería su influencia en el Adriático desvanecerse; 2) no se puede discutir en absoluto de una compensación para Austria-Hungría en el caso de un colapso turco puesto que cada aumento territorial de la actual forma estatal de Austria-Hungría vendría a significar una calamidad de primer orden para Austria" [7], alusión ésta a la forma dualística de la Monarquía Apostólica. Lobánov había sido muy prudente, pues, al no aceptar los avances de Lord Salisbury.

Pero Goluchowski no conocía esta actitud de su colega ruso y buscó al principio del año siguiente un contraseguro en Londres, puesto que Berlín se mostraba dispuesto a apoyar a Rusia en la cuestión de los Estrechos. Salisbury, que no quería romper los puentes ni con Berlín ni con Petersburgo, rechazó los ofrecimientos austriacos. Goluchowski, frente a este golpe que no esperaba, empezó a considerar que había fracasado por culpa de... la Tríplice, ya que Londres hacía pagar a Austria, según él, el telegrama de Guillermo II al presidente Krüger. Entonces le contestó Hohenlohe que si Austria quería estrechar una alianza con Inglaterra, estaba dispuesto a liberarla "de sus compromisos con la Tríplice y, en cualquier caso, de los que tenía con el Imperio alemán" [8]. Puesto así entre la espada y la pared, Goluchowski se encontraba en la imposibilidad de actuar cuando, en el mes de agosto de 1896, Lobánov vino a Viena con Nicolás II y declaró que Rusia estaba decidida a mantener el imperio otomano en su integridad. La mejor garantía de esta integridad, agregaba, sería un acuerdo

[6] El 4 de noviembre de 1895.
[7] El 8 de noviembre de 1895.
[8] El 5 de marzo de 1896.

austro-ruso. Lobánov evidentemente hablaba de un acuerdo sobre la base de las ideas bismarckianas, razón por la cual Goluchowski no quiso comprometerse demasiado. Pero, al año siguiente, cuando acompañó a Francisco José a San Petersburgo, Lobánov había fallecido y su sucesor, Muraviov, estaba dispuesto a ir mucho más lejos para realizar este acuerdo. En estas condiciones no fué difícil alcanzarlo. El 8 de mayo de 1897, Goluchowski podía escribir a su embajador en San Petersburgo que de estas conversaciones había salido un arreglo verbal cuyos términos establecían la necesidad de mantener el *statu quo* balcánico. Si este mantenimiento llegase a ser imposible, Rusia y Austria renunciarían a cualquier idea de conquista, principio que harían respetar por las demás potencias. Por otra parte, reconocían que el problema de Constantinopla y de los Estrechos pertenecía al conjunto de las naciones europeas, razón por la cual las dos potencias no podían resolverlo por sí mismas. Pero en caso de transformaciones territoriales en la península, Rusia y Austria se consultarían para una acción común basada en los puntos siguientes: "a) Las ganancias territoriales reconocidas a Austria-Hungría por el tratado de Berlín le quedan reconocidas. No podrá, pues, entrar en discusión la posesión de Bosnia, de Herzegovina y del sanjacato de Novi Bazar, y el gobierno de Su Majestad Imperial y Real se reservará la facultad de substituir, cuando llegue el momento, el título de anexión al de ocupación y de derecho de guarnición;

"b) La parte comprendida entre Janina al sur y el lago de Scutari al norte con un desarrollo suficiente hacia oriente formará un Estado independiente bajo el nombre de principado de Albania exclusivo de cualquiera dominación extranjera;

"c) El territorio remanente disponible será objeto de una repartición equitativa entre los diversos pequeños Estados existentes en los Balcanes, repartición sobre la cual Austria-Hungría y Rusia se reservan entenderse a su debido tiempo. Están decididas a mantener el principio del equilibrio actual exclusivo de toda combinación tendente a favorecer la preponderancia evidente de un Estado balcánico a expensas de los otros" [9].

El 15 de mayo siguiente, Muraviov contestaba con una nota de aprobación de principio que no excluía sin embargo las reservas siguientes:

---

[9] *Die Grosse Politik der Europäischen Kabinette (1871-1914).* Tomo XII; Berlín, 1922-1927.

"Al aceptar el principio a) creemos deber observar que el Tratado de Berlín garantiza a Austria-Hungría el derecho de ocupar militarmente Bosnia-Herzegovina. La anexión de estas dos provincias suscitaría un problema más extenso que exigiría un examen especial en tiempo y lugar. En cuanto al sanjacato de Novi Bazar habría que precisar sus límites que, de hecho, nunca fueron definidos suficientemente.

"Nos parece que los puntos b) y c) concernientes a la formación eventual de un principado de Albania y a la repartición equitativa de todos los territorios disponibles entre los pequeños Estados balcánicos, atañen a cuestiones del porvenir sobre las cuales sería difícil y prematuro decidir actualmente" [10].

A pesar de estas reservas, Goluchowski dió al acuerdo verbal concluído el año anterior su interpretación más lata, es decir que lo consideró como un medio cómodo para llegar, en la primera oportunidad, a una mera anexión de Bosnia, de Herzegovina y del sanjacato. Interpretación rechazada por los rusos que no veían en este instrumento sino un medio para mantener el *statu quo* balcánico y descartar así anexiones tanto por parte de Austria como de Inglaterra. "Es cierto, señala Luigi Albertini [11], que si la versión de Goluchowski hubiese sido exacta, el acuerdo austro-ruso de Petersburgo hubiera constituído una violación de la Tríplice". Este tratado preveía, en efecto, que Viena debía informar a Roma y a Berlín de todos sus pasos, diplomáticos o militares, tendentes a cambiar el mapa territorial de los Balcanes y la comprometía a dar a Italia "compensaciones" en el caso de este cambio. Tanto es así que Goluchowski se limitó a hacer decir a Roma que el acuerdo de Petersburgo estaba edificado "sobre el mantenimiento del *statu quo* y sobre el abandono de puntos de vista egoístas por parte de Austria-Hungría y de Rusia, principio en el cual Rudiní —jefe del gobierno italiano— y Visconti - Venosta —su ministro de Relaciones Exteriores— consintieron" [12].

De todas maneras, la maniobra emprendida por la diplomacia inglesa para salir del aislamiento, que ya no era tan espléndido como en los tiempos de Gladstone puesto que se había vuelto desolador para

---

10 A. F. PRIBRAM: *Les traités politiques secrets de l'Autriche-Hongrie;* París, 1923.

11 L. ALBERTINI: *Op. cit.* tomo I, cap. 2, párr. 7.

12 F. TOMMASINI: *L'Italia alla vigilia della guerra. La politica estera di Tommaso Tittoni;* Boloña, 1934-1941.

el mantenimiento y el desarrollo del imperio británico, había fracasado completamente gracias a una especie de federación continental concebida por sus ideadores por encima de los tratados existentes. Bien podrá esta federación desaparecer al primer choque un poco serio —el asunto de Fachoda—; sin embargo Inglaterra hasta 1897 se vió amenazada por una coalición germano-ruso-francesa que no llegó a concretarse en ninguna empresa bélica tan sólo porque las flotas de los tres agresores posibles no alcanzaban el tonelaje ni el poderío de fuego de la armada inglesa. Valla demasiado débil para que Londres pudiera seguir contando exclusivamente con ella ya que, después del famoso telegrama a Krüger, en 1896, Guillermo II, aconsejado por el almirante von Tirpitz, decidió colmar esta diferencia de tonelaje y construir una flota de guerra capaz de hacer triunfar su flota de comercio sobre la competencia de las líneas inglesas. Tirpitz había leído el libro *The influence of Sea Power upon History,* en el cual el oficial de la marina norteamericana A. T. Mahan indicaba a los mismos ingleses la necesidad de disponer de una flota de batalla capaz de dominar a todas las flotas enemigas. Tirpitz aprovechó la lección dada por el americano en 1890 y decidió trazar el plan de grandes construcciones navales que, aunque no llevasen el tonelaje alemán al nivel del inglés, bastaran no obstante para hacer de ellas un elemento apetecible de alianza y permitieran la constitución de una liga continental. Este programa fué tan rápidamente desarrollado que los productos de la industria alemana llegaron a competir con los de la industria inglesa en el mundo entero, en los Dominios y en la misma Inglaterra, ya que pronto pudieron apoyarse en una armada poderosa. Frente a esta competencia despiadada de los productos alemanes, los ingleses llegaron a espantarse al punto de que uno de sus más autorizados periodistas pudo escribir en la *Saturday Review* del 11 de septiembre de 1897: "Si los alemanes se extinguiesen mañana, pasado mañana no habría en el mundo un inglés que no se volviera más rico". La conclusión que sacaba el periodista de esta comprobación era sencilla y rigurosa a la vez: *"Germania delenda est"*. Pero Alemania seguía construyendo naves de batalla e Inglaterra permanecía sola en Europa y en Extremo Oriente donde Rusia se apuntaba éxito tras éxito [13].

En la meseta de Pamir, los rusos, explotando la derrota infligida

---

[13] Sin hablar de la progresión francesa en Africa a lo largo de la sección Congo-Nilo, de que hablaremos más tarde.

por ellos a los Afganos en Somatach en 1892, habían firmado, tres años más tarde, un acuerdo con Inglaterra por el cual esta región quedaba dividida entre los dos países; acuerdo favorable a Rusia ya que permitía a sus fuerzas amenazar el campo atrincherado de Peichawer. En el Tíbet la lucha de influencias seguía desarrollándose con fortunas diversas.

En China, cuyas dependencias exteriores Francia, Inglaterra y Rusia empiezan a repartirse, aparece un cuarto competidor, el Japón, que pronto proporcionará a Inglaterra una ocasión para desquitarse de Rusia. Ya en 1880, Tokío se había hecho ceder por China importantes privilegios comerciales en Corea. En 1894 empieza a establecer su protectorado sobre esta rica región, y como la reina de Corea intenta apoyarse sobre China para defender sus derechos, ataca a China sin declaración de guerra, toma las penínsulas de Liao Tung y de Chan Tung que abren el acceso de Peiping, e impone a su enemigo, enteramente derrotado, la paz de Shimonoseki, firmada el 16 de abril de 1895, por la cual exige el reconocimiento de la "independencia" de Corea bajo su protectorado y se anexa Liao Tung con Port-Arthur [14] y la isla de Formosa. Pero las potencias europeas intervienen y obligan al Japón a abandonar la mayor parte de sus conquistas. En esta intervención, Rusia es la que representa el mayor papel y obliga a los japoneses a devolver el sur de Manchuria a China. Esta, en pago de sus buenos oficios, concede a Rusia el derecho de construir un ramal del Transiberiano a través de Manchuria, lo que constituye uno de los grandes éxitos de la diplomacia de Lobánov - Rostovskiy y, a la vez, una astucia del ministro chino de Asuntos Exteriores Li Hun-chang, el "Bismarck de Extremo Oriente", ya que esta concesión deja la puerta abierta a una posibilidad de colaboración rusa para la reconstitución de la integridad del Celeste Imperio a expensas del Japón. Lobánov, sostenido por Witte, no quería pedir más. Pero como hemos visto, le sucedió en 1896 un hombre mucho menos prudente, el conde Muraviov.

El propósito del nuevo ministro era expansionista y expansionista a toda costa.

En el momento de la muerte de Lobánov, la diplomacia rusa —cubierta en Occidente por el pacto con Francia— se encontraba en una postura inmejorable en Extremo Oriente donde, en razón del aislamiento de Inglaterra, gozaba de privilegios singularmente favorables.

---

[14] Llamado Rioyún por los chinos.

De estos privilegios, la paciencia y la habilidad de Lobánov - Rostovskiy hubieran llegado seguramente a sacar el máximo de ventajas e, incluso, está permitido pensar que poco a poco Manchuria y Corea hubieran pasado a pertenecer al área económica del Imperio sin que por ello la paz corriera peligros reales. Pero, contrariamente a su predecesor, Muraviov no era ningún diplomático paciente y toda su actuación demuestra que no tenía la menor habilidad.

El pacto franco-ruso no era entonces un instrumento diplomático militar completo en razón, sobre todo, de la repugnancia del Quai d'Orsay por inmiscuirse de modo directo en los asuntos extremorientales. Se trataba, pues, para Muraviov, de completar dicho instrumento de modo a convencer a su asociado de que asumiera algunas obligaciones precisas en esa dirección. Francia necesitaba a Rusia en Europa porque en Europa estaban sus preocupaciones esenciales, que se llamaban por una parte Alemania (una Alemania no demasiado peligrosa por el momento), y por otra Inglaterra (una Inglaterra cuya política representaba la mayor amenaza para sus intereses más inmediatos situados a lo largo de la directriz Chad-Mar Rojo). Para la diplomacia rusa, éste podía ser un campo de fácil explotación. Pero Muraviov no quería comprometerse en Europa porque sus designios eran asiáticos, y luego su colega francés, Gabriel Hanotaux, si bien aceptaba —puesto que estaba concluída— la alianza con Rusia, seguía considerándola como un peligro virtual para el equilibrio europeo. Su propósito no era volver ineficiente la política franco-rusa sino limitarla en sus virtualidades diplomático-militares y evitar por consiguiente que las cuestiones de Extremo Oriente y de los Balcanes estuviesen comprendidas un día entre sus términos: política contraria a la que Poincaré seguirá más tarde al favorecer las veleidades expansionistas de Rusia y, por ende, la eclosión de una buena parte de aquéllos que pueden ser llamados motivos del primer conflicto mundial. Como se ve, los puntos de vista de Muraviov y de Hanotaux no podían ser más divergentes. Mas un buen diplomático se hubiera dedicado a aproximarlos. Muraviov prefirió seguir el camino de la facilidad que, en diplomacia como en el resto, siempre resulta ser el del fracaso y de la desilusión.

Ello se hizo evidente cuando, a comienzos de 1897, la eventualidad de una guerra entre Grecia y Turquía se presentó a las cancillerías europeas en ocasión del levantamiento de Creta que, de nuevo, venía a agudizar la cuestión de Oriente. Esta crisis ofrecía a Europa dos oportunidades: mantener la integridad del Imperio otomano o dividirlo.

Ahora bien, Francia seguía siendo partidaria de la integridad pero Hanotaux no se disimulaba que si, de estallar la guerra, Grecia derrotaba a Turquía, el desmembramiento se hacía fatal y Francia tenía que tomar parte en él. Tal era la tesis del ministro francés quien, durante una reunión ministerial, el 19 de abril de 1897, propuso a sus colegas pedir a Rusia —en nombre del pacto interpretado en sentido lato— que sostuviera a Francia en su deseo de ver nombrar a un francés gobernador general de Creta. Para Muraviov, ello hubiera sido un excelente terreno de discusión y un camino relativamente fácil para un ensanchamiento del pacto hacia Extremo Oriente tanto más cuanto que, con esta candidatura al control político de la isla insurrecta, Francia tenía que chocar con la oposición de Inglaterra, enemiga de Rusia en Asia.

Lobánov hubiera aprovechado la oportunidad. Muraviov prefirió buscar seguridades del lado alemán, no contestó a la propuesta francesa y se puso en situación —tales parecen, por lo menos, haber sido sus pretensiones— de restaurar la alianza de los Tres Emperadores. Tanto es así que, en los primeros días de abril de 1897, Guillermo II —fingiendo morder el anzuelo pero con el designio real de destruir el acuerdo franco-ruso— enviaba a San Petersburgo al conde von Moltke con el encargo de sugerir a Nicolás II la idea de una reunión de los tres soberanos para el día 25 del mismo mes. Una vez más, Guillermo se manifestaba demasiado apresurado para que Nicolás no comprendiera que algo sospechoso se estaba tramando. Inmediatamente, se negó a dar un paso que su lealtad estimaba contrario al espíritu de la alianza con París; pero ello sirvió para que los franceses descubrieran el doble juego diplomático de Muraviov y de Guillermo [15].

En cuanto al asunto de Creta, el ministro ruso —tironeado entre Alemania y Francia— dejaba escapar la magnífica oportunidad que le ofrecía el aislamiento de Inglaterra para entenderse con ella en vísperas de un desmembramiento de Turquía (que tal arreglo hubiera podido apresurar), y su falta total de habilidad no sirvió sino para permitir a los alemanes conquistar en Constantinopla las posiciones perdidas por los ingleses y que la política de Lobánov había hecho caer

15 Tal es por lo menos la convicción que expresaba Hanotaux en una carta a Montebello, carta publicada en la "Revue des Deux Mondes" del 15 de octubre de 1950 con una serie de otros documentos reunidos bajo el título *L'alliance franco-russe et la question d'Orient* por GABRIEL - LOUIS JARAY. Todos estos documentos emanan de Gabriel Hanotaux y del marqués de Montebello.

entre las manos de Rusia. Y Francia se encontraba sola una vez más: frente a una Inglaterra más hostil que nunca y que, aunque no pretendiera ocupar a Creta, no por ello aceptaba que su antagonista mediterránea lo hiciera por su cuenta, puesto que ello podía volver a poner en cuestión su establecimiento todavía muy precario en Egipto, Rusia le negaba su apoyo porque prefería secundar el juego alemán cuya rivalidad con el inglés le parecía más susceptible de derroteros extremo-rientales.

Todo ello Hanotaux lo descubrió muy pronto, como lo demuestra el pasaje siguiente de una carta enviada por él, el 2 de abril de 1897, al marqués de Montebello, embajador de Francia en San Petersburgo: "Vuelvo a la postura de Muraviov para con Alemania. El emperador Guillermo se echó a fondo, desde el comienzo, en el asunto cretense. Muraviov lo acompañó e, incluso, lo siguió un poco. Luego, seis semanas más tarde, Alemania, tan fuerte en palabras, no envía siquiera un barco suplementario y rehusa su contingente (de desembarco). ¡Cómo quiere usted que no se descubra este doble juego! Sucedió en esta circunstancia aquello que sucederá siempre: contamos con gente que, una vez que nos hayan lanzado, nos darán la espalda. Lo que me parece más claro en el asunto es que, actualmente, el sultán está en manos del emperador Guillermo y que éste, si lo quiere, tiene, a su disposición y mandado por sus oficiales, un ejército de 200.000 hombres en los Balcanes. No veo cómo saldremos, unos y otros, de esta situación. Inglaterra, en el momento actual, parece tan inquieta como nosotros. Pero ¿quién le dice que mañana no se arregle con el emperador Guillermo?" [16]. Pero este cuadro peligroso, lejos de descorazonar al joven ministro, lo incitaba a pedir al embajador que insistiera ante los rusos sobre la necesidad de "la práctica *resuelta* y *firme* y *franca* del acuerdo franco-ruso para la paz" [17]. Evidentemente, todavía no quería abandonar sus esperanzas cretenses.

Una semana más tarde —el 10 de abril— Hanotaux, ya convencido de que Muraviov no le serviría de nada en este asunto, daba las precisas instrucciones siguientes a Montebello: "Conoce usted nuestras intenciones: hacerlo todo para evitar un conflicto. Si estalla en Grecia o en los Balcanes, localizarlo. Si las grandes potencias participan en él, mantenernos a la expectativa. Si incluso Rusia se echa o se deja

[16] *Ibidem.*
[17] *Ibidem.*

arrastrar a entrar en dicho conflicto, ayudarla con toda la fuerza de nuestra diplomacia y con todo nuestro concurso moral. *Pero no hacer nada más.*

"Conoce usted nuestras razones:

"A. - Si se trata de una intervención austriaca, no pensamos que el convenio militar nos ate en lo más mínimo. Vuelva usted a leerlo y verá que no necesita interpretación alguna. Es evidente por el contexto y, singularmente por el artículo 2 (que impone la obligación de llevar todas las fuerzas a la frontera), que no puede tratarse sino de un conflicto general con todas las potencias de la triple alianza. En efecto, *no tenemos frontera común con Austria.* Tendría los mayores inconvenientes en modificar el convenio militar, aun por vía de adición o de interpretación, porque este convenio fué conocido y aprobado por todos los gabinetes que se sucedieron, es decir, por todos los partidos y que modificarlo significaría renunciar al beneficio de esta unanimidad de puntos de vista. Mañana se nos criticará, pasado mañana se lo rechazará. Manténgase *firme* en esto: ninguna modificación. Sería inútil y peligroso. Respetamos aquello que hicieron Alejandro III y el señor Carnot; no pedimos otra cosa.

"B. - Si se trata de una intervención de Inglaterra, nuestras razones siguen siendo tan fuertes. No sólo no tenemos ningún compromiso a este propósito sino que consentir en un nuevo acuerdo de cualquier forma que sea sería falsear la naturaleza del que firmamos... Y, por otra parte ¿qué podríamos hacer? ¿Cuáles son nuestros medios de acción en el Mediterráneo? Compárese nuestros once acorazados y los veinte y seis de Inglaterra (sin contar los italianos). Se verá fácilmente que estamos en la imposibilidad de inferir un golpe decisivo..." [18].

V

Esta voluntad de no dejarse comprometer en el sentido deseado por Rusia (valer decir, el propósito del gobierno francés de no dejarse arrastrar hasta dos terrenos —el balcánico y el extremoriental— demasiado cargados de virtualidades bélicas), significó un golpe bastante rudo para Muraviov quien, después de tantas esperanzas basadas en el

---

18 *Ibidem.*

doble juego, se vió en la alternativa, o bien de renunciar a sus propósitos sobre China, o bien de ir en busca de nuevos asociados puesto que, para él, no podía tratarse de renunciar. El asociado que más naturalmente podía ofrecerse a sus solicitaciones era Guillermo II, cuya política exterior estaba atravesando una fase aguda de anglofobia. Cuando se trataba de hacer promesas susceptibles de empujar a los demás hacia la aventura, el Kaiser —otro maestro del doble juego— solía mostrarse muy generoso.

De modo que, en agosto de 1897, Muraviov podía permitirse declarar que, de haber sido ministro en lugar de Giers, hubiera preferido aliarse con Alemania que con Francia, olvidando tan sólo que el viejo Giers había tenido exactamente las mismas preferencias. Pero, ya que el mal estaba hecho, no quedaba más remedio que respetar la alianza con Francia, incluso con sus limitaciones. Dicha alianza, sin embargo, podía conciliarse con un pacto parecido que Rusia podría firmar con Alemania, así por lo menos opinaba Muraviov. Y en el mismo mes de agosto de 1897, varios diarios petersburgueses controlados por el efervescente ministro lanzaban la idea proclamando que "las dos alianzas, al operar en el mismo sentido, eran capaces de regir los destinos del mundo civilizado y de protegerlo contra las consecuencias de la ambición, del implacable egoísmo y de la avidez inglesa" [19]. En el mes de septiembre siguiente, el general Obruchev, jefe del Estado Mayor ruso, llegó a proponer a Bülow una alianza defensiva y ofensiva de tres años entre las potencias continentales. Alemania aprovechó esta benevolencia para desembarcar tropas, el 14 de septiembre de 1897, en la bahía de Kiao Cheú, como réplica al asesinato de dos misioneros alemanes por una partida de bandoleros chinos. Guillermo II cogía esta oportunidad para adquirirse un territorio que se hizo conceder en arriendo enfitéutico y que transformó en una excelente base naval y en estación carbonera.

El Zar, aconsejado por Witte, que quería seguir imponiendo el principio defendido por Lobánov de la integridad del imperio chino, protestó en un primer tiempo pero, en realidad, no podía más que aceptar el hecho consumado ya que Alemania no tenía la mínima intención de retirarse de Kiao Cheú; y, puesto que esta acción guillermina significaba el comienzo del desmembramiento de China, Rusia

---

19 Citado por W. L. LANGER en *The Diplomacy of Imperialism. 1890-1902;* New York, 1935.

no tenía otra solución fuera de la de seguirla en este camino aunque más no fuere para cortar el paso a Inglaterra y al Japón. En estas condiciones, Nicolás II ordenó a su flota de Extremo Oriente anclar en los puertos de Talenwan y de Rioyún situados en la punta meridional de la península de Liao-tung. Y, para terminar de una vez por todas con la prudente política de Lobánov-Rostovskiy, por un acuerdo impuesto a China el 15 de marzo de 1898, Muraviov se hizo ceder estos puertos así como el derecho de enlazarlos por vía férrea con el trozo manchuriano del Transiberiano. Por este instrumento diplomático, Rusia obtenía además el privilegio exclusivo de proporcionar instructores al ejército chino. Exito fácil pero lleno de incógnitas puesto que quitaba a Rusia la superioridad moral que hasta entonces podía invocar para oponerse a aquellos que querían violar la integridad del Imperio chino. A partir de este momento, la diplomacia zarista tendrá que hacer frente a la expansión japonesa detrás de la cual se perfilará, con más nitidez cada día, la diplomacia británica, oficial o secreta. Sin embargo, Salisbury, en enero y febrero de 1898, buscó un acuerdo con Rusia sobre la base de las esferas de influencia recíprocas en Extremo Oriente. Muraviov, envalentonado por sus éxitos, desechó toda posibilidad de arreglo con Inglaterra proclamando que las provincias del norte chino, Manchuria, Tschili y Turkestan, se encontraban "en la esfera de acción exclusiva de Rusia", la cual estaba decidida a combatir en aquellos lugares la influencia política de los otros países. Para salir del paso, Salisbury se resignó a tomar largas vacaciones.

Su reemplazante en el Foreign Office, Joseph Chamberlain, decidió insistir en Berlín para un arreglo general. El conde de Hatzfeld, embajador de Alemania en Inglaterra, refiere en los términos siguientes la conversación verdaderamente sensacional que tuvo con el inspirador del imperialismo británico:

"Me dijo sinceramente y sin reticencia que el gobierno inglés se encontraba en la necesidad imperiosa de tomar en los próximos días decisiones graves y que, renunciando a su antigua política de aislamiento, deseaba llegar a un acuerdo con nosotros y con nuestros amigos. En otras palabras: si nosotros aceptábamos estar a su lado en los momentos actuales, Inglaterra, dondequiera Alemania fuese atacada, se pondría de nuestro lado. Esto equivaldría a la entrada de Inglaterra en la Tríplice Alianza, entrada que habría que regular con un tratado

por el cual deberíamos fijar las condiciones" [20]. Las dificultades o las condiciones opuestas por Guillermo II y por Bülow hicieron fracasar esta vez también la tentativa de Inglaterra para salir de su soledad. Pero lejos de caer en su resignación anterior, ésta decidió actuar sola, puesto que nadie quería acompañarla. Chamberlain era otro hombre que Salisbury.

El enemigo más apremiante era Francia cuya penetración a través de Africa amenazaba las fuentes del Nilo Blanco y, por ende, Sudán y Egipto, e impedía que Inglaterra realizase su plan de una vía férrea vertical del Cairo al Cabo. "La transversal así trazada, comenta Maurras, cortaba de plano el camino vertical de Inglaterra, y la intervención francesa, por pasar al sur de las cataratas, permitía volver a abrir la cuestión de Egipto, la cuestión de las Indias, la cuestión del Mediterráneo y de todos los demás mares sobre los cuales reinaba hasta entonces, sin contestación, el pabellón de Su Graciosa Majestad" [21].

La expedición francesa que había salido del Congo en el mes de julio de 1896 había progresado lentamente bajo las órdenes de un joven oficial, el mayor Marchand, a través de las peores dificultades y había alcanzado, después de dos años de camino, el puesto de Fachoda, sobre el Nilo Blanco, que había fortificado. En 1896, Francia, bajo la presidencia de Félix Faure, con Jules Méline a la cabeza del gobierno y Gabriel Hanotaux en los Asuntos Exteriores, estaba decidida a enfrentar cualquier dificultad que Inglaterra le suscitara, la guerra inclusive, y a izar su bandera allí donde fuera necesario para llegar a Obok. La opinión pública se agrupaba, unánime, detrás del gobierno y las relaciones con Alemania, tanto mejores cuanto que la aliada rusa estaba dispuesta a impedir a Berlín cualquier paso en falso. Pero, dos años más tarde, el gabinete Dupuy, con Delcassé en el Quay d'Orsay, renuncia a este importante punto de apoyo y da orden a Marchand de amainar la bandera francesa y de volver a tomar el camino del Congo. Han bastado las amenazas inglesas para obligarlo a esta vergonzosa capitulación. ¿Qué ha pasado?

Es que, el año anterior, "en el mes de noviembre de 1897, mientras Marchand se acerca a Fort-Desaix, un fenómeno absolutamente imprevisto por el gran público, aunque preparado muy de antemano en una pequeña sociedad, estalla de golpe en Francia: los señores Ranc,

---

20 *Grosse Politik...* Tomo XIV.
21 *Op. cit.,* cap. VIII.

Scheurer-Kestner y Joseph Reinach lanzan la revisión del proceso Dreyfus. La *Affaire,* entonces, comienza, las pasiones se chocan, y el gobierno francés, ayer suficientemente fuerte como para esbozar una ofensiva contra el extranjero, se encuentra de golpe reducido a defenderse contra el enemigo interior. Se le hace muy difícil continuar su política ruso-alemana: ¡la embajada alemana está comprometida en la *Affaire!* Por otra parte, las iras y las inquietudes se han despertado, las facciones están en armas: ya nadie está dispuesto a confiar en ese gabinete ni en ningún otro, como lo han de probar la formación penosa, la vida accidentada y la rápida caída de los dos ministerios siguientes, los de Brisson y de Dupuy" [22].

Abandonado por su opinión pública que no se interesa ya sino en el problema de la revisión del proceso Dreyfus, puesto ante la necesidad de enfrentar movimientos callejeros hora tras hora más violentos y que, de modo repentino, pueden desembocar en guerra civil, el gobierno francés se ve obligado a capitular frente a Inglaterra. La importancia que asumían ya las organizaciones dreyfusianas lo ponía además en difícil situación ante su aliada rusa que los revisionistas atacaban, furibundamente como atacaban a Alemania. Aquí residió la astucia de la diplomacia inglesa que supo pagar a quienes estaban dispuestos a venderse y desencadenar la *Affaire* que transformó de modo radical la atmósfera política francesa.

¿Habrá pensado Nicolás II frente a este cambio que la sola alianza francesa no bastaba para asegurarle sus fronteras occidentales? Es posible en todo caso que haya tenido en cuenta el clima político de París ya antes de la capitulación de Fachoda, para lanzar el 24 de agosto de 1898 una proclamación dirigida a todas las potencias europeas proponiendo la reunión de una conferencia internacional cuya misión sería estudiar "los medios más eficaces para asegurar a todos los pueblos los beneficios de una paz real y duradera y, sobre todo, para poner un término al desarrollo progresivo de los armamentos actuales".

Nicolás II, hombre pacífico, había sido impresionado por la lectura de una obra voluminosa sobre la guerra debida al banquero polaco Bloch, y Witte había sabido aprovechar este estado de ánimo para sugerirle la famosa declaración. Esta produjo el efecto de una bomba en las diversas cancillerías europeas y en Francia el de una traición. Del-

---

22 *Ibidem.*

cassé pensó que el momento no estaba bien elegido para limitar los armamentos cuando Alemania ocupaba a Alsacia y a Lorena e Inglaterra se hacía amenazadora a causa de la misión Marchand. No supo disimular su punto de vista y entonces Muraviov, Witte y Kuropátkin vinieron a París para darle seguridades. Por otra parte, Francia necesitaba demasiado la alianza rusa para rechazar de plano la idea de la conferencia convocada por el Zar. Por razones morales evidentes Alemania e Inglaterra fueron obligadas asimismo a responder a la invitación aunque alimentasen el firme propósito de no comprometerse en nada definitivo.

La conferencia tuvo lugar en La Haya y duró del 18 de mayo al 29 de julio de 1899. En lo relativo a la tan pedida limitación de los armamentos que todos fingían buscar, los puntos de vista fueron tan antagónicos que se llegó a la estupenda conclusión de que era "muy deseable para el aumento del bienestar material y moral" de la humanidad. En cuanto a la cuestión del arbitraje internacional, también en el programa de la conferencia, su discusión asumió un carácter dramático cuando Alemania se encontró aislada frente a todos los demás participantes, inclusive sus aliados austriaco e italiano. El proyecto del delegado ruso profesor Martens preveía la creación de un tribunal de arbitraje cuya misión específica consistiría en juzgar cada caso de conflicto con el acuerdo de los contricantes. El delegado inglés, sir John Pauncefote pedía la creación de un tribunal permanente que tuviera que ver con determinados conflictos internacionales. Estos dos proyectos tuvieron cada uno sus partidarios, pero Alemania se opuso a toda idea de tribunal cualquiera que fuera, con una intransigencia que puso a todos los participantes en contra de ella. Finalmente, para no herir demasiado a Rusia, aceptó un compromiso sobre la base del proyecto de Martens. Francia, por su parte, había adherido a la idea de un tribunal permanente y, durante las discusiones, se había puesto invariablemente al lado de Rusia.

Mientras tanto, y a pesar de haber visto a Francia retroceder ante la idea de un posible conflicto con Inglaterra, Rusia no se negaba esta vez a ensanchar la convención político-militar que, desde 1891, unía a los dos países. Un cambio de cartas que puntualizaban las negociaciones emprendidas desde el principio del año, establecía en efecto que el objeto del acuerdo ero no sólo "el mantenimiento de la paz", sino, sobre todo, "el mantenimiento del equilibrio entre las fuerzas europeas". Es decir que tanto Muraviov como Delcassé, tanto el go-

bierno autocrático de Rusia como el republicano de Francia, no retrocedían ya ante el temor de ver sus responsabilidades ir aumentando. Es que, en realidad, Delcassé no estaba conquistado todavía por la idea de la alianza inglesa que, a partir de 1904, caracterizará su gestión diplomática en un sentido antialemán [23].

La convención de Estados Mayores que acompañó este acuerdo diplomático preveía que si Inglaterra atacaba a Francia, Rusia ejecutaría una diversión contra las Indias con un cuerpo de trescientos mil hombres y que si la agredida fuese Rusia, Francia concentraría ciento cincuenta mil hombres sobre las costas del Canal de la Mancha con miras a un desembarco en Inglaterra. Y esto valía también en el caso de que la guerra fuese impuesta "a Rusia y a Francia por Inglaterra sola o por Inglaterra sostenida por la Tríplice Alianza" [24]. El acuerdo recibió efectivamente un principio de ejecución cuando Francia prestó a Rusia cuatrocientos veinticinco millones de francos oro para construir las vías férreas estratégicas de la región Orenburg-Táshkent, necesarias para la invasión de las Indias.

Esto en cuanto a la actitud de Francia, cuya diplomacia seguía considerando a Inglaterra como su enemiga más inmediata y que, al solicitar una extensión de la alianza, dejaba pendiente la querella con su rival para la primera oportunidad que le proporcionara la restauración de su tranquilidad interior. Por otra parte, desde su instalación en Indochina, Francia estaba comprometiéndose cada día más en Extremo Oriente, ya sea en razón de su conflicto permanente de fronteras con el Celeste Imperio y con el reino de Siam, ya a propósito de la cuestión de Birmania, que le creaba con Inglaterra desavenencias parecidas a las que la cuestión de Egipto le había proporcionado en el Mediterráneo. Y ésta es la razón por la cual Muraviov había acogido favorablemente la sugerencia de Delcassé: la cuestión de Extremo Oriente precisaba de manera tan amenazadora la rivalidad anglo-rusa que un conflicto armado entre las dos potencias podía estallar de un momento a otro, motivo por el cual Muraviov "necesitaba" de Francia una alianza sin reservas, si bien en su espíritu este nuevo instrumento no debiese servir sino para los designios exclusivos de Rusia en Extre-

---

[23] Maurras nota muy agudamente en *Kiel et Tanger* que la diplomacia de la Tercera República estuvo dirigida contra Inglaterra mientras Francia no tuvo naves suficientes para enfrentar a este país, y contra Alemania cuando el dreyfusismo hubo hecho perder mucho de su eficacia a sus fuerzas terrestres.

[24] *Documents diplomatiques français (1871-1914)*, publicados por el ministerio francés de Asuntos Extranjeros; París, 1929-1940.

mo Oriente; puesto que un conflicto en Oriente entre Rusia e Inglaterra no podría localizarse por ser estas dos naciones potencias europeas con intereses europeos demasiado discordantes para no verse tentadas de imponerlos por la fuerza al presentárseles la ocasión, Rusia, si quería alcanzar sus objetivos en Asia central y oriental, necesitaba que Francia asegurara la defensa de sus fronteras occidentales. Es decir, que aquí la republicana Francia hacía lo que podía, mientras que la monárquica Rusia hacía lo que quería.

Y este conflicto con Inglaterra, Rusia lo estimaba tanto más probable cuanto que, en el despojo de China, Muraviov no procedía con la prudencia y la moderación de Lobánov-Rostovskiy. El quería estar presente y apoderarse del trozo más substancioso: Manchuria y bastante más.

Después de su instalación en la península de Liao Tung —apenas liberada de los japoneses— Rusia se había dedicado a equipar el puerto comercial de Talienwan (que más tarde será conocido en Europa bajo el nombre de Dairén), y a hacer de Port-Arthur una base naval de primera fuerza. Los ingleses no podían emprender nada todavía contra este estado de cosas puesto que no disponían de ningún aliado en Extremo Oriente, pero mientras empezaban a acercarse al Japón, arrendaron Weihaiwei "por el período en que Port-Arthur permaneciera entre las manos de Rusia" y en este mismo 1898 obtuvieron Kowloon, frente a Hong Kong, en arriendo enfitéutico. Los franceses actuaron de igual modo para obtener Kuang Cheú en el suroeste de Kuan Tung. China se presentaba como un terreno sumamente fértil para los juegos del capital cosmopolita. Hemos visto cómo a fines de 1896 Rusia había obtenido de China el derecho de construir un ferrocarril a través de Manchuria. Esta línea, conocida con el nombre de Ferrocarril Oriental Chino, no era sino una continuación del Transiberiano, y dependía del Banco Ruso-Chino. Para no quedarse atrás, los alemanes habían obtenido la exclusividad de los ferrocarriles del Shantung meridional, y los ingleses la de la línea Peiping-Mukden. Los belgas, respaldados por capitales franco-rusos, empezaron a construir la línea Peiping-Hankeú. Con todo esto que indico a grandes rasgos, las potencias europeas, no contentas con poner la mano sobre la producción de China, decidieron administrarla por su cuenta a fin de sacar mayores provechos de su explotación. Vemos así a Inglaterra imponer a la Emperatriz Viuda un inspector general de aduanas de nacionalidad británica, Francia insistir para obtener ventajas parecidas

en la dirección de correos. China, en la imposibilidad de defenderse por sí sola, veía que ninguna nación europea consentiría en protegerla sin hacerle pagar un precio demasiado elevado, y ello provocó una serie de movimientos internos que llevaron al golpe de Estado con el cual la Emperatriz Viuda Tsë-hi arrebató el poder al Emperador Kuang-siü [25]. El joven Emperador se había apoyado en el grupo de los reformadores y cometido el pecado de pensar que solamente una modernización del Imperio podía ponerlo en situación de defenderse contra los apetitos occidentales. El golpe del 20 de septiembre de 1898 dió el poder a los viejos conservadores manchúes que, al patriotismo iluminado de los reformadores, substituyeron la xenofobia más demagógica, y dió rienda suelta a la sociedad del "Puño de la Concordia o de la Justicia". Ese hato de bribones y de pillos —que los Ingleses aludiendo al nombre de la asociación apodaron "Boxers" o sea Boxeadores, nombre con el cual han entrado en la historia —organizó inmediatamente la matanza de los extranjeros con el beneplácito de Tsë-hi y de sus consejeros. El 10 de junio de 1900, la Emperatriz declaró en consejo que los extranjeros debían ser suprimidos sin tardanza y el 13 el populacho de Peiping empezó a ejecutar esta consigna sobre la persona de los sacerdotes europeos y de los cristianos indígenas. El 20, el ministro von Ketteler, representante de Alemania, fué asesinado y los residentes extranjeros fueron obligados a atrincherarse en las legaciones y en la catedral católica. Una primera columna de socorro salida de Tien Tsin bajo las órdenes del almirante inglés Seymour no pudo alcanzar Peiping y entonces las potencias europeas decidieron organizar una expedición internacional que, bajo el mando del general alemán Alfred von Waldersee, conquistó la capital el 14 de agosto e impuso a Tsë-hi una capitulación sobre toda la línea.

El principal beneficiario de la guerra de los "Boxeadores" fué Rusia, que aprovechó la oportunidad para completar la ocupación de Manchuria y empezar la explotación de las riquezas de esa provincia, particularmente de sus inmensos bosques. Muraviov no pudo asistir a esta coronación de sus esfuerzos en Extremo Oriente. Había fallecido en el comienzo de la sublevación de los Boxers.

Con su tercer ministro de Relaciones Exteriores, conde Lamsdorff,

---

[25] Léanse los detalles del embrollo chino de aquellos años en RENÉ GROUSSET, *Histoire de la Chine,* Cap. XXXI, *L'irruption de l'Occident;* París, 1942. Se puede consultar además KENNETH SCOTT LATOURETTE, *The Chinese. Their History and Culture;* New York, 1934.

Nicolás II quiso que su diplomacia volviera a la normalidad; tanto es así que, lejos de aprovechar hasta el extremo la situación china, Petersburgo se contentó con tomar las precauciones que le parecieron útiles para proteger el Ferrocarril Oriental Chino. La administración Muraviov había echado la duda en el espíritu de los hombres políticos occidentales sobre la pureza de las intenciones rusas y en ello se puede ver una de las causas del fracaso de la primera conferencia de La Haya. La principal tarea de Lamsdorff va a consistir, pues, en volver a adquirir esta confianza. Y, en efecto, las visitas efectuadas por el Zar a Francia y por el presidente Loubet a Rusia, los encuentros de Nicolás con Guillermo II en Dantzig, en Reval y en Darmstadt señalan las etapas sucesivas de una prudente política de péndulo destinada a demostrar al mundo que Rusia, aliada de Francia únicamente, puede sin embargo vivir en paz con las potencias germánicas, ya que, para acentuar el pacifismo de su sistema, Lamsdorff busca una nueva aproximación con Austria sobre la base del mantenimiento del *statu quo* en los Balcanes y en el Próximo Oriente y de una acción común en la cuestión de las reformas de Macedonia.

En el curso del año 1902 habían ido tomando amplitud las rebeliones de los *comitadji* de Macedonia, rebeliones fomentadas secretamente por Fernando de Sajonia-Coburgo, príncipe de Bulgaria, que soñaba con separar esta provincia de Turquía y agregarla a sus territorios. Goluchowski temía que Rusia aprovechase la oportunidad para volver a representar un papel activo en los Balcanes y que Italia realizase sus ambiciones albanesas. En realidad la Ballplatz hubiera podido aprovechar ella también esta situación para proceder a anexiones, pero la corriente húngara que dominaba entonces la política austriaca no quería pensar en un aumento de la población eslava del Imperio, que hubiera llevado fatalmente a la transformación del sistema dualista en sistema trialista y quitado a Hungría el lugar preeminente que ocupaba en el sistema habsburguiano desde el *Ausgleich* de 1867. Goluchowski se apresuró, pues, a buscar un suplemento de arreglo con Rusia sobre la base de los acuerdos de 1897 con un programa de reformas a presentar a Abd Ul-Hamid a fin de impedir que las demás potencias interviniesen por su cuenta. Lamsdorff, tan preocupado como su colega austriaco, acogió estas propuestas favorablemente y el 30 de diciembre de 1902 llegó a Viena para concretar este acuerdo. El 11 de enero siguiente Goluchowski podía comunicar al embajador de Austria-Hungría que "la actitud y el lenguaje del conde Lamsdorff han

dejado ver claramente la intención de su gobierno de no apartarse de la política del *statu quo* en los Balcanes y de concertarse, conforme al arreglo de 1897, con Austria-Hungría" [26], sobre las medidas aconsejables a Turquía para evitar la extensión de los desórdenes de Macedonia. De hecho, las dos potencias se autoproclamaban, por este acuerdo, mandatarias del resto de Europa en los Balcanes. Así lo consideraron Alemania, Francia, Inglaterra e Italia que dieron su aprobación el 17 de febrero.

Presentado al Sultán el 23 de febrero de 1903, este programa de reformas que Abd Ul-Hamid aceptaba —hubiera aceptado cualquier cosa para no perder Macedonia—, suscitaba en el oficioso *Mensajero ruso* de San Petersburgo el comentario siguiente: los Estados balcánicos "no deben olvidar que Rusia no sacrificaría ni una gota de la sangre de sus hijos ni la parcela más pequeña de los bienes del pueblo ruso si los Estados eslavos, a pesar de los consejos de cordura que les fueron dados preventivamente, intentasen atentar con métodos revolucionarios y violentos contra el orden de cosas establecido en la península balcánica".

Sin embargo, la rebelión macedonia se desarrollaba en la primavera de 1903. El 29 de abril los *comitadji* hacían saltar la sede del Banco Otomano en Salónica y Rusia y Austria concentraban tropas en sus fronteras. Bulgaria y Turquía movilizaban sus tropas y la guerra parecía deber estallar de un momento a otro, cuando, después de una intervención austro-rusa en Sofía, Fernando se tranquilizó. La rebelión seguía por su cuenta bajo la dirección del jefe *comitadji* Boris Sarafoff y llegó a contar con treinta mil hombres armados que Turquía venció difícilmente. El acuerdo austro-ruso de 1897 había resistido a esta dura prueba y podía, pues, ser completado.

El 4 de octubre de 1903, en la estación alpestre de Mürzsteg, tenía lugar un encuentro de los emperadores de Austria y de Rusia y de sus ministros de Asuntos Exteriores que llegaban a un acuerdo sobre un programa de reformas a someter al gobierno turco... El 21 de octubre los embajadores de Austria-Hungría y de Rusia en Constantinopla notificaban a la Puerta las instrucciones recibidas en relación con las reformas macedonias, es decir, el llamado programa de Mürzsteg, y tres

[26] *Die Grosse Politik*... Tomo XVIII. Sobre los detalles de estas negociaciones austro-rusas y las dificultades que las dos potencias temían encontrar con Inglaterra e Italia léase la obra ya citada varias veces de Luigi Albertini, cap. III, párr. 3 del tomo primero.

días más tarde Viena y Petersburgo lo comunicaban a las potencias firmantes del tratado de Berlín [27]. Este programa ponía prácticamente la administración otomana entre las manos de Austria y de Rusia. "También en su contenido, escribe Tommasini, la situación privilegiada de los dos Imperios se acentuaba siempre más" [28]. Y ello era tan cierto que, en febrero de 1904, Wedel, embajador de Alemania en Viena, podía escribir a Bülow: "El acuerdo parece tan sólido como una alianza y si ésta se rompe algún día, la Monarquía danubiana será seguramente la que pagará los gastos" [29].

Los éxitos cosechados por Lamsdorff en su política de recuperación europea no tuvieron correspondencia alguna en Extremo Oriente donde la acción apresurada e irreflexiva de Muraviov había puesto a Rusia en la situación de deber chocar constantemente con las susceptibilidades de China y del Japón; de la primera porque a causa de esta acción había perdido el control sobre una de sus provincias más ricas, del segundo porque esta misma provincia le era necesaria para cubrir a Corea y a las mismas islas metropolitanas. El choque era fatal. Aquí reside la astucia del "Bismarck chino" y aquí reside también la inteligencia de la diplomacia inglesa que después de haber hecho imposible a Francia la idea de un conflicto con ella al procurarle todas las dificultades internas de la Affaire Dreyfus, proporciona al otro miembro de la Dúplice un enemigo que guía con sus consejos y ayuda a armarse poderosamente. Inteligencia tanto más clarividente cuanto que, después de este primer tiempo del cual Francia y Rusia saldrán disminuidas, vendrá un segundo tiempo durante el cual se buscará y obtendrá su alianza, ya que lo esencial para Inglaterra es disponer de buenas tropas, sean de donde sean, con una preferencia marcada por aquéllas que no se reclutan en las Islas Británicas.

Por el momento, el Japón prometía ser el soldado susceptible de defender los intereses británicos en Extremo Oriente. Así, el 31 de julio de 1902, Lord Landsdowne propone al embajador del Japón en Londres abrir negociaciones para permitir a los dos países llegar a un acuerdo. Hayashi contesta quince días más tarde que los intereses de su país en Corea son esenciales y que serán defendidos por las armas si el Japón puede tener la seguridad de enfrentarse con un solo enemigo. Al pie del documento, Eduardo VII escribe: "El Rey considera

27 *Ibidem.*
28 TOMMASINI, *Op. cit.*
29 *Die Grosse Politik*... Tomo XVIII.

esencial que demos al Japón, si lo podemos, nuestro apoyo en cada circunstancia". Finalmente, después de largas discusiones suscitadas por la oposición al tratado por parte de un fuerte sector de la opinión japonesa, partidario de un arreglo directo con Rusia, el 30 de enero de 1903 fué firmada una alianza sobre cuyas bases las dos partes contrayentes reconocían sus intereses recíprocos, que para Gran Bretaña se referían sobre todo a China, y para el Japón también a Corea. Si para defender estos intereses Gran Bretaña o el Japón hubiesen debido entrar en guerra con otra potencia, la otra parte contrayente habría observado una estricta neutralidad y hecho todos sus esfuerzos para impedir que otras potencias se uniesen al enemigo de la aliada. Si alguna otra potencia hubiese intervenido contra ella, la otra parte contrayente "irá en su ayuda, llevará con ella una guerra común y hará la paz de acuerdo con el aliado". El acuerdo tenía una duración de cinco años y era tácitamente renovable de cinco en cinco años siempre que no hubiera sido denunciado antes del vencimiento [30].

La impotencia de Lamsdorff para remediar la situación desastrosa dejada por Muraviov se explica por diversas razones que no tienen nada que ver con el tratado de alianza anglo-japonés porque si hubiese sido libre de actuar según sus tendencias hubiese podido impedir la firma de este convenio con un arreglo directo con el Japón donde existía una fuerte fracción política ganada a una idea de conciliación y a la cual tan sólo las provocaciones rusas habían impuesto silencio. Es que el pacifista Lamsdorff no podía luchar contra la política expansionista de Rusia en Extremo Oriente porque esta política correspondía a la voluntad de los Estados Mayores del Ejército y de la Marina que consideraban a China como un Estado en descomposición donde Rusia debía conquistar una posición, exclusiva de cualquier otra influencia extranjera, y al Japón como un rival sin importancia. Además Alemania, para quitar su eficacia europea a la alianza franco-rusa, realizaba todos los esfuerzos posibles para separar la atención de Nicolás II de Europa dirigiéndola hacia Extremo Oriente y lo incitaba a la aventura contra el Japón "en nombre de la Santa Cruz" [31]. Para ello, Guillermo II financiaba en Moscú y en Petersburgo una cábala poderosa contra el pacifista Lamsdorff, cábala que entraba en acción cada vez que el desgraciado ministro insistía para que Rusia cumpliera

---

30 L. ALBERTINI, *Idem*.

31 Esto pertenece a las relaciones del "primo Willy" con el "primo Nick", relaciones que estudiaremos en otro lugar.

sus promesas de evacuar Manchuria. Entonces los "nacionalistas" en cuestión despertaban al Estado Mayor cuya actitud se ponía más tajante. Es muy probable, sin embargo, que si Rusia hubiese limitado su apetito a Manchuria, nada hubiera sucedido. El mismo Japón se hubiera inclinado a cambio de una compensación abierta en Corea. El viaje emprendido en Europa por el marqués de Ito no tenía, en verdad, otro designio sino el de buscar un terreno de arreglo conveniente con Rusia. Pero el mismo Lamsdorff, a pesar de sus buenas intenciones, no hubiera dejado las comunicaciones marítimas entre Port-Arthur y Vladivostok a la merced de una tercera potencia. Así el Japón, después de haber tomado sus precauciones con Inglaterra para no correr el riesgo de ver extenderse un posible choque bélico con Rusia, se preparó abiertamente y pasó él también a la provocación cuando, por la voz de su ministro de Relaciones Exteriores, el Tenno hizo saber al mundo que no podía tomar en serio los términos del convenio ruso-chino del 8 de abril de 1902 por el cual el Zar se comprometía a retirar gradualmente sus tropas de Manchuria.

La crisis alcanzó su ápice cuando un *ukaz* imperial de fecha 12 de agosto de 1903 creó el Virreinato de Extremo Oriente, especie de región autónoma que comprendía los territorios siberianos situados más allá del Ienissei, Manchuria y la Provincia Marítima, que fué puesto bajo el mando del Almirante Alexéiev. Este hombre, no incapaz por cierto pero desprovisto de talentos particulares, no debía cuentas directas sino al Emperador y disponía de poderes diplomáticos tan extensos que las legaciones rusas de Peiping, de Tokío y de Seúl, estaban puestas bajo su supervisión exclusiva. Esta medida curiosa, Nicolás la había tomado bajo la influencia del gran duque Alejandro y, sobre todo, de un "personaje burlesco y medio loco" [32], el ex coronel de los Caballeros Guardías Bezobrazov, propietario por el momento de un gran aserradero sobre el río Yalú, de quien hizo un Secretario de Estado. En estas condiciones, los pasos diplomáticos que, con desesperación, Lamsdorff ejecutaba sin cesar para salvar la paz, no podían desembocar sino en meras palabrerías.

En la noche del 8 al 9 de febrero de 1904, fuerzas navales niponas al mando del Almirante Togo forzaban, sin previa declaración de guerra, la entrada de la bahía de Port-Arthur y ponían fuera de combate a varias unidades rusas. Las hostilidades habían empezado.

---

32 A. ISVOLSKIY: *Mémoires;* París, 1923.

2 - De Tánger a Portsmouth y las andanzas del primo Willy

Entre las muy contadas ventajas que ofrece el estado de guerra, ocupa sin duda alguna el primer lugar la de poner un término a los embrollos diplomáticos que caracterizan y condicionan el estado de paz. Sin querer con esto enunciar un precepto metafísico más sobre la necesidad o la nocividad de las guerras en el desarrollo de la civilización, se quiere decir que cuando resuena el primer cañonazo las intrigas en cuestión se ven substituídas por una nitidez nunca soñada en tiempo de paz, en las relaciones diplomáticas. Cada uno sabe lo que tiene que hacer, sabe sobre todo quiénes son sus enemigos y quiénes sus verdaderos amigos. Las posiciones son claras y no queda sino luchar, hasta la victoria si es posible.

Esto que sucede generalmente y que casi podría ser considerado como una ley histórica si hubiese leyes históricas, tiene que sufrir algunas excepciones aunque más no fuere para obedecer al destino de todas las reglas, normas y leyes. Una de estas raras pero necesarias excepciones fué representada por la guerra ruso-japonesa.

El estudio de este conflicto nos demuestra, en efecto, que, en ningún momento, la guerra diplomática más encarnizada dejó de acompañar como una sombra al choque de las armas. Y aunque estas intrigas, por desarrollarse sobre la sangre de los combatientes, ofrezcan una fisonomía infinitamente más sórdida que las de los tiempos de paz, proporcionan a veces al historiador momentos gracias a los cuales puede separar la vista de los campos de muerte y divertirse francamente. Porque es una verdad que todos los combatientes conocen que la risa florece fácilmente, casi diría gratuitamente, en la guerra, como un antídoto que permite al espíritu sobreponerse a los horrores del espectáculo cotidiano. Esta vez —en el caso del conflicto ruso-japonés— el papel del cómico lo representa Guillermo II, "el primo Willy".

Pero se trata de un cómico involuntario, desprovisto del mínimo asomo de humorismo, una mezcla de Trissotin y de *miles gloriosus,* que varias veces y, particularmente, en ocasión de este conflicto, hizo de la diplomacia alemana una mera arlequinada.

Verdad es que el mapa de las relaciones internacionales, en este principio de 1904, le brindaba inmensas posibilidades para desarrollar libremente los recursos de su ingenio. Toda la culpa no fué suya. El mundo civilizado, en pleno desconcierto, se entregaba a una incoherente contradanza en la que Inglaterra, sin que nadie lo sospechara, re-

presentaba el papel de "maître de ballet". Eduardo VII firmaba una alianza con el Japón para que hiciera la guerra a Rusia y un acuerdo con Francia para que no la hiciera a aquél. Francia, a su vez, y a pesar de la sólida fama de dialéctico de la diplomacia que el mundo parisino había hecho un poco gratuitamente a Delcassé, no se atrevía a intervenir demasiado abiertamente a favor de su aliada más antigua ante su amiga más reciente y si violaba su acuerdo con Londres lo hacía con temor y temblor, con el temor de ser descubierta por una, con el temblor de disgustar a la otra con el mismo resultado a la vista. En cuanto a Guillermo, soñaba con planes monumentales de *Weltpolitik* que harían de Alemania, con la ayuda de Francia y de Rusia, la dueña del mundo después de la destrucción de la pérfida Albión en su mismo antro. Pero sus excitaciones antiinglesas, realizadas con una serie de gestos teatrales tras los cuales se escondía el temor de recibir una dura lección, tuvieron el resultado, no previsto por él, de unir más estrechamente a Francia y a Rusia a expensas suyas, la primera por la humillación impuesta por su "pretendiente" al exigirle el despido de su ministro de Asuntos Exteriores, la segunda por haber descubierto un poco tarde que las grandilocuentes palabras sobre la "Santa Cruz de Cristo" [33] y "el peligro amarillo" no escondían sino el propósito de verla malograrse en empresas lejanas. ¡Hermoso resultado para una campaña diplomática emprendida con el fin exclusivo de provocar una alianza continental contra Inglaterra!

Esta, es justo reconocerlo, había asistido con impasibilidad a los estallidos recurrentes de la furia guillermina. Es que, sola entre todas las potencias, sabía muy bien lo que quería. La Affaire Dreyfus, al debilitar a Francia interiormente, la había puesto en la imposibilidad material y moral de lanzarse en un conflicto contra su vieja rival africana y, por otra parte, la alianza de Londres con Tokío permitía a París no intervenir en el conflicto en curso, ya que no era Inglaterra la agresora "directa" de Rusia. Por fin, el Foreign Office, clarividente una vez más, sabía que por intermedio de Francia podría, en un futuro próximo, transformar el dúo de la *Entente Cordiale* en un trío que Eduardo VII orquestaría, y que se aseguraría de este modo la colabo-

[33] En 1898, cuando Rusia había obtenido de la Emperatriz Viuda la concesión de Talienwan y de Port-Arthur, Guillermo telegrafiaba al Zar: "Rusia y Alemania en la entrada del Mar Amarillo, esto debe ser considerado como san Jorge y san Miguel protegiendo a la Santa Cruz en Extremo Oriente y custodiando las puertas del continente asiático".

ración político-militar de una Rusia debilitada a quien el fracaso de sus sueños orientales no dejaría ninguna causa inmediata de conflicto con Inglaterra. Y el Rey diplomático que, por conocer muy bien a su sobrino berlinés, estaba seguro de que éste no se atrevería, en estas condiciones, a un choque armado con Inglaterra —choque en que sus flamantes acorazados llevaban buenas probabilidades de ser destruídos— podrá, cada vez que tenga la oportunidad de referirse a Guillermo, llamarlo *"mon valeureux poltron de neveu"*.

La ocasión para manifestarse en su papel de árbitro de los destinos mundiales, la guerra de Extremo Oriente no se la ofreció sino indirectamente. Se la proporcionaron los acuerdos anglo-franceses firmados el 8 de abril de 1904, que, concebidos por sus firmantes sobre la base de una delimitación de las zonas respectivas de influencia en Africa, en el Mediterráneo y en Terranova, dejaban la puerta abierta a un ensanchamiento futuro en la dirección de una alianza formal. Este acontecimiento, en muchas de sus consecuencias positivas, está tan ligado a aquel conflicto que me parece más lógico estudiarlo antes de pasar al examen de los hechos militares propiamente dichos.

La preeminencia del acuerdo en cuestión sobre estos hechos no escapó al mismo Guillermo II quien, el 19 de abril, es decir, menos de dos semanas después de la firma, telegrafiaba a Bülow, desde Siracusa, que Inglaterra, ya tranquilizada por el lado de Francia, "pondrá cada vez más en segundo lugar toda consideración hacia Alemania" [34]. Una semana más tarde, en Karlsruhe, pronunciaba un discurso muy subido de tono para recordar "a quien fuere" las victorias de 1870 y, el 1 de mayo, durante la inauguración de un puente sobre el Meno, dejaba entender que esta realización de la técnica alemana podría ser utilizada algún día "para transportes más serios" que los comerciales y que entonces "se comportaría perfectamente". Estas no querían ser sino "advertencias" ya que, como subraya muy bien L. Albertini [35], "no consideraba que (el acercamiento entre París y Londres) fuere susceptible de desarrollarse hasta llevar a Alemania al aislamiento de 1914. El creía que en cada coyuntura le resultaría posible evitar una guerra, por lo menos hasta el día en que fuera superada la fase crítica del peligro constituído por el período de armamentos navales, es decir,

34 *Die Grosse Politik*... XX.
35 *Op. cit.* Cap. III, 6.

según Tirpitz, hacia 1904-1905" [36]. Para evitar este aislamiento contaba con un acuerdo con Rusia y, por ende, con Francia y el incidente de Hull [37] le pareció poder favorecer este propósito. Telegrafiaba a Nicolás II, con fecha 27 de octubre de 1904, refiriéndose a las amenazas de guerra suscitadas por este desgraciado contratiempo: "Consecuencia de esta amenaza de guerra sería la imposibilidad para tu flota de zarpar por falta de combustible. Ese nuevo peligro debería ser afrontado conjuntamente por Alemania y Rusia, que deberían ambas recordar sus compromisos a tu aliada Francia. No hay duda de que Francia buscaría rehuirlos. Pero, si bien Delcassé es un anglófilo furibundo, es bastante cuerdo como para comprender que la flota inglesa no puede nada para salvar a París. En tal caso se formaría una poderosa coalición de las tres potencias continentales que el grupo anglosajón no atacaría sin pensarlo dos veces" [38]. Telegrama al cual el Zar contesta dos días más tarde: "El incidente del mar del Norte altera completamente la situación. No tengo palabras para expresar mi indignación ante la conducta inglesa. Llegó la hora de acabarla. El único medio sería —como tú mismo dices— que Alemania, Rusia y Francia estrechasen inmediatamente acuerdos susceptibles de triunfar de la arrogancia y de la insolencia inglesa y japonesa. ¿Quieres preparar un proyecto de tratado en este sentido y enviármelo? Una vez éste tratado aprobado por nosotros, Francia estaría obligada a seguir a su aliada. A menudo he pensado en un plan como éste: daría la paz y el descanso al mundo" [39].

Esta respuesta era tal como la podían esperar Guillermo, Bülow y Holstein, el alma negra de la Wilhelmstrasse, ya que dejaba a Ale-

---

[36] Escribe Tirpitz: "Alrededor de esta época, nuestra marina se habría vuelto tan fuerte como para suscitar los celos y la viva inquietud de Inglaterra. A partir de este momento, que se podía prever como el más crítico, el peligro de un ataque inglés disminuiría progresivamente; los ingleses comprenderían entonces que una acción contra nosotros presentaría un riesgo desproporcionado para ellos": *Erinnerungen;* Leipzig, 1919.

[37] Uno de los barcos de la flota rusa del Báltico que, al mando de Rozhdiestvenskiy, había abandonado los puertos de Rusia europea en dirección de Vladivostok, había cañoneado, en la noche del 21 al 22 de octubre de 1904, una flota de pesqueros ingleses tomados en la obscuridad por torpederos nipones. Uno de los pesqueros había sido hundido y hubo algunos muertos. El incidente fué difícilmente allanado a causa de la mala voluntad inglesa. Todo se arregló finalmente gracias a la intervención de Delcassé ante Eduardo VII. Los rusos siguen pretendiendo que torpederos japoneses fantasmas operaban entonces a la salida del Báltico con el beneplácito de Gran Bretaña.

[38] *Die Grosse Politik*... XIX.

[39] *Die Grosse Politik*... XIX.

mania en libertad para actuar con su diplomacia: 1) para separar a Francia de Inglaterra; 2) para obligarla a entrar en la liga continental proyectada. Lo que resulta bastante extraño es el tono de Nicolás II, hombre correcto y cuerdo que jamás se dejaba llevar por la ira, ni siquiera en los momentos de mayor nerviosidad. Es que el acuerdo franco-inglés, firmado tres meses después del comienzo de la guerra oriental, no le había aparecido como una manifestación muy leal por parte de su aliada, ya que ahora, Londres aprovechaba el incidente de Hull para ejercer toda clase de presiones sobre París a fin de incitarlo a negar a la flota de Rozhdiestvenskiy la entrada a sus estaciones carboneras de Madagascar y de Cochinchina. Al dejar aquella latitud a Guillermo II, su designio era recordar a Francia que su alianza con Rusia le imponía algunas obligaciones precisas con las cuales las exigencias inglesas estaban en contradicción. No podía prever que la diplomacia guillermina iba a actuar sobre Francia de un modo muy distinto del que él había previsto.

El desprecio de Guillermo y de Bülow para Inglaterra era fingido y servía para disimular un sentimiento menos confesable hecho de admiración, de envidia y de enojo. Es decir, que, por ser hombres desprovistos de ideas personales profundas, el complejo de inferioridad que condicionaba su acción diplomática para con Inglaterra los obligaba a seguir el camino de la imitación que, por su esencia misma, los condenaba al fracaso.

Para obligar a Francia a volver a la buena senda no pensaron en nada mejor que infligirle una serie de humillaciones como nación y como potencia. En la imposibilidad de hacer presión sobre la opinión pública que había vuelto a dirigir sus miradas hacia *la ligne bleue des Vosges,* Guillermo II decidió dar un golpe espectacular que humillaría a Francia en el exterior, lo que provocaría complicaciones internas. La oportunidad se la proporcionó la cláusula del acuerdo franco-inglés relativa a Marruecos.

Francia, en razón de sus posesiones argelinas lindantes con Marruecos, se veía reconocer el derecho, especial entre el de todas las potencias interesadas, de velar por la tranquilidad de aquella región, y de prestarle su asistencia para todas las reformas administrativas, económicas y financieras que necesitaba. Inglaterra insistía en el sentido de que los intereses españoles fuesen tomados "en especial consideración". En realidad, si comparamos esta parte del acuerdo con la parte correspondiente relativa a Egipto, firmada por Francia a favor de In-

glaterra, y si tenemos en cuenta la acción emprendida por ésta en los territorios del Nilo, no se equivocaban los alemanes al asegurar que la cláusula marroquí era una puerta abierta a Francia para la anexión del Imperio cherifiano [40]. Para realizar su designio de obligar a Francia a dejar de coquetear con la pérfida Albión, Guillermo, Holstein y Bülow decidieron, pues, transformar a Alemania en campeona de la independencia del Sultán de Marruecos. Y aquí se sitúa el lance teatral del desembarco de Guillermo en Tánger.

Habían sido necesarias todas las artimañas de Bülow para que el "valeroso cobardón" se decidiera a desembarcar. Durante algunas horas se quedó en su barco pretextando, ya sea la agitación del mar, ya su temor a un atentado anarquista. Finalmente se decidió, y rodeado de policías y de guardias moros pronunció ante el tío del Sultán las palabras siguientes: "Al Sultán, en su calidad de soberano independiente, es a quien hoy efectúo esta visita. Espero que bajo su soberanía el libre Marruecos quedará abierto a la competencia pacífica de todas las naciones, sin monopolios ni privilegios, sobre el pie de una igualdad absoluta. Mi visita a Tánger tiene el designio de hacer saber que estoy decidido a hacer todo lo que esté en mi poder para salvaguardar de manera eficaz los intereses alemanes en Marruecos, ya que considero al Sultán como un soberano absolutamente libre. Con él quiero entenderme sobre los medios susceptibles de salvaguardar estos intereses. En cuanto a las reformas que tiene la intención de realizar, me parece que es menester proceder con gran cautela ya que se deben tener en cuenta los sentimientos religiosos de la población a fin de que el orden público no sea turbado" [41]. El mismo día, 31 de marzo de 1905, el Kaiser volvía a embarcarse y abandonaba esas aguas infestadas de enemigos. Holstein y Bülow no pedían más. El 11 de abril siguiente, el Canciller publicaba una nota proponiendo a las potencias la convención de una conferencia destinada a solucionar el problema marroquí.

Delcassé, que se sabía apoyado por Eduardo VII y por Lord Landsdowne, hubiera querido resistir porque estaba seguro de encontrarse ante un "bluff" alemán. Pero el presidente del Consejo Rouvier pensaba de otro modo, así como Jaurès, jefe de la oposición de izquierdas, y Deschanel, exponente de los moderados. El único hombre dispuesto

[40] Esto es tanto más cierto cuanto que una de las cláusulas secretas del acuerdo franco-inglés preveía la repartición de Marruecos entre Francia y España.

[41] *Documents diplomatiques français (1871-1941);* Seg. serie, tomo VI.

a sostenerlo hubiera sido el Presidente Loubet quien —por ser la personificación de "la femme sans tête"— no podía hacer nada. Entonces Delcassé, aunque decidido a no ceder un ápice al "bluff" alemán, declaró al embajador Radolin que había un malentendido y que se podía hablar. Landsdowne le hizo saber, el 22 de abril, que Inglaterra estaba dispuesta a sostener a Francia si ésta se decidía a rechazar la idea de la conferencia. Comunicación que al ser seguida por varias otras, hechas en el mismo sentido de una concertación de los actos de los dos países, pero tan sólo en el terreno diplomático, fué presentada como de inspiración muy distinta por Delcassé a sus colegas de Gabinete a quienes declaró que Inglaterra estaba dispuesta a estrechar una alianza formal con Francia en el terreno militar [42]. Pero Rouvier alimentaba, sin cuidarse mucho de disimularlo, una fuerte inquina contra Delcassé y Bülow lo sabía perfectamente, razón por la cual rechazó toda idea de arreglo directo entre su país y Francia mientras ésta conservase el actual titular de su diplomacia. Luzzatti, jefe del gobierno italiano, entró entonces en acción y empleó todos los medios a su alcance para incitar a los alemanes a aceptar la idea de un arreglo directo. El 30 de abril declaraba al Embajador de Alemania en Roma, y lo declaraba en nombre de Delcassé, "que Francia estaba dispuesta a acordar al Emperador aquella satisfacción clamorosa" que los alemanes deseasen sobre la base de un arreglo común sobre la cuestión de Marruecos "de manera a no herir demasiado profundamente el sentido francés del honor" [43]. Pero Bülow se negaba y, por su embajador en París, hacía saber a Rouvier que Alemania estaba dispuesta a tomar las medidas más extremas a causa del cerco que, con sus intentos para turbar las relaciones de Berlín con Londres y con Petersburgo, Delcassé estaba tendiéndole. Abandonado por todos sus colegas, atacado por la mayoría de los parlamentarios y a pesar de una opinión pública que empezaba a calentarse muy seriamente contra Alemania [44], Delcassé, que la fatalidad de las circunstancia más que su talento personal había llevado a encarnar durante algunas semanas la dignidad de su país, dimitía el 6 de junio. Esta es sin duda la mayor humillación que Francia hubo

---

[42] En Francia se ha tomado el partido de creer (Cambon, Poincaré, Barrère, Paléologue) que la renuncia de Delcassé hizo "perder la oportunidad de una verdadera alianza con Inglaterra" (Poincaré, en *Au service de la France*). La realidad es muy diferente como lo demuestra Albertini en el primer tomo (cap. III, 6) de sus *Origini della guerra del 1914*.

[43] Bülow, *Op. cit.*

[44] Maurras, *Op. cit.* cap. XXI.

de sufrir después de sus derrotas de 1870 y así fué considerada por los franceses que, a partir de esta "cosa única en la historia" [45], desecharon toda idea de arreglo amistoso con Alemania.

Y, sin embargo, aun cuando el frenesí alemán no hubiese sido a base de "bluff", cosa que Rouvier y sus colegas ignoraban, si la guerra hubiese estallado, si bien se puede considerar como seguro que Inglaterra hubiera intervenido a favor de Francia, Rusia, que acababa de perder toda su flota en Tsushima y estaba en plena revolución, no hubiera podido intervenir en su favor [46].

Con una falta total de psicología, tan total que la podemos considerar como inversamente proporcional al volumen de su presunción, Guillermo II, que acababa de recompensar a Bülow con el título de príncipe, estimó llegado el momento del acuerdo continental de sus sueños. Convencido de haber asestado un golpe mortal a las buenas relaciones franco-inglesas, de haber realizado una hazaña susceptible de merecerle la admiración de Francia que, a la primera invitación caería entre sus brazos, no sentía ya ningún temor frente a la pérfida Albión. Pensaba que, al imitar los métodos que ésta había empleado para transformar a Francia de enemiga en amiga, había superado al modelo, puesto que no había tenido necesidad de aliarse con "el peligro amarillo" para volver innocuo al segundo miembro de la Dúplice, y que le bastaría utilizar el resentimiento de Rusia vencida por culpa de Inglaterra, para edificar otra Tríplice que, sumada a la primera, acabaría definitivamente con el poderío británico.

El 24 de julio de 1905, encontraba a Nicolás II en las aguas de Björkö y sorprendía su buena fe haciéndole firmar, sin dejarle un momento de reflexión, un extraño documento cuyos términos comprometían a Alemania y a Rusia a defenderse mutuamente "en Europa" con todas sus fuerzas contra cualquier Estado europeo. Rusia asumía el compromiso solemne de comunicar este tratado a Francia y de invitarla a incluirse en él como aliada. Escribió inmediatamente a Bülow cómo había procedido para llegar a este resultado. Algunos instantes antes de encontrarse con Nicolás, se había puesto a rezar pidiendo la protección de Dios. "Finalmente recité también la plegaria del viejo Dessauer

---

[45] A. MÉVIL: *De la paix de Francfort à la Conférence d'Algésiras,* citado por C. Maurras en *Kiel et Tanger.*

[46] El socialista Marcel Sembat es quien dió a la República Francesa el apodo de "femme sans tête", fórmula que encuentra su explicación en la nota Nº 23 del presente capítulo.

en Kesseldorf: es decir, que si no quería acudir en mi ayuda, que tampoco ayudase a la otra parte. En el acto, me sentí maravillosamente fortalecido y mi voluntad se hizo más vigorosa y más visible: *llevarás la cosa hasta el éxito sea cual sea, el precio que te cueste*". Nicolás, muy irritado contra Eduardo VII, declaró que mientras él viviera Inglaterra no podría hacerlo entrar en ningún sistema dirigido contra Alemania. La conversación cayó sobre las intrigas inglesas en el conflicto ruso-japonés y el Zar no escondió su desilusión a propósito de la actitud de Francia en el incidente de Hull. Guillermo, entonces, le habló de un proyecto de acuerdo que había preparado para permitirle, a él y a Nicolás, hacer frente a las artimañas de *Uncle Edward.*

"Saqué el sobre de mi bolsillo y desplegué el papel sobre el escritorio de Alejandro III frente al retrato de la madre del Zar [47]. Leyó una vez, dos veces, tres veces el texto que ya le envié a Usted. Dirigí una plegaria a Dios para que se mantuviera a nuestro lado en esta hora e inspirara al joven Emperador. La calma era impresionante. No se oía nada fuera del ruido del mar. El sol brillaba alegremente y expandía felicidad en la íntima atmósfera de la cabina. Frente a mí, resplandeciente de blancura estaba el *Hohenzollern* y, arriba, en la bruma matinal, sobre la franja negra de la bandera imperial podía leer las palabras *Gott mit uns* cuando el Zar me dijo: "*Es totalmente excelente. Yo estoy completamente de acuerdo*".

"Mi corazón latió tan fuerte que podía oírlo; me reporté y, sin parecer insistir, dije: "*¿Te gustaría firmar esto? Sería un agradable recuerdo de nuestra entrevista*". Una vez más, examinó el papel y, entonces, dijo: "*Sí, firmaré*". Abrí el tintero, le tendí la pluma y él con mano firme escribió: "*Nicolás*"; luego me ofreció la pluma y firmé a mi vez. Cuando me levanté, me estrechó entre sus brazos, profundamente conmovido. Luego dijo: "*Agradezco a Dios y te agradezco: este acto tendrá las consecuencias más ventajosas para mi país y para el tuyo. En el mundo entero, tú eres el único verdadero amigo de Rusia. Ya lo vi durante el curso entero de la guerra y lo sé*". Lágrimas de alegría perlaron mis ojos (y lo cierto es que gotas de sudor corrían por mi frente y por mi espalda) y mi pensamiento se volvió hacia Federico Guillermo III, la reina Luisa, el Abuelo y Nicolás I. Lástima que no estuviesen cerca de nosotros en esta hora. Sin duda desde arriba, al

[47] La entrevista tenía lugar en el yate de Nicolás II.

contemplarnos, se sentían seguramente embargados de alegría" [48]. No se sabe qué admirar más, si la farsantería del que escribe, la... ingenuidad de Nicolás II, o la emoción celestial del tierno Rey Sargento!

Tres días más tarde, escribía al Zar para volver a hacerle presente la necesidad imprescindible de obligar a Francia a abandonar Londres: "Mariana debe recordar que está desposada contigo y está obligada a dormir en tu tálamo, pero que, eventualmente, debe acariciarme y abrazarme a mí también sin deslizarse en el dormitorio de aquél que en la Isla intriga siempre y lo toca todo" [49].

Estamos en plena *Commedia dell'Arte.* Pero, para su resurrección, dos siglos después de su injusta muerte, este género es objeto de una interpretación nunca soñada por el más fantástico de sus antiguos cultores. El escenario, de mediterráneo se ha hecho hiperbóreo, la alegría chispeante de Pedrolino se ha helado y el ridículo Capitán Fracassa ha quitado el primer lugar al tierno Horacio; la farsa descabellada de antaño retrocede ahora ante la ridiculez más pesada, llevada por el Spaccabombardone de Berlín hasta cimas que nadie superó; y, sobre las aguas inhumanas del golfo de Finlandia, el primo Willy, hombre orquesta, representa también el papel del Confidente.

Los dos héroes de esta alegre jornada tuvieron que volver a casa. Al enfrentarse con Bülow, Guillermo II se vió obligado a reconocer que la expresión "en Europa" era un error monumental ya que, en el caso de una guerra contra Gran Bretaña, la participación rusa debía desarrollarse en Asia. El flamante príncipe se puso furioso y presentó su renuncia, lo que le permitió recibir de su amo el Emperador y Rey una de las cartas más extraordinarias, la más extraordinaria probablemente, que súbdito alguno haya recibido de su soberano. Guillermo le recordaba con acentos patéticos los peligros corridos por su culpa en el "desembarco de Tánger" y le suplicaba abandonara su propósito de retirarse. Si no, se daría la muerte. Buen "príncipe", Bülow accedió.

En cuanto a Nicolás II, que como hombre sencillo y bien educado había tenido en la representación de Björkö un papel más bien expectante, no tuvo que ser el héroe de ningún melodrama. Lamsdorff pudo, sin recurrir a efectos trágicos, servir honradamente a su soberano algunas semanas antes de retirarse. Considerando que el tratado en cuestión era inaplicable, convenció a Witte —partidario sin embargo de un

[48] *Dio Grosse Politik...* XIX.
[49] T. WOLFF, *Das Vorspiels;* Munich, 1925.

acercamiento franco-alemán— de que persuadiera a Nicolás II de la monstruosidad de este intrumento diplomático que violaba en su espíritu y en su forma la alianza franco-rusa y el acuerdo anglo-francés, que, además, chocaba con todas las disposiciones de la Tríplice Alianza, y que de haber sido aplicado hubiera despertado los viejos rencores de Austria contra Rusia. Nicolás vió la trampa y la evitó a tiempo, a pesar de las insistencias del Kaiser para que siguiera considerando el acuerdo como valedero; Witte, que volvía de Norte América donde había negociado la paz de Portsmouth que ponía un término a la guerra con el Japón, gozaba entonces de gran prestigio ante el Zar quien le debía el final honroso de la aventura de Extremo Oriente y lo necesitaba, además, para restablecer el orden interior sacudido por la revolución. Ya no se volvió a hablar de liga continental [50].

Entonces, preguntará el lector ¿para qué hablar de la excelencia del sistema monárquico y de su superioridad sobre el republicano si, en una ocasión como la de Björkö, nos enfrentamos con un monarca más que regularmente loco, enteramente dedicado al éxito de una empresa descabellada?

Es que, en verdad, esta empresa no era descabellada. Un pacto continental dirigido contra Inglaterra era una empresa muy lógica para Rusia después de sus derrotas de Extremo Oriente, puesto que detrás de las armas japonesas se perfilaba la sombra del Imperio británico; no era menos lógica para Francia donde tenía muchos partidarios, incluso el muy republicano Ernest Lavisse, historiógrafo oficial del régimen, que se había transformado en una especie de papa de la democracia. Numerosos franceses pensaban todavía, siete años después de Fachoda, que Inglaterra seguía siendo "la enemiga del género humano" y es cierto que la historia de Francia es el registro ininterrumpido de los atropellos y de las violencias inglesas, mientras, en los doce siglos de su vida nacional, su conflicto con Alemania se extiende sobre menos de cien años. Si bien en este conflicto Francia había perdido dos provincias, las violencias inglesas le habían costado el Canadá, las Indias, la seguridad de su imperio africano y, a causa del pacto reciente, sus derechos sobre Terranova, sobre Egipto y sobre Siam. Pero Francia,

---

[50] Todos los detalles de esta hilarante entrevista son contados por Luigi Albertini en el capítulo tercero de sus *Origini della guerra del 1914,* tomo primero, y en la obra del barón M. DE TAUBE: *La politique russe d'avant-guerre et la fin de l'Empire des Tsars, (1904-1917);* París, 1928. El barón de Taube, especialista en derecho internacional y miembro del Consejo de Imperio de Rusia, fué mucho tiempo consejero jurídico del Puente de los Cantores.

por estar gobernada por "la femme sans tête", no tenía nada que opinar, no podía opinar nada, ni siquiera desear nada en cuanto a sus alianzas. Es que una democracia no puede tener política exterior [51]. Ni buena ni mala. Sólo puede estar a la zaga de los acontecimientos o de quien, desde afuera, desea, opina y actúa por ella. Tanto es así que esta vez, como cuando la agresión bismarckiana de 1875, como cuando Fachoda, como cuando la caída de Delcassé, la democrática Francia no pudo un solo instante dar su sello personal a los acontecimientos, y hemos visto su dignidad defendida, no por ella, sino por amigos interesados un tiempo en no verla caer demasiado bajo: Alejandro II, Luzzatti, Eduardo VII... Amigas o enemigas, Alemania, Rusia, Inglaterra son quienes la obligan a avanzar, sin dejarle siquiera el tiempo para pensar en su propio interés.

El pacto de Björkö era inaplicable no porque Rusia temiera que Francia se negase a aceptarlo. Lo era porque Nicolás II, bien aconsejado, por su serenidad más que por Lamsdorff y por Witte, se negó a transportar su resentimiento muy justificado contra Eduardo VII, al terreno de las relaciones internacionales, porque vió que Guillermo no podía ser un aliado seguro ya que algún día tendría que enfrentarse con él a propósito de los Balcanes donde Austria, aliada más "interesante" que Rusia para Alemania, siempre le cerraría el paso. En Björkö, Nicolás II, hombre de poco vuelo, escuchó en silencio lo que le dijo su brillante colega berlinés. Después, a pesar de este su poco vuelo o, quizá, gracias a él, rechazó sin vacilar lo que había aceptado en un momento de ofuscación.

La actitud de Guillermo II no es la política del Emperador de Alemania. El historiador no puede fijar la vista, sino para divertirse un momento, sobre la crónica grotesca que él mismo ha tomado la precaución de transmitirnos. Debe ir más allá de estas ridiculeces que no son más que apariencias, no puede fijarse en expresiones que si bien incitan a la risa, no deben disimularnos algo que es infinitamente más importante: la existencia de un gran propósito diplomático alemán. Este consiste en agrupar las fuerzas continentales contra Inglaterra, única rival temible para Alemania, y en esta dirección actúa

[51] Inglaterra no es una democracia, es una oligarquía de forma monárquica y, además, el Foreign Office es absolutamente independiente del Parlamento que no dispone de ninguna comisión de relaciones exteriores para controlarlo. ¿Norteamérica? Democracia cuyos presidentes nos dan Yalta y Potsdam y la Europa y el Extremo Oriente de los años 1945.

Guillermo II, con toda su farsantería, con su pesadez y con su mal gusto. Pero, contrariamente a lo que hubiera podido suceder en 1903, el propósito ruso no coincide ya con el propósito alemán. Vencida en Oriente, Rusia tiene que volverse de nuevo hacia Europa ya que se encuentra en la obligación de seguir ocupando el lugar que casi ha perdido en el concierto de las grandes naciones. Entonces su propósito se hace de nuevo balcánico y Rusia activa en los Balcanes. Esto significa Rusia sobre la ruta de Constantinopla. Pero, en los Balcanes, tendrá que chocar con Austria aliada de Alemania, que Alemania no puede abandonar. Por cuya razón, el propósito ruso tiene que utilizar a Francia contra Austria y, por consiguiente, contra Alemania. Y, al utilizar a Francia, tendrá que pensar en un arreglo con Inglaterra y, a través de ésta, con Italia, enemigo potencial de Austria a causa de Albania, de Trieste y de Trento. Tanto como el alemán, el propósito ruso es un gran propósito político porque como aquél es un propósito monárquico, como lo fué el inglés de la Affaire Dreyfus y de Fachoda. Y solamente una monarquía puede concebir tales designios después de una derrota militar, en plena guerra civil.

V

La guerra contra Rusia, Tokío la había desencadenado deliberadamente, no sólo en defensa de intereses políticos y materiales transitorios, sino también y sobre todo en nombre de un imperialismo espiritual y racial que, en 1905, hacía decir al conde Okuma, uno de los inspiradores de la diplomacia nipona, que el Japón debía ser "el alma rectora de Asia". Para ponerse en postura de asumir este papel, le era necesario: 1) empezar por integrarse China que había que "iluminar y civilizar"; 2) reducir a la impotencia aquella nación occidental que, más apremiantemente que cualquiera otra, estaba disputándole este terreno.

Es que, en efecto, China constituye una reserva inagotable de riquezas todavía sin explotar y, sobre todo, una fuente desde donde irradian las corrientes espirituales e intelectuales que, de modo a la vez lento y seguro, condicionan la conducta de los otros pueblos asiáticos. Es decir, que China ocupa una posición que el Japón tiene que controlar si quiere alcanzar a estos pueblos. Es que, también, Rusia es la rival blanca que ha llegado más cerca del mar del Japón, la que

ha levantado la primera barrera occidental ante la expansión nipona ya que Alemania no ocupa en Asia un lugar eminente, que Inglaterra tiene más bien intereses sudorientales como Francia, y que Norteamérica no representa ningún peligro inmediato a pesar de su política de la puerta abierta, que, por fin, al humillar al Zar blanco, el Japón alcanzará el más elevado de sus objetivos: hacer patente a los pueblos asiáticos la posibilidad de vencer a los Occidentales hasta entonces usurpadores invictos de su independencia y de sus riquezas.

A través de su culto del honor nacional —verdadera constitución religiosa de la patria—, el Japón está convencido de su superioridad racial tal como se la enseña el *Bushido*. Y cuando estalla la guerra tan cuidadosamente preparada, los soldados nipones "saben" que la dinastía que rige sus destinos desde hace veinticinco siglos jamás ha sido vencida, que la muerte en aras del honor nacional "es más liviana que la pluma", y que este honor se defiende atacando al enemigo antes de que éste se halle en condiciones de invadir la tierra sagrada de los antepasados. Además, en razón del exceso de su población que el suelo nacional no puede alimentar, el Japón está en la obligación de sacudir el yugo del extranjero que le vende sus alimentos y que puede matarlo de hambre al no querer vendérselos. El honor nacional, para permanecer intangible, para no sucumbir, exige del soldado que conquiste aquellos territorios que nutrirán a los cuarenta y cinco millones de japoneses y los libertarán de su dependencia del extranjero. En 1858, cuatro años después del "acuerdo" con el comodoro Perry, el Shôgun escribe en una relación al Emperador que este "acuerdo" impuesto por una potencia blanca en beneficio de todas las potencias blancas, no debe ser una capitulación. Con sus nuevos "amigos", el Japón debe desarrollar sus riquezas y sus fuerzas. "Entonces, podremos entrar en el concierto de las naciones y entendernos con aquellas potencias cuyos principios son idénticos a los nuestros". Pero esta inteligencia no puede ser pasiva, ya que el Japón se rescatará de su humillación de 1854 utilizando a estas potencias contra las otras. ¿Qué principios podía tener en común, en 1904, con Inglaterra y con Norteamérica? Ninguno por cierto en el plano doctrinal y espiritual. Pero, en el plano internacional, supo adaptarse perfectamente al deseo de Londres y de Washington de ver a Rusia derrocada de la posición preeminente que había conquistado en la carrera para la explotación del Imperio chino. Siempre con los blancos menos dotados contra los más ricos, el Japón sabrá entenderse con el grupo anglosajón en 1904

sobre los principios de la libre competencia y de la puerta abierta para combatir el imperialismo ruso, y con Alemania en 1941 sobre el concepto de las naciones proletarias cruzadas contra las naciones plutocráticas. Tanto en 1904 como en 1941, el Japón tendrá siempre los ojos fijos en la necesidad de conservar a China para él solo. El error de Inglaterra consistió en no comprenderlo y en ayudar a esta nación asiática —recientemente abierta a la técnica occidental— en su empresa antioccidental. Empresa que se repetirá menos de medio siglo más tarde, pero esta vez contra ella misma y que tendrá como resultado hacerle perder de modo definitivo su imperio extremoriental.

Frente a estos conceptos generales que son los de una nación consciente de sí misma, orgullosa de su grandeza y celosa de su soberanía, los responsables de la política oriental rusa cometen la equivocación de pensar que el Japón jamás se atreverá a hacer la guerra y si ésta llegara a producirse no pasaría de ser una mera expedición colonial, "una pequeña guerra", había dicho Plehve. El ataque desencadenado por Togo en la noche del 8 al 9 de febrero los despertó a la realidad.

Al examinar un mapa de Extremo Oriente podemos comprobar cómo la situación estratégica general es infinitamente más favorable para los japoneses que para los rusos en lo que concierne tanto a las operaciones terrestres como a las navales. Entre Kyushu, la más oriental de las islas japonesas, y la extremidad de la península de Corea, se extiende un estrecho, ancho de cien millas, abierto a dos buenas bases militares, Sasebo y Nagasaki, donde pueden embarcarse las tropas expedicionarias destinadas a los puertos coreanos de Fusán, de Masampó y de Mokpó y a los de Gensán, de Chemulpó y de Chinampó. En razón del mal estado de las vías coreanas de comunicación, el interés táctico del Japón era desembarcar sus fuerzas en el Mar Amarillo y en el fondo de la bahía de Corea, en la desembocadura del río Yalú. El estado mayor nipón podía pues controlar sus operaciones desde la misma metrópoli y disponer sus fuerzas en abanico de manera que la punta de acción más extrema no estuviera muy alejada del punto central.

Las posiciones rusas eran excéntricas y tenían que extenderse, en el sentido vertical, sobre las seiscientas millas que separan a Vladivostok de la bahía de Corea; además, las siete mil quinientas millas del Transiberiano tenían que repercutir muy desfavorablemente sobre la instalación del dispositivo en razón de la dificultad que semejante distancia ofrece para el empleo de las reservas. Por fin, la creación del

Virreinato de Extremo Oriente no había solucionado esta importante cuestión de las reservas puesto que, por disponer solamente de fuerzas de primera línea, Alexéiev era tributario, para la constitución y la entrada en acción de cuerpos de segunda línea, de los efectivos europeos dependientes directamente del ministerio de Guerra en San Petersburgo.

Estas condiciones imponían a los beligerantes sus planes de operaciones y se los imponían de un modo estrecho que, por las razones que acabo de indicar, era sumamente favorable para los japoneses y extremadamente incómodo para los rusos.

Los primeros adaptaron sus planes a las directivas generales siguientes: 1) desembarcar lo más cerca posible de Port-Arthur y muy rápidamente a fin de resolver la situación antes de la llegada de los refuerzos rusos; 2) conservar el dominio del mar para asegurar los transportes en hombres y en material necesarios para el desarrollo de las operaciones terrestres; 3) prever por consiguiente una o más batallas navales.

Para los rusos se trataba: 1) de derrotar inmediatamente el cuerpo de desembarco enemigo para impedirle el envolvimiento de las bases navales y de las plazas fuertes de la península de Liao-tung, utilizando al máximo el Transiberiano para los abastecimientos; 2) de impedir desembarcos en el norte de Corea y en la península de Liao-tung y vigilar cuidadosamente el Mar Amarillo con fuerzas navales preponderantes para obstaculizar los convoyes y las operaciones de la marina rival; 3) de preparar encuentros navales decisivos.

En el comienzo de las hostilidades, el cuerpo japonés de operaciones terrestres estaba compuesto de doce divisiones, más una división de la Guardia, con efectivo global de doscientos mil hombres repartidos en 156 batallones, y de una reserva de trescientos mil hombres. El plan de movilización era sumamente ágil y, en pocos días, fueron constituídas las masas de reserva que una poderosa flota mercante transportó rápidamente a través del estrecho de Corea. Además las fuerzas navales del Tenno, con sus seis acorazados de doce a quince mil toneladas armados de piezas de 305 y 152, sus seis cruceros acorazados de diez mil toneladas con piezas de 203 y de 152, sus ocho cruceros protegidos de tres a cuatro mil toneladas, y sus diez y seis escuadrillas de contratorpederos y de torpederos, presentaba un bloque homogéneo con unidad de mando, apoyado sobre bases navales y arsenales bien situados. Por fin, la victoria naval que ocho años antes había permitido a esta joven Armada derrotar de modo clamoroso a

las fuerzas navales chinas, había infundido en todos los marinos una seguridad absoluta en la victoria y un extraordinario entusiasmo para combatir.

Las fuerzas terrestres rusas eran menos numerosas que las japonesas en el momento de iniciarse las operaciones. Alexéiev disponía de efectivos repartidos entre 65 batallones de infantería, 35 escuadrones de caballería y 25 baterías de artillería. El plan de movilización preveía el envío desde Europa de dos cuerpos de ejército de cuatro divisiones cada uno para alcanzar un conjunto de 128 batallones. Pero mientras la movilización y el envío de las reservas al frente se realizaban para los japoneses en menos de una semana, las mismas operaciones exigían en Rusia un lapso de cuarenta a cincuenta días a menudo aumentado por la necesidad de emplear la vía única del Transiberiano para el transporte del material de guerra y por la de un transbordo a través del lago Baikal. Las fuerzas navales rusas de Extremo Oriente comprendían dos acorazados de once mil toneladas con piezas de 305 y 152; dos de trece mil con artillería de 254 y de 152; dos de trece mil toneladas con piezas de 305 y de 152; cuatro cruceros acorazados de siete mil toneladas; siete cruceros protegidos diversamente armados; veinticinco torpederos, corbetas y buques auxiliares. En conjunto, estas fuerzas navales estaban frente a las del enemigo en una inferioridad inicial de condiciones que su división entre las bases alejadas una de otra de Vladivostok y de Port-Arthur, es decir, con el centro del abanico japonés a mitad de camino de su línea de operaciones, venía a agravar considerablemente. En fin, la primera de estas bases estaba bloqueada por el hielo casi la mitad del año y las fortificaciones de Port-Arthur eran imperfectas e inacabadas, razón por la cual, en vísperas de la guerra, Kuropátkin consideraba a esta plaza incapaz de resistir un ataque japonés.

Para terminar este bosquejo de las fuerzas en presencia, es necesario subrayar que la moral de los dos pueblos en lucha evolucionó desde un principio en direcciones muy distintas. La guerra de Extremo Oriente era para los rusos una operación colonial en la cual estaban en juego intereses nacionales importantes pero no vitales, mientras el pueblo japonés, que tomó parte en ella con un entusiasmo verdaderamente religioso, la consideraba como una cruzada nacional de cuyo éxito dependía todo su porvenir. Estas concepciones distintas no dejaron de representar un papel importante en la marcha de las operaciones.

Rusia, por su situación táctico-logística, se encontraba en la necesidad de doblegarse, hasta que pudiera solucionar el problema de sus reservas y de sus masas de maniobra, a una guerra meramente defensiva y, por ello, de concentrar sus fuerzas de primera línea entre Liao-yang, sobre la línea del ferrocarril Port-Arthur-Mukden, y Kincheú, sobre el ramal Peiping-Mukden. Los japoneses, que su ataque relámpago sobre Port-Arthur ha hecho, por algún tiempo, dueños del mar tanto más cuanto que el Almirante Stark que dirigía la plaza era hombre sin grandes cualidades de mando, deciden aprovechar estas circunstancias para desembarcar en Corea y avanzar sin descanso hasta cortar el ferrocarril Mukden-Liao-yang, fijar así las fuerzas rusas de Manchuria y echar el resto de sus efectivos en la península de Liao-tung. Sin embargo, mientras pueden ejecutar sin ser turbados por una resistencia encarnizada por parte del enemigo. la primera parte de esta operación, se encuentran en la obligación de retrasar la ejecución de la segunda porque, el 8 de marzo, Stark ha sido reemplazado en el mando de la flota de Port-Arthur por el almirante Makárov, quien goza de gran prestigio en la marina rusa y en el extranjero y empieza inmediatamente a entorpecer los movimientos de las fuerzas de Togo con una serie de salidas incesantes que lo llevan a perseguir al enemigo hasta en el Mar Amarillo. Pero en la noche del 12 al 13 de abril, mientras persigue a una flotilla de torpederos japoneses, el acorazado *Petropavlovsk* donde ha izado su insignia, choca con una mina y se hunde causando la muerte del dinámico marino. Su reemplazante, el almirante Utomskiy, impresionado por el desastre, vuelve a Port-Arthur e interrumpe desde ya toda actividad relevante.

Hasta entonces, las fuerzas terrestres de Kuropátkin no han tenido con los japoneses desembarcados en Corea meridional otros encuentros fuera de algunos choques de caballería. La muerte de Makárov va a permitir al estado mayor nipón, a quien la combatividad de los buques fondeados en Port-Arthur no inquieta ya, emprender operaciones en gran escala. La primera gran batalla terrestre de la campaña tuvo lugar el 18 de abril / 1 de mayo sobre el río Yalú en los confines de Manchuria y de Corea entre el grupo oriental ruso y el primer ejército japonés del general Kuroki. Los rusos, inferiores en número, se ven obligados a retroceder pero lo hacen en buen orden para cubrir la vía férrea Port-Arthur-Mukden. Este repliegue ordenado por la prudencia, ya que Kuropátkin se encuentra en la obligación de no arriesgar las pocas tropas que tiene antes de la constitución y de la llegada de reser-

vas suficientes, permite sin embargo a los japoneses apuntarse otras ventajas estratégicas. En efecto, desvanecido el temor de ver envueltas por el grupo oriental ruso a las tropas desembarcadas en Chinampó, el alto mando nipón, mientras deja al ejército Kuroki mantener el contacto al norte con las fuerzas de Kuropátkin para prevenir todo retorno ofensivo, desplaza la base de Togo desde las islas Hall, a la entrada del Mar Amarillo, hasta las islas Elliot en el golfo de Corea, y hace desembarcar el III Ejército del general Noghi en Pitsevo, el 5 de mayo, con la consigna de cortar la península de Liao-tung y de aislar por consiguiente a Port-Arthur. Alexéiev, prudentemente, abandonó el lugar dejando el mando de la flota al almirante Witheft y el de la plaza al general Stoessel. Ya en la imposibilidad de obstaculizar la operación de Pitsevo, Witheft y Stoessel se resignaron a soportar el sitio que los japoneses iban a poner ante la plaza, y para hacer su defensa más eficaz desembarcaron los cañones de medio y pequeño calibre de los buques fondeados en la bahía. Entre tanto Noghi avanzaba hasta llegar al contacto con las defensas exteriores de Port-Arthur cuya situación se hacía desesperada, mucho más por la rivalidad que había separado a Kuropátkin y Alexéiev que por culpa de los japoneses. El primero en efecto, al tener presente la necesidad de no distraer ninguna de sus divisiones para esperar los refuerzos que le permitirían dar batalla con probabilidades de éxito, quería que toda la península de Liao-tung fuera evacuada y que el presidio de Port-Arthur viniera a aumentar sus efectivos; el segundo quería que la plaza siguiera como base de la II Escuadra. El punto de vista del ministro de Guerra era sin duda alguna el más cuerdo pero triunfó el del Virrey, lo que surtió consecuencias incalculables para la marcha ulterior de las operaciones terrestres y navales.

Ya terminadas sus operaciones de desembarco en la península, los japoneses de Noghi desencadenaron la ofensiva contra Port-Arthur el 13/26 de mayo y tomaron rápidamente Paulantién, Kinchiú —llave de la plaza— y el puerto comercial de Dairén. El presidio de la plaza, reducido a dos divisiones, se encuentra ya totalmente bloqueado por fuerzas diez veces superiores que tienen la seguridad de triunfar en pocas horas. El sitio, sin embargo, va a durar siete meses, porque la defensa organizada por Stoessel va a igualar por sus actos de heroísmo a la de Sebastopol durante la guerra de Crimea.

Mientras las divisiones de Noghi sitian Port-Arthur, Kuropátkin sigue concentrando sus fuerzas en la meseta de Liao-yang. El II y el

IV Ejércitos de los generales Oku y Nodzu se dirigen hacia esta región con el propósito de enlazar con Kuroki. El mando ruso se encuentra, pues, en la necesidad de atacar para impedir esta junción y puede hacerlo según dos directrices, ya sea contra Kuroki —y así tiene la posibilidad de acabar con la amenaza que pesa sobre Mukden—, ya sea contra el grupo Oku-Nodzu, lo que puede permitirle restablecer el contacto con Port-Arthur. No se considera todavía bastante fuerte para emprender esta última maniobra que es evidentemente de largo alcance y tiene la desventaja de descubrir Mukden y, si bien ha llegado a disponer de fuerzas casi iguales a las de Kuroki, no quiere atacarlo antes de tener un margen de maniobra suficiente. Esta temporización impuesta a Kuropátkin por cálculos de prudencia muy comprensibles, permite a los II y IV Ejércitos japoneses enlazar con el de Kuroki. Este conjunto pasa a formar un grupo autónomo bajo las órdenes del Mariscal Oyama. Este, que no tiene las mismas razones que Kuropátkin para esperar, ataca sobre todo el frente de Liao-yang el 17/30 de agosto. Durante todo el día, los japoneses no pueden pasar, todos sus ataques se estrellan contra las fortificaciones rusas. Pero en la noche del 17 al 18, el Ejército Kuroki emprende una maniobra envolvente sobre el ala izquierda del dispositivo de Kuropátkin. Este se ve en la obligación de replegar su dispositivo para cubrir Mukden y lo hace en buen orden sin que en ningún momento los japoneses, muy superiores en número, puedan sembrar el desconcierto en las retaguardias rusas.

Finalmente, recibidos refuerzos suficientes que ponen a su disposición una masa de maniobra de 260 batallones, Kuropátkin decide pasar al ataque en dirección de Port-Arthur que se defiende siempre sin ceder ninguna de las defensas llave de la plaza. Pero al partir de Mukden se encuentra en la obligación de operar según un dispositivo muy complicado ya que, mientras la mitad de sus tropas deben avanzar en llanura, el resto debe actuar en un sector montañoso para el cual le faltan medios de transporte. La ofensiva iniciada el 21 de septiembre, se interrumpe después de trece días de luchas continuas que han permitido a los rusos avanzar a lo largo del río Cha-Ho y que han fracasado en el sector montañoso del Liao-yang. Rusos y japoneses, exhaustos, se encuentran en la imposibilidad de mantener su esfuerzo y el 18 de octubre los dos adversarios toman sus posiciones de invierno a diez y nueve verstas al sur de Mukden.

Ya no queda ninguna esperanza de salvar a Port-Arthur cuyos ba-

rrios residenciales y puerto interior están sometidos al tiro de la artillería de sitio japonesa. Después de la tentativa de salida efectuada en julio-agosto por la II Escuadra rusa con el designio de alcanzar Vladivostok, tentativa fracasada y que anula prácticamente a estas unidades, Noghi intenta, del 4/17 al 10/23 de agosto, tomar la plaza por asalto. Sus soldados realizan prodigios de heroísmo que vienen a estrellarse ante la resistencia tenaz de las tropas rusas animadas de un alto espíritu combativo gracias a la audacia del general Kondrantenko. Pero se trata de una lucha desigual en la cual el heroísmo y el espíritu de sacrificio no pueden reemplazar las pérdidas y las inferioridades materiales. Parecía, sin embargo, que el milagro iba a realizarse y durante algunos meses todavía siguió la resistencia desesperada de los cazadores siberianos. Pero con la muerte del general Kondrantenko la resistencia empezó a vacilar y el 24 de diciembre de 1904 e. a., destruídos todos los almacenes y quemadas las últimas reservas, el general Stoessel se resignó a rendir la plaza entre las manos del general Noghi.

Esta victoria permite al mando nipón agregar el Ejército Noghi a las fuerzas del Mariscal Oyama. Hacia la mitad de enero de 1905, los adversarios están preparados para el choque decisivo. Las fuerzas son sensiblemente iguales, alrededor de 250.000 hombres con un número parecido de bocas de fuego. El dispositivo ruso que se extiende al sur de Mukden presenta, de este a oeste, el II Ejército del general Grippenberg, el III de Kaulbars y el I de Linievich, respectivamente enfrentados por el II de Oku, el IV de Nodzu y el I de Kuroki. Los rusos son los primeros en atacar, pero después de éxitos brillantes alrededor de Sandepú la lucha se estanca. El plan de Kuropátkin consiste en reagrupar sus fuerzas, concentrar sus bocas de fuego sobre el ala izquierda japonesa y envolverla; y lo dispone todo para desencadenar la ofensiva general a primeros de marzo. Pero Oyama se le adelanta el 8 de febrero e. a., emprendiendo un vasto movimiento de ruptura en dirección del río Liao-ho. La batalla, conocida con el nombre de batalla de Mukden, dura diez y ocho días sin que en ningún momento los antagonistas pierdan el contacto. Obligado a abandonar Mukden, Kuropátkin deja el mando al general Linievich quien se repliega rápidamente hacia el norte a lo largo del Transiberiano; con el fin de obligar a los japoneses a abandonar el contacto, quema todas las instalaciones y hasta las aldeas manchúes. Así piensa encontrar el tiempo necesario para organizar la defensa de Jarbín. Después de la captura de Tien-ling, Oyama no piensa en perseguirlo. Sus tropas diez-

madas no pueden ya recibir abundantes refuerzos. El Japón se ha tendido hasta el extremo límite, sus reservan están agotándose y, además, tiene que enfrentarse con la amenaza de ver las operaciones desarrollarse, de ahora en adelante, muy lejos de sus bases de partida. Por el contrario, los rusos esperan dos ejércitos de reserva que están preparándose para salir de Europa, disponen en Jarbín de almacenes bien provistos y están recibiendo una artillería abundante. La moral de las tropas, sacudida un instante por la larga retirada, está de nuevo a un nivel bastante elevado para que el mando ruso pueda prepararse a nuevas operaciones con tropas frescas contra un adversario cansado y que ha dado un máximo a partir del cual su combatividad va a ir disminuyendo. Las temporizaciones de Kuropátkin han tenido el resultado de agotar al adversario y la situación es parecida a la de 1812 cuando, después de sus triunfos iniciales, Napoleón fué obligado a replegarse hacia las fronteras.

Pero mientras su ejército de Manchuria se rehace rápidamente y se prepara para nuevas operaciones, Rusia pierde su segunda flota del Pacífico formada con las unidades del Báltico. Salida, bajo el mando del almirante Rozhdiestvenskiy en el mes de octubre anterior hacia Extremo Oriente, esta flota, compuesta de unidades muy diferentes en tipo, en edad y en velocidad, había recorrido 16.600 millas, realizando por esta sola expedición una epopeya que no tiene correspondencia en la historia de ninguna otra marina. Mientras sus unidades más viejas, con los almirantes Falkersam y Niebogatov pasaban por el Mediterráneo y el canal de Suez, el grueso de la Armada, con Rozhdiestvenskiy, rodeaba a Africa por el Cabo de Buena Esperanza haciendo carbón en las aguas del Gabón, y esperaban en Passadowa (Madagascar) las unidades de Falkersam con las cuales tomaba la dirección de la Indochina francesa donde descansó algunos días con la complicidad del gobierno de París. Alcanzado por las viejas unidades de Niebogatov el 9 de mayo cerca de la costa de Anam, el 14 se dirigía con resolución hacia el norte con el propósito de llevar sus unidades, entre las cuales muy pocas se encontraban ya en estabo de combatir, a Vladivostok a través del estrecho de Corea y del mar del Japón. El 14/27 de mayo de 1905 la flota rusa se encontró con las unidades frescas de Togo en el estrecho de Tsushima. La batalla iniciada en estas condiciones se transformó pronto en carnicería y terminó en la noche siguiente con la destrucción total de la flota rusa. Rozhdiestvenskiy, gravemente herido, había sido capturado al final de la tarde. De los ocho acorazados

rusos, seis fueron hundidos y dos capturados; cinco cruceros sobre nueve se perdieron, tres se internaron en Manila; un guardacostas fué hundido, los otros dos capturados; cinco contratorpederos sobre nueve fueron hundidos; para las unidades menores nos encontramos con proporciones parecidas. Es decir que sobre treinta y ocho buques, veintidós fueron hundidos, seis capturados, seis desarmados en puertos neutrales, uno quedó con suerte desconocida y otro fué dejado libre después de su captura. Solamente los cruceros *Izumrud* y *Almaz* alcanzaron milagrosamente Vladivostok. Según la relación del almirante Togo, los japoneses sufrieron pérdidas mínimas: tres torpederos hundidos y tres cruceros con averías más o menos graves.

Después de este desastre, el gobierno ruso, preocupado por los movimientos interiores que empezaban a sacudir la estructura del Imperio, se mostró dispuesto a considerar favorablemente el ofrecimiento de mediación hecho por el Presidente Roosevelt a petición del Japón, y los dos beligerantes decidieron abrir negociaciones de paz.

V

Agotados, los dos lo estaban por cierto, pero el Japón mucho más que Rusia. La reserva de hombres que ésta constituía la hubiera llevado fatalmente, aunque todos sus generales hubiesen sido unos incapaces, a dominar a un adversario que no podía enviar una división más a la línea de batalla y cuyo material empezaba a deteriorarse. Si bien había sido vencida completamente sobre el mar, militarmente Rusia podía continuar la guerra y barrer a los japoneses de todas sus posiciones continentales ya que la relación de las fuerzas tendía a serle cada vez más favorable. El gobierno nipón veía por su parte muy claramente que le quedaba mucho camino por recorrer para ocupar los centros vitales de Manchuria, ya que sus tropas, en un año de lucha, habían progresado sólo 150 kilómetros y que más de 500 kilómetros separaban sus avanzadas de Jarbín. Para un año más de guerra le eran necesarios mil quinientos millones de yens que el pueblo japonés no podía ya proporcionarle. Por fin, Inglaterra y Norteamérica cambiaban de actitud para con el Japón. Les importaba, en efecto, que éste no fuera demasiado victorioso y se lo manifestaron cada una a su modo: Inglaterra al negarle un empréstito, Norteamérica al proponerle su media-

ción, pero con un tono —el tono de Teodoro Roosevelt— que no dejaba lugar a dudas sobre el camino a seguir.

Inglaterra ha alcanzado el primer objetivo de su programa: aprovechar las dificultades del Zarismo para invadir el Tíbet y poner su Imperio asiático fuera del alcance ruso. Le queda por realizar la segunda parte: de una Rusia enemiga hacerse una amiga y, para ello, evitar que sufra más derrotas, lo que la debilitaría demasiado. Así que la diplomacia de "aquél que en la Isla intriga siempre y lo toca todo" juega sobre seguro: al aceptar las negociaciones propuestas por Roosevelt, Rusia se queda en situación de inferioridad en Oriente y se recupera en Europa mientras que si prosigue la guerra contra el Japón puede derrotarlo, recuperar su preponderancia y continuar en su política de rivalidad contra Inglaterra. Razón por la cual esta última niega un empréstito a su aliado nipón con el designio de obligarlo a interrumpir las operaciones y a "solicitar" la intervención de Roosevelt.

En cuanto a Norteamérica, su imperialismo es sobre todo comercial y no puede aceptar que el Japón, después de haberla liberado de la rivalidad rusa, llegue a personificar una rivalidad parecida o mayor en un continente donde, bajo el velo del principio liberal de la puerta abierta formulado por ella, entiende invertir enormes capitales, puestos en apetito por las fructuosas especulaciones ya realizadas en China y por los éxitos cosechados en las islas Filipinas.

El 8 de junio de 1905, Roosevelt ofrece oficialmente su mediación con la "seguridad" de que será bien acogida. Las negociaciones tienen lugar en Portsmouth, ciudad del Estado de Virginia en Norteamérica, donde hasta el 5 de septiembre de 1905, fecha de la firma del tratado de paz, Witte, jefe de la delegación rusa, asistido por el barón Rosen y por el profesor Martens, luchará paso a paso para quitar toda su aspereza a las condiciones japonesas presentadas por el barón Komura y el Embajador Takahira.

Los vencedores exigían inicialmente la cesión integral de la isla de Sajalín y de la península de Liao-tung, la evacuación total de Manchuria, la entrega de los buques de guerra internados en puertos neutrales, la limitación de los armamentos rusos en Extremo Oriente y el pago de una indemnización de guerra de seiscientos millones de dólares.

Rusia se resigna a ceder al Japón sus derechos sobre Manchuria meridional y a transmitirle el arriendo del territorio de Liao-tung con la parte del ferrocarril surmanchuriano que une Port-Arthur con Changchun, pero se niega rotundamente a toda discusión en materia de li-

mitación de sus armamentos, a la cesión de Sajalín, "territorio ruso", y al pago de la menor indemnización de guerra. Es necesario señalar que para rechazar estas condiciones, los plenipotenciarios rusos, que habían recibido consignas muy precisas por parte del mismo Emperador, sostuvieron que Rusia no había sido vencida y que, por consiguiente, no estaba dispuesta a ser tratada como un país derrotado al cual se impone condiciones. Nicolás II, consultado constantemente por Witte, se mostró irreductible sobre la cuestión de la indemnización y, al final de agosto, las negociaciones llegaron al borde de la ruptura. El Zar siguió inconmovible y el Japón acabó por desistir.

Finalmente, por el tratado firmado el 5 de septiembre, Rusia reconoció el protectorado del Japón sobre Corea, renunció a la península de Liao-tung, concedió la parte meridional de Sajalín y privilegios de pesca al norte de Vladivostok.

Evidentemente estas condiciones eran penosas y es muy probable que, en otras circunstancias, el gobierno ruso las hubiera rechazado y hubiera proseguido la guerra. Pero la revolución le impedía actuar libremente en el plano internacional.



CAPITULO XI

EL GALLO ROJO

La revolución de 1905; su carácter espontáneo - Aislamiento de Lenin en el destierro - Evolución del carácter de las reivindicaciones obreras - Un punto de vista de Trotskiy acerca de los partidos burgueses - El pope Gapón y el *Domingo Rojo* - Papel de los intelectuales en el estallido de la revolución - La alianza de los progresistas con los subversivos - La agitación en el campo - El proletariado, del motín a la huelga general - ¿Revolución burguesa o revolución proletaria? - El manifiesto del 17 de Octubre - Witte y la liquidación del soviet de Petersburgo - Revolución en Moscú - Interferencias bélicas y revolucionarias - Lenin saca consecuencias - La vida parlamentaria hasta la experiencia de Stolípin - Ineficacia de la oposición.

Esta revolución es, sin la menor duda, una de las más extrañas de la historia ya que, contrariamente a lo que suele acontecer, estalló sin que nadie la hubiera preparado ni tampoco previsto.

Enteramente dedicados a los asuntos internacionales, los hombres de gobierno no prestaban una atención excesiva a la vida interior del país, confiados en que la calma social de los años anteriores se prolongaría indefinidamente. En fin de cuentas, las bombas terroristas no eran susceptibles de provocar mayores disturbios fuera de la muerte de un ministro o de un general de gendarmería. Ni siquiera el asesinato de Plehve pudo suscitar el más leve movimiento en una población generalmente calma y hasta pasiva que lo consideró como una de las tantas manifestaciones de aquellos jóvenes agitados, impulsados, ahora como siempre, por el deseo de hacer hablar de sí mismos. Y es cierto que los socialistas revolucionarios no esperaron en ningún momento que su acción llevara a un levantamiento, general o parcial.

En cuanto a los socialdemócratas, seguían con sus discusiones bizantinas que, cada vez más, ensanchaban la distancia entre bolcheviques y mencheviques y el mismo Lenin, en el destierro pequeño burgués de

Ginebra, dictaba artículos, cada cual más indigesto, a la fiel Krúpskaia, su compañera y secretaria; recibía, de vez en cuando, la visita de algún correligionario político salido de Rusia con listas terriblemente pobres de nuevos adherentes y sumas ridículamente diminutas provenientes, no de obreros revolucionarios conscientes, sino de buenos burgueses deseosos de tomar un seguro o una hipoteca sobre el porvenir. A veces, la desesperación lo embargaba ante la idea que nunca podría volver a Rusia, cuyo régimen autocrático parecía deber durar eternamente. A veces solamente, porque su frío fanatismo le restituía pronto su fe ciega en una revolución científicamente fatal.

Los obreros seguían con sus huelgas económicas. Bien pocos entre ellos percibían la necesidad de la huelga política, situación que había de prolongarse largo tiempo todavía puesto que, en octubre de 1905, momento de la mayor tensión revolucionaria, los diversos grupos socialistas no llegarían a contar con más de seis mil inscriptos... Es de presumir, por lo demás, que la mayoría de estos revolucionarios conscientes se reclutaban entre los intelectuales y los miembros de las profesiones liberales, entre los estudiantes y los funcionarios. Ello, por lo menos, resulta de la primera obra de largo alcance que escribió León Trotskiy [1] y que constituye el único trabajo valedero de fuente marxista de la primera revolución rusa (todo aquello que, en efecto, ha sido publicado durante el régimen soviético no cuenta en razón de la necesidad en que se han encontrado los historiadores oficialistas de construir su relación alrededor de la personalidad de Stalin).

Con todo esto, el año 1904 se había arrastrado sobre Rusia con el cortejo de noticias desagradables que toda guerra ofrece, falsas algunas, malas muchas, pero ninguna todavía catastrófica. Si la situación económica no era brillante, ello no era debido tanto al estado de guerra como a la depresión que, en aquellos meses, se extendía por toda Europa (con el agravante de que un estado de mayor tensión corresponde siempre en Rusia a una depresión económica europea). En el momento que precede al estallido revolucionario, los campesinos y los obreros se encontraban en un trance difícil, pero ningún historiador puede asegurar de buena fe que la caída de Port-Arthur, primera derrota verdaderamente seria de la guerra, haya podido influir en la transformación del descontento económico en descontento político ge-

[1] L. Trotskiy, *1905*. Obra publicada en Viena en 1909. He utilizado la versión italiana debida al Istituto Editoriale Italiano, Milán, 1948.

neralizado, ya que las dos semanas que separan esta caída y el "Domingo Rojo" no representan un plazo suficiente para que los dirigentes revolucionarios hayan podido inspirar esta transformación. El calendario de la guerra ruso-japonesa y el de la primera revolución son tan complicados que se hace necesario utilizar el uno y el otro con infinitas precauciones si no se quiere ceder a la fácil tentación de relacionar entre sí acontecimientos que, en un primer tiempo por lo menos, no tienen nada en común. Precaución que los historiadores marxistas se cuidan de tomar a fin de sacar de esta confusión lecciones históricas que, en aquel entonces, estaban lejos de haber aprendido, pero que, utilizadas *a posteriori,* les proporcionan la agradable reputación de serias cabezas políticas cuyas previsiones se presentan como un bloque sin fisuras ante el tribunal de la historia. En cuanto a los liberales, se dejan llevar, como cada vez que los acontecimientos van más allá de sus previsiones, y es así cómo los vemos asegurar en sus manuales que estos acontecimientos "exagerados" no fueron debidos a su falta de previsión sino a la fatalidad de una guerra desastrosa, como si la tarea del político no consistiera en prever que una guerra puede ser desastrosa y que de estos desastres pueden salir acontecimientos "exagerados"; tanto más cuanto que estos mismos liberales deseaban abiertamente la derrota de la autocracia frente a la liberal y parlamentaria Inglaterra aunque ésta estuviera representada por el teocrático Japón.

Hemos visto, en un capítulo anterior, cómo, a finales de 1904, se efectúa un acercamiento entre los grupos opositores contra el sistema autocrático; cómo los socialistas de toda calaña, los miembros de la *Unión para la liberación* y los delegados de los *zemstva* aprovechan la debilidad del sistema inaugurado por Sviatopolk-Mirskiy —sistema que los optimistas, así son los liberales más ricos, llaman "primavera"— para organizarse y unirse con el designio de dar mayor relieve a la formulación de sus reivindicaciones políticas. La muerte de Plehve había sido acogida como un acontecimiento fausto, más que por los socialistas, por los liberales a quienes el peregrino de la Trinidad - San Sergio imponía toda clase de vejámenes sin que ellos se atreviesen a protestar. "Muchos de aquellos fariseos liberales que condenaban la *violencia de las izquierdas* no menos que la *violencia de las derechas,* saludaron la bomba del 15 de julio como si la hubiese enviado el Mesías" [2].

[2] TROTSKIY, *idem.*

Hemos visto cómo, después del congreso "privado" de los delegados de los *zemstva* que tuvo lugar en San Petersburgo al principio de noviembre, los progresistas de la *Unión para la liberación* habían emprendido una campaña de banquetes destinada a imponer al régimen las reformas constitucionales incluídas en la "Petición de los derechos del liberalismo ruso". Como ello no daba resultados inmediatos, los unionistas más avanzados organizaron dos manifestaciones callejeras, la primera en San Petersburgo el 28 de noviembre, la segunda en Moscú el 5 y 6 de diciembre siguiente, para dar a las reivindicaciones de los moderados un carácter más combativo. Estimaban que, puesto que se pedía un sistema constitucional, había que imponerlo por la revolución si fuere necesario. Entre estos jóvenes radicales que sacaban las consecuencias lógicas de las tesis liberales, había una fuerte proporción de estudiantes, de hijos de grandes burgueses, de aristócratas y de "advenedizos" de la *intelliguentsiia.* Las manifestaciones fracasaron porque sus organizadores "no fueron apoyados siquiera por los obreros" [3]. Y no lo fueron porque estos últimos no querían pedir nada fuera del reconocimiento del derecho de huelga y de la jornada de ocho horas.

El hecho de que a pesar de su tratado de acción común, los tres grupos antiautocráticos no hayan podido organizar manifestaciones en gran escala ni que tampoco, hasta bastante después del "Domingo Rojo", hayan encontrado ninguna correspondencia en el proletariado industrial, es suficiente de por sí para demostrar el carácter artificial de sus reivindicaciones que, contrariamente a lo que aseguran, no representaron papel alguno en la preparación de los movimientos populares que llevaron a la trágica fecha del 9 de enero; demuestra sobre todo que aquéllos que tomaron parte en estos movimientos, los obreros de San Petersburgo, actuaron en una dirección muy distinta y buscaron otra cosa que una constitución más o menos liberal y que, por consiguiente, el régimen estaba perfectamente justificado en su decisión de no conceder demasiada importancia a las representaciones de esta coalición.

Los trabajadores que ya se habían agrupado en las "uniones obreras" de Zubátov encontraron en aquellos meses en la persona de un sacerdote, el pope Gapón, un dirigente que supo dar un sentido a su acción social. Después de su fracaso, Gapón fué acusado por sus riva-

[3] *Ibidem.*

les socialistas de haber sido confidente de la policía imperial porque, así como lo había hecho Zubátov, había intentado mantener las reivindicaciones obreras fuera del terreno político para procurar a las organizaciones sindicales que inspiraba el apoyo y la benevolencia del gobierno. La verdad es muy distinta. Esta edición eslava del abate Lemire era un discípulo ferviente de León Tolstói, pero del Tolstói última manera, el de la no resistencia a la violencia por injusta y cruel que fuera. Todavía muy joven, inmediatamente después de su ordenación sacerdotal, había tenido sus primeros contactos con el pueblo más miserable y desdichado, el de las cárceles, que visitaba en su calidad de capellán penitenciario, y se formó en él una mentalidad parecida a la de muchos rusos de aquellos años [4], la del Nejliudov de *Resurrección*. Como Nejliudov, el pope Gapón quería regenerar al pueblo por la caridad y el amor, e intentó integrar el principio de la no resistencia, contrario a toda violencia, en las relaciones del proletariado y las autoridades, del mismo modo que el patriarca de Iásnaia Poliana quería integrarlo en todas las relaciones humanas. Principio diametralmente contrario al concepto marxista de la lucha de clases cuya esencia es la violencia, ya que llevaba forzosamente a un acuerdo con el gobierno. Su propaganda, servida por una extraordinaria elocuencia romántica, tuvo desde el primer día un éxito sin precedentes pero tanto más explicable cuanto que se dirigía a hombres sencillos que no por trabajar en una fábrica habían perdido su fe en Cristo crucificado por amor a los hombres. No es, pues, de extrañar el odio con que los marxistas han rodeado al pope Gapón ni que hayan elegido el argumento que, mejor que cualquier otro, podía desacreditarlo, el que consistía en tacharlo de "soplón de la Ojrana". Y es que Lenin y Trotskiy se daban perfecta cuenta de que mientras durara la adhesión de los obreros a la fe cristiana, no sería posible transformarlos en revolucionarios conscientes, ya que no puede ser tal sino aquél que admite el dogma de la Escuela según el cual "la religión es el opio de los pueblos" [5]. Esta razón, agregada al hecho de que mientras duró la influencia de Gapón los socialdemócratas no pudieron realizar ningún progreso en los am-

---

4 Mentalidad no solamente de aquellos años puesto que Dostoievskiy la analiza varias veces en su *Diario de un escritor*.

5 De ahí nace la lucha violenta emprendida por Vladímir Ilich, en los años 1907-1908, durante su estadía en Ginebra contra Lunacharskiy y Bogdánov, aquellos "constructores de Dios" que pretendían integrar la divinidad en el marxismo o el marxismo en la divinidad, lucha que se concretó en el más insoportable de todos los tratados debidos a la pluma, por cierto nada ágil, de Lenin, *Mate-*

bientes obreros, es suficiente para explicar el odio que Lenin, Trotskiy y otros marxistas no han dejado de manifestar contra la personalidad y la obra de este sacerdote por cierto bastante extraño.

Mientras tanto, y a pesar de su falta total de doctrina precisa en materia social, éste había sabido agrupar a treinta mil trabajadores de San Petersburgo en once "uniones obreras" que dominaba enteramente y por cuyo intermedio influía poderosamente sobre los restantes proletarios de la capital.

El 30 de diciembre de 1904 e. a. las fábricas Putilov —la empresa siderúrgica más importante de Rusia— se habían puesto en huelga con un programa de reivindicaciones meramente económicas, entre las cuales la jornada de ocho horas; este movimiento se extendió progresivamente hasta alcanzar diez días más tarde, el sábado 8 de enero, a ciento cuarenta mil trabajadores. Esta cifra bastante elevada la da León Trostkiy en su ya citado *1905* al reconocer, muy a su pesar, que ninguno de los huelguistas fué incitado a abandonar el trabajo por la propaganda marxista.

El día siguiente, 9 de enero —el famoso "Domingo Rojo" o "Domingo de Sangre"—, los huelguistas desarrollaron una manifestación callejera en masa que habían anunciado desde varios días atrás, especificando que se trataría de una manifestación pacífica durante la cual los trabajadores petersburgueses y sus familiares presentarían al Zar una petición. Que Gapón y sus lugartenientes así como sus tropas tuviesen intenciones pacíficas, ello resulta evidente aunque más no fuere por el hecho de que la policía de la capital permitió el desfile a través de las calles principales hasta el Palacio de Invierno. Lo demuestra también el hecho de que los manifestantes, guiados por un Gapón revestido de sus ornamentos sacerdotales, cantaban himnos religiosos y patrióticos y llevaban iconos y estandartes con el retrato de los soberanos con exclusión de toda bandera roja. Querían entregar al Emperador una petición en la cual, más que reivindicaciones, exponían su situación miserable [6]. Y, si bien esta petición describía todas las

---

rialismo y empiriocriticismo. Publicado en Moscú en 1909, este ladrillo filosófico estaba destinado a acabar de una vez por todas con todos aquellos "idealistas" pequeño-burgueses del socialismo que querían conciliar este socialismo con la idea de Dios para conquistar mejor a los obreros y a los campesinos rusos.

[6] He aquí los principales pasajes de esta petición que saco de la obra *La Russie révolutionnaire,* de G. Alexinskiy, y del *1905,* de L. Trotskiy: "Sire, Nosotros, obreros y habitantes de la ciudad de Petersburgo, nuestras mujeres, nuestros hijos, y nuestros viejos padres impotentes, hemos venido a ti, Soberano, a

persecuciones y todas las injurias que el pueblo sufría, sus lamentables condiciones de vida, el carácter despiadado de la explotación capitalista, en ningún momento llegaba a ser injuriosa para la persona del Emperador, ni siquiera cuando pedía la convocación de una Asamblea que, más que constituyente, era corporativa, pasaje que Gapón y sus lugartenientes habían insertado tras la presión de aquellos elementos "unionistas" con quienes estaban en contacto.

Incitado por sus colaboradores más cercanos, incluído Witte, Nicolás II había abandonado San Petersburgo la víspera de la manifestación y se había instalado en Zárskoie Sieló. Los destacamentos de la Guardia y los escuadrones de cosacos encargados de la vigilancia del Palacio de Invierno habían sido puestos bajo el mando del gran duque Vladímir que, al ver las calles adyacentes llenarse de una muchedumbre nunca vista, perdió toda serenidad y dió orden a sus fuerzas de disolver la manifestación.

---

buscar justicia y protección. Estamos en la miseria; se nos oprime, se nos impone una labor que sobrepasa nuestras fuerzas; se nos injuria. No somos considerados como hombres, se nos trata como esclavos... Nuestras fuerzas, Sire, nuestra paciencia están agotadas... Cualquiera que se atreve a alzar la voz por la defensa de los intereses de la clase obrera es encarcelado, deportado y castigado como si fuera un crimen tener buen corazón y un alma compasiva... Sire, ¿es esto conforme a las leyes divinas por cuya gracia reinas? ¿No sería mejor para todos nosotros, gente laboriosa, morir?...

"He aquí lo que nos ha reunido ante los muros de tu palacio. Aquí es donde buscamos nuestra salvación suprema. No rehuses tu ayuda a tu pueblo, hazlo salir de la tumba de injusticia, de miseria y de ignorancia; dale la posibilidad de decidir su suerte, libéralo del yugo insoportable de los funcionarios; abate el muro que te separa de tu pueblo para que dirija el país contigo.

"Estás en el trono para la felicidad de tu pueblo: esa felicidad, los funcionarios nos la arrancan... Rusia es demasiado grande, sus necesidades son demasiado numerosas y complicadas para que los funcionarios solos puedan gobernarla. Es necesario que el pueblo se ayude a sí mismo, pues él solo conoce sus verdaderas necesidades. No rechaces pues su concurso, acéptalo y ordena llamar en seguida ante tí a representantes de la tierra rusa, de todas las clases, de todos los estados: el campesino y el obrero, el sacerdote, el capitalista, el maestro, ¡que todos elijan sus representantes! ¡Que todos sean libres e iguales en el derecho de voto! Ordena pues que las elecciones para la Asamblea Constituyente tengan lugar sobre la base del sufragio universal, secreto e igualitario. Es nuestro principal pedido... He aquí, Soberano, las principales necesidades que te sometemos. Ordena y jura satisfacerlo - y harás a Rusia poderosa y gloriosa, imprimirás tu nombre en nuestro corazón, en el corazón de nuestros hijos y nietos, para siempre. Si rehusas escuchar nuestras súplicas moriremos aquí en esta plaza, ante tu palacio. No hay otra solución para nosotros, no tenemos ningún motivo de dirigirnos a otra parte. Ante nosotros, sólo quedan dos caminos: hacia la libertad y la felicidad, o hacia la tumba. Indícanos, Soberano, cuál debemos elegir; lo seguiremos sin replicar aun cuando fuese el camino de la muerte. Que nuestra vida sea sacrificada por Rusia agotada por los tormentos. No lamentaremos este sacrificio, lo ofreceremos de buen grado...".

La vejez del gran duque constituye uno de aquellos imponderables que cambian de modo radical los destinos de un país. En vez de recibir a la delegación encabezada por el pope Gapón, Vladímir creyó que esta gente venía a atacar el Palacio para saquearlo y dió la orden de fuego. Sorprendidos, los manifestantes se atropellaron en un pánico indescriptible que multiplicó el número de las víctimas [7]. A partir de este momento, Rusia se encuentra virtualmente en estado revolucionario ya que la insensatez del viejo pariente del Zar realiza de modo inesperado el milagro que los subversivos necesitaban para entrar en contacto con las masas proletarias y dirigirlas hacia la lucha de clases y, por ende, al asalto del Estado.

Si, en todo esto, las responsabilidades de Nicolás II son evidentes, es imposible, sin embargo, achacarle la de la orden de fuego. El último Románov era muy formalista y siempre dejó constancia escrita de las órdenes que impartía desde las más graves hasta las más desprovistas de transcendencia; sobre todo en materia de mantenimiento del orden público tenemos de él numerosas órdenes firmadas que el gobierno soviético ha publicado con todo cuidado a partir del momento mismo de su llegada al poder. La fusilería del Domingo Rojo ha sido ordenada por el gran duque Vladímir sin que Nicolás II haya tenido la menor responsabilidad directa en este hecho. Sin querer aliviarlo mínimamente del peso que lleva por estos acontecimientos, podemos pensar, sin embargo, que no había previsto un solo instante al marcharse a Zárskoie Sieló que los acontecimientos llegarían a este extremo; no había previsto sobre todo que, frente a una manifestación pacífica que su carácter de soberano de derecho divino podía prohibirle recibir, su pariente perdería su serenidad hasta el punto de extender un charco de sangre entre el pueblo y la dinastía.

Con esto terminaba la "primavera" de Sviatopolk-Mirskiy. Enteramente por culpa suya, por imprevisión y por debilidad, el gobierno se encontraba de golpe en una situación revolucionaria suscitada por él sin haberlo querido, y, además, atacado por todos lados, no sabía en qué dirección actuar para hacer frente a esta situación. Plehve, a pesar de todos sus defectos, no se hubiera dejado arrastrar nunca hasta tales extremos ya que su energía constituía un arma suficiente ante acontecimientos que la sola incapacidad del equipo ministerial había trans-

[7] Las cifras más atendibles dan mil muertos y un número sensiblemente igual de manifestantes heridos. Entre estas dos mil víctimas figuran numerosas mujeres y niños.

formado en los primeros brotes de una revolución de consecuencias incalculables.

Para hacer frente a esta situación y a esta incapacidad, el Emperador decidió volver a una política de firmeza y, como primera medida, nombró a Dmitri Trepov, hijo de la víctima de Viera Zásulich, gobernador general de San Petersburgo. Sviatopolk comprendió que su experiencia había terminado. Al comienzo de febrero abandonó el ministerio del Interior al conde Alejandro Bulíguin, antiguo colaborador del gran duque Sergio Alexándrovich, el férreo gobernador general de Moscú. Trepov empezó por decretar la disolución inmediata de las "uniones obreras", medida excelente en sí puesto que, al haberse transformado por culpa del gobierno en centros revolucionarios, estas uniones, si seguían existiendo, eran susceptibles de proporcionar al estado mayor subversivo organizaciones ya hechas donde los marxistas y los socialistas revolucionarios reemplazarían automáticamente a Gapón y a sus nebulosos ayudantes. Pero esta medida excelente fué anulada en parte por otra que no lo era: al disolver las "uniones", Bulíguin y Trepov desterraron a los obreros más comprometidos en la dirección de estas organizaciones sindicales y les impusieron residir en sus aldeas de origen, medida estúpida porque ayudó a la propaganda a penetrar en el ambiente rural y a extender al campo una revolución que, cuidadosamente circunscripta en su comienzo, hubiera podido ser limitada a las ciudades industriales y, posiblemente, al solo San Petersburgo. Tanto es así que los agitadores subversivos, particularmente los del partido socialista revolucionario, emprendieron inmediatamente una acción terrorista en gran escala tendiente a compensar el efecto producido por el final de la huelga de la capital. El 4/17 de febrero de 1905, el socialista revolucionario Kaliáiev mataba con una bomba al gran duque Sergio Alexándrovich en el recinto mismo del Kremlín.

Sin embargo, la consecuencia más grave de la fusilería del Domingo Rojo es el haber puesto en movimiento a los moderados y a los radicales de la "Unión para la liberación" y el haberles proporcionado un medio para abrir las puertas de la acción política a los diversos grupos socialistas hasta entonces desprovistos de audiencia ante las masas trabajadoras que, desconcertadas por la matanza del 9 de enero, por la huída de Gapón y por la disolución de las "uniones obreras" habían abandonado rápidamente toda idea de acción directa como lo demuestra el final de la huelga en los días inmediatamente sucesivos a la manifestación del Palacio de Invierno. Escribe W. H. Chamber-

lin [8], el historiador que quizá mejor que ningún otro ha comprendido la esencia de la Rusia revolucionaria: "Especialmente hasta la concesión de la constitución del 30 de octubre, el movimiento encontró el sostén activo y la simpatía de la mayoría de las clases medias intelectuales y de un número no desdeñable de terratenientes y de industriales [9]. Dadores de trabajo incitaban a menudo a sus obreros a participar en las manifestaciones políticas y seguían pagando los jornales durante estas ausencias. Ciertos funcionarios aprobaban órdenes del día poco menos radicales que las de los obreros industriales". Y, algunos meses más tarde cuando esta actitud hubo incitado a los obreros a volver a la calle con reivindicaciones que, esta vez, no serán solamente económicas: "Mientras el carácter ampliamente popular del movimiento le daba alcance y empuje, lo que explica las vacilaciones y los titubeos del gobierno que sentía el terreno moverse bajo sus pies, la falta de un jefe aceptado de todos y de un programa bien definido fué la causa principal de la derrota final. El movimiento revolucionario incluía clases que tenían objetivos muy diferentes. El abogado, el hombre de negocios de tendencias liberales y el terrateniente deseaban un régimen constitucional sobre el modelo de los de Europa occidental. El revolucionario profesional soñaba con una revolución social de más vastas proporciones. *El obrero pensaba en salarios más elevados y en horas de trabajo menos numerosas; el campesino en una porción de tierra más extensa a cortar sobre la propiedad del propietario más cercano;* el soldado y el marinero en una alimentación mejor y en una disciplina más suave. De este crisol de descontentos tan dispares no salió ningún jefe o ningún partido de importancia nacional susceptible de formular un programa práctico destinado al éxito" [10].

Así podemos ver cómo los meses que separan el Domingo Rojo del estallido general de Octubre son empleados por los liberales en incitar a las masas a volver a manifestar su presencia en la calle y en la aldea. Los delegados de los *zemstva* y los "unionistas" esperan que, al extenderse los movimientos populares a través de todo el país y

---

[8] W. H. Chamberlin: *A History of the Russian Revolution;* New York, 1935. (Versión italiana; Turín, 1943, vol. I, cap. 3).

[9] Cuenta Trotskiy en su ya citado *1905* cómo fué invitado en su calidad de miembro del *soviet* de Petersburgo a tomar la palabra en el salón de una baronesa radical entre cuyos huéspedes había oficiales del ejército y de la armada, abogados, periodistas y otros intelectuales que se entregaban a discusiones relativas a la mejor táctica revolucionaria. Pero, con esto, anticipamos algo sobre los acontecimientos.

[10] W. Chamberlin: *Op. cit.* (subrayado por mí).



NICOLÁS II EN 1900

no sólo en las ciudades industriales sino en el campo, el régimen, enteramente ocupado por los asuntos de Extremo Oriente que toman día a día un cariz más inquietante, se encontrará en la imposibilidad de resistir a una corriente que, por poderosa que se vuelva, ellos creen poder controlar en todo momento. Su mecanismo mental ha sido ya indicado en el curso de capítulos anteriores y vuelvo a hacer aquí referencia a él tan sólo para indicar las razones que incitaron a los moderados de 1905 a aliarse con los marxistas en la ciudad y con los socialistas revolucionarios en el campo: totalmente cortados de la masa de la población, necesitaban estos intermediarios que, según ellos, les prepararían el terreno hasta donde ellos quisieran, es decir, hasta la extorsión de una constitución liberal a la autocracia. De haberse realizado, ello hubiera sido muy acertado. Sin embargo, vamos a ver ahora qué es lo que hizo fracasar este propósito demasiado maquiavélico.

En Petersburgo, cierto número de profesores universitarios y de miembros de la Academia de Ciencias, numerosos miembros del colegio de abogados, ingenieros, hombres de letras, lo esencial en suma de la *intelliguentsiia,* se pusieron a publicar, a partir del 10 de enero, manifiestos pidiendo y hasta exigiendo del Emperador la convocación de una Asamblea constituyente elegida por sufragio universal, la amnistía general y el derecho para las minorías nacionales y raciales a la autonomía administrativa. La prensa, a pesar de la censura, dió amplio lugar a estos manifiestos que eran, en verdad, meros llamamientos a la guerra civil ya que aprovechaban la necesidad en que se encontraba el gobierno de consagrar todos sus esfuerzos a la cuestión extremo-oriental para invitar al pueblo a "hacer valer sus derechos", y es digno de notar que hasta un amigo del Emperador, el ultramonárquico príncipe Mieshcherskiy, llegaba a escribir pocos días después de la caída de Port-Arthur: "Alabemos a Dios que ha permitido que fuéramos vencidos por los japoneses, ya que nuestra victoria hubiera disimulado bajo sus laureles nuestras llagas abiertas". El pánico cundía en los ambientes gubernamentales y palaciegos y Nicolás II no sabía a quién dirigirse para pedir consejo. Witte, que tenía contactos con los centros liberales, lo empujaba a seguir el camino emprendido por Sviatopolk-Mirskiy con la secreta esperanza de transformarse en el hombre de la situación. Era tan grande el desconcierto en que se encontraba sumido el desgraciado soberano, que mientras le daba satisfacción al aprobar un proyecto de revisión de todas las leyes sobre el mantenimiento del orden

público, revisión que debía efectuarse en el espíritu de la proclamación del 12 de diciembre, no se atrevía a ir más lejos y a decretar por *ukaz* una legislación obrera avanzada ni la supresión total de la censura como se lo pedía el astuto ministro que esperaba de esta manera separar a los liberales del naciente movimiento revolucionario al obtener un principio de constitución que, en su espíritu, debía facilitar el tránsito hacia instituciones parlamentarias. Mientras tanto Bulíguin le aconsejaba seguir otro camino. A pesar de haber colaborado con el gran duque Sergio, este gran señor de derechas no era un reaccionario ni mucho menos; al mismo tiempo que se negaba a ser un instrumento entre las manos del partido de los grandes duques, imponía una justicia estricta a los tribunales y prohibía a los funcionarios de la policía política salir de sus atribuciones. Pero en materia constitucional tenía una visión muy distinta de la de Witte; veía en una constitución un medio susceptible de favorecer solamente a la burguesía capitalista y a la nobleza liberal a expensas de los intereses profundos y de las verdaderas necesidades del pueblo ruso y consideraba que su misión consistía en poner al soberano en contacto directo con las masas, restaurando plenamente las antiguas asambleas que habían funcionado hasta el siglo décimoséptimo. Pero se negaba rotundamente a aceptar la idea de una Asamblea constituyente ya que para él el Zar seguía siendo y debía seguir siendo un soberano que podía conceder reformas, y hasta reformas institucionales, pero no sufrirlas. Bajo su influencia, Nicolás II publicó el 18 de marzo e. a. un rescripto por el cual anunciaba que "hombres garantizados por la confianza de la nación" serían llamados a tomar parte en "la elaboración de los proyectos legislativos" a condición de mantener las leyes fundamentales del Imperio en su carácter inquebrantable. Este manifiesto imperial produjo una gran sensación en la opinión pública que acogió favorablemente —no hablo aquí ni de los radicales ni de los socialistas— el anuncio de un parlamento por limitado que fuera y consideró que de esta "Duma Bulíguin", como se la llamó, podía salir algo satisfactorio si sus miembros sabían, una vez elegidos, explotar con espíritu político esta primera concesión. Esta "Duma Bulíguin", sin embargo, no tenía otra misión fuera de la de ayudar al gobierno en la preparación de los proyectos de ley. Para volverse definitivos, estos proyectos debían ser aprobados por el Consejo de Imperio y por el soberano y, además, la asamblea prevista vería limitada su acción en materia financiera a un papel consultivo y no tendría voz en las cuestiones relativas a la defensa na-

cional. El modo de elección proyectado era el escrutinio censitario como el de los *zemstva* y de las municipalidades.

Los delegados de los *zemstva* decidieron entonces celebrar un congreso más. Este, sin que el gobierno del "reaccionario" Bulíguin tomara ninguna medida coactiva ni tampoco restrictiva, tuvo lugar en Moscú el 24, el 25 y 26 de junio de 1905 e. a. y decidió, con la misma mayoría que en el mes de noviembre anterior, pedir la ampliación del proyecto imperial. Con este propósito, una delegación encabezada por el príncipe Trubetskoi, filósofo y profesor de derecho en la universidad de Moscú, y por el príncipe Lvov, presidente de la unión de los *zemstva,* fué encargada de presentar al Zar una declaración en la cual, al mismo tiempo que se subrayaban los peligros que corría el trono, se condenaba la guerra con el Japón, y se señalaba que el estado de insurrección virtual en que se debatía el país se debía a la irresponsabilidad del sistema burocrático. Esta "petición", redactada en términos sumamente respetuosos hacia la persona del Monarca, pedía a Nicolás II que convocara sin tardar a los representantes de la nación, "elegidos por todos los súbditos sin distinción de clase", para decidir, en pleno acuerdo con el Emperador, sobre la continuación o de la cesación de las hostilidades y fijar las modalidades de la reorganización administrativa del Estado. Recibidos por el Emperador en Peterhof el 7/20 de julio, los delegados le entregaron este documento en una atmósfera que, cargada de hostilidad en el comienzo, no tardó en despejarse gracias a la amabilidad de Nicolás II quien, por su parte, se conmovió visiblemente por los sentimientos de acatamiento monárquico que Lvov y Trubetskoi le expresaron. Sin embargo, el Emperador no estimó el momento oportuno para imponer al Estado ruso, en plena crisis exterior y bajo la amenaza de un estallido revolucionario, un cambio radical de sus instituciones tradicionales, e insistió ante los delegados para que aceptaran, como primera medida, el proyecto del gobierno relativo a una Duma consultiva.

Los delegados de los *zemstva* aceptaron este primer paso hacia un régimen constitucional, pero está permitido pensar que, desde ya, muchos de ellos lo hacían con el propósito de proseguir, en el seno de la futura asamblea, su política de oposición, y de intentar transformar esta asamblea consultiva en cuerpo legislativo. La historia de la campaña electoral y de la actividad de las dos primeras Dumas, basta para convencernos de ello. Como primera consecuencia de esta aceptación condicional, nos encontramos, ya antes de la apertura de la campaña

electoral, con la transformación de la "Unión para la liberación" en partido político, el Constitucional Democrático, que la historia conoce con el nombre de Partido Kadete.

V

Después del momento de estupor causado por la matanza del 9 de enero, estupor cuyos efectos se hicieron sentir durante dos meses hasta hacer desaparecer casi completamente los movimientos huelguísticos, la agitación empezó de golpe a extenderse a través de todo el país.

La acción de los unionistas y de los radicales ha permitido a los socialistas entrar en contacto con las masas desconcertadas y seguras tan sólo de su descontento. Esta vez las huelgas asumen un cariz netamente político y la mayor parte de ellas se realizan, no sobre un programa de reivindicaciones económicas, sino solamente con el propósito de imponer al gobierno el sufragio universal y la Asamblea constituyente. Además de San Petersburgo y de Moscú, los centros industriales más afectados son los de Varsovia, de Riga, de Vilna, de Tíflis, capitales de las minorías nacionales más agitadas. Y, esta vez, la rebelión se extiende al campo aunque, en un primer momento, que coincide con la primavera de 1905, el movimiento agrario asuma un carácter pacífico en la mayoría de los casos. Trotskiy, que se caracteriza por un desprecio constante de las facultades revolucionarias de la clase campesina, nos proporciona las preciosas aclaraciones siguientes sobre la primera fase de este movimiento: "Durante los últimos dos o tres años que habían precedido la revolución, las relaciones entre campesinos y propietarios se habían vuelto muy difíciles. Los motivos de *mala inteligencia* se multiplicaban. A partir de la primavera de 1905 la efervescencia en el campo se volvió amenazadora; se manifestó en varios modos según las regiones del país. Esquemáticamente se pueden señalar tres focos diversos de *revolución* campesina: 1) el norte, que se caracteriza por un desarrollo considerable de la industria de fabricación; 2) el sureste, relativamente rico en tierras; 3) la región central, donde falta la tierra y donde el estado lamentable en que vegeta la industria agrava esta situación. A su vez el movimiento campesino elabora cuatro diversos procedimientos típicos de lucha; secuestro de las tierras de los propietarios acompañado por la expulsión de los amos

y por la destrucción de los castillos con el designio de permitir a la aldea una mayor utilización de la tierra; secuestro de los granos, del ganado, de los henos, de las cortas de bosques, con el designio de abastecer inmediatamente la aldea hambrienta o necesitada; huelgas y boycott con el designio de obtener la reducción de los alquileres y el aumento de los salarios; y, finalmente, negativa en proporcionar reclutas al ejército, en pagar los impuestos y las deudas. Combinados de varias maneras, estos procedimientos de lucha se difundieron a través de todo el país adaptándose a las exigencias de cada región..." [11]. Procedimientos que, al combinarse, dieron a numerosos campesinos el sentimiento de un interés común defendible solamente por métodos establecidos en común, lo que llevó a la fundación, a finales de junio, de una "Unión Campesina Panrusa" cuyos dirigentes tomaron contacto con los dirigentes revolucionarios. El 13 y 14 de agosto, los coligados se reunieron en un congreso secreto cerca de Moscú y aprobaron un programa que pedía la abolición de la propiedad privada de la tierra, la cual debía transformarse en "propiedad común de todo el pueblo".

Es curioso comprobar, sin embargo, que el ejército, de reclutamiento esencialmente campesino, estuvo constantemente fuera del alcance de la propaganda revolucionaria a pesar del carácter agudo que pronto llegó a asumir la cuestión agraria. Es que, en realidad, los conceptos revolucionarios de los campesinos van rara vez más allá del trozo de terreno apetecido y difícilmente salen de lo aldeano para entrar en lo nacional. El apego al suelo en que ha nacido es para el aldeano un freno suficiente para pararlo a mitad camino, para persuadirlo de contentarse con lo obtenido en un motín realizado a ciegas contra el propietario local. La revolución social con miras nacionales es concebible solamente para el obrero que nada ata a la ciudad donde trabaja. Y tanto es así que el movimiento agrario tiene siempre tendencia a estancarse cuando actúa por sí solo y no dura y se desarrolla sino cuando las ciudades le indican que es posible seguir adelante. Verdad que encontrará una ilustración suplementaria a partir de octubre-noviembre de 1905.

Si la propaganda revolucionaria no tiene por el momento efectos

---

[11] *Op. cit.* Sin embargo está permitido preguntarse hasta qué punto los métodos de lucha correspondieron a una visión común de los intereses campesinos, puesto que el único programa "constructivo" presentado por la "Unión Panrusa" no hizo sino exponer los puntos de vista de los socialistas revolucionarios que poco tenían de campesino aunque realizaran su propaganda en el campo.

trascendentes ni en el campo ni en el ejército, nos encontramos con un fenómeno muy distinto en la marina de guerra cuyo reclutamiento está hecho a base de especialistas provenientes de la industria. En el verano de 1905, las tripulaciones de algunos buques de la flota del mar Negro —la única flota que quedó a Rusia después de la destrucción de las unidades del Báltico en Tsushima— preparan, en pleno acuerdo con los elementos socialdemócratas, un levantamiento cuya base de partida debe ser la plaza fuerte de Sebastopol. El 27 de junio de 1905 e. a., una protesta contra la mala calidad de la alimentación provoca un motín entre los elementos de baja fuerza del acorazado *Potiomkin.* Algunos oficiales son asesinados y los marineros rebeldes se dirigen hacia Odesa donde esperan conseguir la adhesión de las otras unidades y de las fuerzas de tierra que pasan por inseguras en razón de la propaganda de que han sido blanco por parte de los elementos socialdemócratas judíos. El ejército marca su oposición al movimiento y los rebeldes unidos a los huelguistas entran en conflicto con las tropas. La lucha es indecisa y sigue siéndolo a pesar de la adhesión al movimiento del acorazado *Pobiedonóstsev.* Pero el 1 de julio, éste abandona la acción y vuelve a Sebastopol donde se somete, lo que los tripulantes del *Potiomkin* no pueden hacer porque han asesinado a sus oficiales y cañoneado Odesa. Finalmente, después de haber errado varios días a través del Mar Negro y haberse entregado a toda clase de desmanes a bordo de su unidad, se refugiarán en el puerto de Constanza y se entregarán a las autoridades rumanas.

La publicación en agosto de la ley electoral destinada a reglamentar las elecciones para la "Duma Bulíguin", no pudo calmar la agitación porque la asamblea prevista por el rescripto del 18 de marzo ya no podía satisfacer al conjunto de la población. Esta ley electoral, basada en el principio del sufragio restringido e indirecto, repartía a los electores en tres colegios, los de los campesinos con el cuarenta y tres por ciento del cuerpo electoral, de los terratenientes con el treinta y cuatro, y de los burgueses de las ciudades con el veintitrés. Los acontecimientos se habían desarrollado con tanta rapidez que este proyecto no podía sino suscitar la oposición de los campesinos que querían tierras mucho más que votos, de los burgueses que se creían llamados a administrar el país en razón de la especie de consagración natural que pretendían encontrar en su pertenencia a la *intelliguentsiia* y de los obreros que no sabían muy bien lo que querían fuera de un vago sufragio universal y de muy precisos derechos sindicales. Decidida a

explotar esta situación, la fracción socialdemocrática que hasta entonces había aceptado tomar parte en la lucha electoral al lado de los grupos democráticos de oposición, rompió este acuerdo y empezó a aplicar la palabra de orden "preparemos la revolución". El único medio para prepararla consistía en agrupar las diversas huelgas parciales que se extendían a través del país, en una tentativa de huelga general política destinada a desembocar rápidamente en una insurrección revolucionaria. Este es el origen del primer *Soviet* [12].

Una de las medidas sin tino debida a la colaboración del general Trepov y del ministro del Interior Bulíguin —sin tino desde el punto de vista de la defensa del absolutismo que era la base a partir de la cual querían actuar estos dos hombres de gobierno— ayudó poderosamente al desarrollo de la propaganda revolucionaria. Esta medida había consistido en conceder a las universidades una autonomía tan amplia que los profesores liberales y los estudiantes radicales la aprovecharon para abrir los anfiteatros a las reuniones populares organizadas por los marxistas y los socialrevolucionarios. En estas reuniones, liberales, radicales y socialistas, se excitaban mutuamente y pronto se votaron mociones cada vez más revolucionarias en las cuales se llegaba a hablar de huelga general insurreccional.

En estas condiciones, una huelga general de los tipógrafos de Moscú, organizada de modo puramente experimental, se desarrolló con pleno éxito del 2 al 18 de octubre e. a. y permitió la creación de "la primera organización unificada de obreros, el *soviet* de diputados de los obreros tipógrafos y litógrafos" [13].

Sin embargo, una huelga que se desarrollaba en una ciudad ya privada de su rango de capital política y administrativa, no podía transformarse, por política que fuera, en huelga general revolucionaria, tanto más cuanto que ésta no había sido sino un ensayo. Ante el éxito alcanzado, se decidió pasar a la parte positiva del programa.

El 9 de octubre e. a., un congreso de los empleados de ferrocarriles que se celebraba en San Petersburgo enunció reivindicaciones exclusivamente políticas que salían del mero ámbito gremial al exigir del gobierno la abolición de la pena capital, la concesión del sufragio universal, la convocación de una Asamblea constituyente y la impunidad para los huelguistas. Muy misteriosamente avisados del arresto,

---

[12] La palabra significa consejo.

[13] P. MILIUKOV, C. SEIGNOBOS et L. EISENMANN: *Histoire de Russie,* t. III, cap. XXI; París, 1933.

por otra parte falso, de los congresistas, los empleados del ferrocarril de Moscú a Kazañ se pusieron en huelga. A partir del 11 de octubre, la huelga alcanzaba toda la línea de Moscú y las comunicaciones con San Petersburgo estaban cortadas. El 13, en esta última ciudad, se reunía por primera vez el más importante de los *sovieti* que surgieron en los principales centros de Rusia en los meses de octubre y noviembre.

"El soviet de Petersburgo —escribe W. H. Chamberlin [14]— no presentaba una fisonomía política determinada, ya que incluía imparcialmente a bolcheviques, mencheviques, socialistas revolucionarios y obreros aislados. Aun entre los obreros revolucionarios más activos, un número considerable no tenía partido, puesto que sólo pocos miles de los 300.000 obreros de Petersburgo estaban inscriptos en las organizaciones bolcheviques o mencheviques".

Ni esta falta de proporción existente entre dirigentes revolucionarios y masas trabajadoras, ni tampoco la ausencia de todo programa común —ya que si los primeros tenían designios revolucionarios los segundos seguían íntimamente decididos a mejorar sobre todo sus condiciones económicas— impidieron que el aspecto revolucionario del problema fuera el que se impuso a todos los demás. Es que, como lo subraya Trotskiy, los dirigentes del *soviet* de Petersburgo entendían constituir un poder destinado a aniquilar el de la autocracia: "En el instituto del *soviet* encontramos, por vez primera sobre el terreno histórico de la nueva Rusia, un poder democrático. El *soviet* es el poder organizado de la masa misma que domina todas sus fracciones. Es la verdadera democracia no falsificada en las dos Cámaras, sin burocracia profesional, la democracia que garantiza a los electores el derecho de cambiar a sus diputados cuando quieren. El *soviet,* por intermedio de sus miembros, con los diputados que los obreros han elegido, preside directamente todas las manifestaciones del proletariado en masa y en grupos, organiza su actividad, le da una palabra de orden y una bandera" [15].

Y éste es el momento —en plena huelga general, con la insurrección lista para estallar por todos lados para entregar el Estado a un grupo de irresponsables que se habían autoproclamado jefes de gobierno insurreccional— es éste el momento que los liberales escogieron para enviar una delegación ante el conde Witte, apenas regresado de

[14] *Op. cit. idem.*
[15] L. Trotskiy: *Op. cit.*

Norteamérica, para pedirle que, en señal de reconciliación con el pueblo, el gobierno alejara las tropas de la capital. El *soviet* seguía firme en su propósito de desencadenar la revolución. Después de haber extendido la huelga de los ferrocarriles a toda Rusia que, fuera del Gran Ducado de Finlandia, acató la orden, proclamó la huelga general que el 12 de octubre era ya efectiva en Moscú y en Petersburgo, en Poltava, en Kursk, en Saratov, en Varsovia, en Odesa y en Sebastopol. A los pocos días todo el país estaba enteramente paralizado. Pero a este gobierno insurreccional le hacía falta un jefe. En la imposibilidad de encontrar una personalidad de primer plano, los diputados de los obreros de Petersburgo eligieron a un menchevique amigo de todos al cargo de presidente del *soviet* de la capital. Esta pálida personalidad llevaba el nombre de Zborovskiy. Puesto que el ejército no respondía a los llamados a la insurrección armada, el comité petersburgués se puso a organizarla por su cuenta, distribuyó armas a los elementos más seguros de los suburbios y creó "compañías de combate".

En la decisión de crear milicias populares se encuentra la mano de Trotskiy, quien había sido elegido secretario general del *soviet* de San Petersburgo y cuya personalidad vigorosa, aunque discutida entonces como lo será después de 1917, intentaba remediar los titubeos del inexistente Zborovskiy. Contrariamente a los bolcheviques y a los mencheviques que seguían obcecados en su alianza con los grupos liberales en la creencia de que, antes de poder llegar a la instauración de un régimen socialista, Rusia debía pasar por una larga experiencia burguesa democrática y que pretendían que el actual momento revolucionario sólo estaba destinado a buscar la instauración de dicho régimen democrático, Trotskiy estaba convencido de que los compañeros de camino burgueses abandonarían a los socialdemócratas en el momento mismo en que los movimientos callejeros habrían arrancado una constitución al zarismo y que, a partir de aquel momento preciso, se pondrían del lado de la monarquía para ayudarla a aplastar al proletariado.

Plejánov y Cherievanin, teóricos del menchevismo, defendían la tesis del carácter burgués de la revolución en la cual el proletariado no podía tener otro papel fuera del de aliado de la burguesía en su intentona para derribar al zarismo y reemplazarlo por una "democracia burguesa", mientras Lenin y los bolcheviques querían hacerle representar el mismo papel con el designio de instaurar la dictadura *de los obreros y de los campesinos,* designio alcanzable tan sólo después de la victo-

ria de la revolución burguesa. En realidad el concepto leniniano de la revolución era entonces algo menos esquemático pero, asimismo, utópico e irrealizable ya que hacía una distinción entre dictadura socialista del proletariado y dictadura democrática, es decir, burgués democrática del proletariado y de los campesinos. Para él, en el momento en que el obrero y el campesino se han apoderado del poder, comprenden automáticamente que su dictadura tiene un carácter "democrático" ya que la revolución es esencialmente una revolución burguesa [16]. O sea, que los bolcheviques no concebían la lucha de clase sino hasta el momento del triunfo de la revolución y los mencheviques la invocaban solamente a partir de este momento. Para Trostkiy, por el contrario, la victoria de la revolución no debía dar el poder sino al partido que se apoyara sobre el pueblo armado de las ciudades, es decir, sobre una milicia popular.

Para él, los grupos liberales debían ser considerados como enemigos tan peligrosos para el proletariado como el mismo zarismo, y el *soviet,* lejos de atarse a ellos, debía ponerse en la situación de combatirlos y de actuar por su cuenta exclusivamente.

Esto, Witte lo había comprendido perfectamente, y desde el 9/22 de octubre se había preparado a explotar las rivalidades virtuales que no dejarían de levantar unos contra otros a los grupos liberales y a los grupos socialistas a partir del día en que la autocracia diera un principio de satisfacción a los primeros.

En este mismo día presentaba al Emperador un memorándum en el cual exponía la alternativa a la cual el Estado se encontraba abocado: ya sea instaurar una fuerte dictadura para reprimir la revolución, ya sea otorgar instituciones de tipo liberal, adoptar una organización legislativa tal que fuera conforme a las aspiraciones políticas netamente expresadas por la mayoría de los miembros de la sociedad rusa y garantizar realmente la solidez de las lib(tades cívicas así concedidas a la nación. El conde Witte expresaba la opinión que, en las condiciones en que se encontraba Rusia, no creía en la eficacia de la primera postura y admitía la necesidad de dar la iniciativa en materia legislativa a la futura Duma. El Zar vacilaba, ya que le repugnaba ceder en un

[16] Cfr. L. Trotskiy, artículo titulado *Nuestras contiendas* publicado en apéndice a *1905.* Punto de vista que el mismo Lenin expresa como sigue: "Todos aquéllos que pretenden alcanzar el socialismo por una vía distinta que la de la democracia política llegarán inevitablemente a las conclusiones más absurdas y reaccionarias"; en su obra *La revolución de 1905* (cuarta edición de las obras completas de Lenin; Moscú, 1947-48).

momento de tensión revolucionaria. Pero su tío, el gran duque Nicolás Nicoláievich, impresionado por el sesgo que tomaban los acontecimientos, amenazó con pegarse un tiro si no aceptaba las proposiciones de Witte [17].

Finalmente, Nicolás II firmó el manifiesto constitucional del 17/30 de octubre de 1905. En este acto importantísimo que abría la primera grieta en el sistema autocrático, el Emperador proclamaba la voluntad: 1) de otorgar al pueblo "una sólida libertad cívica fundada en una libertad individual efectiva, la libertad de conciencia, la libertad de palabra, de reunión y de asociación"; 2) de "admitir el principio inalienable que ninguna ley puede entrar en vigor sin la aprobación de la Duma del Imperio" y de "asegurar a los elegidos de la nación los medios para cooperar efectivamente al control de la legalidad de los actos de la administración"; 3) de "hacer tomar parte en las elecciones para la Duma a aquellas clases de la población hasta entonces excluídas del derecho de voto" y de "dejar al nuevo orden legislativo el poder de desarrollar el principio del sufragio universal".

En su memorándum que fué publicado al mismo tiempo que el manifiesto imperial, Witte insistía en la necesidad de realizar, ya antes de las elecciones, las principales promesas de la proclamación y, singularmente, la libertad de prensa, la abolición de la censura y la formación de un gobierno homogéneo que no debería obstaculizar la labor de la Duma. Aconsejaba también la introducción en el Consejo de Imperio de miembros elegidos cuya tarea consistiría en establecer relaciones normales entre este organismo y la futura Duma. Un decreto, publicado igualmente el 17 de octubre, creaba el cargo de Jefe del Gobierno que fué confiado al conde Witte.

"Es curioso comprobar —subraya W. H. Chamberlin— cómo este triunfo del movimiento revolucionario, la extorsión de una constitución a la autocracia —visto retrospectivamente— señala el principio de un movimiento de reflujo a favor del viejo régimen. Con la concesión de la constitución, como lo había calculado astutamente Witte, se inició un conflicto entre las fuerzas liberales y las socialistas de la oposición" [18]. Y esto es tan cierto que León Trotskiy podrá escribir tres años más tarde: "Es verdad que durante el primer período de la revolución, cuando ésta se manifestaba con explosiones aisladas de fuerzas

---

17 MILIUKOV: *Op. cit. Idem.*
18 W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.,* t. I, cap. 3.

primitivas, los liberales la toleraban. Ellos veían claramente que el movimiento revolucionario sacudía al absolutismo y lo empujaba hacia un arreglo constitucional con las clases dirigentes. Se resignaban, pues, a asistir a las huelgas y a las manifestaciones, trataban a los revolucionarios de modo amistoso, los criticaban con suavidad y circunspección. Después del 17 de octubre, cuando las cláusulas del acuerdo constitucional fueron redactadas y cuando parecía que no quedaba sino ponerlas en ejecución, la prosecución de la acción revolucionaria comprometía evidentemente la posibilidad misma de un acuerdo de los liberales con el poder. Las masas proletarias, solidificadas y reforzadas por la huelga de octubre, internamente organizadas, indisponían, por el hecho mismo de existir, al liberalismo contra la revolución. El parecer del liberal era que el negro había cumplido su tarea y que no le quedaba sino volver tranquilamente al trabajo. El *soviet* opinaba, por el contrario, que el punto culminante de la lucha no había sido superado todavía. En estas condiciones era imposible hablar de cualquiera colaboración revolucionaria entre la burguesía capitalista y el proletariado" [19].

En verdad, esta comprobación hecha por el secretario general del *soviet* de San Petersburgo, unida a la explosión de entusiasmo que, según todos los historiadores, acompañó la proclama imperial, quitaba toda posibilidad de desarrollo revolucionario a la huelga general. El *soviet* lo comprendió tan claramente que, al día siguiente de la proclama, decidió interrumpir el estado de huelga a partir del 21 de octubre para poder pasar, con los medios subversivos únicamente, a la acción revolucionaria directa. Inmediatamente, los bolcheviques empezaron a aplicar su programa e intentaron dar a sus núcleos de obreros armados el apoyo de los soldados y de los marineros.

El 26 de noviembre e. a., un motín de marineros estalla en la plaza fuerte de Kronstadt y dura tres días, hasta que algunos regimientos de la Guardia llevados desde San Petersburgo, sin que los obreros de la capital hayan respondido al llamado del *soviet* de apoyar a los sublevados, lo ahogan después de algunas horas de lucha. El ala más activa del partido socialdemócrata organiza entonces otro levantamiento que ha de producirse en Sebastopol gracias a una acción conjunta, piensan los organizadores, de las fuerzas de mar y de tierra. Esta vez tampoco, los soldados siguen a los marineros y el movimiento, desencadenado

[19] TROTSKIY: *Op. cit.* Conclusión.

el 11 de noviembre, se termina el 17, gracias a la energía del almirante Kujnin. En Sebastopol, un oficial de marina en disponibilidad, el teniente de navío Schmidt, había tomado el mando de la rebelión y se había proclamado comandante de la flota con sede de mando en el crucero *Ochakov* con la intención de levantar toda la flota del mar Negro; mas no fué seguido en su empresa y el 17 los buques fieles habían cañoneado al *Ochakov*. Así llegó a su término la tentativa de levantamiento militar emprendida por los elementos socialdemócratas [20].

Mientras todo en Rusia parecía volver a la normalidad en razón de este último fracaso, en ese momento preciso el movimiento agrario, latente desde la primavera, se transformaba en revolución violenta. El Manifiesto del 17 de octubre había dado una gran libertad de acción a la propaganda en el campo. En vez de calmarse, los campesinos pasaron a la acción directa y la situación alcanzó en el principio de noviembre un grado tal de anarquía que el enérgico general Trepov podía decir al conde Witte: "Soy terrateniente yo también; y bien, abandonaría con mucho gusto la mitad de mis propiedades para poder quedarme con la otra mitad" [21].

Es que "el gallo rojo" —así llaman los campesinos rusos a las llamas de los incendios provocados en las fincas de los señores— "el gallo rojo" cubría numerosas provincias. Los motines fueron particularmente intensos en la provincia de Saratov donde todas las casas señoriales fueron entregadas al fuego, en Ucrania, en las provincias del Volga. Más de dos mil propiedades fueron saqueadas e incendiadas y se ha calculado en veintinueve millones de rublos los daños sufridos por los propietarios. Rusia parecía haber vuelto a los tiempos terribles de la rebelión de Pugachiov. "Esta rebelión agraria fué, en su verdadero sentido, una agitación de clase, ya que no hizo ninguna diferencia entre las opiniones de los propietarios. La tierra del liberal progresista no corría menores riesgos que la de su vecino conservador" [22].

Las causas profundas de esta agitación, nos las proporciona el almirante Dubásov quien, antes de ahogar la insurrección de diciembre en Moscú, dirigió algunas expediciones destinadas a restablecer el orden en la provincia de Kursk cuya situación le permitía escribir:

20 Condenado a muerte por una corte marcial, Schmidt fué ahorcado el 18 de febrero de 1906 e. a.

21 WITTE: *Op. cit.*

22 W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit.*

"La causa principal del movimiento surgido entre nosotros es la cuestión de la tierra, desde mucho tiempo agudizada. Los campesinos piensan que la causa de todas sus angustias reside en la falta de tierra. Los propietarios poseen mucha tierra y los campesinos han decidido incendiar a los propietarios *(sic)* y repartirse la tierra. Una propaganda activa los ha incitado; la población local, de acuerdo con elementos venidos de afuera, ha pensado desarrollar la agitación. La señal fué dada por el Manifiesto del 17 de octubre que decepcionó a los campesinos en su esperanza de distribución de la tierra" [23]. Un segundo congreso de la "Unión Campesina Panrusa" tuvo lugar públicamente en Moscú a partir del 6/19 de noviembre. Bajo la influencia de los elementos socialrevolucionarios, las deliberaciones giraron, sobre todo, alrededor de cuestiones de táctica insurreccional. Algunos delegados recomendaban que la lucha fuera llevada con métodos pacíficos, boycott a las autoridades por parte del *mir,* creación de administraciones autónomas, cultivo de las tierras expropiadas por cuenta del *mir* que debía negarse a pagar los impuestos, boycott al reclutamiento militar, etc.... y evidentemente no faltaba el clásico llamamiento a una Asamblea constituyente que procedería a la repartición de la tierra entre aquellos "que la trabajan personalmente, en familia o asociados" en el *mir.*

Otros elementos, particularmente los de la agitada provincia de Saratov que habían asistido a las más intensas llamaradas del "gallo rojo", pedían la extensión inmediata de la rebelión armada a todas las provincias de Rusia y de Siberia. Un delegado de esta provincia declaró el 12 de noviembre, último día del congreso: "Si aguantamos, nos vencerán y la sangre será derramada. Ahora la sangre nos ahoga. Si nos rebelamos, la sangre será igualmente vertida pero de ella surgirá el sol de la libertad" [24].

Las tropas que, hasta los últimos meses, habían actuado en la guerra contra el Japón, empezaban entonces a volver de Manchuria con la misma lentitud que habían empleado para llegar al frente. Muchas de ellas no habían siquiera tomado parte en la lucha y se trataba de elementos seguros que el gobierno podía emplear para relevar a las fuerzas que, desde más de un año, se habían agotado en acciones de pacificación a través de toda Rusia. Witte decidió, pues, pasar a la

---

23 M. POKROVSKIY: *A brief History of Russia;* New York, 1931 (trad. del ruso).

24 G. T. ROBINSON: *Rural Russia under the Old Regime,* citado por W. H. Chamberlin, *op. cit.*

contraofensiva, como se lo pedían con insistencia los mismos terratenientes liberales que no necesitaban más el apoyo popular ahora que habían obtenido su tan deseada constitución y que "el gallo rojo" amenazaba arruinarlos sin remedio.

El 14 de noviembre, es decir, dos días después de la clausura del congreso campesino panruso, todos los miembros de la central moscovita de la Unión fueron arrestados. A partir de este momento, la reacción del gobierno imperial no va a conocer un momento de pausa hasta el restablecimiento total del orden público.

La primera medida que Witte indica al nuevo ministro del Interior Durnovo es la detención del presidente del *soviet* de San Petersburgo. El inexistente Zborovskiy ha sido reemplazado por un abogado, Jorge Nossar a quien el hecho de tomar el nombre de guerra de Jrustálev no había proporcionado mayor personalidad que a su predecesor. El 26 de noviembre fué arrestado y Durnovo pensaba que esta medida sería suficiente. Sin embargo, el *soviet* no quiso abandonar la lucha y eligió a León Trotskiy como sucesor del abogado menchevique. El nuevo presidente decidió poner en práctica por primera vez su gran principio de la revolución permanente e hizo aprobar el 3 de diciembre una proclamación al pueblo ruso. He aquí su parte ejecutiva: "Queda una única vía de salida: derribar al gobierno, arrancarle sus últimas fuerzas. Es menester quitarle el último recurso que le permite durar: los ingresos financieros. Ello es necesario no sólo para la emancipación política y económica del país, sino, sobre todo, para la restauración de la economía y hacienda del Estado. Por ello ordenamos que:

"Se debe rechazar todo pago de cuotas destinadas al rescate de las tierras y todo pago a las cajas del Estado. Se debe exigir en toda operación de pago de sueldos y salarios, moneda de oro y, cuando se trata de sumas inferiores a cinco rublos, se debe exigir moneda metálica. Se deben retirar los depósitos hechos en las cajas de ahorro y en el Banco de Estado y exigir su reembolso integral" [25].

Witte contestó el 5/18 de diciembre haciendo encarcelar a todos los miembros del Comité del *soviet* comprendido su flamante presidente. Lenin, que no tenía ninguna simpatía por aquellas organizaciones en las cuales su grupo —es decir él mismo— no tenían el mando absoluto y que, durante los últimos meses, se había contentado con

[25] TROTSKIY: *Op. cit.*

asistir a los trabajos del *soviet* desde una... tribuna, no había asistido a la sesión del 5 de diciembre y se había refugiado en una "casa amiga" cuya ubicación los historiadores oficiales del Partido no especifican mayormente.

Al día siguiente, el *soviet* de Moscú decidió la huelga general para el 7 con el propósito de transformarla en insurrección armada. Los trabajadores de Petersburgo siguieron mal un movimiento que, en la capital, fracasó en pocos días. Los empleados de la línea ferroviaria Petersburgo-Moscú tampoco acataron la orden, lo que permitió al gobierno ocupar la línea militarmente y asegurar el transporte de las tropas puestas bajo el mando del almirante Dubásov para reprimir la insurrección que había estallado en Moscú.

La lucha fué violentísima y duró del 9 al 22 de diciembre de 1905 e. a. llegando a localizarse alrededor del barrio Presnia, el "Montmartre" moscovita, donde los insurrectos habían levantado numerosas barricadas guarnecidas por guerrillas formadas por elementos de las "compañías obreras". Mientras duró la lucha, los subversivos se entregaron a toda clase de desmanes, saqueando, asesinando, incendiando, ejecutando a los soldados —y no sólo a los oficiales— que caían, heridos o sanos, entre sus manos. Los últimos encuentros se desarrollaron al arma blanca entre combatientes enfurecidos que no aceptaban ni daban merced. El 22 de diciembre, todo había terminado. Desde el Domingo Rojo, la revolución había costado a Rusia más de cinco mil muertos [26].

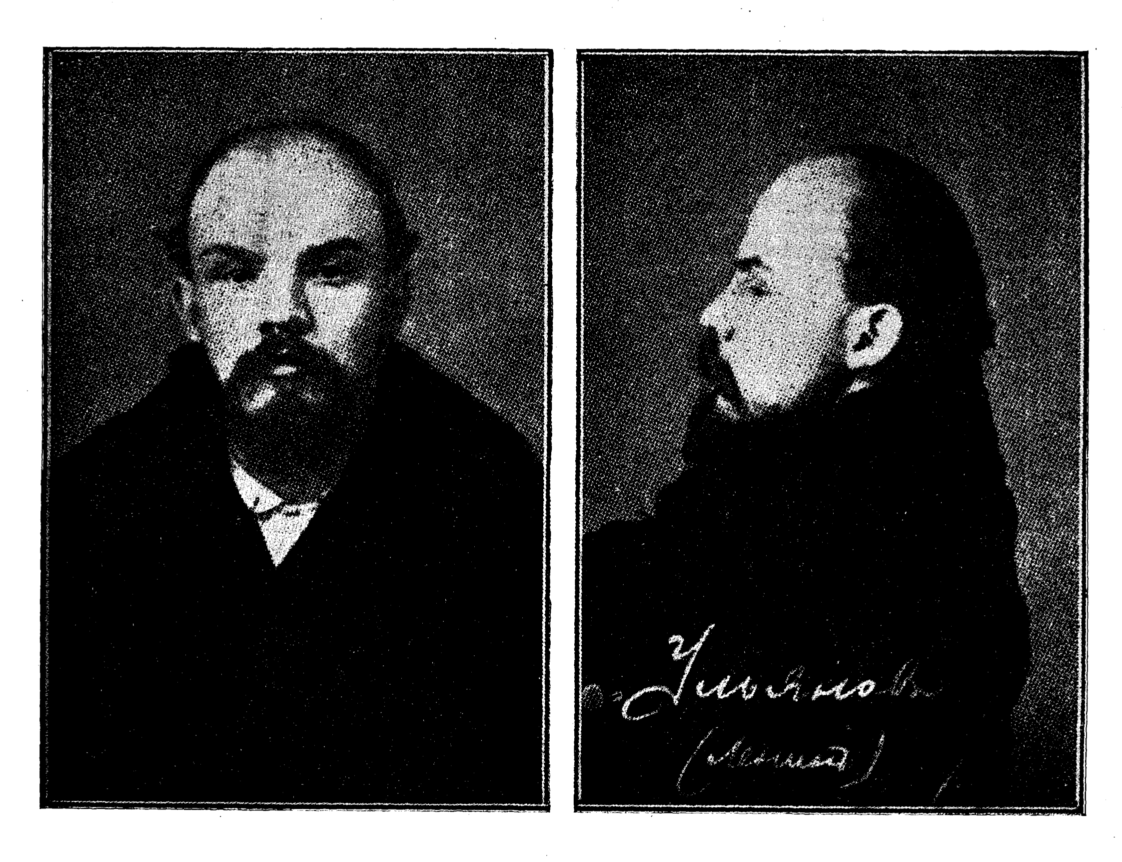
La conclusión que el último presidente del *soviet* de Petersburgo sacó de este fracaso de la revolución, tres años después de los acontecimientos de diciembre, sigue siendo valedera, por lo menos en su concepto general: "Diciembre brota de octubre como una ilación brota de sus premisas. El resultado del conflicto de diciembre no se explica por tal o cual error de táctica, sino por el hecho decisivo que la reacción era más rica en fuerzas materiales que la revolución. El proletariado se quebrantó, en su insurrección de diciembre, no contra errores estratégicos sino contra un elemento más real: contra las bayonetas del ejército campesino" [27].

A esta definición podemos agregar un comentario: la revolución

---

[26] Sin invocar el testimonio de ningún documento, Trotskiy, en la obra citada, da las cifras siguientes: 14.000 muertos en los diversos encuentros con la tropa; 1000 ejecutados; 20.000 heridos y 70.000 encarcelados y deportados.

[27] Trotskiy: *Op. cit.*



LENIN EN 1900 (archivos de la Ojrana)

tuvo probabilidades de éxito solamente durante el lapso en que el gobierno no pudo disponer de tropas suficientes para enfrentar una serie de movimientos que, de no haberse producido la guerra con el Japón, jamás hubieran podido concebirse. Podría ser interesante aplicar a la Rusia de 1905 el método caro a Renouvier, pero, en el caso presente, la ucronia no nos sirve de nada. Lo que sí es útil comprobar es la presencia o la ausencia de un espíritu verdaderamente revolucionario en la Rusia de aquella época. Y aquí la conclusión de Trotskiy, a pesar del esfuerzo gigantesco al cual se ha sometido durante las 359 páginas de su obra con el designio de imponer al lector la presencia de este espíritu, nos permite llegar precisamente a la conclusión inversa. En primer lugar, el Domingo Rojo es un acontecimiento totalmente aislado que se produjo como por generación espontánea y que no engendró directamente ninguna consecuencia revolucionaria. En cuanto al estallido revolucionario de octubre, querido por los partidos socialistas y suscitado en los ambientes proletarios de Petersburgo y de los grandes centros industriales, no provocó, en verdad, ningún fenómeno auténticamente político puesto que las tropas que tomaron parte en él no obedecían a ningún preconcepto auténticamente político. La huelga general de octubre fué revolucionaria únicamente en el espíritu de sus organizadores, nunca lo fué en el de sus actores como lo prueba el fracaso del levantamiento de Kronstadt, fracaso debido a la pasividad de los obreros de la capital. Asimismo el levantamiento de Moscú, en diciembre, fué el hecho de pocos millares de individuos que no pudieron arrastrar en su empresa sino a muy pocos de los doscientos cincuenta mil proletarios de la segunda ciudad del Imperio. Lo demuestra ampliamente el hecho de que, después del primer momento de sorpresa, los rebeldes se vieron obligados a adoptar una posición defensiva en una parte reducidísima de la ciudad frente a fuerzas poco numerosas. En las ciudades, la agitación revolucionaria pudo mantenerse solamente mientras los grupos liberales o progresistas o radicales se dedicaron a alimentarla con su propaganda y sobre todo cuidaron de no separar esta propaganda política de las reivindicaciones económicas de los trabajadores de la industria. Fuera de los grupos burgueses, nadie ofreció a aquéllos que se quería echar al asalto del Estado ningún programa o ninguna parcela de programa revolucionario susceptible de dar un sentido a esta acción política. Ni los mencheviques, ni tampoco los socialrevolucionarios. Ni tampoco Lenin ni sus bolcheviques, y no porque aquél no tuviese per-

fectamente preparada una doctrina revolucionaria capaz de llevarlo un día a la cabeza del Estado. Porque sencillamente las condiciones de la revolución de 1905 estaban todas en oposición con su doctrina. Razón por la cual, si bien vino a Petersburgo, nunca intentó imponerse en los consejos de la revolución ni representar papel alguno en los trabajos del *soviet*. El terreno petersburgués de 1905 era demasiado virgen para que los gérmenes del leninismo pudieran fructificar en él. Gérmenes nacidos desde tan poco tiempo, por otra parte, que Lenin no quiso comprometer su joven vida en una empresa demasiado prematura a sus ojos para que pudiera desarrollarse eficazmente. Baste leer el artículo que publicó en el *Proletario* del 29 de agosto de 1906 sobre "las enseñanzas de la insurrección de Moscú", para comprobar que, según él, "las organizaciones (revolucionarias) *habían quedado en retraso* respecto al crecimiento y a la envergadura del movimiento" [28]. Comprobación que le había permitido afirmar en plena agitación, contrariamente a la tesis de Trotskiy, que "el *soviet* de los diputados obreros no es un parlamento obrero, ni un órgano de *self-government* proletario, ni tampoco un órgano de *self-government* en general, sino una organización de combate con propósitos bien definidos" [29]. Concepto que, evidentemente, no se podía aplicar a la serie de hechos heterogéneos que caracterizan la revolución de 1905. Y esta revolución, escribe Malaparte, Lenin "no creía, en aquel momento por lo menos, que fuera la revolución. Todo hace suponer que una verdadera revolución lo hubiera molestado considerablemente en sus hábitos. Todavía no estaba dispuesto" [30].

Falta de preparación revolucionaria y, por lo demás, falta de espíritu revolucionario. Es curioso comprobar cómo la misma opinión se encuentra en sectores muy distintos, aunque se exprese con palabras diferentes. En 1916, cuando todos en Rusia sientan aproximarse un nuevo estallido, el industrial Putilov, propietario de aquellas fábricas desde las que había salido el movimiento de 1905, ¿no declarará acaso al embajador de Francia en San Petersburgo: "El ruso no es revolucionario; es anarquista. Y ello es muy diferente. El revolucionario tiene la voluntad de reconstruir; el anarquista sólo piensa en destruir"? [31].

[28] V. I. LENIN, este artículo figura en el tomo II de las *Obras escogidas*, pág. 11 sgs. publicadas por el Instituto Marx-Engels-Lenin, de Moscú.
[29] *Ibidem.*
[30] C. MALAPARTE: *Le bonhomme Lénine;* París, 932.
[31] MAURICE PALÉOLOGUE: *La Russie des Tsars pendant la grande guerre.* Tomo III, (22 de septiembre de 1916); París, 1922.

Definición que, hecha a propósito de los proletarios industriales y de su acción de 1905, se aplica perfectamente a los campesinos que, en aquel mismo año, encontraron en su anarquismo motivos suficientes para soltar al "gallo rojo". En efecto, los motines agrarios fueron aún más desordenados que las agitaciones ciudadanas, con este agravante que, después del Manifiesto del 17 de octubre, los moderados no pudieron frenar movimientos que, tanto como los de los centros industriales, habían sido los únicos en fomentar. Y tanto es así que si la "Unión Campesina Panrusa" quiso canalizar estos movimientos, los elementos socialrevolucionarios que le inspiraban sus manifiestos no llegaron a tener ninguna influencia práctica sobre los *muzhiks* enfurecidos, no por un vago ideal revolucionario, sino por un preciso apetito de tierras. Para definir la primera revolución rusa, la palabra pronunciada por Pushkin casi cien años antes sobre "el motín ruso, insensato y despiadado" conserva su entero valor. Que se trate de las barricadas del barrio de Presnia o de los incendios de la provincia de Saratov, nos encontramos con el espíritu de Steñka Razin y de Pugachiov, no con el del técnico frío y científico de la revolución.

V

Una vez restaurada la calma en las ciudades y en las aldeas, el gobierno del conde Witte pudo preparar tranquilamente las elecciones según las normas establecidas por la ley electoral del 11/24 de diciembre de 1905. Esta ley, que no modificaba la repartición del cuerpo electoral en tres colegios prevista por la "Duma Bulíguin", suprimía sin embargo las restricciones censitarias establecidas en agosto. En la nueva ley la posesión de cualquier propiedad, el pago de cualquier impuesto o la locación de cualquier departamento durante un año eran suficientes para conferir el derecho de voto [32].

Podemos preguntarnos por qué cuatro meses separan el Manifiesto del 17 de octubre de las elecciones para la primera Duma. Es que antes de convocar a los colegios, se había hecho necesario publicar las "leyes fundamentales" del Imperio, prometidas por el Zar en dicho

[32] La ley electoral prevé que los tres colegios de los terratenientes, de los habitantes de las ciudades y de los campesinos elegirán 412 diputados representantes de 51 provincias, 3 regiones administrativas y 26 grandes ciudades, conjunto en el cual entran Polonia, Siberia, el Cáucaso y los Países Bálticos.

manifiesto, para no correr el riesgo de ver esta importante cuestión peligrar entre la tesis izquierdista que deseaba someterla a una Asamblea consituyente y la tesis conservadora que pretendía mantener la antigua organización en su integridad. Witte comprendió que era necesario ganar de mano a los partidos políticos y que el Emperador debía ser quien "concediera" al país sus nuevas instituciones. El proyecto elaborado por Witte encontró una viva oposición en los ambientes conservadores representados en el gobierno por el conde Goremíkin, razón por la cual, de discusión en discusión, no fué publicado sino después de la renuncia de su autor, el día mismo de la apertura de la Duma [33].

Sin embargo, la situación de Witte se hacía difícil. Los éxitos cosechados en Portsmouth, la pacificación interior, todo esto había sido pagado a un precio demasiado elevado. En efecto, la Constitución, por poco liberal que fuera, no dejaba de ser considerada como subversiva por los elementos conservadores y por los círculos cortesanos que acusaban al jefe del gobierno de trabajar por la caída de la Monarquía y de prepararse para el papel de primer presidente de la República rusa. Acusaciones o, si se prefiere, insinuaciones totalmente estúpidas que encuentran su origen en la intención proclamada por Witte de proceder a la expropiación de los latifundios con el designio de aumentar el número de los campesinos pequeños propietarios. Pero el Zar sabía muy bien que el papel de su ministro no había terminado; le quedaba por concluir un empréstito considerable en el extranjero y por preparar las elecciones. El mismo Witte afirma en sus *Memorias* que si no hubiese tenido que realizar esta doble tarea hubiera dimitido dos meses antes ya que "cualquier imbécil era capaz de acabar con la revolución".

---

[33] Estas "leyes fundamentales" o Constitución del Imperio ruso conservan al Zar extensas prerrogativas: el mando del ejército y de la marina, el derecho de guerra y de paz, la conclusión de los tratados, el derecho de sucesión al trono, la administración de los bienes de la Corona, la dirección de la Iglesia ortodoxa, etc. La Duma tiene carácter de organismo legislativo cuyas leyes asumen vigor cuando reciben la aprobación de la Duma Alta y del Emperador. La Duma tiene derecho de interpelación sin que el gobierno sea responsable ante ella. La Duma Alta, el antiguo Consejo de Imperio transformado, comprende 184 miembros, la mitad nombrados por el Zar, la otra mitad elegida por 9 años y renovable por terceras partes. Ni las Dumas, ni el Zar pueden modificar las leyes fundamentales ni la ley electoral. Para cambiar los renglones del presupuesto las Dumas tienen que votar leyes especiales. No tienen competencia en materia de gastos militares, de empréstitos exteriores. Los funcionarios y ministros dependen directamente del poder ejecutivo a quien las dos Cámaras pueden hacer representaciones relativas a los actos ilegales o arbitrarios de aquéllos.

En esta atmósfera de desconfianza tuvieron lugar las elecciones el 17 de febrero, 4 y 8 de marzo de 1906 e. a. Contrariamente a las previsiones del gobierno, enviaron a la Duma una mayoría de diputados Kadetes y Laboristas. La indignación de los círculos conservadores recayó sobre Witte a quien se acusó de haber preparado una ley electoral demasiado liberal y Nicolás II se dejó arrastrar por esta corriente sin intentar provocar, por otra parte, ninguna crisis ministerial.

Finalmente, a cambio de su promesa de apoyar a Francia en la Conferencia de Algeciras, Rusia obtuvo del gobierno francés un empréstito de 2.250 millones de francos al 6 %. Entonces Witte, considerando que su misión de reprimir la revolución y de restaurar las maltrechas finanzas rusas estaba cumplida, ofreció su renuncia que el Emperador aceptó extendiéndola a todo el gabinete.

En la nueva fórmula ministerial, Goremíkin substituye a Witte en la presidencia del consejo, Stolípin a Durnovo en el Interior; Isvolskiy reemplaza a Lamsdorff en el Puente de los Cantores; Kokovtsov recibe la cartera de Hacienda y el conde Shirinskiy-Shijmatov asume la Procura General del Santo Sínodo en reemplazo de Obolenskiy quien, en octubre del año anterior, había sucedido en este cargo a Pobiedonóstsev.

El 27 de abril de 1906 e. a., la primera Duma celebró su sesión de apertura en el Palacio de Invierno en presencia del Emperador quien, en un breve discurso, expresó el deseo de "que esta jornada señalara la renovación moral de Rusia y el renacimiento de sus energías". "Yo mismo —proseguía— aseguraré la existencia inquebrantable de las instituciones que le he otorgado" [34]. Luego, los nuevos legisladores se trasladaron al palacio de Táurida que había sido destinado para sede de la Duma [35].

---

[34] P. Miliukov: *Op. cit.*, tomo III, cap. XXI-III.

[35] Algunos días antes, Gapón había sido encontrado asesinado. A propósito de la muerte "misteriosa" del pope Gapón, escribe Bertram D. Wolfe: "En abril de 1906, se encontró su cuerpo colgado de las vigas de una pequeña choza de Ozerkiy. Muchos creyeron que había sido asesinado por la policía. Muchos años más tarde, se reveló que Pincus Rutenberg, terrorista socialrevolucionario que lo había ayudado a escapar de Rusia, había sabido que se había vuelto de nuevo agente del gobierno, y lo había matado por orden de su partido. Baste agregar que, más tarde, Rutenberg obtuvo una colocación oficial bajo Kérenskiy, fué encarcelado por los bolcheviques, conoció el exilio voluntario, se ocupó de intereses comerciales ingleses en Palestina, y, finalmente, fué durante algunos años dirigente sionista. La vida de Gapón (y) la de Rutenberg... son como símbolos de la extraña complejidad del tejido cuyos hilos intentamos seguir". *Three who made a Revolution* (utilizo la versión francesa en tres tomos; París, 1951).

Esta, que en razón de su composición [36], ha sido llamada "Duma de la indignación popular", hubiera podido ofrecer, en el caso de una política común emprendida por los dos partidos más numerosos, el Kadete y el Laborista, un bloque sólido de oposición puesto que entre ellos dos totalizaban más de la mitad de los diputados. Sin embargo, este Parlamento padeció, desde el primer día, del vicio esencial de todos los cuerpos legislativos fraccionados en numerosos partidos: el vicio de intereses particulares demasiado divergentes para poder sumarse en un interés general suficientemente sentido para imponerse. El gobierno podía temerlo todo de una unión entre Kadetes y Laboristas ya que unos y otros querían la reforma política y social del país. Se encontró por el contrario con una oposición repartida en demasía para ser peligrosa y pudo muy justamente considerar que los intereses partidarios con los cuales tenía que enfrentarse, al no obedecer a ningún concepto político común, no podían pretender representar la opinión del país.

Tampoco en la cuestión urgente de la reforma agraria los distintos grupos pudieron ofrecer un frente unido y presentaron proyectos de expropiación tan dispares y sobre todo tan apresurados que Goremíkin pudo defender de modo muy airoso el proyecto del gobierno que, por haber sido concebido de manera más reflexiva, no por ello era, como veremos, menos radical. Se trataba en realidad de diferencias en los métodos y esto precisamente es lo que llegó a agudizar hasta un punto tal la lucha entre el gobierno y la Duma que el 9/22 de julio, es decir menos de tres meses después de la apertura de la sesión parlamentaria, el Emperador pronunció la disolución del cuerpo legislativo y llamó a otras elecciones, como se lo permitían las leyes fundamentales.

El mismo día, tras una convocación de Miliukov, presidente del partido Kadete, numerosos diputados de la oposición se reúnen en la ciudad finlandesa de Viborg y publican un llamamiento a la población que incitan a rechazar el pago de los impuestos y a negarse al reclutamiento. Los laboristas y los socialdemócratas van más lejos aún e intentan sublevar las tropas de Sveaborg y de Kronstadt. Una repeti-

---

36 178 radicales o Kadetes; 94 laboristas; 32 pertenecientes al Círculo polaco; 26 moderados del partido de Renovación Pacífica; 17 socialdemócratas pertenecientes a la fracción menchevique, ya que los bolcheviques habían decidido el boycott de la Duma; 12 autonomistas independientes; 12 progresistas; 6 miembros del partido de la Reforma Democrática y 100 diputados sin ninguna filiación. 45 % son campesinos, 37 % son aristócratas, 14 % terratenientes, el resto intelectuales, industriales, miembros de las profesiones liberales, etc.

ción, en suma, del manifiesto emitido el 3 de diciembre del año anterior por el *soviet* de Petersburgo.

El llamamiento de Viborg no fué escuchado y Stolípin quien, para preparar las nuevas elecciones, había substituído a Goremíkin en la jefatura del gobierno, no tuvo que tomar ninguna medida drástica. La segunda Duma fué más radical aún que la primera ya que comprendió 123 Kadetes, 97 laboristas, 83 socialistas y algunos otros grupos democráticos que aumentaron sensiblemente la proporción de los partidos de oposición. Esta vez, sin embargo, las derechas eran más homogéneas y el gobierno podía apoyarse sobre un grupo bastante extenso de moderados que unidos a aquéllas oponían un frente relativamente unido a la fragmentación de la oposición. Esta se encontró pronto reducida a la impotencia y se contentó con obstaculizar la tarea del gobierno en materia de reforma agraria y con atacar a Stolípin por su decisión de deferir a las cortes marciales militares los delitos de rebelión y de saqueo que siguieron produciéndose, aunque de modo esporádico, durante todo el año 1906. Sobre esta importante cuestión, el abogado Maklákov, portavoz del partido Kadete, quiso someter la política del gobierno a una crítica jurídica. Stolípin le contestó: "Si queréis la supresión de las cortes marciales, parad la demencia roja y desarmad vosotros primero... Las cortes marciales no son una institución jurídica. Son instrumentos de lucha. Vosotros nos demostráis que este instrumento no es conforme a los principios del derecho y de la ley. En compensación, es conforme a sus propósitos. El derecho no constituye un hito en sí. Cuando la vida del Estado está en peligro, el Gobierno tiene no sólo el deber sino la obligación de dejar de lado el derecho y de apoyarse sobre los medios materiales de su poder". Lo que es estrictamente conforme a las enseñanzas de Rousseau, el padre espiritual de los Kadetes, cuando examina los "medios excepcionales" que debe emplear el Estado para asegurar su propia existencia contra las tentativas de usurpación por parte de voluntades particulares [37].

Esta segunda Duma fué disuelta a su vez el 3 de junio de 1907 y figura en el catálogo de las instituciones parlamentarias rusas con el nombre de "Duma de la ira popular", en razón del número elevado de opositores que había incluído.

La "Duma de los Señores" que le sucede y va a poder mantenerse

[37] J. J. Rousseau: *Du Contrat Social ou principes du droit politique.* "Le Gouvernement - Vice essentiel du gouvernement".

en el palacio de Táurida hasta 1912, permitirá al enérgico primer ministro proceder sin trabas a la reforma agraria que ha pasado a la historia con el nombre de "reforma Stolípin".

Los motines agrarios de 1905 habían convencido al gobierno de la necesidad de una reforma radical en el campo. Ya en 1904, cuando era gobernador de Saratov, Stolípin había recomendado al Emperador medidas tendientes a liberar a los campesinos del arcaico organismo del *mir*. "El campesino ruso, escribía, siente el deseo apasionado de nivelar, de llevar a todos los demás hasta un régimen idéntico de vida; como resulta imposible hacer subir la masa hasta el nivel de los elementos más activos e inteligentes, la consecuencia de este deseo y de esta imposibilidad es que todos bajan hasta el de la mayoría inferior e inerte. La propiedad individual es el antídoto natural de la propiedad comunitaria. Ella es la garantía del orden, puesto que el pequeño propietario forma la base sobre la cual pueden descansar las condiciones estables de la vida de un Estado" [38].

A partir de 1907, Stolípin pudo realizar sus proyectos en el plano nacional de manera tan completa que se puede afirmar que transformó el mapa social de Rusia mucho más radicalmente que las reformas del Zar Libertador. Dos leyes fundamentales, seguidas de numerosas normas administrativas, realizaron esta reforma. La primera que lleva la fecha del 9/22 de noviembre de 1907 rompió el viejo cerco que el *mir* levantaba alrededor de la vida campesina al dar la facultad a cada miembro de la comunidad de aldea de transformar su parcela en tierra de propiedad absoluta. La segunda ley adoptada el 28 de junio de 1910 e. a. permitió a cada *mir* disolverse después de votación por mayoría y de transformarse en un conjunto de propietarios individuales independientes.

Así, entre 1907 y 1915, 2.008.432 familias campesinas abandonaron el *mir* y sus jefes ascendieron a la categoría de propietarios individuales. A esta cifra hay que agregar 2.800.000 familias campesinas que, ya antes de la reforma Stolípin, vivían sobre la base de la propiedad individual en los distritos del sur y del oeste. Así se formaba rápidamente una capa de pequeños terratenientes cuyos intereses coincidían con los del Estado [39]. Las consecuencias que hubiera podido tener

---

[38] POKROVSKIY: *Op. cit.*

[39] S. PIONTKOVSKIY: *Ensayos sobre la historia rusa de los siglos XIX y XX;* Járkov, 1930.

El ya citado Robinson calcula que hasta el final de 1914 las posesiones cam-

esta reforma, no es posible preverlas puesto que en 1914 la experiencia se interrumpió en razón del trastorno causado por la guerra en la clase rural; pero, con lo realizado a partir del final de 1907, podemos asistir a una regresión acelerada de los motines agrarios y tanto como por el aumento del número de los pequeños propietarios, por la restauración, gracias a esta política, de las condiciones generales de vida en el campo.

Condiciones que, como siempre, estaban estrictamente ligadas a las de la industria. En este terreno también asistimos, a partir de 1908, a un resurgir económico que sólo la guerra vendrá a interrumpir. Y tanto es así que, mientras las estadísticas para el año 1905 nos proporcionan 1.438.841 participantes en huelgas económicas, las de 1910 nos ofrecen tan sólo 42.846 huelguistas. En cuanto a las huelgas políticas, las cifras son más elocuentes aún puesto que nos dan respectivamente 1.424.328 huelguistas contra 3.777. Las mejores condiciones de vida traídas a Rusia por la política stolipiniana menguaban automáticamente los efectos de la propaganda revolucionaria. El mismo Lenin, en los momentos de libertad que le dejaban sus incesantes polémicas con los mencheviques sobre el boycott de las elecciones, sobre el "neo-iskrismo", sobre el "liquidacionismo" y el desarrollo histórico del marxismo, el mismo Lenin lo reconocía sin dificultad aunque con reticencias puesto que no sería concebible que el jefe del bolchevismo admitiera que la mayor parte de los rebeldes de 1905 habían vuelto la espalda a las ideas revolucionarias.

En sus "Observaciones políticas" publicadas el 26 de febrero de 1908 en el *Proletarii* de Ginebra [40], se las tomaba con el editorialista del órgano kadete *Rússkie Viédomosti* quien había escrito a propósito de la reforma agraria de Stolípin: "Resulta (de ella) un cuadro sorprendente: un gobierno conservador, con la colaboración de los representantes de los partidos conservadores, prepara una reforma radical en el terreno de las relaciones agrarias, las menos susceptibles de cambios bruscos, decidiéndose a medida tan radical por razones abstractas

pesinas subieron de 160.785.000 desiatinas a 170.461.000 desiatinas, mientras las posesiones rurales de los nobles disminuían de 49.768.000 desiatinas a 39.558.000, o sea de casi diez millones y medio de hectáreas. Estas cifras son sensiblemente iguales a las que da P. MASLOV en su *Problema agrario en Rusia*. CHAMBERLIN, (*Op. cit.*) tiene pues perfectamente razón cuando afirma que, gracias a la reforma de Stolípin, asistimos a una transferencia continua de la tierra de los nobles a los campesinos.

[40] Este artículo figura en el tomo II de las *Obras escogidas* de Lenin, pág. 181 y sgs. recopiladas por el Instituto Marx-Engels-Lenin.

sobre la preferencia de una forma de propiedad a la otra". Y se las tomaba en estos términos: "Despierte, señor profesor [41], sacúdase el polvo de archivo del populismo arcaico, mire lo que han hecho dos años de revolución. Stolípin os ha vencido, no sólo por la fuerza física, sino también por haber comprendido justamente la necesidad más práctica del desarrollo económico, la destrucción violenta de las viejas formas de propiedad de la tierra. El gran "avance", realizado ya irrevocablemente por la revolución, consiste en que, antes, la autocracia ultrarreaccionaria *podía* apoyarse en las formas medievales de propiedad agraria, pero ahora *se ve obligada,* irrevocable y enteramente obligada, a trabajar con una rapidez febril en su destrucción. Porque ha comprendido que, *sin romper* el viejo régimen territorial, *no puede haber solución* para la contradicción que explica con la mayor profundidad la revolución rusa: ¡la propiedad territorial más atrasada, el campo más salvaje junto a la industria más adelantada y el capital financiero!"

Dos años más tarde, Vladímir Ilich siente la necesidad de volver a examinar las causas exactas del triunfo conseguido por el régimen zarista sobre las fuerzas de la revolución, liberales o socialistas. Este examen, lo realiza, con la dialéctica laboriosa que caracteriza la expresión de su pensamiento, en el periódico bolchevique legal *Zviezdá* [42], el 23 de diciembre de 1910: "Ante nosotros, escribía Lenin, se destacan en seguida los dos trienios que componen este período (1904-1910): uno que termina, aproximadamente, en el verano de 1907; el otro, en el verano de 1910. El primer trienio se caracteriza, desde el punto de vista puramente teórico, por cambios rápidos en los rasgos fundamentales del régimen estatal de Rusia, con la particularidad de que la marcha de estos cambios fué muy desigual, ya que la amplitud de las oscilaciones a ambos lados es muy grande. La base económicosocial de estos cambios de la "superestructura" fué una intervención de masas, tan abierta, tan imponente, de *todas* las clases de la sociedad rusa, en los terrenos *más diversos* (actividad en la Duma y fuera de la Duma, prensa, asociaciones, asambleas, etc.), como la historia no las registra muy a menudo.

"Por el contrario, el segundo trienio se caracteriza —repetimos que, por esta vez, nos limitamos al punto de vista puramente teórico,

[41] Debe tratarse del profesor Miliukov, docente en la universidad de Moscú y director del Русские Ведомости (Informaciones rusas).

[42] Звезда La estrella.

"sociológico"— por una evolución tan lenta que casi se puede comparar al estancamiento. Ningún cambio perceptible en el régimen del Estado. Ninguna o casi ninguna intervención abierta y variada de las *clases* en la mayor parte de los "escenarios" en que se desenvolvían estas intervenciones en el período precedente...

"La diferencia entre ambos períodos consiste en que, durante el primer período, en el proscenio de la acción histórica se planteó precisamente la cuestión del resultado que iban a tener los cambios rápidos y desiguales que hemos indicado más arriba. El contenido de estos cambios tenía que ser necesariamente burgués, si tomamos en consideración el carácter capitalista del desarrollo de Rusia; pero hay burguesía y burguesía. La burguesía grande y media, situada en las posiciones de un liberalismo más o menos moderado, por su propia posición de clase temía los cambios bruscos y procuraba la conservación de considerables restos de las viejas instituciones, tanto en el régimen agrario como en la "superestructura" política. La pequeña burguesía rural, entrelazada con los campesinos que viven "del trabajo de sus brazos", no podía dejar de aspirar a *otro género* de tranformaciones burguesas, en las que quedaría mucho menos lugar para todo lo viejo y medieval. Los obreros asalariados, debido a que guardaban una actitud consciente ante todo cuanto pasaba a su alrededor, no podían dejar de elaborar para sí una determinada posición respecto a este choque de las dos distintas tendencias, que, al seguir ambas en el marco del régimen burgués, definían sus formas totalmente distintas, una rapidez totalmente distinta en su desarrollo y una amplitud distinta para abarcar sus influencias progresivas" [43].

Esta larga exposición nos demuestra que las masas trabajadoras como sus inspiradores intelectuales de las distintas clases sociales, habían salido del primer período revolucionario agotadas y decepcionadas, como lo prueba su actitud durante el segundo período, actitud inspirada sobre todo por su falta de interés por la actividad política. "En el segundo trienio, aclara Vladímir Ilich, el choque de las diversas tendencias del desarrollo burgués de Rusia *no* estaba a la orden del día, ya que *ambas* tendencias fueron aplastadas por la reacción feudal, empujadas hacia atrás, forzadas hacia adentro, acalladas durante un cierto tiempo. La reacción feudal no sólo ha ocupado completamente el proscenio, sino que ha llenado los corazones de las más amplias capas de

[43] *Obras escogidas* de Lenin. *Idem,* pág. 189 y sgs.

la sociedad burguesa de un ambiente de "Vieji" [44], por el espíritu del abatimiento, de la renegación. Nada de choque de los dos métodos de transformación de lo viejo, sino pérdida de la fe en toda transformación, espíritu de "sumisión", de "arrepentimiento", manía por doctrinas antisociales, la moda del misticismo, etc." [45].

Estado de espíritu que se extendió no sólo en superficie como lo pretende Lenin puesto que en la conclusión del mismo artículo se ve llevado a reconocer que "el espíritu de apostasía, que abarcó los sectores más amplios de la burguesía, penetró también en esta tendencia que trata de encuadrar la teoría y la práctica marxistas en el cauce de la "moderación y la puntualidad" [46]. Del marxismo no queda aquí más que fraseología, reflexiones sobre la "jerarquía", la "hegemonía", etc., penetradas de parte a parte por el espíritu liberal" [47].

Es que, en aquellos años y hasta el estallido de la primera guerra mundial y, podríamos decir, casi hasta la revolución de 1917, "Lenin atravesó a menudo verdaderas crisis de depresión nerviosa. Como una ciudad en las arenas del desierto, Rusia se hundía poco a poco en *el gran silencio del noreste*. El desorden del partido aumentaba cada vez más, el tiraje del diario disminuía con cada número, los espíritus se adormecían en una especie de pesimismo egoísta obsedido de ensueños, turbado por pesares y remordimientos" [48]. Pero mientras algunos de los revolucionarios de 1905 se suicidaban por desesperación, mientras otros como Alexéi Okulov e Iliá Ehrenburg se dedicaban a la literatura pornográfica, Lenin escribía artículos que eran como presupuestos de quiebra y, para olvidar la revolución, emprendía largos paseos en bicicleta por los alrededores de París. "Ciertos biógrafos de Lenin no le estarán nunca agradecidos por haber pensado durante algún tiempo más en su bicicleta que en la revolución proletaria" [49].

---

44 Los autores de las *Obras escogidas* de Lenin dan la explicación siguiente a propósito de esta palabra: "*Vieji* (Los Jalones). Título de una antología contrarrevolucionaria publicada en 1909 por un grupo de destacados escritores kadetes, en la cual ellos, en nombre de la burguesía, agradecían al zar el haber aplastado la revolución (1905 - 1907)".

45 LENIN: *Obras escogidas. Idem.*

46 Los mencheviques evidentemente, que, a pesar de la minoría en que se encontraban en los congresos de la socialdemocracia que se celebrara fuera de Rusia, seguían contando en Rusia misma con la mayoría de los adherentes a la socialdemocracia.

47 LENIN: *Obras escogidas. Idem.*

48 C. MALAPARTE: *Op. cit.*

49 *Ibidem.* Esta falta de actividad, debida, no a un recrudecimiento de la persecución policial, sino a un mejoramiento evidente de las condiciones de vida,

La verdad es que no quedaban tropas a la revolución. Bien podían los socialrevolucionarios hacer asesinar por uno de los suyos al presidente Stolípin, el 5/18 de septiembre de 1911, durante una representación teatral en Kiev; pronto se descubría que el asesino al mismo tiempo que al terrorismo revolucionario pertenecía a la Ojrana en calidad de agente provocador. Y en efecto, este asesinato servía tanto los rencores de los terratenientes desposeídos por el gran hombre de Estado como el odio de los subversivos que perseguía con un vigor que, prácticamente, había acabado con ellos. Bien podían volver a producirse, en 1914, huelgas en Bakú y en Petersburgo, nada demuestra que el régimen zarista estuviese a punto de enfrentarse con una crisis parecida a la de 1905 ya que, como lo indica W. H. Chamberlin, cada campesino que veía su propiedad empezar a fructificar se transformaba por ello mismo en recluta del gobierno en el caso de nuevos conflictos sociales [50].

Ello es tan evidente que, a partir del momento en que los propó-

---

no sólo de los campesinos, sino también de los proletarios industriales gracias a la política social del gobierno Stolípin que, al dar satisfacción a los revolucionarios de 1905, los transformaba en conservadores, esta falta de actividad generadora de la casi desaparición de los militantes socialdemócratas en Rusia, está subrayada por Bertram D. Wolfe en su obra *Three who made a Revolution.* Wolfe escribe: "El gobierno Stolípin había entrado en un período de reformas moderadas. Se seguía celebrando elecciones para la Duma. Todos los partidos de la oposición tenían derecho a presentar candidatos (nadie pensaba en este procedimiento "más altamente democrático" que es la lista única), y a utilizar la prensa para sus campañas electorales. Por el establecimiento del régimen de la pequeña propiedad, el campo se transformaba rápidamente. La libertad de desplazamiento en el interior del país y el derecho de viajar al extranjero eran más amplios de lo que jamás habían sido antes de 1917 y de lo que jamás serían después. El número de escuelas aumentaba rápidamente y la campaña contra el analfabetismo tomaba proporciones serias; 1912 vió la puesta en aplicación de una ley de seguros contra las enfermedades y los accidentes, que concedía las dos terceras o las tres cuartas partes del salario, y protegía prácticamente a todos los trabajadores industriales. Los obreros elegían ellos mismos sus delegados a los consejos de seguridad social.

"1913 vió una amnistía política general concedida en ocasión del tercer centenario de la fundación de la dinastía Románov. Martov, Dan, Kámenev volvieron a Rusia donde vivieron a la vista de todos. Trotskiy y Stalin no podían aprovechar esta oportunidad porque se habían evadido de Siberia y no habían purgado completamente su condena.

"Así, la Constitución Stolípin, como afirmaba Lenin a sus románticos partidarios izquierdizantes, era una constitución "moderada pero no en absoluto una constitución de cartón o de ópera cómica" y Stolípin se preocupaba realmente por tranformar a Rusia según el concepto que era el suyo de lo que debe ser un Estado moderno. La leyenda se propagó luego de que este período fué de reacción al estado puro; sin embargo todo muestra en él un progreso pacífico aunque extremadamente lento".

50 CHAMBERLIN: *Op. cit.*

sitos políticos y sociales de Stolípin empezaron a hacer sentir sus efectos prácticos, las fuerzas de la oposición —subversivas o constitucionalistas, moderadas o radicales— entraron en su línea descendente, hasta desaparecer casi por completo en menos de pocos años.

Desgraciadamente, la acción del gran estadista, mientras obtuvo resultados tan extraordinarios en el terreno social, no cosechó los mismos éxitos en el plano internacional. El gobierno ruso no era aquello que se llama un "gobierno unificado"; cada departamento ministerial disponía de una cierta autonomía que titulares y altos funcionarios tendían naturalmente a ensanchar. Así sucedió, más que en ningún otro ministerio, en el santuario del Puente de los Cantores. Pronto veremos cómo, después de la administración Isvolskiy, que le dará tantos sinsabores en razón del fuerte temperamento y de la morbosa economía mental del personaje, cuando Stolípin, en el deseo de evitar que la diplomacia rusa cometa más imprudencias, entregue esta cartera a su cuñado Sergio Sazónov, este grisáceo personaje, aprovechando la desaparición de su mentor, será quien, precisamente, lleve a Rusia hacia la catóstrofe a causa de la cómoda libertad de maniobra dejada a los ministerios por el autocrático régimen zarista.



CAPITULO XII

IMPRUDENTES Y BELICISTAS

La alianza rusa, o del helenismo de los franceses - Puntos de vista de Charles Maurras - Del tolstoísmo de Nicolás II a los propósitos de Isvolskiy - Algeciras o los guillerminos furores - Rusia vuelve a los Balcanes - La muralla austriaca - El acercamiento con Inglaterra y la segunda conferencia de La Haya - Aehrenthal - El asunto de Bosnia-Herzegovina - La deslealtad austriaca y las reacciones de la opinión pública rusa - La respuesta de Isvolskiy y el juego de Poincaré: transformación de la alianza franco-rusa - Sazónov - Caillaux y la tentativa de arreglo franco-alemán - Marruecos, Tripolitania y el desmembramiento de Turquía.

"Que cada uno a su manera sea un griego", dijo Goethe. Este voto del sabio de Weimar tiene para el historiador de las ideas un mérito esencial: revela que el hombre europeo, al salir de un clasicismo que durante dos siglos le había dado satisfacción de sí mismo hasta permitirle moldear la antigüedad a su propia imagen, no se bastaba ya y buscaba fuera de sí un mundo que pudiera substituir a aquél en que había nacido y que, ahora, le parecía demasiado estrecho. La incitación goetheana, como muy bien lo señala Walter Schubart [1], puede ser el grito de desesperación de Occidente ante la insuficiencia de su mundo espiritual, pero es también y sobre todo una prueba del desconcierto en que se encuentra aquella Europa romántica que tiene su más fiel expresión en hombres como Rousseau, Schopenhauer y Nietzsche. Esta huída fuera de sí misma, Europa la llevará a cabo de muy distintas maneras entre las cuales sus relaciones con Rusia no ocuparán el lugar menos importante. Aquél que ya no se basta busca a un tiempo un refugio y una protección. Como consecuencia, el que huye tendrá siempre tendencia a poner sus aspiraciones en lo que encuentre y, para hacerlo con decisión, le bastará solamente que aquéllo que encuentra tenga

---

1 W. SCHUBART: *Europa und die Seele des Ostens;* Riga, 1938.

una naturaleza opuesta a la suya. Pero lo que de este modo hallare no le parecerá tan ajeno como misteriosamente promisor, es decir, susceptible de poner un término a su desesperación, a su desconcierto, a su inseguridad. Por ello mismo, lo que busca no está nunca en el objeto elegido por él como panacea a sus males, y, las raras veces que se da esta coincidencia, ella es formal, nunca de contenido, ya que los hombres y los sistemas sólo se conciben en función de aquello cuyo centro los engendra, no de aquello que, desde afuera, pretende captarlos. Por ello mismo también, lo hallado nunca proporciona los efectos apetecidos, ya se trate del pensamiento hindú, ese catálogo de preceptos morales de reemplazo que no ha consolado a ningún europeo de haberse descristianizado, ya de la alianza rusa que no ha resarcido nunca a Francia, ni más tarde a Europa, de la pérdida de su personalidad política de primer plano. El pensamiento hindú y el fenómeno ruso han sido dos medios que los europeos han encontrado "para ser griegos a su manera", y estos medios han fracasado igualmente ya que no han proporcionado a Europa nada que pudiera substituir lo que había perdido.

El objeto de este trabajo no es extenderse sobre el primero de estos "hallazgos" que, en fin de cuentas, no asume ninguna trascendencia política. Pero el segundo debe ser examinado con mucha atención ya que, si bien es francés antes de ser europeo, se encuentra en el origen mismo de las desgracias del Continente, ante todo porque representa un papel muy importante en la gestación de los acontecimientos que llevaron al primer conflicto mundial y, por ende, a la catástrofe rusa de 1917, y, luego, porque de ésta han salido enteramente aquellas desgracias.

Es bien evidente que no se quiere decir con ello que la utilización por parte de Francia de la alianza rusa haya desencadenado por sí sola dichos acontecimientos y que, por consiguiente, Francia deba llevar el peso de todas las responsabilidades por haber escogido este medio de "ser griega a su manera". Y, además, ¿quién —Francia o Rusia— utilizó mejor la alianza? Se quiere decir tan sólo —y reconozco que, por el momento, esto puede aparecer demasiado esquemático— que Francia buscaba en este su modo de seguir el consejo de Goethe algo que *su* Grecia apetecida no le podía dar. Y ¿cómo hubiera podido dárselo si los mismos griegos no vieron nunca en el hecho de serlo algo que fuera un ideal para toda la humanidad ni siquiera para sí mismos? Error fundamental de óptica, el que cometió Francia

al querer ver en Rusia el objeto susceptible, por el misterio y la originalidad que presentaba a sus ojos, de servir de panacea a sus males exteriores. En verdad, no existían tal misterio ni tal originalidad en la Rusia que los franceses recorrían con una satisfacción tan superficial, la Rusia de los liberales occidentalizantes amigos y protectores de los nihilistas, ya que, como escribía Maurras el 1 de septiembre de 1887 —fijáos bien en la fecha—: si "el estado de Rusia proporcionó al nihilismo ocasiones propicias, su verdadera causa estaba en el estado de corrupción de los países occidentales cuyos miasmas aspiraban San Petersburgo y Moscú" [2].

Y es que la otra Rusia, la Rusia auténtica, no se había edificado física y espiritualmente en función de los deseos franceses sino en función de las condiciones rusas que no eran las del liberalismo de fuente occidental sino las del desarrollo histórico eslavo. Aquello que los franceses, tras algunas aproximaciones apresuradas, llamaban misterio ruso no era más que la superposición, tan ruidosa como artificial, de una ínfima minoría sin originalidad de pensamiento, acostumbrada a repetir sin comprenderlas las lecciones recibidas en las universidades alemanas, a este desarrollo histórico que, considerado desde su centro y no desde afuera, pierde él también todo carácter misterioso.

Parece difícilmente admisible que una diplomacia como la francesa se haya equivocado, tan enteramente como su opinión pública, sobre el objeto de su alianza con Rusia. Y, sin embargo, los acontecimientos que se suceden de 1906 a 1914 nos muestran muy claramente que el equívoco fué tan completo que este instrumento diplomático, en vez de jugar como en 1904 a favor de una localización de todo conflicto eventual, sirvió tan sólo, a partir de aquella primera fecha, para extender a la escala mundial cualquier antagonismo en vez de localizarlo. Equívoco que, por otra parte, existía en el origen mismo del pacto ya que si Francia, al firmarlo, había querido ante todo premunirse contra una agresión alemana, Rusia había buscado en él una protección contra Inglaterra. Poco a poco, a partir de 1906, este tratado, de defensivo se hizo ofensivo, pero no tanto por la voluntad de Francia —ni de Rusia por cierto— como por la fatalidad del juego eslavo en los Balcanes donde, después de su evicción de Extremo Oriente, Petersburgo volvía a representar un papel activo que suscitaba los

[2] Artículo publicado en la *Réforme sociale* de Le Play y reproducido por P. Chardon en el *Dictionnaire politique et critique* de Maurras, Fasc. 22; París, 1933.

'contragolpes preventivos" de una Austria-Hungría aliada de Alemania. Y vemos así cómo un pacto, que en su origen no tenía para Francia otro designio fuera del de preservar sus fronteras con Alemania, la arrastró a un conflicto provocado por rivalidades en cuyo choque no tenía ningún interés vital, y esto por el juego de una serie de acuerdos que insensiblemente se habían vuelto automáticos tanto por el lado de Berlín y de Viena como por el de París y de Petersburgo. ¿Cómo puede explicarse esta terrible equivocación por parte de los dirigentes franceses ya que —como veremos por el estudio de los documentos diplomáticos— ni su deseo de revancha, ni los intereses vitales de Francia bastan para proporcionar una respuesta satisfactoria?

Una explicación, suficiente por el momento, nos la entrega el mismo Maurras quien escribía, en 1910 —esta vez también la fecha es importante—, a propósito de la alianza franco-rusa: "El más imponente de los dos aliados no era el más ilustrado, y nuestra inferioridad, manifiesta en cuanto a la masa, no estaba compensada por una organización que permitiera sacar ventaja de nuestros bienes naturales: tradiciones, cultura, luces. Se puede imaginar a una Francia que representara ante Rusia el papel de educadora y de consejera, a cambio del cual la aliada le hubiera proporcionado los recursos inmensos de su población y de su territorio. Pero el gobierno francés no estaba en medida de ser centro y cerebro. Nuestra Francia ya no estaba bastante organizada para seguir siendo organizadora.

"De los dos países, el menos civilizado era el que disponía de la organización política menos imperfecta. Nosotros éramos quienes soportábamos un régimen que conviene apenas a pueblos bárbaros o vueltos a la infancia. Se habla muy mal del zarismo; puede ser que se tenga razón... Tal como es, Rusia *puede* tener una política. Tal como es, presa del gobierno de los partidos, desequilibrada, anárquica, la democracia francesa *no lo puede.* ¡Estaba por lo mismo condenada a llenar la función indigna de satélite del zar! La inepcia crasa de su estatuto político colocaba a la hija mayor de la civilización bajo la protección de un imperio semi-inculto, turbado por profundas sacudidas étnicas y religiosas, explotado por una corte y una administración cuyo flagelo sigue siendo la venalidad, desde el tiempo en que Joseph de Maistre, un amigo sin embargo, señalaba *el espíritu de infidelidad, de robo y de derroche innato a la nación.*

"Esta alianza era un mundo al revés. De ella debían salir miserias comunes. Ibamos a ser dirigidos por Rusia como lo serían videntes

algo baldados, por un ciego turbulento y malicioso, un rebaño de hombres adultos por un pastor niño. Según su consejo comenzó nuestra locura" [3].

V

Que esta alianza fuera un mundo al revés, y tanto desde el punto de vista ruso como desde el francés, lo demuestra bastante bien el hecho de que el personaje que la dirigía —Nicolás II, el "pastor niño"— estaba tironeado sin cesar entre su sentido del deber que lo impelía al cumplimiento de su misión soberana y el tolstoísmo que entonces hacía estragos en las filas de la más alta sociedad aristocrática hasta conmover un trono cuya esencia estaba en contradicción directa con los quejidos balbucientes que el anárquico de Iásnaia Poliána emitía desde un cuarto de siglo según el modo pseudo-místico tan caro a los "religionarios" de la estepa que da a las sectas rusas esa fisonomía de barbarie primitiva que no deja de extrañar al observador occidental. Enfermo de humanitarismo, sentimiento que no hay que confundir con la bondad ni la caridad ya que contrariamente a ellas lleva a los hombres hacia los peores cataclismos al incitarlos a preferir al prójimo el que está más lejos; religioso y sumamente, pero de una manera tan salvaje que lo sitúa, no sólo fuera sino contra todas las religiones posibles, lo separa de la idea misma de Dios y le inspira fundar una secta más para poder a su vez excomulgar con los insultos más atroces a aquellos hombres que son bastante brutos como para quedarse fieles a su Iglesia tradicional; pensador "refinado" —así dice Gorkiy— pensador refinado que expresa tan sólo los conceptos filosóficos más manidos; pacifista y enemigo de la pena de muerte, pero perturbado intelectual tan perfecto en su plenitud que engendra una generación de hombres que no vacilarán en desencadenar guerras, en ordenar matanzas y ejecuciones para imponer la paz y la bondad; moralista que, en su fase dinámica, a la mujer honrada y al funcionario íntegro —*rara avis*— preferirá, sin ninguna excepción, la prostituta y el asesino, el genial novelista de *La guerra y la paz* ha llegado a ser, gracias a las "ideas" que le han venido un poco tarde, el más representativo de aquellos hombres que en el siglo XIX —tan rico sin em-

---

[3] C. MAURRAS: *Kiel et Tanger,* Cap. III.

bargo en genios funestos— han trastornado más cabezas por sus construcciones negadoras de la verdad y del buen sentido.

Por una buena parte de su temperamento, Nicolás II era algo de todo eso. Sus actos de soberano estuvieron siempre divididos entre el tolstoísmo sentimental que lo incitaba al abandono, a la entrega total, y los llamados de su conciencia que lo empujaban a defender su herencia, sin que ninguno de estos dos factores llegara jamás a imponerse firmemente al otro. Su vida entera está como puesta bajo el signo de la alternativa que le inspira las reacciones más inesperadas. Así lo vemos evitar cuidadosamente dar consignas precisas a los gobernadores de provincia que las piden para saber a qué atenerse en materia de mantenimiento del orden y, cuando alguno de ellos ha tomado el partido de emplear la fuerza para disolver una manifestación amenazadora, llorar si ha habido muertos y, al mismo tiempo, felicitar a las tropas que han salvado la situación. Razón por la cual se lo ha acusado de crueldad mientras esta conducta equívoca disimulaba tan sólo un terror pánico ante la necesidad de asumir responsabilidades: la salida para Zárskoie Sieló, en vísperas del Domingo Rojo, es la mejor ilustración de ello. Así lo vemos dejar a sus ministros de Relaciones Exteriores echar las bases de una política de presencia en los Balcanes, despertar de este modo la hostilidad de Austria y, por consiguiente, la de Alemania y, al mismo tiempo, convocar la segunda conferencia de La Haya para el desarme cuando esta política balcánica como la situación internacional enturbiada por el Hohenzollern le mandan, por el contrario, fortalecer su sistema de alianzas por un rearme vigoroso que es lo que da su precio a las alianzas y es el único camino conocido hasta ahora para salvaguardar la paz. Así lo vemos también, inspirándose en la ingenua ilusión de invitar a todos los pueblos de su Imperio a tomar parte en el simposio ortodoxo, decretar una política de rusificación que, mal aplicada por su burocracia, ha representado un papel esencial en el desmoronamiento de la Rusia a duras penas ensamblada por sus antepasados.

Y, sin embargo, nunca le faltaron colaboradores que actuaran tan sólo para la grandeza de Rusia y por el bien de la dinastía. Hemos estudiado el papel de Witte y el de Stolípin quienes, a pesar de sus conceptos tan distintos, siguieron uno y otro esta doble pauta al acabar con la revolución y al restaurar la situación política y económica del país.

Tan discutida como la de estos dos ministros resulta la personali-

dad del conde Alejandro Isvolskiy a quien, después del retiro de Lamsdorff, el Emperador confió la dirección de la diplomacia rusa. Entre todos los juicios que ha suscitado la política de este hombre de Estado excepcional, nos contentaremos con indicar por el momento aquéllos que conciernen a su actuación como titular de la cartera de Relaciones Exteriores y no los relativos a su embajada en París a partir de su salida del Puente de los Cantores. Sobre estos últimos volveremos a su tiempo.

Cuando llegó al ministerio, lo precedía una reputación de diplomático hábil que se había conquistado en una capital, secundaria sin embargo, como lo era la de Dinamarca donde había representado a su país durante algunos años. Eduardo VII, que lo había apreciado en Copenhagen y pasaba por un conocedor agudo de los hombres, decía de él que era el mejor y más capaz de los diplomáticos rusos, y Guillermo II lo estimaba al punto de haber pedido varias veces a Nicolás que lo nombrara en Berlín. El barón de Taube, su colaborador en el ministerio, lo juzga de una manera más matizada cuando escribe de él que era "un hombre de gran talento pero dotado de una ambición morbosa que lo inducía a buscar laureles de modo apresurado. Su política, desde su llegada al poder, tuvo el designio de poner fin a la tensión en Asia con el Japón y con Inglaterra y de encontrar en Europa, donde radicaban los intereses tradicionales de su país, la manera de proporcionar fama y esplendor a su nombre" [4]. Y, cuando la anexión por Austria-Hungría de Bosnia y Herzegovina hubo agravado de modo irremediable las relaciones de Petersburgo con Viena, Muraviov, embajador de Rusia en Roma, no disimulará a Monts, su colega alemán, que "Isvolskiy es incontestablemente muy culto e inteligente, pero, desgraciadamente, su irritabilidad excesiva y su orgullo le causan los mayores perjuicios. Los ataques de un artículo de prensa le causan una noche de insomnio" [5]. Constantin de Grunwald a quien debemos la más reciente si no la mejor historia de la diplomacia zarista, escribe por su parte: "Alejandro Isvolskiy era efectivamente un hombre poco común; las pasiones y los odios que su nombre sigue despertando hoy día, muchos años después de su muerte, nos suministran la mejor prueba de ello. Su inteligencia notable, sus dones numerosos fueron reconocidos por todos aquéllos que tuvieron la ocasión de fre-

---

4 M. DE TAUBE: *La politique russe d'avant guerre;* París, 1928.
5 *Die grosse Politik...* XXI (1).

cuentarlo: baste citar al pasar los testimonios de Bülow, de Bethmann-Hollweg, de Aehrenthal, de sir Arthur Nicolson, de Poincaré. Sin embargo, existía en este representante típico de una era de transición algo de "desarraigado" y su carácter no siempre estuvo a la altura de su inteligencia. Una susceptibilidad enfermiza, una nerviosidad a veces desconcertante, reemplazaban en él esta fe inquebrantable en la grandeza de Rusia que proporcionaba su firmeza a los viejos dignatarios de antaño. La preocupación de su "personaje", su deseo de lucirse, lo empujaban a buscar fáciles éxitos diplomáticos salvo a asimilar luego los fracasos de su política personal a los de Rusia" [6].

Veremos cómo, sin embargo, en una circunstancia en que hubiera estado justificado dejarse arrastrar por su irritabilidad, supo dar a su política una expresión de serenidad que contribuyó seguramente a salvar la paz.

La conferencia de Algeciras, que había terminado el 7 de abril de 1906, es decir, un poco antes de la llegada de Isvolskiy al poder, no había servido sino para hacer registrar por las potencias aquellos furores guillerminos que habían provocado la caída de Delcassé, esta "cosa única en la historia" de que se ha hablado en un capítulo anterior [7]. Pero este éxito alemán había pasado por un fracaso ante la opinión internacional ya que la conferencia había reconocido a Francia y a España el derecho de organizar la policía marroquí. Si bien Alemania había limitado el ejercicio de este derecho al hacerlo poner bajo la vigilancia de una comisión internacional, Bülow no supo contentarse con este resultado que, en fin de cuentas, como decía el delegado norteamericano White, impedía la "tunisificación" de Marruecos. Su actitud durante la conferencia y, luego, su deseo de transformar este éxito en triunfo clamoroso fueron tan ostentatorios que entregó armas poderosas a quienes en París no querían oír hablar de aproximación con Berlín, sobre todo ahora que Inglaterra acababa de apoyar a Francia con franqueza y decisión. Además, fuera de Austria que se mantuvo fiel a sus compromisos con Alemania, Italia, Rusia, España y Norteamérica habían actuado constantemente en el sentido francés. Luigi Albertini y Theodor Wolff coinciden en considerar este éxito alemán como un éxito pírrico puesto que, finalmente, la violencia de la Wilhelmstrasse acabó por provocar el aislamiento de Alemania e hizo que los

[6] C. DE GRUNWALD: *Op. cit.*, Cap. XII.
[7] Cap. X - 2.

franceses, por unanimidad, llegaran a admitir que la única vía de salida para ellos estaba en la alianza inglesa y en su extensión hacia Petersburgo y Roma que, en Algeciras, se había mostrado una triplicista vacilante [8].

Punto de vista que Isvolskiy adoptó sin vacilar en el momento mismo de su instalación en el ministerio ya que, con su intención de dirigir la política exterior rusa hacia el Próximo Oriente, "no podía contar con el apoyo de Alemania, amiga de Turquía y aliada de una Austria-Hungría adversaria constante de la acción rusa en los Balcanes, mientras que (esta política) no podía tener éxito si no se granjeaba el apoyo de Inglaterra por cuyas instituciones Isvolskiy, en razón de sus ideas liberales, profesaba una gran admiración y cuya lengua conocía perfectamente" [9]. Por otra parte, los acontecimientos de Extremo Oriente habían demostrado que una alianza con Francia sola no era suficiente para garantizar la seguridad del Imperio. En efecto una Inglaterra y un Japón amigos eran necesarios a Rusia en Asia para la incolumidad de sus fronteras siberianas y turkestanas y, en Europa, nunca podría volver a representar su papel histórico en los Balcanes mientras tuviera que contar con el antagonismo británico.

El arreglo con el Japón fué bastante fácil ya que por la paz de Portsmouth éste había obtenido todo aquello a que podía aspirar por el momento sin suscitar la hostilidad activa de Estados Unidos. El 30 de julio de 1907, después de negociaciones que se prolongaron algunos meses solamente por los lados técnicos del problema, Rusia y Japón firmaban un acuerdo sobre la base del *statu quo* extremoriental, acuerdo que se transformaría tres años más tarde en alianza formal.

Paralelamente a estas negociaciones, Rusia, por intermedio de Francia, había entablado conversaciones con Inglaterra. Para con ésta había que superar dificultades mayores puesto que ninguna guerra había creado una situación neta entre las dos potencias como entre Rusia y Japón; había que superar sobre todo la hostilidad de la opinión pública rusa que conservaba un pésimo recuerdo del apoyo que el Foreign Office había prestado constantemente a los nipones durante la guerra; había que tener en cuenta las prevenciones del Zar quien no podía borrar de su memoria la actividad desarrollada personalmente por Eduardo VII en aquel mismo sentido; finalmente, la exigencia

---

[8] ALBERTINI: *Op. cit.* T. WOLFF: *Das Vorspiel;* Munich, 1925.
[9] ALBERTINI: *idem.*

inglesa de obtener de Rusia una garantía precisa sobre sus posesiones y sus esferas de influencia en Asia podía constituir un obstáculo insuperable.

El 31 de agosto de 1907, el convenio anglo-ruso se firmaba en San Petersburgo con total satisfacción de los contratantes. Dividido en tres partes, el protocolo se iniciaba con un preámbulo que establecía que los soberanos, "animados por el deseo de normalizar con pleno consentimiento las cuestiones relativas a sus intereses asiáticos, habían decidido la conclusión de acuerdos destinados a prevenir todo pretexto de equívoco entre Gran Bretaña y Rusia relativamente a dichas cuestiones" [10]. Rusia renunciaba a sus propósitos de penetración en el Tíbet pero Inglaterra reconocía su posición de privilegio en el norte de Persia cuya parte central y muy particularmente la provincia de Seistan debía quedar incólume a toda penetración extranjera que pudiera parecerse a una tentativa de establecer una zona de influencia económica o política. Persia meridional, en su parte lindante con Beluchistán, venía a integrarse en el sistema británico de penetración económico-estratégica, así como Afganistán.

El júbilo fué grande en Londres por esta feliz liquidación del disentimiento con Rusia y, sin embargo, no había resultado fácil borrar de las tradiciones diplomáticas británicas los motivos de antagonismo que, durante siglo y medio, habían dividido a los dos países. No así en Rusia, donde los elementos nacionalistas marcaron su desaprobación. Es que a primera vista Gran Bretaña obtenía más que su nueva amiga ya que, además de las garantías que buscaba para sus posesiones asiáticas, agregaba a su *entente* con Francia un arreglo con Rusia que le proporcionaba una mayor protección ante la amenaza austro-alemana. El punto de vista de los nacionalistas petersburgueses era equivocado puesto que, mientras la alianza con Francia no había dado resultados muy satisfactorios en 1904 a causa de la *entente* franco-inglesa, el acercamiento con Inglaterra anulaba definitivamente el aislamiento en que Rusia había caído desde el día en que la política apresurada de Guillermo y de Caprivi se había negado a prorrogar el "tratado de reaseguro" ideado por Bismarck y por Giers en 1887.

En el espíritu de los signatarios, el convenio ruso-inglés estaba limitado a los asuntos asiáticos y quería ser —oficialmente— un instru-

---

[10] *British Documents on the Origins of the War - 1898 - 1914* (editados por G. P. Gooch y H. Temperley, XI tomos); Londres, 1926-1935.

mento diplomático que no molestara a Alemania, por lo menos en el espíritu de Isvolskiy, ya que se puede alimentar serias dudas cuando se trata de saber si Inglaterra, ya en aquel entonces, no se había hecho a la idea de un conflicto con su rival sobre los mares. La intención rusa de no provocar mayor tensión con Berlín, la podemos encontrar en su voluntad de dejar la parte central de Persia fuera de las esferas de influencia de los contratantes, voluntad que encuentra su origen en la susceptibilidad de Berlín ante la mínima sospecha de penetración en esta región por la cual debía pasar la línea que una sociedad germano-turca estaba proyectando para enlazar Homs y Bagdad.

Pero la diplomacia guillermina no quiso ver en este convenio sino aquello que era susceptible, al desarrollarse, de contrastarla; en verdad vió en él lo que realmente llegará a ser, el primer paso dado en firme hacia una política de cerco contra Alemania, una *Einkreisungspolitik* como hubo de decir Holstein. La única pesadilla que turbaba el sueño de Bismarck, la de las coaliciones, estaba tomando cuerpo.

En estas condiciones, lejos de admitir que la política practicada por Alemania desde la salida del Canciller de Hierro fuera la única responsable del alejamiento ruso y de la hostilidad de Francia y de Inglaterra y sin querer examinar la posibilidad de romper este cerco mejorando sus relaciones diplomáticas con estas tres potencias, Guillermo II y Bülow, siempre inspirados por el misterioso Holstein, dieron un tono más amenazador aún a su *Weltpolitik*. La primera ocasión que escogieron para manifestarlo en una escala verdaderamente mundial, se la proporcionó la segunda conferencia de la paz que tuvo lugar en La Haya, tras convocación de Nicolás II, del 15 de junio al 17 de agosto de 1907. En esta oportunidad, iba a revelarse abiertamente la separación de Europa en dos bandos hostiles.

Para contrarrestar los efectos del rearme alemán, era intención del gobierno liberal inglés suscitar en dicha conferencia el problema de la limitación recíproca de las flotas de guerra, intención destinada al fracaso ya que para Guillermo si existía una nación que debiese limitar sus armamentos ésta era precisamente Inglaterra. Aquí se hace necesario extenderse sobre el antagonismo de los puntos de vista inglés y alemán no tanto porque se trata de saber quién tenía derecho al mayor tonelaje, como porque este estudio nos entrega un como instrumento de apreciación de la situación política de Europa en aquella época. Nada nos proporciona mejor que el *Memorandum on the present state of British relations with France and Germany* redactado por sir Eyre

Crowe, funcionario del Foreign Office, y entregado por él, el 1 de enero de 1907, a sir Edward Grey, jefe de aquel departamento. Inglaterra, empieza por establecer el diplomático, no puede tener seguridad si no dispone del dominio de los mares, dominio lleno de inconvenientes para los demás Estados que pueden pensar en coligarse para destruirlo. Para evitar este peligro, Inglaterra, que no podría resistirle, dispone de un solo medio: "En la práctica, el peligro puede ser superado únicamente con la condición, demostrada válida por la experiencia histórica, de que la política nacional de un Estado insular y naval sea tal que resulte en armonía con los deseos y los ideales comunes a toda la humanidad y sobre todo que se identifique estrechamente con los intereses fundamentales y vitales del mayor número posible de naciones. Ahora bien, el primer interés de cada país es preservar su independencia. Inglaterra, pues, está interesada, más directamente que cualquier otro Estado continental, en el mantenimiento de la independencia de las otras naciones y es, por lo tanto, la enemiga natural de toda potencia que amenace esta independencia y la protectora natural de las comunidades más débiles... Se ha observado justamente que cada país, si pudiese, preferiría ser el que tiene el dominio de los mares, pero al no poder tenerlo prefiere que esté entre las manos de Inglaterra antes que en las de cualquier otra nación". La razón de esta última preferencia, prosigue sir Eyre, reside en el hecho de que Inglaterra es solamente potencia naval y que sus fuerzas terrestres, apenas suficientes para defender las Islas, no representan ningún peligro para las naciones continentales: "Una supremacía marítima alemana sería incompatible con la existencia del imperio británico; pero, aun cuando tal Imperio desapareciese, el mundo estaría obligado a liberarse del íncubo de una supremacía a la vez militar y naval por parte de una sola gran potencia" [11].

Ante la voluntad de los alemanes de no admitir en la conferencia ninguna discusión sobre la limitación de los armamentos, esta reunión no fué dedicada a esta importante cuestión sino en una breve sesión que volvió a repetir las recomendaciones de 1899. No se llegó tampoco a nada más preciso en materia de arbitraje obligatorio siempre por la oposición de los delegados alemanes. Lamentable resultado si se quiere mirar tan sólo las apariencias las cuales no pueden disimularnos que, entre bambalinas, la segunda conferencia de la paz sirvió

[11] *British Documents*... III.

sobre todo para precisar los caracteres del conflicto anglo-alemán. Escribe Theodor Wolff: "La actitud de Alemania en La Haya no fué sólo antipacifista sino también antipolítica, ya que a los ojos de los delegados de todos los países próximos y lejanos, a los ojos del mundo de sentimientos democráticos, hemos aparecido como el obstáculo a una mejor organización del mundo. Sin duda no todos tenían el corazón puro; entre ellos no había solamente tiernos soñadores y amigos de la humanidad perfectamente desinteresados; pero ellos por lo menos podían afirmar que no consideraban la lucha por la existencia como una lucha a puñetazos. Todo lo que de lejos ellos habían oído sobre esta Alemania militarista, todavía impregnada de espíritu de casta y de disciplina militar, doblegada bajo la voluntad absoluta de un monarca, rígida en su poderosa armadura, se encontraba confirmado a sus ojos" [12]. Y en la Conferencia, Francia, Rusia, Estados Unidos, España y una infinidad de naciones pequeñas habían apoyado a Inglaterra en todas sus mociones, mientras Alemania evitó el aislamiento en que había caído en Algeciras únicamente gracias a la actitud "benevolente" de sus aliados de Roma y de Viena.

Goluchowski, que abandonó la Ballplatz el 16 de octubre de 1906, no era por cierto un hombre genial y se ha discutido su personalidad hasta negarle, no sólo clarividencia política sino sencillamente inteligencia. Su gestión, sin embargo, no denuncia equivocaciones mayores; revela, por el contrario, tacto y prudencia, lo que, en el caso de un ministro de Relaciones Exteriores, es más importante a menudo que cualidades más brillantes. Y resulta curioso comprobar que los mayores ataques que ha sufrido provienen del campo húngaro, mientras si algo podemos sacar en claro de su paso por el poder es la constancia que puso en seguir la política inaugurada por Andrassy en el momento de la firma del *Ausgleich*. Sólo que, según los dirigentes de Budapest, no supo aprovechar las dificultades extremorientales de Rusia para sacar beneficios tangibles en los Balcanes, reproche que está en contradicción directa con la voluntad magiar de conservar inmutablemente a Austria-Hungría en su forma dualística y de oponerse por ello mismo al aumento del número de los súbditos eslavos del Imperio, aumento peligroso tan sólo para los húngaros ya que, de realizarse, podía llevar a la instauración de un sistema trialístico. El único reproche que los húngaros pueden hacer a Goluchowski reside en su origen

[12] T. Wolff: *Op. cit.*

polaco lo que, evidentemente, rompía la tradición instaurada por Andrassy al hacer de la Ballplatz una dependencia directa de Budapest.

Su sucesor, el barón Aehrenthal, ex embajador en San Petersburgo, es un diplomático brillante, un observador sagaz, y un político audaz, características que lo sitúan muy por encima del polaco. Pero el reverso de la medalla, hecho de una confianza nunca desmentida en sí mismo, de una imaginación apasionada y de un temperamento dominador, llegará, en fin de cuentas, a la anulación de estas cualidades y, desde ya, podemos afirmar con seguridad que en este conjunto psicológico está la llave directa de las catástrofes austro-húngaras.

Sus orígenes son obscuros. Si podemos creer a Bülow —quien reproduce muchos chismes sin controlarlos mayormente—, su abuelo, un tal Lexa, era un judío de Praga quien se había enriquecido en el comercio de los granos, lo que le había permitido adquirir un título de nobleza y cambiar su nombre por el de "valle del grano". Según Albertini, este hilo de sangre hebraica podría explicar muchos de los aspectos de su carácter que por cierto no era equilibrado y lo llevó a excesos nacionalistas poco comunes en la tradicional Ballplatz. Olof Hoijer, quien le ha dedicado un estudio exhaustivo, escribe de él: "Su diplomacia, hecha más de dura altanería y de intrigas disolventes que de reservas prudentes y de *souplesse* insinuante, era una mezcla de pretensiones y de sutilezas, de fuerza y de astucia, de realismo y de cinismo: siempre listo para urdir trampas, circuir y sorprender a sus interlocutores, disimulaba una voluntad áspera y brutal" [13]. Factores sobre los cuales es utilísimo insistir puesto que ellos son los que han de provocar la ruptura con Rusia y, en fin de cuentas, la explosión del primer conflicto mundial.

Un año después de su llegada al poder, el 27 de octubre de 1907, después de haber visto fracasar una tentativa, hecha por otra parte sin gran convicción, para restaurar el acuerdo de los Tres Esperadores, podía formular aquello que, en adelante, considerará como el principio rector de su acción diplomática: "La política para poner a Servia en la dependencia política y económica de Austria-Hungría y considerarla como una cantidad sin importancia, fracasó completamente. Solamente terceras potencias sacarían ventajas de un conflicto que opusiese la Monarquía a Servia. Desde el punto de vista político es altamente

---

[13] O. HOIJER: *Le Comte d'Aehrenthal et la politique de violence;* París, 1922.

recomendable que los asuntos de Croacia, de Dalmacia y de Bosnia-Herzegovina sean llevados de modo a mantener el centro de gravedad del pueblo servo-croata en el interior de la Monarquía" [14]. Excelente punto de vista ya que ilustra una visión muy precisa de los intereses verdaderos de la Doble Monarquía y cuya consecuencia será, sin embargo, diametralmente opuesta al designio inicial. Este incluía la necesidad para Austria de ganarse la simpatía de los eslavos del Imperio y de Bosnia-Herzegovina y por consiguiente de tomar en consideración la solución trialística indicada más arriba. En la brutalidad de Aehrenthal como en la oposición de Budapest podemos encontrar las causas del fracaso de esta política salvadora.

El primer paso para realizarla estaba en la anexión de Bosnia-Herzegovina, imposible sin el consentimiento de Rusia y de las potencias signatarias del tratado de Berlín. Pero la política de presencia vuelta a inaugurar por Isvolskiy en los Balcanes, tenía como primera meta una revisión del estatuto de los Estrechos igualmente establecido por el mismo tratado, y cada uno de los dos ministros pensó que si sus países llegaban a un acuerdo bilateral sería fácil decidir a los demás contratantes a registrar este doble hecho. Ninguno de los dos veía, empero, que este acuerdo bilateral estaba destinado a provocar choques tarde o temprano entre Rusia y Austria puesto que su primer resultado sería proporcionar a las dos potencias nuevos intereses en una península donde las defectuosas delimitaciones fronterizas llevarían fatalmente las nacionalidades a conflictos en que, ellas también, por considerarse o protectoras o colonizadoras, se verían obligadas a tomar parte una contra otra. Así, cuando, en el otoño de 1907, Isvolskiy vino a Viena para pedir a Aehrenthal la conclusión de este acuerdo, éste, si bien aprovechó la oportunidad para realizar su propósito, no por esto decidió ayudar a Rusia en el suyo. Pensó que el medio más eficaz para obtener la adhesión de las potencias era proponer la anexión de Bosnia y Herzegovina por parte de la Monarquía que, para resarcir al Sultán, le devolvería el sanjacato de Novi Bazar. Esto era ir en contra de los planes del general Conrad von Hötzendorf, jefe del Estado Mayor austro-húngaro que, al mismo tiempo que deseaba la anexión, quería agregarle la del Sanjacato para aplicar los proyectos de Andrassy de una penetración hacia Salónica, la destrucción de Servia como nación

[14] J. M. BAERNREITHER: *Fragmente eines politischen Tagebuches. Die Südslawische Frage und Oesterreich-Ungarn vor dem Weltkrig;* Berlín, 1928.

independiente y la de... Italia para volver a quitarle el cuadrilátero y los territorios venecianos. No fué fácil para el ministro convencer al fogoso general de la imposibilidad de realizar, por el momento, estas guerras profilácticas. Sin embargo, si bien persistió en su voluntad de abandonar el Sanjacato, decidió obtener del Sultán el derecho de construir una línea férrea de Uvac, en el confín bosniano, a Mitróvitsa, a través del mismo territorio de Novi Bazar. Isvolskiy, que conocía bien su mapa de los Balcanes, comprendió que esta línea tenía para Austria un interés exclusivamente político-militar puesto que le permitía enlazar sus ferrocarriles con los turcos fuera del territorio servio y, por ende, hacer más fácil el cerco de éste y de Albania. Pero mientras provocaba la protesta de París y de Londres, el ministro ruso proponía secretamente a Aehrenthal un acuerdo bilateral por el cual Rusia reconocería a Austria la anexión de Bosnia-Herzegovina y del Sanjacato a cambio del consentimiento por parte de Austria a la apertura de los Estrechos a favor de las naves de guerra rusas. Este paso que fué cumplido el 2 de julio de 1908 permitió a Aehrenthal exclamar: "Con esto pongo a los rusos en mi bolsillo" [15]. He aquí el texto de la propuesta rusa: "Seguimos estimando que la cuestión de la modificación del estado de cosas establecido por el artículo 25 del tratado de Berlín, es decir, la anexión de Bosnia, de Herzegovina y del sanjacato de Novi Bazar, tiene un carácter eminentemente europeo y no es susceptible de ser modificado por un arreglo separado entre Rusia y Austria-Hungría. Estamos dispuestos a reconocer por otra parte que la misma reserva se aplica a la cuestión de Constantinopla, del territorio adyacente y de los Estrechos. Sin embargo, en razón de la extrema importancia que representaría para los dos países un arreglo conforme a sus intereses recíprocos, el gobierno imperial estaría dispuesto a aceptar su discusión en un espíritu amistoso de reciprocidad" [16].

Aquí empieza la perfidia de Aehrenthal. Hay que reconocer que los acontecimientos lo sirvieron admirablemente.

Cuatro días después de la propuesta rusa, comunicada por Isvolskiy al Zar pero no a Stolípin ni a sus colegas del gabinete, estallaba la revolución organizada por los Jóvenes Turcos del movimiento *Unión y progreso.* Pronto dominaba todo el Imperio y obligaba al Sultán a volver a establecer la Constitución de 1876. Los Jóvenes Turcos, por

---

[15] C. de Grunwald: *Op. cit.,* idem.
[16] *Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik von der Bornischen Krise bis zum Kriegsausbruch 1914;* Viena, 1930.

reclutarse entre los elementos más activos del Ejército, eran nacionalistas y no disimulaban su propósito de restaurar por doquiera los antiguos derechos del Imperio. Ahora bien, los acuerdos adicionales al tratado de Berlín firmado entre Andrassy y la Puerta especificaban que ésta, a pesar de la ocupación austriaca, conservaría íntegros sus derechos sobre Bosnia-Herzegovina. Aehrenthal tenía, pues, que actuar rápidamente —fuera de todo convenio bilateral con Rusia y de toda consulta con las potencias signatarias— si quería que los Jóvenes Turcos no le ganaran de mano y, por consiguiente, debía proceder cuanto antes a la anexión. Pero su propósito se complicaba por el hecho de que debía respetar la voluntad del príncipe heredero, el archiduque Francisco Fernando, quien en su violenta hungarofobia exigía que los territorios anexados pasaran a pertenecer a la Doble Monarquía y no fueran repartidos entre Austria y Hungría. El ministro anunció, pues, a sus colegas que las dos provincias serían administradas como *corpus separatum* dotado de autonomía administrativa y de prerrogativas propias en el seno del Imperio. Para ello, había que renunciar al propósito de Andrassy de mantener a Turquía "hasta donde y hasta cuando no se la pueda substituir con algo mejor" e impedir "formaciones paneslavas ahí donde la dominación turca está amenazada de derrumbamiento" [17]; en efecto, la anexión de Bosnia y Herzegovina constituía una violación del primer precepto y, para impedir que Rusia la aprovechara para sacar ventajas del indicado derrumbamiento, Austria-Hungría debía provocar formaciones paneslavas en beneficio propio. Para ello, y a fin de evitar que la evacuación del Sanjacato proporcionase fronteras comunes a Servia y a Montenegro, Austria debía buscar la seguridad de sus confines sureños ayudando a Bulgaria en sus reivindicaciones territoriales que jugaban a expensas de Belgrado. El memorándum que Aehrenthal sometió al Gabinete común el 9 de agosto de 1908, rezaba como sigue: "Tal seguridad de confines, no la obtendríamos si no nos decidiésemos a arrancar el mal de raíz y a acabar con los sueños de porvenir panservio. El antagonismo entre búlgaros y servios es desde ya un factor con el cual podemos contar. En Bulgaria domina la convicción de que el camino hacia Macedonia debe pasar sobre el cuerpo del Estado servio, y es cierto que por la posesión de Uskub estallará la lucha más violenta entre Servia y Bulgaria.

"Si nosotros en esta lucha favorecemos la causa búlgara y la crea-

[17] *Idem.* I.

ción de una gran Bulgaria a expensas de Servia, cumpliremos la preparación necesaria para poder, en un momento de constelación europea favorable, poner la mano sobre lo que queda de Servia.

"Entonces, nosotros tendríamos los confines seguros de que he hablado, una Albania independiente bajo nuestra égida, un Montenegro en amistosas relaciones con nosotros y una gran Bulgaria que estará obligada a guardarnos gratitud.

"Concluyo, pues, que una anexión del Sanjacato no nos proporcionaría ninguna ventaja efectiva y que nosotros, para poder alcanzar las metas finales de nuestra política balcánica, no debemos pasar por Novi Bazar sino por Belgrado" [18].

Finalmente, el 27 de agosto, contestaba a la nota rusa del 2 de julio. Reconocía que los dos países debían concurrir al mantenimiento del *statu quo* balcánico y abstenerse de toda intervención en el cercano Oriente salvo acuerdo previo entre ellos. Sin embargo, concluía, si "circunstancias imperiosas obligaran a Austria-Hungría a anexarse Bosnia-Herzegovina, el gobierno ruso daría la seguridad de querer observar hacia esta medida una actitud benévola y amistosa. Por su parte, el gobierno austro-húngaro se comprometería, apenas proclamada la anexión, a retirar simultáneamente sus tropas del Sanjacato y a renunciar definitivamente a cualquiera ocupación de este territorio. El gobierno austro-húngaro está convencido de que el gobierno de Petersburgo no vería en esta manera de actuar sino una nueva confirmación y una manifestación evidente del principio de desinterés que inspira el acuerdo de los dos Imperios. Habiendo mencionado el gobierno ruso la cuestión de Constantinopla, del territorio adyacente y de los Estrechos, nosotros nos declaramos, llegado el caso, dispuestos a un intercambio de puntos de vista confidencial y amigable a este respecto" [19]. Conclusión que, como se ve, separaba hábilmente la cuestión de las anexiones de la de Constantinopla y de los Estrechos.

Isvolskiy presintió la jugada y se preparó a rebatirla. En el mes de junio, había asistido al encuentro en Reval de Eduardo VII con Nicolás II, durante el cual la intimidad anglo-rusa se había afirmado hasta el punto de inquietar vivamente a Alemania y, al mismo tiempo, de dar al ambicioso ministro mayor confianza en sí mismo. Esta le había inspirado el paso del 2 de julio y la maniobra de Aehrenthal, des-

---

18 *Ibidem.*
19 *Ibidem.*

cubierta por él, no podía cambiar su punto de vista si tenemos en cuenta sus características psicológicas. Aprovechó una estadía en Karlsbad para encontrarse con Aehrenthal en el castillo que Berchtold, embajador de Austria en San Petersburgo, poseía en Buchlau. La reunión, que no revistió carácter oficial, tuvo lugar el 15 de septiembre y duró seis horas. Según Aehrenthal, de quien sabemos que no es muy de fiar, Isvolskiy habría aceptado el punto de vista austriaco de desglosar la cuestión bosniaca del proyecto de revisión general del tratado de Berlín, y habría prometido no oponerse a la anexión que se realizaría *al principio de octubre.* Parece improbable tal remisividad por parte del orgulloso ministro ruso y, en efecto, él la negó siempre rotundamente asegurando que, en Buchlau, se había hablado de conferencia internacional en vista de una revisión del tratado de Berlín, incluso la cuestión bosniaca, y que él había establecido que, en caso de anexión unilateral, Rusia volvería a tomar su libertad de acción en los Balcanes. Isvolskiy creía, como hubo de afirmarlo el 25 de septiembre, es decir, antes de la anexión, que Austria no la realizaría antes de la reunión de las Delegaciones de control del tratado de Berlín que debía celebrarse el 8 de octubre. Sin embargo, Francisco José publicó el manifiesto notificando la anexión el 6 de octubre. El día anterior, Fernando de Bulgaria había proclamado su total independencia de Turquía, la anexión integral de Rumelia y su decisión de asumir el título de Zar de Bulgaria. Isvolskiy había sido totalmente engañado.

Que Aehrenthal estuviese dotado de una buena dosis de perversidad lo demuestra lo que escribe su amigo Heinrich Kanner, director del diario vienés *Zeit:* "Cuando, después del convenio de Buchlau, interrogué a Aehrenthal, éste fué más vivaz, más íntimo y más personal, contrariamente a su reserva habitual. Con una alegría casi ladronesca, me contó el golpe que había realizado a expensas de Isvolskiy a quien, en Buchlau, había anunciado formalmente la anexión sin referirle el momento elegido que era inminente. Isvolskiy, agregó Aehrenthal, satisfecho de sí mismo, ni siquiera lo había preguntado. Había partido, continuaba Aehrenthal, hacia París, sin sospechar nada, y allí había sido sorprendido por la anexión. La situación ridícula en que había puesto al colega parecía constituir para Aehrenthal la satisfacción principal de toda su acción política" [20].

Este juego, Aehrenthal intentó extenderlo a las demás capitales

---

20 H. KANNER: *Kaiserliche Katastrophen-Politik;* Viena, 1922.

europeas, Berlín inclusive; entre otras cosas dió su palabra de honor al embajador de Gran Bretaña en Viena de que no había concertado nada con Bulgaria, afirmación a la cual Eduardo VII contestó: "No puedo creer en la palabra de honor de Aehrenthal porque los hechos la desmienten" [21].

Mucho más violentas fueron las reacciones de la opinión pública rusa. Allí no se sentía mucho la cuestión de los Estrechos, fuera de los ambientes diplomáticos y militares, pero toda la nación vibró de indignación cuando comprendió que los intereses del eslavismo habían sido conculcados en provecho de una nación antieslava por tradición y con la complicidad de los búlgaros que debían su existencia nacional al Zar Libertador. Por otra parte, Stolípin y sus colegas reprochaban a Isvolskiy el no haberlos informado de su paso del 2 de julio ni de los resultados de la entrevista de Buchlau. El Zar manifestó su indignación por el hecho de que el ministro hubiese permitido la anexión.

Esta, por otra parte, suscitó una impresión de pánico en Belgrado donde los círculos dirigentes la consideraron como el primer paso hacia la destrucción de la nación, tanto más cuanto que, para Servia, Bosnia y Herzegovina tenían una importancia sentimental profunda. Escribe L. Albertini: "Bosnia-Herzegovina tenía para los servios la importancia que la región de Moscú tiene para Rusia y que para los demás Estados nacionales tienen las regiones que representan mejor su nacionalidad... Muchas de las figuras ilustres de la nación servia son originarias de Bosnia-Herzegovina y el dialecto de Herzegovina fué adoptado por Vuc Karadiych, fundador de la literatura servia moderna... El ministro de Asuntos Exteriores Milovanovich llegó a decir al ministro inglés en Belgrado que existían muchos servios favorables a una guerra que, hasta si se terminaba por una derrota y por la incorporación de Servia a la Monarquía, procuraría por lo menos a los patriotas servios la satisfacción de sentirse unidos a los hermanos ahora sometidos al yugo austriaco y húngaro" [22].

A pesar de su amor propio tan profundamente herido y de la necesidad en que se encontraba de salvar esta situación por cualquier medio —y la guerra es siempre el medio más cómodo que se presenta a un espíritu ofuscado— Isvolskiy demostró su serenidad y su dominio

---

21 *British Documents*... V.

22 L. ALBERTINI: *Op. cit.* Para una mejor comprensión del embrollo balcánico resultan sumamente útiles las obras de L. VERNON: *Storia dei Balcani;* Florencia, s. f., y de R. RISTELHUEBER: *Histoire des peuples balkaniques;* París, 1950.

sobre sí mismo. Inmediatamente dió consejos de prudencia a Belgrado así como hacían París, Londres y Roma y, como se encontraba todavía en París, pidió a Clémenceau, que ocupaba la jefatura del gobierno, que sugiriera a Londres una acción conjunta de las tres potencias para la reunión de una conferencia internacional. El 9 de octubre llegaba a Londres donde Eduardo VII y sir Edward Grey lo recibían calurosamente. Pero los dirigentes británicos, al mismo tiempo que intentaban fortalecer la nueva triple *entente*, no querían tomar la iniciativa de una conferencia internacional en la cual se afirmaría una vez más el antagonismo germánico para con ellos. Se equivocaban, ya que en los primeros días que siguieron a la anexión Guillermo II quiso oponerse a ella en razón de la audacia del "insolente búlgaro" que se había proclamado rey sin pedirle su autorización. Pero estas "buenas disposiciones" no duraron mucho tiempo y para Bülow no resultó muy difícil presentarle la entrevista de Reval como dirigida exclusivamente contra Alemania así como el convenio por el cual, después de la separación de Noruega y de Suecia, Inglaterra no se había opuesto a la modificación del tratado de 1856 sobre la interdicción a Rusia de levantar fortificaciones en las islas Aaland [23]. Y cuando Isvolskiy, en su viaje de regreso a Rusia, se detuvo en Berlín para tantear el terreno en vista de la conferencia, tanto Guillermo como Bülow evitaron darle seguridades. Volvió, pues, a San Petersburgo con la convicción de que Alemania sostendría a Austria hasta el fin. El 30 de octubre, día de su llegada, declaró a Berchtold: "Todos esos procedimientos del barón Aehrenthal constituyen prácticas hasta ahora desconocidas en la historia diplomática y debo confesar francamente que, en semejantes condiciones, resulta imposible negociar con Uds." [24].

Aehrenthal podía temer que el despecho de Isvolskiy inspirara declaraciones peligrosas para su reputación ya bastante sacudida en el concepto de los dirigentes europeos. Hemos visto lo que el rey de Inglaterra pensaba de su buena fe. Guillermo II no hablaba de él sin llamarlo "el judío Lexa". En cuanto a Nicolás II a pesar de su serenidad que le impedía toda definición excesiva, lo consideraba como el mal genio de Europa. Todo esto Aehrenthal lo sabía como sabía

---

[23] Rusia pedía la abrogación total de esta cláusula. Esta fué mantenida, con el atenuante que, sin embargo, "no podría ser invocada cuando se tratare del libre ejercicio de los derechos de soberanía", fórmula bastante vaga como para permitir a Rusia utilizar las islas contra Alemania en 1914.

[24] *Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik*... I.

que las iras de Isvolskiy eran ilimitadas en sus efectos. Ahora que su perfidia había dado resultados tan buenos en cuanto a la anexión, decidió substituirla por el chantaje para impedir que esta anexión fuese puesta en discusión en una conferencia internacional. Para ello, amenazó a Isvolskiy con la publicación del documento ruso del 2 de julio que, en realidad, hablaba del "carácter eminentemente europeo" de la anexión. Inmediatamente el ministro ruso dirigió un largo memorándum a las potencias firmantes del tratado de Berlín para pedir que se considerara la eventualidad de dar una "nueva situación" a las provincias anexadas por Austria. Nueva situación que en su espíritu era una autonomía comparable a la que el tratado de Berlín había conferido a Rumelia. Contestación inmediata de la *Neue Freie Presse* [25], órgano oficioso de la Ballplatz: "La idea de la autonomía de Bosnia-Herzegovina tiene por autor a Pasich [26] quien piensa en una Bosnia que sea una especie de Rumelia Oriental austriaca que Servia anexará cuando llegue el momento. Que Isvolskiy adopte, enteramente o no, el programa de Pasich, no impide que nosotros no podamos dejarnos dictar condiciones para la validez de la ya realizada anexión y no toleramos discusión alguna en cuanto a la manera cómo ambas provincias deben ser regidas".

El 23 de diciembre, el ministro austriaco dirigía a los gobiernos de París, de Londres, de Roma y de Berlín una nota en la cual anunciaba no oponerse a la idea de una conferencia; pero —y aquí estaba el chantaje— agregaba a esta nota copia de todos los documentos que habían corrido entre él e Isvolskiy sin olvidar de aludir a todos los cambios de ideas hechos —bilateralmente— entre Rusia y Austria-Hungría relativamente a la anexión y a un cambio eventual del *statu quo* balcánico, entre otros el acuerdo de 1897.

La ira de Isvolskiy no llegó sin embargo a aquellos excesos que Taube indica en su obra ya que en su discurso pronunciado ante la Duma se contentó con señalar que la violación unilateral del tratado de Berlín por parte de Austria, implicaba una revisión de dicho tratado, no a favor de Rusia, sino de aquellos Estados balcánicos que como Servia, Montenegro y Turquía habían sido sacrificados por él. Agregaba que en estas condiciones debía reunirse una conferencia internacional cuya convocación correspondía a Turquía.

[25] El 24 de diciembre de 1908.
[26] Ministro del reino de Servia en San Petersburgo.

Pero estaba tan enfurecido que convenció a Nicolás II de que escribiera a Francisco José una carta en la cual señalaría al viejo Emperador los peligros que la conducta de su ministro hacía correr a la paz. El 30 de diciembre, el Zar lo hacía con tono firme y severo y, a la vez, con moderación: "No es tan sólo con un profundo pesar que te escribo estas líneas —concluía—, sino también con un sentimiento de viva aprensión por lo por venir. No me corresponde por cierto a mí juzgar si la política de tu ministro de Relaciones Exteriores ha procurado a tu Imperio ventajas proporcionadas a los desórdenes que ha hecho nacer. Pero debo preguntarme si esta política se limitará a las perturbaciones que ya ha provocado, o si nos encontramos en vísperas de complicaciones aún más peligrosas para la paz general. Según las noticias que llegan, tu gobierno toma medidas militares en una escala que parece indicar que se prepara para un conflicto próximo con sus vecinos balcánicos del Sur. Si semejante conflicto acaeciese, tendría como contragolpe una gran efervescencia, no sólo en la Península balcánica, sino también en Rusia, y tú comprenderás la situación particularmente difícil en que me encontraría. Dios nos guarde de semejante eventualidad, que pondría fin a cualquier posibilidad de buenas relaciones entre Rusia y Austria-Hungría y podría llevar a Europa a una guerra general" [27].

En verdad, Aehrenthal estaba perfectamente tranquilo porque Guillermo II había olvidado sus primeros furores y los había olvidado tan completamente que se había transformado en un campeón de la causa austriaca. Así, al pedido que le había dirigido el Zar para que interpusiera sus buenos oficios entre Viena y Petersburgo, había contestado negativamente asegurando que desde dos años Rusia se había alejado cada vez más de Alemania para aproximarse a Inglaterra y a Francia al punto de formar con ellas una *entente* dirigida contra la Tríplice. Así, con una buena fe igual a la de Aehrenthal, el Hohenzollern reprochaba a Nicolás un hecho que él personalmente había provocado. Ello dió pie a Austria para ir más lejos aún. Preparó un ultimátum para exigir de Servia su total desinterés de la cuestión bosniana y su abandono de toda idea de compensaciones, ultimátum que en caso de rechazo debía ser seguido de una expedición punitiva tendiente, no tanto a la destrucción de la pequeña monarquía como a su transformación en satélite económico de Viena. El general Conrad exultaba tan abier-

[27] *Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik...* I.

tamente que Isvolskiy fué informado muy pronto de estos preparativos. En razón de la preocupación que le procuraba el estado de las fuerzas militares rusas entonces en plena reorganización, estado conocido en Viena y en Berlín, aconsejó de nuevo a Belgrado renunciar a toda idea de compensación. Pero Aehrénthal exigía un reconocimiento formal de la anexión por parte de Servia ya que había obtenido el de Turquía, y lo exigía en forma insultante para Isvolskiy puesto que lo amenazaba con publicar integralmente todos los documentos relativos a las conversaciones austro-rusas en poder de la Ballplatz. Espantado, el ministro ruso pidió a Bülow que interviniera ante Aehrenthal para que no publicara estos documentos. Pero el alemán tenía también en reserva una buena dosis de perfidia que pensaba utilizar para romper el sistema que estaba edificándose entre Londres, París y Petersburgo. Empujó, pues, a Austria a acelerar sus preparativos contra Servia y a no vacilar en actuar ya que Rusia no podría intervenir. Al mismo tiempo, hizo saber a esta última que un reconocimiento del hecho consumado era el mejor método para un acercamiento con Viena y el único camino para impedirla atacar a Servia. Isvolskiy y Nicolás pusieron al mal tiempo buena cara porque el paso que se les pedía no excluía la idea de una conferencia de la cual Servia y Montenegro, y Rusia por consiguiente, sacarían siempre algo. El Zar telegrafió al Kaiser el 22 de marzo para notificarle su adhesión. Era demasiado tarde.

El 21, Bülow, que buscaba un éxito diplomático verdaderamente sensacional, había telegrafiado al conde de Pourtalès, embajador de Alemania en Petersburgo: "Estaríamos dispuestos a proponer al gobierno austro-húngaro que pida el consentimiento de las potencias para la abrogación del artículo 25 del tratado de Berlín como consecuencia del acuerdo austro-turco que ya les ha sido notificado. Sin embargo, nosotros debemos tener la seguridad de que Rusia responderá afirmativamente a la nota austriaca y dará, sin ninguna reserva, su consentimiento formal a la abrogación del artículo 25. Vuestra Excelencia se servirá también decir a Isvolskiy con tono firme que esperamos una respuesta precisa: sí o no. Nos veremos obligados a considerar cualquier respuesta evasiva, condicional o poco clara, como una negativa. En tal caso nos retiraremos y dejaremos que las cosas sigan su curso. La responsabilidad de todos los acontecimientos ulteriores recaerá entonces en Isvolskiy, ya que nosotros hemos hecho una última y sincera tentativa de proporcionarle ayuda para aclarar la situación de modo aceptable para él...

"La cuestión de la conferencia no tiene nada que ver con nuestro paso. La decisión sobre su necesidad y utilidad debe permanecer subordinada, ahora como antes, a un intercambio de opiniones entre las potencias. Si se la presentase a propósito de esa cuestión concreta, la cosa sería considerada por nosotros como una tentativa para ganar tiempo, y, por lo tanto, como un rechazo de nuestra proposición" [28]

Este, en verdad, era un ultimátum porque el sí o el no exigido a Rusia significaba el abandono de Servia a su destino en el primer caso, la movilización en el otro con todas las consecuencias previsibles. Un consejo de ministros que se reunió el 22 de marzo de 1909 en San Petersburgo decidió la aceptación de la "propuesta" de Bülow, es decir, el abandono de los derechos de Belgrado. Al día siguiente, el Zar sancionó esta decisión. En estas condiciones, Servia reconoció que no habia sido "herida en sus derechos por el hecho consumado en Bosnia-Herzegovina" razón por la cual se comprometía a "abandonar la actitud de protesta y de oposición manifestada por ella ante la anexión desde el otoño pasado". Aehrenthal expresó su satisfacción y pidió a las potencias, que se lo concedieron, la supresión del artículo 25.

La capitulación de Rusia era inevitable ya que Inglaterra no había hecho sino prometerle su "apoyo diplomático" mientras Francia, en todo momento y particularmente en febrero, le había aconsejado salvar la paz no asumiendo una actitud rígida frente a las exigencias austriacas. La consecuencia de ello, ya que por segunda vez la alianza con Francia había representado un papel tan lamentable, hubiera debido ser en el espíritu de Bülow un alejamiento de Rusia del sistema franco-inglés y una vuelta a los tiempos felices del acuerdo de los Tres Emperadores. Sucedió exactamente lo contrario precisamente porque, esta vez, en razón de las indiscreciones de Aehrenthal y de Bülow, todo se había desarrollado *coram populo* y que el orgullo nacional ruso había sido herido tan profundamente por Berlín y por Viena que no podía rescatarse sino merced a una mayor intimidad con París y con Londres. Ello resulta muy claramente de un despacho enviado por Nelidov, el embajador de Rusia en París, a Isvolskiy, el 1 de abril de 1909: "La confesión pública de nuestra completa impotencia —decía el diplomático— ha tenido sobre nuestros amigos un efecto demoledor y ha debido incitar a todos nuestros enemigos a presentar a Rusia las exigencias más imposibles con la firme convicción de que

[28] *Die grosse Politik*... XXVI-2.

cederíamos finalmente. De ello los gabinetes de París y de Londres han sacado la conclusión que Rusia, Francia e Inglaterra deben preocuparse más que nunca por actuar en común, y deben, al mismo tiempo, armarse militarmente para dar a sus enemigos la convicción de que tendrán que enfrentarse con una combinación política que sabrá hacerse respetar e imponer sus exigencias".

Que no se crea con todo eso que los austriacos estuviesen satisfechos. Por lo menos no lo estaba Conrad, quien reprochó a Aehrenthal el haber desperdiciado la mejor de las oportunidades posibles de acabar con el irredentismo servio. Y como el ministro le contestara que resultaba muy difícil, en 1909, emprender una guerra preventiva, el general le rebatía: "Hasta que los hombres, en su conjunto, no hayan llegado a aquella altura celestial que no admite la guerra, existirán tres especies de guerras, es decir: las razonables, que se hacen cuando se reconoce que tarde o temprano serán necesarias y se las hace mientras las posibilidades de éxito están en nuestras manos; las no razonables, que se hacen cuando se está en el caso contrario; en fin, están las guerras que no se pueden evitar. Siempre son impuestas por los enemigos y esto sucede generalmente cuando se ha querido evitar las guerras de la primera categoría". [29].

Y ello es tan cierto, que el espíritu de desquite asumió un desarrollo extraordinario en Servia inmediatamente después de la anexión. Su manifestación más grávida de consecuencias para lo por venir está en la fundación en aquel mismo año de la asociación *Narodna Obrana* [30], cuyo papel examinaremos a su debido tiempo.

El golpe terrible que había sido para Nicolás II el ultimátum alemán le recordó seguramente el engaño de Björkö. En estas condiciones, sin dejarse arrastrar por rencores ni por odios que, por otra parte, no hubieran remediado nada, llegó a la conclusión de que, a pesar de la solidaridad dinástica constantemente proclamada por Guillermo, Rusia debería siempre chocar con la hostilidad alemana cada vez que los caminos de los dos países volviesen a cruzarse. Esta convicción largamente razonada le inspiró la idea de no permitir a Isvolskiy retirarse antes de la consolidación de la alianza con Francia y de la transformación de la *entente* ruso-inglesa en instrumento preciso. Un paso en firme fué dado en esta doble dirección cuando el Zar efectuó una

[29] Citado por L. Albertini, *Op. cit.*
[30] Defensa popular.

visita a la flota francesa en Cherbourg el 31 de julio de 1909, visita que completó por la entrevista que sostuvo el 2 de agosto siguiente con Eduardo VII en Cowes. El 24 de octubre del mismo año se entrevistó largamente con Víctor Manuel III en Racconigi y esto fué considerado como la primera tentativa formal ejecutada por una *Triple Entente* por fin realizada de separar a Italia de la Tríplice. Isvolskiy aseguró a Guillermo II que no había nada de eso y no fué creído ni siquiera un instante, actitud tanto más justificada por parte del Kaiser cuanto que, al anunciar esta entrevista a los ministros de Rusia en Belgrado, en Sofía y en Cettiñé, el mismo Isvolskiy establecía: "El encuentro de Racconigi... contribuirá al desarrollo ulterior del principio fundamental de nuestra política en el cercano Oriente. Este principio puede expresarse como sigue: ¡los Balcanes para los Estados balcánicos!" [31]. Golpe evidentemente dirigido contra la política de Aehrenthal que el sucesor de Bülow, Bethmann-Hollweg, el "burócrata disfrazado de lobo" como lo define su predecesor en sus *Memorias,* no entendía mantener en el primer plano de las preocupaciones alemanas.

Así, Isvolskiy, después de una tempestuosa estadía de cuatro años en el palacio del Puente de los Cantores, podía abandonar el ministerio el 28 de septiembre de 1910 y pasar a ocupar la importante embajada de París, central de la *Enténte,* desde donde seguiría inspirando durante varios años la política exterior de su país.

Su sucesor, Sergio Sazónov, ha sido definido una invención de Isvolskiy por el ya citado barón de Taube que nos traza de él un retrato vivaz. "De temperamento enfermizo, finamente sensible y un poco sentimental y hasta neurasténico, Sazónov era el tipo del *espíritu femenino eslavo* por excelencia, liberal y generoso pero débil y sin resolución, cambiante en sus impresiones y en sus "intuiciones", rebelde a cualquier esfuerzo sostenido de pensamiento, incapaz de proseguir un razonamiento hasta su conclusión lógica. ¡Cuántas veces sus colegas y subordinados fueron sorprendidos por sus cambios bruscos de resolución en las cuestiones políticas más graves, cambios que se producían de un día para otro sin ninguna razón aparente o un poco seria!... Por otra parte, después de un hombre como Isvolskiy, Sazónov llamaba la atención del observador por su falta de experiencia y de preparación para sus funciones... Su asiduidad en el trabajo era

---

[31] B. von Siebert: *Diplomatische Aktenstücke zur Geschichte der Ententepolitik der Vorkriegsjahre;* Berlín, 1921.

muy mediocre y, al mismo tiempo, su seguridad y su confianza en las propias fuerzas exagerada de modo manifiesto. Poco acostumbrado, contrariamente a Isvolskiy, a un trabajo personal profundo, Sazónov, entregado a sus propias fuerzas, daba a veces lamentables pruebas de su insuficiencia. Sus explicaciones verbales en el consejo de ministros eran a menudo de una ingenuidad desconcertante" [32]. ¡Lengua algo viperina la de este alto funcionario que encuentra siempre el medio para criticar a sus superiores! Un retrato menos... impresionista nos lo entrega Maurice Paléologue quien lo conoció bien y tenía en común con él algo que sus enemigos no vacilaron en llamar complicidad. En una carta con fecha 17 de noviembre de 1937, se expresa en estos términos: "En su vida privada, el hombre era sencillo, bueno, desinteresado, escrupulosamente honrado y de una piedad ferviente. En su vida pública, dos factores lo dominaban: su fe religiosa y su lealtad dinástica. En verdad, estos dos factores se confundían tanto que se implicaban y se reforzaban uno por otro... Su acatamiento a los principios del zarismo no le impedía ser bastante liberal... Muy concienzudo, muy trabajador, conocía bien los problemas diplomáticos. Pero a su inteligencia, dominada por los dos factores indicados más arriba, le faltaban demasiado a menudo realismo y objetividad... Debo agregar que no era siempre dueño de sus nervios: pero con sangre fría, confianza y suavidad, se lo calmaba fácilmente..." [32]. Opinión que, sólo relativamente al amor del trabajo y al conocimiento de las reglas de su profesión está en contradicción directa con la de Taube. Son muy discutibles las ideas y las afirmaciones de Paléologue y veremos pronto por qué. Por el momento, precisemos que el final de ésta su semblanza de Sazónov, trazada en 1937, no parece encuadrar exactamente con la opinión que expresaba sobre su amigo el 23 de julio de 1916 ante la gran duquesa María Pávlovna, a propósito de su renuncia: "...la monarquía francesa ella también vió a excelentes ministros licenciados a causa de la influencia de una facción de la corte; estos ministros se llamaban Choiseul y Necker; Vuestra Alteza Imperial sabe lo que esto provocó" [33].

---

32 M. Taube: *Op. cit.*

33 Carta dirigida a Luigi Albertini y reproducida en facsímil en el tomo primero de la obra citada.

34 M. Paléologue: *La Russie des Tsars pendant la grande guerre...* Tomo II. Verdad es que muchos historiadores franceses y particularmente aquéllos que como Bainville pertenecen a la escuela de la "física social", no consideran tan excelente el papel de Choiseul y de Necker.

Es necesario, pues, volver una vez más a Constantin de Grunwald cuyas definiciones son siempre atendibles: "En realidad, Nicolás II se equivocaba una vez más en su elección. El nuevo ministro no tenía envergadura... Sus simpatías por Inglaterra y por los pueblos eslavos, justificadas en sí, no estaban compensadas por un sentido realista de las posibilidades rusas. Su juicio estaba obscurecido por ciertas creencias, por ciertos sueños de gloria y de grandeza. Su sensibilidad lo mandaba todo: enfermizo, nervioso, recibía las impresiones más fugaces y no sabía mantenerse firmemente en la ejecución de sus proyectos. En una época en que Europa se preparaba para un conflicto próximo, Nicolás había puesto a su lado un consejero sin resolución" [35].

Para terminar, podemos indicar que la razón de esta elección, quizá tanto como en el deseo de Isvolskiy, residía en la voluntad de Stolípin, cuñado de Sazónov, de instalar en la dirección de la diplomacia rusa a un hombre de carácter menos marcado que el de Isvolskiy, para evitar que volviese a repetirse la situación de 1908. ¡Pero Stolípin fué asesinado en 1911 y Sazónov duró hasta 1916!

Por el momento, este hombre bien intencionado recogía la pesada herencia de su "inventor" y tenía que enfrentarse con hombres que en la Wilhelmstrasse y en la Ballplatz eran muy mal intencionados para con Rusia cuyos errores y vacilaciones sabrían aprovechar de modo magistral. En Viena, Aehrenthal estaba siempre dispuesto a seguir con sus artimañas antieslavas y hemos visto que no le faltaba talento para crear complicaciones insalvables; en Berlín, la diminuta personalidad de Bethmann-Hollweg estaba compensada por la mucho más definida del barón Holstein a quien había venido a agregarse un personaje de primer plano en la persona del nuevo Secretario de Estado de Relaciones Exteriores, el ex embajador en Rumania Kiderlen-Waechter. Esta reproducción alemana de Aehrenthal había reemplazado a Schoen en la Wilhelmstrasse durante la crisis germano-rusa y él era quien había inspirado el ultimátum que había obligado a Petersburgo a abandonar a Servia. Su propósito no había sido tanto el de sostener a Austria como el de "sacudir la tutela rusa que pesaba sobre Alemania desde 1815" y el triunfo obtenido le había proporcionado su nuevo cargo. Vamos a ver pronto con qué espíritu de decisión y de subterfugio, este hombre, que Albertini llama "el inteligente y facineroso diplomático" [36], va a desempeñar su misión.

---

35 C. de Grunwald: *Op. cit. Idem.*
36 *Op. cit.,* tomo I, cap. VI.

Mientras tanto, Sazónov buscaba un arreglo con Alemania sobre aquellos terrenos donde existían más probabilidades de choque entre los dos países. El alerta de marzo de 1909 había sido una buena lección y Rusia no podía permitirse, mientras sus armamentos no estuvieran terminados, un conflicto con Berlín, ni en Europa donde era poco probable por el momento, ni en el cercano Oriente donde la famosa región central de Persia seguía provocando el mal humor germánico. No lo podía sobre todo mientras sus arreglos con París y con Londres no hubiesen tomado fisonomía más precisa. Para ganar tiempo firmó el 19 de agosto de 1911 un convenio por el cual Rusia daba todas las seguridades deseadas por Alemania a propósito del ferrocarril Homs-Bagdad. Este acuerdo había sido precedido, en noviembre del año anterior, por una entrevista entre los dos Emperadores, que tuvo lugar en Potsdam y durante la cual Nicolás II se había visto obligado a comprobar una vez más que los dos países no tenían ya ningún interés común.

La historia diplomática de Europa, a partir de 1906, nos presenta motivos de complicaciones y de conflictos que van ampliándose y agravándose año tras año hasta desembocar en una situación tan insalvable que las naciones se encuentran hundidas en ella una después de otra hasta verse finalmente en la imposibilidad de retroceder. Ante este espectáculo que parece implicar la presencia de un *fatum* hostil, lo que más impresiona al observador es la ligereza con que los dirigentes de las naciones jugaron entonces con la vida, los bienes y el alma de los hombres transformados por ellos en meros peones pasivos de los intereses más egoístas que jamás se hayan enfrentado en la historia. De 1906 en adelante, todos los actos de las cancillerías europeas jalonan, en efecto, un camino que, fatalmente, lleva a la guerra y a la ruina de la humanidad y resulta dolorosamente escandaloso ver a aquéllos a quienes los pueblos habían entregado las llaves del precioso y frágil templo de la Paz seguir alegremente ese camino.

El período que estamos examinando puede dividirse en dos fases distintas: la primera, que va de la conferencia de Algeciras al "golpe de Agadir", puede ser definida como incoherente; asistimos en ella a choques espontáneos de intereses nacionales, sin que los responsables de las distintas corrientes diplomáticas tengan la intención de imponer el respeto de esos intereses por la fuerza; la segunda, que va de la agresión italiana en Tripolitania, consecuencia de Agadir, al comienzo de la primera guerra mundial, puede y debe ser llamada fase pre-bé-

lica porque, en ella, dichos responsables, ya firmemente instalados en sus sistemas de alianzas, saben que su acción puede conducir a la guerra y no vacilan en llevarla hasta el fin. Tal es la razón por la cual el presente capítulo se terminará con el "golpe de Agadir" cuyas consecuencias directas y lejanas constituirán el objeto del capítulo siguiente aunque más no fuera para determinar, en el estado actual de la documentación diplomática, el peso de las diversas responsabilidades en el estallido de agosto de 1914.

La conferencia de Algeciras había reconocido a Francia una posición privilegiada en Marruecos al encargarla de la organización de la policía cherifiana, pero no le permitía considerar a esta región como una prolongación de su imperio norteafricano. Es evidente que Francia no podía soportar mucho tiempo esta limitación y tanto es así que en la primavera de 1911, el Sultán "invitaba" a Francia a encargarse de la defensa de Fez amenazada por tribus rebeldes. Monis, jefe del gobierno francés, anunciaba inmediatamente que aceptaba esta invitación. Nadie protestó y, menos que nadie, Kiderlen-Waechter a pesar de que pensaba ya en repetir contra Francia el golpe que había dado tan buenos resultados a Aehrenthal contra Rusia. Así, cuando el embajador de Francia en Berlín le anunció el proyecto de su gobierno, se contentó con especificar que si la ocupación de Fez debía asumir un carácter permanente, ello cambiaría evidentemente el espíritu del acuerdo de Algeciras y devolvería su libertad de acción a las potencias firmatarias. Guillermo II había considerado la acción francesa como perfectamente lógica y se oponía a que se llevara en esta cuestión una política que pudiera conducir a complicaciones graves. El proyecto de Kiderlen, por el contrario, era esperar la ocupación de Fez para preguntar a los franceses cuánto tiempo pensaban quedarse en la ciudad pacificada y, si la contestación era la que esperaba, denunciar el acto de Algeciras y exigir compensaciones coloniales. París sabía que una ocupación permanente era difícilmente defendible pero pensó salvar la dificultad asegurando, después de la caída de Fez, que sus tropas iban a retirarse y que en Marruecos no quedarían sino algunos oficiales para instruir el ejército marroquí. Entonces Kiderlen descubrió su juego y declaró que el proyecto francés no era más que una ocupación disfrazada por la cual pedía como compensación el Congo en su integridad. Sin esperar la respuesta francesa, el Secretario de Estado convenció al Kaiser de la necesidad de una política de intimidación que, según él, debía tener éxito puesto que Inglaterra evitaría correr riesgos a pro-

pósito de Marruecos donde no tenía ningún interés vital. Así fué decidido el "golpe de Agadir", nombre con el cual la historia registra la llegada del crucero alemán *Panther* a las aguas de aquel puerto marroquí, llegada que señala el comienzo de la fase aguda del litigio franco-germánico.

Como consecuencia de una de las crisis parlamentarias que han señalado constantemente la vida de la Tercera República, Monis acababa de abandonar la presidencia del consejo y le había sucedido Joseph Cailllaux quien había confiado la cartera de Relaciones Exteriores a de Selves. La cuestión de las compensaciones separó pronto al presidente de su colaborador quien quería responder a las demandas alemanas con firmeza, mientras Caillaux se mostró desde un primer momento listo para discutir. Rusia, que se acordaba del abandono de 1909, no tenía la mínima intención de seguir a Francia en un conflicto a propósito de una cuestión colonial y sir Edward Grey, abundando en el punto de vista de Kiderlen, sugería "una división tripartita de Marruecos entre Francia, España y Alemania con la parte del león para Francia" [37]. Pero este punto de vista no lo compartían ni sir Arthur Nicolson, subsecretario permanente en el Foreign Office, ni Lloyd George, ministro de Hacienda, quienes veían que una instalación alemana en Marruecos podía amenazar a las Canarias, lo que resultaría sumamente peligroso para los intereses británicos. Lloyd George fué autorizado a pronunciar un discurso amenazador aunque cuidadosamente velado y lo hizo el 21 de julio.

Mientras tanto, Caillaux, por encima de de Selves, trataba con el conde Lancken, consejero de la embajada de Alemania en París, sobre las partes del Congo que Francia podría ceder a cambio de algunos trozos del Togo y del Camerún.

El cambio de actitud de Inglaterra había despertado los terrores de Guillermo II a quien Lindequist, su ministro de Colonias, manifestaba su oposición ante la idea de abandonar pedazos de las posesiones alemanas de Africa.

Este es el momento que eligió Rusia para aconsejar a Francia que no se empecinara en una actitud que podía amenazar la paz. Respuesta, inspirada por Isvolskiy, al consejo que Francia le había dado en febrero de 1909 cuando el litigio ruso-austriaco había llegado a su mayor tensión.

[37] *British Documents*... VII.

En estas condiciones Francia aceptó renunciar a la compensación del Togo y ceder una parte del Congo a lo largo del Ubanghi y del Sangha a cambio del "bec de canard" del Camerún, territorio sin valor situado al este del lago Chad. Por los acuerdos firmados el 4 de noviembre, Alemania reconocía el protectorado francés sobre Marruecos, que era lo que Francia buscaba desde hacía tres siglos.

En otros tiempos este cambio de territorios coloniales no hubiera provocado mayores trastornos en la opinión pública francesa. Esta vez sin embargo, los elementos nacionalistas emprendieron una violenta campaña contra Caillaux reprochándole concesiones que la dignidad nacional no podía soportar si se tenía en cuenta el precedente de la "humillación" que había llevado a la caída de Delcassé, y que él hubiera podido evitar ya que el Kaiser no hubiese ido hasta la guerra para obtenerlas. Punto de vista nada equivocado como lo demuestran los documentos publicados por los mismos alemanes en su *Grosse Politik*. La agitación fué tan violenta que Caillaux fué obligado a renunciar y a abandonar el lugar a Raymond Poincaré cuya acción iba a dar un sentido enteramente nuevo a la alianza con Rusia y a la *entente* con Inglaterra.

Pero, el reconocimiento de los derechos franceses sobre Marruecos tuvo una consecuencia inmediata y una serie de repercusiones lejanas que no dejarán de representar un papel importante en el estallido del primer conflicto mundial. La consecuencia inmediata fué la decisión italiana de arrancar a la Puerta los únicos territorios que le quedaban en el Norte de Africa, Tripolitania y Cirenaica. Aprovechando el hecho de que Francia estaba ocupada con Alemania, el 29 de septiembre de 1911, el gobierno de Roma había decretado el estado de guerra con el Imperio otomano e iniciado inmediatamente las hostilidades.

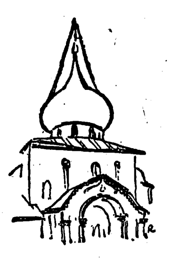
Esta guerra, que se prolongaría hasta la firma del tratado de Ouchy el 15 de octubre de 1912, incitados por Rusia, los pueblos eslavos de los Balcanes iban a aprovecharla para lanzarse al reparto de los últimos miembros del hombre enfermo. La guerra ítalo-turca y las guerras balcánicas, consecuencias del asunto de Marruecos, llevaban en sí todos los gérmenes de 1914, consecuencia lejana pero directa del "golpe de Agadir".

V

El momento a que hemos llegado ofrece al observador un espec-

táculo de tal complejidad, en él las líneas de acción de los varios intereses en presencia presentan tanta confusión que ya no se puede hablar de diplomacias autónomas, de empresas políticas meditadas y aplicadas con total independencia de propósitos por tal o cual nación. A partir de ahora, lo que se podía llamar, en los años anteriores, política exterior rusa, francesa o alemana, porque era el resultado práctico de planes madurados lentamente para la explotación de la coyuntura en función de las constantes de una tradición nacional, abandona el lugar a la política personal de algunos personajes que, consultando solamente a los pocos individuos abocados a la misma empresa, sin que éstos pertenezcan necesariamente a la *misma nación* que ellos, desarrollar sus propósitos a cualquier precio sin vacilar siquiera en violar la tradición y los intereses más evidentes de su patria. De modo que, desde ya, se puede hablar de la política de Isvolskiy y de Poincaré, de la de Sazónov y de Paléologue de la de Bülow y de Aehrenthal y no ya de una política francesa, alemana o austriaca y ni siquiera de una política franco-rusa o germano-austriaca.

Esta es la razón por la cual el próximo capítulo considerará casi exclusivamente la acción de los estadistas que, por su política personal, llevaron a Europa a su primera catástrofe.



CAPITULO XIII

LOS PERSONAJES DEL DRAMA

Paneslavismo y Cuestión de Oriente - Las ideas de Poincaré - De la alianza servo-búlgara a la primera guerra balcánica - Temores de Sazónov y de Berchtold y audacias de Poincaré y de Kiderlen-Waechter - Conrad y Francisco Fernando - El trialismo - Berchtold entre el miedo y la guerra - Primeros choques austro-rusos - El juego Isvolskiy - Poincaré y la segunda guerra balcánica - La leyenda del belicismo de Francisco Fernando - Servia y sus aspiraciones adriáticas hasta el ultimátum austriaco - "El Príncipe Negro" - Panserbismo y Trialismo - Saraievo, misterio resuelto - ¿Conflicto limitado o conflagración general? - Manejos telegráficos de Paléologue - Impenetrabilidad de los designios ingleses - El ultimátum austriaco - Nerviosidad de Sazónov y sangre fría de Poincaré - Las acepciones de la palabra movilización, o Nicolás II el engañado - *Cette fois, c'est la guerre.*

Escribe Polibio: "Algunos de los historiadores de los hechos de Aníbal, al querer exponernos las causas por las cuales entre romanos y cartagineses tuvo lugar la guerra que hemos recordado, invocan como primera la expugnación de Sagunto por parte de los cartagineses, como segunda el haber éstos atravesado, contra las estipulaciones, el río que por los indígenas es llamado Ebro. Reconoceré que tal fué en efecto el principio de la guerra, pero no concederé jamás que ello fuese su razón... Tales aserciones son propias de los hombres que no distinguen cómo y cuánto el principio difiere de la causa y del pretexto" [1].

Ahora bien, a veintidós siglos de distancia, la puntualización del historiador griego resulta más que suficiente para distinguir la causa, el pretexto y el principio de la primera guerra mundial. El pretexto fué el drama de Saraievo y esto nadie lo niega entre los beligerantes. Lo que resulta más incómodo no es establecer sino hacer aceptar el

[1] Polibio: *Historia general,* III.-6.

principio y la causa. Si bien el presente capítulo tiende a demostrar que ésta reside en la rivalidad de Austria y de Rusia en los Balcanes y aquél en el golpe de Agadir, muchos son los historiadores que no lo quieren admitir, y particularmente aquéllos cuya misión ha consistido en defender la actuación de tal o cual hombre político o de tal o cual Estado, que es lo que se nos ofrece en la mayoría de los casos.

He hablado en el capítulo anterior de "los intereses más egoístas que jamás se hayan enfrentado en la historia". Entre ellos podemos colocar, no tanto el deseo de los italianos de arrancar a Turquía su última posesión norteafricana, no tanto la voluntad de los griegos, de los servios y los búlgaros de agrandarse con trozos de Macedonia, como el juego de Isvolskiy-Sazónov que, después de la derrota de marzo de 1909, aprovechó las hostilidades ítalo-turcas para volver a poner sobre el tapete la cuestión otomana y esto de una manera tan violenta que debía engendrar fatalmente las más terribles complicaciones. Ya que, dígase lo que se diga, no todo era egoísta en la conducta de Italia, de Servia, de Bulgaria y de Grecia.

La primera, en efecto, tenía que encontrar una solución al problema ya entonces muy apremiante de su exceso de población. En cuanto a la situación balcánica, era tal que debía necesariamente incitar a la acción a pueblos jóvenes deseosos de afirmar su nacionalidad. Además, en 1910, feroces represiones turcas habían tenido lugar en Albania donde habían suscitado una efervescencia que no tendía a calmarse y cuyo efecto había sido privar al gobierno otomano del apoyo tradicional que encontraba desde hacía siglos en esta provincia. Luego, los "Jóvenes Turcos" —los liberales "Jóvenes Turcos"— para desarraigar de Macedonia toda veleidad de irredentismo, habían procedido, también en esta región, con una barbarie feroz. Según el periodista inglés James Bourchier, que residió largos años en la península como corresponsal del *Times,* la alianza balcánica encontró su primero aunque no suficiente motor entre los campesinos cristianos de Macedonia quienes, a consecuencia de estas persecuciones, pusieron de lado sus rivalidades de raza y de confesión y se unieron contra el enemigo común. Sólo más tarde el clero y las clases más elevadas adhirieron al movimiento; el Patriarca ecuménico de Atenas y el Exarca de Bulgaria, enemigos irreconciliables hasta entonces, cambiaron mensajes de cortesía y dirigieron una protestación común a la Puerta. Pero todo esto era muy confuso y hacía falta un aglutinante poderoso que diera una dirección precisa a las aspiraciones tan dispares de los pueblos de la península.

Antes de dejar el poder, Alejandro Isvolskiy, al mismo tiempo que estrechaba la intimidad de su país con Francia y con Inglaterra, se había puesto en la situación de ocupar en los Balcanes posiciones que le permitirían devolver la bala a Aehrenthal llegado el momento. Para ello, Rusia tenía forzosamente que llenar dos condiciones: volver a afirmar su influencia en Sofía y ayudar a Servia a recobrar la confianza que el golpe de Bosnia-Herzegovina le había hecho perder. Ahora bien, de la primera condición dependía absolutamente la segunda porque era evidente que Servia nunca emprendería nada concreto mientras no estuviese segura de que, en un conflicto eventual, Austria y Bulgaria no volverían a darse la mano por sobre su cabeza. En cuanto a Grecia, donde el audaz Venizelos estaba afianzándose, resultaba bastante fácil conquistarla representándole que una Albania independizada por Austria sobre sus fronteras septentrionales, constituiría para ella una amenaza mortal. Una vez realizada la alianza servo-búlgara, pensaba Isvolskiy, Grecia caería automáticamente en este sistema aunque más no fuere para vigilar a los aliados e impedir, si viniera el caso, la instalación de los búlgaros en Salónica. Los hechos le dieron la razón.

En 1909, inmediatamente después del asunto de Bosnia-Herzegovina, empezó por instalar como ministro en Belgrado a Nicolás Hartvig, un paneslavista furibundo, hasta entonces agente diplomático en Teherán donde había causado bastantes preocupaciones a los alemanes, y cuyo gusto pronunciado por la intriga era igualado tan sólo por Anatolio Nekliudov quien recibió en la misma época la legación de Sofía. Hartvig y Nekliudov son los principales destinatarios de la circular que, en los días sucesivos al encuentro de Racconigi, Isvolskiy enviaba a los representantes rusos en los Balcanes para notificarles que allí debían llevar con más encono que nunca su política antiaustriaca. "Como protectora de todos los intereses eslavos en los Balcanes —especificaba el ministro— Rusia intentó siempre despertar en los Estados balcánicos la conciencia que ellos, por el bien general, deben unirse lo más estrechamente posible. Este será nuestro esfuerzo también en el futuro; pero no podrá tener un éxito completo sino si los mismos Estados balcánicos lo apoyan, y por ello saludamos con la mayor satisfacción toda señal de acercamiento entre ellos..." [2].

Mientras tanto, la alianza con París seguía siendo defensiva y,

---

2 Siebert: *Op. cit.*

en verdad, no existía nada muy concreto entre San Petersburgo y Londres. Isvolskiy estaba, pues, en la necesidad de desarrollar su acción balcánica en el mayor secreto si quería evitar que sus "partenaires" se alarmasen ante el temor de posibles complicaciones.

Su misión, Hartvig y Nekliudov la llevaron magníficamente puesto que nada se sospechó —por lo menos nada preciso— en Viena, como tampoco en París ni en Londres antes del hecho realizado. Y ello es tanto más digno de atención cuanto que la diplomacia zarista nunca brilló por su discreción. Fernando de Bulgaria estaba adherido a la idea de una alianza con Servia ya antes de la salida de Isvolskiy del ministerio, pero se esperó hasta el mes de septiembre de 1911, el del comienzo del conflicto ítalo-turco, para empezar las negociaciones con firmeza. Prácticamente se trataba tan sólo de poner por escrito lo que ya se había acordado verbalmente, y tanto es así que, en el mes de octubre siguiente, Guechoff, jefe del gobierno búlgaro, iba a Belgrado donde Milovanovich le proponía la conclusión de una alianza ofensiva y defensiva tendiente a la liquidación y a la repartición de la Turquía de Europa. Tras cinco meses de negociaciones, en las cuales Hartvig y Nekliudov tomaron una parte activa, el tratado era firmado el 13 de marzo de 1912. Esta alianza, que constaba de un protocolo público y de un anexo secreto, obligaba a los dos Estados a socorrerse mutuamente y a oponerse con todas sus fuerzas a cualquier tentativa por parte de una gran potencia de anexar u ocupar "territorios de la península ahora sometidos a la dominación turca". Previsión evidentemente de un deseo austro-húngaro de volver a instalarse en el sanjacato de Novi Bazar. El anexo era muy importante porque especificaba que los dos Estados se consultarían cuando uno de ellos estimase que, por correr el *statu quo* balcánico peligro de ruptura, el momento había llegado de emprender una acción militar conjunta. Si ambos estaban de acuerdo para actuar, Rusia era quien decidiría en última instancia cómo y cuándo debían empezar las hostilidades; en el caso contrario, Rusia decidiría igualmente quién de los dos tenía razón. Los territorios turcos objeto del apetito servo-búlgaro estaban divididos en tres zonas: una para cada uno de los aliados, sin contestación; y la tercera, que sería repartida entre ellos por el Zar al final de las hostilidades.

En este momento intervino el ya nombrado periodista inglés James Bourchier quien fué encargado por el jefe del gobierno búlgaro de sugerir a Venizelos que aprovechara la oportunidad para proponer la conclusión de una alianza entre Atenas y Sofía. Bourchier hizo la

comunicación e, inmediatamente después, las negociaciones empezaron en la capital de Bulgaria [3]. El 29 de mayo de 1912, la alianza greco-búlgara era firmada con carácter defensivo. Con el fin de participar en el reparto del botín, Montenegro, que tenía reivindicaciones en el Sanjacato y en la llanura de Scutari, adhirió igualmente a la Liga balcánica así formalizada.

Es cierto que Rusia representó un papel eminente en la conclusión de esta alianza que, desde 1902, miraba como el único medio susceptible de frenar las ambiciones austriacas. Es cierto también que le resultó bastante fácil hacerse escuchar por Servia que quería desquitarse de su humillación de 1909, y por Bulgaria cuyo soberano necesitaba mucho dinero; pero lo que decidió a los dos Estados a aliarse de modo tan completo fué, más que la guerra líbica que parecía anunciar al mundo la repartición de Turquía, la intensificación de las persecuciones de Macedonia, sobre las cuales, un año antes, Aehrenthal había llamado la atención del Gran Vizir señalándole los peligros que hacían correr al Imperio otomano [4].

A pesar del juicio pesimista de Taube sobre su inteligencia, Sazónov no podía ignorar que esta alianza conducía fatalmente a una guerra cuya consecuencia podía ser una conflagración general. El arbitraje conferido a Rusia, un derecho de veto en suma, no era sino una figura retórica que no tendría ninguna fuerza ni para impedir el estallido de hostilidades para las cuales todo estaba preparado, ni para limitarlas a la península. Y si su inteligencia no se lo hubiese hecho comprender, allí estaba Nicolás II, con todo su pacifismo tolstoiano, que no quería oir hablar de conflictos. Pero, tironeado entre su soberano e Isvolskiy, Sazónov no tomó ninguna precaución susceptible de dar a Rusia el control efectivo de la acción servo-búlgara, como, por otra parte, no se preocupó de avisar a París de lo que estaba maquinándose entre Belgrado y Sofía, y esto cuando el artículo 1º de la alianza franco-rusa obligaba a los contratantes a concertarse "sobre todas las cuestiones susceptibles de hacer peligrar la paz general".

---

[3] I. E. GUECHOFF: *L'alliance balkanique;* París, 1915.

[4] Algo se había vislumbrado en las grandes capitales europeas en los días que precedieron la conclusión de la alianza. Los viajes incesantes de los hombres políticos de los dos países habían atraído la atención de los representantes de Austria y de Italia. Tan sólo el ministro de Francia, Maurice Paléologue, fué sorprendido por el acontecimiento; hecho tanto más notable cuanto que representaba a la única potencia que tuviese con Rusia una alianza formal. Paléologue no perdonó jamás su propia ligereza a... Fernando de Bulgaria. Cfr. por ejemplo *La Russie des Tsars pendant la grande guerre,* escrita varios años más tarde.

Es que hasta entonces esta alianza había sido puramente defensiva. Y tanto es así que, en el caso de una agresión de Rusia contra Austria, Francia no estaba obligada a intervenir como tampoco lo estaba si, a consecuencia de esta agresión, Alemania decidía socorrer a su aliada. Lo mismo sucedía para Rusia si Francia agredía a Italia y si, para ayudar a esta última, Alemania atacaba a Francia. Ninguno de estos casos constituía *casus foederis* para la nación aliada de la agresora. Y que ello hubiera sido interpretado de este modo tanto por Rusia como por Francia, dos ejemplos recientes lo ilustraban; el ultimátum Bülow y el golpe de Agadir, así como lo había ilustrado anteriormente el asunto de Creta.

Por ello mismo, Poincaré, cuando Isvolskiy lo informó de la constitución de la Liga balcánica, le expresó su extrañeza por no haber sido avisado a su debido tiempo de lo que se estaba tramando entre Belgrado y Sofía bajo la égida de San Petersburgo e invocó el citado artículo 1º. Esta advertencia demostraba que, en su espíritu, la alianza franco-rusa conservaba su carácter primitivo. Pero dos meses después de la alianza servo-búlgara, el ministro de Servia en Sofía declaró a Nekliudov que, en realidad, este pacto, para responder a su objeto, debía hacerse efectivo cuanto antes, puesto que demasiadas demoras podían provocar su caducidad. Y encontraba dos causas de demora, primero en el temor de Rusia de informar a Francia, y, luego, en el caso nada improbable del fallecimiento del viejo Francisco José y de la accesión de Francisco Fernando, cuya voluntad de dar a la Monarquía Apostólica una forma trialística incluyéndole los elementos eslavos balcánicos era conocida por todos, lo que, de realizarse, podía obligar a Servia a aceptar, *volens nolens,* la tutela austriaca. Por consiguiente, estimaba el ministro, si la alianza balcánica quería conservar su eficacia era necesario ponerla en acto inmediatamente, y, para ello, Rusia debía procurarle el consentimiento de la *Entente.* Como se ve, Belgrado proponía a San Petersburgo el trato siguiente: o guerra inmediata y transformación de los Balcanes en esfera de influencia rusa con solución del problema de los Estrechos y de Constantinopla; o prolongación de la paz y afianzamiento de la posición de Austria-Hungría a expensas de la política paneslavista.

Había que forzar la mano a Francia. Rusia no se atrevió a hacerlo directamente y se sirvió de Belgrado y de Sofía. Tanto es así que mientras el ministro de Servia en París lanzaba la falsa noticia de movimientos de tropas austriacas en dirección del Sanjacato, noticia que

fué desmentida, Daniev, sucesor de Guechoff a la cabeza del gobierno búlgaro, al tiempo que incitaba a Italia a llevar sus operaciones contra la Turquía de Europa, declaraba oficialmente que si ello sucedía, Bulgaria se encontraría en la necesidad de actuar. El mismo Nicolás II comprendió que la máquina cuya construcción había permitido iba ya más aprisa que él y que seguramente la guerra no podría ser evitada en los Balcanes [5].

Poincaré hubo de declarar un día, después de la guerra de 1914, un poco a modo de autojustificación, que los hombres de su generación no habían tenido "otra razón de vivir fuera de la esperanza de recuperar las provincias perdidas" en 1870. Toda su vida demuestra con tanta claridad cómo supo amoldar su acción política a este precepto que quizá no se equivoquen aquéllos que pretenden que la alianza balcánica patrocinada por Rusia debió presentarse a su mente como una oportunidad inesperada para incluir en el pacto franco-ruso cláusulas que lo transformarían en instrumento de ataque ya que, en una extensión a toda Europa del inminente conflicto, Francia podía encontrar la esperada ocasión para el desquite. El origen de este viraje se lo puede encontrar en la visita que el hombre de Estado francés efectuó a San Petersburgo hacia la mitad de agosto de 1912 y a raíz de la cual Francia aceptó la automaticidad del *casus foederis* para la eventualidad de que Alemania acudiese en ayuda de Austria agredida por Rusia a propósito de las complicaciones balcánicas. Desde su vuelta a París, el Estado Mayor francés estableció un plan para ayudar a Rusia si esta eventualidad llegaba a producirse ya que ella —estimaban los militares y los diplomáticos franceses de acuerdo por una vez— ofrecía ventajas tanto mayores cuanto que Poincaré estaba seguro del apoyo inglés y, cuando menos, de la neutralidad italiana. Este viraje y esta interpretación nueva de la alianza, Poincaré los desmintió más tarde, pero de manera tan capciosa que no llega a convencernos, sobre todo si enfrentamos sus afirmaciones con los acontecimientos diplomáticos precisos que nos ofrecen las guerras balcánicas. Por el momento, el hecho es que Isvolskiy, en sus comunicaciones a San Petersburgo inmediatamente después de la vuelta de Poincaré, expresa varias veces el punto de vista más arriba indicado y que Sazónov, durante la visita que efectuó a París y a Londres algunas semanas más tarde, no debió recibir ningún mentís a este propósito puesto que, a su vuelta a Rusia,

[5] G. LOUIS: *Les carnets;* París, 1926.

siguió considerando la interpretación de su representante en París como tanto más valedera cuanto que sir Edward Grey y el Rey de Inglaterra se la habían confirmado tácitamente al hablarle de operaciones eventuales de la flota inglesa en el mar del Norte contra la marina alemana.

Pero, llegado el momento de iniciar las hostilidades, Sazónov, apremiado por Nicolás II, empezaba a retroceder e incitaba a los coligados a no romper aún de modo definitivo con la Puerta. Así podemos ver cómo Rusia, después de haber entregado a los Estados balcánicos la llave del polvorín, los suplicaba que no la utilizaran y no veía que, para ellos, la tentación era tanto más fuerte cuanto que, en Belgrado y en Sofía, Francia empujaba a la guerra como lo demuestran los *Documents diplomatiques français* del final del año doce, llenos de relaciones en las cuales los representantes diplomáticos franceses en Belgrado, en Sofía y en Constantinopla deploran la acción moderadora del ministro ruso.

Sazónov estaba asustado, sobre todo ahora que podía comprobar que, desde el asesinato de Stolípin que se había mostrado tan hostil a las aventuras exteriores, había hecho demasiado el juego del atrevido Isvolskiy. Pero, tanto como él, lo estaba el conde Berchtold, ministro austriaco de Relaciones Exteriores, quien, a su pesar, había sido llamado a ocupar el lugar dejado vacío por Aehrenthal, fallecido el 17 de febrero de 1912.

Ahora empieza verdaderamente lo que se ha convenido en llamar el embrollo balcánico. Entre todos los embrollos que ofrece la actividad diplomática, política y militar de los períodos de tensión histórica, éste resulta el más inextricable porque en él se imbrica, además de las intrigas provenientes normalmente del juego de las Cancillerías, una "suite" de elementos que pocas veces se encuentran reunidos de manera tan apretada y, entre ellos, algunos factores psicológicos cuya esencia no es fácil desentrañar.

Primer factor psicológico: el miedo. El miedo de Sazónov y también el de Berchtold; como contrapunto, el espíritu de decisión de Poincaré y el de Kiderlen-Waechter. Segundo factor psicológico: la utilización de la mentira por parte de unos y de otros; por parte de Berchtold para disimular su miedo de actuar haciendo recaer su pasividad sobre los alemanes; por parte de Sazónov para disfrazar, llegado el momento de la acción, sus responsabilidades iniciales en amor de la paz y achacarlas a aquéllos a quienes habían excitado; por parte de

Poincaré, después de la muerte de Isvolskiy, para atribuirle la "leyenda" de su deseo de ver saltar el polvorín balcánico.

Es necesario subrayar que en este tenebroso asunto Austria perdió, y solamente por miedo, su última oportunidad para realizar la integración de los Estados Balcánicos y, por ende, de salvarse. Es necesario indicar también que, en esta misma oportunidad, Rusia no supo aprovechar el miedo austriaco para preceder a los beligerantes en la guerra como los había precedido en la paz, y alcanzar con pocos esfuerzos sus objetivos tradicionales en los Balcanes, Constantinopla y los Estrechos, mientras que, si no hubiese tenido miedo, hubiese podido hacerlo con toda seguridad.

En octubre de 1912, Alemania no tenía ningún interés en la Península y tampoco intuía lo que el control sobre aquella región representaba para su aliada. Guillermo, así como Nicolás II, no quería que se fuera a la guerra pero, por fidelidad a la alianza, estaba dispuesto a seguir a Austria en un conflicto si ella lo hubiese estimado necesario. Desde ya podemos indicar que, en todo este asunto, Alemania fué la única que actuó con sinceridad. Kiderlen-Waechter —*cuique suum*— admitió desde un principio que nadie mejor que la misma Austria podía conocer sus propios intereses y, sin querer empujarla, le manifestó en toda ocasión su solidaridad incondicional. Poincaré, por su parte, se mostró infinitamente más activo que Sazónov, Berchtold y Kiderlen reunidos, puesto que empujó constantemente al primero a actuar con energía, lo que el ruso no quería hacer ya sea por miedo de tener que asumir responsabilidades demasiado onerosas ante el tribunal de la historia, ya sea porque tenía que enfrentarse constantemente con el pacifismo decidido de Nicolás II.

Con todo esto, es justo reconocer que las potencias que, hasta entonces, se habían preocupado mayormente por el mantenimiento del *statu quo* balcánico —Austria e Inglaterra— no vieron claramente cuál debía ser su conducta, la primera por esa especie de astenia que adormece a los cuerpos políticos como a los cuerpos físicos antes de hacerlos morir, la segunda porque tenía obligaciones para con Rusia y pensaba que su *laissez faire* en Balcania le vincularía definitivamente al Zarismo.

Por otra parte, desde un principio, Sazónov e Isvolskiy estaban convencidos de una victoria turca y llegaron a declarar en París, en el momento de la visita que hizo a Poincaré el ministro ruso, que de todas maneras era preferible esta victoria a la de la Liga balcánica

porque siempre resultaría más fácil detener a una Turquía victoriosa que a Estados "parvenus" que sus triunfos envalentonarían de modo excesivo hasta incitarlos a acciones que provocarían fatalmente una intervención austriaca [6]. Y esta actitud rusa, al mismo tiempo que era un error político monumental, se apoyaba en una previsión equivocada como todas aquéllas que el miedo inspira.

El 4 de octubre de 1912, solicitado ya varias veces por Sazónov y por Isvolskiy, Poincaré desenterró un proyecto de conferencia que Berchtold había presentado el 13 de agosto anterior, y propuso a su vez a las grandes potencias que examinaran la situación balcánica con el fin de impedir que, fuese cual fuese el éxito de la guerra, el *statu quo* de la península sufriera cambio alguno. Es que él, como los rusos, creía en una victoria turca y quería impedir que la Puerta volviese a ocupar en los Balcanes una posición de privilegio que hubiera sido contraria a los intereses de su aliada, mientras Berchtold al obedecer a la misma opinión esperaba que una derrota de los coligados fuera beneficiosa para Austria-Hungría que, sin comprometerse mayormente, conservaría así la predominancia que le había procurado la anexión de Bosnia-Herzegovina. Razón por la cual pidió a Poincaré la rectificación de algunos puntos de su proyecto.

Pero era demasiado tarde. El 8 de octubre, Nicolás de Montenegro declaraba la guerra al Imperio otomano.

La responsabilidad rusa es evidente en el estallido de la primera guerra balcánica. Sin embargo, en el hecho material que constituye el gesto montenegrino, no se trata ya de la responsabilidad del gobierno ruso sino de la de aquellos elementos paneslavistas que, agrupados alrededor del Gran Duque Nicolás Nicoláievich y que se reclutaban en el ejército, en la prensa y en el mundo diplomático, daban, por encima del mismo Emperador y del Gobierno presidido por el pacífico Kokovtsov, consignas extremas que Hartvig en Belgrado y los miembros de la misión militar rusa en Cettiñé aplicaban con entusiasmo. El gesto de Montenegro, destinado por esos elementos a contrarrestar la iniciativa de Poincaré que las grandes potencias habían acogido con satisfacción, puso así a estas últimas ante el hecho realizado. La propuesta de Poincaré cayó, pues, al agua y el 17 de octubre Grecia, Servia y Bulgaria, que habían presentado a la Puerta un ultimátum portador

[6] *Documents français*... IV.

de una serie de exigencias inaceptables, al no recibir contestación, iniciaban las hostilidades.

Las operaciones se desarrollaron en dos teatros principales, Tracia y Macedonia, y en un teatro secundario, el de Tesalia. Los búlgaros, en el primer teatro, pasaron la frontera con ocho divisiones bien armadas y bien mandadas y, mientras comenzaban el sitio de Andrinopla, derrotaban a los turcos el 24 de octubre en Kirk Kilissé, y los obligaban a retroceder en desorden. Otra batalla que duró del 28 de octubre al 2 de noviembre sobre la línea Lüle Burgass - Bunar Hissar, se terminaba esta vez también por una derrota completa de las fuerzas otomanas que fueron obligadas a huir precipitadamente hasta Chatalgia, a poca distancia de Constantinopla.

En el sector de Macedonia, los servios derrotaban al enemigo en Kurmanovo el 24 de octubre, enlazaban con los griegos entre Monastir y Salónica, y con los montenegrinos con los cuales procedían a la ocupación del sanjacato de Novi Bazar y empezaban con ellos las operaciones de sitio ante Scutari.

Los griegos, mientras franqueaban la frontera albanesa y ponían el sitio ante Ianina, avanzaban bastante fácilmente en el sector de Tesalia, alcanzaban el 28 de octubre el golfo de Salónica y ocupaban esta última ciudad el 9 de noviembre, un día antes que los búlgaros.

Así, en menos de un mes, no quedaba a los turcos nada de sus territorios europeos fuera de la región adyacente a Constantinopla que no fué ocupada, no tanto en razón de su resistencia como a causa de una epidemia de cólera que empezaba a diezmar el ejército búlgaro.

El 3 de diciembre, los turcos por una parte, los servios, búlgaros y montenegrinos por otra, firmaban el armisticio mientras los griegos proseguían por su cuenta el sitio de Ianina. El 16, las negociaciones de paz se abrían en Londres y parecían deber llegar pronto a su conclusión cuando los Jóvenes Turcos derribaron el gobierno de Kiamil Bajá y, después de algunas tergiversaciones, rompieron las negociaciones de paz el 30 de enero. Pero el 6 de marzo los griegos ocupaban Ianina y el 26 los búlgaros entraban en Andrinopla.

El 31, las grandes potencias solicitadas por el Sultán proponían a los coligados las siguientes bases para los preliminares de paz: la frontera europea de Turquía quedaría limitada a la línea Enos-Midia; todos los territorios situados al oeste de esta línea serían cedidos a los Estados balcánicos con excepción de Albania cuyas fronteras y destino

serían determinados por las potencias, quienes además decidirían de la suerte de Creta al salir ésta de la dominación otomana.

Después de largas discusiones, provocadas por la desconfianza que los coligados no habían dejado de manifestarse desde la iniciación de las hostilidades, el tratado de paz fué firmado el 30 de mayo de 1913.

Mientras tanto, la tensión crecía día a día entre los cuerpos búlgaro y griego que ocupaban Salónica y, ya antes de la firma del tratado de paz, Atenas y Belgrado habían firmado un tratado secreto tendiente a la exclusión de Bulgaria de la mayor parte de Macedonia y en todo caso del gran puerto del Egeo. Es que los ejércitos del rey Fernando habían conseguido las victorias auténticamente decisivas de la campaña y solamente su llegada a las puertas mismas de Constantinopla había obligado a los turcos a capitular ya que, como se ha dicho muy justamente, sin estas victorias, ninguno de los triunfos de Grecia y de Servia, por ser exclusivamente periféricos, podía alcanzar un resultado semejante, mientras que si los turcos hubiesen triunfado de los griegos y de los servios pero sucumbido ante los búlgaros, se hubieran visto obligados igualmente a pedir la paz ya que los triunfos de las tropas de Fernando habían sido conseguidos en el mismo corazón del Imperio. Esto, nadie lo ignoraba, daba un derecho de preeminencia a Bulgaria en la repartición del botín y por ello sus extraños "aliados" habían firmado un convenio contra ella.

V

Una cosa resulta muy misteriosa en esta guerra: la pasividad que Austria mantuvo ante triunfos que le quitaban toda libertad de acción política y diplomática en la península de donde había querido eliminar a Rusia cinco años antes.

Para justificar esta actitud que no encuentra explicación fuera de la pusilanimidad, los dirigentes austro-húngaros pusieron en circulación el infundio de un veto alemán que les habría impedido recurrir a la fuerza. Esta tesis se ha implantado sobre todo gracias a las obras del conde Hoyos y de Heinrich Kanner [7], autores generalmente verídicos

[7] A. Hoyos: *Der deutsch-englische Gegensatz und sein Einfluss auf die Balkanpolitik Oesterreich-Ungarns;* Berlín, 1922. H. Kanner: *Op. cit.*

en sus afirmaciones. Y, sin embargo, esta tesis es falsa porque, en 1912-1913, Alemania asumió una actitud, no tendiente a la guerra pero lealmente dirigida a sostener a su aliada por todos los medios si se decidía a actuar. El dinámico Kiderlen-Waechter falleció el 30 de diciembre de 1912, ello es cierto, pero había tenido tiempo suficiente para comprometer a su país en este sentido, y el Emperador Guillermo, si bien simpatizaba con los servios en lo que su acción contra los turcos tenía de heroico, no permitió nunca a este sentimiento actuar a expensas de su aliada. Pero Berchtold no era Aehrenthal. Era un hombre de mundo, muy rico, algo vano y snob, que no había aceptado la dirección de la Ballplatz sino cuando Francisco José se lo había exigido. Y además la herencia de Aehrenthal era muy pesada, "podrida" escribe Kanner, en razón del error político y estratégico cometido al abandonar el Sanjacato. Volver a ocuparlo —que era el único medio de que disponían los austriacos para imponer su presencia en los Balcanes— era violar un tratado, el acuerdo austro-turco de 1909, e imponía un gran esfuerzo que Berchtold, aunque lo empujara el Estado Mayor, no quiso realizar. Pero necesitaba un pretexto para no hacer nada, ya que el Ejército y el importante partido social-cristiano pedían abiertamente la guerra contra Servia. No hay que olvidar, además, que Berchtold, totalmente entregado a la corriente húngara de la Ballplatz, no quería ir en contra de la tendencia que imperaba en Budapest y que puede resumirse en el axioma "no más Eslavos en la Monarquía". Ahora bien, era cierto que si Austria impedía a Servia, intimidándola, entrar en el conflicto o si, al no ser escuchada, la vencía, era cierto que un tal resultado obligaba a prever la inclusión de otros elementos eslavos en la Monarquía Apostólica y, por ende, una solución trialística. Esto era lo que los húngaros no querían... y que Berchtold no podía invocar puesto que al hacerlo hubiera entregado armas a los elementos puramente austríacos cansados del largo yugo magiar, haciéndoles comprobar que este yugo había proporcionado al Imperio una humillación tanto más insoportable cuanto que allí estaba el recuerdo exaltante de lo que había podido obtener Austria cuando, después de un prolongado letargo, Aehrenthal la había despertado con su energía al romper, por una vez, con las tradiciones húngaras de la Ballplatz. Por las razones más arriba indicadas, Berchtold no quería intervenir ni siquiera para impedir que, con la ocupación permanente del Sanjacato, Servia y Montenegro se diesen una frontera común. Para imponer su punto de vista a los elementos nacionalistas y militares, recurrió, pues,

a la fábula del veto alemán, diciendo que, contrariamente a lo que había sucedido en 1909, Austria quedaría sola esta vez frente a Rusia, protectora de Servia. Mentía descaradamente como vamos a ver.

El 4 de octubre de 1909, el embajador de Austria-Hungría en Berlín visitaba a Kiderlen para notificarle la voluntad de su país de no intervenir activamente en la cuestión del Sanjacato, declaración que extrañaba al ministro alemán al punto de hacerle exclamar que antes de esta visita, daba por descontada una intervención activa de Austria pero que si Berchtold cambiaba de parecer "podía contar incondicionalmente con el apoyo de Alemania" [8]. No contento con esto, Berchtold encontró otro pretexto para atrincherarse en su pasividad en el llamamiento hecho por Poincaré el 4 de octubre a favor del mantenimiento del *statu quo* balcánico. Y seguía aferrándose a este mitológico *statu quo* cuando, después de los primeros éxitos de los coligados, las demás grandes potencias vieron muy claramente que resultaría imposible obligar a los vencedores a respetarlo. Así, cuando examinamos la actitud de Austria, nos encontramos con una serie de mentiras y de pretextos tan inútiles como estúpidos, puesto que, como hemos visto, si Austria lo hubiese querido con energía, Rusia, una vez más, hubiera abandonado a Servia ya antes de las hostilidades, lo que hubiera vuelto caduca la Liga balcánica y provocado fatalmente la agrupación de los Eslavos sudoccidentales bajo el cetro de los Habsburgo. Oportunidad fugaz que, de haber sido aprovechada por Viena como quería Conrad von Hötzendorf, hubiera evitado las guerras balcánicas y su corolario fatal, el primer conflicto mundial, por lo menos en la fuente en que bebieron sus fuerzas, la rivalidad austro-rusa en aquella región. Después de iniciado el conflicto, era demasiado tarde para enviar un ultimatum a Servia y a Montenegro para obligarlos a evacuar el Sanjacato. Ni el conde Kokovstov ni tampoco Nicolás II hubieran podido resistir a su opinión pública, excitada por las victorias de los "hermanitos", opinión que encontraba en la prensa francesa incitaciones para aprovechar el menor gesto hostil por parte de Austria para conquistar Constatinopla.

Un sentido de desesperación y de dolor invadió a todos aquellos elementos austríacos que hemos indicado cuando vieron que la pasividad del gobierno había desperdiciado la mejor oportunidad del siglo. El 18 de noviembre de 1912, Tschirschky, embajador de Alemania en

---

8 *Oesterreich-Ungarns*... IV.

Viena, telegrafiaba a su gobierno: "De todos lados oigo preguntar si será posible, a menos que la Monarquía recurra a medidas muy enérgicas ante las aspiraciones y pretensiones servias, mantener ligados a ella de modo duradero los siete millones de eslavos del sur. Un nuevo Lombardo-Véneto surgió en el sureste del Estado, un irredentismo que de manera irremediable debe tender hacia el nuevo, grande e independiente Estado servio de más allá de los confines. Este movimiento significa, empero, mucho más que una mera separación de los países eslavos del sur, hasta más allá de Estiria, del lazo que los une a la Monarquía. Trieste que, desde ya, está enteramente bajo el influjo eslavo, se perdería y se perdería por consiguiente la línea centroeuropea más importante sobre la cual se apoya mayormente la fuerza del influjo germánico en el Mittel-Europa: la línea Hamburgo-Trieste. De allí los deseos angustiados que desde las distintas capas de la población de este país se dirigen hacia Berlín: "¿Querrá Alemania ayudarnos y defender y apoyar estos intereses vitales de la Monarquía que son también los suyos?" [9].

Esta pregunta la hacían todos los austriacos conscientes de los verdaderos intereses de la Monarquía y, a medida que se afirmaba la política de capitulación de la Ballplatz, servilmente obediente a las consignas húngaras, la agitación crecía en todos los ambientes de raza alemana. Berchtold quien, a pesar de esta marea de indignación, se aferraba a su voluntad de no hacer nada, telegrafiaba a su embajador en Berlín: "No hemos hecho sino adaptarnos a la palabra de orden salida de Berlín desde el comienzo del conflicto balcánico: *localización de la guerra*. Sin embargo, no hemos podido renunciar a tomar posición diplomáticamente ante las modificaciones que tienen lugar en los Balcanes. Una actitud que dejaría libre curso a todos los acontecimientos de aquella región sin hacer oír nuestra palabra en el momento oportuno, llegaría finalmente a provocar sorpresa hasta en Alemania" [10]. Manera extraordinariamente hipócrita como se ve de achacar la propia impotencia a un aliado que el 2 de diciembre anterior —el telegrama de Berchtold es del 15 de marzo de 1913— había declarado solemnemente en el Reichstag por boca del canciller Bethmann-Hollweg: "Si nuestros aliados al hacer valer sus intereses fuesen, contra toda expectativa, agredidos por un tercero y amenazados así en su

[9] *Die grosse Politik*... XXIII.
[10] *Oesterreich-Ungarns*... V.

existencia, entonces, nosotros, fieles a nuestros deberes, nos pondríamos a su lado con decisión firme y combatiríamos para la conservación de nuestra posición en Europa, para nuestra seguridad y para la defensa de nuestro porvenir" [11].

Mientras tanto, en Rusia, se seguía una línea que, a pesar de la nerviosidad de los elementos nacionalistas y de las incitaciones francesas, Sazónov trazaba con mucho cuidado paralelamente al camino austriaco para evitar que los intereses de los dos Imperios, al aproximarse demasiado, provocasen la explosión del polvorín balcánico.

Pero aquí hace falta apuntar una distinción. Mientras las claudicaciones de la Ballplatz no eran debidas a un estado de impreparación o de ineficacia del ejército austro-húngaro ya que, como lo reconocen los mismos generales austriacos y sus colegas del Estado Mayor alemán, nunca este ejército estuvo mejor preparado que en el período 1912-1913, las deficiencias militares rusas se encuentran evidentemente a la fuente de la decisión del gobierno zarista de no ir a la guerra a propósito del asunto balcánico, por lo menos durante las guerras eslavo-turca e interbalcánica. Veremos pronto cómo en el mes de diciembre de 1913 la preparación militar rusa dará tan poca satisfacción a los responsables petersburgueses que los obligará a retroceder en el conflicto Liman von Sanders suscitado por ellos sin embargo. Si esto sucedía siete meses antes del primer conflicto mundial, podemos sospechar cuál era la situación de los armamentos en Rusia durante las guerras balcánicas y cuánta remisividad ello debió inspirar al Zar y a sus colaboradores perfectamente al tanto de la potencialidad austriaca. Distinción muy importante ésta ya que nos lleva a subrayar que, mientras el miedo austriaco no puede justificarse con ningún pretexto diplomático o militar, el miedo ruso tiene una justificación militar y, por ende, diplomática puesto que una situación diplomática no puede ser buena mientras no se apoye en fuertes batallones.

En realidad, el choque austro-ruso, más que en el período preparatorio de la Liga balcánica, tuvo cuatro oportunidades para producirse: 1) cuando los primeros éxitos de los ejércitos coligados demostraron a Austria que le hacían perder su situación de privilegio en la península; 2) cuando los servios y los montenegrinos ocuparon el Sanjacato y cortaron así la línea de penetración austriaca hacia el mar Egeo; 3) cuando los austriacos se opusieron con firmeza a la preten-

---

[11] *Die Grosse Politik* ... XXIII.



LA ZARINA ALEJANDRA EN 1905

sión servia de obtener un puerto sobre el Adriático; y 4) cuando la segunda guerra balcánica, al oponer los servios, los griegos y los rumanos a los búlgaros, volvió a plantear el problema balcánico.

Estas fueron las cuatro oportunidades de salvar su situación que Austria dejó escapar entre el 17 de octubre de 1912 y el 29 de junio del año siguiente, además de la que había perdido, en los meses inmediatamente anteriores al conflicto, cuando hubiera podido, al actuar con energía, transformar la Liga en instrumento ineficaz entre las débiles manos de Rusia. Es cierto que, en estas cuatro oportunidades, una guerra general hubiera salido más fácilmente de la oposición austriaca que de la primera. Sin embargo, el riesgo podía ser corrido en razón de la seguridad del apoyo alemán y de la impotencia rusa.

Por parte de Rusia, el conflicto hubiera podido estallar si hubiese aprovechado los momentos 1 y 2 para alcanzar los objetivos cuya consecución le había inspirado los manejos diplomáticos que habían llevado al establecimiento de la Liga. Esta vez todo deja suponer que, salvo complicaciones que nada en la actitud de los países interesados nos autoriza a prever, Rusia, con un poco de audacia, hubiera podido instalarse en Constantinopla o, por lo menos, obtener una revisión conforme a sus intereses del estatuto de los Estrechos, sin desencadenar ningún conflicto general.

Pero un mes después del comienzo de la primera guerra balcánica —el 11 de noviembre de 1912— Sazónov, que no había sabido o podido aprovechar estas oportunidades, telegrafiaba a Hartvig y, por no fiarse demasiado de este diplomático, a Pasich —que, entretanto, había sucedido a Milovanovich— para hacerles presente que la oposición de Austria y de Italia, apoyadas por Alemania, a la concesión de una salida adriática a Servia debía ser tenida en cuenta y que, ante la actitud expectante de Francia y de Inglaterra, Rusia no quería dejar que "el conflicto con la Tríplice Alianza se envenenase a propósito de un puerto servio" [12].

Este consejo que había sido inspirado a la mente ofuscada de Sazónov por el paso que Poincaré había realizado el 4 de octubre anterior, no causó al hombre político francés el efecto descontado, ya que, al enterarse de esta interpretación dada por el ministro después del comienzo de las hostilidades a un paso ejecutado antes de la ruptura de la paz, hizo notar a Isvolskiy que nunca había dicho que, llegado

[12] S. VON SIEBERT: *Op. cit.*, L. VERNON: *Op. cit.*

el caso, Francia no ayudaría a Rusia en su compromiso balcánico si Austria, apoyada por Alemania, la atacaba a propósito de Servia. Tanto es así que el 13 de noviembre —es decir, dos días después de los telegramas de Sazónov a Belgrado— telegrafiaba a su vez al embajador de Francia en San Petersburgo para que preguntara al ministro ruso qué medidas prácticas contaba tomar o había tomado para contestar a una acción eventual de Austria-Hungría contra Servia.

Y como Isvolskiy, el 16 de noviembre, en vez de contestar a esta pregunta, le pedía que precisase las intenciones francesas, Poincaré rebatía que pertenecía a Rusia exponer su pensamiento ya que Francia no tenía que defender en los Balcanes otros intereses fuera de los de su aliada. El 17, tenía con Isvolskiy otra entrevista, después de la cual el embajador comunicaba a Sazónov: "Poincaré acaba de declararme que le era imposible formular, ni siquiera a título privado, la línea de conducta de Francia en la eventualidad de una intervención activa de Austria, antes de que el gobierno imperial le haya comunicado sus propias intenciones. *A Rusia, me dijo, le corresponde tomar la iniciativa en una cuestión en la cual es la principal interesada. El papel de Francia es prestarle su concurso más efectivo. Al tomar la iniciativa sobre él (gobierno ruso), el gobierno francés correría el riesgo de colocarse ya sea más acá ya más allá de las intenciones de su aliado. Precisamente para que no pueda haber duda alguna en cuanto al grado de nuestra colaboración, he creído deber destacar un pasaje de las instrucciones del señor Sazónov al ministro ruso en Belgrado, donde se decía que Francia e Inglaterra habrían declarado abiertamente que no estaban en absoluto dispuestas a dejar envenenar el conflicto con la Triple Alianza. En suma, —agregó Poincaré— todo ello significa que si Rusia entra en guerra, Francia también entrará, ya que sabemos que en semejante cuestión detrás de Austria estará Alemania.* A mi pregunta si conocía el punto de vista de Inglaterra sobre esta cuestión, Poincaré respondió que, según sus informaciones, el gabinete de Londres se limitaría por el momento a prometer a Rusia todo su apoyo diplomático, pero que ello no excluía, en caso de necesidad, un concurso más efectivo" [13].

---

[13] *Un Livre Noir. Diplomatie d'avant-guerre d'après les documents des Archives russes. 1910-1917;* París, 1922-1934, vol. I.

Además, para corroborar este documento que destruye la defensa *a posteriori* presentada por Poincaré en su obra monumental *Au service de la France,* podemos citar este telegrama de Isvolskiy, con fecha 18 de noviembre: "Para evitar equí-

Esto era en verdad empujar a Rusia a asumir una actitud decidida frente a las "provocaciones" austriacas que —obedeciendo a una misteriosa consigna— la prensa de París subrayaba sin cesar mientras bien sabemos que lo menos que se puede decir de ellas es que no existieron nunca ni en los hechos ni en las intenciones. A Poincaré no bastaban ni sus comunicaciones a Isvolskiy, ni las que hacía directamente a Petersburgo, ni los bien orquestados conciertos periodísticos. Su voluntad de apoyar a Rusia contra las mencionadas provocaciones, tenía necesidad de comunicarla también a los servios, lo que consistía en luchar en favor de la paz del mismo modo que aquellos bomberos que provocan incendios con el objeto de tener finalmente una posibilidad de luchar contra el fuego. Así lo vemos, el 14 de noviembre, es decir, en el momento mismo en que hablaba con Rusia por vía diplomática y directamente, enviar el telegrama siguiente al ministro de Francia en Belgrado: "Ud. tendrá a bien, después de haberse puesto de acuerdo con sus colegas de Rusia y de Inglaterra, hacer oír al Gobierno Real consejos de moderación que deberán ser formulados en el espíritu más amistoso. He tenido el mismo lenguaje con Vesnich. Pero en este paso, Ud. deberá mantenerse detrás de Rusia y *no hacer nada que pueda dejar creer que la actitud de Francia es la causa de que Rusia misma aconseje la moderación*" [14].

En cuanto a las "provocaciones" austriacas, la prensa francesa y ciertos políticos adictos al Quai d'Orsay y al ministerio de Guerra no

---

vocos y en razón de la importancia de la cuestión, he creído hacer bien al leer (a Poincaré) mi telegrama (objeto de la presente nota) cuyo texto aprobó completamente. Me rogó solamente que precisara las condiciones en que Francia iría a la guerra. "Está entendido —me dijo él mismo— que Francia lo haría en caso de que el *casus foederis* previsto por la alianza se produjera, es decir en el caso de que Alemania ayudase a Austria con las armas contra Rusia". Pero, Isvolskiy no se sentía muy belicista en aquel entonces. Poincaré telegrafiaba el 19 de diciembre a Georges Louis su embajador en Rusia: "Isvolskiy me leyó ayer el telegrama que ha dirigido a Petersburgo... A fin de precisar la actitud de Francia, he dicho que Francia haría la guerra si Rusia la hacía ella misma, ya que sabíamos que Alemania está detrás de Austria. Le he señalado que esta fórmula era demasiado general y que le había dicho tan sólo que Francia respetaría el tratado de alianza y asimismo ayudaría militarmente a Rusia en el caso de que surgiese el *casus foederis.* Isvolskiy me prometió rectificar y precisar. Le quedaría agradecido si aprovechara una oportunidad para definir Ud. mismo nuestra actitud en estricta conformidad con el tratado". El telegrama de Isvolskiy se encuentra en el tomo I del *Livre Noir,* el de Poincaré en el tomo IV de los *Documents diplomatiques français.* A mi entender este último denuncia desconfianza hacia Isvolskiy no tanto porque Poincaré teme que no rectifique ni precise su punto de vista, como porque teme que no lo transmita a Rusia, razón por la cual pide a Louis que lo haga directamente.

[14] *Documents français...* IV.

habían tardado, después de los titubeos iniciales, en describirlas como dirigidas en el sentido de una agresión contra Rusia. La empresa había sido llevada a cabo con tanta astucia que, el 18 de diciembre, Isvolskiy podía escribir, en un largo memorial destinado a su Departamento: "Mientras no hace mucho el gobierno francés y la prensa tendían a acusarnos de excitar a Servia, y la nota dominante era *"Francia no quiere hacer la guerra por un puerto servio"*, en este momento, por el contrario, se considera con estupor y con aprensión evidentes nuestra indiferencia ante la movilización austriaca. Tales aprensiones, no sólo las expresan los ministros franceses en sus coloquios conmigo, sino que penetran también en el gran público y en los periódicos de las tendencias más diversas... Se me ha mostrado el texto de un telegrama de Louis según el cual se le habría dicho al general de Laguiche, no sólo que considerábamos los preparativos de Austria como una mera medida de defensa, sino que, en el caso enteramente improbable de un ataque de Austria contra Servia, Rusia no se movería. Esta contestación ha extrañado mucho a Poincaré y a todos los ministros franceses.

"Según las informaciones que llegan aquí, Austria está por concluir la movilización completa de diez cuerpos, una parte de los cuales se encuentra ostensiblemente dispuesta contra Rusia".

Para los exponentes políticos franceses —prosigue el embajador— esto significa una intervención austriaca contra Servia, lo que debería conducir a la entrada en juego de Rusia. Pero como en París se ve que el gobierno imperial no quiere considerar esta posibilidad, se llega a sospechar de la eficacia de la alianza franco-rusa. Y concluye: "Ya no tendré que combatir la idea de que Francia pueda verse imponer la guerra por intereses ajenos, sino más bien el temor de que nos mostremos demasiado pasivos en una cuestión que toca la situación y el prestigio de toda la *Entente*" [15].

Esta actitud subrayada por Isvolskiy caracteriza a muchos responsables franceses, ello es cierto; nos será permitido, pues, insistir en la ligereza de una política que empujaba a la guerra sin que se dieran las condiciones esenciales al éxito de tales empresas: un ejército fuerte y sólidas alianzas. Hemos visto lo que los rusos pensaban de su propia preparación bélica. La de los franceses, en aquel entonces, no era brillante por cierto, ya que su sistema militar sufría una grave crisis de efectivos. Ahora bien, si los rusos no querían entrar en guerra por no

[15] *Un Livre Noir...* I.

considerarse suficientemente preparados, los ingleses no habían contraído ningún compromiso formal ni con ellos ni con Francia.

Y, sin embargo, no todos los franceses fueron víctimas del espejismo balcánico. No hablemos aquí de los secuaces de Jaurès cuya ideología implicaba todas las capitulaciones, sobre todo frente a una Alemania que consideraban como la Meca del socialismo. A pesar de que todos los franceses bien nacidos esperaran el día del desquite y viviesen tan sólo en función de esta esperanza, muchos de ellos se hubieran horrorizado ante la idea de tomar parte en una guerra para la cual no estaban preparados y, además, junto a un aliado oriental ineficaz, máxime no teniendo ninguna seguridad sobre la entrada de Inglaterra en el conflicto.

Entre estos franceses deseosos de ir un día a la guerra contra Alemania, pero por cuenta propia, bien pocos podían hacer oír su voz. Uno de ellos, sin embargo, Georges Louis, embajador en San Petersburgo, nunca disimuló a sus jefes los peligros de una acción precipitada. Durante el período culminante de la tensión internacional de 1912, hizo saber repetidas veces a Poincaré —como lo demuestran los *Documents diplomatiques français* y sus propios *Carnets*— que Nicolás II había decidido que Rusia no iría a la guerra sino en defensa de sus "grandes intereses". Isvolskiy primero, Sazónov después, habían podido cometer errores e imprudencias; llegado el momento, el realismo del emperador los reparaba de modo enérgico. Cabe subrayar una vez más que semejante retroceso diplomático —aunque se inspirara en un error de apreciación de las eventuales reacciones austriacas—, sólo pudo imponerlo la acción imperial. En Rusia —como en Inglaterra— los asuntos diplomáticos no se discutían en la plaza pública. La "femme sans tête", mientras tanto, se encontraba en la necesidad de ponerse a remolque de su aliada porque no podía tener política exterior sino en función de ella. La República francesa no tenía poder para actuar por sí misma como lo demuestran "la mayor humillación" de su historia y el golpe de Agadir. En estas dos oportunidades se había visto obligada a capitular porque sus objetivos no entraban en el marco de los grandes intereses rusos. Razón por la cual, pensando alcanzar así sus propios objetivos, había querido aprovechar la coyuntura balcánica para obligar a Rusia a defender estos "grandes intereses". Pronto veremos cómo, en 1914, al repetirse el embrollo balcánico, Poincaré se entregará al mismo juego. Una vez más volverá a atar a Francia al carro ruso. Si bien las condiciones de dependencia serán las mismas,

estará mejor servido porque Austria-Hungría y Alemania no se abandonarán a la remisividad de 1912-1913. Además en Petersburgo los elementos nacionalistas tendrán la "suerte" de ver correr en su ayuda a aquellos liberales occidentalizantes que hemos visto —cada vez que el gobierno se dejaba impresionar por ellos— dar a la vida política de su país todas las características que pertenecen a los regímenes democráticos.

Al mandar relaciones desprovistas de optimismo, que no eran las que París esperaba, Georges Louis firmaba su propia condena. El 17 de febrero de 1913 —Poincaré era ya presidente de la República— era reemplazado en San Petersburgo por... Théophile Delcassé. Nombramiento que tenía una significación muy precisa para los alemanes.

Es interesante señalar, *en passant,* que Delcassé, mientras era ministro de Relaciones Exteriores antes de su defenestración en 1905, había confiado la dirección de su gabinete político a aquel diplomático que debía ilustrarse siete años más tarde en Sofía durante la fase preparatoria de la Liga balcánica, Maurice Paléologue, quien ahora, sin duda en recompensa por sus brillantes servicios, dirigía la importante sección de los Asuntos Políticos del Quai d'Orsay. Este personaje, aprovechando una función que le habían procurado la protección de su ex "patrono" y la amistad que, desde la infancia, lo unía a Poincaré, se encontraba en el origen de las intrigas que habían provocado la remoción de Georges Louis, y se preparaba para llevar, en relación estrecha con Delcassé, una política de alarmismo constante susceptible de crear las condiciones ideales para el desquite. Y, cuando, después de la crisis Liman von Sanders, reemplace a Delcassé en su embajada, encontrará en Rusia un terreno magníficamente abonado que le permitirá representar un papel esencial en los trágicos acontecimientos consecutivos a Saraievo. No es inútil recordar que el habitualmente moderado Jules Cambon lo consideraba como "un presuntuoso" [16] y que el Presidente Armand Fallières lo había apodado "el Príncipe Negro" en razón de su espíritu suspicaz y pesimista.



En la primera guerra balcánica, hemos podido comprobar la exis-

[16] G. Louis: *Carnets,* II.

tencia de un cierto número de elementos políticos y morales los cuales, al afirmarse cada día más rígidamente, acabaron por echar los dos grupos de potencias uno contra otro, más allá de toda voluntad de arreglo y de compromiso.

Al finalizar las operaciones de los coligados contra Turquía, Guillermo II consideró que, en fin de cuentas, Austria no había sufrido ninguna pérdida real de prestigio puesto que si Servia se había afirmado por sus victorias, la potencia de una gran Bulgaria al fin constituida serviría para contrarrestar un día la influencia del "yugoslavismo" en los Balcanes. Por otra parte, por encontrarse esta gran Bulgaria sobre el camino de Constantinopla y de los Estrechos, Rusia no había obtenido ninguna ventaja práctica contrariamente a lo que había buscado al favorecer la constitución de la Liga balcánica. Si la opinión del Kaiser era cierta en cuanto a Rusia, constituía una falta completa de visión política relativamente a Austria, ya que una Servia victoriosa representaba un poderoso aglutinante para los eslavos del sur, inclusive para los que vivían en el marco de la Monarquía, la cual, además, veía cerrarse de modo muy peligroso su camino de acceso al Egeo. La constitución de una Albania "independiente" bajo el patrocinio austriaco no podía tener ningún resultado práctico a partir del momento en que la anexión del sanjacato de Novi Bazar por Montenegro y por Servia abría una brecha en la línea de penetración que era necesaria a Austria para asegurar este acceso.

Es muy cierto que las rivalidades que habían surgido entre los aliados, ya antes del final de las hostilidades, debían volver a plantear la cuestión balcánica en su conjunto, como efectivamente volvieron a plantearla; pero por las mismas razones que le habían impedido ser audaz durante la primera guerra, Austria no supo aprovechar mejor esta situación durante el segundo conflicto. Berchtold vió desde un principio muy claramente el camino que había que seguir, pero evitó cuidadosamente tomar las precauciones y las medidas que hubiesen dado a Austria una posibilidad de recuperar el terreno perdido.

He indicado ya que en razón de la importancia de sus victorias, los búlgaros debían considerar justa en el reparto del botín una solución que les entregara la parte del león en los territorios macedonios arraneados a Turquía; pero hemos visto también que la alianza servogriega encontró precisamente en estas victorias y en el temor de esta solución su primer motor y su razón de ser. Excluída del Adriático, Servia miraba en dirección de Macedonia donde buscaba una compen-

sación a su desengaño, mientras que Grecia, que sin duda alguna había soportado el menor peso de la guerra, tendía a impedir la instalación de su aliada de la víspera sobre el Egeo. En todo este asunto, la premeditación se encuentra evidentemente del lado servo-griego como nos lo demuestra el hecho de que la alianza contra Bulgaria fué firmada solamente tres días después del rechazo por parte de esta última de las reivindicaciones presentadas por Servia el 29 de mayo de 1913 sobre territorios macedonios atribuídos a Sofía en el anexo del tratado inicial. En efecto, si las negociaciones entre Atenas y Belgrado no hubiesen empezado durante la primera guerra, Pasich y Venizelos no habrían podido encontrarse listos para firmar en tan poco tiempo un convenio de tanta importancia. Y aquí entra en juego el tercer ladrón: Rumania que, evidentemente enterada de la alianza servo-griega, presentó a su vez reivindicaciones sobre la Dobrugia para asegurar el "equilibrio" de la península, puesto, según ella, en peligro por las conquistas sobre Turquía.

Un conflicto se hacía inevitable y Conrad propuso a Berchtold utilizarlo interviniendo contra Servia hasta si ello debiese provocar la reacción de Rusia. El ministro, de quien se puede decir que ponía toda su energía en no tener ninguna, no quería guerra. Pero para quitarse de encima la responsabilidad de una respuesta negativa que el Generalísimo podría un día reprocharle, le aseguró que Austria intervendría si Servia derrotaba a Bulgaria. Sus verdaderos designios, nadie los conocía y menos que nadie Fernando de Bulgaria que tomó sus declaraciones al pie de la letra y vió en ellas un estímulo para actuar.

Sazónov, por su parte, intentaba conciliar a los antagonistas y evitar el conflicto. El también creía que una victoria de los servios provocaría la intervención de Austria y, por ende, una guerra general para la cual Rusia seguía desapercibida. Convocó, pues, en Petersburgo a los jefes de los cuatro gobiernos balcánicos para una conferencia en la que esperaba hacer triunfar la paz. Pero Servia y Grecia estaban decididas a la guerra, fuera cual fuere la actitud de Bulgaria cuyo gobierno, por su parte, tenía que enfrentarse con la oposición del Estado Mayor que esperaba derrotar a los servios en una guerra rápida y volverse luego contra los griegos y los rumanos ya que estaba seguro de la ayuda de Austria. Para cortar el paso a los generales, el 25 de junio Daniev anunció su próxima salida para San Petersburgo. Pero, en la noche del 29 al 30, ejecutando una orden dada el 26 por el generalísimo Savov, el ejército búlgaro atacaba a los servios.

Estos y sus aliados griegos estaban preparados. El rey Constantino de Grecia había salido de Atenas el 27 de junio en dirección de Salónica con la declaración de guerra ya redactada, como resulta de su publicación en el periódico griego *Proodos* el mismo día 27; y el rey Pedro de Servia firmó el 1 de julio una orden anunciando a sus soldados el estado de guerra contra los búlgaros, orden impresa ya sin fecha y que llegó al puesto avanzado de Orahovac el mismo día, lo que hubiera sido imposible si no hubiese sido entregada a la imprenta varios días antes. En ninguno de estos dos documentos está mencionada evidentemente la agresión búlgara.

Inmediatamente los acontecimientos se precipitan. Los servios rechazan la ofensiva búlgara, los griegos pasan el Vardar y atacan Kavalla. El 10 de julio, Rumania, aprovechando el hecho de que el sector de la Dobrugia se encontraba desguarnecido de tropas, atacaba a su vez, para asegurar sus "eternos destinos".

Tres días antes, Gottlieb von Jagow, sucesor de Kiderlen-Waechter, había afirmado al embajador de Austria-Hungría en Berlín que "el desarrollo de los asuntos balcánicos era favorable a la Monarquía más allá de toda esperanza", ya que las hostilidades habían tenido por lo menos el mérito de romper la Liga y de dar un golpe muy fuerte a la influencia rusa en la península. Pero considerar esta declaración como una interdicción hecha a Austria de interpretar ella misma sus intereses en el sentido elegido por ella, esto es tan sólo solicitar los textos. Vamos a ver cómo esta interpretación fué dada, sin embargo, con el fin de repetir la leyenda del veto alemán opuesto a Austria en 1912, y esta vez por historiadores pertenecientes al otro bando.

Cuando Pierre Renouvin afirma: "La contestación alemana (al deseo de Austria de intervenir activamente contra Servia) es negativa: Austria-Hungría, declara Bethmann-Hollweg, logró apartar a los servios del Adriático; protegió sus "intereses vitales"; el ensanchamiento del territorio servio en Macedonia, es un asunto mucho menos importante" [17], contesto al ilustre profesor en la Soborna que, o bien leyó mal sus textos, o bien, lo que es menos perdonable, los separó del contexto.

Disponemos en efecto de tres documentos, uno de los cuales es muy importante ya que nos permite desbaratar esta interpertación, tan

[17] P. RENOUVIN: *La crise européenne (1904 - 1914) et la grande guerre;* París, 1934.

exagerada como la que E. Bourgeois y G. Pagès nos dan de los otros dos en una obra que hizo mucho ruido [18].

El primer documento, debido al marqués de San Giuliano, ministro italiano de Relaciones Exteriores, tiene fecha 9 de julio de 1913; el segundo, debido a Merey, embajador de Austria-Hungría en Roma, comunica a la Ballplatz la opinión del mismo ministro en relación con las intenciones austriacas y lleva la fecha 11 de julio siguiente; el tercero es una relación de Flotow, embajador de Alemania en Roma; es el documento muy importante al cual acabo de aludir, y ha sido redactado, después de una entrevista entre el embajador y San Giuliano, el 19 de julio.

No es de extrañar que Emile Bourgeois y su colaborador no mencionen este último documento; no lo podían hacer puesto que el telegrama de Flotow fué publicado por los Archivos alemanes solamente después de la guerra. Pero sí lo es y mucho, que atribuyan al primero la fecha del 9 de agosto ya que un error de un mes puede desvirtuar muchas cosas cuando se trata de interpretar documentos diplomáticos redactados en período de tensión internacional [19]. No nos escandalicemos por el hecho de que mencionen la entrevista San Giuliano-Merey en una breve nota por otra parte equivocada. Pero lo que resulta escandaloso es que Renouvin no haga la menor mención de la relación Flotow que conocía perfectamente puesto que fué publicada en 1927 en la colección *Die grosse Politik* y que su obra es de 1934.

Cuando estalló la segunda guerra balcánica, San Giuliano se encontraba en Alemania donde había acompañado al rey Víctor Manuel que hacía una visita oficial al Kaiser. En el curso de las largas conversaciones que sostuvo con Bethmann y Jagow pudo hacerse, por consiguiente, una idea precisa de la postura que los dirigentes alemanes pensaban asumir si, a pesar de sus consejos, Austria-Hungría decidía realizar sus planes contra Servia.

El 9 de julio telegrafiaba, pues, a Giolitti, jefe del Gobierno italiano: "Austria-Hungría nos comunicó, así como a Alemania, su intención de actuar contra Servia y define esta acción como "acción defensiva" ya que espera aplicar a la alianza el *casus foederis* que yo creo

[18] E. BOURGEOIS et G. PAGÈS: *Les origines et les responsabilités de la grande guerre, Preuves et aveux;* París, 1921.

[19] No puede tratarse de un error de imprenta puesto que los autores especifican textualmente: "Le 9 août 1913, la veille même du jour où la paix allait être rétablie dans les Balkans, le marquis de San Giuliano télégraphiait a M. Giolitti, président du Conseil:...". *Op. cit.* Tercera parte, pág. 361.

inaplicable. Intento concertar mis esfuerzos con Alemania para impedir esta acción austriaca, pero podría hacerse necesario declarar claramente que no consideramos esta acción eventual como defensiva y que no creemos por consiguiente que exista el *casus foederis*" [20]. Telegrama al cual Giolitti contestaba inmediatamente: "Si Austria entra en acción contra Servia, es evidente que el *casus foederis* no existe. Se trata de una acción que emprende por su cuenta" [21].

El 11 de julio, apenas vuelto a Roma, San Giuliano convocaba a Merey y le exponía en términos enérgicos el mismo punto de vista. Como se ve, mientras el año anterior Poincaré daba a la alianza franco-rusa una interpretación extensiva al ensanchar las posibilidades de *casus foederis* para Francia, San Giuliano daba a la Tríplice una interpretación restrictiva al reducir hasta el extremo estas posibilidades para Italia, en circunstancias en suma perfectamente idénticas [22]. Los telegramas de San Giuliano y de Giolitti como las declaraciones de aquél a Merey no parecen tener relación directa con la actividad diplomática rusa que es la que en esta obra nos interesa. La tienen y bastante directa sin embargo ya que, para adoptar esta interpretación del *casus foederis,* los italianos encuentran pretextos suficientes en la convención que habían firmado con Francia, el 30 de junio de 1902, y en los acuerdos ítalo-rusos de Racconigi que preveían una acción pacífica común en los Balcanes.

La intención que expresaba el ministro italiano en su telegrama del 9 de "concertar mis esfuerzos con Alemania para impedir esta acción austriaca", no había debido dar resultados positivos, puesto que el 19 expresaba a Flotow sus preocupaciones a este propósito, preocupaciones que el embajador de Alemania transmitía a la Wilhelmstrasse en los siguientes términos: San Giuliano "cree tanto más en este peligro cuanto que, en una conversación muy confidencial, me hizo comprender que *él mismo, como hombre de Estado austriaco, batiría el mismo camino.* En efecto, aquí, se ofrece una vez más (a Austria) la oportunidad, probablemente la última, de volver sobre lo que fué descuidado por ella al principio de la primera guerra balcánica... Sin embargo —dijo el ministro— semejante acción por parte de Austria pondría a Italia ante graves dificultades. Ningún gabinete italiano po-

20 G. GIOLITTI: *Memorie della mia vita;* Milán, 1922.
21 *Ibidem.*
22 La relación de esta importante entrevista se encuentra en el tomo VI de la colección *Oesterreich-Ungarns...*

dría en una guerra de esta naturaleza, guerra ofensiva sin duda alguna, pensar en una intervención militar al lado de Austria. *A este respecto, Italia se encuentra en una situación distinta de la del gobierno imperial* (alemán). *Vuestra Excelencia le había dicho en Kiel que, naturalmente, Alemania deseaba mantener a Austria fuera de la guerra, pero que si no lo podía estaba en la obligación de marchar aun militarmente al lado de Austria*" [23].

Así, pues, podemos comprobar que si bien Alemania no deseaba que Austria realizara sus planes contra Servia, estaba decidida a seguirla, sin embargo, en el camino que decidiera elegir y que podría elegir libremente. Lo que va directamente en contra de la afirmación de Renouvin que "Austria-Hungría no puede contar con el apoyo de sus aliados. El plan de intervención se derrumba" [24].

En razón de la no intervención austriaca, no prevista evidentemente por Savov al desencadenar su ofensiva, la suerte de esta guerra fué desastrosa para Bulgaria sobre todos los frentes. Vencida por los servios y por los griegos, sorprendida por la espalda por los rumanos, atacada por los turcos, su capital amenazada, fué obligada a aceptar todas las condiciones que sus enemigos, que, esta vez también, empezaban a pelear entre sí, tenían prisa de imponerle. El 10 de agosto de 1913, la paz de Bucarest sancionaba su derrota. De sus conquistas de la primera guerra, conservaba tan sólo el valle de la Strumitsa y el litoral de Tracia con el puerto de Dede Agach, impracticable para los barcos de mediano tonelaje. Servia obtenía Monastir, el valle del Vardar y una parte del sanjacato de Novi Bazar que repartía con Montenegro. Rumania se hacía atribuir la región de Rutschuk y de Silistria y Turquía recuperaba Andrinopla.

V

Resulta incomprensible que Austria-Hungría haya soportado sin reaccionar una derrota diplomática de tal magnitud. Para explicarlo, es necesario referirse una vez más a las condiciones internas de la Doble Monarquía que denuncian un estado de astenia —y no solamente física— que va generalizándose día a día. Es que la esencia material y

---

23 *Die grosse Politik*... XXXV.
24 *Op. cit.*, Cap. VI - II.

moral de Austria-Hungría en la última década de su vida está hecha de abulia y el historiador lo puede notar en este organismo político tan claramente como los médicos lo notan en ciertos organismos físicos.

En efecto, en 1912 y en 1913, la Monarquía se encuentra en la necesidad de actuar con extrema energía puesto que todos sus responsables ven muy bien que para ella la inactividad no puede ser sino una condena a muerte. Sabe que puede contar con un aliado poderoso que, si bien no irá con entusiasmo a la guerra, la seguirá con firmeza si Rusia se mueve a favor de Servia. Pero, mientras este aliado no la incite de modo apremiante, Austria permanece inmóvil. Tiene necesidad, para defender sus propios intereses, de que alguien la empuje a la acción. Todo nos demuestra que Alemania —ya sea por incomprensión de las auténticas necesidades austriacas, ya por el pacifismo que hasta la víspera del conflicto mundial caracterizará el pensamiento del Kaiser a pesar de sus baladronadas— todo nos demuestra que Alemania, en 1912-1913, no deseaba la guerra y no intuía que Austria la necesitaba, aunque estuviera dispuesta a hacerla llegado el caso. Nos parece contraria a la verdad la afirmación de Bourgeois y Pagès de que "a cada incidente se hacía siempre más manifiesta, por parte de los Emperadores germánicos, una voluntad de guerra, el designio de imponer por la fuerza las soluciones de su conveniencia" y que "Berchtold había creído encontrar instrumentos dóciles en los príncipes alemanes que reinaban en Sofía y en Bucarest" [25].

La colección *Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik* [26] nos revela todos los pormenores de la actitud austriaca y viene a confirmar los puntos de vista expuestos en su *Aus meiner Dienstzeit* por el General Conrad que la mayor parte de los historiadores de la *Entente* quieren presentarnos como un espíritu mediocre y utópico mientras debemos considerarlo como el hombre más clarividente, con el Archiduque Francisco Fernando, que la Monarquía haya tenido, desde la desaparición de Metternich, uno de los pocos en todo caso que haya señalado de manera genial el único camino que Austria-Hungría debía seguir entre todos aquéllos que se abrían ante ella. Pero, después de la media me-

---

25 E. Bourgeois et G. Pagès: *Op. cit.*, pág. 360.

26 Cuya publicación en 1930 solamente absuelve a Bourgeois y Pagès de muchos pecados fuera del gravísimo que cometen constantemente al entregarse a juicios apresurados sobre la base del *Livre Jaune Français* publicado en 1914 y que contiene documentos mutilados y falsificados.

dida tomada por Aehrenthal para con Servia en 1909, no se hacía muchas ilusiones sobre la inteligencia de los dirigentes de su país. Les indicaba lo que tenían que hacer y ellos, sacudidos por su dialéctica vigorosa, se despertaban un momento del letargo en que vivían lo más cómodamente posible, le prometían actuar y... volvían a su sueño.

Conocemos la posición del Generalísimo ante el conflicto interbalcánico y sabemos lo que Berchtold le había prometido para el caso de una derrota búlgara. Ahora bien, Conrad, que sabía perfectamente a qué atenerse en cuanto a las promesas de Berchtold y que no ignoraba el pacifismo de Francisco José y del Heredero [27], salió de Viena el 25 de junio con uso de licencia y no interrumpió sus vacaciones ni siquiera en el momento de mayor tirantez. Berchtold, esa perfecta encarnación del abúlico organismo político que representaba, no era sino un veleidoso que se expresaba con fuerza en notas diplomáticas hermosamente redactadas y que, empero, no quería tomar responsabilidades graves, entre las cuales la de salvar a su país.

Así, y no ciertamente por la coherencia de su acción, Rusia volvía a adquirir en los Balcanes la posición que la audacia de Aehrenthal le había hecho perder. Asimismo la guerra interbalcánica demostraba a los Imperios Centrales que en el caso de una conflagración general, no podrían contar ni con Italia, ni con Rumania, ni con Grecia. Por ello mismo los vamos a ver, *desde ahora,* asumir —bajo el impulso de Berlín despertado un poco tarde de su optimismo de los años anteriores— una actitud rígida y decidida que va a precipitar los acontecimientos. Demasiado tarde, en efecto, porque, como escribe L. Albertini: "Sólo una acción de extremada energía habría podido, en 1912 mejor que en 1913, y en 1913 mejor que en 1914, modificar esta situación a su favor. Pero obstaculizaban esta acción, no sólo la abulia de Berchtold y la incomprensión alemana del problema austro-balcánico, sino también el modo de pensar del Soberano y del Heredero, y la forma dualística de la Monarquía. Mientras que los húngaros eran decididamente opuestos a una guerra contra Servia que tuviese el designio de absorberla para resolver con el trialismo la cuestión de los eslavos del sur en el seno de la misma Monarquía, el Emperador que-

[27] A pesar de que Bourgeois y Pagès aseguren que "en el *entourage* del Emperador y del archiduque Fernando, el Estado Mayor aconsejaba golpes desesperados". Falso porque Conrad no estaba ya en buenas relaciones con el Emperador ni con el Heredero que rogaban constantemente a Berchtold no dejarse convencer por él.

ría mantener la paz, y el Archiduque heredero no quería saber nada de conquistar a Servia ni de correr, por tal conquista, el peligro de una guerra con Rusia, ni de alienarse a Rumania" [28].

Hasta la paz de Bucarest, Alemania había defendido esta última necesidad de conservar con Rumania relaciones amistosas. Pero, en razón de la alianza austriaca que estaba dirigida en dirección de Sofía, fué obligada ella también a alinear su posición sobre la de la Ballplatz. Además, después de la derrota diplomática sensacional que esta paz representaba para Viena, los efectos del fracaso austriaco se extendían forzosamente, a causa de la naturaleza misma de la Tríplice, a Berlín que, fuera de los austro-húngaros, no disponía de ningún aliado seguro en Europa. Entonces, y no antes, Guillermo II se transformó de aliado pasivo en aliado dinámico de Francisco José en los Balcanes. Una ocasión para manifestárselo le fué ofrecida por el asunto de Albania.

En aquella región apenas constituída en Estado autónomo, el ejército servio controlado por los dirigentes de la *Mano Negra,* asociación sobre la cual volveremos, y empujado a actuar por Nicolás Hartvig, había ocupado puntos estratégicos que por su importancia le daban el control de vastas zonas. Esta ocupación, no deseada por cierto por los albaneses, católicos y musulmanes, se prolongaba gracias a matanzas continuas y a toda especie de desmanes dignos de las mejores tradiciones otomanas. Esta vez, detrás de Hartvig y de los servios, no se encontraban tan sólo los acostumbrados paneslavistas de San Petersburgo sino también el mismo Sazónov, que pensaba poder aprovechar la debilidad austriaca para aproximar a Rusia por intermedio de Belgrado al tan deseado Adriático, a pesar de los acuerdos de Racconigi que mantenían a Albania fuera del alcance servio. Cuando Austria empezó a hablar de la necesidad de que los servios respetasen las cláusulas del tratado de Londres, el ministro ruso, convencido de que se repetirían las capitulaciones de 1912 y de 1913, se puso con resolución al lado de sus protegidos. Estos pedían con una insolencia que una gran potencia, inclusive Austria-Hungría, no podía soportar, una revisión del tratado en cuestión. El periódico *Samuprava,* órgano oficioso del gobierno de Belgrado, escribía el 24 de septiembre de 1913: "Las grandes potencias deben considerar por su parte si no sería oportuno someter a una seria revisión las decisiones equivocadas de la con-

[28] L. ALBERTINI: *Op. cit.,* tomo II, cap. I.

ferencia de Londres, tanto más cuanto que hoy los creadores mismos de una Albania autónoma deben admitir que el principio de las nacionalidades no puede ir tan lejos como para determinar daños graves a otros Estados".

Hacia el final del mismo mes de septiembre, Berchtold, que había recibido estímulos formales de Berlín, manifestaba a las potencias su voluntad de efectuar un paso "amistoso pero urgente" ante Belgrado para preguntarle cuándo pensaba abandonar los territorios que ocupaba indebidamente. El 30 de septiembre, Austria e Italia invitaban a Rusia a que indujera a Belgrado a respetar las obligaciones del tratado. Sazónov —que hacía una cura en Vichy— había dejado la gestión del ministerio al consejero Neratov quien rechazaba esta sugerencia. El 17 de octubre, finalmente, el ministro de Austria en Belgrado presentaba a Pasich un ultimátum exigiendo la evacuación antes del 26 a las doce de todos los territorios albaneses ocupados.

Maurice Paléologue quería que el gobierno francés apoyara con decisión a Servia en su deseo no sólo de quedarse donde estaba sino de obtener una revisión del tratado de Londres. Pero Sazónov no quería ni podía ir tan lejos. Aprovechando su estadía en Francia, pudo actuar sobre Poincaré y sobre Jean Pichon, ministro de Relaciones Exteriores, y lo hizo en un sentido favorable al mantenimiento de la paz, tanto más cuanto que Alemania e Italia acababan de anunciar su voluntad de mantenerse firmemente al lado de su aliada en el asunto albanés.

El 25 de octubre a mediodía, es decir un día antes del plazo fijado por el ultimátum, Belgrado comunicaba a Viena que sus tropas acababan de evacuar a Albania. El embrollo balcánico no hacía más que empezar.

V

Así la acción diplomática que, a partir de 1905, las grandes potencias habían emprendido un poco como una competición deportiva, había desembocado progresiva y fatalmente en una situación insostenible. No se trataba ya de contender zonas de influencia en regiones más o menos apartadas de Africa o de Asia; no se trataba tampoco de hacer ver al mundo quién de los jugadores practicaba mejor el bluff alrededor del tapete verde de las mesas de conferencias. Ahora que el juego ha-



P. A. STOLIPIN

bía alcanzado territorios limítrofes de dos de las mayores potencias europeas, se trataba solamente de esperar que el destino pusiera a disposición de los antagonistas un pretexto de conflicto armado. Ya las potencias —convencidas de la fatalidad de una guerra general— se habían formado en grupos antagónicos y, con decisión, esperaban su hora. Por una parte Francia y Rusia, deseosas, una de recuperar sus provincias perdidas y de acabar con la amenaza que Alemania, por su brutalidad, hacía pesar sobre su existencia; otra de abrirse finalmente paso hacia Constantinopla y los Estrechos, meta secular de su diplomacia. Por otra parte Austria y Alemania, con designios distintos y a menudo divergentes, pero decididas a ayudarse mutuamente en el ataque como en la defensa, para subsistir la primera, para imponer su hegemonía en el continente la segunda. Y, a la cabeza de estas cuatro potencias, cuatro hombres que tienen responsabilidades evidentes en el estallido de la primera guerra mundial.

Hemos visto en este capítulo cuáles son los títulos de Poincaré y de Sazónov en este sentido. No es inútil repetirlos brevemente, aunque más no sea para situarlos al lado de sus dos rivales de enfrente: Guillermo II y Berchtold, ya que Francisco José, demasiado viejo y mal informado, no puede aquí ser tomado en cuenta. Mientras Sazónov, por su acción irreflexiva, provoca un incendio que lo espanta cuando su incapacidad le impide apagarlo, Poincaré —sin tener en cuenta la debilidad militar de su país— lo reemplaza a partir del momento en que se echa atrás e intenta mantenerlo en el camino que quiere abandonar. La responsabilidad de Guillermo II, por el momento, es menos directa, aunque no menos evidente por ello: la situación de los años 1912-1913 sale enteramente de su acción que, desde que ha echado a Bismarck, no ha dejado, hasta 1909, de oponer a todas las posibilidades de arreglo entre las potencias, el método más rápido de las soluciones de fuerza. La ruptura del tratado de reaseguro permite la alianza franco-rusa, la competencia brutal contra Inglaterra engendra la *Entente cordiale,* la defenestración de Delcassé y el golpe de Agadir llevan al ensanchamiento de las cláusulas militares del primero de aquellos instrumentos, el ultimátum Bülow hace posible una transformación de la *Entente* de dos en *Entente* de tres. En cuanto a Austria, segundo nada brillante, su responsabilidad en la persona de Berchtold es tan evidente como la de Rusia, de Francia y de Alemania, ya que —a propósito de las guerras balcánicas— su debilidad en un momento en que una acción decidida podía resolver el problema eslavo y asegurar

el mantenimiento de la paz, envalentona por el contrario a Servia y crea entre los dos países una situación tal de tirantez que de ella saldrá el pretexto para el conflicto.

Por el momento la tragedia ha sido evitada. Pero ello no se debe tanto al deseo del Kaiser y del Zar de salvar la paz como a la casualidad. Sin embargo, a partir del relativo éxito austriaco de octubre de 1913, cada grupo llega a la convicción de que el grupo antagonista evitará siempre recurrir a las armas, y que puede permitirse todas las empresas. Entretanto, la competición ya no es deportiva. El odio ha invadido los organismos responsables: odio mutuo de Rusia y de Austria, de Francia y de Alemania; y todos se han acostumbrado a la idea de que solamente la guerra ofrece una solución a los problemas y a los antagonismos que se han acumulado en menos de diez años. Por doquiera, grupos decididos han invadido la dirección del Estado y preparan la guerra: en Alemania, el Estado mayor del Ejército que, poco a poco, rodea al Kaiser, lo engaña, lo obliga a renunciar a las ideas de paz que nunca abandonaron su espíritu hasta el fatal mes de julio de 1914, ya que, como escribirá Maurras quince años más tarde: "Había en el espíritu de Guillermo II como en el espíritu de la institución monárquica y de la tradición bismarckiana, un elemento que repugnaba mucho a la guerra y la consideraba aun como una peligrosa locura" [29]; en Rusia, el irresponsable partido nacionalista de los grandes duques circunscribe finalmente a Sazónov que encontrará un aliado poderoso en Paléologue, y por ellos y por el engaño influye en el espíritu honesto pero limitado de Nicolás II; en París, donde los amigos de Poincaré esperan la circunstancia propicia, se toman todas las medidas para convencer al aliado de que se mantenga firme al lado de Servia, se hace aceptar la idea poco grata del servicio militar de tres años a los franceses que la amenaza alemana ha despertado y que encuentran una panacea a su miedo ante el número de sus enemigos, en el número aplastante de sus aliados orientales. "Las monarquías y las aristocracias saben que el mundo pertenece a la fuerza, es decir, a la calidad. Pero una muchedumbre cree en las muchedumbres como el estúpido Jerjes" [30]; y, en Austria, se llega, en el sobresalto de la agonía, a la decisión de aniquilar al enemigo balcánico cuando es demasiado tarde, ya que la política de Conrad, que con pocos riesgos hubiera podido

29 *Action Française*, 28-I-1929.
30 MAURRAS: *Kiel et Tanger.*

salvar a la Monarquía en 1909, provoca, al ser aplicada a destiempo, su desmembramiento y su muerte.

Ya todas las posiciones están tomadas: ya no es cuestión de competición sino de guerra diplomática tendida hacia la ruptura: antes que los ejércitos, las naciones están en línea y se preparan para el choque final. Pero hace falta un pretexto. Y es necesario que este pretexto sea el enemigo quien lo coja porque cargará así con el peso íntegro de las responsabilidades. Sobre este panorama ya cargado de amenazas latentes, se extendía la incógnita inglesa. Inglaterra, en efecto, no tenía acuerdos escritos con Francia ni con Rusia y, mientras estas últimas intentaban transformar la *Entente cordiale* en alianza firme, Alemania buscaba la neutralidad británica.

Sir Edward Grey no quería ni podía comprometerse ni en un sentido ni en otro, actitud que, por prolongarse hasta el último instante, lo obligará a responder de un cargo no indiferente ante el tribunal de la historia.

El incidente Liman von Sanders —al cual he aludido ya dos veces— constituye la prueba de fuego de los dos bloques europeos, y, esta vez, Rusia va a tener que enfrentarse con el miembro más dinámico del bloque germánico.

Aunque después del tratado de Bucarest Grey hubiese incitado a Alemania y a Rusia a llegar a un mejoramiento de sus relaciones, estas dos potencias que, hasta ahora, no habían tenido que superar odios o sospechas insanables, se encontraron, desde el final de 1913, en una situación de hostilidad decidida. El asunto Liman es el pretexto; la causa reside una vez más en los Balcanes.

Turquía, despertada por sus derrotas de 1912, quiso darse un ejército capaz de defenderla más eficazmente en el futuro y pidió a Alemania instructores que rehicieran enteramente su organización militar desde el reclutamiento y la formación de los cuadros hasta los servicios de movilización y los planes de operaciones de su Estado Mayor. Las negociaciones empezadas en junio de 1913 llegaban a buen término en noviembre y encontraban su coronamiento en la contratación por la Puerta de cuarenta y dos oficiales superiores alemanes puestos bajo la dirección del general Liman von Sanders. Durante cinco años, éste debía, no sólo instruir al ejército turco, dirigir las escuelas militares y pertenecer al Consejo de guerra, sino controlar el nombramiento de los oficiales superiores y ostentar el mando del cuerpo de ejército instalado en Constantinopla.

Desde que había empezado a interesarse en el cercano Oriente, el Kaiser, como se ve, había recorrido mucho camino. La creación de un ejército controlado por él, cuyos jefes serían elegidos evidentemente entre los amigos de los Imperios Centrales y cuyos planes de movilización estarían establecidos conforme a los planes del Estado Mayor alemán, ponía al Estado turco en la obligación, llegado el caso, de defender por las armas la línea Hamburgo-Homs-Bagdad, de cerrar los Estrechos y de bloquear la marina rusa en el mar Negro. Sazónov, que se encontraba en Crimea con el Zar, le presentó inmediatamente el contrato Liman como un acto dirigido evidentemente contra Rusia, y Kokovtsov fué encargado de tomar contacto con Bethmann y con el Kaiser. Uno y otro fueron amabilísimos y le prometieron buscar una solución susceptible de satisfacer a Rusia. La entrevista del primer ministro ruso con Guillermo II tuvo lugar el 19 de noviembre. El 25, Sazónov pedía a Francia y a Inglaterra que ayudaran a Rusia a obtener el alejamiento de Liman von Sanders de Constantinopla y posiblemente la anulación del contrato. Agregaba que, en el caso de no obtener satisfacción de Alemania, Rusia pediría compensaciones a Turquía. Se trataba para él de "poner a prueba la Triple Entente" y de ver hasta qué punto podía contar con la colaboración de París, y sobre todo, de Londres.

El gobierno francés, como era de esperar, alineó su posición sobre la de Rusia. Inglaterra vaciló hasta el 2 de diciembre, día en que sir Edward Grey telegrafió a su embajador en Constantinopla que se entendiera con sus colegas francés y ruso para pedir explicaciones al Gran Vizir. No era lo que Sazónov esperaba exactamente pero no tuvo tiempo de manifestar su desilusión ante la actitud reticente de Londres porque, entre tanto, Alemania se había declarado dispuesta a examinar la cuestión y a pedir a la Puerta el traslado de Liman al mando del cuerpo de ejército de Andrinopla. Pero el gabinete turco no se dejaba impresionar y declaraba que la destinación de Liman era asunto suyo, ya que el general tenía que obedecer sus órdenes durante cinco años así como el almirante inglés Limpus puesto, por contrato, a la cabeza de la marina turca. Argumento que, por su validez evidente, incitaba a Grey a pedir a Pichon y a Sazónov que avanzaran con mucha prudencia. Sabemos que Sazónov no era prudente y que, por lo contrario, era nervioso e impaciente. El 12 de diciembre telegrafiaba a Benckendorff, embajador de Rusia en Londres: "Esta falta de homogeneidad y de solidaridad entre las tres potencias de la *Entente* hace nacer en nosotros

serias aprensiones y echa de modo efectivo entre ellas un vicio orgánico que nos pondrá siempre en situación desventajosa frente al bloque sólido de la Triple Alianza" [31]. A pesar de todo, Grey mantenía su actitud prudente y prohibía a su embajador presentar una nota escrita a la Puerta; ésta, con toda astucia, comunicaba a las Potencias que el contrato de Liman von Sanders dejaba los Estrechos, los fuertes y el orden público bajo la jurisdicción exclusiva del gobierno turco. La actitud calma de sir Edward Grey fué imitada por Gaston Doumergue, sucesor en aquellos días de Pichon en el Quai d'Orsay. Apenas instalado, en efecto, recomendaba a su colega ruso que esperara la solución alemana.

Todo el mes de diciembre fué empleado por Grey y por Doumergue —a pesar de las instancias de Poincaré y de Paléologue— en convencer a Sazónov. Sin embargo, el 29, éste pedía a sus dos colegas de la *Entente* un paso conjunto ante Berlín para preguntarle sus intenciones. "Una contestación vaga o evasiva —subrayaba— podría crear una situación difícil para Rusia y hacer necesario un nuevo paso más serio de las potencias de la Entente en Constantinopla" [32]. París y Londres no querían comprometerse. Doumergue no aceptaba asumir responsabilidad alguna contrariamente a Paléologue quien, por encima de su superior, aseguraba a Isvolskiy, el 15 de enero de 1914, que "si el incidente seguía desarrollándose, podía plantearse la cuestión de la entrada en juego de la alianza" [33]. ¡El Príncipe Negro!

No cabe la menor duda de que Sazónov había considerado fríamente la posibilidad de una guerra. El 6 de diciembre había sometido al Emperador un memorial que, publicado después de la guerra por el gobierno soviético, nos instruye a este propósito con mucha precisión. Después de afirmar, lo que era cierto, que los Estrechos en manos de un Estado sometían a la buena voluntad de este Estado el desarrollo económico de Rusia meridional, establecía que "el Estado que posea los Estrechos tendrá en su mano no sólo la llave del mar Negro y del Mediterráneo sino también la de Asia Menor y un medio seguro para su hegemonía en los Balcanes", y concluía con estas palabras sintomáticas: "Reafirmando... que el *statu quo* dure lo más posible, es necesario además repetir que la cuestión de los Estrechos puede difícilmente adelantar sino gracias a complicaciones europeas. Tales compli-

31 B. VON SIEBERT: *Op. cit.* II.
32 *Documents diplomatiques français...* Serie 3-VIII.
33 *Un Livre Noir...* II.

caciones nos encontraríamos, a juzgar por el estado actual de cosas, aliados con Francia y posiblemente aliados, pero sin ninguna seguridad, con Inglaterra, en tanto que podemos contar con la benévola neutralidad de esta última. En los Balcanes, en caso de complicaciones europeas, podremos contar con Servia y, quizá, con Rumania" [34]. El 5 de enero, recalcaba este punto de vista en otro memorial. Considerando la posibilidad de un rechazo turco, aseguraba que la mejor contestación sería la ocupación "temporaria" de Esmirna por Inglaterra, de Beyrouth por Francia y de Trebisonda o de Bajazet por Rusia. No contento con ello proponía al consejo de ministros un programa de acción que habría que someter evidentemente a la aprobación previa de Francia y de Inglaterra. Entonces entraba en juego el ministro de Guerra, general Sujomlinov, pidiendo que se exigiera de Alemania el retiro de la misión Liman. Kokovtsov se negaba estimando que semejante exigencia correspondía a un ultimátum y que, para ello, era necesario el parecer de Londres y de París. En cuanto a la primera, rebatía Sazónov, no se tenía seguridad alguna fuera de la de una neutralidad benevolente, pero Delcassé acababa de declararle que "Francia iría tan lejos cuanto quisiera Rusia". Una intervención enérgica ante la Puerta no provocaría una reacción violenta de Alemania ya que ésta temía a Inglaterra. El jefe del gobierno preguntaba entonces si Rusia estaba preparada para una guerra con Alemania, pregunta a la cual Sujomlinov contestaba afirmando que "Rusia estaba completamente preparada a un duelo con Alemania por no hablar de un duelo con Austria". Sin embargo, contra el parecer del general y de Sazónov, Kokovtsov, a quien estas afirmaciones parecían muy exageradas, hizo adoptar una moción según la cual Rusia no debía "recurrir a medios de presión susceptibles de llevar a una guerra con Alemania" [35].

Entre tanto Berlín y Constantinopla habían encontrado una solución airosa que la Puerta publicaba el 15 de enero. Alemania elevaba al general Liman al grado superior lo que, según su contrato, le daba rango de mariscal en el ejército turco. Así podía abandonar el mando del cuerpo de ejército, objeto de la emoción rusa.

Las discrepancias entre los ministros rusos que el consejo de enero había revelado, incitaron a Kokovtsov a convocar otra reunión, a la cual —escribe L. Albertini— "se atribuyó propósitos agresivos.. y

[34] *Un Livre Noir*... II.
[35] FR. STIEVE: *Im Dunkel der Europäischen Diplomatie.* Citado por L. Albertini.

que, en la realidad, condujo a conclusiones opuestas. Se comprobó tal falta de preparación en todos los campos que fué formulada una serie de propuestas tendientes a aumentar la flota del mar Negro y la fuerza de los cuerpos de desembarco, la rapidez de la movilización, etc.: propuestas que el Zar aprobaba y cuya actualización la Duma hacía posible al votar un crédito de 110 millones de rublos destinados a la flota del mar Negro" [36].

Ni Delcassé, ni Sazónov podían olvidar que su desilusión tenía origen en la serenidad, en el pacifismo decidido de Kokovtsov. Poco tiempo más tarde, éste, ya molesto desde algunos meses por la oposición sorda que le hacían algunos de sus colegas y convencido de que su presencia en el poder era considerada como poco grata por... Poincaré, renunció a su cargo con el propósito, según los términos de su carta de dimisión, de restablecer su salud quebrantada. Le sucedía Goremíkin, hombre tan viejo y desprovisto de ideas propias en materia internacional que no tardaría en caer en manos de Sazónov y del Príncipe Negro.

El asunto Liman von Sanders había creado una llaga purulenta en las relaciones germano-rusas, llaga que el ministro ruso evitará cuidadosamente sanar. "Lejos de olvidar el asunto Liman von Sanders —escribe Taube— Sazónov conservará mucho rencor al gobierno alemán. Así como Isvolskiy después de la crisis de las anexiones, hará de este asunto, durante meses, el tema favorito de sus lamentaciones diplomáticas. Desde el punto de vista psicológico, este detalle no es nada indiferente cuando se quiere llegar a una justa apreciación de la crisis de 1914. El estado de espíritu de Sazónov en 1913-14 contribuyó mucho a aquel modo demasiado nervioso de tratar la crisis servo-austriaca, que precipitó la catástrofe final durante los trágicos días de julio de 1914. Un poco más de sangre fría hubiera podido salvar, una vez más, la causa de la paz" [37].

En 1911, un grupo de oficiales miembros de la *Narodna Obrana* fundaron bajo la guía del coronel Dragutin Dimitrievich una sociedad secreta que empezó inmediatamente a funcionar en Belgrado con el nombre de *Mano Negra.* Todos habían tomado parte, el 29 de mayo de 1903, en el asesinato del rey Milán Obrenovich y de la reina Draga y sabían poder contar, por consiguiente, con la benevolencia, por no

---

36 L. Albertini: *Op. cit.,* Tomo I. Cap. X-2.
37 M. I. Taube: *Op. cit.*

emplear otra palabra, del rey Pedro Karajorgevich y, sobre todo, del príncipe heredero Alejandro, en su acción terrorista tendiente a la agrupación, mediante una guerra contra Austria-Hungría si fuere necesario, de todos los eslavos del sur en una gran Yugoeslavia. La secta reunió pronto a numerosos oficiales, profesores universitarios, estudiantes, maestros de escuela, ...eclesiásticos, y, por intermedio de ciertas logias masónicas con las cuales mantenía estrechos contactos, creó ramificaciones fuera de Servia, particularmente en Bosnia-Herzegovina. Dragutin Dimitrievich, cuando fué nombrado en 1913 jefe del servicio de inteligencia del Ejército, pudo poner a disposición de la secta [38] mayores medios materiales, le impuso una disciplina férrea y fué ciegamente obedecido ya que nadie ignoraba que desobedecer a "Apis" —tal era el nombre asumido por el jefe de la *Mano Negra*— correspondía a firmar la propia sentencia de muerte. En las provincias anexadas, un joven bosniano, Vladimiro Gavrilovich, había fundado una filial de la secta, la *Mlada Bosna* o "Joven Bosnia" y es interesante señalar que este hijo de un sacerdote ortodoxo había entablado relaciones estrechas con León Trotskiy mientras estudiaba sociología en la universidad de Losana y seguía, por consiguiente, las lecciones del nada terrorista Vilfredo Pareto. No resulta menos interesante comprobar que la sociedad dirigida por Apis funcionaba de modo muy parecido al de las asociaciones terroristas rusas de los años 1900, es decir, que, por regla general, sus miembros no se conocían entre sí fuera de una designación numérica y que las células no estaban en contacto entre ellas sino a través del comité central. Los cálculos más verosímiles permiten indicar que sus adherentes, dentro y fuera de Servia, no superaron nunca los 2.500. Pero se trataba de hombres decididos que habían sacrificado su vida y la vida de los enemigos de Servia que, bastante a menudo, fueron los de Apis. Número reducido si se quiere pero más que suficiente para desencadenar una guerra mundial.

Dragutin Dimitrievich era un hombre extraordinario por su inteligencia, su voluntad, su sed de mando y por el secreto absoluto con que sabía rodear hasta sus acciones más nimias. Nacido en 1876, debía acabar fusilado en Salónica el 26 de junio de 1917, por orden... del príncipe Alejandro bajo la acusación capciosa de inteligencia con el enemigo. La verdad es que todos aquéllos que lo conocieron y que

---

[38] *Crna Ruka,* Mano Negra. La asociación era también llamada *Unión o Muerte.*

le han sobrevivido —es decir, muy pocos de sus antiguos secuaces y muchos de sus antiguos enemigos— revelaron, después del asesinato en Marsella del rey Alejandro de Yugoeslavia, que cuando Apis fué arrestado, el gobierno servio, ya perdido enteramente el territorio nacional y enterado de las negociaciones para una paz blanca que llevaban entonces algunos beligerantes, consideró la eventualidad de un arreglo con Austria. Se trataba, pues, para la dinastía Karajorgevich, de descartar a un peligroso testigo de sus responsabilidades en el drama de Saraievo antes de que la Monarquía estuviera en situación de pedir una seria rendición de cuentas al Rey Pedro y a su hijo que querían aparecer, llegado el caso, enteramente ajenos a las maquinaciones de la *Mano Negra*... Lo que no era cierto en absoluto. Y esto era tanto más apremiante, en el mes de abril de 1917, cuanto que Rusia, abatido el Zarismo, no se haría ningún escrúpulo de abandonar a su antigua protegida cuando se tratara para ella también de salir sin demasiados gastos de una contienda desastrosa. En la noche anterior a su ejecución Dimitrievich firmó una declaración por la cual asumía todo el peso y la entera responsabilidad de la organización y de la ejecución del atentado [39].

Los dirigentes de la secta eran hombres perfectamente honrados e íntegros cuyos métodos pueden y deben ser condenados, cuyo patriotismo, empero, nadie tiene derecho a poner en duda. Es tan ridículo hablar de las inteligencias de Apis con el enemigo como de la germanofilia de Maurras.

El primer resultado de la acción de la *Mano Negra,* que no sólo tenía objetivos anexionistas, sino que también quería limpiar el Estado de las venalidades endémicas de la administración, fué ponerla en ruptura violenta con el gobierno de Pasich y de los Viejos Radicales y con el príncipe Alejandro que no perdonaba al comité central el no haberlo aceptado como jefe. Asistimos así a una alianza bastante extraña entre el príncipe heredero y el gobierno Pasich, el más corrompido sin duda alguna de todos los gobiernos balcánicos que, en su amor al *bakshish,* no tienen nada que envidiar sin embargo a los más escandalosos ejemplos ofrecidos por la administración otomana. A partir de mayo de 1914, el diario *Piamonte,* órgano de la secta, emprendía

[39] Confesión eslava tal como la veremos repetirse infinitas veces en el curso de los procesos de Moscú y que consiste en transformarse en el chivo emisario de las culpas de la colectividad, la nación cuando se trata de Apis, el partido cuando se trata de los marxistas rusos.

una campaña violenta contra la corrupción del gobierno sin escatimar las referencias apenas veladas al drama de 1903. El rey Pedro, que debía el trono a Dimitrievich y a sus compañeros, no tomaba ninguna de las medidas recomendadas por Pasich para reducirlos al silencio, pero, atemorizado por su hijo, no se atrevía a constituir el gabinete Joven Radical preconizado por la secta.

Apis, por lo demás, no insistía demasiado porque, en el mes de marzo anterior, un periódico alemán de Zagreb había anunciado que el Ejército austro-húngaro efectuaría en Bosnia sus grandes maniobras anuales, al término de las cuales, el 28 de junio, el príncipe heredero austriaco visitaría oficialmente la ciudad de Saraievo. Inmediatamente, los conjurados se pusieron en acción.

El Heredero era el hombre más odiado por los nacionalistas servios, pero el odio de los dirigentes tenía motivos muy distintos del de los secuaces. Estos veían en él, contrariamente a la verdad que Apis conocía muy bien, la fuente de todos los planes diabólicos ideados por la diplomacia y por el Ejército austriacos contra Servia, Rusia y los eslavos en general, inclusive los de la Monarquía.

Para el Archiduque, por el contrario, en Austria no existía más que un problema interior, el húngaro, que habría que resolver por la transformación del Imperio en una vasta federación en la cual todas las nacionalidades tendrían iguales derechos, como no había más que un problema exterior, el italiano, que sería necesario resolver algún día por las armas si fuere necesario.

Y tanto es así que durante las guerras balcánicas se había opuesto con decisión a la acción proyectada contra Servia porque quería conciliarse a los eslavos del sur y repristinar la antigua amistad austro-rusa. En 1908, ya por el mismo motivo, no había sido favorable a la anexión de Bosnia-Herzegovina. En febrero de 1913 había ordenado a su edecán que declarara en su nombre a Conrad: "El Archiduque no quiere a ningún precio la guerra con Rusia. No la permitirá. No quiere tampoco ni una ciruela, ni una cabra servia: eso ni siquiera le pasa por la cabeza" [40]. No era por cierto un amor exagerado hacia los servios el que le inspiraba tanta benevolencia, ya que al comienzo de 1913 declaraba a su cuñado el duque Alberto de Württemberg que si Austria anexaba a Servia, no haría sino adquirir "una masa de ladro-

[40] F. CONRAD V. HÖTZENDORF: *Aus meiner Dienstzeit, 1906-1918;* 5 vol. Viena, 1922-25. III.

nes, de asesinos y de canallas y un par de ciruelas" [41]. Razón por la cual había roto la amistad que lo unía desde muchos años al general Conrad.

Profundamente pacífico —ya que si hablaba de guerra contra Italia lo hacía más que nada para desviar la servofobia de sus compatriotas—, religioso en extremo y patriota apasionado, el Archiduque quería devolver a Austria su papel eminente en el concierto de las naciones y, si hubiese sido necesario para ello, hacerla salir de la Tríplice porque no podía soportar que la vieja monarquía habsbúrgica estuviera supeditada a los "advenedizos" Hohenzollern. Para ello también, quería quitar a los húngaros el lugar que ocupaban "indebidamente" en el seno del Imperio desde el *Ausgleich* de 1867. Les reprochaba además avasallar a los súbditos eslavos y rumanos de la Corona de San Esteban y no vacilaba en llamarlos en público "espantapájaros de bigotes largos y de lengua puntiaguda" [42]. En su proyecto federalista preveía una Hungría despojada de sus regiones no magiares (resulta interesante comprobar que esta reducción corresponde a los límites que le fueron atribuídos en 1920 por el tratado de Trianon). Seguro de que los húngaros no aceptarían caer de tan alto, Francisco Fernando preveía con serenidad que "habría que volver a conquistar a Hungría con la espada" [43].

Mientras tanto —es decir, ante los numerosos obstáculos que podían retardar la actualización del proyecto federalista— el Heredero estaba pronto para adoptar la forma trialística cuando falleciera "el viejo Señor", pero como solución provisoria. Preveía, pues, la formación de un tercer Estado en el cual se reuniría a todos los eslavos de la Monarquía, croatas, eslovenos y bosnianos, Estado que, tarde o temprano, atraería fatalmente a los servios y a los montenegrinos. Pero esta fusión no debía realizarse por la fuerza y el príncipe pensaba dejar a Servia su dinastía para permitirle ser en el seno del Imperio habsbúrgico algo así como la Baviera de los Wittelsbach en el de los Hohenzollern. Y este hombre que sus enemigos, aprovechando su religiosidad, han llamado clerical, y han llamado reaccionario inventando su espíritu de conservación, quería conceder el sufragio universal el día mismo de su accesión al trono y gobernar según principios que Con-

---

41 *Die grosse Politik*... XXIV.

42 T. Sosnosky: *Franz Ferdinand der Erzherzog-Thronfolger. Ein Lebensbild;* Munich, 1929.

43 *Idem.*

rad sintetiza del modo siguiente: "Libertades nacionales en cuanto lo permiten las necesidades generales; síntesis del conjunto bajo un fuerte poder central con el propósito del bien común; derechos iguales para todos, sin organismos estatales captadores de los derechos que constituyen el privilegio de la Monarquía" [44]. Fórmula política que es en verdad la de una monarquía popular edificada sobre los derechos de todos los súbditos puestos así en contacto directo con un Soberano asistido por consejeros elegidos por él y por ellos, y que da un sonido tan parecido a la del francés Le Play: "Democracia en la comuna, aristocracia en la provincia, monarquía en la nación".

Se concibe el peligro en que semejantes proyectos ponían al yugoeslavismo de moda en Belgrado. Apis y sus compañeros lo vieron muy claramente. Ya en 1911, el periódico *Piamonte,* fundado con veintiseis mil dinares entregados por el príncipe heredero Alejandro, había empezado una violenta campaña, que nunca fué suspendida, tendiente a subrayar la política... antieslava del Archiduque, con el propósito de extender entre él y los eslavos del sur un velo de incomprensión y de odio sin el cual los mismos servios podían verse tentados de integrarse en la floreciente Monarquía. Y Princip, el asesino de Francisco Fernando por cuenta de Apis cuyo pensamiento conocía íntimamente, podrá declarar en el curso del proceso consecutivo al asesinato: "Como soberano hubiera impedido nuestra unión al realizar ciertas reformas que habrían ido evidentemente en contra de nuestros intereses" [45].

El 28 de junio de 1914, en Saraievo, mientras se dirigían en coche del palacio municipal al hospital militar, el archiduque Francisco Fernando y la condesa Chotek, su esposa, eran asesinados por el terrorista bosniaco Gavrilo Princip. El itinerario había sido indicado en los diarios con varios días de anticipación que Apis había podido aprovechar para proporcionar instrucciones y medios a la *Joven Bosnia* cuyo responsable en Saraievo, el maestro de escuela Danilo Ilich, había designado a los estudiantes famélicos Volosca Chabrinovich, Trifko Grabez y Gavrilo Princip como ejecutores del atentado. El pretexto, al fin, había sido encontrado y ni Austria ni Rusia hubieran podido desearlo mejor cortado a la medida de su odio.

Todo resulta misterioso en este asunto, desde los designios exac-

---

44 Conrad: *Op. cit.,* IV.

45 Citado por Albert Mousset in *Un drame historique L'attentat de Saraiévo.* Texto completo de la estenografía del proceso; París, 1933.

tos de la *Mano Negra* hasta el error cometido por los investigadores austriacos al atribuir a la *Narodna Obrana* un crimen que había sido ordenado por Apis quien había roto todo contacto con esta sociedad desde mucho tiempo; sin olvidar la participación del agregado militar ruso en Belgrado, coronel Artamónov, en el planeamiento del atentado. Sin embargo, hay que resolver este misterio para poder determinar las responsabilidades exactas que se encuentran a la fuente de la primera guerra mundial.

Hasta 1943, no disponíamos de ningún documento probatorio que permitiera fundamentar una tesis, fuera de las obras debidas, como la de Albert Mousset, a los partidarios incondicionales de la inocencia de Servia, y de las que escribieron austriacos o alemanes como Leopold Mandl que intentaban hacer recaer sobre Rusia y Francia todas las responsabilidades de la guerra, lo que en un caso como en el otro es por lo menos apresurado. Unos y otros eran más que sospechosos de parcialidad y en sus obras ni siquiera intentaban disimular su falta de objetividad. Resultaba, pues, imposible sacar el drama de Saraievo del terreno de la polémica política para hacerlo acceder al de la crítica histórica.

Ahora bien, en 1943, el senador Luigi Albertini, durante largos años director del periódico de Milán *Corriere della Sera,* uno de los órganos mejor informados de la prensa mundial, publicaba el segundo tomo de su obra monumental *Le origini della guerra del 1914,* que venía a cambiar de modo fundamental todos los conceptos hasta entonces admitidos como válidos por los historiadores de las dos corrientes políticas más arriba indicadas en la apreciación del drama del 28 de junio. El senador Albertini había sabido utilizar su posición social eminente para hacerse abrir los archivos más secretos e interrogar a todos aquellos actores del drama que vivían todavía en los años inmediatamente anteriores al segundo conflicto mundial.

Hasta el asunto Liman von Sanders, su obra no quiere ser sino una selección razonada de los documentos sepultados en los archivos de Europa, publicados en parte y en parte apartados de la curiosidad del público. Estos documentos, Albertini los ha consultado, clasificado y comentado. Pero donde su labor se hace sumamente provechosa hasta entregar al historiador un nuevo instrumento de visión que le permite separar lo político de lo histórico, es en lo que concierne a los pormenores del atentado de Saraievo. Aquí se ha producido algo que muy poco a menudo es dado encontrar en la historiografía de nuestro tiempo: se

han trazado los límites dentro de los cuales el estudioso honestamente consciente de su misión puede, desde este momento, pensar y definir a su vez. Con esto se encuentran totalmente desbaratadas las opiniones tendenciosas de que hemos hablado anteriormente.

Los documentos diplomáticos que he podido consultar por mi parte sobre los orígenes de la guerra de 1914 —particularmente los de los Archivos rusos, publicados por el gobierno soviético, alemanes, británicos, austriacos y franceses [46], no me habían permitido recorrer, en mi deseo de solucionar el problema suscitado por lo que se escondía realmente tras el asesinato de Francisco Fernando, la centésima parte del camino que Albertini ha podido seguir. Y es que en verdad nunca pude consultar directamente los Archivos ni, sobre todo, entrar en relación con los dirigentes políticos que habían vivido bastante como para ser interrogados por mí.

Esto lo hizo el senador Albertini con toda la autoridad que le confería su alta posición política y social y llegó a tales descubrimientos que, al querer esclarecer el misterio de Saraievo, pudo alcanzar conclusiones verdaderamente extraordinarias, que me encuentro en la necesidad de adoptar tal como figuran en los tres primeros largos capítulos del tomo segundo de su obra.

El lector verá así por qué razón he dedicado tanto espacio a los acontecimientos políticos, militares y diplomáticos de los años 1905-1914 aunque, a menudo, no parecían tener con Rusia sino relaciones indirectas. Es que el papel de ciertos responsables (e irresponsables) rusos es tan evidente en la preparación del atentado que costó la vida al Archiduque y a su esposa, que ya no se puede decir que Rusia no tiene una relación directa con aquellos acontecimientos. Todos ellos,

---

[46] Rusia: *Un Livre noir. Diplomatie d'avant-guerre d'après les documents des Archives russes 1910-1917;* 3 tomos; París, 1922-1934.

Международные Отношения в Эпоху Империализма, *Miezhdunarodniie Otnosheniia v Epoju Imperializma* (Relaciones internacionales durante la época del imperialismo), publicados por el profesor M. N. Pökrovskiy; 9 tomos, Moscú-Leningrado, 1931-1938.

Alemania: *Die grosse Politik der europäischen Kabinette 1871-1914,* 40 tomos publicados por orden del gobierno alemán; Berlín, 1922-1928.

Inglaterra: *British Documents on the Origins of the War 1898-1914,* publicados por C. P. Gooch y H. Temperley, 11 tomos; Londres, 1926-1935.

Austria-Hungría: *Oesterreich-Ungarns Aussenpolitik von der Bosnischen Krise 1908 bis zum Kriegsausbruch 1914,* 8 tomos publicados por orden del gobierno de la República federal de Austria; Viena, 1930. A. F. Pribram: *Les traités politiques secrets de l'Autriche-Hongrie;* París, 1923.

Francia: *Documents diplomatiques français 1871-1914,* 28 tomos repartidos en tres series, publicados por el ministerio francés de Relaciones Exteriores; París, 1929-1940. Cfr. bibliografía al final del tomo 2.

en efecto, convergen fatalmente —si bien proceden con frecuencia de muy lejos— hacia ese día de junio de 1914 en que el destino del mundo tomó un rumbo diverso si no inesperado. En este cambio de rumbo, Rusia, en la persona de algunos de sus hombres más o menos representativos, asume la responsabilidad del pretexto; pero ello no disminuye la parte que los indignos sucesores de los hombres que crearon la Europa fenecida tuvieron en la gestación de la causa y del principio de la primera gran matanza universal.

V

Primer elemento de misterio en el misterio general: el papel del coronel Artamónov, agregado militar ruso en Belgrado.

En junio de 1925, el coronel servio Bozin Simich, antiguo miembro de la *Mano Negra,* hacía a Víctor Serge, que las publicaba en la revista parisina *Clarté* del mismo mes, declaraciones sensacionales sobre la colaboración del coronel Artamónov con Apis en los días que precedieron el asesinato del Archiduque. El jefe de los servicios secretos servios temía que su proyecto, si había de realizarse, desencadenara la reacción armada de Austria contra su país. Por ser muy plausible esta hipótesis, afirma Simich, "Apis, antes de actuar, creyó que su deber era consultar a Artamónov. Lo puso al corriente de los preparativos del atentado. El agregado militar ruso hizo esperar algunos días su contestación la cual fué textualmente: *¡Adelante! y, si se os ataca, no estaréis solos*".

Interrogado en 1937 por Albertini, Artamónov, que seguía viviendo en Belgrado, rechazaba esta acusación presentándole una libreta de la cual resultaba que, en los días de las maniobras austriacas en Bosnia, estaba viajando por Suiza y por Italia con su familia... precisamente cuando todos creían o fingían creer que dichas maniobras no eran sino el ensayo general de un próximo ataque a Servia. Resulta tan sospechoso, en efecto, que el agregado militar ruso en Belgrado se aleje en el momento en que se desarrollan a poca distancia movimientos militares de un país enemigo que, por la esencia de su misión, debe vigilar estrechamente, que cabe preguntarse si este viaje familiar no fué emprendido con el único propósito de disimular algo que se sabía susceptible de tener repercusiones muy graves. Y esto cuando se es el representante del único Ejército cuya protección puede hacerse necesaria a

Servia de un momento a otro. La verdad es que, como Dimitrievich, Artamónov sabía muy bien que Francisco Fernando no quería mover guerra a Servia, como lo sabían el rey Pedro, y el Príncipe Alejandro, y Pasich y los componentes de la central de *Unión o Muerte* que prepararon el atentado por las razones que conocemos.

Todo esto resulta tanto más sospechoso cuanto que Artamónov, que reconoce haber tenido con Apis "relaciones más que amistosas" y "contactos casi cotidianos", que, por otra parte, había entregado a su más que amigo ocho mil francos para la *Mano Negra,* ha creído deber afirmar a Albertini: "Tan sólo después de la guerra supe que Dimitrievich había inspirado y organizado el atentado de Saraievo".

A estas denegaciones embarazadas de Artamónov se pueden oponer además las contundentes palabras debidas al arqueólogo polaco Louis de Trywdar-Burzynski: "El asesinato (de Francisco Fernando) fué realizado gracias al apoyo del agregado militar ruso en Belgrado. El joven capitán Verjovskiy, adjunto del agregado militar, y que, más tarde —cuando Kérenskiy fué ministro de Guerra— colaboró con él, y que yo conocía desde mucho tiempo así como su familia, me confirmó muy abiertamente la verdad sobre la iniciativa, preparación y ejecución de la conjuración" [47].

Es cierto que el gobierno de Belgrado conocía perfectamente los preparativos de la *Mano Negra.* Esto resulta de las declaraciones que, en 1924, Liuba Iovanovich, ministro de Instrucción Pública en el gabinete Pasich de 1914, hizo al diario esloveno *Krv Sloventsva* [48] y que Pasich no desmintió sino dos años más tarde cuando la opinión pública internacional, muy excitada por estas revelaciones, lo obligó a hacerlo. Mentís que nadie aceptó ya que el eterno primer ministro era conocido como uno de los mayores mentirosos de toda Balcania. Las declaraciones de Liuba Iovanovich fueron confirmadas por el coronel Leschanin, agregado militar servio en Viena cuando afirmó que el representante del rey Pedro, Iovan Iovanovich, recibió la orden de informar al gobierno austriaco que algo se estaba tramando en Bosnia contra la vida del Archiduque. Por otra parte, existe un documento que basta para aniquilar las denegaciones de Pasich. Se trata de una nota de Abel Ferry, subsecretario francés de Relaciones Exteriores, con fecha 1 de julio de 1914. Ferry dice que, durante una visita que acaba

[47] LOUIS DE TRYWDAR-BURZYNSKI: *Le Crépuscule d'une Autocratie;* Florencia, 1926.
[48] Sangre Eslovena.

de hacerle el ministro de Servia en París, éste le ha dicho "...que considera el atentado contra el Archiduque Francisco Fernando como una respuesta a la anexión de Bosnia. El príncipe (Alejandro) *d'ailleurs est considéré comme un homme à poigne.* El gobierno servio había avisado al austriaco de que había oído hablar de la conjuración" [49].

Entonces ¿por qué el gobierno austro-húngaro no tomó las precauciones necesarias? y ¿por qué no suspendió el viaje del Archiduque? Sencillamente porque Iovan Iovanovich no cumplió su misión como había recibido orden de hacerlo. En efecto, lejos de visitar a Berchtold con quien tenía malas relaciones, habló a Bilinski, ministro de Finanzas y administrador de Bosnia-Herzegovina de un peligro posible para el Heredero, sin especificar empero de qué se trataba y presentando su aviso como una opinión personal y no como el efecto de instrucciones recibidas de Belgrado. Semejantes rumores circulaban constantemente, razón por la cual Bilinski no dió mucha importancia a las palabras de su interlocutor.

Si la participación de Artamónov en la conjuración constituye el primer elemento de misterio del tenebroso asunto de Saraievo, el segundo debe encontrarse en la actitud de Pasich y de Iovan Iovanovich, sobre todo la de este último, ya que debemos preguntarnos por qué ambos no actuaron de modo decidido. Quizá encontremos una respuesta y, por consiguiente, una solución en la personalidad del mismo Iovan Iovanovich. Se trataba de un nacionalista muy excitado que la *Mano Negra* había propuesto al rey Pedro como futuro ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno Joven Radical que debía constituirse después de la caída de Pasich que la secta, entonces, estaba tramitando. Si hubiese transmitido a Berchtold, como era su deber, o al mismo Bilinski, las instrucciones recibidas de Belgrado con todos los detalles, ello hubiera consistido en entregar a sus camaradas de secta a las autoridades austriacas que los hubieran ahorcado o condenado muy severamente. Y esto no lo podía hacer ya que, por pertenecer al alto personal de la *Mano Negra,* compartía evidentemente las ideas de Dragutin Dimitrievich.

Asimismo, Pasich hubiera debido ponerse en contacto, no con su representante en Viena, sino con el embajador de Austria en Belgrado. No lo hizo porque sus pasos estaban cuidadosamente vigilados por

49 *Documents diplomatiques français...* tomo X, tercera serie.

agentes de la secta que esperaba encontrarlo en culpa para abatirlo mejor, y porque —toda su vida lo demuestra— Pasich amaba el poder y sus provechos y... no quería ser asesinado. Avisado muy tarde por un espía que mantenía cerca de Apis de que algunos jóvenes bosnianos intentaban pasar la frontera austriaca para atentar contra la vida del Archiduque, hizo dar por el ministro de Guerra una orden enérgica a los puestos fronterizos para que impidieran este pasaje. Fué obedecido por el ministro, pero no por los oficiales de dichos puestos que pertenecían, ellos también, a la *Mano Negra* y que, precisamente, habían sido encargados por Apis de armar a los conjurados y organizar su pasaje a Bosnia. A Pasich, estos oficiales contestaron que la orden había llegado demasiado tarde, de suerte que no les fué posible dar las indicaciones que hubieran permitido a la policía austriaca tomar a tiempo precauciones que hubieran llevado a resultados semejantes a los que acabo de indicar para el caso de Iovan Iovanovich. Así se encuentra resuelto el segundo elemento de misterio del atentado de Saraievo.

El tercer elemento, lo constituye la ignorancia de Austria, no sólo del papel representado por la *Mano Negra* en la conspiración, sino de la personalidad de Apis y de su praxis antiaustriaca. Ignorancia tanto más curiosa cuanto que existe en los Archivos de la Ballplatz un importante legajo en el cual documentos provenientes de Belgrado —uno de ellos tiene la fecha del 12 de noviembre de 1911— demuestran la calidad de las informaciones austriacas. Y estos documentos son abundantísimos ya que, fuera de numerosas notas diplomáticas o consulares, el legajo en cuestión contiene centenares de recortes de diarios de todos los países sobre la actividad de la secta y ello hasta el mes de julio de 1914.

Fuera de la inepcia de la administración austro-húngara, bastante conocida para que no sea necesario insistir aquí en ella, quizá un principio de contestación nos lo entregue el mismo juez que presidió el tribunal ante el cual comparecieron Princip y sus cómplices, cuando escribe: "Tuve la impresión de que, desde Viena, intencionalmente se mandó al Archiduque Francisco Fernando a Saraievo esperando que este acontecimiento provocase una demostración que diese luego pretexto para un conflicto con Servia. Mi cuñado (juez él también en Saraievo) y yo llegamos a la conclusión sin embargo de que las tropas que durante las maniobras se encontraban en Bosnia, serían repartidas a lo largo del camino como habían sido repartidas algunos

años antes cuando el Emperador Francisco José había visitado la ciudad; en semejante caso, un atentado hubiera podido tener lugar muy difícilmente. Pero por la noche (después del atentado)... llegué a la conclusión de que existían dos posibilidades: o bien los círculos gubernamentales, en su estrechez mental, no habían previsto el peligro a que exponían al Archiduque heredero, o bien, si lo habían previsto, fingían considerarlo tan ligeramente con el fin de provocar un incidente" [50]. Y resulta bastante impresionante comprobar que el general Potiorek, gobernador militar de Bosnia-Herzegovina, no había dispuesto en Saraievo ningún servicio de orden fuera del previsto para los días de fiesta que estaba asegurado por los ciento veinte agentes de policía que contaba aquella ciudad tan agitada de más de cincuenta mil habitantes.

Bilinski, como funcionario permanente de la Ballplatz pertenecía a la corriente húngara instaurada en aquella casa por Andrassy y, por ello, era odiado por el Archiduque. Sin embargo avisó a las autoridades militares de Bosnia de las palabras sibilinas de Iovan Iovanovich. Pero allí mandaba Potiorek que no hizo nada. Cabe preguntarse, pues, y esto constituye el cuarto elemento de misterio, hasta qué punto algunos personajes importantes de Austria-Hungría no prefirieron dejar correr el asunto sin mezclarse en él, con la secreta esperanza los unos, de ver desaparecer a un personaje peligroso, y los otros con la intención de aprovechar esta desaparición como un pretexto contra Servia. Y tanto es así que Heinrich Kanner pudo escribir que la muerte del Archiduque, "fuera del grupo que lo rodeaba, suscitó en los círculos políticos y oficiales el sentimiento de una liberación" [51]. Kanner era el amigo íntimo del Heredero, razón por la cual algunos historiadores han negado ésta su afirmación. Pero tenía perfectamente razón como nos lo demuestra un pasaje de las *Memorias* de Bülow en que el ex Canciller relata que Szögyény, embajador de Austria-Hungría en Berlín, le dijo que el asesinato era "una gracia de la divina Providencia" ya que la política del Archiduque era susceptible de llevar al país a la guerra civil" [52]. Szögyény, es inútil indicarlo, era húngaro y particularmente despreciado por el Príncipe.

Al mismo tiempo que una liberación, el trágico fin de Francisco

---

50 L. Pfeffer, citado por L. Albertini: *Op. cit.*, Tomo II, cap. III-7.

51 H. Kanner: *Op. cit.*

52 Bülow: *Memorie*, III.

Fernando entregaba un excelente pretexto a los círculos políticos y oficiales señalados por Heinrich Kanner.

No tuvieron que desarrollar ningún esfuerzo para empujar a la opinión pública austriaca sobre el camino de la guerra ya que, por sí sola, había reaccionado con indignación ante el asesinato del hombre en quien todos veían el único salvador del Imperio. Se lo sabía violento y autoritario, capaz de imponer su punto de vista sin mirar a derecha ni a izquierda, pero se lo sabía también apasionadamente patriota y enteramente dedicado al bien público, y se sabía que no aplicaba con rigidez sus puntos de vista sino cuando largas reflexiones lo habían incitado a adoptarlos. Ante la manera escandalosa en que la Corte, inclusive el mismo Emperador, tomó el luto de un hombre que detestaba, la reacción del pueblo fué conmovedora. Su muerte, a pesar de los dirigentes del país, fué verdaderamente un luto nacional en el cual se mezclaron aristócratas, campesinos, burgueses y proletarios en una fraternidad que nos entrega una imagen auténtica de la institución monárquica. Todos muy pronto tuvieron la certidumbre de que la conspiración había sido maquinada en Belgrado y que Austria, si quería salvarse de las embestidas de sus enemigos interiores e internacionales, debía acabar de una vez por todas con aquel foco de asesinos.

V

La intención del gobierno austro-húngaro era emprender contra Servia lo que Conrad llama una *Straffexpedition,* rápida y, por su naturaleza misma, localizada. La tesis del gabinete de Viena de que la culpabilidad del gobierno de Belgrado le permitía exigir una solución directa sin interferencia internacional fué evidentemente combatida por la *Entente* que utilizó un error de interpretación cometido por los mismos austriacos. Estos, en efecto, atribuyeron a la *Narodna Obrana* la responsabilidad del atentado y fué fácil a Servia negarlo con algunos fundamentos de razón ya que lo había cometido la *Mano Negra.* Pero, de ahí a negar las responsabilidades servias en el atentado hay un gran camino que recorrer puesto que el error austriaco no fué más que de grado, no de naturaleza. ¿Cómo es posible afirmar, en efecto, con buena fe que dichas responsabilidades no existen si sabemos que Apis, al mismo tiempo que dirigía la secta, era uno de los más altos jefes del Ejército real? Por otra parte, no se puede acusar al go-

bierno austriaco de ninguna precipitación puesto que su ultimátum no fué entregado a Belgrado sino el 23 de julio, es decir, casi un mes después del asesinato de Francisco Fernando. Pero esta vez, Rusia entraba en acción con sentimientos muy distintos de los de las crisis de 1908 y de 1912-1913.

Cuenta Pourtalès, embajador de Alemania en San Petersburgo, que cuando vió a Sazónov, inmediatamente después del drama de Saraievo, el ministro "mientras condenó el delito con pocas palabras, no las encontró suficientes para criticar la actitud de las autoridades austriacas que habían permitido violencias contra los servios" [53]. En un telegrama a su gobierno, el Embajador, que no dejó por cierto una reputación de belicista, subrayaba en los mismos días que en Rusia "todo aquello que se oye decir sobre Austria-Hungría, hasta en los ambientes oficiales, demuestra un desprecio sin límites por su situación" [54]. El 17 de julio, Sazónov declaraba a Buchanan, embajador de Inglaterra, que "algo semejante a un ultimátum austriaco a Belgrado no podría dejar a Rusia indiferente y la obligaría a tomar medidas militares de precaución" [55]. Esto, seis días antes de la presentación del ultimátum a Belgrado.

Pero Buchanan era un aliado posible y Sazónov prefería desahogarse con Pourtalès que servía de intermediario entre Rusia y Austria vía Berlín. El 21, se expresaba en términos insultantes contra Forgach, alto funcionario de la Ballplatz considerado por él con alguna exageración como "el enemigo de Servia" y, lo que resultaba mucho más grave, contra Tisza, jefe del gobierno húngaro, el único dirigente de la vereda de enfrente que haya luchado por la paz hasta el último momento. Al calificar al primero de "intrigante de la peor especie" y al segundo de "semiloco", cometía una imprudencia imperdonable que no ha sido lo bastante subrayada.

En esta atmósfera sobreexcitada, el 20 de julio, el presidente de la República francesa, Raymond Poincaré, llegaba a Petersburgo en visita oficial, acompañado por René Viviani, jefe del gobierno y ministro de Relaciones Exteriores.

Resulta sumamente llamativa la ausencia de todo documento oficial sobre esta visita —importantísima si tenemos en cuenta la atmós-

---

53 F. von Pourtalès: *Am Scheidewege zwischen Krieg und Frieden. Meine letzten Verhandlungen in Petersburg. Ende Juli 1914;* Charlottenburg, 1919.

54 *Die deutschen Dokumente zum Griegsausbruch;* Charlottenburg. 1919.

55 *British Documents...* XI.

fera internacional del mes de julio de 1914— tanto en los Archivos franceses como en los rusos. Como también es llamativo el mutismo de Paléologue durante todo el mes de julio hasta la víspera del conflicto mientras, generalmente, se le puede reprochar una casi excesiva verbosidad. Y esto, mientras el 21 de julio, en París, el sucesor de Paléologue en la dirección de los Asuntos Políticos, Margerie, consideraba la situación como gravísima. Todo ello puede y debe inspirarnos las mayores sospechas si tenemos presente la actitud de Poincaré durante las guerras balcánicas y el asunto Liman von Sanders.

El 23 de julio a las 18, Giesl, ministro de Austria en Belgrado, remitía al representante de Pasich —ausente por elecciones— un ultimátum exigiendo contestación dentro de las cuarenta y ocho horas. Esta nota, muy larga, pedía la disolución de la *Narodna Obrana* (éste fué el error austriaco) y de todas aquellas sociedades cuya meta era la propaganda antiaustriaca; la eliminación de los manuales escolásticos de esta propaganda; el alejamiento del Ejército y de la Administración de los oficiales y empleados más comprometidos en esta actividad; la colaboración de Servia en la supresión del movimiento subversivo dirigido contra la integridad territorial de la Monarquía; la apertura de una investigación judicial contra los miembros de la conspiración del 28 de junio que vivían en Servia, con participación de órganos austriacos [56]; la arrestación inmediata de varios conjurados (cuya identidad había sido revelada por la instrucción en Saraievo); la interdicción del tráfico de armas con Austria y la cesantía inmediata de los funcionarios de los puestos fronterizos que habían facilitado el pasaje de los criminales; explicaciones sobre las palabras injustificables pronunciadas por altos funcionarios en Servia y fuera de ella después del atentado; contestación en las 48 horas.

Este ultimátum, sir Edward Grey pudo calificarlo como "el documento más formidable" que hubiera visto "dirigir por un Estado a otro Estado independiente".

Quedaba tan sólo por saber quién iba a empezar las hostilidades.

Entramos ahora en la parte más peligrosa de este capítulo ya que se trata de delimitar con exactitud la zona de responsabilidad —ya no

---

[56] No será inútil reproducir íntegramente el artículo 6 que fué considerado como el más susceptible de provocar las hostilidades: "6) *à ouvrir une enquête judiciaire contre les partisans du complot du 28 juin se trouvant sur territoire serbe; des organes délégués par le Gouvernement Impérial et Royal prendront part aux recherches y relatives*".

se puede hablar de inconsciencia— en que se movieron los jefes de los pueblos europeos entre el 23 de julio, día de la presentación del ultimátum austriaco, y el 31 del mismo mes, día del ultimátum alemán a Rusia. Aquí se nos hace necesario seguir estrictamente el orden cronológico.

Primero, es menester indicar que la visita de Poincaré y de Viviani a San Petersburgo tuvo que poner en claro, sin duda alguna, muchos puntos que los documentos diplomáticos han querido dejar en la sombra. Lo confiesa, sin quererlo, el mismo Sazónov cuando escribe en sus recuerdos: "La estadía del presidente de la República en Petersburgo se desarrolló bajo la impresión de una catástrofe inminente" [67]. Notación hecha *en passant,* pero tanto más importante cuanto que nos revela que la atmósfera catastrófica en cuestión estaba ya "hecha" en Rusia y en ciertos ambientes franceses entre el 20 y el 30 de julio cuando el ultimátum austriaco aún no había sido entregado por Giesl —lo fué después de la salida de Poincaré de Petersburgo— y cuando Berlín y Viena, en razón de la actitud equívoca de Inglaterra, conservaban todavía la esperanza de "localizar" el conflicto. Señalemos también que si, en los días indicados, la atmósfera franco-rusa estaba ya cargada de electricidad, la de los Imperios centrales no había llegado a aparentar el menor signo de turbación.

Los archivos franceses y rusos, como he indicado, no contienen la más pequeña referencia a los resultados concretos de la visita presidencial. No así los ingleses que nos ofrecen el telegrama enviado por Buchanan a sir Edward Grey el 24 de julio y en el cual, según el embajador, Poincaré y Viviani habían fijado los puntos siguientes con Sazónov: "1) Plena concordancia de puntos de vista sobre los diversos problemas que se presentan a las dos potencias para el mantenimiento de la paz y del equilibrio europeo, especialmente en Oriente; 2) Decisión de ejecutar un paso en Viena a fin de prevenir una demanda de explicaciones o cualquiera exigencia equivalente a una intervención en los asuntos interiores de Servia, intervención que Servia tendría el derecho de considerar como lesiva para su soberanía e independencia; 3) Afirmación solemne de las obligaciones que la alianza impone a los dos países" [58]. Y ¿cómo no tomar en serio esto que Georges Louis escribe el 26 de julio de 1915: "Nadie habla con más dureza que Messi-

---

57 S. D. Sazónov: *Les années fatales;* París, 1927.
58 *British Documents*... XI.

my [59] sobre el papel representado por Poincaré... La mayor parte de los hombres que eran ministros en el mes de julio dicen abiertamente que Poincaré es la causa de la guerra" [60].

En aquellos días se abría paso en Rusia un estado de ánimo bastante extraño: según los círculos nacionalistas del Ejército, de la diplomacia y de la Corte, entre cuyas manos Sazónov había caído finalmente, no bastaba proteger a Servia, no bastaba tampoco que este país no fuera puesto en acusación por Viena; era menester acusar a Austria de las complicaciones que no dejarían de producirse, ya que la muerte del Archiduque era la consecuencia de la anexión de Bosnia en 1908. Pero, para ello, Rusia necesitaba la entrada en juego de Gran Bretaña; entrada en juego que aparecía como bastante improbable porque, el 17 de julio, la *Westminster Gazette* había publicado un artículo, evidentemente inspirado por Grey, donde se reconocía la necesidad en que se encontraba Austria de aclarar sus relaciones con Belgrado y que, tres días más tarde, sir Edward expresaba personalmente a Lichnowsky, embajador de Alemania y hombre muy pacífico, su repugnancia ante la idea de ver "a alguna gran potencia arrastrada a la guerra por Servia" [61], y sugería conversaciones directas entre Viena y Petersburgo. Poincaré temía la debilidad de Sazónov y, para evitar un *tête à tête* Viena-Petersburgo, lo incitó a rechazar la propuesta inglesa y a sugerir, a su vez, un paso común de las potencias de la triple *Entente* ante Viena, lo que era un medio bastante astuto para llevar a Inglaterra a tomar sin casi notarlo un compromiso definitivo. Grey vió el peligro y consideró que semejante paso colectivo podía ofender a Viena sobre la cual, a su entender, Berlín tan sólo podía actuar de modo provechoso.

Ante la afirmación de París y de Petersburgo de que la dignidad de Servia no le permitiría tolerar exigencias austriacas susceptibles de disminuir, aun temporariamente, su condición de Estado independiente, Lichnowsky se empeñaba en obtener para Austria la neutralidad inglesa y asegurar así la localización del conflicto. Pero Grey no quería comprometerse tampoco en este sentido y decía al embajador que su deseo era que Berlín obtuviese de Viena condiciones compatibles con la dignidad de Servia. A ello, Lichnowski replicaba que, para Alemania, en materia de dignidad, la de Austria valía infinitamente más

[59] Ministro de Guerra francés en julio-agosto de 1914.
[60] G. Louis: *Carnets,* II.
[61] *British Documents*... XI.

que la de Servia y que nadie mejor que Francisco José estaba en condiciones de saber lo que exigía su honor.

Así que, en lo que concierne a la actitud de Inglaterra antes del ultimátum austriaco, podemos comprobar una incomprensión evidente del asunto servio ya que si Grey temía que el disidio entre Viena y Belgrado provocara la intervención de Rusia y, por ende, la de Alemania y de Francia, un paso directo ejecutado por él hubiera podido evitar esta situación.

En la madrugada del 24, un telegrama de Belgrado informaba a Sazónov que el ultimátum austriaco había sido presentado la víspera a las 18. Y el ministro exclamaba: *"C'est la guerre européenne"* [62]. Con esta frase, empieza a manifestar abiertamente la nerviosidad que Taube le reprocha a partir del asunto Liman. La primera señal de este estado de ánimo la encontramos en su decisión de pedir, inmediatamente después del ultimátum, la sanción del Zar y del gobierno para una movilización del ejército ruso contra Austria. Hecho tanto más notable cuanto que Austria no había acompañado su ultimátum con ninguna medida militar y que el Estado Mayor ruso no disponía de ningún plan de movilización parcial y, de tomar medidas de movilización, las debía tomar globalmente en todos sus distritos europeos, es decir contra Alemania como contra Austria, lo que fatalmente llevaba a una contestación de estas últimas. El nuevo jefe del Estado Mayor ruso, general Ianushkievich, debía su nombramiento al Gran Duque Nicolás Nicoláievich, jefe preconizado del Ejército en caso de guerra, y, por el momento, inspirador del partido belicista. Razón que bastó a Ianuschkievich para no revelar al ministro la inexistencia de un plan de movilización parcial.

A partir de aquel momento, Maurice Paléologue se instala en el palacio del Puente de los Cantores y, día tras día, hora tras hora, hace presente a Sazónov la necesidad de una energía que no debe desmentirse. Dice al ministro: "A partir de hoy (es decir del día en que se recibió en Petersburgo la noticia de la presentación del ultimátum austriaco), nosotros debemos admitir que la guerra puede estallar de un momento a otro. Esta perspectiva es la que debe dominar toda nuestra acción diplomática" [63]. Y para que Inglaterra no ignorara que Francia y Rusia estaban decididas a ir hasta el fondo, afirmaba a Bu-

[62] *Relaciones internacionales durante la época del imperialismo;* Cfr. nota 46 del presente capítulo. Primera serie, V.

[63] M. PALÉOLOGUE, *La Russie des Tsars...* tomo I.

chanan, que asistía a la entrevista, que "Francia, no sólo prestaría a Rusia una fuerte ayuda diplomática, sino que, si fuere necesario, respondería a todas las obligaciones impuestas por la alianza" [64].

Buchanan no era un genio ni tampoco un hombre de talento y, si lo ponemos al lado de su colega francés, puede pasar por excesivamente ingenuo. Sin embargo, en la relación que hizo a Grey después de esta entrevista con Paléologue y Sazónov, declara lo siguiente que resulta difícil no admitir como verdadero: "Sugerí que la primera cosa que se debía hacer era ganar tiempo buscando inducir a Austria que prolongase el término concedido a Servia para que contestara. El embajador francés rebatió que el tiempo apremiaba; o bien Austria hacía *bluff,* o bien había decidido una acción inmediata. En cualquier caso tan sólo una actitud firme y unánime podía quizá servir para evitar la guerra. Pregunté entonces si no sería oportuno preguntar al gobierno servio hasta qué punto estaba dispuesto a llegar en el sentido de las exigencias austriacas. El ministro observó que algunas de estas exigencias podían sin duda ser aceptadas...

"Como uno y otro seguían insistiendo para que declarase nuestra plena solidaridad con ellos, dije que... si la guerra llegase a estallar, Inglaterra, tarde o temprano, estaría envuelta en ella, pero que si hacíamos causa común con Francia y con Rusia desde el principio, no haríamos más que hacer la guerra más probable sin brillar demasiado".

"El lenguaje del embajador de Francia parecía indicar que Francia y Rusia estaban dispuestas a mantenerse firmes en campo aunque nosotros nos negáramos a unirnos a ellas. El del ministro, por el contrario, no me pareció tan decidido" [65].

El mismo 24 de julio, a las 15, los ministros rusos se reunían en consejo bajo la presidencia de Goremíkin. Después de una discusión que se prolongó hasta la noche, fué decidido: pedir, de acuerdo con las demás potencias, que Austria prorrogase el término del ultimátum; aconsejar a Servia que no opusiese resistencia a una invasión austriaca y confiase su destino a las grandes potencias; solicitar el consentimiento del Zar para la movilización de los distritos de Kiev, Odessa, Moscú y Kazañ y de las flotas del Báltico y del mar Negro, etc....

Inmediatamente después del consejo, Sazónov recibía a Paléolo-

---

64 *British Documents*... XI.
65 *British Documents*... XI.

gue a quien anunciaba estas decisiones [66]. Es decir que lo informó de la movilización parcial contra Austria. *Paléologue no transmitió esta noticia a París.*

Al mismo tiempo que la movilización parcial se debía proclamar el "estado de preparación a la guerra" que, con el fin de no despertar la desconfianza del Zar, el jefe del Estado Mayor le describió como "estado preparatorio de la movilización".

Ahora bien, aquí se debe señalar que mientras el sistema ruso de movilización no permitía emprender operaciones de importancia antes de un término de un mes a partir del decreto de *movilización general* —y no podía tratarse más que de operaciones emprendidas sin reservas tácticas— podremos comprobar que el dispositivo ruso contra Alemania estaba ya instalado el 13 de agosto es decir catorce días después del decreto de movilización general. Ello significa que la movilización parcial prevista por la reunión ministerial del 24 de julio, no había sido efectiva, por no existir en los planes del Estado Mayor, y que el "estado de preparación a la movilización" no puede haber sido sino una movilización general acelerada que, puesta en vigor como veremos, permitió a Rusia proceder paulatinamente a la concentración de sus fuerzas de primera línea, no sólo contra Austria, sino sobre todo contra Alemania. Esto Paléologue no quería decirlo a París que hubiera podido encontrar apresurada la acción de su aliada; pero el día siguiente a las 18.30, anunció al Quai d'Orsay la movilización *parcial* que, con mucha buena voluntad, podía ser interpretada como una medida de precaución. Y lo hizo tan sólo cuando supo que Buchanan lo había telegrafiado a Londres.

En realidad, lo que Sazónov quería era presionar a Austria y provocar una intervención diplomática inglesa en Viena porque, como acababa de ver a Nicolás II que esperaba siempre en el mantenimiento de la paz y se lo había dicho rotundamente, no le era posible asumir otra actitud, por el momento. Sin embargo, el mismo día 25, Paléologue decía al marqués Carlotti, embajador de Italia, que la víspera Rusia había tomado las medidas necesarias en vista de la guerra contra Austria y Alemania y que "según su opinión, la cuestión no era ya exclusivamente austro-servia sino ruso-alemana, y que la actitud del gobierno vienés, inasequible a toda idea de conciliación, demostraba su

66 *Relaciones internacionales durante la época del imperialismo.* Serie I, tomo V.

firme intención de provocar la guerra" [67]. Y, una media hora más tarde, al despedir a Isvolskiy que volvía a París, triunfaba abiertamente. "Cambiamos rápidamente nuestras impresiones —escribe él mismo— y concluímos ambos: *Cette fois, c'est la guerre!*" [78].

Vale la pena insistir aquí en lo que podemos llamar "los silencios de Paléologue". En aquellos días 24 y 25 de julio, Poincaré y Viviani estaban navegando por el mar del Norte en su viaje de regreso a Francia y el interinato del ministerio de Relaciones Exteriores estaba asegurado por Bienvenu-Martin, hombre político mediocre y más que mediocre diplomático, pero amigo decidido de la paz, actitud en que lo mantenían algunos altos funcionarios del Quai d'Orsay tradicionalmente austrófilos. Cabe pues interpretar los silencios telegráficos del Príncipe Negro como inspirados por esta actitud que bien conocía y que le parecía peligrosa para la realización de sus deseos y de los de Poincaré. El texto de la alianza franco-rusa preveía consultas entre los *gobiernos* de los dos países en caso de tensión internacional. Ahora bien, si Nicolás II, autócrata, puede ser considerado justamente como todo el gobierno ruso— sabemos no obstante hasta qué punto sus colaboradores lo engañaban para incitarlo a tomar medidas ofensivas disfrazándolas bajo el velo de simples precauciones defensivas—, Poincaré y Viviani no eran sino una parte del gobierno francés. Separados del Gobierno, formado por el pleno del ministerio, el presidente de la República y el primer ministro no eran nada, ni siquiera partes de dicho Gobierno; no podían, pues, asumir responsabilidades tendientes a comprometer el país ni tomar decisiones de alguna importancia. Su misión fuera de Francia consistía tan sólo en tomar contactos diplomáticos y, a su regreso, en rendir cuentas al ministerio *en pleno*. Tan sólo a su vuelta volvían a asumir su función de partes del Gobierno, función que habían perdido automáticamente durante el tiempo de su estancia fuera del país. Durante su ausencia, quien gobernaba a Francia era el ministerio y quien dirigía las relaciones exteriores de Francia era Bienvenu-Martin. Y éste, como la mayoría de sus colegas del ministerio, era favorable al punto de vista germano-austriaco sobre la localización del conflicto y, por ende, partidario incondicional de la paz general. Razón por la cual, Paléologue no lo informaba a tiempo del "estado de preparación a la guerra" decretado en Rusia ya que esta

[67] Carlotti a San Giuliano. Telegrama publicado en la *Kriegsschuldfrage* de Berlín en el número de mayo de 1924.

[68] M. PALÉOLOGUE: *La Russie des Tsars*... I.

medida, decidida fuera de cualquiera provocación austriaca contra Rusia, era susceptible de poner en peligro dicha paz general y de provocar una firme reprobación en París.

Para que el Embajador volviera a encontrar su natural locuacidad, era necesario que Poincaré y Viviani hubiesen vuelto a París. Mientras tanto, en tres telegramas posteriores al consejo de ministros del 24, garantizaba a Bienvenu-Martin las intenciones pacíficas de Sazónov y anunciaba que en el consejo —que al día siguiente Nicolás II presidiría en Zárskoie Sieló— el ministro mantendría esta posición... Aunque supiera perfectamente que esta sesión sería aprovechada para engañar al Emperador y decidirlo a decretar la famosa movilización *parcial.*

El mismo día, Grey, obcecado por la idea de obtener el apoyo alemán en vista de una mediación anglo-germana entre Austria y Rusia, multiplicaba sus esfuerzos en este sentido ante Lichnowsky. Entiéndase bien, para Grey se trataba de una mediación entre Austria y Rusia y no ya entre Austria y Servia. De haber sido aceptada, esta mediación hubiera permitido a las dos potencias salir airosamente del embrollo.

Pero, ya era demasiado tarde porque no se ignoraba en Berlín los proyectos rusos como no se ignoraba tampoco que la movilización en Rusia no podía ser parcial sino general y dirigida, a la vez que contra Austria, contra Alemania. ¿Cómo podría ésta permanecer pasiva mientras se estaba tomando medidas sobre sus fronteras? Tanto más cuanto que, si aceptaba la propuesta de Grey, Alemania se comprometía tácitamente a no movilizar y que, mientras tanto, Rusia seguiría tomando sus ventajas. Razón por la cual, en la noche del 26, Lichnowsky comunicaba por carta a Grey, que *por estar en el campo* no había podido recibirlo, el siguiente mensaje: "Me informan desde Berlín que resulta de buena fuente que Rusia quiere llamar muchas clases bajo las armas. En semejante caso, que consistiría en movilizar también contra nosotros, nosotros deberíamos hacer lo mismo. Mi gobierno, que espera tener éxito todavía en su intención de localizar el conflicto y de preservar la paz europea, me invita a pedirle a Ud. que use su influencia ante Petersburgo en tal sentido.

"P. S. - Mi gobierno acepta la *médiation à quatre* sugerida por Ud." [89].

Esta mediación de cuatro potencias —Inglaterra, Alemania, Ita-

69 *British Documents*... XI.

lia, Francia— no interesadas directamente en el conflicto, había sido sugerida por sir Edward en el caso de un fracaso de la *médiation à deux.*

V

Servia se encontraba en graves condiciones políticas, económicas y militares. Las dos guerras balcánicas la habían agotado y el gobierno temía que, en el caso de un tercer conflicto armado, el pueblo se negara a responder a la orden de movilización. El ejército activo disponía solamente de 120.000 fusiles de seis tipos distintos, de escasas dotaciones en municiones, de una reducida artillería ligera y de ninguna artillería pesada o semipesada.

A las pocas horas de haber recibido el ultimátum austriaco, el príncipe regente Alejandro había escrito una carta desesperada al Zar, pidiendo su protección, pero asegurando al mismo tiempo que estaba dispuesto a aceptar, no sólo las condiciones austriacas compatibles con la dignidad de la nación, sino también "aquéllas cuya aceptación nos fuera aconsejada por Vuestra Majestad" [70]. Esta frase demuestra que Servia no tenía la intención de resistir sola a una embestida austriaca y pensaba aceptar *todas* las condiciones del ultimátum, salvo si Rusia aconsejaba lo contrario.

Todos los representantes diplomáticos en Belgrado, así como el coronel Zavco Pavlovich, ministro de Guerra en el gabinete Pasich, aseguraron más tarde que, hasta el 25 de julio a mediodía, el príncipe Alejandro, Pasich y todos los ministros estuvieron resignados a capitular frente a Austria. Pero, mientras durante el día 24 y la noche del 24 al 25 Sazónov había aconsejado moderación a Servia en el sentido indicado por la referida reunión ministerial del 24, mientras en la madrugada del 25 Pasich telegrafiaba a todas las legaciones de su país en las naciones amigas su intención de pasar por las exigencias de Viena salvo algunas reservas sobre el artículo sexto, a partir de la hora 12 del día 25 el gobierno servio decidía rechazar de plano este artículo y reportar sobre el quinto las reservas previstas hasta entonces para el sexto.

Es que al final de la noche, habían llegado dos telegramas de

[70] *Relaciones internacionales durante la época del imperialismo.* Serie I, tomo V.

Spalaikovich, ministro de Servia en San Petersburgo, anunciando, el primero la proyectada movilización parcial del Ejército ruso para el caso de una apertura de las hostilidades por parte de Austria-Hungría contra Servia, el segundo que Sazónov aconsejaba a Servia no aceptar sino aquellas condiciones que fueran compatibles con su honor nacional ya que para Rusia el caso de Servia no era un asunto entre este país y Austria sino una "cuestión europea". Pasich vió claramente que Rusia no lo abandonaría y ello cambió completamente su decisión.

A las 18, Pasich remitía personalmente a Giesl la respuesta del gobierno servio al ultimátum austriaco del 23. El ministro austriaco que había recibido instrucciones muy precisas de Berchtold, que le había ordenado considerar válida tan sólo una aceptación sin reservas, rompía inmediatamente las relaciones diplomáticas y, a las 18.30, tomaba con su familia y sus colaboradores el tren para Viena. A las 21 de aquel mismo día, Conrad recibía la orden de proceder a la movilización *contra Servia.* Decidía pues que el 28 de julio sería considerado como el primer día de la movilización.

Este mismo día 28 a las 13, Pasich recibía un telegrama de Berchtold anunciándole que el estado de guerra existía entre los dos países. Por primera vez en la historia una guerra era declarada por telégrafo. A partir de este momento, los acontecimientos se precipitan. El 29, Nicolás II firma el *ukaz* de movilización parcial y, bajo la reserva de no hacerlo efectivo hasta el comienzo de las hostilidades, el de movilización general. Creía y quería creer aún que la guerra podía ser evitada como en ello seguía creyendo Guillermo II quien, después de sus actitudes belicosas del principio del mes, había vuelto a una conducta más pacífica y hacía presión sobre Viena para que retardara aún el comienzo de las hostilidades.

Aquí reside la equivocación rusa o, por lo menos, la equivocación en que los ministros rusos hicieron caer a Nicolás II. Al representarle que la movilización austriaca estaba dirigida contra Servia y contra Rusia —lo que era falso puesto que Conrad movilizó tan sólo los ocho cuerpos destinados a operar contra las tropas servias— le hicieron admitir la necesidad de tomar precauciones que bajo el velo de la movilización parcial: 1) constituían una medida efectiva contra Austria; 2) puesto que una movilización parcial era imposible en Rusia, disfrazaban una movilización general dirigida igualmente, aunque el Zar lo ignorara, contra Alemania. Pero era necesario obtener más de Nicolás II; si no se quería que descubriera el engaño, se le debía arrancar

el permiso de publicar el *ukaz* de movilización general, aunque esta no fuera más que una fórmula puesto que el "estado de preparación a la guerra" correspondía efectivamente a esta medida. Durante todo el día 30, Sazónov, Sujomlinov y Ianuschkievich se esforzaron en arrancárselo. Lo obtenían a las 17.30.

Guillermo II acaba de decidir que la hora había llegado para él de representar el papel de mediador. Hacía proponer por Bethmann que se suspendiera toda medida definitiva sobre la base del *Halt in Belgrad* que consistía en permitir a Austria tomar una garantía sobre Servia y hacerla renunciar a toda idea de anexión. Y al mismo tiempo pedía a Inglaterra que permaneciera neutral pensando así evitar la entrada de Francia en el conflicto y, por consiguiente, poder hacer presión sobre Rusia. Tanto es así que, antes de recibir la noticia de la movilización general rusa, telegrafiaba a Nicolás II en la mañana del 31: "Al buscar el mantenimiento de la paz mundial he ido hasta el límite máximo posible. La responsabilidad del desastre que amenaza ahora al mundo no me pertenece. Aun ahora, tú puedes evitarlo. Nadie amenaza el honor ni el poderío de Rusia que bien puede esperar los resultados de mi mediación. Siempre consideré como sagrada la amistad hacia tí y tu Imperio, amistad que mi abuelo me legó en su lecho de muerte, y a menudo sostuve a Rusia cuando se encontraba en serias complicaciones, especialmente durante la última guerra. La paz de Europa todavía puede ser salvada por tí si Rusia consiente en suspender medidas militares amenazadoras para Alemania y para Austria-Hungría". Pero, informado, inmediatamente después, de la movilización general rusa y presionado por los miembros del alto Estado Mayor alemán como por Bethmann-Hollweg, se decidía a proclamar él también el "estado de preparación a la guerra" o *Kriegsgefahrzustand.*

A las 15.30 del 31 de julio, el gobierno alemán telegrafiaba a su representante en San Petersburgo que presentara al gobierno ruso un ultimátum exigiendo la suspensión de las medidas de movilización y anunciándole que si una respuesta favorable no era entregada dentro de las doce horas, Alemania procedería por su cuenta a la movilización general. A la misma hora partía otro mensaje para el embajador de Alemania en París ordenándole preguntar al gobierno francés si estaba dispuesto a permanecer neutral en caso de guerra germano-rusa. La respuesta debía ser entregada dentro de las diez y ocho horas. En el caso de una respuesta favorable, Francia debería entregar las plazas de Toul y de Verdun para la duración de las hostilidades como garan-

tía de su sinceridad. En el caso contrario, Alemania se consideraría en estado de guerra con ella.

Por no haber recibido las contestaciones que exigía, Alemania declaraba la guerra a Rusia en la tarde del 1 de agosto y a Francia dos días más tarde. Inmediatamente empezaban las operaciones [71].

Sir Edward Grey y el gobierno inglés habían tergiversado hasta el último. El 1 de agosto, el Secretario de Estado en el Foreign Office admitía aún que Inglaterra podía permanecer neutral en el caso de un conflicto germano-ruso y se negaba a prometer a Paul Cambon la ayuda militar de Inglaterra. Sin embargo, el 4 de agosto, violada por Alemania la neutralidad de Bélgica, el gobierno británico declaraba la guerra al gobierno alemán [72].

---

[71] El Académico Maurice Reclus, en su *Histoire de la Troisième République,* publicada en París en 1948, presenta como una obra maestra la política exterior que condujo a Francia a su "triunfo de 1918"; y esta tesis es valedera tan sólo en la medida en que Francia, gracias a su alianza con Rusia y con Inglaterra, salió del aislamiento en que había caído a consecuencia de la derrota de 1870; pero es falsa si consideramos que dicho "triunfo" dejó a Francia enteramente agotada como lo demuestran los acontecimientos de 1939-40. El señor Reclus, una vez en tan buen camino, hubiera podido sistematizar su razonamiento y sostener, del mismo modo, que la política exterior francesa posterior al "triunfo de 1918" determinó su "triunfo de 1945", que le ha procurado el poco eminente lugar que ocupa ahora —y, es de presumir, para mucho tiempo— en el concierto de las naciones. La dialéctica del ilustre académico consiste en fin de cuentas en lo siguiente: Francia yace agotada y no se puede levantar. ¿Qué ha sucedido? Ha cosechado dos "triunfos".

Todo ello significa que las alianzas valen tan sólo por el uso que se hace de ellas y que el uso que Francia hizo de sus alianzas con Rusia y Gran Bretaña no merece el mínimo elogio. A este respecto, Fabre-Luce señala muy justamente: "A partir de 1912, Poincaré, concediendo a Rusia en los asuntos balcánicos un apoyo que no habíamos obtenido de ella durante la crisis marroquí, transportó a San Petersburgo el centro de gravedad de la alianza y, al mismo tiempo, esterilizó la Entente cordial franco-inglesa. En efecto: el gobierno de Londres, inquieto al ver apuntar un belicismo franco-ruso, se volvió reticente y no dió a tiempo (contrariamente a lo que había hecho en 1911 cuando la crisis de Agadir) la advertencia que hubiera hecho retroceder a Alemania. Cuando se han apurado todos los archivos de este período, hay que volver a la fórmula..., según la cual la política de Poincaré era: Rusia interviniendo demasiado pronto e Inglaterra interviniendo demasiado tarde" (*Le siècle prend figure;* traducción española: Madrid, 1950).

Esto es tan cierto que Poincaré no ignoraba que, cuando la conclusión de la alianza franco-rusa, Alejandro III y el general de Boisdeffre habían admitido que una movilización equivalía a una declaración de guerra (Cfr. en el presente trabajo: Parte I. cap. VII), lo que no le impidió, al ser informado de los proyectos de movilización de San Petersburgo, dar a su aliado, no consejos de prudencia como pretende el telegrama de Paléologue reproducido en el *Livre jaune* francés, sino consejos de guardar el secreto, como demuestra el telegrama de Isvolskiy en el *Livre Noir* difundido después de la guerra por el gobierno soviético.

[72] Ahora, es decir, teniendo en cuenta las lecciones que nos proporcionan los acontecimientos consecutivos al segundo conflicto mundial, sabemos qué hay

Escribe Vilfredo Pareto: "Entre las circunstancias por las cuales se mantienen las rivalidades entre los pueblos y se refuerzan los sentimientos de enemistad, ocupan su lugar las disparidades de religiones y de instituciones políticas. Tales hechos fueron pocas veces motivos directos de guerra... Habitualmente constituyen tan sólo motivos indirectos, es decir, que, al actuar sobre los sentimientos, actúan sobre la guerra y la paz...

"Hoy se debe hacer semejante observación. Si intentamos clasificar las inclinaciones políticas de los pueblos actualmente en guerra, la

---

que pensar de las tentativas de denunciar responsabilidades en materia de conflictos bélicos. En estos asuntos el historiador debería saber más que nadie que a toda sentencia, por bien fundamentada que esté, corresponde siempre un veredicto, tan bien documentado, por parte del bando opuesto.

Para atenernos a los orígenes del primer conflicto mundial, la verdad, tal como surge de los documentos, es que en julio de 1914 se creyó por una y otra parte encontrar una oportunidad favorable que no había que desperdiciar: mientras Alemania y Austria-Hungría, si bien deseaban alcanzar un éxito de prestigio a expensas de Belgrado y no buscaban una extensión del conflicto, no retrocedieron ante semejante eventualidad, Francia y Rusia, aunque se encontrasen en la imposibilidad de tomar la iniciativa, se precipitaron sin muchas vacilaciones sobre la oportunidad del ultimátum austro-húngaro a Servia. Podemos decir, pues, que los dirigentes de los grupos antagónicos pasaron de la paz a la guerra porque encontraron complicidades evidentes entre sus contrincantes; y ello significa que, igualmente responsables por un lado, los dirigentes de la política internacional franco-rusa y germano-austriaca, están igualmente desprovistos de responsabilidades por el otro.

Dejemos de lado a Berchtold y al emperador Francisco José; del primero conocemos el bajo nivel intelectual; del segundo sabemos que su avanzada edad no le permitía ocuparse con empeño de los asuntos de Estado. Austria-Hungría, en este asunto de las responsabilidades, no representa más que un papel secundario si tenemos en cuenta que la desaparición de Francisco Fernando hizo pasar la dirección de la diplomacia austriaca a las manos del grupo militar inspirado por Conrad que no actuaba más que en función de Alemania. Esta, a su vez, se movía solamente en función del grupo franco-ruso cuyos dirigentes (Poincaré-Paléologue e Isvolskiy-Sazónov) no querían echar a perder la magnífica oportunidad a ellos brindada por el asesinato del Archiduque, pero, más aún, en función de la diplomacia británica cuyo inspirador, sir Edward Grey, se reservaba. La política de fuerza personificada por Guillermo II y Bethmann-Hollweg, por otra parte, no se había vuelto tal a partir del asunto Liman von Sanders sino por temor a la tenaza franco-rusa que, desde las guerras balcánicas, se iba cerrando sobre los Imperios Centrales. Los documentos diplomáticos de que disponemos revelan, empero, que una intervención, inclusive extraoficial, por parte de Inglaterra, —de soberano a soberano por ejemplo— hubiera sido suficiente para tranquilizar al Hohenzollern. Poincaré, por su cuenta, siempre pretendió que no hizo nada para envenenar la situación consecutiva al atentado de Saraievo, pero Jean-Louis Malvy, el último ministro sobreviviente del gobierno francés de 1914, ha jurado "sobre su madre y sus hijos" que Poincaré, cuando la situación amenazó con arreglarse, declaró en consejo de ministros que "crearía, si fuere necesario, un incidente de fronteras". En suma, si en 1914, ningún gobierno europeo deseaba la guerra, ello implica que la paz europea hubiera podido ser salvada por poco que París lo hubiese deseado y Berlín no se hubiese dejado coger en la trampa de la diplomacia franco-rusa, pero sobre todo si Gran Bretaña hubiese intervenido

disparidad entre las de los Imperios Centrales y las de Francia y del Imperio británico se hacen manifiestas inmediatamente. Las primeras son llamadas *militaristas* por los enemigos y también por los amigos de Alemania, los segundos son llamados *democráticos* por los amigos de Francia y de Inglaterra; y los pueblos de estos países dicen que luchan por las instituciones democráticas a las cuales dan además el nombre de *libres*. En todo caso, este contraste está admitido por todos y no puede ser excluído de los motivos indirectos del reciente conflicto. Excepción aparente es Rusia; parece extraño que su gobierno, llamado despótico, pueda tener designios comunes con los gobiernos democráticos; pero, en realidad, Rusia está dirigida por una burocracia y ésta se aproxima mucho a las burocracias democráticas al mismo tiempo que se aleja igualmente mucho de las burocracias militares y aristocráticas de Alemania y de Austria...

"La dirección de los pueblos occidentales, aunque se la llame *democrática* es en realidad la de una plutocracia democrática que, ahora, tiende a la plutocracia demagógica...

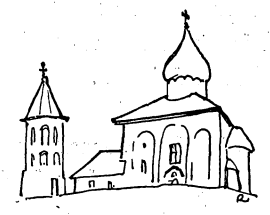
"Ni los demócratas ni los plutócratas de los pueblos occidentales querían la guerra y si ésta hubiese dependido de su voluntad jamás la hubieran hecho; pero ¿la prepararon sin saberlo al mirar en sus discusiones el interés inmediato sin preocuparse mucho del porvenir? Ello sucede muy a menudo y muchos son los casos en que vemos a los hombres políticos llegar donde nunca hubieran querido ir. Si demócratas y plutócratas hubiesen sido menos ávidos, menos pródigos, por propio interés y por designios electorales, de la fortuna pública y si de este modo Francia e Inglaterra hubiesen estado mejor preparadas para la guerra, puede que Alemania no las hubiese atacado... Quien cree que la guerra está determinada por la declaración que se hace de ella, supone que un acto que, sin graves dificultades, se puede hacer o no

---

a tiempo, tanto en París como en Berlín. En fin de cuentas, Francia, Rusia y Alemania son, a la vez inocentes y culpables, como lo es Inglaterra. Pero, si "Europa ha resistido mal la guerra —escribe Fabre-Luce— no es legítimo, como lo hacen algunos, concluir de la igualdad de las responsabilidades de los grupos en presencia. La excusa de los Imperios Centrales es sólo de haber dejado algunas probabilidades a la paz; el error de la Entente es, sobre todo, el no haberlas aprovechado" (*La Victoire;* París, 1924).

En verdad, el error de los historiadores consiste en creer que, en materia de política internacional, las naciones constituyen unidades absolutamente autónomas. En este terreno, las naciones son interdependientes hasta el punto de que sería más lógico hablar de diplomacia europea —se trata aquí del desencadenamiento del primer conflicto mundial— que de diplomacia francesa, de diplomacia alemana, inglesa, etc.

hacer, es motivo de acontecimientos que tienen origen en otras causas poderosas que, en gran parte, son independientes de los casos inciertos de la humana voluntad. Está bien que las multitudes se inclinan a atribuir la *responsabilidad* de la guerra a quien la declara; y es por esto que, actualmente, cada Estado se las arregla para que el enemigo sea quien declara la guerra..." [73].



[73] V. Pareto, *La guerra e i suoi principali fattori sociologici.* In revista *Scientia;* Milán, marzo de 1915.

CAPITULO XIV

NACIMIENTO Y MUERTE DE LA UNION SAGRADA

El decadentismo en la vida y en las artes - De Balmont a Alejandro Blok: la edad de plata después de la edad de oro - Las nuevas corrientes estéticas - Gumiliov, el poeta soldado - La Unión Sagrada en función directa de las operaciones militares - Debilidades rusas - Primeras operaciones militares: de Galitsia a Prusia Oriental - El misterio Rennenkampf - Característica de esta guerra: Rusia ataca cada vez que sus aliados lo necesitan - Nicolás II en el mando supremo - El juego franco-inglés en Rusia - Conspiraciones de palacio e intrigas parlamentarias - Transformación de la opinión pública y oportunismo de los Grandes Duques - El escándalo Raspútin, el mito del consentimiento general y la impotencia militar rusa - La traición de las *élites* - La revolución de Febrero.

Ninguna esperanza de próxima revolución debía por cierto abrigar en su ánimo Lenin cuando escribía, el 1 de noviembre de 1914, en *Sotsial-demokrát*: "...urgente es el deber del proletariado consciente de mantenerse unido en su terreno de clase, de defender su internacionalismo, sus convicciones socialistas contra la orgía de "chauvinismo" de la "patriótica" camarilla burguesa de todos los países. Renunciar a esta tarea equivaldría, por parte de los obreros conscientes, a renunciar a todas las aspiraciones emancipadoras y democráticas, sin hablar ya de las socialistas.

"Con profunda amargura es preciso subrayar que los partidos socialistas de los principales países europeos no han cumplido esa tarea suya, y la conducta de los jefes de dichos partidos... linda con la franca traición al socialismo. En el momento de la mayor trascendencia histórica mundial, la mayoría de los jefes de la actual Internacional, de la II Internacional socialista (1889-1914), se esfuerzan en suplantar el socialismo por el nacionalismo. Gracias a tal conducta, los partidos obreros... no se han alzado contra la criminal actitud de sus gobier-

nos, sino que han llamado a la clase obrera a *fundir* su posición con la de los gobiernos imperialistas" [1].

La causa de este despecho reside enteramente en el fenómeno político y psicológico que acompañó en Rusia el estallido de la guerra, la Unión Sagrada que, como en los demás países beligerantes, agrupó todos los sectores de la opinión pública alrededor del régimen establecido, para la empresa común. A excepción de la ínfima minoría de los diputados bolcheviques que fueron inmediatamente arrestados y deportados a Siberia como derrotistas, todos los partidos y grupos ideológicos dieron su adhesión a la política de guerra y renunciaron a sus antagonismos. Alejandro Kérenskiy, jefe de los *trudoviki* [2], Friedman, representante del *Bund* hebraico, Plejánov, inspirador del menchevismo, el mismo príncipe Kropotkin, pontífice máximo del anarquismo eslavo, no hicieron sino alinearse junto a los "octubristas" de Gúchkov y los nacionalistas de Purishkiévich. Y si bien es cierto que derechas e izquierdas, al acatar los principios de la Unión Sagrada, obedecían a presupuestos muy diferentes, ya que las primeras buscaban la realización de los designios tradicionales de la política imperial, es decir, la conquista de Constantinopla y de los Estrechos, y las segundas proclamaban la necesidad de la "guerra democrática" contra el imperialismo germánico, el gobierno de Goremíkin se vió liberado de la noche a la mañana de los problemas internos que, desde el principio del año, habían vuelto a preocuparlo. Tanto es así que no vaciló un instante en encarcelar a los diputados de la fracción leninista mientras la mayoría de los obreros industriales de Petersburgo estaba desarrollando una huelga en cuyo origen se encontraban dichos representantes. Con la guerra y con estas arrestaciones la huelga se acabó y los proletarios aceptaron, como los demás rusos, el aplazamiento de sus reivindicaciones hasta la victoria. De suerte que podemos comprobar la existencia de una verdadera unanimidad nacional alrededor de la idea de una guerra enérgica contra los Imperios Centrales, fenómeno que no se había manifestado en lo más mínimo cuando el conflicto con el Japón.

Tan sólo Lenin, Trotskiy y Martov, generales sin tropas, se decla-

[1] Artículo titulado *La guerra y la socialdemocracia de Rusia,* publicado en el tomo II de las *Obras escogidas* de Lenin cuya recopilación se debe al Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú.

[2] Laboristas, de *trud* trabajo. Lo que, al poco tiempo, no impidió que Kérenskiy adhiriera a los presupuestos derrotistas de la conferencia del Zimmerwald. Veremos pronto que la firmeza de propósitos nunca fué la principal característica del "nuevo Alejandro".

raron desde el comienzo contrarios a la "guerra imperialista", pero ellos también en razón de principios bastante divergentes. Mientras los dos primeros pedían a los trabajadores que aprovechasen la oportunidad para sabotear el esfuerzo bélico y transformar "la guerra imperialista en revolución socialista" con el fin de derribar la autocracia y de instaurar la verdadera democracia de los proletarios, el menchevique de izquierdas Julio Martov abogaba únicamente por una paz inmediata sin anexiones. Propaganda estéril por el momento ya que Lenin y Martov hablaban desde su destierro helvético y que Trotskiy se encontraba en la imposibilidad de expresarse muy claramente por residir en Francia primero y luego en el Canadá, países aliados de Rusia que no hubieran admitido su propaganda. Y los agentes del derrotismo en Rusia eran, o bien mediocres personalidades, o bien gente sometida a la vigilancia despiadada de la Ojrana.

Sin embargo, la adhesión de la opinión pública rusa, en su conjunto, a la política y a la acción del gobierno zarista no debe ilusionarnos en demasía porque descubrimos al examinarla detenidamente que constituye un fenómeno más bien negativo y en nada comparable a la unanimidad dinámica, y nunca desmentida ni aun en los peores momentos de la guerra, que caracterizó la vida política en Francia, en Inglaterra y en Alemania durante este primer conflicto mundial. Antes de entrar en el examen de los acontecimientos bélicos propiamente dichos, se hace, pues, necesario estudiar los motivos de esta diferencia.

Mejor que en cualquier otro sector de la vida rusa, encontramos lo esencial de estos motivos en el proceso de transformación espiritual sufrido por la *intelliguentsiia* a partir del final de los años 80, ya que este proceso, por expresar con rigurosa precisión todos los matices de la vida nacional, nos entrega el panorama real de las inquietudes que encuentran su coronamiento en la Revolución de Octubre.

El período que va de la desaparición de Dostoievskiy y de Turguéniev (1881-1883) a la caída del Zarismo en 1917, está marcado por un desconcierto espiritual y moral desesperante. Del mismo Tolstói, que les sobrevivió casi un cuarto de siglo, podemos decir que desapareció al mismo tiempo que ellos ya que la publicación de su *Anna Karénina* en 1878 coincide con su decisión de romper de modo violento con su pasado estético y señala en verdad el final de la gran epopeya de las Letras rusas en el siglo XIX. A Gógol, a Dostoievskiy, a Turguéniev, al primer Tolstói, suceden Chéjov, Sologub y Korolenko; Alejandro Blok y Constantino Balmont reemplazan a Púshkin, a Lér-

montov y a Tiutchev. Y Korolenko, Sologub y Chéjov, como Balmont y Blok, no son más que epígonos aun si quitamos a esta palabra todo sentido peyorativo. Aquéllos cantaban la Rusia que surge y se expande en una triunfante edad de oro; éstos, representantes de una edad alejandrina podrida, la Rusia que perdió su norte y sigue un camino tenebroso cuya dirección les es desconocida. Como señala muy justamente Renato Poggioli, después de una clásica edad de oro, estos últimos escritores expresan perfectamente una edad "enferma y pecadora... en que los principios de la *intelliguentsiia* buscaron para sí y para su pueblo mil caminos, lo estudiaron todo, todo lo probaron, sin adoptar una fe, sin construir una iglesia; apóstoles y heresiarcas a un tiempo, pobres y disipadores, prepararon con sus manos una suerte más grande que ellos, un destino que renegó de ellos y los ha destruído: una nueva edad de hierro, vaticinada en sus tiempos por las bombas de los atentados, que tuvo su advenimiento con la Revolución de Octubre, y que aún pesa, como una promesa y una amenaza, sobre Rusia, sobre Europa y sobre el mundo" [3].

Los años que siguen a la muerte de Dostoievskiy y a la anulación de Tolstói por sí mismo pueden ser considerados como de transición y no aportan nada válido desde el punto de vista espiritual fuera de las ideas filosóficas de Soloviov; pero un hecho, importante a pesar de su exterioridad, los señala: el centro de la cultura rusa se desplaza de Moscú a San Petersburgo. A partir de 1890, en efecto, novelistas, poetas y pensadores abandonan la capital milenaria surgida lentamente, a través de los siglos, de la vieja tierra rusa y se radican en la metrópolis artificial que, en la irrealidad brumosa del septentrión, nutre su existencia de invernáculo con los miasmas deletéreos venidos de Occidente. Y con razón se ha podido decir que hasta 1917 la literatura rusa asume caracteres de Bajo Imperio con su amoralismo refinado y su culto del arte por el arte que vienen a substituir la vieja rigidez ortodoxa y un arte viviente que no buscaba su fin en sí mismo, puesto que brotaba frondoso de la raza, de la sangre y del suelo. Desde ya podemos señalar que tampoco carece de importancia el hecho de que, a partir de la Revolución, se registrará el fenómeno inverso, la vuelta a Moscú de los escritores rusos.

Por el momento —en el período de la primera "emigración"— los espíritus estaban como oprimidos por una especie de insatisfacción

[3] R. Poggioli: *Il fiore rel verso russo,* Prólogo; Turín, 1949.

místico-religiosa a la cual el nombre de *decadentismo* conviene perfectamente como conviene a todas aquellas épocas en que una fe escasa coincide con una extrema civilización a punto de desaparecer. Toda actividad espiritual se extrovierte, todo obedece a la necesidad del espectáculo y, a través de las artes decorativas, de la ópera y del ballet, desemboca en el tedio y en la nada. Y no es una simple casualidad que los maestros del pensamiento se llamen Merezhkovskiy, con su misticismo antitético; Shéstov, que encuentra la fuente de su desesperación en Dostoievskiy y la base de su filosofía del "egoísmo absoluto" en Nietzsche; Rózanov, tironeado entre el ascetismo cristiano y el erotismo sádico de las sectas.

Pero, quizá más que los filósofos, los poetas serán quienes nos entreguen la clave del desconcierto espiritual que se extiende sobre Rusia a partir del comienzo del siglo. Se nos presentan numerosos en una falange compacta. Ninguno de ellos es mediocre, algunos son grandes. Profundamente pesimistas, ansiosos de consuelos vagos, proclaman su ruptura total con sus antecesores de la escuela primitiva ya que ven en su concepto naturalista del mundo, en su adoración ante la ciencia, en su radicalismo político basado en la visión utópica de una sociedad perfecta realizable por la acción directa, las causas esenciales de la decadencia en que han caído las letras rusas. Y su enemigo, el generador de estos conceptos, será Biélinskiy considerado por ellos como el corifeo de todo aquello que ha llevado a esta decadencia. Al positivismo filosófico del *Vissarione furioso* y de sus discípulos substituyen un idealismo metafísico que se alimenta, al mismo tiempo que en la tradición religiosa, en conceptos místicos heterodoxos; al radicalismo de las generaciones liberales substituyen un extraño mesianismo que quiere preparar la reforma social necesaria a través del retorno a una extraña Edad Media y, lejos de considerar como aquéllos la literatura como documento de propaganda, quieren crear una nueva conciencia estética generadora de obras de arte suficientes a sí mismas.

Cuando, en sus *Causas de la decadencia de la Literatura rusa,* Merezhkovskiy expresó las tendencias y los deseos de las "nuevas corrientes", habló asimismo de Renacimiento y es cierto que en sus intenciones el movimiento estético antipositivista se presentó como una consciente palingenesia crítica. Después de un largo olvido, Púshkin volvió así a ocupar el primer lugar en el Olimpo poético y Dostoievskiy, en razón del heroísmo trágico de su figura, fué considerado como el primer genio nacional. De la literatura occidental, se abandonó la

tendencia cientificista y materialista para adherir a la aristocrática e individualista representada por Nietzsche, por los prerrafaelitas, por Baudelaire y por Poe, por Verlaine y Mallarmé, por Ibsen y Wagner.

Merezhkovskiy, considerado justamente como el jefe del primer Simbolismo, pero no tanto por sus versos como por sus teorizaciones estético-filosóficas, partiendo del Superhombre nietzscheano llegaba, a través del concepto Dios-Humanidad de Soloviov, a una visión maniqueísta de la Historia como expresión del dualismo alma-cuerpo, Bien y Mal, cielo-tierra, Cristo-Anticristo; antitetismo que Vasiliy Rózanov querrá superar, al identificar a Dios con Eros, la religiosidad con el sexo. Asimismo Liev Shéstov, adaptando los conceptos dostoievskianos y nietzscheanos de sus comienzos a su "filosofía de la tragedia", formulará su célebre tesis de la religiosidad y de lo divino como expresiones metafísicas situadas más allá de los valores morales, "más allá del Bien y del Mal".

Como Baudelaire y los pensadores occidentales, los rusos de la primera escuela simbolista consideran el Mal como elemento necesario a la vida del Cosmos y no ya como elemento negativo, como pecado. Para ellos, más allá de la conciencia cristiana de Dostoievskiy, el Mal constituye la misma condición humana, es la señal que distingue a Prometeo, es decir, la prueba de la libertad del hombre, de su dignidad y de su conciencia. Movimiento estético que, fatalmente, debía desembocar en el nihilismo.

Como poetas, estos hombres no se llamaban Decadentes a sí mismos —aunque ahora se los distinga con este nombre de la generación lírica posterior— sino Simbolistas, tanto para proclamar su parentesco con los Occidentales que habían adoptado como maestros, como porque Merezhkovskiy había titulado *Símbolos* su primera obra poética. A esta generación decadente-simbolista pertenecen, además del jefe de la escuela y de su esposa la poetisa Zenaide Hippius, poetas auténticos como Balmont, Valerio Briusov y Fiódor Sologub. Pero, después de sus comienzos esencialmente esteticistas, el Decadentismo ruso genera, alrededor de los trágicos acontecimientos de 1905, la escuela a la cual se ha dado el nombre de simbolista. En esta fecha es cuando asume su verdadera significación la distinción entre Decadentismo y Simbolismo. Y Simbolistas serán Andrés Bieliy, Venceslao Ivánov y el más grande de todos, Alejandro Blok.

En su interpretación de los maestros occidentales —que unos y otros adoptan como tales— encontramos el primer motivo de su discre-

pancia ya que mientras, para los Decadentes, estos maestros no son sino ejemplos de arte, de poesía y de cultura, para los Simbolistas son los depositarios de una alta sabiduría mística y órfica. Los primeros se contentan con estetismo, culto de la forma, religión de la belleza y su filosofía desemboca en un acto de puro nihilismo; y los segundos, si bien representan a su modo todo esto y lo hacen también con la clara conciencia —viviente y trágica a la vez— de la quiebra de sus esperanzas, prosiguen, empero, su búsqueda más allá de todos los fracasos.

Sologub empezó por afirmar en una verdadera apoteosis de sí mismo:

Yo soy completo, soy el único Dios...

y Zenaide Hippius:

Como un Dios, me adoro a mí misma...

Poetas crepusculares en suma que, a lo largo de su camino, encontrarán la desesperación más absoluta que el mismo Sologub expresa en nombre de todo el grupo cuando confiesa:

Viandantes de una noche sin estrellas,
buscadores de obscuro paraíso,
tuvimos fe en nuestra propia vía
y soñamos las luces del empíreo.
Pero nos detuvimos en la puerta,
postrados de vergüenza y de angustia.

Aunque en reacción contra el Decadentismo— ellos fueron quienes dieron al movimiento merezhkovskiano el nombre que le ha quedado— los Simbolistas encuentran en él su condición primera de existencia. Salidos del mismo tronco, invocando los mismos maestros, rompieron con ellos porque pretendieron anunciar una nueva fe. "Su función esencial.... fué dar a la poesía nacional o, si se quiere, al Simbolismo ruso, una base metafísica o una intuición religiosa que los Decadentes rusos y los mismos Simbolistas europeos... habían desconocido" [4].

Para ello, Bieliy, Ivánov y Blok predicaron una doctrina cuyos elementos constitutivos, incoherentes y disparatados, eran los que mejor podían seducir y conquistar a un público en busca de mitos *Ersatz* que

[4] R. Póggioli: *Op. cit.*

substituyeran su fe perdida hasta que encontrara algo más nuevo y tentador: Nietzsche por un lado, con su individualismo aristocrático, pero también los aspectos más nebulosos del pensamiento místico de Soloviov cuando canta la "Eterna Compañera" que para él no es sino "la dama vestida de sol" del Apocalipsis y que para Blok será el

Eterno Femenino
que viene hacia nosotros
en cuerpo inmaterial...

Nietzsche y Soloviov y los románticos alemanes y, a través de los cismas eslavos y bizantinos, el neoplatonismo por una parte y un mesianismo fantástico por otra que los lleva a pregonar los dogmas obscuros de un nuevo adventismo. Y este conglomerado de aspiraciones enfermizas les proporciona su concepto de la poesía como teurgia que los acerca mucho más que al satanismo de Baudelaire y de los Simbolistas franceses al Nerval de las *Quimeras*.

Por esta razón, más que en el Decadentismo el público quiso reconocer sus propias inquietudes en el Simbolismo, aceptó su predicación y, en sus esperanzas de un Adviento mistagógico, lo consideró como un ideal que debía concretarse en una inminente revelación. Y así vemos cómo al exotismo de los Decadentes se substituye, en infraestructura, el hermetismo y el ocultismo místico de los Simbolistas; cómo en el temperamento, psicológico del público y estético de los poetas y de los pensadores, señorean elementos morbosos y neuróticos, a la vez narcotizantes e hipnóticos.

Movimiento éste que debía desembocar igualmente en el fracaso y, por consecuencia fatal, en la desesperación y en la muerte. La profunda melancolía que embarga el alma de Alejandro Blok cuando ve quebrar, muy pronto después de 1905, sus tentativas de divinizar lo humano suscita en él el deseo inverso de destronar lo divino, de desangelizarse a sí mismo, deseo que es renunciación al ideal de la adolescencia. Y así puede decir a su musa:

Tus melodías más secretas
son anunciaciones funestas...

y caer, él también, en un *taedium vitae* que, ya despojada su lírica de los símbolos con que cincelaba sus *Versos de la Bellísima Dama,* encuentra un pretexto para llorar en los objetos más nimios:

Un reflejo de nostalgia,
calle lámpara farmacia...

Y vida y muerte bien y mal
hay en toda encrucijada:
noche y hielo en el canal —
calle lámpara farmacia.

Para combatir los efectos destructores del Simbolismo, que no había sido, en Rusia como en Occidente, sino un romanticismo redivivo, la reacción lírica no podía ser sino expresión de un clasicismo redivivo. Y neoclásicos fueron todos aquellos movimientos que quisieron emprender esta reacción necesaria: en Inglaterra, Rudyard Kipling, poeta imperial, reemplaza a Oscar Wilde, poeta anarquizante; en Francia, el Simbolismo retrocede ante la *Escuela románica* cuyos fundadores, Jean Moréas y Charles Maurras, oponen al romanticismo dionisíaco de sus antecesores el clasicismo de la medida y de la razón, al alejandrinismo disolvente de un Pierre Loüys su retorno a los ideales espirituales del Renacimiento y de Atenas.

En Rusia, la escuela neoclásica o, si se busca más exactitud, la reacción contra el Simbolismo romántico, encuentra su expresión más elevada en el movimiento *akmeísta* [5], cuyo florón más representativo es Nicolaï Stepánovich Gumiliov, antítesis en su obra como en su vida y en su muerte de Alejandro Blok

La crítica que Nicolás Gumilióv y Sergio Gorodetskiy, fundadores del *Akmeísmo,* formularon contra el Simbolismo, más que metodológica, es filosófico-ética, puesto que establece que el poeta, ante lo desconocido y los misterios metafísicos, si bien tendrá que sentir su trágica presencia, no deberá "ofenderlos con conjeturas más o menos probables", afirmación que implica una nueva relación entre el alma del hombre y el alma del mundo, "entre sujeto y objeto", ya que "la lucha entre Simbolismo y Akmeísmo es ante todo una lucha por este mundo resonante y abigarrado: por el mundo de la forma, del peso y del tiempo; la lucha por este nuestro planeta. Después de tantas "repulsas", el mundo debe ser aceptado sin reservas, con todas sus variaciones..." [6].

---

[5] Del griego *akmé,* cumbre.

[6] Los dos manifiestos del Akmeísmo fueron publicados en la revista petersburguesa *Apollo* en 1912. Los pasajes citados por mí figuran en la obra señalada de R. Poggioli y en la *Storia della Letteratura russa* de E. Lo Gatto, ya citada en la primera parte de esta obra.

Así, después de la poesía morbosamente femenina de los Simbolistas, Gumiliov pugnaba por una lírica sana y virilmente objetiva que se opusiera con su sentido de la realidad a los místicos nocturnos de un arte dedicado a la exploración evanescente del mundo de ultratumba. A la aventura de los símbolos, prefería y cantaba la aventura real, la del peligro y la de la guerra. En 1914, este miembro de la *intelliguentsiia* se lanzó en la guerra como uno de aquellos aventureros tan a menudo cantados por él. Por su conducta heroica, como soldado raso primero y luego como oficial de caballería, mereció dos cruces de San Jorge, la más alta condecoración del ejército imperial. Amó el peligro y la guerra, no como fuentes de sensaciones exquisitas, sino como prueba a la cual el hombre se somete libremente para realizarse. Y, en el peligro como en la proximidad de la muerte, siempre vió la presencia del Dios de las batallas frente a quien puede tener que presentarse de un momento a otro, como un soldado que ha cumplido con su deber:

y de pie ante el rostro de Dios,
con simples y sabias palabras,
esperar con calma su juicio.

La muerte, el poeta la esperó con una curiosidad desprovista del menor rastro de estetismo, consciente de haber realizado plenamente su vida y su misión.

Como Alejandro Blok, Gumiliov murió en 1921. Esta coincidencia nos permite comprobar —fuera de toda controversia literaria— cuán diferentes fueron los destinos de estos dos grandes poetas. Uno y otro, en agosto de 1914, habían comulgado en el entusiasmo de la Unión Sagrada, como todos los miembros de su clase, como todos los rusos. Pero Blok no había estimado necesario tomar en la contienda una parte activa y, en la atmósfera rarificada de Petrogrado, no tardó en seguir el mismo camino que los demás intelectuales de la retaguardia que, ante los primeros reveses militares, habían vuelto a sus vocinglerías del tiempo de paz, criticando de modo cada vez más áspero a los generales, a los combatientes, al Emperador y a la misma Rusia. Mientras Gumiliov, en su contacto cotidiano con la muerte, cantaba la guerra y las batallas en que el hombre se exalta, Blok tomaba parte en la conjuración antizarista que aprovechaba la situación de inseguridad creada por una guerra larga y difícil para extenderse poco a poco como una mancha de aceite hasta cubrir todos los organismos del Es-

tado al que llegará a paralizar en febrero de 1917. Y cuando, después del fracaso de los gobiernos Lvov y Kérenskiy, triunfe sin gran esfuerzo la Revolución de Octubre, mientras Blok encontrará en el recuerdo de su antiguo misticismo heterodoxo motivos suficientes para dar una adhesión entusiasta al golpe de Estado bolchevique en que quiso ver la realización del mesianismo romántico de su juventud [7], Gumiliov —fiel a su pasado de patriota y de soldado— empuñará de nuevo las armas para reivindicar la monarquía derribada. Después del triunfo de los bolcheviques sobre las tropas blancas, mientras Blok, por fin desencantado, se abandonará a su incurable pesimismo y, encerrándose en sí mismo, sucumbirá bajo el peso de la desesperación, Gumiliov, lejos de renunciar a la lucha, conspirará contra los vencedores y caerá bajo las balas de un piquete de ejecución.

Muertes enteramente conformes a sus vidas ya que vienen a coronar, la primera, una existencia tejida de sueños irrealizables y podridos, la segunda, un camino recto y noble sembrado de alegría y de pureza. Vidas también conformes a estas muertes y que nos entregan en su trágico microcosmos las dos faces del hombre ruso en el nacimiento de la Unión Sagrada y en su muerte que es la muerte de la vieja Rusia.



V

El fenómeno, más exterior y sentimental que profundamente patriótico, que había agrupado todas las tendencias de la opinión pública alrededor del trono, fué tan sólo pasajero. Mejor dicho, la trayectoria de la Unión Sagrada, lejos de tenderse más vigorosamente a medida que la guerra se hacía más difícil y larga, lejos de fortalecerse a medida que las penurias interiores se agravaban y que se sucedían los fracasos militares, encontró en estos fracasos y en estas penurias un obstáculo contra el cual, muy pronto, se quebró de modo irremediable.

Es cierto que Rusia entraba en esta guerra en condiciones infinitamente más desfavorables que sus aliados y sus mismos enemigos, tanto por sus características interiores como por su situación militar. Para ella, el hecho de ser potencia exclusivamente continental era muy desventajoso puesto que la guerra a lo largo de todas sus fronteras para-

[7] Una prueba de esta adhesión la constituyen sus dos últimas grandes composiciones poéticas, *Los Escitas* y *Los Doce,* escritas inmediatamente después de la Revolución de Octubre.

lizaba sus importaciones de material bélico y de maquinarias, hecho que el rendimiento —todavía insuficiente— de sus industrias no venía a compensar. Es muy necesario insistir en este estado de cosas ya que condiciona muchos de los acontecimientos que llevarán al derrumbamiento del Imperio y, en una proporción nada desdeñable, a la misma revolución.

Encerrada en el Báltico por la poderosa armada alemana y en el Mar Negro por la presencia en los Estrechos de una potencia enemiga, disponía tan sólo de una entrada marítima permanente, Murmansk, ya que las otras dos, Arcángel, en el Mar Blanco, y Vladivostok, en el punto más excéntrico de sus posesiones extremorientales, estaban bloqueadas por el hielo durante una gran parte del año. Esta situación geográfica como el hecho de que la política de industrialización emprendida por Witte, por ser de fecha reciente, no había podido aún proporcionarle, ni siquiera de modo relativo, su independencia en materia de fabricaciones industriales, tenían que pesar fuertemente sobre su situación militar a la cual daban algunos caracteres de debilidad en el conjunto bélico de la *Entente* [8].

Esta situación particular del aparato militar ruso había sido tenida en cuenta por el estado mayor imperial cuando, en su reforma de las fuerzas armadas emprendida después del conflicto con el Japón, había previsto que en el caso de una conflagración general europea, Rusia representaría un papel meramente defensivo frente a Alemania y concentraría lo esencial de su esfuerzo ofensivo contra Austria-Hungría. Intención perfectamente lógica desde el punto de vista estratégico pues-

---

8 En lo que concierne a las operaciones en las cuales tomó parte el Ejército ruso durante la primera guerra mundial, me parecen esenciales las obras siguientes: General N. Golovin: *The Russian Army in the World War;* New York, 1931; C. Reisoli: *La grande guerra sul fronte orientale dal Baltico al Mar Nero;* Boloña, 1939. V. Gayda: *La crisi di un Impero;* Turín 1924. M. Hoffmann: *La guerre des occasions manquées suivi de la vraie bataille de Tannenberg;* París, 1924. A. M. Zaionjikovskiy: *Mirovaia Voiná. Maniovreunii period 1914-1915 godov na rússkom evropéiskom tieátrie* (La guerra mundial. El período de maniobra sobre el teatro ruso europeo en los años 1914-1915); Moscú-Leningrado, 1929; del mismo: *Les Alliés contre la Russie, avant, pendant et après la guerre;* París, 1929; del mismo: *I preparativi della Russia per la guerra imperialistica;* en "Rivista Militare Italiana"; Roma, 1931.

Para situar dichas operaciones en el marco de la contienda mundial, se consultará con provecho: H. Bidou: *Histoire de la Grande Guerre,* París, 1938; A. Tosti: *Storia della guerra mondiale,* Roma, 1935; generales Duffour, Daille, Hellot y Tournès: *Histoire de la guerre mondiale* (4 vols.); París, 1936-1937.

La obra de I. Danilov: *La Russie dans la guerre mondiale,* París, 1927, es mediocre; no es más que una defensa *pro domo* debida al gran responsable de los desaciertos estratégicos rusos del período 1914-1915.

to que, al mismo tiempo que establecía los límites de las acciones militares respectivas, permitía a Rusia enfrentarse, sin desparramar sus fuerzas, con aquél que era su verdadero adversario, por lo menos en las premisas políticas de la contienda. En la lógica como en el espíritu de los jefes del ejército imperial, Rusia debía derrotar a Austria-Hungría para rechazarla de los Balcanes, acabar con Turquía y Bulgaria y provocar la entrada de Italia y de Rumania en la guerra; Francia debía llevar el peso principal de las operaciones contra Alemania, e Inglaterra ayudar a la primera con operaciones navales tendientes a forzar la entrada del Mar Negro y del Báltico.

Es evidente que la parte del programa reservada a Francia no podía resultarle agradable y, pronto, se vió muy claramente que no le sería posible representarla a pesar de la neutralidad italiana que le permitió utilizar, después de la derrota de Charleroi, las divisiones inicialmente destinadas a cubrir los Alpes y que, llevadas hacia el campo atrincherado de París, hicieron factible el milagro del Marne. Pero, mucho antes de la realización de este milagro que, por ser milagro, no podía ser previsto por el estado mayor ni por el gobierno francés, éste había convencido a Petersburgo de la necesidad de considerar a Austria como *"quantité négligeable"* y de volcar todo su esfuerzo contra Alemania atacándola en su parte más vulnerable, Prusia Oriental que, una vez conquistada, abría de par en par la puerta de Berlín. Y no habían faltado en Rusia, entre aquéllos que querían conquistar los Estrechos y Constantinopla, entrategas que se declararon convencidos de que el mejor camino para alcanzar estos objetivos pasaba en efecto por la capital alemana. Los dos hombres que —ya en 1913— dieron una adhesión incondicional a la petición francesa fueron Sazónov y el Generalísimo designado Gran Duque Nicolás Nicoláievich, con su colaborador Iuriy Danílov [9].

---

[9] André Mévil, el periodista y escritor citado a menudo por Charles Maurras en *Kiel et Tanger,* estuvo unido a Théodore Delcassé por una estrecha amistad que le permite recordar a muchos años de distancia los pormenores de la transformación militar de la alianza franco-rusa, que expone en los términos siguientes:

"Delcassé, cuando todavía era ministro de Marina en el gabinete Poincaré, recibió la visita inopinada de un ayudante de campo del zar Nicolás II a él enviado por este soberano para informarlo acerca de los nuevos planes de movilización del ejército ruso.

"El enviado del Zar expuso ampliamente a su interlocutor el proyecto considerado por el Gran Estado Mayor ruso, según el cual la movilización se realizaría lejos de las fronteras, fuera del alcance de cualquier sorpresa, lo que permitiría al ejército ruso entrar en campaña con todas sus fuerzas. Evidentemente,

Según el Gran Duque o, si se prefiere, según el general Iuriy Danílov, Cuartel Maestre General del Ejército ruso, este cambio en las operaciones previstas era muy factible puesto que Rusia, gracias al adelanto tomado con su "estado de preparación a la guerra", disponía de una superioridad numérica abrumadora sobre Alemania que, por haber destinado la inmensa mayoría de sus fuerzas al frente occidental, no mantenía en Prusia Oriental sino escasas fuerzas de protección.

---

ello exigiría un cierto tiempo, pero, con ello, el poderío militar del ejército aliado se vería reforzado considerablemente.

"Delcassé declaró con una franqueza brutal que el nuevo plan de movilización venía a ser, muy sencillamente, la negación misma de la alianza franco-rusa.

—"Aquello que necesitamos, agregó, es que intervengáis lo más pronto posible porque la ayuda rusa nos es indispensable desde el mismo comienzo de la guerra para preservarnos del choque del ejército alemán. No es, pues, detrás de vuestras fronteras que debéis movilizar, sino adelante de ellas de modo a intervenir lo más pronto posible. Este es el espíritu en que fué concluída la alianza franco-rusa y en este mismo espíritu debe ser mantenida hoy más que nunca. Le ruego que lo diga claramente a Su Majestad".

"Naturalmente, Delcassé informó inmediatamente a Poincaré acerca del paso de que acababa de ser objeto. Cuando Poincaré fué elegido presidente de la República, Delcassé, que no pertenecía al nuevo gobierno, fué nombrado embajador en Rusia, en reemplazo de Georges Louis. Llevó consigo a su amigo y compatriota de los Pirineos, el general Joffre que ya tenía en su bolsillo su nombramiento al mando supremo.

"Desde su llegada a Petersburgo, Delcassé tuvo una entrevista con el Emperador a quien convenció sin mucha dificultad, y las negociaciones entre el Gran Estado Mayor ruso, nuestro embajador y el general Joffre empezaron. Desembocaron en la solución que augurábamos y reforzaron el pacto militar franco-ruso. Obtuvimos, en efecto, que 900.000 hombres serían concentrados en Polonia, de los cuales 700.000 en el solo gobierno de Varsovia, y que 115.000 hombres tendrían guarnición en la misma Varsovia con 3.000 cañones; que todas las fortalezas de la frontera recibirían abundantes provisiones de víveres y de municiones; que Brest-Litowsk sería transformada en una fortaleza inexpugnable, con 60.000 hombres dotados de víveres para un año. Finalmente, los rusos se habían comprometido a ponerse en marcha el día décimocuarto de la movilización, compromiso que fué respetado estrictamente.

"Ello permitió al general Joffre, autor de los planes, emprender la batalla del Marne con confianza". A. Mévil, en una carta a la revista "Ecrits de Paris" (julio de 1952).

No son necesarios muchos comentarios para descubrir una de las causas —la principal quizá— de los fracasos rusos de Prusia oriental en el comienzo de las hostilidades. La entrada en campaña fué apresurada para hacer frente a los compromisos contraídos por el Estado Mayor imperial y si tuvo por resultado, en lo que a Rusia concierne, una importante derrota, permitió, por el contrario, que los franceses, vencidos en Charleroi —cuando el ejército ruso no había emprendido aún sus movimientos ofensivos— se salvasen con la victoria del Marne hecha posible por la necesidad en que se encontró el Alto Mando alemán de retirar numerosas divisiones del frente francés para poder hacer frente a la ofensiva Rennenkampf. Fenómeno que se repetirá hasta la ofensiva Brusílov (octubre de 1916), gracias al cual los aliados occidentales se verán sacar constantemente del apuro por su aliado oriental el cual, por su parte, en la imposibilidad de operar por cuenta propia, verá siempre la iniciativa de *sus* operaciones en las manos ya sea de sus asociados, ya de sus enemigos. Y ésta es también una de las causas de la revolución de febrero.

Pero, este nuevo plan, por haber sido establecido apresuradamente y puesto en aplicación sin tardanza en razón de las derrotas francesas iniciales, reveló desde un primer momento una ausencia total de armonía.

El 17 de agosto empezaron las operaciones ofensivas. Las fuerzas rusas habían sido divididas en dos grupos —el I ejército, al mando del general Rennenkampf, y el II, al del general Samzónov— que, partiendo del Niemen medio y del Narew cerca de Ostrolenka respectivamente, debían enlazar, gracias a una maniobra en tenaza destinada a llevarlos al corazón mismo de Prusia Oriental, en la región de los lagos Masúricos. Este mismo día, después de haber derrotado a los alemanes en Stallupönen al noroeste de dichos lagos, Rennenkampf avanzaba sobre Gumbinnen que alcanzaba el 20. Desde allí, para aplicar el plan general de maniobra, Rennenkampf emprendía la persecución de las fuerzas alemanas en retirada. Todo fracasó por culpa del general Zhilinskiy, comandante en jefe del frente noroeste y de su jefe de estado mayor, general Oranovskiy, que no supieron —o no quisieron, como se ha sospechado— coordinar los movimientos de Rennenkampf con los de Samzónov. Este, después de haber franqueado el Narew, tenía que empujar su dispositivo hacia el norte en busca del I Ejército de modo a encerrar la masa alemana en un movimiento envolvente. Las órdenes del mando superior, cuando llegaban, llegaban a destiempo e hicieron perder a Rennenkampf un tiempo precioso que Hindenburg y Ludendorff supieron aprovechar para, en un primer tiempo, atacar al más débil de sus contrincantes, Samzónov, cuyas unidades fueron destruídas en Tannenberg en el curso de una batalla que duró del 26 al 29 de agosto sin que Zhilinskiy se dignara disponer el movimiento del ejército Rennenkampf ni informarlo siquiera de lo que estaba sucediendo. Para realizar esta maniobra, los alemanes habían tenido que retirar apresuradamente dos cuerpos de ejército del frente francés. Y ello, junto al aporte del frente de los Alpes, permitió la victoria del Marne.

Después de Tannenberg, Hindenburg y Ludendorff pueden volver su dispositivo contra Rennenkampf. El 7 de septiembre —está en plena realización el milagro del Marne— lanzan sus fuerzas en una maniobra frontal sobre la directriz Allenstein-Gumbinnen-Kovno. El 9, el comando ruso ordena una retirada general pero la persecución alemana se hace tan arrolladora que, después de la ocupación de Goldap y de la irrupción en el páramo de Rominten, Rennenkampf pierde contacto un tiempo con sus comandantes de cuerpos de ejército

por culpa de Zhilinskiy que dispone de ellos por encima del jefe del I Ejército; pero, muy hábilmente, repliega todas sus unidades sobre la orilla izquierda del Niemen, no sin sufrir gravísimas pérdidas. Esta segunda victoria alemana es conocida en la historia con el nombre de batalla de los Lagos Masúricos [10].

Ambas derrotas así como los éxitos que, por el contrario, señalaron las operaciones rusas contra las fuerzas austro-húngaras de Galitsia demuestran la excelencia de los planes primitivos del estado mayor zarista. Si por una parte, en efecto, los alemanes, agotados por su triunfo, fueron incapaces de llevar operaciones de envergadura al mismo territorio ruso, los austriacos fueron vencidos en su propio terreno, y si Rusia hubiese concentrado todas sus fuerzas contra ellos desde un primer momento, hubiera sido posible derrotarlos completamente tanto más cuanto que Conrad, casi hasta el final de agosto, consideró "inverosímil" una acción rusa en este sector donde envió fuerzas poco numerosas. Pero cuando los rusos comprendieron su error era ya demasiado tarde: por haberse transformado las operaciones sobre el frente occidental en guerra de posiciones, los alemanes se encontraron en la posibilidad de socorrer a sus aliados cada vez que ello se hizo necesario.

En el sector galitsiano, la batalla se encendió como por sí sola. Al final de agosto, fuerzas austro-húngaras habían penetrado profundamente en Polonia rusa donde encontraron, no sólo resistencia sino aquella combatividad que Conrad había estimado "inverosímil" cuando había emprendido su ofensiva con ocho cuerpos de ejército entre el Vístula y Rawa-Russka. Este período, crítico para las fuerzas rusas, corresponde al de las operaciones en Prusia Oriental. Pero socorros enviados apresuradamente por la *Stavka* [11] permitieron fortificar el ala derecha rusa entre el Vístula y Lublin y pasar a la contraofensiva. El 3 de septiembre, las tropas del general Ivánov ocupaban Lvov (Lemberg), capital administrativa de Galitsia, en una progresión en cuña

---

10 En cuanto al "misterio" Rennenkampf, fuente de escándalo para la mayor parte de los historiadores militares, se puede afirmar que no existe desde la publicación de la obra de JEAN SAVANT: *Epopée russe. Campagne de l'armée Rennenkampf en Prusse orientale,* París, 1945, donde el autor establece de modo irrefutable la responsabilidad del grupo Sujomlinov-Danílov-Zhilinskiy empeñado en descartar a un brillante oficial cuyo talento amenazaba su propia permanencia en los altos puestos. Siguiendo paso a paso los movimientos del Ejército Rennenkampf, Savant demuestra que, desde un punto de vista técnico, dichos movimientos son inatacables. No así los de Samzónov que, espantado ante sus responsabilidades, se suicidó inmediatamente después de su derrota.

11 Del verbo ставить, *stávit,* situar, disponer. Por extensión, *stavka* significa Comando Supremo.

que ponía en peligro todo el dispositivo enemigo al amenazar de envolvimiento su ala derecha. Apoyándose entonces sobre su ala izquierda Conrad emprendió la retirada hasta el río San. Los rusos seguían presionando y el 12 de septiembre los austro-húngaros retrocedían hasta el Dniestr en completo desorden, movimiento que permitió a las fuerzas de Ivánov llegar al pie de los Cárpatos, es decir, a las puertas mismas de Hungría y de Bucovina.

Sobre todos los frentes la guerra tendía a estabilizarse. Era difícil, pues, prever ya vastas maniobras envolventes destinadas a la destrucción del adversario por el corte de sus vías de comunicación. Los únicos movimientos posibles en vasta escala se harán desde ahora en vista de una ruptura frontal.

Sin embargo, Francia temía una nueva concentración del esfuerzo alemán e insistía ante Rusia para que volviera a amenazar directamente a Prusia Oriental.

Si bien era cierta la noticia de una concentración de las fuerzas germánicas, ella no se realizaba sobre el frente occidental sino en Alta Silesia con el designio de atacar a Rusia. Y así, al final de septiembre, en unión con los austro-húngaros, los alemanes desencadenaron, entre Lodz y la desembocadura de la Nida en el Vístula, una ofensiva acompañada de otra operación sobre la orilla izquierda de este último río en dirección del San. Este vasto movimiento amenazó de inmediato a Varsovia y a Ivangorod. Después de dos semanas de luchas furibundas, los rusos se lanzaban a la contraofensiva y su caballería desbordaba el ala izquierda alemana que iniciaba la retirada el 20 de octubre.

Poco a poco, la reacción rusa se extendió a todo el sector austro-húngaro hasta la región carpática. El mismo día 20, presionaba con extrema violencia sobre la línea Lodz-Piotrkow-Opoczno-Sandomierz. Después del fracaso de su IX Ejército, los alemanes, reducidos a pocos millares de sobrevivientes, evitaban a duras penas una destrucción total y las tropas de Ivánov, al ocupar parte de Silesia, llegaban a menos de 250 kilómetros de Berlín. En razón de la falta de municiones y del mal estado de sus vías internas de comunicación, se vieron pronto en la obligación de interrumpir su movimiento ofensivo.

Los dos grupos beligerantes habían fracasado en su intento de aniquilación del adversario y el año 1914 se cerraba sobre un presupuesto negativo para ambos. Rusia había sido derrotada en Prusia Oriental pero había vencido completamente a los austriacos en Galitsia y parcialmente a los alemanes en Silesia. Si éstos habían visto des-

vanecerse su sueño de terminar con Francia, le habían quitado sin embargo algunas de sus mejores provincias. Por otra parte, si Turquía había entrado en el campo de los Imperios Centrales y hostigaba con su flota reforzada por los cruceros alemanes *Goeben* y *Breslau* las costas rusas del Mar Negro, el poderoso grupo de ejércitos que había lanzado al asalto del Cáucaso en diciembre de 1914 al mando de Enver Bajá fué completamente destruído durante el mes siguiente.

En el espíritu de los contendientes, 1915 debía ser el año que llevaría a la victoria. Señales de cansancio empezaban a ser visibles en Rusia y, en mayor medida, en Austria-Hungría; del éxito o del fracaso de las primeras operaciones dependerían la entrada en la guerra o la neutralidad de Italia y de Rumania, el mantenimiento del espíritu bélico en Rusia o la permanencia de Austria-Hungría al lado de Alemania. Y todo esto significaba una paz rápida o una guerra interminable con sus terribles consecuencias a la vista.

Durante las batallas del invierno de 1915, las tropas rusas franqueaban los Cárpatos y llegaban cerca de Munkacs. Austria-Hungría estaba amenazada de una derrota total pero Alemania actuó con decisión y ayudó a su aliada a reconquistar la Bucovina sin alcanzar, no obstante, la ruptura del ala izquierda del dispositivo ruso. Sobre el ala derecha, es decir, en el sector de Prusia Oriental, la amenaza alemana preocupaba al Gran Duque Nicolás quien, a comienzos del año, emprendió con fuerzas poderosas una ofensiva en dirección de la línea Soldau-Ostelberg. El 7 de febrero, Hindenburg lanzaba una contraofensiva que llevaba a la capitulación del X Ejército ruso en la selva de Augustow, el 14 del mismo mes, desastre que la conquista de Przemysl, en el sector galitsiano, no llegó a compensar ya que, fatalmente, el carácter impreso a las operaciones desde el principio de las hostilidades siguió dando a la actividad bélica ruso-austriaca un sello de secundariedad.

El frente francés parecía estabilizado por mucho tiempo y el interés del alto estado mayor alemán, al comprender que ante la imposibilidad de derrotar a Francia la única probabilidad de solución rápida se encontraba en el Este, se desplazó decididamente hacia Rusia como lo demuestran la instalación del Cuartel General en Pless, ciudad de la Silesia superior, y la concentración sobre el teatro oriental de todas las fuerzas germánicas no absolutamente necesarias en el frente occidental.

El 27 de abril, la ofensiva alemana empezaba por una maniobra

de diversión hacia Curlandia que alcanzó los alrededores de Libau y de Mitau [12]. Inmediatamente, Hindenburg desencadenaba su verdadera operación en los Cárpatos y el 2 de mayo el frente ruso se derrumbaba en Gorlice, entre el Dunajec y la Wisloka, sector en el cual se desarrollaban batallas furiosas que duraban hasta el 3 de junio, día de la caída de Przemysl. El 22, Lvov era evacuada por las tropas zaristas que, sobre todo el frente, retrocedían hasta las fronteras rusas y el esfuerzo alemán se desplazaba entonces hacia la directriz Posen-Varsovia. Para librarse de la tenaza que, desde Prusia Oriental y desde Galitsia, amenazaba encerrarlos en la "bolsa polaca", los rusos evacuaban la capital de Polonia el 5 de agosto y retrocedían hacia el este para ocupar la línea Vilna-Dvinsk-Riga.

Durante esta retirada desastrosa, las fuerzas franco-inglesas no habían emprendido ningún movimiento importante de diversión sobre el frente occidental, e Italia, que había entrado en la guerra en mayo, no había desencadenado aún operación importante alguna. Hasta el otoño, Rusia tuvo, pues, que soportar todo el peso de las operaciones emprendidas en 1915 por los Imperios Centrales.

El estado en que se encontraba el ejército hacía necesaria una reforma radical, tanto en la composición del comando supremo como en los planes y en la organización general. Razón por la cual Nicolás II eligió este momento de crisis aguda para retirar al gran duque Nicolás su cargo de Generalísimo y para asumir él mismo la dirección de las fuerzas armadas y de las operaciones. Esta decisión, tomada el 5 de septiembre, no pudo impedir la caída de Vilna que tuvo lugar una semana más tarde.

La intención del Emperador al asumir responsabilidades tan trascendentales era evidentemente galvanizar a las tropas y dar, por ende, un nuevo impulso a la combatividad del ejército algo mermada por los fracasos sufridos desde el principio de las hostilidades. Ayudado por el general Alexéiev, designado para el cargo de jefe del Estado Mayor General, emprendió inmediatamente su obra de reorganización en función de una situación militar que lindaba con la catástrofe. Pero, para ello, necesitaba tiempo y este tiempo tan sólo se lo debían proporcionar los Aliados al atraer sobre ellos el peso de las fuerzas germano-austriacas en Occidente y en los Balcanes, como debían propor-

12 En 1918, Libau y Mitau recibieron los nombres de Liepaja y de Jelgava al pasar a pertenecer al Estado de Letonia.

cionarle los armamentos necesarios a la reorganización del instrumento bélico ruso. Una vez más, fueron ellos quienes pidieron su ayuda.

Lo que queda del año 1915 y todo el año 1916 van a ser empleados por Rusia en socorrer a sus aliados con ataques de diversión que, al gastar de modo definitivo sus fuerzas ya peligrosamente comprometidas, han de quitarle toda libertad de acción y entregarla indefensa a sus enemigos interiores y exteriores.

En octubre de 1915, el ejército servio —irremediablemente derrotado por la coalición germano-austro-búlgara— empieza su dolorosa retirada hacia el Adriático, a través de montañas hechas impracticables por incesantes temporales de nieve, sin elementos de transporte, sin medicamentos y en medio de batallas continuas contra fuerzas veinte veces superiores. Los franceses y los ingleses no pueden hacer nada directamente a favor de su aliado balcánico y piden a los rusos que ejecuten una diversión para atraer —fuera de toda idea de ruptura— lo más posible de las fuerzas enemigas y permitir así a los servios salvar lo que les queda de hombres susceptibles de proseguir la lucha. Al final de diciembre de 1915, el VII Ejército ataca en el sector de Trembovla —el más cercano del teatro balcánico de operaciones— y, al precio de bajas terribles, obtiene este resultado.

El 21 de febrero de 1916, para prevenir una ofensiva francesa que se está preparando, los alemanes echan una masa considerable de fuerzas contra Verdun donde empieza una de las mayores batallas de la guerra. Con el objeto de permitir a sus aliados occidentales salvar un momento crítico que, de prolongarse, puede significar la derrota de Francia, el ejército ruso desencadena, el 18 de marzo, una ofensiva en el sector del lago Naroch y fija así las reservas alemanas que no pueden ser transportadas a Occidente. Si no tiene resultados prácticos para los rusos, esta operación realizada en pleno deshielo permite a los franco-ingleses aprovechar el desconcierto de los alemanes —que, entre el 22 y el 30 de marzo, suspenden sus ataques—, reorganizarse y resistir victoriosamente a partir del 31 cuando se reanuda el asalto contra la plaza fortificada. Las pérdidas rusas se elevan a cien mil hombres.

Hacia la mitad de mayo, las fuerzas italianas que operan sobre el Isonzo son desbordadas por los austro-húngaros que avanzan entre la Brenta y el Adigio. Italia pide a sus aliados una ayuda urgente y efectiva. Esta vez tampoco, los franceses ni los ingleses pueden actuar y Rusia será quien deba contestar al llamamiento. Para ello, se verá obligada a desechar todo el dispositivo que estaba estableciendo en

vista de una ofensiva en el sector de Curlandia y de Polonia y a volcar sus tropas en el sector suroeste, el más próximo del frente italiano.

En estas condiciones tiene lugar la célebre ofensiva Brusílov. Empezada el 1 de junio sobre un frente de cuatrocientos kilómetros entre el Pripech y el Dniestr, consigue en un primer tiempo la ruptura de todo el dispositivo enemigo y realiza ganancias en toda la línea sobre una profundidad que varía de treinta a ochenta kilómetros.

Con tropas sacadas de los demás frentes, alemanes y austro-húngaros atacan con fuerzas superiores y con un margen de superioridad aplastante en materia de artillería pesada, y pueden ocupar Kovel, lo que pone un término a la ofensiva rusa. Esta vez también, el aliado que se trataba de ayudar ha sido salvado puesto que, para detener a los rusos, Conrad se ha visto obligado a suspender su ofensiva en Italia y a retirar de aquel sector numerosas unidades. La acción de Brusílov ha determinado asimismo la ofensiva franco-inglesa sobre el Somme y la entrada en guerra de Rumania al lado de la *Entente*.

Esta nueva aliada debía causar a Rusia no pocas desilusiones. Inmediatamente derrotado por los húngaros cuyo territorio había querido invadir, el ejército rumano invoca la ayuda rusa. Nicolás II se encuentra, pues, en la obligación de establecer un frente rumano que impone a sus fuerzas diezmadas una terrible labor suplementaria. Para taponar una brecha de más de quinientos kilómetros abierta por las derrotas rumanas, está obligado a arrojar sobre este frente casi el cuarto de sus efectivos disponibles.

Mal secundada por sus aliados en sus operaciones militares —cuando no ha sido combatida por ellos en su frente interno— Rusia se vió en la necesidad de asumir responsabilidades tan abrumadoras que sus fuerzas combatientes perdieron toda libertad de acción en el momento mismo en que su situación interior, a través de este tan siniestro 1916, la llevó poco a poco al borde del colapso.

V

En el curso de una relación dirigida al Zar en los primeros meses de 1914, el hombre político conservador P. N. Durnovó —quien, en el gabinete Witte, había desempeñado las funciones de ministro del Interior— profetizaba que una guerra desafortunada contra Alemania

no serviría sino para desencadenar en Rusia una revolución social en su forma más extrema, "una anarquía desesperada cuyas consecuencias era imposible prever" [13]. Durnovó, como Witte, era germanófilo y su advertencia podía ser rechazada por expresar un punto de vista interesado. Hemos visto, empero, que muchos hombres políticos, por cierto nada sospechosos de amistades berlinesas —el conde Kokovstsov por ejemplo— habían considerado con inquietud la eventualidad de esta guerra, en el momento más crítico del asunto Liman von Sanders [14]. Y la coyuntura prevista por Durnovó no había sido ajena a esta inquietud.

Desafortunada, esta guerra lo había sido desde el primer momento. Pronto, fuera de los círculos militares y nacionalistas, la Unión Sagrada no fué más que un recuerdo y, desde la primavera de 1915, cuando la ofensiva alemana de Galitsia hubo causado la pérdida de las provincias conquistadas en 1914 y de la Polonia rusa y llevado la guerra al mismo territorio nacional, un pesimismo profundo había invadido los ánimos en la retaguardia.

Además, la guerra había impuesto al ejército bajas que, al término del primer año, alcanzaban cifras muy elevadas [15] y los desastres y los lutos, desde entonces, no habían hecho más que agravarse día a día. Fuera de las estadísticas oficiales rusas que por lo general son poco atendibles, las evaluaciones más serias dan para toda la guerra el cuadro siguiente: 1.650.000 muertos, 3.850.000 heridos, 2.500.000 prisioneros, o sea un total de ocho millones de bajas por quince millones de movilizados [16]. El general Iuri Danílov da cifras distintas cuando habla de dos millones de muertos y de cuatro millones y medio de heridos y mutilados por trece millones de movilizados [17].

Aunque estas cifras no coincidan, de ellas se puede concluir, sin embargo, que el ejército imperial sufrió en poco tiempo una transformación radical tanto por el aflujo a sus filas de elementos de tropa y de oficialidad subalterna ajenos a toda tradición militar, aflujo que por haberse repetido varias veces le quitó su fisonomía secular de organis-

[13] Publicado en la revista soviética Красная Нов, *Krásnaia Nov* (El Noval Rojo), 1922, Nº 6 - Citado por W. H. CHAMBERLIN: *Op. cit., tomo I, cap.* c.

[14] *Supra,* Cap. VII.

[15] 1.410.000 muertos y heridos y 976.000 prisioneros.

[16] Cifras del general N. Golovín: *Op. cit.*

[17] En el tomo III de la ya citada *Histoire de Russie* de P. Miliukov: Cap. XXII-III: *Le rôle de la Russie dans la guerre mondiale 1914-1917.*

mo específicamente dedicado al servicio del Zar e hizo desaparecer de los viejos regimientos todo rastro del espíritu de cuerpo que había sido su característica desde Pedro el Grande, como por el renovarse continuo —en razón de las numerosas bajas— del cuerpo de oficiales hasta entonces guardián celoso de esta tradición y de este espíritu.

Sostener que para ser oficial en la Rusia zarista había que pertenecer a una familia noble es un infundio y quien lo hace de buena fe comete una confusión: puesto que todos los militares al alcanzar el rango de oficial recibían automáticamente la nobleza personal, se ha deducido de ello que había que ser noble para ser admitido a los grados superiores mientras estos grados superiores conferían la nobleza hereditaria a aquéllos que no la tenían. Entre otros mil, los ejemplos del almirante Makárov, el héroe de Port-Arthur, y del general Deníkin bastan para destruir esta leyenda [18]. Hasta 1914, el tradicional espíritu de cuerpo había sido bastante poderoso como para integrarse estos promovidos de origen burgués o humilde y la estructura del ejército no había cambiado mayormente. Con las pérdidas de los primeros meses del conflicto, se hizo necesario hacer acceder a los grados subalternos a elementos jóvenes movilizados, que no se habían señalado, empero, por una vocación militar particular, sino por su valor en el frente o por su nivel intelectual. La mayor parte de estos nuevos oficiales pertenecían a la burguesía pequeña y media, a la clase de los mercaderes pero sobre todo a la *intelliguentsia* más agitada, la de las universidades y de las escuelas superiores. Con la guerra, que obligaba al gobierno a utilizar todos los elementos aprovechables del país, el ejército profesional de antaño hacía lugar a la nación armada. Fenómeno no exclusivamente ruso, ello es evidente, pero que se manifestó en Rusia de modo muy particular. Mientras en Francia, en Alemania y en Inglaterra este mismo aflujo no cambiaba fundamentalmente la fisonomía del ejército profesional gracias a la formación cívica de los pueblos y de clases medias muy conscientes de sus obligaciones patrióticas [19], en Rusia un espíritu crítico acerbo hizo su entrada en los regimientos imperiales a partir de 1915 y actuó constantemente en contra de la disciplina. Entre estos recién llegados y aquéllos que sobrevivían de los antiguos oficiales, los choques debían ser numerosos, como de hecho lo fueron también en los organismos militares de las naciones occidenta-

[18] Cfr. apéndice Nº I.

[19] La segunda guerra mundial se ha desarrollado como se sabe en circunstancias distintas de la primera, en Francia por lo menos.

les. Pero en Rusia donde, como en Alemania, la tradición militar descansaba en instituciones más rígidas que en Francia, estos choques fueron más sentidos y dejaron rastros más dolorosos.

En este caso específico, el aire aportado por los elementos nuevos más arriba indicados, era un aire envenenado y es justo reconocer que los oficiales profesionales tenían toda la razón para desconfiar de los abogados y de los estudiantes que, del día a la mañana, llegaban, gracias a su promoción, al contacto directo de una tropa, compuesta en su mayoría de campesinos sencillos a quienes amenazaban echar a perder con su actitud ajena, en el mejor de los casos, a todo auténtico espíritu militar.

Por otra parte, de vez en cuando, los combatientes obtenían una licencia que les permitía volver por algunos días a su aldea natal donde veían los campos abandonados por falta de brazos; y los brazos que faltaban eran precisamente los suyos. En cuanto a los campesinos que habían permanecido en la retaguardia no podían sino comprobar, día tras día, las numerosas bajas causadas en todos los hogares por la guerra, y sus quejas se hacían más ásperas a medida que se aproximaba el día en que sus hijos debían volver al frente. A su vuelta, estos hombres ya no eran los mismos; confesaban a sus camaradas sus penas o su descontento y les describían las tierras sin cultivar y las granjas manejadas por mujeres, las encrucijadas llenas de mutilados y las ciudades repletas de burgueses acomodados y de obreros fuera del alcance del enemigo. Este estado de ánimo era general entre todos los combatientes, de Francia y de Italia como de Rusia. Pero, aquí, los propagandistas políticos que, con las nuevas promociones, se encontraban en todas las unidades, supieron aprovecharlo mejor que en Occidente [20].

Es cierto que la movilización de quince millones de hombres, casi todos campesinos [21], no tardó en tener repercusiones peligrosas en el sistema de abastecimiento al reducir las disponibilidades de productos alimenticios. Por otra parte, los medios de comunicación y de transporte se revelaron insuficientes para las necesidades civiles ya que el material ferroviario disponible había sido requisado para las necesidades

[20] Las razones de esta maniobra serán explicadas más lejos.

[21] Según Jacques Bainville, una de las causas, si no la principal, de la revolución de Febrero es que, a pedido de Paul Doumer, Nicolás II había procedido a movilizaciones "totalitarias" de reclutas campesinos con el único resultado de acumular en los cuarteles de Petrogrado masas sin empleo que, en razón de la ociosidad en la cual se encontraban, se habían vuelto presa fácil para la propaganda revolucionaria.

militares. A partir del verano de 1915 se llegó al resultado de que las regiones campesinas más afectadas por la baja en la producción fueron Ucrania y Rusia Blanca que eran aquéllas donde debían abastecerse las tropas combatientes [22]. A causa del embotellamiento provocado por los movimientos militares, las escasas carreteras y vías férreas de estas regiones —que ya en tiempo de paz eran las que daban de comer al resto de Rusia europea— se revelaron insuficientes, hecho que provocó en los transportes una situación próxima a la paralización y cuyo primer efecto fué la necesidad en que se encontraron las autoridades de racionar a los habitantes de las ciudades. Este hecho —que se generalizó en todos los países combatientes— fué explotado y, como veremos, agravado por la oposición parlamentaria.

Esta situación, no catastrófica por cierto pero sí preocupante, empeoró considerablemente cuando, en el verano de 1915, el ejército ruso abandonó Galitsia y Polonia lo que tuvo por principal efecto embotellar más aún las vías de comunicación de Ucrania y de Rusia Blanca. El racionamiento en Moscú y en Petrogrado [23] como en los demás grandes centros industriales se hizo más riguroso y sí, contrariamente a lo que aseguran los historiadores miliukovianos y marxistas, el pan no llegó nunca ni a faltar ni a escasear, las mujeres debían someterse a largas horas de espera en las filas que se extendían a las puertas de las panaderías. Una vez más, todo esto que sucedía en París, en Milán y en Berlín como en Petrogrado y en Moscú, fué muy bien aprovechado por la oposición "ilustrada", cuando no agudizado por ella.

Pero esta oposición, en razón de los elementos contradictorios que la componían aprovechó esta situación con designios muy diferentes.

Ante el cansancio que empezaba a manifestarse en las capas medias y humildes de la población y que, ya en el comienzo de 1916, se concretó, en Rusia como en Francia, en el deseo apenas disimulado de ver al gobierno concluir una paz separada o general con los Imperios Centrales, los liberales, mientras saboteaban el esfuerzo de guerra del régimen cuya victoria los descartaría definitivamente del poder, asumían una actitud decididamente hostil a este deseo obscuro del pueblo. Por una parte, criticaron cada vez más abiertamente al zarismo proclamándolo incapaz de llegar a la victoria —lo que constituía una empresa

[22] I. DANÍLOV: *Op. cit., idem.*
[23] El nombre ruso de Petrogrado substituyó al alemán de San Petersburgo en los primeros días del conflicto, medida estúpida entre algunas más.

de auténtico derrotismo y, en fin de cuentas, de traición frente al enemigo— por otra, buscaron apoyos en los ambientes políticos liberales que estaban en el poder en Londres y en París y crearon para ellos la leyenda de la incapacidad y del derrotismo del régimen imperial con el propósito de encontrar fuera de Rusia las justificaciones cuya ausencia en Rusia quitaba toda probabilidad de éxito a la conspiración antizarista. Pero, como nadie, en Londres, en París ni en Petrogrado, podía poner en duda la fidelidad de Nicolás II a las obligaciones asumidas por él para con la *Entente,* se acusó de derrotismo a la Emperatriz en razón de su nacimiento alemán, y a los miembros de su "misteriosa camarilla" a quienes se atribuían intrigas tendientes a la conclusión de una paz separada.

En cuanto a los leninistas —siempre en lucha con los mencheviques y los socialistas revolucionarios cuya actitud no era sino la exageración de la de los Kadetes y de los Octubristas— estaban todavía ausentes. De la postura asumida por Lenin desde 1914 y confirmada por él en los congresos de Kienthal y de Zimmerwald, los trabajadores rusos habían sabido muy poco, de suerte que no pudo representar papel alguno durante los dos primeros años de la guerra. No es inútil, empero, indicar que el pacifismo doctrinario de Vladímir Ilich, por encima de todos los campos de batalla y de todas las censuras, se unía con el pacifismo instintivo de las masas y no tardaremos en ver cómo, en octubre de 1917, lo que hasta entonces no había sido más que una coincidencia casual, llegará a fundirse en un todo dinámico y arrollador.

Los reveses rusos de 1915 no eran más insuperables que las derrotas del Chemin-des-Dames y de Caporetto y vemos sin embargo que, en este último caso, por ejemplo, la derrota hizo posible una unanimidad nacional que Italia no había conocido en el momento de su entrada en la guerra. Los movimientos de descontento que se manifestaron en Rusia a partir de 1916 no eran en su origen más peligrosos que aquéllos que llevaron a los amotinamientos sobre el frente francés el año siguiente. Y, sin embargo, en Francia acabaron por ser superados mientras que en Rusia —donde no hubo ninguna rebelión militar— una huelga provocó el colapso del régimen y el derrumbamiento del frente de guerra.

Por ello, se ha querido dar a la revolución de Febrero explicaciones más ingeniosas unas que otras. Pero no se trata más que de explicaciones capciosas porque olvidan que dicha revolución no tiene su

causa en ningún hecho político preciso, fuera del abandono del Zar por parte de sus sostenes naturales, la mayor parte de los grandes jefes del ejército muy ligados con los varios Rodzianko y Miliukov. Como la de 1905, la revolución de febrero brotó de una serie de elementos negativos entre los cuales las ideas o los programas políticos no ocupaban el menor lugar, pero sí —y un lugar muy extenso— la ambición de algunos politiqueros mediocres a quienes el historiador puede con perfecto derecho achacar el crimen de alta traición en tiempo de guerra.

V

Además de los reveses militares, humillantes en sí, y de sus consecuencias ya señaladas, varios hechos políticos infligieron heridas profundas al orgullo nacional y fueron explotados por la oposición, no sólo sin ninguna prudencia, sino con un histerismo tan desatado que, fatalmente, tenía que provocar reacciones pavorosas en la opinión pública. Cuando, en junio-agosto de 1915, las fuerzas armadas se vieron obligadas a abandonar Galitsia, ello pareció tanto más doloroso cuanto que se supo por las indiscreciones de algunos miembros Kadetes y Octubristas de la Comisión de Asuntos Militares de la Duma, que este grave revés no se debía tanto a una derrota en el campo de batalla como a la escasez de proyectiles y de piezas de artillería pesada que había impedido al Comando emprender la contraofensiva que tenía planeada. Pero dichos indiscretos evitaron cuidadosamente revelar que el *Zemgor* o Unión de los *zemstva* y de las municipalidades, constituído para coordinar el esfuerzo bélico de la nación y que entendía de todo lo que se refería al abastecimiento alimenticio del ejército y de la población, no había cumplido con su cometido como tampoco lo había hecho el comité parlamentario de las Industrias de guerra fundado en 1915 para coordinar las adquisiciones de material bélico y desarrollar su producción en el territorio nacional. Ahora bien, la Unión estaba presidida por el príncipe Lvov, asesorado por Miliukov, y el Comité había caído entre las manos de Gúchkov, jefe del partido octubrista. Uno y otro, que habían recibido sumas muy elevadas del gobierno para realizar su labor, habían gastado dichas sumas no en organizar el abastecimiento ni en la compra de los armamentos necesarios sino en propaganda política... contra el gobierno. Tanto es así que el 30 de junio de 1916, el *Rússkoie Slovo* podía escribir en un artículo que

hizo sensación: "Las Uniones recibieron del Estado subvenciones que oscilan alrededor de los quinientos millones de rublos [24]. Ahora bien, hasta ahora, es decir, desde hace dos años, ha resultado imposible, a pesar de todo requerimiento, obtener de las Uniones una relación justificativa, aunque más no fuera aproximativa, del empleo de estas sumas". El articulista terminaba acusando al Comité de las Industrias de Guerra de haberse erigido en una especie de supergobierno destinado por su presidente a sabotear el esfuerzo de guerra que funcionalmente hubiera debido ensanchar y desarrollar. Acusación que fué confirmada inmediatamente por el ministro de Justicia conde Rujlov quien declaró: "Debemos comprobar que Gúchkov transforma su Comité en una especie de segundo gobierno. Un órgano meramente revolucionario se está formando bajo los ojos del Estado sin intentar siquiera disimular sus propósitos". Y, más lejos: "Resulta singular que este personaje (Gúchkov) encuentre el apoyo de todos los elementos de izquierdas. Se lo puede considerar como muy capaz de aprovechar los acontecimientos para dar el asalto al palacio de Zárskoie Sieló a la cabeza de un batallón amotinado. Es muy lamentable que semejante individuo reaparezca a flote como presidente del Comité de las Industrias de Guerra que puede transformarse en un arma muy peligrosa en su juego político" [25].

Pero gracias a las indiscreciones sabiamente dosificadas por los parlamentarios kadetes y octubristas, voces de traición empezaron a difundirse a través del país y se asistió al curioso espectáculo que ofrecían modestos aldeanos acusando a los generales y a los nobles de haberse vendido al enemigo. De modo más sutil, Miliukov y sus amigos —que, precisamente, estaban conspirando contra el Zar con algunos generales— hablaban misteriosamente en los pasillos de la Duma y en los salones aristocráticos de la capital, de la germanofilia de la Emperatriz y de su círculo. Estos rumores se expandían por todos lados, entraban en las fábricas donde eran astutamente aprovechados por los agitadores socialdemócratas, y alcanzaban finalmente las unidades combatientes donde alimentaban una agitación que, no pocas veces, era favorecida por los oficiales subalternos.

---

[24] 1.260 millones de francos-oro.

[25] Citado por Jean Jacoby en: *Le Tsar Nicolás II et la révolution;* París, 1931. Se trata de una obra muy importante en la cual el autor, apoyándose en una documentación impresionante, destruye completamente la leyenda de la incapacidad militar y política del régimen zarista y establece sobre bases irrefutables el crimen de alta traición cometido por los partidos de la oposición.



EL CÉSAREVICH

Al mismo tiempo que Galitsia, Rusia había evacuado Polonia. Este golpe, sensible de por sí para el orgullo ruso, fué agravado por la política inteligente de las potencias ocupantes cuando, antes de emprender sus operaciones de la primavera de 1916, Alemania y Austria-Hungría anunciaron su intención de proceder, después de la victoria, a la constitución de un Estado polaco independiente.

Todo ello no podía tener sino serias repercusiones en el interior del país. Lo demuestra el hecho de que, después del estancamiento de la ofensiva Brusílov en cuyo triunfo la opinión pública había puesto tantas esperanzas, la lucha entre el gobierno y la Duma asumiera caracteres de violencia hasta entonces desconocidos. Y esta lucha revistió pronto rasgos tan odiosos por obra de la oposición que a nosotros occidentales nos parecen extraordinarios hasta lo inverosímil. Y aquí se hace necesario hablar del caso Raspútin.

Grigoriy Raspútin, Gregorio el Libertino, era un campesino de la provincia de Tóbolsk, en Siberia, quien, después de una juventud agitada, había abandonado su aldea y se había dedicado a la predicación adquiriendo rápidamente la reputación de *stárets* [26]. En el año 1910, por haber calmado con sus pases magnéticos a algunas damas de la alta sociedad que la teosofía y las prácticas espiritistas habían vuelto histéricas de modo irremediable según la opinión de los médicos, disfrutaba ya de una fama de taumaturgo.

Ahora bien, el heredero imperial, Aléxei Nicoláievich, sufría de hemofilia; accidentes repetidos habían puesto su vida en peligro hasta el punto de hacerlo considerar como definitivamente perdido por los facultativos. Justo es reconocer que, sea casualidad sea eficacia en el empleo de sus medios magnéticos, Raspútin salvó varias veces la vida del enfermo y adquirió por ello mismo una influencia evidente en el ánimo de Alejandra Fiódorovna la cual, desde entonces, lo tomó bajo su protección y lo admitió en su círculo íntimo. En pocos años y merced a las crisis recurrentes del heredero, el *stárets* llegó a dominar el espíritu de la soberana ya que, es preciso indicarlo, si Nicolás II estaba dotado de un misticismo, algo tolstoiano pero siempre controlado por su buen sentido, su esposa —aunque alemana y luterana de nacimiento—

---

26 Del verbo старѣть, *stáret,* envejecer. *Stárets* significa, pues, anciano, así como *starik* y *stárosta,* pero las tres palabras tienen acepciones diferentes: *starik* es el anciano como tal; *stárosta* el anciano o decano que administra la comunidad de aldea, mientras que el calificativo *stárets se* aplica a los religiosos de vida ejemplar y llega a significar por extensión algo así como "milagroso" y "hombre de Dios".

al convertirse a la Ortodoxia lo había hecho de un modo totalmente desprovisto de reservas que por cierto la había aproximado a las tendencias más ascéticas de la *Pravoslavie.*

Ya en el mes de agosto de 1914, muchos rusos —y no sólo hombres como Durnovó y Kokovstsov, sino altos prelados y grandes funcionarios— consideraban que la guerra habría podido evitarse y que, para Rusia, el conflicto con los Imperios Centrales constituía una desgracia cuyas consecuencias, en todo caso, eran incalculables. Si en un primer tiempo esta tendencia desapareció tras el velo de la Unión Sagrada, a partir de 1915 resurgió en ciertos círculos políticos. Cuando el estado de espíritu que hemos descrito invadió al país, estos elementos —entre los cuales evidentemente figuraban los antiguos partidarios de un *modus vivendi* ruso-germánico— contemplaron la eventualidad de un arreglo. Entre estos partidarios de una paz blanca —y los había también fuera de Rusia, en Francia, en Italia, en el Vaticano— no contamos por ahora a los secuaces de Lenin a quienes una guerra difícil empezaba a ser muy útil puesto que ellos eran los únicos que podían sacar provecho del descontento y de las privaciones. Por el momento, hablamos tan sólo de aquellos rusos que, consciente o inconscientemente, habían adherido al punto de vista expresado por Durnovó, de aquéllos que temían un estallido revolucionario. Entre ellos, a pesar de las calumnias de los varios Miliukov, Gúchkov, Kérenskiy y Purishkiévich, no figuraban la Zarina ni el *stárets.*

Se podría discutir largamente sobre lo que habría sucedido si en el año 1916 hubiese triunfado la corriente pacifista. Se ha llegado a estimar que, de haberse realizado dicha eventualidad, la revolución hubiera sido evitada; otros afirman que la revolución era fatal y que la paz blanca en cuestión no hubiera evitado nada. Nos contentaremos con indicar aquí —ir más lejos sería entregarse ciegamente al juego de las conjeturas— que la revolución de Febrero, que llevó a los liberales al poder, no fué en fin de cuentas nada más que el triunfo fraudulento del partido aparentemente belicista sobre la única forma de gobierno susceptible de conseguir la victoria, y que por consiguiente fué una revolución, no sólo inútil sino contraproducente. Ello significa asimismo que si, una vez empezada la guerra, la victoria podía ser conseguida tan sólo por la Monarquía, tan sólo esta victoria y esta Monarquía podían evitar la revolución. Y ello significa finalmente que ya no podemos hablar solamente de la estupidez de los opositores liberales sino también de su perversidad ya que para evitar que la odiada

forma monárquica alcanzase la victoria prefirieron desencadenar una revolución cuyas consecuencias interiores y exteriores ellos, que eran casi todos profesores de historia, conocían perfectamente en razón del precedente de la revolución francesa. Razón por la cual, con el propósito de cubrirse en todas las direcciones, si por un lado provocaron una revolución que hizo imposible la victoria, inventaron también el infundio de los deseos de paz del círculo de la Emperatriz: 1º para desacreditar a la familia imperial; 2º para obtener el apoyo de los dirigentes de los países occidentales; 3º para hacer fracasar todo intento de arreglo, él también susceptible de salvar a la Monarquía, si llegaba a concretarse como podía llegar a concretarse en Occidente merced a las negociaciones emprendidas entre Austria-Hungría y Francia por intermedio del papa Benedicto XV, del príncipe Sixto de Borbón-Parma y de Joseph Caillaux.

Este arreglo, Borís Stürmer, quien había reemplazado a Goremíkin en la presidencia del consejo y luego a Sazónov en el ministerio de Relaciones Exteriores, y Protopopov, ministro del Interior, han sido acusados de haberlo buscado de acuerdo con la Emperatriz y Raspútin por Pablo Miliukov, por sir George Buchanan y por Maurice Paléologue, cuyas apreciaciones constituyen la base de la historiografía occidental cada vez que se trata de examinar la política rusa del año 1916. Las razones por las cuales dicha política no podía agradar a estos "historiadores" son evidentes: para Miliukov y sus amigos se trataba de desechar toda posibilidad de consolidación del régimen autocrático, único medio para ellos de llegar al poder; para sir George y para el "Príncipe Negro", pero sobre todo para el primero quien por sus contactos más directos con la oposición forjaba la opinión del segundo, se trataba de impedir que una victoria alcanzada por la Monarquía rusa obligara a los ingleses y a los franceses a hacer honor a sus compromisos del tratado de Londres, la entrega a Rusia de los Estrechos y de Constantinopla. Es decir, que, una vez más, el eterno juego inglés, imponiendo sus puntos de vista a la diplomacia francesa, se desarrollaba contra Rusia a pesar de que, llevado en tiempo de guerra a expensas de un aliado, constituyera él también pura y simplemente un acto de auténtica traición. El punto de contacto se había encontrado, pues, entre los conspiradores rusos y los dirigentes de la política anglo-francesa cuyos representantes en Petrogrado asumieron ante la historia una inmensa responsabilidad que en vano intentaron disminuir en sus recuerdos al disimularla tras la necesidad en que se habrían encontrado

de luchar con todas las armas contra Stürmer, Protopopov, Alejandra Fiódorovna y Raspútin, culpables según ellos de relaciones con el enemigo común [27]. Que estas calumnias hayan sido urdidas a sabiendas, nos lo demuestran los trabajos de la comisión de investigación nombrada por Lvov después de la revolución de Febrero y que, dirigidos por Kerénskiy en su calidad de ministro de Justicia, demostraron la falsedad de dichas alegaciones y el mismo Trotskiy cuando escribe, a pesar del odio que lo anima contra la Emperatriz y sus amigos, que nunca hubo tales relaciones sino tan sólo deseo de alcanzar rápidamente la paz para evitar la revolución [28].

De haber existido en las esferas responsables, este movimiento pacifista hubiera quitado *toda* importancia a los liberales de la Duma y a los subversivos de los barrios obreros ya que la masa del pueblo ruso, no todavía derrotista pero sí cansada, como lo estaban las masas de las demás naciones beligerantes, lo hubiera seguramente aceptado de buen grado y la paz así alcanzada hubiera sido a sus ojos un mérito más del régimen zarista. Pero se produjo exactamente lo contrario: el círculo imperial permaneció indefectiblemente fiel a sus compromisos y, poco a poco, la presencia del Zar a la cabeza de las fuerzas combatientes devolvió al ejército su voluntad de vencer. Ahora bien, ello de nuevo hacía posible la victoria y ésta significaba la consolidación del régimen imperial y el final de las ambiciones miliukovianas. La reacción de este representante típico de la obtusa *intelliguentsiia* liberal fué astuta una vez más. A su tesis de la germanofilia del círculo de la Emperatriz agregó ante los embajadores de Francia y de Gran Bretaña la afirmación de que la presencia de Nicolás II a la cabeza del ejército menguaba considerablemente las virtudes combativas de dicho ejército y que la exoneración del gran duque Nicolás había sido un desastre. Declaración muy curiosa si tenemos presente que mientras el Gran Duque era comandante en jefe la camarilla miliukoviana no había hecho más que acusarlo de impericia. Consecuencia lógica: había que

---

27 M. Paléologue: *La Russie des Tsar...* tomos II y III, *passim.* Sir G. Buchanan: *Op. cit.*

28 L. Trotskiy: *Storia della Rivoluzione russa,* tomo I., cap. 5 y 6; Milán, 1947. Lo que significa que la Emperatriz deseaba, no un arreglo rápido, sino una victoria rápida. Los mismos beneficiarios de la revolución de febrero han tenido que reconocerlo como lo demuestra la obra: *La chute du régime tsariste.* Interrogatoires des Ministres, Conseillers, Généraux, Hauts Fonctionnaires de la Cour Impériale russe, par la Commission extraordinaire du gouvernement provisoire de 1917. Comptes-rendus sténographiques; publicada en París después de la revolución por Miliukov and C°.

convencer a Nicolás II de que renunciase, por amor o por fuerza, al mando supremo como se pretendía obligarlo a renunciar a su papel político. Se intentaba, pues, reeditar el golpe que había fracasado en 1905: desencadenar una revolución que, incluso al precio de una derrota, daría a Rusia el régimen progresista soñado por Miliukov y por sus cómplices. Pero, como estos personajes no tenían audiencia alguna en el país, sus amigos de Londres y de París fueron movilizados abiertamente.

Los rusos pudieron asistir entonces a un extraño espectáculo. Durante una estadía, que duró del 4 al 17 de mayo de 1916, René Viviani y Albert Thomas, miembros uno y otro de un gobierno que tenía relaciones de alianza con el del emperador Nicolás, no hicieron a este último más que una sola visita protocolar y reservaron toda su atención a los partidos de la oposición parlamentaria.

Cierto es que Stürmer y Protopopov no eran personajes geniales. Pero los dos políticos franceses eran infinitamente menos brillantes. Del presidente Viviani baste saber que la parálisis general que acabaría con él pocos años más tarde, hacía desde ya progresos rápidos en su organismo, progresos acelerados por un alcoholismo inveterado cuyos efectos eran visibles desde las primeras horas de la mañana; en cuanto al socialista Albert Thomas nadie mejor que él nos puede trazar su retrato moral: si creemos a Maurice Paléologue, habría proferido en alta voz, el 6 de mayo, en el coche que lo llevaba a Zárskoie Sieló donde lo esperaba Nicolás II: "*Ah! mon vieux Thomas, tu vas donc te trouver face à face avec Sa Majesté le Tsar autocrate de toutes les Russies! Quand tu seras dans son palais, ce qui t'étonnera le plus, ce sera de t'y voir*" [29]. Para evitar empañar ninguno de sus delicados matices, no traduzco ni comento esta candorosa exclamación.

Pero lo que tiene mucho más importancia, lo encontramos en los toasts que acompañaron el banquete que la Duma y el consejo municipal de Petrogrado ofrecieron a los dos visitantes, la noche del 16 de mayo. A este banquete asistieron todos los ministros, los miembros del cuerpo diplomático acreditados ante el Emperador "autócrata de todas las Rusias" y los miembros de la oposición liberal. Después de los brindis oficiales, el bajo Shaliápin entonó la *Marsellesa,* lo que creó una atmósfera bastante caliente como para que Albert Thomas proclamase en su discurso: "¡Nada de paz separada! ¡Guerra común! Tal

[29] M. PALÉOLOGUE: *Op. cit.,* tomo II, 6 de mayo.

es el pacto de honor que nos ata unos a otros. Juntos iremos hasta el fin, hasta el día en que el derecho profanado haya sido restablecido". Después de otra *Marsellesa* debida al eterno Shaliápin, el speaker del partido kadete, el abogado Vasiliy Alexéievich Maklakov pronunció un discurso encendido profetizando que "esta guerra será el suicidio de la guerra ya que, el día de la paz, haremos un mapa de Europa que volverá la guerra inútil..." [30].

Para que el parecido con la revolución francesa fuera completo, algún que otro gran duque no podía permanecer apartado de tamañas manifestaciones. Y así Nicolás Mijáilovich Románov, apodado en los salones "Nicolás-Igualdad", se las arregló para almorzar con Albert Thomas bajo los auspicios de Paléologue, y parece que el candidato al trono y el Danton 1916 se entendieron muy bien.

El pacto estaba, pues, concluído entre los conspiradores de la Duma y sus protectores franco-ingleses. Hasta entonces, Miliukov no había brillado por su coraje; Trotskiy, llega a señalar incluso, numerosas pruebas de su cobardía y su actuación como ministro del gobierno Lvov lo confirma repetidas veces. Pero, una vez en su vida, tuvo un atisbo de audacia y, por su rareza misma, el hecho merece ser señalado ya que le fué inspirado seguramente por las promesas hechas por Albert Thomas y por René Viviani, por Buchanan y Paléologue. El 1/13 de noviembre de 1916, día de apertura de las sesiones parlamentarias, hablando en nombre de la oposición, pronunció un discurso violento en el cual achacó abiertamente a los miembros del círculo de la Emperatriz y a los ministros en ejercicio la responsabilidad de la política que, según él, había llevado a Rusia al borde del desastre, y concluía preguntando al juzgar a los demás según sí mismo: "¿Qué significa todo esto? ¿Estupidez o traición?".

Como era de esperar, este discurso fué censurado pero, comenta el mismo Miliukov, "se propagó en el frente como en la retaguardia con una rapidez fulminante" [31].

Resulta incomprensible que un hombre político que, en todos sus escritos posteriores a la revolución de Octubre, pretende haber dedicado su acción y la del partido que dirigía a la reunión de todas las fuerzas nacionales en vista de la victoria, que asegura no haber alimentado otro designio fuera del de devolver toda su combatividad a las

---

30 *Ibidem,* 16 de mayo.

31 P. MILIUKOV: *Op. cit.,* tomo III, Cap. XXIII-1. El detalle de esta maquinación está indicado en el curso del capítulo siguiente.

fuerzas armadas, haya pronunciado un discurso susceptible de menguar la confianza del ejército en su jefe. Pero resulta francamente escandaloso que este mismo personaje se felicite de que éstas sus palabras hayan llegado por vía clandestina a las tropas combatientes, siempre dispuestas a descorazonarse como todas las tropas combatientes después de tres años de guerra, a los obreros de las fábricas que, forzosamente, habían de interpretarlas según aspiraciones dirigidas más naturalmente hacia la paz que hacia la victoria. El orador no podía ignorar que su discurso tendría un efecto desconsolador. Hay que admitir, pues, que Miliukov y sus amigos, como Kérenskiy y sus laboristas, Gúchkov y sus octubristas, Purishkiévich y los nacionalistas de salón, Nicolás-Igualdad y los aristócratas "progresistas" que tomaron parte en esta conspiración contra el círculo de la Emperatriz y contra el gabinete —y. por vía de consecuencia, contra el Emperador—, no ignoraban que, en las circunstancias atravesadas entonces por Rusia, su acción era pura y simplemente alta traición.

Ya que en la conjuración habían entrado los elementos nacionalistas encabezados por el arrivista Purishkiévich que reprochaba al Emperador... no haberle confiado una cartera ministerial. A los laboristas que querían una república popular, a los Kadetes que pedían una "buena república", a un gran duque que esperaba ver repetirse en su provecho el compromiso que dió al hijo de Felipe-Igualdad el trono de Francia, a los delegados de los *zemstva* que con el príncipe Lvov esperaban ver esfumarse la amenaza de una rendición de cuentas, a un Gúchkov que estaba animado por la misma elevada ambición, a un Rodzianko, aristócrata degenerado, que se consideraba digno de ser el primer presidente de la república rusa, a los generales Russkiy, Alexéiev y Brusílov que ambicionaban representar durante la larga regencia por la que abogaban un papel dictatorial, los nacionalistas en cuestión se habían unido para obtener carteras ministeriales. Y por ser menos escrupulosos que sus cómplices —así como los Dekabristas de 1825— auspiciaban medidas infinitamente más radicales.

Se ha negado, en efecto, que estos elementos activistas de derechas hayan aceptado la idea de una eliminación brutal de la pareja imperial y de sus partidarios. Las pruebas presentadas por Jean Jacoby en su obra más arriba citada no dejan lugar a dudas. Purishkiévich era un vulgar pistolero de la raza de un Platón Zubov o de un Kajovskiy. Tiene, pues, perfectamente razón Trotskiy cuando encuentra esta actitud de

Purishkiévich conforme a la tradición de las conspiraciones palaciegas [32].

Por el momento —un momento muy breve como veremos— estos manejos pretendían llevarse en el mayor secreto. Pero este secreto era el que, desde hacía siglos, caracterizaba los asuntos rusos, es decir, que si nadie, fuera de los interesados, sabía nada preciso, todos, desde los *habitués* de los salones petrogradenses hasta el asesor ministerial de catorceava clase, hablaban de la inminencia de acontecimientos sensacionales sin poder, por lo demás, indicar la naturaleza de lo que iba a suceder. Razón por la cual Trepov, férvido monárquico y político dinámico e inteligente que había reemplazado a Stürmer después del escándalo causado por el discurso de Miliukov, no tomó demasiado en serio estos rumores ya que se preocupaba más por el problema del abastecimiento en víveres y en armamentos que por las habladurías de los salones.

Al asumir la jefatura del gobierno, el "reaccionario" Trepov —reaccionario tan sólo porque era pariente del general Trepov víctima de Viera Zásulich— había expresado su deseo de colaborar con la Duma y, para presentarse ante ella con algo preciso, le había anunciado que los aliados de Rusia —Francia, Gran Bretaña e Italia— acababan de reiterarle su anterior consentimiento a la anexión de Constantinopla y de los Estrechos con sus orillas europea y asiática. Pero esta noticia —y sabemos con qué sinceridad el segundo de los aliados en cuestión había consentido en su divulgación— no produjo ningún efecto en tamaños patriotas que la acogieron con sarcasmos acompañados de imprecaciones contra... Protopopov. Sabían muy bien que Inglaterra esperaba de ellos otra cosa que una consolidación del régimen imperial aun si ignoraban que una derrota rusa, en los planes del Foreign Office, constituía el único medio susceptible de permitirle no hacer frente a su compromiso.

En el momento mismo en que Trepov empezaba a actuar, estalló la noticia del asesinato de Raspútin.

En la noche del 17/30 al 18/31 de diciembre de 1916, el gran duque Dmitriy Pávlovich, el diputado nacionalista Vladímir Purishkiévich y el príncipe Félix Iusupov, esposo de una sobrina del Emperador, habían matado al *stárets* en circunstancias verdaderamente horripilantes. Después de haberlo atraído a su palacio con el pretexto de presentarlo

---

32 L. Trotskiy: *Op. cit.*, tomo I, Cap. 5: "La idea de una revolución de palacio".

a damas de la alta sociedad, Iusupov le había hecho ingerir una enorme cantidad de cianuro de potasio mezclado en los vinos y en los dulces. Por no surtir este veneno —entregado a Purishkiévich por el diputado kadete Maklákov— el efecto previsto, el príncipe le había descargado en la nuca y en el cuerpo la pistola que el Gran Duque acababa de entregarle. Purishkiévich le había descerrajado un último balazo y Iusupov le aplastó el cráneo con un candelabro. Luego los tres cómplices pusieron el cadáver en el coche oficial del gran duque y lo hicieron tirar por hombres de confianza en las aguas heladas de la Nievka, cerca de la isla Krestovskiy.

La policía encontró el cuerpo de la víctima tres días más tarde. Los autores del crimen, inmediatamente descubiertos, no sufrieron ninguna sanción grave ya que acontecimientos más trascendentales vinieron a interrumpir la instrucción de este siniestro asunto. El presidente Trepov, descubriendo un poco tarde que la colaboración entre gobierno y Duma se hacía imposible, por lo menos con él en el poder, presentó su renuncia a Nicolás II que la aceptó. El viejo príncipe Galítsin, buen hombre, que tenía la reputación de un excelente administrador, fué designado para sucederle.

La situación peligrosa en que se encontraba Rusia no parecía deber desembocar todavía en acontecimientos catastróficos y es de suponer que tan sólo el Emperador sintió la gravedad de la situación y la necesidad de tomar medidas inmediatas ya que estaba perfectamente enterado de la existencia de una conspiración cuyo objeto era su eliminación y que amenazaba la vida misma de Rusia. Pero, mientras creía que su presencia en el centro de un ejército fiel hasta el sacrificio constituía una garantía suficiente para las instituciones y la patria, ignoraba que los altos jefes que había puesto al mando de las grandes unidades y el mismo jefe del estado mayor general habían empleado los pocos días consecutivos al asesinato de Raspútin en dar, de acuerdo con los conspiradores petrogradenses, el toque final a la intentona antidinástica. Perfectamente enterado de lo que sucedía en la capital y en las filas de las tropas combatientes, Nicolás no podía sospechar, puesto que los servicios de investigación política no alcanzaban al Cuartel General, que su colaborador más íntimo, el general Alexéiev, había tomado las últimas decisiones con Miliukov, Lvov, Rodzianko y Gúchkov.

Los ministros estaban tan seguros por su parte de dominar fácilmente la agitación parlamentaria, que Galítsin hizo firmar por el So-

berano un *ukaz* decretando el receso parlamentario del 12/25 de enero al 14/27 de febrero de 1917. Aunque circulara el rumor del propósito imperial de proceder durante este receso a la instauración de una dictadura militar, los barrios obreros se mantuvieron tranquilos. En estas condiciones, Miliukov, Lvov y sus partidarios, asustados ante esta posibilidad, renunciaron a toda acción agitadora e incluso pusieron todos sus esfuerzos en persuadir a los delegados de los obreros de Petrogrado de que renunciasen a un proyecto de manifestación tendiente a obtener del Emperador un ministerio responsable ante la Duma, manifestación que debía desarrollarse el día mismo de la reapertura de los trabajos parlamentarios. Los dirigentes sindicales, nada seguros de ser seguidos por sus tropas, accedieron a este deseo.

Pero los días pasaban sin que Nicolás II proclamara la dictadura. En semejantes condiciones la conspiración iba muriendo por ahogo. Los abogados y profesores de la Duma empezaban a hacer el ridículo y tenían miedo. Entonces entraron en juego Alexéiev y sus cómplices, Russkiy, comandante del ejército del Norte, secundado por su jefe de estado mayor, general Iuriy Danílov, cuya incapacidad militar hemos podido comprobar durante el desarrollo de sus funciones de cuartel maestre general, pero cuyo espíritu de intriga seguía igual a sí mismo.

Así, cuando el 24 de febrero/9 de marzo de 1917 manifestaciones, inspiradas por la escasez de alimentos, artificialmente provocada por el príncipe Lvov y sus amigos del *Zemgor,* estallaron en el barrio obrero de Viborg, las autoridades militares de la capital contestaron con varias horas de atraso al pedido de tropas formulado por la policía con el propósito de impedir que los huelguistas invadiesen la ciudad. Cuando contestaron, enviaron tan sólo pocos escuadrones de cosacos que habían recibido la consigna de no oponerse al paso de los manifestantes y en menos de un día la policía desbordada tuvo que abandonar la calle a los agitadores entre los cuales se pudo ver, no a profesionales de la subversión, bolcheviques o mencheviques, sino a diputados de la Duma y a numerosos miembros del partido kadete, es decir a burgueses reaccionarios. Así, un movimiento suscitado en sus comienzos por el descontento de las mujeres, se había transformado en escasas horas en una manifestación revolucionaria que en pocos días se convirtió, gracias al apoyo del alto mando del Ejército, en aquéllo que dió muerte al régimen imperial y es llamado por la historia revolución de Febrero.

Vamos a ver ahora el detalle de una maniobra que permitió que

una manifestación sin importancia se resolviese en una revolución triunfadora. Vamos a ver sobre todo la falsedad de las acusaciones hechas a Nicolás II de haber permitido esta metamorfosis por su debilidad.

Como indica muy justamente Jean Jacoby, ninguno de los políticos conspiradores "se hacía la menor ilusión acerca de la posibilidad de un golpe de Estado intentado sin el consentimiento y la ayuda eficaz de los generales. Era evidente que mientras el alto mando le quedara fiel, el Zar era invulnerable en medio de su ejército. Solamente una traición fulmínea de los jefes podía poner al Ejército ante un hecho cumplido: la abdicación o, incluso, la muerte del soberano" [33].

Esto, los varios Miliukov de la empresa lo habían comprendido desde el comienzo de las hostilidades y, ya en los primeros meses del año 1915, habían empezado a tender sus redes en dirección de los altos círculos militares, redes en las cuales habían caído muy gustosamente el jefe del Gran Estado Mayor Polivanov, los generales Krimov y Jogandokov y los generales de ejército Brusílov, Russkiy y Alexéiev. Para los politiqueros de la Duma, la maniobra consistía en un primer tiempo en hacer atribuir a estos personajes los puestos clave de las fuerzas armadas y tal fué la tarea que realizó la Comisión de Defensa Nacional presidida por el jefe octubrista Gúchkov. Bastante pronto, Polivanov recibió la cartera de Guerra, Russkiy el mando del VI Ejército en cuyo radio de acción se encontraba Petrogrado. Lo único que quedaba por hacer era obtener el reemplazo del gran duque Nicolás por el general Alexéiev en el mando supremo. Cuando, apremiado por los acontecimientos militares, el soberano decidió transformar la plana mayor, los conjurados estuvieron a punto de triunfar; pero Alexéiev no recibió el mando supremo sino el cargo de jefe del Estado Mayor y sabemos ahora que al reservarse dicho alto mando Nicolás II desbarató los planes tan bien imaginados por los cómplices. Razón por la cual, tanto Miliukov como los historiadores de su escuela exponen en sus obras la tesis bastante extraña según la cual el Emperador, al tomar el mando supremo, y al abandonar así las tareas de gobierno a los ministros, hizo posible la revolución y la derrota de Rusia. Ahora bien, en tiempo de guerra, el papel del soberano consiste precisamente en asumir el mando de las tropas en operaciones, el de los ministros en asegurar las tareas de gobierno... y el de los parlamentarios, no en conspirar, sino en colaborar sin reservas con uno y con otros. Por el

[33] J. Jacoby: *Op. cit.*, cap. 2-IV.

momento, había que empezar de nuevo sobre todo porque a este hecho pronto vino a agregarse la exoneración de Russkiy y de Polivanov por incapacidad.

Entonces Gúchkov que ve escapársele el control sobre el ministro de guerra decide "trabajar", por intermedio de Rodzianko, a Alexéiev, militar de talento pero hombre sin escrúpulos como tendremos ocasión de comprobar. En un primer tiempo, si bien aceptó las propuestas de los dos conspiradores, el general no se comprometió demasiado porque tenía el proyecto de trabajar para sí mismo. Tanto es así que, en la entrevista que los tres personajes tuvieron en la *Stavka,* ni Rodzianko ni él se atrevieron a proponer su propia candidatura a la jefatura del gobierno y hablaron, aunque vagamente, del almirante Grigoróvich, ministro de marina, hombre dominado por Gúchkov. Y para engañar al Emperador, a quien debía visitar forzosamente antes de abandonar Moguiliov, el presidente de la Duma habló vagamente de una reorganización ministerial tendiente a la unificación del esfuerzo de la retaguardia. Nicolás II le preguntó si tenía un candidato y aquí tampoco el individuo se atrevió a hacer acto de candidatura. Adelantó el nombre de Protopopov, miembro del partido octubrista y vicepresidente de la Duma, pensando introducir en el gabinete a un conspirador más. Resulta que esta vez también falló la puntería puesto que Protopopov, una vez ministro del Interior, se reveló monárquico sin reservas y muy dinámico en su lucha contra los conspiradores. Y ésta es la razón del odio que exudan las páginas que Miliukov y Rodzianko han consagrado a este hombre político [34].

Pero para la conspiración hacía falta dinero. Y aquí entra en juego la gran burguesía. Ya a finales de 1915, por intermedio del Kadete Maklákov, Rodzianko había obtenido una subvención de cinco millones de rublos del joven plutócrata Tereshchenko, presidente del trust de los azúcares ucranianos; precio del acuerdo: la cartera de Finanzas en el primer gobierno liberal. Finalmente, en el verano de 1916, los conjurados llegaron a desenterrar a Russkiy y obtuvieron para él el mando del ejército del Norte cuyo cuartel general se encontraba en Pskov, hecho que va a tener su importancia.

---

[34] P. Miliukov y otros: *Histoire de Russie,* tomo III, cap. XXIII (capítulo redactado por el mismo Miliukov según el precepto galo que *on n'est jamais si bien servi que par soi-même*); M. V. Rodzianko: *Le règne de Raspoutine* (París, 1929), donde se demuestra la exactitud de la definición dada por el diputado N. Markov del mismo Rodzianko en la sesión parlamentaria del 22 de noviembre de 1916: "Es Usted un viejo imbécil y un miserable".

Se estableció entonces el plan definitivo en el cual los parlamentarios y los generales tenían que representar papeles muy precisos.

Los civiles provocarían disturbios en Petrogrado hacia la mitad de marzo de 1917. Con una excusa cualquiera, Nicolás II sería persuadido de dejar la *Stavka,* atraído a Pskov y obligado a abdicar a favor de su hijo bajo la regencia de su hermano, el insignificante gran duque Miguel, y, en caso de rechazo, asesinado. Asimismo las carteras fueron distribuidas y aquí Rodzianko sufrió su primera decepción: la presidencia del gobierno fué atribuida, tras exigencia de Miliukov, al príncipe Lvov, más manejable que él; pero Rodzianko sería compensado más tarde con la presidencia del consejo de Regencia o con la de la República. Como se ve, los señores conspiradores eran tan idealistas que, para salvar a Rusia, eran capaces de adoptar cualquier forma de gobierno y de prestar juramento a cualquier régimen. Además, una atribución de cartera nos permite alimentar serias dudas en cuanto al propósito de consolidar el aparato militar en vista de continuar la guerra en el bando de la Entente, y es la entrega de la de Justicia al socialista y, hasta entonces, zimmerwaldiano vergonzante Alejandro Kérenskiy. Ello significa tan sólo que estos puros patriotas, con dicha atribución, querían hacer entender a los Centrales sus designios pacifistas.

Todo progresaba más o menos según los deseos de los conjurados cuando Purishkiévich y Iusupov estropearon el juego asesinando a Raspútin, acción cuyo primer resultado fué el propósito atribuído al Zar de instaurar una dictadura militar. Ello destruía todos los planes, y se trataba, pues, de emprender con el soberano una carrera de velocidad. Y aquí entra en juego el Intelligence Service en la persona de sir George Buchanan. El cual Buchanan, el 12 de enero de 1917, después de una serie de conferencias con Gúchkov, Rodzianko, Miliukov, Lvov, y el presidente de la municipalidad de Petrogrado (esto es muy importante ya que la participación de este personaje en el complot explica suficientemente los disturbios del 24 de febrero/9 de marzo), se hizo recibir por Nicolás II que se encontraba entonces en Zárskoie Sieló y, caso inaudito en los anales de la diplomacia, exigió de él la constitución de un ministerio responsable ante la Duma. El Emperador, hombre de exquisita educación y que se demostrará afable hasta con sus verdugos, lo despidió en términos fríos que no dejaban lugar a dudas en cuanto a sus propósitos. Rodzianko fué recibido de la misma manera el 18 de enero siguiente, hecho que, a pesar de su vanidad, no alcanza a disimular en sus memorias.

La primera medida tomada por el Emperador consistió en retirar a la jurisdicción del Ejército del norte (general Russkiy) el sector de Petrogrado que fué confiado con poderes extraordinarios al general Jabálov... otro conjurado presentado por Alexéiev al soberano como partidario incondicional de la Monarquía. Cuando, el 7 de marzo, el Zar volvió a la *Stavka,* al término de otra visita a Zárskoie Sieló donde su esposa y sus hijos estaban enfermos, podía pensar que había tomado todas las medidas susceptibles de asegurar el orden y la disciplina. La ciudad estaba controlada por tropas fieles puestas al mando de un jefe enérgico; el abastecimiento asegurado e, incluso, las colas empezaban a desaparecer en razón de la abundancia de trigo y de carne.

Pero, el 9 de marzo, es decir, dos días más tarde, los barrios obreros empiezan a manifestar en razón precisamente de la escasez de pan y de carne, escasez organizada por el *Zemgor* y por la municipalidad (en cuyos almacenes se encontrará —después del triunfo de la revolución— millares de toneladas de cereales e ingentes cantidades de carne echada a perder por no haber sido distribuía el día anterior a la manifestación). Y la manifestación se desarrollará hasta transformarse en marea revolucionaria porque Jabálov habrá puesto a disposición del servicio de orden tan sólo un regimiento de caballería con orden expresa de no utilizar sus armas. Asimismo, el general Bieláiev, ministro de guerra, prohibe tirar sobre los manifestantes que empiezan a asesinar y a saquear para evitar "la impresión desastrosa que la vista de los cadáveres produciría sobre nuestros aliados" [35], entended sobre sir George Buchanan que no quiere que eventuales servidores de la democracia, por saqueadores que sean, perezcan por culpa de la autocracia.

Esta, que Miliukov acusa de debilidad —una debilidad que en todo caso le permitió tomar el poder— reacciona enérgicamente. Avisado en la tarde del día 9 de marzo, Nicolás II telegrafía inmediatamente a Jabálov: "Ordeno poner término mañana mismo a desórdenes que no se pueden tolerar en este difícil momento de la guerra".

Entonces el leal Jabálov, tironeado entre sus deberes de súbdito y sus aspiraciones de ciudadano, en lugar de proclamar el estado de sitio prefiere contemporizar con la subversión y pide la mediación de la Duma y de los dirigentes de la oposición. Razón por la cual, este movimiento que, hasta entonces, no había sido más que un motín que

[35] Orden del día dirigida a las tropas de la guarnición de Petrogrado el 9 de marzo de 1917.

una distribución normal de pan y de carne hubiera bastado para calmar, se transforma desde las primeras horas del 10 en rebelión que de momento en momento irá agigantándose.

Ya antes de que ello haya sucedido, Rodzianko telegrafía al soberano: "La situación es seria. La anarquía reina en la capital. El gobierno está paralizado (*lo estaba, en efecto, pero no por los manifestantes, sino tan sólo por los cómplices de Rodzianko, Jabálov y el presidente de la Municipalidad*). El transporte del abastecimiento y de los combustibles está completamente desorganizado (*¿por culpa de quién?*). El descontento aumenta. Tiros desordenados se oyen en las calles. Las tropas se ametrallan mutuamente. Es indispensable confiar inmediatamente a una personalidad, que goce de la confianza del país, la tarea de formar un nuevo ministerio. No se puede ya esperar. Todo retraso sería mortal. Ruego a Dios que, en esta hora, la responsabilidad no recaiga sobre el Soberano" [36]. Ya que, en verdad, Rodzianko sabe que, de triunfar la revolución, la jefatura del gobierno corresponderá a Lvov, e intenta obtener del Soberano lo que el "pueblo" no le quiere dar.

Entonces, el gobierno, animado por Protopopov que ha comprendido el juego de Jabálov y de Bieláiev, toma dos medidas que, edictadas el 9, hubieran salvado la situación: la prórroga de la Duma y la declaración del estado de sitio. Pero, avisada, la Duma toma abiertamente la dirección del movimiento revolucionario, se niega a aceptar el decreto de prórroga y, por intermedio de los agitadores laboristas que obedecen a Kérenskiy, levanta el regimiento Volinskiy y algunas unidades del Preobrazhenskiy. Asimismo, hace abrir las puertas de la cárcel Krestiy devolviendo de este modo la libertad a los condenados comunes, asesinos y ladrones, allí detenidos. El 12 de marzo, en las primeras horas de la mañana, la situación ya es revolucionaria. Y Jabálov y Bieláiev siguen negándose a actuar a pesar de dos telegramas del Emperador. Tanto es así que cuando el gran duque Cirilo Vladímirovich, primo de Nicolás II, propone a los dos militares poner a su disposición los batallones de marineros de la Guardia, que le son fieles, estos extraños colaboradores del soberano, apoyados por el gran duque Miguel, que teme por su existencia, se niegan rotundamente.

Mientras tanto las tropas que han empezado a desbandarse porque el alto mando no les ha dado municiones y que, antes que dejarse

---

36 M. V. Rodzianko: *Op. cit.*

degollar por los manifestantes, han preferido abandonar sus cuarteles, han dejado el campo libre a la revolución. La calle pertenece, no ya a los trabajadores de Viborg sino a la hez que, en este caso como en el de todas las revoluciones, sale de sus guaridas revelando así su existencia hasta entonces ignorada. Toda esta gente dotada de prontuarios cargados empieza por incendiar el Palacio de Justicia, asesina a los policías y a los gendarmes y toma por asalto las tiendas de lujo, y las otras.

Esto, Miliukov y sus amigos —estos grandes historiadores positivistas— no lo habían previsto a pesar del precedente histórico del 14 de julio. Y mientras estalla la verdadera revolución, ellos empiezan a asustarse. Deciden, pues, organizar un gobierno por encima del gobierno existente y convocan a los diputados a sesión plenaria para la tarde del día 12 en el Palacio de Táurida.

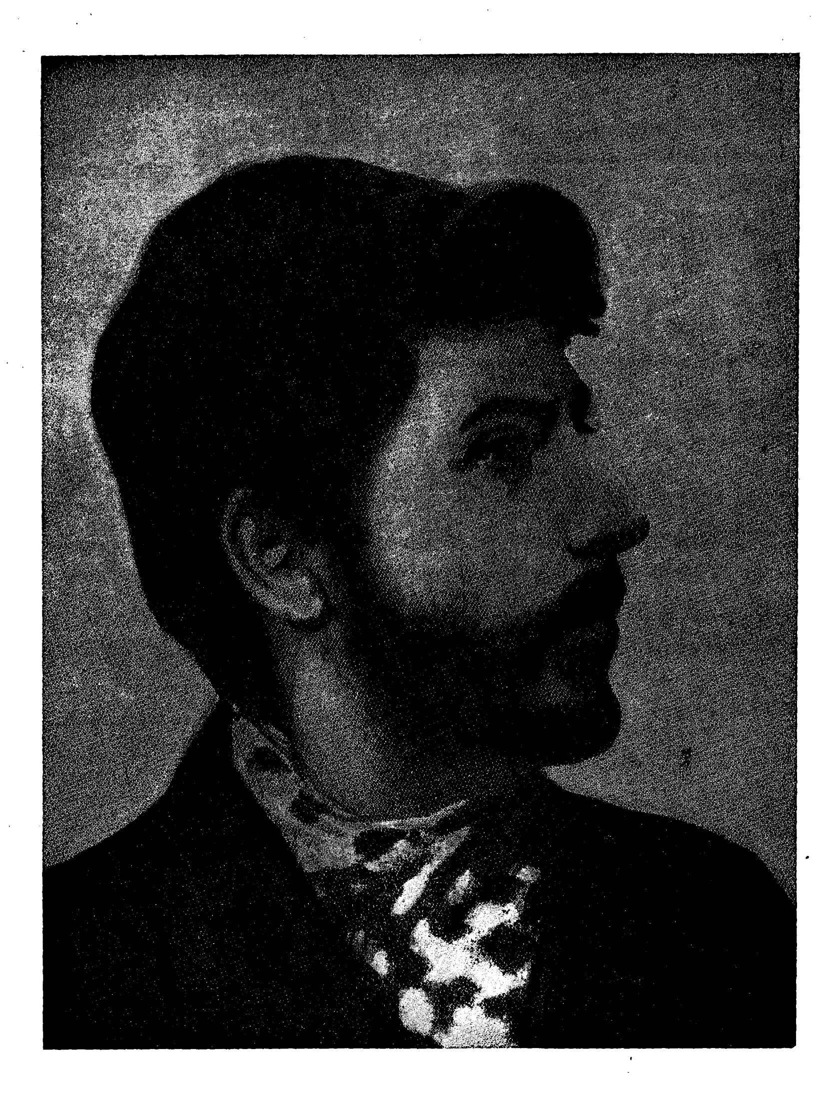
Pero, en el mismo momento, en una sala menos frecuentada del mismo palacio, doce individuos, entre los cuales figuraban Alejandro Kérenskiy, Cheidzé y Sokobielev se reunían con propósitos muy distintos. Para ellos no se trataba de poner al soberano ante el hecho realizado para obligarlo a abdicar a favor de su hijo, es decir, a favor de Miliukov, Rodzianko, Lvov, etc. Se trataba de llevar la revolución hasta su consecuencia más lógica: la república popular. Estos doce señores constituían el núcleo de lo que, en pocas horas, iba a transformarse en el *soviet* de Petrogrado que, pronto arrancado al control del picapleitos Kérenskiy, iba, bajo la dirección de Lenin y de Trotskiy, a liquidar la revolución burguesa de Febrero a instaurar en pocos meses el régimen soviético.

Misteriosos mensajeros, mientras los miembros de la Duma deliberaban, recorrían los barrios obreros y los cuarteles invitando a los trabajadores y a los soldados amotinados a que designasen delegados que tendrían que reunirse la misma noche para constituir dicho *soviet*.

La reunión tuvo lugar a las nueve de la noche en la sala Nº 12 del Palacio de Táurida y llegó a la constitución de un comité central presidido por Cheidzé con Kérenskiy y Skobielev como vicepresidentes.

Cuando Miliukov y Rodzianko se enteraron de lo que sucedía en la sala Nº 12, decidieron entrar en contacto con el trío subversivo cuya sola existencia amenazaba quitarles la última cartera. De esta negociación salió el Comité ejecutivo de la Duma encargado de asegurar las tareas de gobierno.

De este comité, los representantes de la derecha estaban excluídos.



J. V. DZHUGASHVILI EN 1907 (archivos de la Ojrana)

Así Purishkiévich había asesinado en vano a Raspútin y difamado inútilmente al Zar y a su esposa. Pero, del mismo modo, puesto que Kérenskiy y Cheidzé asumían carteras ministeriales y entraban en el gobierno con el apoyo de elementos revolucionarios activos, la revolución burguesa, efectivamente, abandonaba el lugar, en el momento mismo de su alumbramiento, a la revolución proletaria. De suerte que podemos decir que el golpe realizado por los bolcheviques ocho meses más tarde no hizo más que normalizar un hecho cumplido.

Mientras tanto ¿qué sucedía en la *Stavka?*

Los días 10 y 11 habían transcurrido en una tranquilidad relativa para el Emperador que, como todos —incluso Alexéiev, el cual muy oportunamente había enfermado—, creía en un simple motín que Jabálov, sabría dominar. Pero, al final de la tarde del 11, llegó un telegrama del gran duque Miguel abogando por la constitución de un ministerio progresista y ello cambió inmediatamente el panorama. A pesar de las insistencias del general Alexéiev, Nicolás II, lejos de capitular o de vacilar, decidió hacer frente a la situación. Pero al decidir resolverla en el mismo lugar de la rebelión, tomó una medida que, a pesar de su energía misma, le quitaba el poder de que disponía. Y esta vez Alexéiev no intentó disuadirlo. Sabía muy bien que, lejos de las tropas combatientes, el Zar se transformaba en prisionero virtual de la revolución triunfante. Antes de salir, Nicolás encargó al general Ivánov, el vencedor de Galitsia, de que reuniese tropas suficientes y se dirigiera hacia la capital para restablecer el orden. Por su parte, en la noche del 11 al 12 de marzo, salía con el tren del gran cuartel general en dirección de Zárskoie Sieló.

El papel de Alexéiev había terminado, como había terminado el de Miliukov y de Rodzianko. Pertenecía al general Russkiy dar el toque final a la conspiración antidinástica.

V

Cuando a la una, en la noche del 12 al 13, el primer tren de la escolta imperial entró en la estación de Malaia Vishera, el general Dubenskiy que lo mandaba fué informado que tropas amotinadas habían ocupado las estaciones siguientes, Liubañ y Tossno, y que la ruta de Zárskoie Sieló estaba cortada. A su llegada, una hora más tarde, el Emperador, con un espíritu de decisión que llama tanto más la

atención cuanto que el desconcierto de sus colaboradores iba aumentando, decidió desviar hacia Pskov, cuartel general del ejército del Norte, con el propósito de encabezar las tropas de Russkiy y de marchar contra la capital.

Cuando los trenes imperiales entraron en Pskov, Russkiy había ya tomado contacto con Rodzianko y con Alexéiev y, en pleno acuerdo con ellos, había decidido insistir ante el Zar para que otorgara un gobierno parlamentario y designara al primero de ellos como primer ministro. Nicolás lo ignoraba y no podía sospechar por otra parte que este hombre que, además de general de Ejército, era uno de sus edecanes generales, perteneciera a la conspiración cuyos tentáculos, inexorablemente, estaban cerrándose sobre él. Como tampoco podía saber què, inmediatamente después de su salida de la Stavka, Alexéiev había hablado con el presidente de la Duma por el hilo directo Moguiliov-Petrogrado y, después de esta conversación, telegrafiado a Ivánov desaconsejándole, como si hablara en nombre del Emperador, proseguir las operaciones contra la capital rebelde, y tomado contacto con los altos jefes del ejército para establecer con ellos el plan de acción común destinado a provocar la abdicación de Nicolás II.

Así, cuando el Emperador le expuso su proyecto de marchar contra Petrogrado, Russkiy le contestó que no quedaba otro remedio fuera del de rendirse a la discreción de los vencedores. Después de una larga discusión, Nicolás consistió en confiar el ministerio a Rodzianko. Entonces ¿puede este cambio ser considerado como una prueba de debilidad? En ningún caso, ya que como explica Jean Jacoby, "Entre todos los personajes que representaron un papel en esta tragedia de una semana, el Zar fué seguramente el único que comprendió, desde el primer día, la necesidad de actuar con firmeza y de no claudicar ante las amenazas de un puñado de perturbadores. Pero, a medida que las horas pasaban, el emperador comprobaba siempre más que le era imposible contar con su gobierno y con los grandes jefes militares. La idea de una traición, largamente preparada por anticipado, no le había venido aún y su confianza en sus generales no se había alterado. Pero las insistencias de Alexéiev (*para que concediera un gobierno responsable*), de Galítsin (*para dimitir*), del gran duque Sergio e, incluso, de su hermano, el gran duque Miguel (*en el mismo sentido que Alexéiev*), pintaban ante sus ojos un cuadro tal de desconcierto y de pánico ante el amotinamiento de algunos batallones de reclutas, que le pareció imposible mantener su punto de vista. Además, una guerra

civil, por corta que fuere, podía comprometer la solidez del frente. Ahora bien, no existía sacrificio, incluso el de su corona y de su vida, que el Zar no estuviese pronto a consentir para la victoria.

"Había que hacer la parte del fuego, y Russkiy se despidió del Emperador con su consentimiento para la constitución de un ministerio responsable. El régimen autocrático había muerto" [37].

En el momento mismo en que Russkiy comunicaba su triunfo por telégrafo a Rodzianko y a Alexéiev, este último le enviaba el texto de un manifiesto compuesto por él y que, antes de que fuera conocida la decisión del soberano, anunciaba el nombramiento del presidente de la Duma a la jefatura del gobierno. Enterado, Nicolás II comprendió inmediatamente la traición de sus generales y del más estimado y favorecido de ellos, Alexéiev. A pesar de la herida así inferida a su dignidad, el Emperador, convencido de que la decisión tomada por él constituía un mal menor, se negó a abrogarla. De suerte que Russkiy no tuvo ninguna dificultad para hacerle firmar un telegrama ordenando a Ivánov suspender las operaciones contra Petrogrado. El arreglo sobre Rodzianko determinaba, en efecto, tal decisión.

En el curso de la conversación telegráfica que tuvo con Rodzianko en la madrugada del 15 de marzo, Russkiy se oyó contestar que el manifiesto imperial venía demasiado tarde. Los conjurados, después de su acuerdo con el naciente *soviet* de la capital, exigían la abdicación del Emperador. Todo se desarrollaba, pues, como previsto entre los parlamentarios y los jefes militares. Russkiy, de haber tenido un ápice de conciencia, hubiera podido todavía retirarse de la empresa y poner a disposición de su soberano las tropas de su jurisdicción. No era demasiado tarde para hacerlo. Pero Rodzianko le prometió que, si obtenía la abdicación, el mando supremo sería su recompensa. Y el general decidió seguir traicionando. Tanto más cuanto que no le desagradaba hacer esta jugarreta a su rival Alexéiev.

Pero la conversación entre los dos personajes había tenido lugar, no por hilo directo, sino por telescriptor, de suerte que el jefe de la *Stavka* milagrosamente sanado, la captó enteramente. Comprendió que debía correr más rápidamente que su rival. Telefoneó inmediatamente a Pskov para señalar que si el Emperador no abdicaba estallaría una huelga general de los ferrocarriles, eventualidad peligrosa para el abastecimiento de las tropas y de la población civil y que, en semejantes

[37] J. JACOBY: *Op. cit.*, cap. III

condiciones, no podría asegurar la disciplina en las unidades del frente ni el orden en la retaguardia. Estos informes, pretendía, le habían sido comunicados por el servicio de Inteligencia del Ejército. Reconocerá él mismo, después de la abdicación, que no había tales informes como tampoco había tales amenazas.

A las diez y media de la mañana, después de haber tomado el tiempo de reflexionar en compañía de Iuriy Danílov, Russkiy comunicó la noticia al Emperador con toda brutalidad.

He aquí lo que encontramos en el *Diario íntimo* de Nicolás II, con fecha 2/15 de marzo de 1917: "Russkiy llegó esta mañana y me ha leído la larga conversación telefónica que ha tenido con Rodzianko. Opina que la situación de Petrogrado es tal que un ministerio constituído por la Duma no significa nada actualmente, en vista de la hostilidad del partido social-demócrata, representado por el comité obrero. Mi abdicación es necesaria. Russkiy ha transmitido esta conversación a la *Stavka* y Alexéiev ha dado parte a todos los comandantes en jefe. A las 2 y 30 habían llegado todas las respuestas. Decían, en resumen, que, para salvar a Rusia y mantener el orden entre las tropas del frente, es necesario tomar esa decisión. He accedido. La *Stavka* ha enviado un proyecto de manifiesto. Por la noche Gúchkov y Shúlguin han llegado de Petrogrado: tuve con ellos una conversación y les entregué el manifiesto modificado y firmado. A la 1 de la madrugada, marché de Pskov con el alma oprimida por los momentos que había vivido.

"*¡Todo a mi alrededor es traición, cobardía y astucia!*" [38].

---

[38] Nicolás II: *Diario íntimo;* Barcelona, 1944.

No es inútil reproducir aquí el texto del manifiesto de abdicación:

"En los días de nuestra gran lucha contra el enemigo exterior que, desde tres años, pone todos sus esfuerzos para esclavizar nuestra patria, Dios ha querido enviar a Rusia una nueva y penosa prueba. Los disturbios populares que acaban de estallar amenazan tener consecuencias fatales para la continuación de esta guerra sin cuartel. El destino de Rusia, el honor de nuestro heroico ejército, el bien del pueblo, todo el porvenir de nuestra amada patria, exigen que se persiga la guerra a toda costa hasta la victoria. Nuestro enemigo realiza sus últimos esfuerzos y el momento se aproxima en que nuestro valiente ejército, en acuerdo con nuestros gloriosos aliados, lo derribará definitivamente. En estos días decisivos de la existencia de Rusia, hemos considerado como un deber de nuestra conciencia facilitar a nuestro pueblo una más estrecha unión y la organización de todas las fuerzas nacionales en vista de una más rápida victoria y, de acuerdo con la Duma de Imperio, hemos resuelto renunciar al Trono del Imperio de Rusia y deponer el Poder supremo. No queriendo separarnos de nuestro bienamado hijo, transmitimos nuestra sucesión a nuestro hermano el Gran Duque Miguel Aléxandrovich y le damos nuestra bendición para su accesión al Trono del Imperio de Rusia. Transmitimos a nuestro hermano el deber de gobernar en plena unión con los representantes del pueblo en las Instituciones Legislativas, según los prin-

Es necesario señalar que los tres altos jefes que habían contestado los primeros al requerimiento de Alexéiex de apoyar su maniobra contra el soberano eran los generales Brusílov y Evert y el Gran Duque Nicolás Nicoláievich que, después de su salida de la *Stavka*, había asumido el mando del ejército del Cáucaso.

V

La abdicación del emperador llevaba consigo el nombramiento de un nuevo generalísimo y de un primer ministro destinado a reemplazar a Galítsin... encarcelado por orden del Comité de la Duma. Sin rencor, el Zar designó al Gran Duque Nicolás Nicoláievich para substituirlo en la *Stavka* y al príncipe Lvov para encabezar el nuevo gobierno. Este último nombramiento era debido a la insistencia de Gúchkov y de Shúlguin, diputado... nacionalista.

Pero el Comité de gobierno tampoco aceptó que la corona recayera en el Gran Duque designado por Nicolás II... como tampoco en ningún otro. Gracias a una coyuntura verdaderamente excepcional, Miliukov, Lvov, Gúchkov y Rodzianko, animados por Kérenskiy pero, sobre todo, por el afán de no repartir con nadie el pastel que tan inesperadamente caía entre sus manos, estimaron que el momento había llegado de realizar sin más intermediarios la república "pura y dura", la "buena" república, sueño dorado, desde 1789, de todos los intelectuales pequeño-burgueses deseosos de imponer a las masas liberadas por ellos de la tiranía el gobierno directo de los eternos principios anidados en los cofres del santo capital.

El 3/16 de marzo, es decir, el día siguiente de la abdicación, su hermano, el Gran Duque Miguel, acorralado por los cinco compinches en la nursery del palacio del príncipe Putiátin, firmaba el documento por el cual renunciaba a la Corona, no sólo para sí, sino para todos los miembros de su familia hasta que una Asamblea Constituyente deci-

---

cipios fundamentales que serán establecidos por ellos, prestándoles un juramento inviolable.

"En nombre de nuestra patria ardientemente amada, llamamos a todos los fieles hijos de la patria para el cumplimiento de su deber sagrado, la obediencia al Zar en estos penosos momentos de prueba nacional, para que Rusia sea llevada por el camino de la victoria, de la prosperidad y de la gloria.

"Que Dios ayude a Rusia.

NICOLAS"

diera acerca de las futuras instituciones del país. Y este mismo día, Nicolás II escribía en su diario: "A las 8 y 20 llegué a Moguiliov. Todos los oficiales del Estado Mayor estaban en el andén. Recibí a Alexéiev en mi vagón. A las 9 y 30 regresé. Alexéiev vino a traerme las últimas noticias de Rodzianko. Parece ser que Mísha ha abdicado. Termina su manifiesto pidiendo la elección, en el término de seis meses, de la Asamblea Constituyente, según una fórmula cuádruple (*es decir sufragio "universal, igual, directo y secreto"*). ¡Dios sabe quien le habrá dado la idea de firmar semejante ignominia!" [39].

V

Nicolás II, confiando en la fidelidad de los miembros del nuevo gobierno a los compromisos contraídos por ellos en cuanto a la incolumidad de su familia, había vuelto a Moguiliov para despedirse de sus colaboradores y de las tropas.

El 8/21 de marzo, después de haber saludado a todos los oficiales de la *Stavka* y haber visto a un coracero echarse a sus pies gritando: "¡Padre, no nos abandones!", después de haber abrazado a su madre por última vez y recibido el adiós angustiado de sencillos combatientes y de humildes paisanos encontrados al azar, solo en el vagón que lo llevaba a Zárskoie Sieló, donde pensaba reunirse con su esposa y sus hijos, escribía en su diario: "Viajan en mi tren cuatro miembros de la Duma... Siento el alma oprimida, dolorida y triste" [40].

Estos cuatro señores, además de miembros de la Duma, eran los agentes designados por Lvov para notificar al Emperador que, en razón de las exigencias del momento, el gobierno no podía hacer frente a sus compromisos y se encontraba en la obligación de considerarlo como detenido a la espera del juicio que el flamante Ministro de Justicia, nuevo Catón, estaba organizando contra él y su esposa [41].

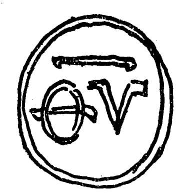
---

[39] *Ibidem.*
[40] *Ibidem.*
[41] El 3/16 de marzo, el *soviet* de Petrogrado había dirigido al "camarada" Kérenskiy la nota *confidencial* siguiente: "El gobierno provisional deberá proceder a esta detención (de la familia Románov) de acuerdo con el *soviet* de los diputados obreros. Si el gobierno provisional se negara, preguntarle qué es lo que haría en el caso de que el Comité ejecutivo procediese él mismo a esta detención".

En cuanto a las intenciones de Kérenskiy, señalemos aquí que, a la pregunta formulada por el abogado Karabshchevskiy sobre la suerte reservada por él al "ciu-

Como se ve, para los nuevos dirigentes de Rusia, el camino para el establecimiento de un Estado de Derecho basado en las instancias del más puro humanitarismo pasaba por las huellas de Robespierre y de Saint-Just.





dadano Románov", el extraño ministro de Justicia contestó con "el gesto elocuente de apretar el cuello con una cuerda" (ver bibliografía: Sección B - *Karabshchevskiy*).

Por otra parte, no hay que tomar muy en serio el ofrecimiento hecho por Gran Bretaña de conceder la hospitalidad a la familia imperial "con tal de que el gobierno ruso tome a su cargo los gastos de mantenimiento". Buchanan y Lloyd George tenían tanto interés como los conjurados rusos en ver desaparecer a quien conocía sus maniobras de 1915-1916. Si en el caso de los Lvov, Miliukov, Rodzianko, etc., estas maniobras no eran sino traición a la patria en tiempo de guerra, en el de los dos ingleses, no podía tratarse más que de traición a una alianza en tiempo de guerra, ya que, como afirma Ludendorff: "La revolución rusa implicaba fatalmente una disminución del valor militar ruso, debilitaba a la *Entente* y aligeraba considerablemente nuestra pesada tarea... En abril y en mayo de 1917, a pesar de nuestra victoria sobre el Aisne y en Champaña, la revolución rusa es la que nos ha salvado" (*Wie der Weltkrieg 1914 "gemacht" wurde;* Munich, 1934). Y ello significa que, tanto para Lloyd George como para Miliukov y Kérenskiy, Nicolás II no debía salir de Rusia y debía desaparecer. Los bolcheviques, al asesinar al Emperador, no harán más que realizar los deseos de los conjurados anglo-rusos.

CAPITULO XV

CAPITALISMO Y SANTA RUSIA

Los partidos progresistas y los grupos parlamentarios ante las reivindicaciones populares - Anormalidad de las estructuras sociales rusas después de tres años de guerra - El mito de la autoridad moral de la Duma - Las oligarquías parlamentarias y capitalistas en Rusia - Descomposición de la aristocracia - Artificialidad del capitalismo ruso - Causas fundamentales de la caída del Zarismo según los historiadores progresistas - El mito Raspútin - La verdadera situación militar de Rusia en el momento de la revolución de Febrero.

Hemos visto de qué modo, entre agosto de 1914 y febrero de 1917, el proceso de maduración política estuvo íntimamente ligado en Rusia a acontecimientos militares que, hábilmente explotados por los dirigentes de la oposición, aceleraron este proceso hasta precipitar al Imperio en una situación abiertamente revolucionaria.

Al mismo tiempo, mientras nos extendíamos sobre la conjuración que se forjó desde el comienzo de las hostilidades para derribar a la dinastía, hemos insistido en el hecho de que jamás esta conjuración tuvo fuerzas suficientes como para provocar por sí sola cambio tan radical. Su fisonomía, de rasgos ya muy dispares en razón del abismo que separaba a los diversos grupos que concurrían a formarla, era en realidad una fisonomía borrosa. Al agregarse unos a otros, laboristas, kadetes, nacionalistas, aristócratas degenerados, alguno que otro gran duque en busca de corona, ni siquiera un solo día alcanzaron a unirse en un grupo armónico capaz de grandes acciones: les faltaba en su conjunto aquéllo que faltaba a cada uno de ellos separadamente, un mínimo de contacto con las aspiraciones del país. Los salones de la capital, como tampoco los pasillos del Palacio de Táurida ni las camarillas aristocráticas podían pretender representar, aun lejanamente, estas aspiraciones que les eran desconocidas y que, por otra parte, la misma masa del pueblo ruso era incapaz de formular.

En verdad, eran muy vagas. Fuera de un nebuloso deseo de paz, no podemos encontrar en las masas rusas nada que, de cerca o de lejos, constituya una verdadera aspiración política. Y, entre 1914 y 1917, este deseo obscuro ni siquiera alcanzó a formar una aspiración susceptible de poner en serio peligro el edificio del Estado. Este mismo deseo lo probaba el pueblo alemán y, sin embargo, hasta noviembre de 1918, el orden público fué respetado religiosamente por el pueblo germánico. Los disturbios estallaron tan sólo cuando el emperador Guillermo se hubo convencido de la imposibilidad de que sus tropas alcanzasen la victoria. La única diferencia entre Rusia y Alemania fué que, mientras en el caso de ésta hubo solamente claudicación por parte de los políticos, en el de aquélla la misma claudicación fué acompañada de la traición de los políticos y de los militares. Para traicionar no es necesario tener contactos directos con el enemigo. Basta con hacer su juego organizando una revolución en tiempo de guerra.

En el momento mismo en que triunfaba, la revolución de Febrero se reveló como un movimiento minoritario desprovisto de todo presupuesto ideológico, tanto en las masas que la carencia del gobierno había desatado, como en los dirigentes que habían provocado dicha carencia. Tanto es así que aquéllas, en el comienzo no saben sino dirigirse a los parlamentarios del bloque progresista. Podemos comprobar cómo, en ausencia de toda propaganda leninista eficiente —único factor susceptible de encauzar el motín hacia un marco rudimentario pero preciso en cuanto a sus rasgos revolucionarios—, la masa que se ha volcado como para un espectáculo gratuito en las calles de Petrogrado (masa compuesta de obreros y de soldados que ignoran si el día siguiente se los va a considerar como héroes o deportar a Siberia), vemos cómo esta muchedumbre se deja manejar por políticos liberales de quienes nunca había oído hablar y que, hasta la víspera, la habían considerado con desprecio. Es curioso en efecto que los manifestantes no hayan pensado en la posibilidad de entregarse a los elementos social-demócratas o socialrevolucionarios, numerosos sin embargo en la capital. No han ido a buscar a ningún menchevique, ni siquiera a Alejandro Kérenskiy, a pesar de la popularidad que este último pretende tener en los ambientes sindicalistas, sino a los miembros de la delegación designada apresuradamente por la Duma que no quiere dejar escapar esta oportunidad de ocupar el gobierno. Es que, en esta primera semana de "libertad", la muchedumbre no se ha volcado aún a la anarquía y sigue considerando, por obscuramente que sea, que una re-

volución en tiempo de guerra puede acarrear serios peligros que tan sólo un gobierno constituído es capaz de evitar. Las masas no tienen ninguna responsabilidad en el desencadenamiento de la revolución como tampoco la tienen en el hecho de que la delegación parlamentaria se encuentre en las manos del estúpido Rodzianko, gran aristócrata traidor a su clase, del octubrista Gúchkov, fanfarrón que necesita una numerosa escolta policial para hacerse cargo de la cartera de Guerra, del jefe kadete Miliukov cuya nulidad como político es igual a su incapacidad de historiador. Será suficiente agregar a estos nombres los del pálido e inexistente príncipe Lvov, despilfarrador de los caudales públicos, y del siniestro agitador Kérenskiy, picapleitos sin empleo y defensor de las más sórdidas causas, para hacerse una idea precisa de la composición del parlamento ruso.

Pero, a comienzos de 1917, al paralizarse la Monarquía por efecto de una conspiración cuyos actores manifestaron eficiencia tan sólo para destruir, fuera del parlamento Rusia no disponía de otro organismo susceptible de asumir la dirección del Estado. Por su incoherencia misma, la muchedumbre amotinada se dirigió, pues, a lo único que disfrutase de una apariencia de vida, la Duma, y le entregó esta dirección o, mejor dicho, se dejó convencer por ella de entregársela. En su tosca lógica, los soldados y los obreros en ruptura de cuartel y de taller pensaron que los diputados, puesto que habían echado al "incapaz" emperador, eran forzosamente los hombres más capaces del país. Mientras que dichos diputados eran los únicos incapaces en este lóbrego asunto. Y los ocho meses que separan las dos revoluciones bastan para demostrarlo.

Ahora bien, aquél que, en el cómodo exilio que supieron proporcionarle sus amigos de las sociedades de pensamiento occidentales, asumió, por encargo de la banda, el papel de historiógrafo oficial de la vida parlamentaria rusa, Pablo Miliukov, considera natural este recurso de las masas a la delegación de la Duma ya que, según él, bastaría para establecer que la autoridad de que dicho organismo gozaba en el país era indiscutible.

Ello merece un examen serio porque, de ser exacta, la tesis de Miliukov cambiaría fundamentalmente nuestro conocimiento de la historia de Rusia durante el período anterior a la revolución.

En primer lugar, la tesis del recurso a la Duma en razón de su autoridad moral descansa en un error y en una petición de princi-

pio. El error lo cometieron las masas cuando creyeron encontrar en los parlamentarios hombres capaces —capaces porque dotados de formación política— de gobernar al país. A ello la historia ha contestado con uno de sus más solemnes desmentidos. En cuanto a la petición de principio —que pertenece a Miliukov— responde a precedentes que han hecho la gloria de una cierta escolástica y que siempre consistieron en hacer admitir una tesis, fundamentada o no, a partir de la cual resulta muy fácil hacer admitir todo el resto. Y esta petición de principio puede llamarse argumento de autoridad aplicado al principio de la autoridad moral de la Duma.

Para establecerla, parece muy fácil encontrar bases históricas suficientes en la política "reaccionaria" del gobierno zarista cuando, a partir de 1906, lucha contra la ilustración parlamentaria; en el descontento de los campesinos; en el escándalo Raspútin; en la desafección de las masas por la institución monárquica; en la incapacidad de esta institución para superar la crisis militar y, por ende, en su responsabilidad en el nacimiento y el desarrollo de esta crisis. Tales son los argumentos que se invoca y hay que reconocer que serían incontrovertibles si fuesen auténticos.

Ante todo, es evidente que la historia de Rusia, de la primera a la segunda revolución, no puede ser explicada enteramente por el antagonismo entre gobierno y Duma que Miliukov y, tras él, Albert Mousset, Georges Welter, Georges Vernadsky [1] y algunos más pretenden hacernos admitir al representarnos este antagonismo como un microcosmos de toda la vida nacional entre aquellos dos acontecimientos.

La Duma tuvo tan sólo una importancia relativa puesto que, en la gran mayoría de sus miembros, no representó más que las aspiraciones de la muy reducida clase capitalista y que, por ende, los obreros, al comprobar que se habían dado amos sin comprensión de sus necesidades, se apartaron muy pronto de ellos en busca de nuevos dirigentes.

Ahora bien ¿por qué, después de haber aceptado en un primer tiempo las consignas de la Duma, los amotinados las violaron tras un breve período de expectativa?

Porque pudieron comprobar desde los primeros días del nuevo régimen que los parlamentarios habían ocupado el lugar abandonado

1 A. Mousset: *Histoire de Russie;* París, 1945. G. Welter: *Histoire de Russie;* París, 1946. G. Vernadsky: *A History of Russia* (existe una versión española hecha en Buenos Aires en 1947). Cfr. la bibliografía al final de la segunda parte.

por la Monarquía no como representantes de toda la nación sino como exponentes de una clase reducida en extremo pero despiadadamente dedicada a sus intereses exclusivos.

¿Se trataba, pues, de una oligarquía organizada y, por consiguiente, capacitada, por lo menos parcialmente, para empuñar las palancas del poder político dejadas vacantes por la monarquía? O, mejor dicho, en la descomposición social del momento que examinamos ¿constituía acaso dicha oligarquía un factor suficientemente vigoroso y consciente como para ampliarse hasta representar los intereses generales de la nación? Evidentemente no. Y vamos a ver por qué.

En primer lugar, la oligarquía parlamentaria estaba en ruptura completa con todo aquéllo cuyos intereses coincidiesen con los del país: la monarquía y la clase campesina. La autocracia encarnaba una idea que la historia podía haber superado —veremos pronto en qué medida ello puede ser discutido— pero que durante tres siglos había gobernado a Rusia, le había dado su forma física, política y espiritual. En 1917, los presupuestos de la monarquía romanoviana coincidían con los intereses generales de la nación. Lo demuestra el hecho de que el único enemigo que hubiese hasta entonces encontrado en su camino había sido la *intelliguentsiia,* superestructura social sin forma ni arraigo precisos, y no la clase campesina que formaba más del ochenta por ciento del conjunto social. Desde las leyes de emancipación, la monarquía no había abandonado un solo momento el camino trazado por Alejandro II, que llevaba, según modalidades diversas porque determinadas por la coyuntura, pero de modo fatal, a un pasaje de la casi totalidad de las tierras, incluso las de la Corona, de sus antiguos propietarios a quienes la trabajaban efectivamente. Pasaje que, hasta el comienzo de la reforma Stolípin, había sido realizado con cautela y que, a partir de aquel momento, había sido acelerado con el efecto de hacer desaparecer por completo la agitación agraria que había señalado los dos siglos anteriores de la vida rural rusa. Y es menester señalar desde ya que, entre febrero y octubre de 1917, esta agitación reapareció con caracteres de violencia día a día más agudos porque la oligarquía parlamentaria que pretendía imponer sus intereses al país se negó rotundamente, no sólo a proceder a una partición inmediata de las tierras todavía no alcanzadas, sino a seguir aplicando la política solipiniana [2].

[2] Existen leyendas anidadas en la conciencia obscura de los pueblos, ese terreno sobre el cual trabajan de preferencia los pseudointelectuales del periodismo contemporáneo, existen leyendas que ninguna invalidación aportada por los

Los intereses representados por la oligarquía parlamentaria eran intereses financieros generalmente contrarios a los intereses de la nación. Eran intereses muy concentrados en razón del pequeño número de sus detentadores y, a la vez, muy extensos por su pretensión de controlar todas las actividades económicas del país. No ya intereses bien definidos de terratenientes independientes y de industriales cuya actividad se desarrollaba en función de las necesidades nacionales, sino de consorcios anónimos que tendían a controlar la producción interior conforme a las necesidades del mercado financiero internacional; fenómeno antinatural y no solamente ruso, pero que resulta tanto más antinatural en Rusia cuanto que, allí, la industrialización, por sus orígenes recientes, para alcanzar el nivel de las demás naciones industriales, había tenido que recorrer en veinte años el camino que Occidente había recorrido en más de un siglo.

---

hechos nunca llegará a desacreditar. De este modo, los crímenes horripilantes que acompañaron el estallido de la revolución rusa *desde el mismo febrero de 1917* y el terrorismo que, desde entonces, la caracteriza, han sido y siguen siendo considerados en los ambientes "progresistas" de Europa occidental como pertenecientes exclusivamente al temperamento eslavo. En los años 1920-30, era corriente leer en la prensa de izquierdas (no comunista) que en Occidente una revolución socialista no podría realizarse más que en función del respeto por la "persona humana" en razón del alto grado de humanismo alcanzado por los pueblos de esta parte del mundo; según esos pensadores a destajo, aquéllo que estaba sucediendo en el oriente de Europa no era sino la ilustración del axioma famoso: *Grattez le Russe et vous trouverez le Tartare*. Cuando acontecimientos tan espeluznantes como los que habían tenido lugar en Rusia vinieron a constelar el camino del llamado gobierno republicano español a partir de julio de 1936, una vez más los progresistas occidentales —hablo de aquéllos que no glorificaron estos crímenes, porque hubo quienes lo hicieron y fueron numerosos, en razón de los adelantos realizados en veinte años por la "conciencia universal"— pretendieron que ello sucedía porque España no pertenecía al evolucionado conjunto occidental encarnado por Francia e Inglaterra, y desenterraron otro viejo y famoso axioma: *L'Afrique commence aux Pyrénées*. Mas no fueron necesarios muchos años para que esta salsa afro-tártara se extendiera a aquellas angelicales tierras que componen el Occidente europeo; en ocasión de la liberación, más de cien mil asesinatos en pocas semanas, tal fué el presupuesto del humanismo marxista-progresista versión francesa; y no hablemos de los doscientos mil muertos de la versión italiana, etc. Si en esta oportunidad Occidente no alcanzó cifras mayores, ello debe atribuirse, no al despertar, un poco tardío, de la conciencia de los humanistas allí radicados, sino a la presencia de un numeroso y bien pertrechado cuerpo expedicionario anglosajón: únicamente esta circunstancia impidió que los dzhugashvilistas de Francia, Italia, Bélgica, Alemania occidental, etc., transformaran a estas naciones en tantas repúblicas soviéticas más con su cortejo de terrorismo permanente... probablemente porque F. D. Roosevelt había fallecido.

Que, a pesar de todo, la leyenda de una pretendida superioridad cultural y moral del revolucionarismo occidental no quiera desaparecer, nos lo muestran una vez más los enternecidos acentos con que los liberales (y algo más) de Europa y de América hablan del humanismo de la experiencia laborista que Inglaterra —este faro de la libertad y de la conciencia universales— tuvo que aguantar

Si el proceso occidental de industrialización ha podido realizarse sin grandes tropiezos hasta el punto de transformarse casi fatalmente en uno de los elementos dinámicos de la evolución histórica [3], ello se debe al hecho de que se ha actuado casi inconscientemente. En Rusia, por el contrario, Witte y los especuladores que lo siguieron en su empresa aplicaron un plan establecido de antemano y lo hicieron con rigor matemático sin dejar nada al azar. Asimismo, mientras el fenómeno de industrialización en Inglaterra y en Francia es enteramente de origen privado, mientras sus comienzos son debidos a la iniciativa de individualidades más o menos poderosas que actúan cada una por propia cuenta, vemos que en Rusia este fenómeno empieza exactamente allí donde, en aquellos países, la revolución industrial alcanza su punto terminal: por la iniciativa del Estado que, en razón de las tendencias de la época en materia de economía política, delega sus poderes a un

de 1945 a 1951. Olvidan un poco que dicha experiencia fué interrumpida antes de que provocara desastres mayores y que, en su paso por el gobierno de Su Graciosa Majestad, los humanistas fabianos amaestrados por el señor Clement Attlee y sir Stafford Cripps habían tomado a expensas del proletariado industrial y de los trabajadores del campo, medidas de compulsión que la llegada al poder de un Aneurin Bevan —el inglés más parecido a Lenin que se pueda soñar— pronto hubiera ayudado a transformarse en medidas más efectivamente afro-tártaras o, si se prefiere, ruso-españolas. Esto, algunos precedentes ingleses nos autorizan a pensarlo, precedentes que son ejemplares en la medida en que pertenecen a la época de la revolución rusa. Cuando ésta —la revolución— estalló, el escritor H. G. Wells, un humanista *de derrière les fagots*, instó a sus conciudadanos para que constituyeran en todas las ciudades de los Tres Reinos sociedades republicanas, "no sólo para simpatizar con los republicanos extranjeros", sino sobre todo *"para servir de punto de partida para una acción perfectamente determinada"*. No crea el lector que este llamado a la insurrección, formulado en plena guerra en función del ejemplo ruso, fuera debido a un aislado, a una especie de predicador nebuloso del tipo de aquellos individuos que, los días domingo, hacen estragos en Hyde Park, subidos en sus banquitos; en el mismo período, y siempre a consecuencia de la revolución rusa, Ramsay Macdonald, Sidney y Beatriz Webb —conocidos también como Lord y Lady Passfield— y los demás dirigentes laboristas, incluso el pacífico "papá Landsbury", enviaron a todas las organizaciones obreras británicas una circular que proponía la formación de "Consejos de delegados de los obreros y de los soldados" para realizar *"en este país aquello que la Revolución rusa ha hecho en Rusia"*, lo que, agregado al llamado de Wells a una insurrección antidinástica, es propiamente un llamado a la degollina. Considérese que, al lado de un agitado como Aneurin Bevan, progresistas como Ramsay Macdonald, Wells, los esposos Webb y Clement Attlee son unos pequeños burgueses decadentes y se comprenderá hasta qué punto la evolucionada e ilustrada Inglaterra se encuentra al abrigo del humanismo afro-tártaro del cual acabamos de hablar. Para quien quiera ahondar esta cuestión, son sumamente interesantes la obra del inglés prof. John Jewkes, *Ordeal by Planning* (Londres-New York, 1948) y la del norteamericano J. T. Flynn, *The Road Ahead* (New York, 1950), esta última traducida al español con el título *¿Qué porvenir nos espera?* (Buenos Aires, 1951).

[3] Hablo de la industrialización como tal, no de las relaciones del capital con el trabajo, de un hecho sociológico y no de la cuestión social.

reducidísimo conjunto de financieros nacionales y extranjeros. Es que en Rusia el capital líquido es reducido porque las fortunas, por grandes que sean, tienen su fuente en la posesión de la tierra y porque, además, desde hace tres cuartos de siglo el latifundio tiende inexorablemente a fraccionarse.

En lo que concierne a Europa occidental, Werner Sombart, en su examen de la evolución sufrida por el proceso de industrialización, desde el "creador" del comienzo del siglo décimonono hasta el especulador de los primeros años del siglo XX, distingue con mucha agudeza las tres fases siguientes: en un primer tiempo, la fase del técnico creador, personaje que es una especie de "poeta en su empresa" y cuyo ideal reside en la organización de la producción industrial; luego la del comerciante, cuya tarea consiste en la organización de las ventas, es decir, en buscar la colocación de sus productos industriales en el mercado nacional primero, en el internacional más tarde; finalmente, la del financiero que parte de la necesidad de capital y cuya actividad consiste en el suministro y en la acumulación de capital principalmente por medidas técnicas de bolsa [4]. Los llamados excesos del capitalismo provienen del control de la industria por la bolsa, es decir, de su pasaje del plano de los intereses individuales-nacionales al de los intereses oligárquico-internacionales o, para mayor exactitud, supranacionales. Al situarse por encima de los de las naciones, estos intereses —anónimos desde el final de la fase del comerciante— se deshumanizan enteramente ya que han pasado bajo la obediencia de grupos que se quieren limitados y que (contrariamente al técnico y al comerciante) no tienen ya ningún contacto con el suelo ni con quienes trabajan para ellos.

En el estado actual de la evolución capitalista en que, incluso en los países de más firme organización política liberal, el Estado, para que su vida económica siga procediendo sin tropiezos demasiado graves, se encuentra en la obligación de controlar los mercados de producción y de distribución, comprobamos que la condición del proletariado occidental y norteamericano, comparada a la de hace un medio siglo, ha sufrido cambios fundamentales en el sentido de un mejoramiento constante. Antes del triunfo de la fase del "financiero", el trabajador industrial ha tenido el tiempo suficiente para organizarse y, por consiguiente, para superarse socialmente. Que su evolución se haya

[4] W. SOMBART: *Apogeo del capitalismo,* tomo I; México, 1946 (trad. del alemán).

realizado en una dirección inversa a la que hubiera querido imponerle la alta finanza internacional, ello es posible, pero el hecho es que, en Occidente, los dos fenómenos de la llegada del capitalismo a su apogeo y de la aceleración de las conquistas sociales se han desarrollado paralelamente. Tanto es así que la mayor parte de dichas conquistas habían sido conseguidas antes de la tercera fase, que es constante que los grandes conflictos sociales, los choques peligrosos entre capitalismo y proletariado, han ido haciéndose más agudos durante esta fase de descomposición del sistema y que la intervención del Estado, día a día más marcada, tiene el propósito de limitar dichos conflictos y, por ende, de impedir que provoquen el derrumbamiento del sistema político nacido de las condiciones creadas por el desarrollo pletórico del capitalismo.

La conquista pacífica por parte del proletariado occidental de una mejor condición social, se debe al hecho de que en Occidente la industria nació de iniciativas privadas que, partiendo de la empresa artesanal de tipo familiar, veían en el obrero no tanto a un asalariado como a un colaborador y porque, cuando se produjo la transformación final indicada por Sombart, la clase trabajadora disponía ya de una serie de derechos que, desde entonces, le ha sido relativamente fácil hacer aceptar como una base para sus reivindicaciones futuras.

No así en Rusia donde industria e industrialización han coincidido, o sea, donde la industrialización ha sido asegurada de golpe, no por técnicos ni por comerciantes, sino por especuladores cuya tarea, a través de las mencionadas medidas técnicas de bolsa, ha consistido en la formación de consorcios cosmopolitas. Otra diferencia es que en Rusia el capital, lejos de desarrollarse a partir de sí mismo, es decir, de una lenta auto-progresión como aconteció en Inglaterra, en Francia y en Alemania, afluyó, ya enteramente constituído, desde afuera y fué, por consiguiente, un capital de especulación y no tan sólo de creación y de producción. Lo que significa que, por tener desde sus comienzos designios de especulación, el capital empleado en Rusia fué un capital caro y arriesgado y, por ende, apresurado en realizar beneficios elevados que le permitiesen cubrirse rápidamente y, al mismo tiempo, presentarse con armas iguales ante la competencia ya organizada fuera de Rusia, en este caso particular ante la competencia alemana.

Así que, en Rusia, asistimos a una súbita maduración industrial en la cual el papel del técnico que crea el plantel es el de un asalariado

más [5]. Al tenerlo presente, comprenderemos por qué el pasaje del capitalismo liberal al de Estado se realizó de modo relativamente tan fácil en Rusia a partir de 1917. Pero tampoco hay que olvidar el hecho de que la intervención del Estado en la creación del sistema industrial, intervención que se manifiesta de modo constante ya a partir del reinado de Pedro I, había creado condiciones favorables a dicho pasaje.

Ahora bien, la oligarquía parlamentaria que, en febrero de 1917, provoca la revolución y llega, gracias a ella, a ocupar el Estado durante varios meses, pertenece, directa o indirectamente, a la reducida clase capitalista, o se ha puesto enteramente en su dependencia. De modo que, sin necesidad de ser marxista ni de adoptar ninguno de los esquemas trazados por Lenin y por Trotskiy, podemos entrever por qué los dirigentes provisorios de la revolución rusa, una vez derribada la monarquía, tuvieron forzosamente que transformarse en partidarios, aunque no incondicionales por cierto aun si Miliukov pretende lo contrario, de la continuación de la guerra.

Los países de donde provenía la mayor parte del capital extranjero invertido en Rusia eran Francia, Bélgica e Inglaterra seguidos por Alemania, y los grupos financieros así constituídos habían obtenido el control, no sólo de la industria pesada y semipesada, sino de las grandes empresas de explotación agrícola de Ucrania y de Rusia Blanca donde habían formado poderosos trusts del azúcar y de los cereales. De allí provenían los cinco millones de rublos entregados por Tereshchenko a los conspiradores a cambio de la promesa de la cartera de Finanzas, promesa que, como sabemos, fué religiosamente mantenida. De las bolsas de París, de Amberes y de Londres dependía el destino inmediato del capitalismo ruso ya que bastaba que la alta finanza franco-anglo-belga decidiera la huída de sus capitales de Rusia para que el joven capitalismo, triunfante con la revolución de Febrero, se derrumbara sin remedio.

Aquí es donde los intereses de la oligarquía parlamentaria nos aparecen en antagonismo directo con los de las clases rurales, es decir, de la nación. Al llegar al poder, Miliukov y sus amigos descubren que, de realizar la paz separada con los Imperios Centrales que su actuación

5. La excepción que ofrece el caso Putílov no hace más que confirmar esta regla. En efecto, este famoso industrial del período prerrevolucionario, si bien era ingeniero y técnico, era, al mismo tiempo, banquero, lo que le permitía asegurar directamente sus operaciones financieras sobre el mercado internacional donde, por lo demás, operaba con dinero internacional.

derrotista de los tres años anteriores había tendido a facilitar, los verdaderos motivos por los cuales captaron el poder desaparecen automáticamente. Descubren por consiguiente que, como Nicolás II, tienen que actuar en vista de la prosecución de las hostilidades, pero, esta vez, de modo a dar satisfacción a las exigencias de sus mandantes de Londres y de París. Revolución, pues, totalmente inútil, y estúpida más que inútil porque su resultado más claro ha sido el de derribar el único poder capaz de alcanzar la victoria. Y, a pesar de las vacilaciones de Miliukov, que tiene compromisos precisos con los círculos pacifistas partidarios de la paz separada con Alemania y no puede cambiar de objetivo del día a la mañana, el gobierno se encuentra en la necesidad de proseguir las hostilidades con fuerzas armadas vueltas ineficaces porque se las ha separado de su jefe natural y porque, en su lógica sencilla, los combatientes rusos no tienen ya la menor confianza en grandes jefes que, en plena guerra, no vacilaron en traicionar al Emperador. Pero los miembros del gobierno provisional comprenden que es demasiado tarde para retroceder: el capital financiero manejado desde afuera tiene que permanecer en Rusia ya que, en el caso de una paz separada, su huída tendrá por consecuencia fatal una vuelta del país a las formas tradicionales de la economía agraria. Cálculo verdaderamente genial ya que los nuevos dirigentes saben que, en las condiciones a que acaban de reducir a las fuerzas armadas, la victoria se ha hecho imposible. Razón por la cual ponen, desde las primeras semanas de su estadía en el poder, tantas esperanzas en sus aliados de Londres y de París. Razón por la cual igualmente, el 23 de marzo, el mismo Maurice Paléologue telegrafía a su gobierno: "En la fase actual de la revolución, Rusia no puede hacer ni la paz ni la guerra" [6].

En pocos años, la reforma Stolípin había permitido ensanchar la clase de los pequeños y medios propietarios rurales, los cuales, satisfechos por la política agraria de la monarquía, permanecían perfectamente indiferentes ante los sueños liberales de los industriales y de los banqueros. De suerte que es evidente que, de haber permanecido en el poder, la monarquía, consolidada ya sea por la victoria ya por la *paz general* preconizada por vastos sectores de las naciones beligerantes y

[6] M. Paléologue: *Op. cit.,* tomo III. Al mismo tiempo, el socialista Albert Thomas, enviado a Rusia por el gobierno francés para doblar al "reaccionario" Paléologue, escribía: "Creo en la posibilidad de hacer volver a Rusia a la guerra por la proclamación de una política democrática". El barbudo Albert Thomas como encarnación de *la femme sans tête!*

neutrales, hubiera tenido por primera preocupación la de ensanchar aún más la clase media rural haciendo acceder a la calidad de propietarios al mayor número posible de campesinos. Y esta vez no se trataba de un cálculo maquiavélico sino de la aplicación perfectamente lógica del principio del bien común en el cual deben sustentarse los gobiernos que quieren durar. Por el contrario, al sacar la consecuencia lógica de su actitud anterior a la revolución, es decir, la conclusión de una *paz separada,* la oligarquía parlamentaria ponía en peligro los intereses exclusivos de la clase capitalista. Con este agravante que mientras la monarquía, al proseguir la guerra, aseguraba los intereses generales de la nación, el gobierno provisional, al resignarse a seguir el mismo camino, ya que había puesto a Rusia en condiciones de cosechar tan sólo derrotas, iba en contra de estos intereses. Y esto quiere decir que para asegurarlos los nuevos dirigentes de Rusia hubieran debido concluir una paz separada que iba en contra de sus intereses de clase. En esta contradicción reside el crimen del liberalismo ruso y también la causa esencial de su fracaso.

Podemos descubrir desde ya, por consiguiente, que cuando Miliukov habla de la política "reaccionaria" del Zarismo, ello significa solamente política contraria a los intereses de clase que Kadetes y Octubristas representan en la Duma y que, en verdad, llama reaccionarios a quienes, por encima de estos intereses de clase, quieren considerar tan sólo los intereses generales de la nación. Pero podemos descubrir también algunas cosas más.

Y ante todo que es necesario examinar muy de cerca todos los hechos que la ya indicada historiografía reprocha a la monarquía como causantes del derrumbamiento del Estado. Al hacerlo, comprobaremos que estas alegaciones son, o bien meras invenciones, o bien interpretaciones forzadas de hechos no tan esenciales como se pretende. Lo extraordinario es que no resulta nada difícil encontrar el motivo de estas mentiras y de estas exageraciones.

Al estallar la revolución de Febrero, Rusia cayó de golpe en un caos que duró bastantes años como para embrollar todas las pistas que los observadores extranjeros hubieran podido seguir; el resto del mundo quedó segregado de toda fuente directa de información y no pudo, por consiguiente, formarse una visión clara de aquellos acontecimientos que habían llevado a la caída del Zarismo, de suerte que no resultó difícil para dicha historiografía hacer admitir al mundo no ruso tesis imaginadas para encubrir móviles y errores penosos de confesar. Así

la mayor parte de los hechos reprochados al régimen zarista, cuando no fueron inventados, fueron deformados *a posteriori* hasta disimular esos errores y esos móviles. En esta historiografía, no tan honrada como ha sido astuta, se inspiran la mayor parte de los historiadores de Europa y de América que, engañados por ella en el mejor de los casos [7], dan por descontada la mediocridad, cuando no la perversidad, del sistema zarista y la buena voluntad, cuando no la genialidad, de los hombres que se impusieron a Rusia de febrero a octubre de 1917. Por otra parte, ha resultado tan cómodo partir del presupuesto de los vicios inmanentes al régimen imperial, que los sucesores del gobierno provisional, los bolcheviques, no han hecho más que recoger y multiplicar, como se lo mandaba su propio interés, las alegaciones de la historiografía en cuestión que les proporcionaba una especie de legitimidad moral.

El mecanismo mental del porqué se ha aceptado tan fácilmente la confirmación bolchevique de los hechos reprochados a la monarquía por Miliukov y los historiadores de su escuela es sencillo y casi demasiado sencillo: puesto que los bolcheviques son los enemigos del gobierno provisional, si confirman los cargos hechos al Zarismo por los partidarios de dicho gobierno, ello no puede ser sino porque tales cargos son incontrovertibles; el Zarismo, pues, cometió verdaderamente las culpas que se le achaca.

Razonamiento impecable como se ve. Pero se olvida señalar que, mientras los bolcheviques confirman las alegaciones de la escuela histórica miliukoviana, se cuidan mucho de ir más lejos. Por ejemplo, se guardan muy bien de sancionar la sentencia que los miembros de dicha escuela emiten acerca de la genialidad o de la buena voluntad de los hombres de la Duma y del gobierno provisional: por el contrario, los insultan mucho más cruelmente que al mismo Nicolás II a quien, en fin de cuentas, se contentaron con asesinar [8]. Y los insultan de modo a hacer aparecer su administración como la más catastrófica de todas

---

7 "Historiadores" como los señores Charles Seignobos y Georges Welter, miembros franceses de la escuela miliukoviana, no pertenecen evidentemente a esta categoría de engañados de buena voluntad. Ellos pertenecen por derecho propio a la categoría de los engañadores, aunque más no sea por solidaridad masónica con el muy masón Pablo Miliukov.

8 Esta moderación de muchos historiadores marxistas contra aquél que Lenin llamaba "Nicolás el Sanguinario" —olvidando que no liquidó a ninguno de los componentes del estado mayor subversivo y, por el contrario, los dejó escapar tranquilamente de Siberia— quizá se deba en parte a lo que ciertos sociólogos llaman "solidaridad entre el verdugo y su víctima".

aquellas que el Estado ruso ha conocido desde los tiempos remotos del Monomaco. Lo que no es poco decir...

Llegados a esta altura podemos proceder al examen de los factores que los historiadores liberales y marxistas consideran como causas directas de la caída del Zarismo, además del ya estudiado "reaccionarismo" que, según tales concepciones, debería ser considerado como su causa mediata.

La primera de estas causas inmediatas gira alrededor de lo que se puede llamar "escándalo Raspútin".

Si el reproche de reaccionarismo no puede surtir efectos sino en los círculos cuya preocupación esencial es el disfraz de la realidad social rusa, disfraz que se inspira en la tesis racionalista según la cual instituciones idénticas por doquiera forjan hombres idénticos por doquiera, el "escandalo Raspútin" tiene, sobre todo, el objeto de impresionar a aquellas categorías de lectores que, indiferentes a toda inquietud filosófica, vibran con entusiasmo cada vez que se les brinda una relación *croustillante et épicée* acerca de un período histórico determinado. Así, para estos lectores, el nacimiento del Imperio romano se explica por Cleopatra, la historia de los papas por la papisa Juana y por Lucrecia Borgia, la de la monarquía capeta por Agnès Sorel y Mme du Barry, el final de la dinastía romanoviana por las "orgías de Raspútin". Vivimos en una era de civilización afrodisíaca cuyo nivel cultural necesita tales alicientes.

Entendámonos bien: no se trata aquí de intentar en favor del *stárets* una rehabilitación que estaría fuera del objeto de la presente obra ya que, en rigor, pertenecería a la Iglesia ortodoxa emprenderla. Se trata solamente de devolver a este escándalo sus verdaderas proporciones.

¿A quiénes encontramos en la organización del delito del palacio Iusupov? A un diputado nacionalista que conspira contra la Zarina a quien hace responsable de la mediocridad de su carrera; a un gran duque que busca una corona en provecho de uno de sus parientes o reúne méritos para sí mismo; al esposo de una gran duquesa que, en todo este asunto, no es más que un títere entre las manos de sus cómplices y conspira contra el Emperador a quien reprocha no haberle hecho recorrer, a pesar de su matrimonio, la carrera relámpago que su sola inteligencia no le permite ambicionar; luego, cuidadosamente disimulado tras ellos, a uno de los miembros más importantes del partido kadete que no quiere comprometerse directamente pero proporciona el

veneno necesario a la empresa; finalmente a un *deus ex machina,* doctrinario ruso de la categórica moral kantiana, Pablo Miliukov, que dirige sin comprometerse un asunto que en su espíritu debe constituir una advertencia a la pareja imperial: o el poder a la Duma o la revolución y la muerte.

¿Cuál es el pretexto invocado para justificar el delito? La influencia de Raspútin sobre el espíritu de la Zarina, influencia de la cual se pretende —tal es la tesis que Miliukov defiende en su obra— que actúa en el sentido de una paz separada con los Imperios Centrales y pone al Estado en trance de descomposición.

Sabemos lo que hay que pensar de la acusación de inteligencia con el enemigo formulada por los conspiradores contra Alejandra Fiódorovna y los miembros de su círculo. Sabemos también que ninguno de ellos alimentó jamás el mínimo propósito de arreglo a expensas de los aliados de Rusia. Sabemos sobre todo que los únicos derrotistas fueron quienes, con su conspiración y, por ende, con el asesinato de Raspútin, hicieron muy conscientemente el juego de Alemania. Ahora bien, el "escándalo Raspútin" ¿había producido acaso en la opinón pública efectos tales como para llegar a amenazar la existencia del Estado ruso?

La pareja imperial, muy sencilla y muy reservada, era celosísima en lo que atañe a su vida privada y evitaba cuidadosamente toda clase de publicidad. Para mantener mejor su intimidad fuera del alcance de los curiosos, Nicolás Alexándrovich y su esposa vivían casi constantemente en Zárskoie Sieló donde, rodeados de pocos servidores, admitían solamente a muy contados amigos. Esta vida recoleta, que, más que la de soberanos autocráticos, parece la de una familia de propietarios provincianos, era protegida por la censura que prohibía la publicación en la prensa de cualquiera noticia relativa a la intimidad del Emperador y de sus familiares.

¿Cómo explicarse entonces que, a despecho de este lujo de precauciones, muchos rusos tuviesen conocimiento de la escandalosa influencia del *stárets* sobre el ánimo de los Emperadores?

La responsabilidad de las indiscreciones que hicieron posible el surgir del escándalo pertenece enteramente a los dirigentes de la oposición parlamentaria y a los miembros del cuerpo diplomático acreditado en Petrogrado que mantenían relaciones políticas estrechas con ellos.

El gran público que, hasta entonces, no se había maravillado en lo más mínimo por la especie de dirección espiritual que Raspútin había

asumido en el círculo de la Emperatriz, supo que sucedía algo escandalosamente misterioso alrededor de la familia imperial tan sólo cuando algunos diputados —entre los cuales, además de Miliukov, el conde Bobrinskiy y Purishkiévich [9]— pronunciaron ante la Duma discursos violentos con el propósito que sabemos. Si bien estos discursos fueron censurados, los oradores los hicieron estampar por su cuenta y aseguraron su difusión a través del país a decenas de millares de ejemplares; la generosidad de Tereshchenko no había sido inútil.

Cabe señalar que, mientras entre 1910 y 1916 nadie en los círculos de la oposición se había escandalizado por esta presencia, de golpe, cuando la conspiración gracias a la generosidad del joven azucarero ucraniano y a la adhesión de los grandes jefes del ejército empezaba a tomar cuerpo, el "escándalo Raspútin" nació como por generación espontánea. Asimismo, resulta muy extraño que, fuera de sus intervenciones en la Duma, numerosos miembros de la oposición parlamentaria asegurasen la difusión en los salones de la capital de todos los infundios relativos a dicho "escándalo" en conexión directa con los embajadores de Francia y de Inglaterra, los dos países que, para decidir a Woodrow Wilson a intervenir a favor de las democracias en la cruzada contra la tiranía, no vacilaban en conspirar contra su aliado más fiel a fin de presentar a su salvador yankee un bloque perfectamente democratizado por la eliminación del "autócrata de todas las Rusias". Ya que, para el idealista norteamericano, animado por los varios Bernard Baruch, Jacob Schiff y coroneles House de su estado mayor secreto, Nicolás II era tan "tirano" como Guillermo II y Francisco José y que, para decidirlo a entrar en el conflicto en un momento en que Francia e Inglaterra estaban más que agotadas, los gobiernos igualmente idealistas de Londres y de París no vacilaban en tirar por la borda a quien, por sus operaciones militares de 1914, 1915 y 1916,

---

[9] En la sesión del 21 de noviembre durante la cual Trepov leyó la declaración ministerial consecutiva a la formación de su gabinete, en presencia de un público numerosísimo y de todo el cuerpo diplomático (convocados evidentemente por la oposición), Purishkiévich, después de aludir a "las potencias ocultas que deshonran a Rusia y la llevan a su pérdida", había exclamado: "Ya no se debe aceptar que la recomendación de un Raspútin baste para elevar a las más altas funciones a los seres más abyectos. Raspútin es hoy más peligroso que antaño el falso Demetrio... *Un obscuro muzhik no debe gobernar a Rusia por más tiempo*".

Era falso que Raspútin gobernase a Rusia y nadie ya se atreve a pretenderlo. Lo interesante en esta declaración de Purishkiévich reside en la última frase que revela todo su desprecio por el pueblo y su rencor contra el Emperador a quien el orador reprocha no haberle confiado una cartera ministerial.

las había salvado de una derrota militar que sus solas fuerzas no hubieran podido evitar. Y resulta bastante curioso que el "escándalo Raspútin", antes del crimen del palacio Iusupov, haya asumido mayores proporciones en las capitales de la Entente que en la misma Rusia. Los recuerdos de sir George Buchanan y de Maurice Paléologue provocan en el lector una sensación penosa por sus referencias constantes a los más bajos chismorreos presentados como auténticos hechos trascendentes, por la manera verdaderamente indignante en que estos representantes de dos grandes Estados consagran lo más claro de su tiempo en discutir con grandes duquesas llenas de envidia contra Alejandra Fiódorovna y de ambición para sus hijos o con altos funcionarios despechados, acerca de la necesidad de encerrar a la Zarina en un convento como traidora y de ahorcar a su consejero espiritual. Atmósfera que recuerda invenciblemente a la de los años anteriores a la revolución francesa cuando Felipe Igualdad y su Laclos representaban contra *l'Autrichienne* el papel asumido por Nicolás Mijáilovich y Miliukov contra la *Alemana de Zárskoie Sieló.*

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de la oposición y de sus sostenedores del cuerpo diplomático, esta publicidad escandalosa produjo en la masa del pueblo ruso el efecto contrario al que se buscaba: en vez de considerar que la presencia de Raspútin en el círculo imperial fuese un hecho intolerable, los campesinos vieron en ella una confirmación más de la vieja tradición que les hacía considerar al Zar como el padre del pueblo. Escribe J. Jacoby que para el pueblo "Raspútin era la sangre de su sangre, el *muzhik* piadoso y temeroso de Dios que había llegado hasta el Zar para llevarle las esperanzas, los deseos, las aspiraciones inexpresadas de cien millones de campesinos rusos. El Zar lo escuchaba y lo consultaba, pero los "señores", celosos de sus privilegios, lo asesinaron. Murió como mártir por el Zar y por el pueblo; el día llegará en que sea vengado..." [10].

Punto de vista que el mismo Paléologue confirma, cuando reproduce en su diario las palabras de un aristócrata, rico terrateniente de la provincia de Kostromá, cuna de la familia Románov, acerca del efecto producido en el espíritu del pueblo por la desaparición del *stárets*: "Para los *muzhiks,* Raspútin es ya un mártir; protegía al pueblo contra los terratenientes, contra los nobles: éstos, entonces, lo asesinaron. Esto

[10] J. JACOBY: *Op. cit.,* cap. II.

es lo que se anda repitiendo en las casas de los campesinos" [11]. Y, más lejos, al referir la incineración del cuerpo de Raspútin, decretada por el gobierno provisional para evitar que la capilla votiva en que descansaba en Zárskoie Sieló se transformase en sitio de peregrinación [12]: "A pesar de un viento helado, a pesar de la duración fastidiosa de la operación, a pesar de los torbellinos de humo acre e infecto que escapaban de la hoguera, varios centenares de campesinos se apretaron toda la noche (*en el lugar de la incineración*), mudos, inmóviles, contemplando con una estupefacción despavorida el holocausto que devoraba lentamente al *stárets* mártir, amigo del Zar y de la Zarina, al *Bozhi cheloviék,* al nombre de Dios" [13].

Lo dicho acerca de la actitud de los campesinos —cuestión agraria y asesinato de Raspútin por la pandilla reunida en casa de Lorenzaccio Iusupov— nos lleva a ocuparnos de otra de las acusaciones formuladas contra el régimen imperial: la de haber provocado por su política "reaccionaria" el desafecto de las masas.

Escribía Máximo Gorkiy, al final de la guerra civil, es decir, al término de un período de casi cuatro años durante el cual los partidarios de Lenin no habían encontrado el menor deseo de colaboración por parte de los campesinos, sino muy a menudo una hostilidad activa y militante: "Desde cientos de años, el campesino ruso sueña con un Estado que no tenga derecho a influir sobre la voluntad del individuo ni sobre su libertad de acción, un Estado sin poder sobre el individuo. En la esperanza irrealizable de alcanzar una igualdad de todos unida

---

11 *Op. cit.,* tomo III, 9 de febrero de 1917. Testimonio interesante por emanar de dos enemigos del *stárets.* Dos días más tarde, un eclesiástico, alto funcionario del Santo Sínodo y director del periódico de la Curia petrogradense *Kólokol,* confirma lo dicho declarando al embajador: "Los campesinos han sido muy afectados (por el asesinato) porque Grigoriy era un *muzhik* como ellos y consideraban muy natural que tuviese sus entradas en el Palacio imperial. De modo que explican el atentado de manera sencilla: los enemigos del pueblo han matado al *stárets* porque defendía la causa del pueblo ante el Zar... En las clases más elevadas, en mi clientela clerical, entre los mercaderes, los funcionarios, los terratenientes, la impresión no es mejor: el asesinato de Raspútin está considerado como un presagio funesto. Usted sabe que nosotros rusos somos muy supersticiosos. Tanto es así que por todos lados se propaga la profecía que Grigory hizo a menudo a Sus Majestades: *Si muero o si me abandonáis, perderéis a vuestro hijo y vuestra corona antes de seis meses*". Y como el embajador pone en duda que el *stárets* haya hecho tal profecía, el religioso le contesta: "Oh, Señor embajador, yo mismo se la oí decir más de veinte veces. Y pocos días antes de morir, la repitió ante Su Eminencia el metropolita Pitirim". *Ibidem.*

12 Como se ve, la forma mental, los métodos y los recursos "antimitológicos" de los progresistas —occidentalistas u occidentales— no han cambiado mucho, del despacho de Miliukov al de los jueces de Nüremberg.

13 Paléologue: *Ibidem,* 23 de mayo de 1917.

a la libertad ilimitada de cada uno, el pueblo ruso intentó una vez organizar un Estado de esta especie bajo el régimen de los cosacos zaporoguii. Aún hoy, en el alma triste de los rusos de las sectas, persiste la idea de un fabuloso "reino de Opona" que existe en alguna parte, *en los confines de la tierra,* y donde se vive tranquilamente, ignaros de *la vana ciudad del Anticristo* - la ciudad torturada por las convulsiones de la creación de la cultura" [14]. Y agrega: "El gran duque Sergio Mijáilovich me contó que en 1913, cuando se celebraba el tercer centenario de la dinastía de los Románov y que el zar Nicolás se encontraba en Kostromá, Nicolás Mijáilovich, gran duque él también y autor de talento de una serie de vigorosos trabajos históricos, dijo al Zar señalándole la innumerable muchedumbre de los campesinos:

"—Son absolutamente iguales a los del siglo XVII cuando se eligió a Mijaíl, absolutamente iguales... ¡Cosa fea! ¿No te parece?" [15].

Según el escritor, tenía toda la razón Nicolás-Igualdad de asustarse ante estas masas porque los acontecimientos ulteriores habrían demostrado que los campesinos rusos no eran capaces de alimentar sentimientos duraderos fuera de un deseo salvaje de apoderarse de las tierras del vecino y "una crueldad especial, una crueldad de sangre fría" [16].

Y aquí es necesario que la literatura deje el lugar a la historia.

A los emperadores que se habían sucedido desde las leyes de emancipación, el campesino debía, además de su dignidad de hombre, el haber podido acceder, más fácilmente año tras año, a la calidad de propietario y a las funciones del Estado. Gracias a Alejandro II, a su hijo y a su nieto, millones de siervos, de hijos y de nietos de siervos, se habían transformado, de campesinos libres en campesinos acomodados, en profesionales, en funcionarios, en oficiales. Si en 1917 los campesinos todavía no acomodados se volcaron a la anarquía más ciega, hicieron cantar de nuevo al gallo rojo con "una crueldad especial" ¿ello fué acaso porque habían caído en el desafecto por la monarquía?

¿Desafecto? Ante todo, sería bueno admitir de una vez por todas que desde que los hombres se agruparon en sociedades políticas no fué este sentimiento el que reguló las relaciones entre gobernados y gobernantes sino el interés, la utilidad y la necesidad confirmados por los

---

14 M. Gorkiy: *El campesino ruso y la revolución de Octubre.* Ensayo publicado en 1922. Utilizo la versión italiana: *Il contadino russo nella rivoluzione d'ottobre;* Florencia, 1947.

15 *Ibidem.*

16 *Ibidem.*

servicios prestados. Contrariamente a las tesis sostenidas durante tanto tiempo y con tan poca fundamentación científica por los teóricos del contrato social, de Locke a Kant, y por sus secuaces prácticos, de Robespierre a Miliukov, nunca las relaciones entre gobernantes y gobernados obedecieron a móviles afectivos. De suerte que la historia nos enseña que bajo cualquier forma de gobierno —monarquía, república o tiranía, con todos los matices que tales etiquetas implican— dichas relaciones siempre fueron condicionadas, por la fuerza en sus comienzos, por el principio del bien común condicionado por los servicios prestados luego. Es evidente que, para mantenerse, cualquier forma de gobierno se encuentra en la necesidad de buscar este bien común y en esto el afecto de los súbditos por el soberano no es más que un sentimiento de acompañamiento, utilísimo cuanto se quiere pero nunca necesario. Y tanto es así que, en no pocos casos, gobiernos muy dotados de dicho sentido del bien común tuvieron que luchar, por la persuasión o por la fuerza, contra vastos sectores de la opinión pública, para alcanzar este bien común que dicha opinión obcecada por sentimientos pasionales no sabía percibir. Para volver a ejemplos ya invocados, es evidente que la dinastía de los Stuart en el comienzo del siglo XVII, la de los Capetos en la segunda mitad del siglo XVIII se encontraban exactamente en la situación atravesada por la dinastía romanoviana en 1916: tuvieron que sucumbir bajo los golpes de oligarquías, reducidas pero poderosas, que querían sobreponer sus intereses de clase a los intereses generales de la nación encarnados por la familia reinante que su búsqueda del bien común, es decir, del interés general, había transformado en el intérprete auténtico, en el único intérprete, de dicho interés general. Ahora bien, en el caso inglés y francés como en el caso ruso, las oligarquías en cuestión, al preparar cuidadosamente su movimiento, supieron, ya sea por los intereses creados, ya sea por la invocación de mitos abstractos, ya sea más sencillamente por la traición en tiempo de guerra, provocar el colapso de la dinastía, supieron aprovechar el breve momento durante el cual se interpusieron entre esta dinastía y las masas populares para captar el poder, y supieron, en los tres casos, aprovechar este breve momento hasta hacerlo definitivo por el asesinato de quienes tenían todas las probabilidades de desenmascararlas y de conducir de nuevo a la nación a su cauce histórico tradicional. Es evidente, en efecto, que, de no haber sido tan oportunamente ejecutados, Carlos I, Luis XVI y Nicolás II, hubieran fatalmente recuperado su posición de jefes naturales de sus naciones respectivas.

Nos lo demuestra el hecho de que, para obtener la condena del primero, Cromwell tuvo que hacerlo juzgar por una ínfima minoría de religionarios odiados por la totalidad del pueblo inglés; que, para poder hacer ejecutar al segundo, los miembros de la Convención tuvieron que impedir el recurso a la nación solicitado por los abogados del Rey, porque, como reconoció Saint-Just, *"L'appel à la nation, n'est-ce pas restaurer la monarchie?"*, que, para quitar a los partidarios del tercero toda veleidad de restauración, los miembros del gobierno provisional decidieron, en el momento mismo de la abdicación, organizar a sus expensas un proceso parecido al de Luis XVI y de Carlos I; finalmente, que, para instaurar su poder de modo definitivo sobre la nación tiranizada por ellos, los bolcheviques ni siquiera se atrevieron al clásico recurso de los subversivos que hacen juzgar por jueces cuidadosamente escogidos a quienes entienden liquidar, y se contentaron con hacer asesinar al Emperador y a sus familiares con el propósito de situar a dicha nación ante el hecho realizado.

Es que, en cada uno de los tres casos, las dinastías así decapitadas, que habían empezado por imponer su poder porque fueron las únicas fuerzas capaces de sacar a la nación del estado de anarquía en que se encontraba, habían, de modo lento y prudente, conseguido convencer a sus súbditos de que encarnaban el bien común y se habían transformado de necesidad o utilidad momentánea en interés permanente del conjunto a cuya cabeza habían sido llevadas por la historia.

Que esta transformación en cada uno de los tres casos examinados, se haya realizado según modalidades distintas y que, fuera de las líneas generales de su destino histórico, las dinastías Stuart, Borbón y Románov, hayan desarrollado su acción a lo largo de directrices tan diferentes, ello es muy natural y demuestra, precisamente, que cada una de ellas supo adaptarse exactamente al problema diverso que había sido llamada a resolver.

Las formas de soberanía política dependen de la situación material, geográfica, económica, espiritual, etc., de una nación determinada, de suerte que, por virtud de tales circunstancias, el absolutismo es tan natural para una nación como la democracia para otra. Nunca un pueblo —contrariamente a los infundios de los pensadores contractualistas— eligió sus formas de gobierno y las transformaciones que el tiempo impone a los conceptos iniciales de soberanía no son más que el desarrollo del germen político primitivamente incluído en la naturaleza físico-moral de dicho pueblo. La historia del pueblo ruso, a partir del

momento de su agrupación por la espada de Vladímir el Grande hasta el triunfo de la tiranía bolchevique, nos muestra la indiscutibilidad de dicha ley. Y bien lo sabía Nicolás II cuando declaraba que "lo que hacía falta a los rusos no era la libertad sino la instrucción" [17]. Es evidente que hablaba de la libertad abstracta tal como la concebían los intelectuales de la oposición, perfecta correspondencia de los leguleyos del Tercer Estado que hicieron la revolución francesa con el resultado de engendrar a los siniestros terroristas del Comité de Salvación Pública y al despotismo napoleónico, como aquéllos han engendrado, en nuestra contemporaneidad, la más terrible tiranía conocida en la historia.

Ahora bien, es evidente que el pueblo ruso no era revolucionario; era conservador y no tenía nada en común con los revolucionarios de Febrero, cuyas ideas, si hemos de creer a Gorkiy, odiaba con "el escepticismo de la ignorancia" [18]. Entre estos intelectuales que lo despreciaban —no hay ninguna diferencia entre la exclamación de Purishkiévich [19] y la definición de Nicolás Mijáilovich durante los festejos de Kostromá— y el Emperador que lo defendía contra ellos, prefería a este último pero a condición de que se mantuviera poderoso y pudiera obligarlo a obedecer. Pero si los primeros derribaban al segundo, caían las barreras que lo mantenían en los marcos de la convivencia social. Juzga perfectamente Arthur Rosenberg cuando afirma: "En Rusia, el campesino y el pequeño burgués, mientras permanecían sumisos y obedientes, eran fieles al Zar; si, luego, se despertaba en ellos la conciencia de sí mismos, se volvían *rojos* y revolucionarios: liberales nunca" [20].

La guerra se había llevado a los hombres jóvenes, había engendrado penurias y obligado a los nobles a volver al país, a radicarse en

---

17 Citado por J. JACOBY: *Op. cit.* Al enfrentar el problema que condiciona la vida de todo gobierno, y que es el de la libertad real o, mejor dicho, de las libertades cívicas, Joseph de Maistre afirmaba que toda soberanía es despótica porque es "una, inviolable y absoluta" (*Etude sur la souveraineté*) y que ante ella existe solamente la alternativa Obediencia - Rebelión. Maistre concibió casi toda su obra política durante su misión diplomática en San Petersburgo y sus observaciones, realizadas teniendo en cuenta el espectáculo ofrecido por la vida política rusa pero en función del hecho revolución francesa, encuentran un suplemento de confirmación en los acontecimientos de 1917 cuando este hecho desemboca en un nuevo movimiento revolucionario que, como el de 1789, hace estallar las formas tradicionales de la sociedad. Es lícito pensar, pues, que muchas de estas observaciones son suficientes para explicarnos los hechos que determinaron la revolución de Febrero.

18 M. GORKIY: *Op. cit.*

19 Cfr. nota Nº 9 del presente capítulo.

20 A. ROSENBERG: *Storia del boscevismo da Marx ai nostri giorni;* Roma, 1945. La obra original alemana es de 1932.

sus fincas y a explotarlas directamente, lo que, en general, resultaba desagradable a los campesinos de los alrededores porque interrumpía sus manejos con los intendentes. Una vez derribada la monarquía, se les ofrecía la posibilidad de llegar a la "ciudad de Opona" sin salir de casa y de franquear en pocos días las largas etapas impuestas por la ley Stolípin a su afán de posesión. Entre la invitación hecha por los desconocidos de la Duma de servir al nuevo régimen con la misma serenidad que al antiguo, y la posibilidad al fin llegada de realizar la anarquía de sus sueños, el *muzhik* no podía vacilar: tenía que cumplir cosas más urgentes y excitantes que escuchar los incomprensibles discursos de los abogados y de los odiados hombres negros que se habían levantado contra el Pequeño Padre, que habían encarcelado a quien, durante siglos, había considerado, a la vez, como su protector contra el *dvoriantsvo* y como el que le cerraba las puertas de la utopía; tenía que robar tierras y acumular dinero vendiendo muy caro los productos de su granja a los agitados de las ciudades.

Así podemos comprobar que la definición dada por los amigos de Miliukov acerca de las relaciones del pueblo ruso con su soberano, tiene una explicación en la forma mental de los miembros de la *intelliguentsiia* si bien es equivocada como concepto histórico: los *intelliguenti* —tanto los de la generación de Miliukov como los contemporáneos de Biélinskiy— buscaban su concepción del mundo y sus tesis sociales en las ideas de Rousseau en materia de contrato social y habían edificado su pensamiento político sobre la base de libres relaciones existentes entre los ciudadanos y el poder [21].

El examen de la imputación según la cual otra de las causas fundamentales de la revolución de Febrero reside en la impotencia militar de la monarquía, ofrece dificultades menores.

La posición militar de Rusia había llegado, ello es cierto, a un punto de crisis; los reveses sufridos habían sido graves y un esfuerzo intenso se había hecho necesario, esfuerzo que, de no haber intervenido

[21] Tanto es así que durante el régimen de Febrero, una dama de la alta sociedad contestaba al embajador de Francia que se extrañaba ante ella del abandono en que Nicolás II había sido dejado por sus defensores naturales: "Pero, él es quien nos ha abandonado, quien nos ha traicionado; él es quien ha faltado a todos sus deberes; él es quien nos ha puesto en la imposibilidad de defenderlo; ni su familia, ni su guardia, ni su corte han sido quienes le han fallado: él es quien falló a todo su pueblo" (*Op cit.;* tomo III, 12 de marzo de 1917). No se sabe qué admirar más, de la hipocresía de quien sabe perfectamente los pormenores del drama en que se ha encontrado el Emperador, o de la gran dama que acusa al único poder que hubiera podido defenderla contra las matanzas bolcheviques, de haber sido traicionada por él, cuando él es quien lo ha sido por ella y los suyos.

la revolución, hubiera podido realizarse perfectamente. Poco a poco la presencia del Emperador en medio de sus tropas había devuelto la confianza al ejército que, hasta entonces, ni siquiera un solo día, había perdido sus cualidades combativas. Por otra parte, durante una guerra larga en la cual no intervienen solamente factores militares, las derrotas nunca son irreparables mientras el que las sufre no quiera considerarlas como definitivas. Es un hecho ahora bien demostrado que el Emperador, contrariamente a los varios Miliukov, Rodzianko y Gúchkov, Polivánov, Alexéiev y Jabálov del parlamento y del alto mando, estaba muy lejos de llegar a esta conclusión. Y aquí, una vez más, si se encontraba en ruptura con los estrategas de la retaguardia, estaba en perfecta comunión de ideas con los combatientes, como en el plano político, lo estaba con el humilde pueblo ruso. Numerosos hechos lo demuestran y singularmente todo aquéllo que fué puesto en claro durante la visita que, *del 16/29 de enero al 8/21 de febrero de 1917,* habían realizado a Rusia los miembros de las misiones político-militares francesa, inglesa e italiana con el propósito de establecer planes de acción común para el desarrollo de las operaciones en Occidente, en Oriente y en los Balcanes. Hombres políticos como Doumergue, Lord Milner y Scialoja —que pasaron a la historia con una reputación bastante diferente de la de Viviani y de Albert Thomas—, jefes militares como Castelnau y sir Henry Wilson, entre los más capaces de los que tuvo la *Entente,* no hubiesen tomado la postura que tomaron durante los trabajos de esta conferencia si no hubiesen estimado que Rusia seguía constituyendo uno de los elementos fundamentales de la victoria.

Es indudable que el viejo Nicolás Galítsin no era más que un funcionario integérrimo —y ello sin embargo tiene su precio durante una guerra— pero Nerátov, adjunto al ministro de Relaciones Exteriores Pokrovskiy, designado para presidir la delegación política rusa, era un diplomático de gran talento, mientras Gurko, jefe de la delegación militar, era muy apreciado en los estados mayores de la *Entente.* Un soldado como Castelnau, que ha dejado el recuerdo de un hombre irreprochable, no le hubiera dado su confianza si no le hubiese demostrado su voluntad —y la posibilidad— de acelerar el esfuerzo ruso [22]. Asimismo, el general francés no hubiera declarado a Paléologue, al término

[22] "Entre el general de Castelnau y el general Gurko, la confianza es total". M. Paléologue: *Op. cit.,* tomo III.



KÈRENSKIY, EL NUEVO ALEJANDRO

de una inspección rigurosa efectuada por él y por sus colegas de la *Entente* sobre el frente ruso: "La moral de la tropa me parece excelente; los hombres son vigorosos, bien entrenados, llenos de coraje, con una hermosa mirada limpia y suave..." [23], si hubiese advertido la menor señal, no ya de indisciplina, sino de relajamiento en el aspecto de los combatientes rusos.

No, la situación militar no fué la que condicionó la situación política: fué ésta la que condicionó a aquélla y tan sólo a partir del momento en que se derrumbó el aparato interior del Estado porque, en los meses anteriores a la revolución, si los acontecimientos militares alcanzaron un punto de gravedad relativa, nunca, contrariamente a la tesis de los historiadores progresistas, llevaron a Rusia más cerca de la catástrofe que a Francia en el momento de la batalla del Chemin-des-Dames y a Italia en los días de Caporetto. Con esta diferencia, que juega enteramente a favor de Rusia, de que, cuando frenaron al invasor, Francia e Italia no tenían ya que perder ninguna batalla, ningún trozo de terreno, mientras que aquélla, por la inmensidad de su territorio, tenía a su espalda centenares de kilómetros para preparar sus operaciones de rescate y la victoria. Lo que hubo de suceder durante el segundo conflicto mundial lo demuestra ampliamente.

Cierto es que los acontecimientos bélicos, y, más que los acontecimientos bélicos, el estado de tensión que, por doquiera, está determinado por el mero hecho de entrar en la guerra, había agudizado fenómenos internos, políticos y sociales, que existían antes de las hostilidades. Pero todo ello no hubiera dado a estos fenómenos caracteres de mayor gravedad si los hombres de la oposición no los hubiesen aprovechado de la manera escandalosa que hemos estudiado. Día a día, estos hombres habían llevado a través del país y hasta entre las filas de los combatientes una campaña de áspera crítica que encontraba su pretexto en hechos militares o políticos, exagerados o basados en el infundio a veces y a veces reales y que no por ello, sin embargo, la justificaban; campaña que por desarrollarse en la reaccionaria Rusia zarista no causó ningún perjuicio a quienes la orquestaban mientras que éstos, de haberla emprendido en la democrática Francia, habrían terminado bajo las balas de un piquete de ejecución [24].

Una de las no pocas incoherencias que el historiador puede acha-

---

[23] *Ibidem.*

[24] Recuérdese lo que sucedió a Judet y lo que estuvo por suceder a Joseph Caillaux y a Jean-Louis Malvy.

car a los hombres de Febrero reside precisamente en la política militar que llevaron después de su llegada al poder, por intermedio del Octubrista Gúchkov transformado, por gracia del panposibilismo liberal, de rico mercader de tejidos en el primer ministro de Guerra de la Rusia democrática. Inmediatamente después de su llegada al poder, este extraño supremo coordinador de las fuerzas armadas rusas nombró una *Comisión Militar ante el Comité de la Duma*, cuya presidencia confió al general Potápov, uno de los ejemplares más completos de traidor que ofrezca la historia universal, asesorado por dignos colegas como los generales Polivánov, ya conocido, y Bonshch-Bruévich que se ilustraron más tarde, el primero como presidente de la Comisión encargada por el mismo Gúchov de elaborar una "declaración de los derechos del soldado", el segundo como secretario de la comisión creada por Trotskiy en el período de fundación del ejército rojo.

Ahora bien, esta comisión compuesta de generales profesionales, fundada por el patriótico ministro de Guerra "en vista de la reorganización del Ejército sobre bases democráticas", colaboró con el *soviet* en la difusión del famoso *prikaz nº 1,* documento famoso entre los documentos que la historia de todos los ejércitos recuerde. En efecto, redactado con el dogmatismo a la vez ridículo y maquiavélico que caracteriza a los revolucionarios de toda laya en el entusiasmo de las primeras horas de su triunfo, el *prikaz* en cuestión pretendía echar las bases de una nación armada que debía encontrar sus normas en los puntos siguientes: elección inmediata de comités de soldados en todas las unidades del Ejército y de la Marina; en todos sus actos políticos, los destacamentos militares dependen del *soviet* y de sus comités respectivos; las órdenes de la Comisión militar de la Duma serán ejecutadas tan sólo si no se encuentran en oposición con las del *soviet;* todas las armas serán puestas bajo el control de los Comités de compañía y en ningún caso podrán ser confiadas a la custodia de los oficiales; en las zonas de operaciones y durante el servicio, los soldados mantendrán la disciplina más estricta; fuera del servicio y de las líneas de combate, en ningún caso se podrá limitar, en la vida política, social y privada, los derechos de que gozarían como paisanos; quedan abolidos, de modo especial fuera del servicio, el saludo militar y los honores militares obligatorios; se prohibe a los oficiales tutear a los soldados; todo conflicto entre soldados y oficiales será sometido a la apreciación de los Comités de compañía, etc....

La Comisión Militar que, contrariamente a todo lo que podrán

decir y escribir los partidarios del régimen de Febrero, realizó en plena guerra una labor de *colaboración activa con el enemigo* y, por ello mismo, hizo obra de alta traición, merece, pues, plenamente el juicio que emite sobre ella el general Deníkin, uno de los grandes jefes militares que, hasta el final, permanecieron fieles a su honor de soldado: "Con un cinismo sorprendente lindante con la traición, este organismo, que incluía a numerosos generales y oficiales nombrados por el ministro de Guerra, proseguía, paso a paso y día tras día, la propagación de las ideas subversivas y demolía los fundamentos mismos del Ejército" [25].

De suerte que, al término de este examen espectral de los hechos y de los hombres que llevaron a la revolución de Febrero, podemos reducir lo dicho a los puntos siguientes que nos entregarán los cálculos y los propósitos de los hombres de la conjuración antidinástica:

1º - Una victoria de las armas imperiales hubiera devuelto fatalmente a la dinastía un medio eficaz para reforzar su poder a expensas de las aspiraciones constitucionalistas;

2º - En el caso de una paz blanca general, puesto que Alemania como Francia, Inglaterra e Italia habían admitido los derechos de Rusia sobre Constantinopla y los Estrechos, la oposición se hubiera encontrado en la imposibilidad de acusar al régimen de haber impuesto al país una guerra de tres años sin compensaciones;

3º - Solamente un colapso del sistema político vigente podía permitir a la oposición realizar su sueño de conquista del poder;

4º - Dicho colapso y los acontecimientos revolucionarios que era susceptible de determinar no espantaban a los Kadetes, a los Octubristas y a los laboristas ya que, en razón de la superioridad intelectual que se atribuían, estaban convencidos de que podrían desviar fácilmente a las masas de sus vagos propósitos subversivos al agitar ante ellas el mito de la libertad democrática y que pondrían así a Rusia bajo su control, lo que:

5º - les permitiría asegurar la continuidad y el desarrollo de sus intereses al descartar el doble peligro representado por la huída del capital extranjero, y por la realización de la política stolipiniana de fraccionamiento de lo que quedaba de grandes propiedades en provecho de la clase rural, realización cuya condición era la victoria conseguida por las armas imperiales.

---

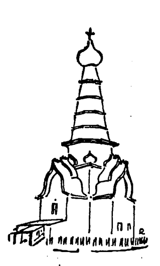
25 A. Deníkin: Очерки русской смуты, *Ocherki russkoi smuti* (Apuntes sobre los disturbios rusos); 5 tomos, París-Berlín, 1921-1926.

Cálculo verdaderamente genial que se vanagloriaba de no haber dejado al azar ninguna eventualidad [26].

V

Cuenta Maquiavelo que César Borgia hubo de confesarle después de su caída que, en su voluntad de asegurar la continuidad de su poder más allá de la muerte de su padre, había pesado todas las virtualidades de un plan político-militar que debía desencadenarse con precisión matemática en el momento mismo en que Alejandro VI llegase a fallecer, pero que este plan fracasó porque quien lo había trazado no había previsto que él también podría enfermar el mismo día que el papa Borgia.

En la Rusia de 1917, el vagón precintado que el gobierno de Guillermo II puso con tanta amabilidad a disposición de Lenin y de sus compañeros de emigración corresponde con mucha exactitud, ante los cálculos de los hombres de Febrero, a la enfermedad que impidió triunfar a César Borgia en la Roma de 1503.



[26] A. S. Suvorin, el gran periodista ruso que fué redactor jefe del *Nóvoie Vremia,* escribía *en 1907,* estas palabras proféticas en su diario íntimo: "Esos H., V., N. y M. no son más que jactanciosos vocingleros. Amenazan, calumnian, engatusan, explotan los bajos instintos incitando a las fantasías más irrealizables. La libertad sin la inteligencia y el corazón no es más que Pugachiov y Razin... Su nombre es legión pero no se trata de una legión de grandes hombres. Se trata de profesores incapaces, de artistas poco estimados, de infelices literatos, de estudiantes que no pueden pasar sus exámenes; artistas sin talento, gente dotada de grandes ambiciones pero sin capacidad, con pretensiones enormes pero sin perseverancia ni fuerza para el trabajo... Los grandes tipos de hombres han sido olvidados, Lomónosov, Púshkin, Tolstói; quienes se elevan se llaman Hessen, Vinaver y Miliukov" (*Diario de A. S. Suvorin;* Moscú, 1923; publicado por el gobierno soviético probablemente a fin de agradecer a Miliukov y sus compañeros de haberle entregado la llave de casa. Trad. francesa; París, 1925).

CAPITULO XVI

LA NOVELA BURGUESA

Significación del movimiento de Febrero - El *soviet* de Petrogrado y el gobierno provisional - El pan, la paz, la libertad - Lenin, de las *Cartas desde lejos* a su vuelta a Rusia - El vagón precintado - ¿Lenin agente alemán? - *Las Tesis de Abril* - Descomposición de las estructuras sociales por la propaganda bolchevique - El ejército se deshace - Kérenskiy, "el nuevo Alejandro" - Su ofensiva, su dictadura y sus ambiciones - Del *putsch* bolchevique al *putsch* nacionalista - Trotskiy presidente del *soviet* y del Comité Militar Revolucionario - El golpe del 25 de Octubre - El Palacio de Invierno sin el nuevo Alejandro - Empieza el régimen soviético.

Con la expresión revolución de Febrero se entiende todo aquel período del año 1917 que va de las manifiestaciones del 24 de febrero y de la caída del Zarismo al golpe de Estado bolchevique del 25 de octubre. Entre estas dos fechas está incluído enteramente el régimen burgués patrocinado por Miliukov y llevado a la tumba por Kérenskiy [1].

Este período puede dividirse en cuatro fases que lo caracterizan con exactitud suficiente en sus tendencias contradictorias, en sus flujos y reflujos; éstos se suceden con una brutalidad que va aumentando hasta que Rusia se encuentra en el estado de descomposición total que per-

---

[1] En el calendario gregoriano estas fechas corresponden al 9 de marzo y al 7 de noviembre respectivamente. Por constituir en su desencadenamiento fenómenos esencialmente rusos, me ha parecido conveniente seguir designando estos acontecimientos según el calendario juliano. Se sabe que Rusia renunció al calendario juliano y adoptó el calendario gregoriano tan sólo en 1919. Hasta esta unificación sigo empleando la fecha juliana, ya sea seguida de la fecha gregoriana, ya de las letras e. a. (estilo antiguo) en lo que concierne a los acontecimientos rusos; cuando ninguna de estas aclaraciones acompaña a la fecha empleada, se trata evidentemente de una fecha gregoriana, es decir, relativa a un acontecimiento no ruso, o no únicamente ruso.

mite la instauración de la llamada "dictadura del proletariado" bajo la dirección de Lenin y de la minoría que lo sigue.

Durante la primera fase, asistimos a dos hechos importantes: la formación en Petrogrado del *soviet* de los diputados de los obreros y de los soldados, verdadera agrupación supragubernamental que se arrogará pronto un función de control sobre los actos del gobierno provisional; y la desaparición de la escena política de la dinastía de los Románov, sancionada jurídicamente —aunque de modo ilegal— por el rechazo de la corona por parte del gran duque Mijaíl quien, para salvar su tranquilidad y por apego a una vida que los hombres del gobierno provisional no quieren garantizarle, asume ante la historia la grave responsabilidad de haber permitido la anulación de los derechos otorgados a su familia por el pueblo ruso en el *Zemskiy Sobor* de 1613. Durante esta fase igualmente, empieza a discutirse entre el gobierno provisional y el *soviet* por una parte, y la minoría leninista agrupada alrededor de las "Tesis de Abril", por otra, la cuestión de la paz y de la guerra que, poco a poco, ha de situarse por encima de cualquiera otra consideración hasta imprimir su sello a las fases siguientes.

La segunda fase empieza por una crisis ministerial suscitada por las tesis en cuestión con las cuales Lenin señala su vuelta a Rusia, por la formación del primer gabinete de coalición, y por la lucha que Kérenskiy lleva en nombre del gobierno "legal" contra los bolcheviques quienes intentan conquistar el poder con una rebelión armada el 3/16 de julio.

Este *putsch* fracasa el 5/18 de julio en medio de choques sangrientos pero provoca una larga crisis ministerial que abre la tercera fase durante la cual, sobre el telón de fondo de la progresión pavorosa entre las masas de las ideas leninianas, se desarrolla un grave conflicto entre Kérenskiy y el general Kornílov, nuevo generalísimo, conflicto que culmina en la rebelión de este último y en su encarcelamiento. Estos acontecimientos llevan a una nueva crisis ministerial con la cual se acaba la tercera fase.

El jefe de los *trudoviki* inaugura la última fase el 27 de septiembre e. a. al proclamar su dictadura personal con el propósito de luchar abiertamente contra los bolcheviques utilizando a un ejército ya definitivamente desprovisto de eficacia. Esta fase dura apenas un mes y, el 25 de octubre, los leninistas, que, entre tanto, han conquistado la mayoría en el *soviet* y en la guarnición de Petrogrado, triunfan sin esfuer-

zo, de Kérenskiy y de sus aliados burgueses y socialistas moderados e instauran su propia dictadura.

V

Algunos días después del triunfo de la revolución, los miembros del Comité de gobierno habían ya perdido toda su jactancia. En la imposibilidad de hacerse obedecer, empezaron muy pronto a pagar sus imprevisiones y sus errores y, como era de esperar en intelectuales que por primera vez tenían contacto con la realidad —y se trataba de una realidad revolucionaria— después de toda una existencia empleada en la especulación, se revelaron incapaces de reaccionar y de establecer una línea cualquiera de acción. Ya en aquella época Paléologue podía escribir en su diario: "No es así.. que preveían la revolución; esperaban dirigirla, contenerla utilizando al ejército. Ahora las tropas no reconocen a ningún jefe y propagan el terror por la ciudad" [2]. Es que, en verdad, estos dirigentes improvisados de la nación rusa no podían exigir el menor acatamiento por parte de un organismo cuya derrota habían previsto cuando preparaban, conspirando, la conquista del Estado en guerra. Y, aquí también, además de mistificadores se habían revelado ingenuos hasta lo inverosímil, ya que, mientras toda su actuación de los tres primeros años de guerra tendía a hacer de este ejército revestido de tradiciones gloriosas una horda vencida y deshonrada, ahora que estaban en el poder pretendían utilizar las fuerzas armadas, desmoralizadas por la pérdida de su jefe natural y liberadas de sus obligaciones militares por el *prikaz* nº 1, para asegurar la perennidad del régimen burgués pregonado por la *intelliguentsiia* a partir de 1861 en función de tesis antipatrióticas y antimilitaristas. Los primeros días de vida del nuevo régimen demostraban una vez más que no había sido el Emperador quien se había equivocado en la interpretación de la realidad político-social rusa, sino los burgueses de la Duma, los aristócratas de los salones petrogradenses y los burócratas del Alto Estado Mayor. Nos lo demuestran los acontecimientos que en pocas semanas han de hacer de un ejército eficiente, que la administración personal de Nicolás II había llevado a un grado máximo de combatividad gracias a la acumulación de ingentes cantidades de material bélico liviano y

2 M. Paléologue: *Op. cit.,* tomo III.

pesado, una turba de desertores, de asesinos y de bandoleros por encima de todo sistema político, por encima de sus jefes y de los deseos de los hombres del parlamento. El pueblo ruso y el ejército que emanaba de él no estaban preparados para recibir la buena palabra liberal como tampoco la de ninguna otra tendencia política que no fuera la que la autocracia encarnaba. Desaparecida esta forma de soberanía, las masas, fatalmente, debían volcarse a la anarquía, puesto que quienes las incitaban, desde años, a combatir el "feudalismo" [3] de las instituciones, se revelaron incapaces desde el primer día de orientarlas porque eran incapaces de comprenderlas. Desde ya podemos comprender por qué Lenin, en la campaña que desencadenará en el momento mismo de su vuelta a Rusia:

1º - se encontrará más íntimamente en contacto con las aspiraciones —no digo con las verdaderas necesidades— de las masas rusas que los hombres políticos liberales, tan en contacto como hubiera podido estarlo el mismo Emperador de no habérsele interpuesto la Duma, ya que los dos términos del dilema "Monarquía-Comunismo" no son más que las dos puntas extremas suscitadas por la anarquía que se extiende después de la paralización del Estado por la revolución realizada en las condiciones que sabemos por los hombres de Febrero;

2º - no hará, al preparar su conquista del Estado dejado vacante por la Monarquía, sino intentar restablecer el *orden ruso* destruído por la *intelliguentsiia* cosmopolita;

3º - para ello volverá a encauzar a las masas hacia su destino histórico —determinado por diez siglos de gobierno absoluto— convenciéndolas de la coincidencia de la idea revolucionaria encarnada por él con la idea rusa, y asegurará su poder, es decir, su concepción del Estado, apoyándose sobre las masas desde abajo mientras la autocracia lo hacía desde arriba;

4º - no se decidirá a exigir todo el poder para los *sovieti,* expresión durante un tiempo de la soberanía desde abajo, sino cuando adquiera la convicción de que, fuera de su concepción del Estado, ninguna forma de gobierno, salvo la autocrática, es susceptible de acabar con

[3] Es muy curioso que los hombres de la Duma hayan invocado en 1916-1917 los mismos argumentos que los teóricos del Estado Llano en 1789 para destruir las formas tradicionales de un Estado que, precisamente, se había instaurado destruyendo dicho feudalismo y que, a éstos como a aquéllos, impedía el libre desarrollo de sus aspiraciones económicas.

la anarquía que amenaza destruir al mismo tiempo al Estado y a la revolución;

5º - no vacilará por consiguiente en hacer asesinar al Emperador y a todos los grandes duques que su mano podrá alcanzar porque todo sobreviviente de la familia Románov es una posible encarnación, llegado el caso, de la autocracia desde arriba frente a su autocracia desde abajo.

V

Dueñas de Petrogrado, las masas imponían su anarquía y, a pesar de los cálculos fríamente apriorísticos de los racionalistas de la Duma, los acontecimientos se precipitaban, incoherentes y temibles, con su cortejo de miseria y de muerte. Los socialrevolucionarios, aunque no se lo confesasen, se encontraban de este modo en la atmósfera que correspondía perfectamente a su concepto romántico de la revolución tal como la pregonaban desde tres cuartos de siglo con esta única diferencia que, ahora, todo un pueblo estaba substituyendo a los antiguos terroristas en la tarea excitante de derribar y de reducir a pedazos el orden existente. Por esta razón, los descendientes de los populistas intuyeron pronto las virtualidades destructoras implicadas por un movimiento cuya esencia correspondía con tanta exactitud a su ideología nebulosa. Sabían muy bien que, sólo mientras se tratara de extender la revolución, las masas los seguirían sin vacilar, razón por la cual, al mismo tiempo que su triunfo, la revolución de Febrero señala el final de la ideología socialrevolucionaria: triunfo en la medida en que se dejaron llevar por la revolución y la ayudaron a paralizar al Estado; final en la medida en que, después de las orgías de destrucción de los primeros meses, se revelaron incapaces, tanto como los moderados, de devolver vida a la nación o, por lo menos, de presentar una única idea constructiva que les permitiese demostrar que representaban una fuerza viviente. Tanto es así que si manifestaron tanto recelo ante la idea de hacer efectiva su promesa de una Asamblea Constitucional en cuyas aras habían asesinado a tantos generales de gerdarmería, ello es debido exclusivamente a su terror pánico ante la idea de triunfar en las elecciones y de encontrarse en la necesidad de gobernar al país, tarea para la cual sabían no estar capacitados en lo más mínimo. Y veremos cómo, alcanzada una mayoría aplastante en dicha Asamblea finalmente elegi-

da, se dejarán despachar por un piquete de marineros cansados de escuchar sus discursos.

Por el momento, se las arreglaban para extender el movimiento subversivo a todos los organismos nacionales, particularmente a la red de ferrocarriles porque, más que ninguna otra cosa, temían que tropas fieles a su tradición patriótica se encargasen de restaurar el orden en la capital y de asegurar una pronta justicia.

El gabinete Lvov, conjunto abigarrado de personalidades cuyos verdaderos designios permanecerán siempre misteriosos para las masas, contó en sus comienzos con la benevolencia recelosa del *soviet* de Petrogrado en el cual, en estos albores libertarios, dominaban los elementos socialrevolucionarios que Kérenskiy, con su elocuencia de consejero municipal progresista amigo de los períodos ampulosos, y Miliukov, con su tétrica seriedad de doctrinario, convencieron, con los abandonos que hemos estudiado, de la necesidad de no despertar las sospechas de los Aliados ni las de los Centrales aunque más no fuere para ocupas posiciones a partir de las cuales Rusia podría abrir a unos y a otros el camino de una "paz democrática sin anexiones". Ya que, en verdad, se trataba al mismo tiempo de salir de la guerra y de impedir la huída de los capitales extranjeros.

El 7/20 de marzo, el gobierno provisional hace público su primer manifiesto en el cual se habla mucho de libertad y de igualdad y del ejemplo que Rusia acaba de dar a los demás pueblos —no se sabe verdaderamente de qué ejemplo se puede tratar—, pero muy poco de la guerra, y, ni siquiera una sola vez, de Alemania. Contrariamente a las esperanzas de quienes, en Londres y sobre todo en París, habían ayudado a la caída de la monarquía creyendo que un golpe tan radical serviría para endurecer la voluntad de los rusos de conseguir la derrota de los "enemigos de la civilización", Miliukov, padre legítimo del documento, no hacía la menor alusión a esta voluntad. Y todo ello indignó profundamente a Paléologue, despertado un poco tarde de sus ilusiones miliukovianas, y lo incitó a exponer su opinión, sin intentar disfrazarla tras eufemismos diplomáticos, al extraño ministro de Relaciones Exteriores que había reemplazado al inofensivo pero muy leal Pokrovskiy. Como era de esperar, Miliukov contestó que había en todo eso un error de interpretación y que Rusia, evidentemente, no había pensado jamás en substraerse a sus obligaciones para con los Aliados. Fuera quien fuera, sabemos del Príncipe Negro que estaba dotado de una viva inteligencia. Comprendió inmediatamente que la

salida de Rusia de la contienda era una cuestión de tiempo y que los Aliados debían trazar sus planes sin tenerla en cuenta desde ya. Ello le fué reprochado por los dirigentes de la política francesa e, incluso, le costó su puesto diplomático. No por ello estaba menos en lo cierto.

Las distinciones diplomáticas miliukovianas, transmitidas al *soviet* por Kérenskiy, tuvieron sobre las masas un efecto parecido. Denunciaban en efecto una completa ignorancia de las aspiraciones populares al mismo tiempo que la presencia de un equívoco esencial en las relaciones del gobierno con el pueblo. Pasado el primer momento de euforia republicana, éste no comprendió por qué se le quería imponer la prosecución de un esfuerzo bélico que, al mismo tiempo que agravaba sus penurias, no le permitía vislumbrar ninguna compensación a expensas del enemigo fuera de la muy excitante esperanza de transformarlo, con una curiosa mezcla de predicaciones y de ofensivas, en un buen demócrata amante de la paz.

Equívoco que el príncipe Lvov, hablando en nombre de todos sus ministros, expresó con la más extraordinaria estupidez ante la Duma, el 27 de abril/10 de mayo, declarando: "Podemos considerarnos como los más felices de los hombres: nuestra generación conoció el período más feliz de la historia de Rusia". Y, como si ello fuera poco, elevándose de golpe hasta las más puras cimas poéticas, el antaño tan "práctico" presidente del *zemgor* exclamaba: "¡Libertad! Que otros desesperen! Yo, jamás dudaré de tí" [4]. Como vemos, hay de todo en la viña del Señor.

Sin embargo todo no era color de rosa en este amanecer revolucionario tan parecido, aunque más no fuera por el papanatismo de sus primeros beneficiarios, al que se levantó sobre Francia el 14 de julio de 1789.

Ante el movimiento petrogradense, los demás grandes centros urbanos no se habían plegado de inmediato a la revolución y cuando se habían decidido a hacerlo, tras confirmación de la caída del Zarismo, habían tomado un camino no previsto por los señores de la capital. La palabra república, para el espíritu obscuro de las masas, era símbolo

---

[4] P. MILIUKOV Y OTROS: *Op. cit.*, tomo III, cap. XXIII-2. Por haber sido redactado este capítulo por el mismo Miliukov, de quien se puede decir que no escribía nada a la ligera, está permitido preguntarse si esta cita no ha sido incluída en dicho capítulo con el propósito de hundir un poco más al atolondrado orador y para fundamentar de modo irrebatible su reputación de ininteligencia total. Un viejo ruso amigo nuestro nos decía que ya en 1912 se llamaba a Lvov "el Idiota" del mismo modo que los antiguos llamaban a Aristóteles "el Filósofo".

de libertad, lo que en Rusia significaba posibilidad ilimitada de desorden. En la asociación Lvov-Miliukov-Kérenskiy, los rusos no veían más que una heredera ilegítima de la monarquía, y, para ellos, esta ilegitimidad permitía todo aquéllo que los Zares habían prohibido. De modo que, para enfrentar cualquier veleidad de los nuevos gobernantes de seguir imponiéndoles las mismas trabas que la autocracia, las ciudades adhirieron finalmente a la revolución tan sólo después de haber elegido *sovieti* con el propósito claramente expresado de no tener en cuenta ninguna imposición venida de Petrogrado.

Lo esencial de la misión del gobierno provisional residía en su promesa de convocar una Asamblea Constituyente y de resolver la cuestión agraria. Pero, apenas instalado en el poder, "reconocerá" la imposibilidad de proceder al cumplimiento de una y otra promesa, y ello ayudará poderosamente las ideas leninianas, inexistentes o casi enteramente desprovistas de audiencia en febrero, a recuperar de modo fulmíneo el tiempo perdido y a llegar en pocos meses a ocupar el primer plano de la escena política rusa. Por el momento, indiquemos tan sólo que si el gobierno provisional violó tan abiertamente sus promesas más solemnes ello fué debido a la convicción en que cayeron sus miembros de que, de realizarse la elección para la Asamblea, los socialrevolucionarios serían llevados al poder, lo que, ni éstos por las razones ya indicadas, ni los ministros por su voluntad de no abandonar a nadie el lugar tan inesperadamente ocupado por ellos, querían siquiera considerar. En cuanto a la reforma agraria, los propósitos de Lvov y de sus colaboradores tendían simplemente, no sólo a la abrogación pura y simple de la "reaccionaria" ley Stolípin, sino a la reducción de los campesinos a una posición de último plano en la vida de la nación, sin ver que ello iba a tener por primer resultado llevar al campo la anarquía de las ciudades, peligro que hubiera podido ser evitado tan sólo por la aplicación acelerada de dicha ley. Los campesinos lo vieron tan claramente que, tras algunas semanas de expectativa, empezaron a robar tierra por su cuenta, saqueando, incendiando y asesinando, exactamente como en 1905. Puestos ante situación tan cruel, es decir, ante la alternativa, o bien de aceptar lo hecho por Stolípin, o bien de emplear la fuerza para asegurar el orden, los ministros prefirieron no hacer nada.

Por todas estas razones, la benevolencia del *soviet* de Petrogrado para el gobierno no duró mucho tiempo, sobre todo a partir del momento en que los elementos leninistas deportados o encarcelados, pero ahora puestos en libertad por Kérenskiy, empezaron a agitarse en el

seno de dicho *soviet* con el propósito de transformarlo en elemento dinámico de oposición contra los burgueses del Palacio de Invierno —allí se habían instalado los ministros con una austeridad verdaderamente republicana—, puesto que, durante el primer mes de vida del nuevo régimen, habían recibido consignas muy precisas de Lenin.

Este, cuando se había enterado —en Suiza donde había vuelto a vivir al comienzo de las hostilidades— de los acontecimientos revolucionarios de Petrogrado, había escrito sin tardar, y casi sin reflexionar, sus famosas *Cartas desde lejos*. La primera fué publicada el 8/21 y 9/22 de marzo en la *Pravda,* órgano bolchevique que con la revolución de febrero había vuelto a aparecer en la capital. En verdad, no tenía mucho que reflexionar porque conocía al dedillo sus ideas en materia de praxis revolucionaria y que había tenido la oportunidad de exponerlas muy claramente durante las conferencias de Zimmerwald, en 1915, y de Kienthal, el año siguiente. Desde el principio de la guerra, las había madurado lentamente hasta darles una forma muy precisa en lo que a la situación peculiar de Rusia se refería, aunque esta situación real no le fuese conocida sino a través de informaciones vagas y truncas y de sus propios deseos que, como todos los deseos del revolucionario en el destierro, tienen generalmente poco que ver con la realidad.

En la primera de estas cartas, Vladímir Ilich, revela de modo total este su desconocimiento de la situación interior rusa, pero a la vez un espíritu extraordinario de previsión porque en ella emplea el único lenguaje susceptible de agrupar alrededor de una idea auténticamente revolucionaria a las masas mistificadas por los liberales del gobierno y asimismo traicionadas, en lo que atañe a la empresa subversiva, por los socialrevolucionarios y por los demás grupos socialistas burgueses.

Después de afirmar que "esta revolución no será la última" [5], y de

[5] Lenin, a través de Tkachiov, tenía muy estudiado el pensamiento de Gracchus Babeuf, el agrupador, contra la tendencia burguesa de la revolución francesa encarnada entonces por los termidorianos, de los elementos proletarios del París revolucionario. Babeuf escribía en 1795: "Distingo dos partidos absolutamente opuestos en sistema y en materia de administración pública. Hay circunstancias que hacen variar la fuerza de uno o de otro; he ahí tan sólo lo que explica las ventajas alternativas de cada uno de ellos. Me parece que los dos quieren la república: pero cada uno de ellos la quiere a su modo. El uno la desea burguesa y aristocrática; el otro entiende haberla hecho y que permanezca popular y democrática... El primer partido quiere en la república un patriciado y una plebe, quiere un pequeño número de privilegiados y de amos colmados de superfluidades y de delicias, y un mayor número reducido a la condición de ilotas y esclavos; el segundo partido quiere para todos, no sólo la igualdad de derechos, la igualdad en los libros, sino también el honesto bienestar, la suficien-

repetir las consignas dadas por él en 1914 al proletariado para que trabajara en transformar la guerra imperialista entre las potencias burguesas en "guerra civil entre las clases enemigas", escribe: "Esta *transformación ha comenzado* con la revolución de febrero-marzo de 1917, cuya primera etapa nos mostró, en primer lugar, el golpe combinado asestado al zarismo por dos fuerzas: toda la Rusia burguesa y terrateniente con todos sus acólitos inconscientes y sus jefes conscientes, esto es los embajadores capitalistas anglofranceses por una parte, y, por otra *los sovieti de Obreros y Soldados...".* En esta última afirmación reside precisamente el error de Lenin. Hemos visto en efecto que, en el desencadenamiento de la revolución de Febrero, ni los obreros ni los soldados tuvieron parte alguna. La abdicación del emperador fué provocada por los burgueses y los generales e, incluso, la interrupción de la línea férrea que lo obligó a derrotar hacia Pskov no fué debida a una huelga de los ferroviarios sino a órdenes muy precisas emanadas del comité de la Duma y aplicadas por los ingenieros jefes de la línea Nicolás.

Llegada al poder, la burguesía —prosigue Lenin— trabaja para asegurar la perennidad de su soberanía. Los revolucionarios no deben alimentar ilusiones: "Si la revolución triunfó tan rápidamente y de manera tan radical, en apariencia y a primera vista, es únicamente porque por virtud de una situación histórica original en extremo *se fundieron,* en común y en una unidad notable, corrientes *absolutamente diferentes,* intereses sociales *absolutamente heterogéneos,* aspiraciones políticas y sociales *absolutamente opuestas.* A saber: de un lado la conjuración de los imperialistas anglofranceses que empujaron a Miliukov, Gúchkov y compañía a adueñarse del poder *para continuar la guerra imperialista,* para conducirla con más encarnizamiento y tenacidad, *para asesinar a nuevos millones* de obreros y de campesinos rusos a fin de dar Constantinopla a... los Gúchkov, Siria a... los capitalistas franceses, Mesopotamia... a los capitalistas ingleses, etc. Por otra parte, un profundo movimiento revolucionario del proletariado y de las ma-

---

cia legalmente garantizada de todas las necesidades físicas, de todas las ventajas sociales como retribución justa e indispensable de la parte de trabajo que cada uno acaba de cumplir en la tarea común... Hoy el triunfo toca al partido patricio. ¿Ello significa acaso que el partido plebeyo ya no existe? ¿que se dejó corromper por el otro?... No, en absoluto. Hoy tengo la perfecta certidumbre de lo contrario. Ello significa tan sólo que el partido plebeyo se dejó ganar de mano en la táctica... *Lo que fué organizado una vez puede volver a serlo".* Remito a mi estudio *La ilustración ante la historia o decadencia de la libertad,* publicado en la revista "Estudios franceses", Nº 7, Mendoza, 1951.

sas del pueblo (todos los sectores más pobres de la ciudad y del campo) por *el pan, la paz y la verdadera libertad...*".

"Los obreros y los soldados de Petrogrado, lo mismo que los obreros y los soldados de toda Rusia (!), combatieron con abnegación contra la monarquía zarista por la libertad, por la tierra para los campesinos, *por la paz* contra la matanza imperialista. El capital imperialista anglofrancés, para continuar e intensificar la matanza, urdía intrigas de palacio, tramaba complots, envalentonaba y empujaba a los Gúchkov y a los Miliukov, bautizaba *un nuevo gobierno ya preparado* el cual *tomó el poder,* en efecto, desde los primeros golpes dados por el proletariado al zarismo...".

Hasta aquí el error de apreciación cometido por Lenin en su primera carta acerca del hecho ruso. Error, por lo demás, sin gran importancia, puesto que, de todos modos, la revolución había triunfado. Mientras se equivocaba al afirmar que los obreros y los soldados habían representado un papel cualquiera en la caída de la monarquía, Lenin estaba perfectamente en la línea revolucionaria al señalarles el único camino que fuera susceptible de llevarlos al poder al recordarles que "al lado de este gobierno, que no es, en realidad, más que un simple agente de las *firmas* de multimillonarios "Inglaterra y Francia", desde el punto de vista de la guerra *actual,* ha aparecido un *gobierno obrero* nuevo, no oficial, no desarrollado, relativamente débil aún, que representa los intereses del proletariado y de los sectores más pobres de la población pobre de la ciudad y del campo. Este es *el Soviet de Diputados Obreros y Soldados* de Petrogrado.

"He ahí la verdadera situación política que nosotros debemos esforzarnos por establecer ante todo, con el máximo de objetividad y de precisión, a fin de fundar nuestra táctica marxista sobre el único fundamento sólido que ella puede tener: el de *los hechos*".

Por ello el proletariado debe conocer a sus aliados: "Estos aliados son *dos*: en primer lugar, la inmensa masa que se cuenta por decenas de millones, que abarca la inmensa mayoría de la población, la masa que compone el semiproletariado y parte de los pequeños campesinos de Rusia. La paz, el pan, la libertad y la tierra les son *necesarios*... El otro aliado del proletariado ruso es el proletariado de *todos* los países beligerantes y de *todos* los países en general. En gran medida se encuentra ahora deprimido por la guerra... Cada mes más de guerra imperialista le libera, un poco más cada vez... y la revolución rusa acelerará *infaliblemente* este proceso en enormes proporciones.

"Con estos aliados, el proletariado de Rusia puede marchar y marchará, *aprovechando las particularidades* del momento de transición actual, primero a la conquista de la República democrática y de la victoria completa de los campesinos sobre los terratenientes, y después al *socialismo,* el único que dará a los pueblos extenuados por la guerra, *la paz, el pan y la libertad*" [6].

Otro error de interpretación, como se ve, se anidaba en la argumentación leniniana: la creencia en la fatalidad de un estallido revolucionario en todas las naciones directa o indirectamente interesadas por el conflicto. Y este error, del cual Vladímir Ilich pondrá muchos años en curarse, determinará, como podremos comprobar en la segunda parte de esta obra, no pocas falsas maniobras del joven Estado soviético.

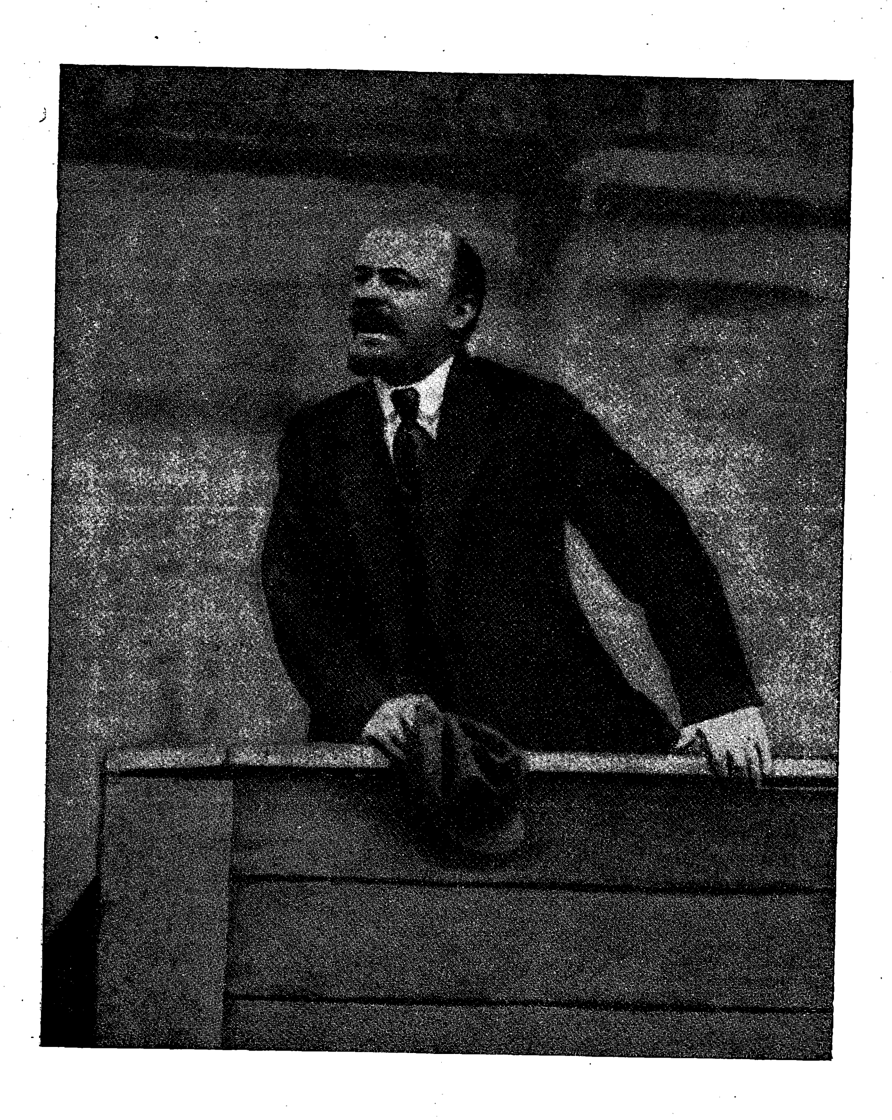
Por el momento, Lenin se encontraba todavía en Suiza y la minoría bolchevique de Petrogrado obedecía a Kámenev quien había vuelto de Siberia con un programa muy diverso al de Vladímir Ilich puesto que preveía el mantenimiento de una "especie de frente único de toda la democracia rusa" y no acordaba "ninguna importancia a las actitudes distintas de cada uno de los partidos democráticos frente a la guerra. Lenin, por el contrario, quería precisamente dividir la democracia rusa en lo que atañe a la cuestión de la guerra y no se espantaba ante el peligro de que el bolchevismo debiese proseguir su camino en el aislamiento" [7]. Puntos de vista tan diametralmente opuestos que amenazaban provocar una escisión en el todavía reducidísimo grupo bolchevique. El gobierno provisional y el emperador Guillermo fueron quienes permitieron a Lenin superar esta situación peligrosa, adelantándose a sus esperanzas más optimistas.

Después de la protesta de los embajadores de la *Entente* suscitada por sus vacilaciones iniciales frente al problema de la continuación de la guerra, el gobierno Lvov, para obtener el reconocimiento de los Estados aliados, había anunciado, aunque a regañadientes, su propósito de acelerar la preparación de las fuerzas combatientes rusas, comprendidas las reservas disponibles, a fin de desencadenar una ofensiva contra los Imperios Centrales. Estos, preocupados por una eventualidad que, según las afirmaciones de Ludendorff, podía provocar el derrumbamiento del frente oriental, y que no correspondía a los compromisos

---

[6] Las citas de esta primera *Carta desde lejos* figuran en el tomo 2 de las *Obras escogidas* de Lenin: *ut supra.*

[7] A. ROSENBERG: *Op. cit.,* cap. 5.



ВУльянов (Ленин)

LENIN EN PETROGRADO EN 1917

anteriores a la revolución, decidieron intervenir de modo directo en los asuntos rusos y acelerar el proceso de desintegración de un Estado que —a pesar de las convicciones íntimas de sus dirigentes tal como las expresaba el *prikaz* nº 1— pretendía seguir amenazándolos. Este es el plan monstruoso que la diplomacia alemana no vaciló en poner en práctica al autorizar a Lenin y a veintisiete de sus compañeros de destierro a volver a Rusia bajo sus auspicios, plan que un cuarto de siglo más tarde habrá de tener para Alemania las consecuencias espantosas que conocemos. Los alemanes sabían que solamente Lenin podía acelerar en el ejército el proceso de descomposición que había llevado a la paralización del Estado ruso, y ello es una prueba de que, lejos de considerar a las fuerzas rusas como vencidas virtualmente, seguían estimándolas susceptibles de inferirles todavía golpes peligrosos y consideraban necesario dar un golpe desesperado, no por el frente sino por la retaguardia, para ponerlas fuera de combate.

La aceptación por parte de Lenin del diabólico plan germánico constituye un punto de historia obscuro sobre el cual los hagiógrafos soviéticos evitan cuidadosamente extenderse, ya que, al estudiarlo en detalle, se verían obligados a reconocer que su profeta, en una circunstancia determinada, fué, pura y simplemente, un auténtico agente de los servicios secretos alemanes. De parte alemana como de parte rusa, los documentos faltan enteramente. Tanto es así que, en la biografía oficial que el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú ha consagrado a Vladímir Ilich, este episodio, que como historiador pequeño-burgués persisto en considerar vergonzoso, está referido con el siguiente eufemismo o, si se prefiere, con la siguiente economía de términos verdaderamente tacitiana: "Aprovechándose de las contradicciones existentes en el campo imperialista, Lenin decidió entrar en Rusia a través de Alemania" [8]. La dialéctica materialista abre ventanas extraordinariamente vastas en materia de interpretación histórica.

Así, en un vagón precintado perteneciente a la "contradicción germánica", Lenin y sus colegas en derrotismo, desembarcaron en Hamburgo y, vía Estocolmo y Helsingfors, llegaron, en la tarde del 3/16 de abril de 1917, a la "contradicción" petrogradense donde no necesitaron más de un día para entrar en acción.

El documento que exponía el punto de vista de Lenin (y de Ale-

[8] Esta obra, que se titula *Lenin, Vladímir Ilich,* ha beneficiado de una versión española al alcance de todos; Buenos Aires, 1946.

mania) en materia de política interior y exterior rusa, conocido bajo el nombre de *Tesis de Abril,* fué leído por el jefe bolchevique en la tarde del 4/17, una primera vez ante el grupo encabezado por él e, inmediatamente después, durante una reunión de las fracciones bolchevique y menchevique de la socialdemocracia rusa. He aquí su substancia:

Tesis I - Con Lvov, la guerra sigue tan imperialista como antes, y no debe tolerarse "la más insignificante concesión al *defensismo revolucionario*" mientras el poder no pase a las manos del proletariado y de los campesinos pobres, no se renuncie efectivamente a todo propósito de anexión y no se rompa de modo absoluto con los intereses del capital. Es necesario, por consiguiente, explicar a las masas revolucionarias el lazo que une el capital con la guerra imperialista y extender esta propaganda al ejército de operaciones. Debe permitirse la fraternización en el frente.

Tesis II - La peculiaridad del momento ruso actual consiste en el paso de la revolución burguesa a la segunda etapa "que pondrá el poder en manos del proletariado y de los campesinos pobres".

Tesis III - "Ni el menor apoyo al gobierno provisional" que es menester desenmascarar en cuanto que gobierno capitalista.

Tesis IV - Por el momento los bolcheviques constituyen una minoría reducida en el *soviet* frente al bloque de los elementos pequeñoburgueses y oportunistas "sometidos al influjo de la burguesía y que llevan dicho influjo al seno del proletariado". Por consiguiente, "explicar a las masas que el S. D. O. (*Soviet* de Diputados Obreros) es la *única* forma *posible* de gobierno revolucionario, por cuya razón, mientras *este* gobierno se someta a la influencia de la burguesía, nuestra misión sólo puede consistir en *explicar,* de un modo paciente, sistemático, tenaz y adaptado especialmente a las necesidades prácticas de las masas, los errores de su táctica". Mientras el bolchevismo siga en minoría, debe desarrollar una labor crítica y predicar el paso de todo el poder a los S. D. O.

Tesis V - No hay que buscar una república parlamentaria sino "una república de los S. D. O., Jornaleros del campo y Campesinos en todo el país de abajo arriba. Supresión de la policía, del ejército y de la burocracia. La remuneración de los funcionarios, todos ellos elegidos y amovibles en cualquier momento, no deberá exceder del salario medio de un obrero calificado".

Tesis VI - En materia agraria, expropiación de toda la propiedad

señorial y nacionalización de *todo* el suelo del país según modalidad que edictarán los *sovieti* locales de diputados jornaleros del campo y campesinos. Formación de *Sovieti* de Diputados campesinos pobres.

Tesis VII - Fusión de todos los bancos en un Banco Nacional único controlado por el S. D. O.

Tesis VIII - "No *implantación* del socialismo como nuestra tarea inmediata, sino, por ahora, simple instauración inmediata del *control* de la produción social y de la distribución de los productos por el S. D. O.".

Tesis IX - Tareas del partido: celebración inmediata del congreso del partido; cambio del programa, sobre el imperialismo y la guerra imperialista, sobre la actitud ante el Estado y *"nuestra* reivindicación de un *Estado-Comuna"* (teniendo como prototipo la comuna de París); cambio de nombre del partido.

Tesis X - "Renovación de la Internacional", es decir creación de una "Internacional revolucionaria, de una Internacional contra los socialchovinistas y contra el centro" [9].

Este documento es sumamente importante porque, al mismo tiempo que repite las tesis ya conocidas de Lenin acerca de la guerra imperialista y contra todo gobierno de forma burguesa, nos revela que, entonces, la descomposición del Estado no le parecía llegada a un punto suficiente como para permitir la instauración inmediata del socialismo. Contrariamente a los teóricos del partido, contrariamente a los mencheviques y a los socialrevolucionarios "moderados" que consideraban esta "no-descomposición" como una causa suficiente para no aproximarse personalmente al ejercicio del poder y que pretendían contentarse con *aconsejar* al gobierno burgués por el canal del *soviet* (que en el espíritu de estos revolucionarios *ma non troppo* era una especie de organismo de control del Estado), Vladímir Ilich quería ante todo conquistar el poder. Si bien reconocía la imposibilidad de proceder por el momento a la socialización del país y se contentaba con pedir, no la expropiación de las empresas capitalistas, sino su control, sabía perfectamente qué camino había que seguir para transformar la exigua minoría bolchevique en único representante de la idea revolucionaria ya que sus tesis acerca de la necesidad de no apoyar a Lvov en su política bélica y de expropiar toda la propiedad señorial era un medio excelen-

---

9 Este documento figura *in extenso* en el tercer tomo de las *Obras escogidas* de Lenin, *ut supra.*

te para granjearse la simpatía de las masas de campesinos pobres y la adhesión del ejército cuya descomposición inaugurada por el *prikaz* nº 1 se acelaraba día a día. Que nada de ello tuviera mucho que ver con los presupuestos marxianos, no le importaba en absoluto: le bastaba que la coyuntura fuera revolucionaria y para que lo fuera el mejor camino era el de una descomposición acelerada del Estado, descomposición que constituía la única oportunidad para el bolchevismo de conquistar el poder por encima de las agrupaciones más poderosas que ocupaban o controlaban los órganos de gobierno. Tanto es así que el 9/22 de abril publicaba en la *Pravda* un artículo acerca de la "Dualidad de poderes", que empezaba en los términos siguientes: "El problema fundamental de toda revolución es el problema del Poder del Estado. Sin comprender claramente esto, no será posible intervenir conscientemente en la revolución, ni mucho menos dirigirla" [10].

Ello, evidentemente, chocaba con la obcecación marxista ortodoxa de Kámenev para quien un partido socialista, si conquista el Estado contra los partidos burgueses o moderados, se encuentra en la necesidad científica de instaurar el socialismo; para Kámenev y el fuerte núcleo bolchevique que lo seguía había por consiguiente que rechazar la idea de dicha conquista en un país que como Rusia no había realizado el entero ciclo industrial-capitalista previsto por Marx como base *sine qua non* para toda socialización futura. Para Lenin, por el contrario, no se trataba por el momento de socializar ni de tener en cuenta los presupuestos teóricos marxianos: bastaba utilizar los *sovieti* para instaurar una dictadura revolucionaria de los obreros y de los campesinos; la socialización vendría más tarde, como consecuencia de la conquista del Estado ya que, esperar la realización del proceso industrial para apoderarse del poder, realización muy problemática en las circunstancias atravesadas entonces por Rusia, era sencillamente dejar escapar una coyuntura revolucionaria única. Por consiguiente la consigna del partido que, en adelante, se llamaría Partido Comunista para enlazar simbólicamente con Marx [11] debía ser: "¡Todo el poder a los *sovieti!*".

Mientras tanto el gobierno provisional —a pesar de lo que siguen asegurando sus apologistas— colaboraba con todos sus medios con la subversión abonándole un terreno que Lenin, con su sentido agudo de

---

10 *Idem.*

11 El Marx del *Manifiesto*, pero también el Babeuf de la Conspiración por la Igualdad y el Blanqui de la Comuna de París.

la oportunidad, iba a fertilizar en el exclusivo provecho de sus propósitos.

Una rivalidad enconada no había tardado en oponer unos a otros los miembros de una asociación tan dispar que, si era presidida nominalmente por un hombre incapaz de suscitar la envidia de nadie, tenía en su seno dos personalidades tan ambiciosas una como otra, Miliukov y Kérenskiy. La oportunidad que ambos buscaban para imponer su predominio se la proporcionó la cuestión de los "objetivos de guerra" de Rusia. El *soviet* de Petrogrado que el jefe de los *trudoviki* había dominado en el comienzo por intermedio de Cheidzé, no había tardado en tomarle la delantera y, apenas algunas semanas después de su creación, en utilizarlo a su vez para exigir del gobierno que concertara negociaciones de paz sobre la base "ni anexiones, ni indemnizaciones; libre desarrollo de los pueblos". Miliukov, más ligado que su contrincante con Londres y París, no podía admitir abiertamente esta tesis que el ministro de Justicia apoyaba invocando la necesidad democrática de obedecer a los deseos del pueblo soberano. Esta actitud intransigente de los elementos socialistas que hasta entonces habían colaborado con el gobierno tenía su causa en la necesidad en que se encontraron, después de las *Tesis de Abril,* de no hacerse desbordar por los leninistas y no pocos estímulos en la actitud equívoca de una misión compuesta de tres socialistas franceses, Moutet, Cachin y Lafont quienes, por encima del gobierno, tenían relaciones solamente con el sector más extremista del *soviet.* Así, mientras Miliukov, frenado por Paléologue y Carlotti, no se atrevía a declararse abiertamente contrario a los objetivos de guerra de la *Entente,* Kérenskiy, empujado por el trío francés que, en una reunión con los socialistas rusos, llegó a renunciar públicamente a Alsacia y Lorena, abandonaba Constantinopla y los Estrechos. Nadie puede extrañarse por el fácil triunfo de Kérenskiy sobre su contrincante del partido kadete cuando se tiene presente que tras él —es decir, tras este abandono— se encontraba sir George Buchanan. Al sostener al agitador laborista el diplomático inglés no hacía más que seguir representando el papel que ya le conocemos y que consistía en echar toda la apuesta británica sobre la única carta susceptible de obligar a Rusia a dejar de lado sus objetivos diplomáticos tradicionales. Pero llama bastante la atención que, en todo este asunto, la acción del embajador de Francia haya sido contrariada sistemáticamente por la de Albert Thomas, que había vuelto a Rusia como representante oficioso de la república democrática francesa ante la república democrática

rusa encarnada a sus ojos, no por el burgués Miliukov, sino por el agitador Kérenskiy y que este extraño enviado extraordinario haya aprovechado su misión para apoyar, no la tendencia que podía aparecer entonces como dedicada a la prosecución de la guerra contra los Centrales, sino la que no debía tardar en provocar el derrumbamiento de Rusia y, por ende, en poner en peligro todo el tinglado político-militar de la *Entente*.

Esta crisis ministerial, virtualmente abierta el 16/29 de abril y en la cual el capitalista Tereshchenko, al ponerse del lado del jefe de los *trudoviki*, representó el papel resolutivo, se concluyó el 6/19 de mayo siguiente con la formación del llamado Primer Ministerio de Coalición. Lvov, que no molestaba a nadie y cuya inconsistencia resultaba sumamente cómoda para todos, conservaba la presidencia; Kérenskiy substituía a Gúchkov en los ministerios de Guerra y Marina, Tereshchenko a Miliukov en el Puente de los Cantores; cinco socialistas, entre los cuales Tseretelli y Chernov jefe de los socialrevolucionarios de izquierdas, entraban en esta combinación explosiva como para garantizar a la mayoría del *soviet* que, de ahora en adelante, las operaciones militares serían exclusivamente "democráticas". Pobre paliativo en suma opuesto a la dialéctica leniniana que seguía haciendo progresos al explotar el deseo de paz de las masas y que acababa de recibir un poderoso incentivo —incluso financiero— con la adhesión incondicional de León Trotskiy, *liberado a instancias de Miliukov* del campo de concentración canadiense donde había sido encerrado después de su salida de Estados Unidos, a causa de su derrotismo y de su propaganda contra los objetivos de guerra de la *Entente* [12].

---

[12] Aquí es necesario internarse en un terreno sumamente movedizo a través del cual el historiador no puede moverse sino con excesivas precauciones si quiere evitar franquear el tenue límite que separa la historia de la novela. Me contentaré, pues, con referir los hechos escuetos.

En el curso de un viaje realizado en Norteamérica en vísperas del primer conflicto mundial, Pablo Miliukov había entrado en contacto con Jacobo Schiff, poderoso financiero neoyorquino y presidente del conjunto bancario *Kuhn, Loeb and Cº* que, en 1904- 1905, había cubierto las necesidades financieras del Japón en su esfuerzo bélico contra Rusia y, al mismo tiempo, de la vasta campaña antizarista desencadenada en Estados Unidos en ocasión de la primera revolución rusa. No es inútil recordar que Schiff había apoyado con todos sus medios la campaña electoral de Theodor Roosevelt y, por consiguiente, impedido la reelección de Robert Taft, culpable a sus ojos de no haber querido denunciar el tratado comercial ruso-americano. Evidentemente, no se sabe nada preciso acerca de los contactos Schiff-Miliukov pero lo que sucedió en Rusia a partir de febrero de 1917 nos permite echar alguna luz sobre ellos.

Cuando la caída del Zarismo, Trotskiy se encontraba internado en el Cana-

Este gobierno se levantaba sobre bases más equívocas aún que el anterior. En efecto, mientras prometía una paz "democrática", seguía bajo la influencia de los Aliados que querían mantener a Rusia en la guerra; mientras, para dar satisfacción a los elementos revolucionarios del *soviet,* seguía asegurando que el *prikaz* nº 1, que había concurrido tan oportunamente a minar la disciplina y la combatividad del ejército, sería mantenido en vigor, expresaba el propósito de "consolidar la fuerza militar", no sólo en vista de la guerra defensiva, sino en previsión de ofensivas que los leninistas consideraban antidemocráticas; mientras entregaba a los socialistas el control de la producción,

---

dá, país beligerante en el bando de la *Entente.* Ahora bien, León Trotskiy estaba casado con una señorita Zhitovskiy, hija del gerente del Nye Banken de Estocolmo, y esta casa de banco pertenecía al poderoso conjunto financiero conocido bajo el nombre de Sindicato Westfalo-Renano, de Francfort del Meno, cuyo principal accionista era Max Warburg, concuñado de Jacobo Schiff por una parte, socio por otra de Walter Rathenau, presidente del Deutsche Lloyd y de la Hamburg-Amerika Line, conjunto a su vez en contacto estrecho con el Nye Banken. De modo que cuando Miliukov, en su calidad de ministro de Asuntos Exteriores del gabinete Lvov, intervino ante el gobierno de Ottawa en vista de la liberación de Trotskiy, esta intervención fué poderosamente apoyada por el gobierno de Washington alertado por Schiff, al mismo tiempo que Max Warburg alertaba a Walter Rathenau, que entonces estaba en contacto estrecho con Ludendorff, para que el gobierno germánico permitiera el pasaje de Lenin y de sus compañeros a través de Alemania. Movimiento combinado como se ve y que no alcanza su punto final en el momento en que los dos revolucionarios llegan a Rusia (vía Estocolmo), sino que, por el contrario, se acelera mayormente a partir de este momento precisamente.

Sabemos que entre 1905 y 1914, Trotskiy se había opuesto constantemente a los puntos de vista de Lenin en materia de agitación revolucionaria. Sin embargo, de golpe, en abril-mayo de 1917, los dos antagonistas, no sólo se encuentran perfectamente de acuerdo, sino que su acción se confunde hasta el punto de presentársenos como la de una única persona. Hecho extraño y vuelto más extraño aún por la transformación repentina de León Trotskiy, de enemigo acérrimo del bolchevismo en segundo personaje ideológico y en primer personaje militar del partido leniniano. ¿Qué es lo que había incitado a estos dos personajes, dotados de temperamentos tan opuestos, a fundir sus puntos de vista en materia de acción revolucionaria?

Quizá encontremos un comienzo de contestación en un breve documento que figura en una publicación oficial norteamericana debida a la Comisión de Información pública del Congreso de Washington. Este documento, firmado por el representante del banco Warburg en Estocolmo, reza como sigue:

"Estocolmo, 21 de septiembre de 1917,

"Sr. Rafael Sholak, Haparand.

"Estimado compañero. La dirección del banco M. Warburg informa, conforme al telegrama de la dirección del sindicato Westfalo-Renano, que una cuenta corriente ha sido abierta para la empresa del camarada L. Trotskiy. J. Fürstenberg" (*The german-bolshevic Conspiration;* Washington, 1919).

Es que, en su propia empresa, Lenin estaba frenado por una falta absoluta de dinero y que Trotskiy le traía precisamente aquello que le faltaba.

El apoyo financiero dado a la empresa de subversión bolchevique por el conjunto Jacobo Schiff - Max Warburg - Walter Rathenau, encuentra una confirmación suplementaria en el texto siguiente debido a la pluma del general A.

se negaba a resolver el problema del campo y no hacía sino promesas vagas en cuanto a la convocación de una Asamblea Constituyente.

Entonces es cuando Kérenskiy, muy orgulloso de su reputación de hombre fuerte de la revolución, se transforma en aquel curioso personaje, mezcla de Danton sin audacia y de Bonaparte sin talento, que la historia nos ha transmitido. Por el momento, empieza por soltar las riendas a su elocuencia de comité electoral a lo largo de todo el frente con el designio de convencer a los soldados de la necesidad de luchar por las libertades democráticas puestas en trance de muerte por los Centrales: en el curso de arrebatos retóricos en los cuales lo ridículo lo disputa al mal gusto, llega a contar a sus oyentes "el cuento de hadas de la gran revolución francesa", a hablar de la muerte por la democracia como de "la novia del soldado de la libertad". Los soldados aplauden frenéticamente para volver, después de su salida para otro sector, a sus provechosas correrías en las granjas y a sus fraternizaciones con los alemanes, imperialistas cuanto se quiera pero ricamente dotados de pan blanco, de cigarrillos y de folletos pacifistas [13].

Nechvolódov: "Durante los años que precedieron la revolución rusa, doce millones de dólares habían sido entregados por Jacobo Schiff a los revolucionarios rusos. Por otra parte, según M. Bajmetiev, embajador del gobierno imperial ruso en Estados Unidos, fallecido en París hace algún tiempo, los bolcheviques triunfantes habían remitido, entre 1918 y 1922, 600 millones de rublos-oro a la firma Khun, Loeb and C°. (General A. Nechvolodov: *L'Empereur Nicolas II et les juifs;* París, 1924).

No se quiere insistir mayormente acerca de coincidencias bastante extrañas por cierto y cuyos pormenores es imposible averiguar actualmente. Se quiere señalar tan sólo algunos hechos y dos documentos que, hasta ahora, nadie desmintió.

En relación con todo eso, he aquí lo que Maurice Paléologue escribía en su Diario petrogradense, *con fecha 28 de octubre de 1914,* a propósito del problema judío ruso agudizado por la conquista de Galitsia: "Incidentalmente, hablamos, Sazónov y yo, de la cuestión judía y de todos los problemas religiosos, políticos, sociales, económicos que suscitaba. Me señala que el gobierno está estudiando qué atenuaciones se podría aportar al régimen, demasiado arbitrario y perjudicial, que pesa sobre los judíos rusos; un nuevo estatuto tendrá que ser adoptado por otra parte para los judíos galitzianos, próximos súbditos del Zar. Lo incito a ser tan tolerante, tan liberal como sea posible.

"—Es como aliado que le hablo. *Hay, en los Estados Unidos, una sociedad judía, muy numerosa, muy influyente, muy rica, y que manifiesta mucha indignación por la situación que ustedes crean a sus correligionarios. Alemania explota muy hábilmente esta causa de queja contra ustedes y, por ende, contra nosotros. Y estamos muy interesados en granjearnos la simpatía de los americanos"* (Subrayado por mí): M. PALÉOLOGUE: *La Russie des Tsars pendant la grande guerre,* tomo 1°; París, 1921.

[13] Cuenta el general Nechvolódov que, precisamente en aquellos días, tuvo la oportunidad de interrogar a su ordenanza, el soldado Román Tsarenko, y que

Brusílov, uno de los primeros altos jefes que se hubiesen plegado a la conspiración antidinástica, había sido elegido por Kérenskiy para preparar la ofensiva prometida a sir George Buchanan y al compañero-ministro Albert Thomas, ofensiva que, en razón de las deserciones que a partir de mayo se hicieron numerosas en las unidades combatientes, ya no podía servir de nada. La propaganda leninista era llevada con mucha astucia y, menos de dos meses después de la vuelta de Vladímir Ilich, los marineros de la flota del Báltico y el presidio de Kronstadt adherían enteramente a las *Tesis de Abril* que habían silbado el día en que habían sido pronunciadas. Hecho de muchísima importancia puesto que, en el momento oportuno, pondrá a disposición de la central bolchevique una masa de veinte mil combatientes dispuestos a todo.

El instante preciso en que la descomposición de la retaguardia empieza a alcanzar las unidades combatientes es elegido por Kérenskiy y por Teréshchenko para proceder a la desintegración del territorio nacional y, a la vez, para poner el acento sobre la necesidad democrática de luchar contra el imperialismo germánico, enemigo de la unidad de la patria. Y así, mientras Brusílov recibe la orden de desencadenar sin tardar una ofensiva "poderosa", los ministros proclaman la autonomía de Finlandia y permiten a Ucrania constituirse en región dotada de *self-government.* Justo es reconocer que los Kadetes que, sin Miliukov, habían aceptado permanecer en el ministerio,

---

entre él, que mandaba entonces la 19 división de infantería, y el sencillo campesino, tuvo lugar la conversación siguiente:

"—Dime, Román, en toda franqueza ¿qué dicen los soldados acerca de la revolución?

"—Dicen varias cosas, contestó evasivamente.

"—¿Qué, por ejemplo?

"—Y bien, dicen, Excelencia, que los Señores echaron al Emperador lo que significa, ahora, que están sin Emperador, en el lugar del Emperador.

"Se calló un instante.

"—¿Y entonces?

"—Los compañeros son los que lo dicen —contestó, pero era claro que compartía su opinión—. Dicen, en suma ¿por qué los Señores están ellos solos en el lugar del Emperador? Si hubiese un Emperador, los Señores estarían cerca de él como nosotros estaríamos cerca de los Señores, es decir, que todos estaríamos debajo del Emperador. Pero, si no hay Emperador, ¿a qué sirven los Señores? En este caso no los necesitamos. Dicen que ahora se echará a los Señores. Si ellos han echado al Emperador, nosotros podemos echarlos a su vez. ¿Para qué, dicen, para qué los Señores nos gobernarían sin Emperador? Los compañeros son quienes dicen eso, Excelencia, dijo al terminar.

"Y, por el tono con que había hablado, se sentía que lo que acababa de enunciar expresaba también su convicción profunda, si bien intentó disimularlo para no apenarme". (*Op. cit.*).

se niegan a aceptar este doble hecho y ofrecen su renuncia que es aceptada. Asimismo, para apaciguar la oposición que se hace día a día más enconada en el seno del *soviet,* Kérenskiy acepta que este organismo supragubernamental decrete la gestión directa del Estado sobre la vida económica del país en su conjunto, decisión que provoca la renuncia de Konoválov, que esta medida amenaza directamente en sus intereses.

Si bien el Congreso Panruso de los *Sovieti,* que celebra sus sesiones en Petrogrado del 3 al 24 de junio e. a., revela que en el país los leninistas se encuentran todavía en minoría, ello no impide que los socialrevolucionarios y los mencheviques hayan perdido ya su primacía en la capital donde los bolcheviques pueden, desde ya, controlar todos los movimientos populares como lo demuestra la manifestación del 18 de junio que se desarrolla a los gritos de: "¡Todo el poder a los *sovieti!",* y "¡Abajo los diez ministros capitalistas!". Entre estos diez capitalistas Kérenskiy y su amigo Teréshchenko figuraban evidentemente en lugar preeminente.

Tres acontecimientos importantes señalan en el mes de julio: una nueva crisis ministerial, la primera rebelión armada de los bolcheviques y la "ofensiva Kérenskiy". La primera es provocada por el "plutócrata" Teréshchenko y por el socialista Nekrásov cuando reconocen a Ucrania derechos que destruyen la unidad rusa. Abierta como acabamos de ver por la dimisión de los ministros kadetes que tiene lugar el 2/15 de julio, esta crisis que ha de prolongarse hasta el 25 determina un levantamiento de los bolcheviques quienes, "entrenando a sus jefes", dan a este movimiento la fisonomía de una verdadera tentativa de conquista del Estado. Choques violentos oponen a los partidarios de Lenin y a las tropas de la guarnición que siguen obedeciendo a Tseretelli; pero todo ello tiene lugar en medio de una confusión tal que sólo un temporal de lluvia pondrá fin a esta intentona mal organizada y peor combatida.

Este fracaso, en el cual Lenin y Trotskiy pretenden no haber representado otro papel fuera del de dejarse llevar por sus tropas, permite a Kérenskiy hacer aceptar por el *soviet* el de su ofensiva, que Petrogrado conoce en la noche del 6 a 7 de julio e. a., y desviar la indignación del público contra los bolcheviques que todos consideran como responsables de la desmoralización del ejército. Trotskiy fué arrestado y encarcelado en la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo con Kámenev y la mayor parte de los dirigentes de la central bolche-

vique. Lenin, siempre prudente, se refugió en Finlandia en compañía del fiel Zinóviev [14]. El partido parecía decapitado. Todos consideraban a Lenin como a un hombre muerto y Kérenskiy triunfaba ruidosamente sin fijarse que su triunfo casual creaba las condiciones mismas de su próxima caída. En primer lugar, no tenía en cuenta la situación moral en que se encontraban los combatientes quienes, derrotados y abandonados a sí mismos, tenían que volcarse fatalmente a la anarquía y ponerse, por ende, bajo la dirección de los hombres que les parecían los peores enemigos de un gobierno que pretendía obligarlos a continuar la lucha. Así, podemos ver cómo, a partir del final de julio, al mismo tiempo que un segundo gobierno de coalición —el tercero en cinco meses de régimen republicano—, se forma en Rusia una alianza

[14] Esta tesis de la oposición de Lenin y de Trotskiy a este movimiento "espontáneo" es la que ofrecen todos los hagiógrafos oficiales del P. C. ruso y particularmente los autores de la voluminosa *Historia de la U. R. S. S.*, agrupados bajo la dirección de la profesora A. M. Pankrátova, miembro del Comité Central del P. C. de la U. R. S. S., por el Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de la U. S. S. S. (3 tomos; traducción francesa; Moscú, 1948). Para quienes conocen el preciso programa revolucionario con el cual los dos hombres habían vuelto a Rusia, para quienes sobre todo conocen la meticulosidad con la cual acompañaban todas sus acciones, esta tesis parece más bien inverosímil. Los autores de manuales de historia soviética, al sostenerla, no hacen más que aplicar una consigna y esta consigna consiste en quitar toda responsabilidad a Lenin por su fracaso, si bien su responsabilidad de dirigente permanece entera, aun si se dejó llevar por sus tropas y, casi podríamos decir, sobre todo en este caso; pero los autores en cuestión no cayeron en ello. Sencillamente, Lenin y Trotskiy quisieron aprovechar un momento de alta tensión, el de la ofensiva Kérenskiy-Brusílov en la cual estaban empeñadas todas las tropas combatientes, y coger así una oportunidad excepcional puesto que dicha ofensiva impediría que tropas no minadas aún por la propaganda derrotista fueran llevadas del frente a Petrogrado. Resultó que las tropas de la capital, aunque derrotistas, no estaban aún bolchevizadas. De suerte que lo máximo que se pueda conceder a Lenin y a Trotskiy es que desencadenaron este movimiento para proceder a un sondeo y para contar sus tropas. Los autores más arriba citados refieren este acontecimiento en los términos siguientes: "Al comprender que ya no era posible evitar la acción, los bolcheviques acordaron ponerse al frente del movimiento espontáneo para darle un carácter pacífico y organizado, y no dejar que la burguesía provocara extemporáneamente la acción de los obreros y de los soldados para estrangularla" (*Op. cit.,* Tomo III, cap. VII-30). Dicha obra, escrita durante el régimen staliniano, no habla en lo más mínimo de Trotskiy y señala constantemente al georgiano como al lugarteniente eficaz de Vladímir Ilich, como demuestra el pasaje siguiente de la obra citada: "Los cadetes (alumnos de la Academia militar) allanaron y registraron la residencia de Lenin con el propósito de detenerlo. Previendo lo que iba a ocurrir, el camarada Stalin organizó oportunamente la salida de Lenin de la capital. Lenin se afeitó la barba y los bigotes, se vistió con un traje de campesino finés y logró llegar felizmente hasta la estación de Razliv..." (*Ibidem*).

En la necesidad de disfrazar con nobles pretextos una huída que tuvo lugar en condiciones tales, digamos de prudencia, que se reveló susceptible inmediatamente de echar sobre la reputación de Lenin una mancha difícil de borrar, desde 1917 los historiadores marxistas se entregan a toda especie de ejercicios para

de los vencidos cuyo propósito, consciente en unos pocos, obscuro en las masas, será precisamente el de derribar al vencedor, que empieza a molestar a todos los rusos con sus posturas de dictador satisfecho de sí mismo.

Finalmente jefe del gobierno además de ministro de Guerra y de Marina, el nuevo Alejandro se rodeó de personalidades incoloras, ya que no se puede considerar a Borís Sávinkov como dotado de un cerebro poderoso. Ninguno de los dos bandos que hasta entonces habían colaborado con el gobierno, ni los burgueses ni los socialistas, estaban dispuestos a permanecer en una alianza en la cual éstos veían un obstáculo a la revolución, aquéllos un equívoco que no resultaba útil más que a los maximalistas leninianos. Ello saltó a la vista de todos

---

hacernos aceptar la retirada finlandesa de Vladímir Ilich como decidida por el Comité Central bolchevique con el fin de evitar que los "sicarios" de Kérenskiy aprovechasen su detención para liquidarlo. Contraverdad evidente ya que, por una parte, el nuevo Alejandro era incapaz de matar o de hacer matar a nadie y que, por otra, Trotskiy, mucho más odiado que Lenin en aquel entonces por ser un revolucionario judío y el más agitado de los miembros del estado mayor bolchevique, no corrió, durante su detención, peligro alguno en este sentido como tampoco ninguno de los demás revolucionarios encarcelados tras el fracaso del golpe de julio.

A esta empresa de "rehabilitación" hay, empero, una causa mucho más real que la personalidad de Lenin y que la necesidad de sentar sobre bases irremovibles su reputación de "héroe"; y es que se trata de dar a Stalin, desde antes de Octubre, un papel eminente en la preparación de dicha revolución, ya que todos los "historiadores" en cuestión aseguran que Dzhugashvili fué quien convenció a Lenin, que quería entregarse a la policía para defenderse de las acusaciones que se le hacía de ser un agente alemán, de poner fuera del alcance de los criminales del gobierno provisional su preciosa persona; y que, sobre todo, el mismo Dzhugashvili fué quien aseguró, entre Lenin instalado por él en su refugio finlandés y las tropas de la revolución en Petrogrado, el enlace necesario a la preparación revolucionaria; lo que significa que, sin Stalin, Vladímir Ilich hubiera perdido la vida y que, por ende, la revolución de Octubre no hubiera triunfado: que era aquello que se debía demostrar.

En materia de historia, con los marxistas nunca se debe desesperar ya que todo lo demuestran con la mayor facilidad y, lo que a primera vista parece extraordinario, con documentos "auténticos" para apoyar su tesis. De este modo, vemos que, en este caso específico, tampoco faltaron los documentos necesarios, tales como memorias o recuerdos escritos por contemporáneos especialmente designados por el Comité Central para forjar los textos *ad hoc*. Pero tampoco faltan las estridencias. Así, el poeta Damián Biédniy, que, durante el régimen de Febrero, se señaló a la atención de los bolcheviques al proclamarse en la prensa "hijo natural de un gran duque y de una ramera de palacio", cuenta en sus recuerdos que cuando supo que Lenin quería entregarse salió apresuradamente de la casa de campo de su amigo el economista Bonshch-Bruévich, saltó en un automóvil y, a pesar de la fiebre que lo devoraba, visitó al Jefe y "lo exhortó a no hacer como Cristo que se había entregado él mismo a sus enemigos". Bonshch-Bruévich, hermano de aquel general zarista que se había ilustrado poniéndose al servicio del *Soviet* de Petrogrado, refutó estas afirmaciones del futuro poeta aúlico del régimen staliniano revelando que "el día en cuestión, Damián estaba borracho como un puerco y roncaba bajo los árboles del jardín".

durante la "Conferencia de Estado" que se celebró en Moscú del 12/25 al 15/28 de agosto y que determinó la escisión de los participantes en dos grupos sensiblemente iguales, el de los socialistas moderados, agrupados alrededor del presidente del *soviet* de Petrogrado Cheidzé, y el de los "conservadores", que consideraban al general Kornílov, nuevo generalísimo, como a su jefe y al futuro salvador de Rusia.

Entre estas dos tendencias, hostiles una y otra al leninismo, pero irreconciliables entre sí, Kérenskiy se reveló incapaz de elegir su camino ya que, al mismo tiempo que veía que tan sólo el ejército podía salvar al Estado, temía que los generales volviesen a tomar suficiente influencia como para descartarlo. Toda su acción, en aquellas semanas que llevan de modo fatal al triunfo de la revolución de Octubre, consistió precisamente en neutralizar a los dos partidos uno por otro, contrariamente a la de Borís Sávinkov quien, aunque socialrevolucionario y terrorista, se aproximó a Kornílov y lo apoyó con todos sus medios [15].

La ambición enfermiza del "dictador" le obnubilaba el cerebro hasta el punto de hacerle ver en cada interlocutor un posible contrincante y esto, que se llama también cobardía, lo impulsó a desbaratar los planes que Kornílov le había sometido para la restauración del Estado en su soberanía. Entre otras cosas, el Generalísimo quería que se acabara de una vez por todas con el peligro bolchevique, "ahorcando" a Lenin si fuere necesario, y que se restaurara la disciplina "en el frente y en la retaguardia". Kérenskiy no se comprometía ni rechazaba pero profería amenazas vagas que cada uno de los bandos debía tomar necesariamente para sí. En realidad, el "dictador" deseaba que los militares actuaran y le entregaran un Estado liberado de las amenazas maximalistas pero, al mismo tiempo que no se atrevía a tomar francamente la dirección del movimiento, temía más que nada que la acción del ejército le quitara toda importancia.

Kornílov, por dos veces durante el mes de agosto, vino a visitarlo

[15] Kornílov, hombre dotado de reales virtudes militares pero destestablemente presuntuoso y resentido, es decir, en otras palabras, buen general y mal ciudadano, había obtenido el cargo de Generalísimo por haber dado desde el comienzo de la revolución garantías de su fe "republicana": él había sido quien había detenido a la Zarina y a sus hijos en Zárskoie Sieló por orden de Kérenskiy, feliz de vengarse del "insulto" a él inferido por Nicolás II cuando, después de haberlo felicitado por su evasión sensacional de un campo austriaco, el Emperador no había pensado en invitarlo a almorzar y en nombrarlo primer ayudante de campo. La conducta ulterior de Kornílov en la guerra civil y su muerte heroica no pueden borrar esta mancha de su reputación.

en Petrogrado. Pero lo hizo acompañado de una fuerte escolta armada destinada a protegerle contra un posible atentado extremista y a evitar que el jefe del gobierno cediera a la tentación de jugarle una mala pasada. Atmósfera verdaderamente propicia a una tentativa de restauración del Estado y que, necesariamente, debía transformar en abierto antagonismo la rivalidad de los dos personajes.

Al ver que Kérenskiy no se decidía a apoyarlo abiertamente, Kornílov decidió desembarazarse de los bolcheviques y del *soviet* por sus únicos medios y es posible que, incluso, al emprender su movimiento pensara en devolver al "dictador" a su bufete de abogado. De todos modos, con una ingenuidad que revela su falta total de preparación política, el 26 de agosto e. a., informaba al jefe del gobierno de su propósito de emprender su acción el día siguiente. Presa del terror más abyecto, el hombre fuerte de la revolución, mientras telefoneaba al Generalísimo para comunicarle su llegada a la *stavka,* lo declaraba traidor y lo destituía de su mando. Sorprendido pero nada atemorizado, Kornílov se negó a acatar el decreto de destitución y ordenó al general Krímov que marchara contra la capital.

El gobierno, una vez más, se deshizo por sí solo. Los elementos no leninistas del *soviet* perdieron la cabeza y Kérenskiy se puso a buscar aliados a su izquierda e, incluso, se declaró dispuesto a abandonar el poder.

De hecho, la tentativa de Kornílov fracasó antes de haber empezado por el hecho de que los oficiales con quienes creía poder contar en Petrogrado se negaron a sostenerlo a causa de su acción de Zárskoie Sieló. Pero más que por este abandono, el papel principal en este fracaso fué representado por el desconcierto que la duplicidad del Maquiavelo del Palacio de Invierno había sembrado en los grupos del centro y de la izquierda moderada al hacerles creer que el Generalísimo quería instaurar una dictadura militar sobre las ruinas del régimen republicano. Y, en fin de cuentas, los bolcheviques fueron quienes salvaron la situación al lanzarse a la lucha, no por mantener a Kérenskiy en el poder, sino porque sabían que el triunfo del levantamiento militar significaba su propia condena a muerte.

A pesar de las arrestaciones espectaculares operadas en julio en su estado mayor, los maximalistas, que Lenin seguía inspirando desde su refugio finés, no habían dejado de ganar terreno y su vuelta a una nueva clandestinidad, muy relativa por cierto, les había permitido con-

quistar posiciones importantes. Así, cuando Kornílov se levantó con fuerzas muy poco numerosas porque la mayor parte de las unidades del ejército estaban minadas por la propaganda subversiva, los bolcheviques pudieron asegurar de modo relativamente fácil la defensa de la capital no tanto movilizando y armando a veinticinco mil hombres con fusiles y ametralladoras sacados de sus depósitos clandestinos, como destruyendo las vías férreas, volando los puentes, paralizando los trenes y enviando a propagandistas ante las tropas de Krímov.

El 29 de agosto el fracaso de Kornílov era completo y Kérenskiy, después de tanto miedo, se proclamaba generalísimo y nombraba a Alexéiev jefe del estado mayor general. Después de algunas discusiones, los generales Kornílov, Deníkin, Erdeli, Márkov se dejaban arrestar. El 30 de agosto, Krímov se suicidaba en una oficina del ministerio de Guerra al término de una entrevista violenta con el hombre fuerte.

Tal fué la última victoria de Kérenskiy. Para alcanzarla, se había visto obligado a aceptar la colaboración de sus enemigos más temibles abriéndoles así de golpe las puertas del poder. Trotskiy, Kámenev y sus compañeros de cautiverio habían salido de la cárcel y Lenin, vuelto a Petrogrado, seguía escondiéndose aunque dejara de nuevo crecer su barba y sus bigotes.

He aquí lo que escribe A. M. Pankrátova, historiógrafa oficial del partido comunista ruso: "El aplastamiento de la *korniloviada* reveló el fracaso completo de la burguesía y de sus auxiliares, los mencheviques y socialrevolucionarios. Su influencia entre las masas quedó definitivamente quebrantada y los bolcheviques los desenmascararon mostrando que toda su política había ayudado a la intentona contrarrevolucionaria de Kornílov.

"El aplastamiento de la *korniloviada* revelaba además que el partido bolchevique se había convertido ya en una fuerza decisiva de la revolución. Las masas vieron que la única fuerza efectiva, capaz de deshacer los manejos de la contrarrevolución, eran los bolcheviques. Después de la *korniloviada,* la influencia de los bolcheviques en las fábricas y usinas llegó a ser absoluta. También en el campo y en el frente su influencia aumentaba como nunca... Después de la intentona kornilovista empezó la fase de bolchevización de los *sovieti.* El 31 de agosto, el *soviet* de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, y el 5 de septiembre, el de Moscú, aprobaron por mayoría de votos una

resolución bolchevique. Los bolcheviques ya habían conquistado los *sovieti* de las capitales y centros industriales más decisivos" [16].

En efecto, dos hechos dan su sentido a esta última fase del período burgués de la revolución rusa: la elección de Trotskiy a la presidencia del *soviet* de Petrogrado —hecho que la compañera Pankrátova se cuida muy bien de señalar— y el predominio indiscutible sobre la calle de las milicias armadas dependientes del partido bolchevique. El primero revela que los maximalistas habían adquirido la mayoría absoluta en la población revolucionaria de la capital, el segundo que las bandas armadas rojas constituían ya una fuerza dinámica puesta al servicio de la tesis leniniana del paso de la soberanía a manos de los *sovieti* y que, por consiguiente, los demás grupos socialistas, o bien habían perdido toda eficiencia, o bien no se atrevían ya a contestar por las armas a una tentativa de fuerza dirigida contra el sistema encarnado por Kérenskiy.

En sí, estos hechos no hubieran tenido mucha importancia si no hubiesen sido utilizados por Lenin y por Trotskiy en vista de la conquista del Estado. Hasta entonces, los jefes del maximalismo habían tenido que enfrentarse con un obstáculo que los había hecho fracasar, la guarnición de Petrogrado en la cual Kérenskiy había encontrado el apoyo que en julio le había asegurado el poder. Pero, después de la rebelión de Kornílov, estas fuerzas se hicieron inseguras para el dictador. Tan inseguras que intentó reemplazarlas por unidades sacadas del sector norte.

La necesidad en que se encontró de enviar al frente regimientos acostumbrados a la indisciplina y que se consideraban como la guardia armada de la revolución, podía ser apremiante; de hecho, hacerlo o intentar hacerlo se reveló ante todo un error ya que Kérenskiy emprendió este movimiento de relevo al último momento cuando en los cuarteles petrogradenses la propaganda leninista ya había reducido al silencio a los oradores socialrevolucionarios y mencheviques. Así, el descontento que cundió entre los soldados de la revolución cuando se les notificó su traslado fué aprovechado por Lenin y por Trotskiy quienes, por otra parte, no temían ya nada fuera de la pusilanimidad de algunos elementos de su propio estado mayor. A Kámenev, cuyo punto de vista conocemos, se había unido el fiel Zinóviev quien, a su vez, predicaba la prudencia por estimar que, durante muchos años, las condi-

16 A. M. PANKRÁTOVA Y OTROS: *Op. cit.,*

ciones peculiares de Rusia excluirían cualquiera posibilidad de accesión al gobierno para el partido comunista reducido a sus propias fuerzas. Pero Kámenev y Zinóviev no eran más que semi-intelectuales sin contacto directo con las masas revolucionarias y eran incapaces de imponer su punto de vista a expensas del dinamismo práctico del binomio Lenin-Trotskiy, sobre todo porque este binomio sabía explotar los acontecimientos con un oportunismo que faltaba completamente a sus opositores.

Para evitar su envío al frente, la guarnición de Petrogrado había creado un comité militar cuya dirección cayó inmediatamente bajo la influencia de Trotskiy quien aprovechó esta oportunidad para proclamar que, frente al "gobierno de guerra civil" que pretendía alejarlos, los soldados debían encargarse de luchar contra "las tentativas de las fuerzas contrarrevolucionarias". Puesto que, por el momento, no existía ningún peligro por el lado de los conservadores o de los nacionalistas, los soldados comprendieron perfectamente que el único contrarrevolucionario así señalado a su vigilancia era el "dictador" Alejandro Kérenskiy. Así, el 21 de octubre e. a., Lenin y Trotskiy estaban ya seguros de que nadie podría oponerse seriamente a su acción cuando estimasen llegado el momento de desencadenarla. Y, mientras esperaban la oportunidad deseada, hacían ocupar por piquetes armados los diversos puntos estratégicos de la capital de suerte que la guerra entre Kérenskiy y el *soviet* era ya un hecho consumado ese mismo día.

Acosado por sus ministros, que exigían medidas vigorosas, el dictador seguía embriagándose de discursos jacobinos y, mientras intentaba disimular sus temores tras declaraciones tan vacías como enérgicas, tomaba contacto con los bolcheviques a quienes hacía proponer que participasen en un gobierno exclusivamente socialista. Pero, al mismo tiempo, hacía ofrecimientos parecidos por el canal de su amigo Teréshchenko a los Kadetes prometiéndoles una política enérgicamente antimaximalista. Konoválov y sus correligionarios discutían, a la vez espantados ante la idea de asumir responsabilidades en un momento semejante y puestos en apetito por un posible retorno a las delicias ministeriales. Trotskiy fingía el interés más vivo y seguía tomando sus medidas militares. El también y Lenin discutían en vista de una mayor participación en las tareas del gobierno y aparentaban querer un número de carteras mayor del que se les ofrecía pero, en verdad, esperaban tan sólo la inauguración del Congreso Panruso de los *sovieti* convocado para el 25 de octubre. Necesitaban que dicho congreso se reuniera

y diera, por amor o por fuerza, un aspecto de legitimidad a la empresa que tramaban de modo que ésta fuera considerada, no como la intentona de un grupo político de oposición, sino como una medida de salvaguardia revolucionaria.

Así, el 25 de octubre - 7 de noviembre, al alba, las fuerzas bolcheviques que hacía varios días habían recibido la consigna de estar listas para actuar, eran ya prácticamente dueñas de la situación. No hubo casi desórdenes fuera de la tentativa por parte de los alumnos de las Escuelas Militares de defender el Palacio de Invierno, residencia del nuevo Alejandro. El gobierno estaba como ausente.

A las 10 de la mañana, el Comité Militar Revolucionario presidido por Trotskiy emanaba una proclamación anunciando la conquista del poder por los *sovieti,* la próxima apertura de negociaciones con los Imperios Centrales en vista de una "paz democrática", la abolición de la propiedad privada de la tierra y el establecimiento del control obrero sobre la producción industrial.

A las 16 y 30, fuertes repartos de marineros venidos de Kronstadt daban el último asalto al Palacio de Invierno cuyo presidio capitulaba ante la imposibilidad de resistir a un sitio que, a último momento, la cañonera *Aurora* había venido a reforzar. Los jóvenes cadetes fueron atrozmente asesinados. Del dictador se encontró tan sólo un par de botas.

Por la mañana, había huído, disfrazado de mujer y disimulándose tras grandes anteojos negros, en un coche puesto a su disposición por la embajada de Estados Unidos. Los demás ministros, que no habían huído quizá por no haber encontrado el disfraz conveniente, fueron encarcelados en la fortaleza de los Santos Pedro y Pablo donde los esperaban los miembros del último gabinete imperial.

Un poco más de dos siglos antes, La Fontaine, ese excelente observador de las debilidades humanas, terminaba una de sus fábulas con la cuarteta siguiente que, en lo que atañe a Kérenskiy, viene bastante bien al caso:

Ainsi, certaines gens, faisant les empressés,
S'introduisent dans les affaires;
Ils font partout les nécessaires,
Et, partout importuns, devraient être chassés [17].

---

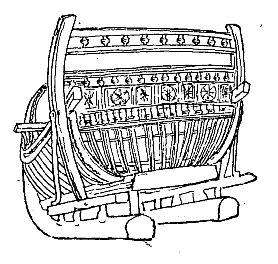
[17] LA FONTAINE: *"Le Coche et la mouche"*, Fables VII-9.

Comentando de modo, digamos menos "clásico" o, si se quiere, más inglés, la facilidad pasmosa con la cual los bolcheviques quitaron el poder a los varios

La misma noche, en la sesión inaugural del Congreso Panruso de los *Sovieti,* los mencheviques y los socialrevolucionarios moderados anunciaban su decisión de retirarse en señal de protesta contra el golpe de Estado bolchevique, dejando así a sus adversarios el camino enteramente libre para formar con elementos comunistas o controlados por ellos —hoy diríamos cripto-comunistas— el primer Consejo de los Comisarios del Pueblo.

Lenin ocupaba la presidencia; León Trotskiy, el Comisariado de Asuntos Exteriores; Ríkov, el del Interior; V. P. Miliútin, el de Agricultura; Shliápnikov, el de Trabajo; Antónov-Ovséienko, Krílenko y Díbenko, el Comisariado para los Asuntos Militares y Navales; V. P. Nóguin, el de Industria y Comercio; Anatolio Lunachárskiy, el de Instrucción popular; Skvorzov-Stepánov, el de Finanzas; Lómov, el de Justicia; Fiódorovich, el de Asistencia Social; Iósif Dzhugashvíli, alias Stalin, esto es "el hombre de acero", el de las Nacionalidades.

Así empezaba para Rusia y para el mundo una experiencia que, en sus comienzos, pretendió ofrecerse a los hombres martirizados por la guerra, por la miseria y por el hambre como una inmensa esperanza.



progresistas socializantes agrupados alrededor del nuevo Alejandro, H. G. Wells escribía de estos últimos: "Jugaban flojamente con le pelota llamada Revolución. Una tropa de muchachos más rápidos que ellos se la quitó y marcó el punto".

GUIA CRONOLOGICA
DE LOS PRINCIPALES ACONTECIMIENTOS
DE 1825 A 1917

1825 Rebelión de los Decembristas. Empieza el reinado de Nicolás I.
1826 Creación de la "Tercera Sección" de la Cancillería imperial.
Guerra ruso-persa.
1827 Destrucción de la flota turco-egipcia en Navarino por las flotas combinadas rusa, francesa e inglesa.
1828 Conquista de Eriván.
1829 Septiembre: tratado ruso-turco de Adrianópolis por el cual Rusia adquiere el Cáucaso ya en parte conquistado.
1830 Comienzo de la insurrección polaca.
1831 Febrero: batalla de Grochow. Septiembre: los rusos conquistan Varsovia.
1833 Convenio de Münchengrätz entre Rusia, Prusia y Austria.
Publicación del *Pólnoie Sobranie Zakónov* y del *Zvod Zakónov* por la comisión de juristas presidida por Spéranskiy.
1839 Choques anglo-rusos en las fronteras del Afganistán.
1841 Tratado de Londres.
1848 Febrero: publicación del Manifiesto Comunista redactado por Karl Marx y Friedrich Engels.
1849 Rusia somete a los húngaros por cuenta de Austria.
1852 *17 de noviembre*: en Londres, Marx funda la Asociación Internacional de Los Trabajadores, conocida, a partir de 1864, como Primera Internacional.
1853-56 Guerra ruso-turca que determina la intervención de Francia, de Inglaterra y de Cerdeña a favor de la Puerta. Campaña de Crimea. Sitio de Sebastopol.
1855 *2 de marzo*: muerte de Nicolás I. Empieza el reinado de Alejandro II.
1856 Paz de París: Rusia pierde las bocas del Danubio y Besarabia. Neutralización del Mar Negro.
1857 Alejandro II crea el Comité Imperial para la Reforma Agraria.
En Londres: A. I. Herzen inicia la publicación de la revista *Kólokol.*
1858 Anexión de la región del Amur.
1859 Conquista del Cáucaso sudoriental por el príncipe Vórontsov.
1860 Fundación de la ciudad de Vladivostok, capital de la Provincia Marítima. Tratado de Peiping.
1863 Segunda insurrección de Polonia; Muraviov anuncia que "la calma reina en Varsovia".

1864 Reforma judicial y administrativa: creación del jurado y de los *zemstva.*
1865 Ocupación de Táshkent.
1866 Rusia cede sus posesiones de Alaska a Estados Unidos.
1867 Fundación de la gobernación del Turkestán.
1868 Conquista de Samarkanda y de Bujara.
1870 *22 de abril*: nacimiento de Vladímir Ilich Uliánov, el futuro Lenin.
1871 *18 de marzo - 28 de mayo*: Comuna de París.
1872 Liga de los Tres Emperadores.
1873 Conquista de Jiva.
1875 Ocupación de la isla Sajálin.
Piotr Tkachiov, en su diario el *Nabat,* que publica en Suiza, defiende la tesis de la acción revolucionaria llevada, sin tener en cuenta las condiciones económicas, por una minoría organizada en vista de la conquista del Estado y de la instauración de una dictadura totalitaria. Discípulo de Babeuf y de Blanqui, Tkachiov es, en una medida nada desdeñable, el precursor de Lenin y de Stalin, del primero en lo que concierne a la idea de un cuerpo de "revolucionarios profesionales" y de una dictadura minoritaria permanente, y del segundo en lo que concierne a la liquidación de enteras capas sociales.
1876 Anexión de Kokand.
Los populistas se organizan en el grupo *Zemliá i Vólia* y deciden pasar a la acción directa contra los altos personajes del Estado.
1877 En Reichstadt, en enero, firma del acuerdo austro-ruso acerca de la cuestión oriental.
Atentado del maestro de escuela Soloviov contra Alejandro II.
1877-78 Guerra ruso-turca. Tratado de San Stefano. Congreso de Berlín.
Organización del grupo terrorista *Naródnaia Vólia* que decide emprender la "caza al Emperador".
1879 Alianza austro-germánica contra posibles ataques rusos. Al ensancharse, este instrumento diplomático se transformará en la Tríplice Alianza.
7 de noviembre: nacimiento de Liev Davídovich Bronstein, el futuro Trotskiy.
21 de diciembre: nacimiento de Iósif Vissariónovich Dzhugashvíli, el futuro Stalin.
1880 *16 de febrero*: explosión en el Palacio de Invierno, organizada por la asociación *Naródnaia Vólia.*
1881 *13 de marzo*: Alejandro II asesinado por miembros de la *Naródnaia Vólia* dirigidos por Sofía Pieróvskaia, hija de un general. Empieza el reinado de Alejandro III.
El general Skobelev somete a los Turcomanos.
1882 *21 de noviembre*: muerte de Sergio Necháiev en la fortaleza Pedro y Pablo donde estaba encerrado desde enero de 1873. Inventor de la teoría revolucionaria del fin que justifica los medios, Necháiev puede ser considerado como uno de los precursores de la táctica staliniana.
1883 Medidas restrictivas contra el *Raskol* y las sectas en general. La "Conciencia Universal" empieza a conmoverse.

Plejánov, Viera Zásulich, Axelrod, Deutsch e Ignátov fundan el grupo del *Chiornii perediel* que puede ser considerado como el primer paso hacia la introducción del socialismo "científico" en Rusia.

1884 Conquista de Merv.

1885 La guerra búlgaro-servia empeora las relaciones de Rusia con Austria y con Inglaterra.

1886 Un grupo de jóvenes socialistas intenta devolver vida a la *Naródnaia Vólia* con el propósito de castigar a Alejandro III, culpable de haber hecho ahorcar a los cinco asesinos de su padre. A este grupo pertenecen Alejandro Ilich Uliánov, hermano de Vladímir Ilich, y el estudiante de medicina polaco Iosef Pilsudski.

1887 Tratado anglo-ruso sobre delimitación de las fronteras afganas.

Final de la Liga de los Tres Emperadores y tratado de Reaseguro entre Rusia y Alemania.

20 de mayo: Alejandro Uliánov y algunos de sus compañeros ahorcados en la fortaleza de Schlüsselburg.

1888 Empieza la rusificación de las provincias bálticas por la imposición del idioma ruso como lengua oficial.

1889 En París, fundación de la Segunda Internacional. Plejánov, ya considerado como el teórico ruso del marxismo, es elegido como representante de la socialdemocracia rusa en el nuevo organismo.

1890 Final del Pacto de Reaseguro ruso-alemán por voluntad de Guillermo II que empieza de este modo a sacudir el yugo bismarckiano y puede ser considerado como el agente directo de la alianza franco-rusa y de la "Entente Cordiale".

1891 Unidades de la Marina francesa visitan Kronstadt. Comienzan las negociaciones en vista de la conclusión de un pacto franco-ruso. Estas negociaciones han sido preparadas en la opinión pública rusa por una campaña de prensa dirigida por el grupo nacionalista de Kátkov.

Carestía en Rusia a causa de la mala cosecha y de la guerra de tarifas desencadenada por la alta finanza alemana.

1892 Medidas de vigilancia a expensas de las Dumas municipales cuyo sistema de reclutamiento es reorganizado.

1893 Convenio militar franco-ruso y conclusión de una alianza defensiva entre los dos países.

Bobrov-Natanson y Víctor Chernov fundan el partido de los Derechos del Pueblo con lo que queda de las corrientes populistas desbaratadas por la Ojrana. De este grupo saldrán el Partido Socialista Revolucionario y, más tarde, el grupo Laborista de Kérenskiy.

1894 Empieza la política de industrialización intensiva llevada, con la ayuda del capital inglés, francés y belga, por Sergio Witte, el "principal agente reclutador del socialismo".

2 de noviembre: muerte de Alejandro III. Empieza el reinado de Nicolás II.

Guerra sino-japonesa que, por precipitar el colapso del Imperio chino,

va a ser la causa directa e indirecta de los acontecimientos extremorientales del siglo XX.

1895 Tratado de Shimonoseki por el cual las potencias occidentales, empujadas por Rusia, obligan al Japón a retirarse del continente asiático. Triple alianza sobre Asia entre Rusia, Francia y Alemania. Acuerdo ruso-británico sobre el Pamir.

21 de diciembre: Vladímir Ilich Uliánov arrestado con todos los componentes de la Unión Petersburguesa de la Lucha para la Liberación de la Clase Trabajadora.

1896 Tratado ruso-chino destinado a contrarrestar el desarrollo del expansionismo japonés en Asia: Rusia obtiene la autorización de construir y de controlar la línea férrea del Este Chino y de enlazarla con el Transiberiano.

1897 *27 de marzo*: convenio sino-ruso por el cual China cede en arriendo a Rusia la parte meridional de la península de Liao-Tung con los puertos de Port-Arthur y de Dalny.

Tratado ruso-austriaco sobre el *statu quo* balcánico.

1898 Los rusos ocupan la península de Kvantung.

1899 Primera conferencia de La Haya convocada tras iniciativa de Nicolás II. Empieza a manifestarse el disidio europeo.

Dzhugashvíli-Stalin expulsado del seminario teológico de Tíflis por sus ideas revolucionarias.

1900 Rebelión de los Boxers. En el marco de la reacción de las potencias "civilizadas", Rusia ocupa Manchuria con el propósito de ensanchar su Imperio asiático.

Final del exilio siberiano de Uliánov-Lenin (condenado a tres años de deportación en 1897 pero con la facultad de hacerse acompañar por su familia y de llevar sus libros). Lenin recibe la autorización de volver a Rusia europea con prohibición de residir en los grandes centros urbanos. Viaja inmediatamente al extranjero donde toma contacto con Plejánov y entra a pertenecer a la redacción del periódico socialdemócrata *Iskra* cuya difusión en Rusia asegura mediante agentes secretos que pueden ser considerados como los primeros "revolucionarios profesionales".

1901 *17-19 de octubre*: Congreso de la Socialdemocracia rusa en Zurich donde se registran los primeros choques entre la tendencia radical de Lenin y la corriente democrática de Plejánov.

1902 *30 de enero*: firma de la alianza anglo-japonesa cuyo propósito es contrarrestar el expansionismo asiático de Rusia.

Reaparición del terrorismo por obra de la tendencia extrema de Borís Sávinkov. Asesinato del ministro Spiáguin.

Lenin y la redacción de *Iskra*, en razón del antagonismo de los "radicales" y de los "demócratas", se instalan en Londres.

Rebeliones campesinas en Rusia. Plehve, ministro del Interior. Primeros *pogromi.*

1903 *25 de julio*: Stalin condenado a tres años de exilio en Siberia.

30 de julio - 23 de agosto: segundo congreso del Partido Socialdemocrá-

tico ruso. Se desarrolla en dos tiempos, primero en Bruselas y luego en Londres y se termina con la escisión entre tendencias bolchevique y menchevique.

El almirante Alexéiev nombrado lugarteniente imperial en Extremo Oriente. Prosigue la penetración "pacífica" rusa hacia Corea.

1904 *8/9 de febrero*: empieza la guerra ruso japonesa por el golpe de Port-Arthur.

15-28 de julio: asesinato de Plehve por el grupo socialrevolucionario de Borís Sávinkov.

"Entente Cordiale" franco-inglesa a pesar de la alianza franco-rusa.

Stalin huye de Siberia y vuelve al Cáucaso donde se dedica a la acción clandestina como "revolucionario profesional".

En Ginebra, Lenin funda con Lunacharskiy, Kámenev y Zinóviev el periódico *Vperiod.*

Empieza la campaña de banquetes organizada por los grupos liberales. Fundación del partido kadete.

1905 *2 de enero* (est. greg.): capitulación de Port-Arthur después de una defensa desesperada.

9/22 de enero: "Domingo de la Sangre" o "Domingo Rojo" por el cual empieza la primera revolución rusa.

17 de febrero: asesinato del Gran Duque Sergio por los socialrevolucionarios en el recinto del Kremlín.

Febrero: el Frente Unido, formado en París en el mes de septiembre del año anterior entre todos los partidos antizaristas y al cual han adherido los mencheviques, convoca una conferencia de todas estas agrupaciones con el fin de aprovechar las huelgas que se extienden a través del país y darles un sentido político revolucionario.

Febrero-Marzo: batalla de Mukden después de la cual los rusos renuncian a la idea de proseguir la guerra en razón de la situación interior y a pesar del agotamiento de los japoneses.

Hábilmente explotado, el movimiento huelguístico se transforma en movimiento revolucionario y gana el campo donde el "Gallo Rojo" excitado por la actitud de los grupos liberales empieza a extenderse.

27 de mayo: sale el primer número del diario socialdemócrata *Proletarii* que se inspira en la tendencia leniniana.

27/28 de mayo: destrucción de la flota rusa por los japoneses en las aguas de Tsushima.

Junio: el primer *soviet* organizado en Ivanovo-Voznesensk.

Levantamiento de algunas unidades de la flota del Mar Negro.

Julio: organización del *soviet* de Kostromá. Ni en éste ni en el de Ivanovo los bolcheviques tienen mayoría.

19 de agosto: edicto imperial acerca de la Duma consultiva o Duma Bulíguin.

29 de agosto: paz de Portsmouth que, tras iniciativa del Presidente T. Roosevelt pone término a las hostilidades ruso-japonesas.

17 de octubre: manifiesto liberal del Emperador, inspirado por el memorándum Witte.

26 de octubre: *soviet* de Petersburgo que se proclama gobierno nacional. *Octubre* igualmente, movimientos revolucionarios en Moscú. Durante este mes, Stalin asiste a la conferencia bolchevique de Tammersfors donde conoce a Lenin.
Diciembre: la rebelión de Moscú aplastada por las fuerzas del gobierno imperial.

1906 *De abril a junio,* primera Duma que comprende una fuerte oposición cuyo núcleo está constituido por el partido kadete.
Stolípin en el poder: gracias a su energía en el mantenimiento del orden desaparecen rápidamente los últimos focos revolucionarios. Su reforma agraria, más audaz que la de los Kadetes, corta la oposición de la opinión pública.
Septiembre: el *Proletarii,* transformado en órgano clandestino, empieza a salir con artículos de Lenin.

1907 *Mayo*: segunda Duma o "de la ira popular" disuelta el mes siguiente. Proclamación de una nueva ley electoral que provoca la indignación de Trotskiy porque "viola la Constitución".
Noviembre: tercera Duma o "de los Señores", que quedará en funciones hasta 1913.
Desde el punto de vista diplomático, este año está señalado por el final del arreglo balcánico austro-ruso y por el acuerdo anglo-ruso sobre Persia y el Oriente Medio.

1908 En Reval, Nicolás II se entrevista con Eduardo VII tras largas negociaciones llevadas por la diplomacia francesa.
Stalin arrestado y de nuevo exilado a Siberia.

1910 En Potsdam, Nicolás II y Guillermo II se reúnen en presencia de sus ministros de Asuntos Exteriores: arreglo sobre la línea férrea Homs-Bagdad. Tercer exilio de Stalin.

1911 *19 de septiembre*: en Kiev, asesinato del primer ministro Stolípin por un socialrevolucionario confidente de la policía.
Stalin arrestado por cuarta vez.

1912-13 Guerras balcánicas.
Elección de la cuarta Duma que funcionará hasta la revolución de Febrero y de cuyo seno saldrá el primer Gobierno provisional.
Cuarto exilio de Stalin que, esta vez como las precedentes, huye y prosigue su actividad de "revolucionario profesional".

1913: *Julio*: Stalin arrestado por quinta vez y exilado en el círculo polar con cierta facultad para desplazarse. Será liberado tan sólo por la revolución de Febrero.

1914 *Julio*: Saraievo. *Agosto*: primera guerra mundial. Exito de la ofensiva rusa contra Austria en Galitsia; fracaso en Prusia oriental (Lagos Masúricos y Tannenberg).

1915 Ofensiva alemana contra Rusia: ante la gravedad de la situación el Emperador asume el mando supremo.
5/12 de septiembre: Conferencia de Zimmerwald entre los representantes de los varios partidos internacionalistas; la conferencia publica un ma-

nifiesto contra la "guerra imperialista" con la firma de Lenin (bolchevique), Axelrod (menchevique) y Bobrov-Natanson (socialrevolucionario de izquierdas). Angélica Balabanoff, miembro del C. C. del partido socialista italiano, nombrada secretaria de la comisión zimmerwaldiana que empieza a funcionar en Estocolmo.

1916 *5/9 de febrero*: Conferencia de Kienthal en la cual Lenin, Rosa Luxembourg y Karl Radek proponen organizar una campaña de huelgas en las retaguardias de las naciones beligerantes y amotinamientos entre las tropas combatientes con el propósito de transformar la "guerra imperialista" en guerra civil.

Junio-septiembre: la ofensiva Brusílov contra Austria-Hungría provoca la entrada de Rumania en la guerra.

Diciembre: Stalin examinado por una comisión médica es declarado inapto físicamente para el servicio militar.

1917 *27 de febrero/2 de marzo*: revolución en Petrogrado. Abdicación de Nicolás II abandonado por los jefes militares. Primer Gobierno Provisional presidido por el príncipe Lvov, con P. Miliukov como Ministro de Relaciones Exteriores. Choques inmediatos entre este último y Kérenskiy, ministro de Justicia.

El *soviet* de Petrogrado, en el cual los extremistas conquistan posición tras posición, se transforma en una especie de paragobierno más poderoso que el gobierno central.

16 de abril: llegada de Lenin y de sus compañeros que han atravesado Alemania en el famoso "vagón precintado"

17 de abril: Lenin expone sus tesis contra el gobierno y la guerra, conocidas con el nombre de "Tesis de Abril".

6/19 de mayo: segundo gabinete Lvov con A. Kérenskiy como "hombre fuerte"; *exit* Miliukov.

Julio: crisis ministerial; formación del gobierno "dictatorial" del "Nuevo Alejandro". Ofensiva Kérenskiy. Fracaso de las jornadas bolcheviques. Trotskiy encarcelado. Lenin se refugia en Finlandia y empieza a redactar *El Estado y la Revolución.*

Octubre: Trotskiy presidente del Comité Militar Revolucionario. Vuelta de Lenin a Petrogrado.

25 de octubre: Golpe de Estado bolchevique. Lenin se instala en el poder.

APENDICES

1 - *Cuadro sinóptico de la jerarquía rusa* (Chin).

2 - *Texto del Tratado de la Santa Alianza.*

3 - *Catecismo del revolucionario* (M. Bakúnin y S. Necháiev).

4 - *Fuerzas moribundas y fuerzas nacientes* (F. M. Dostoievskiy).

5 - *Algunas cifras acerca de la evolución económica y social de Rusia de 1825 a 1917.*

Clase	Grados civiles	Ejército	Marina	Corte
1	Canciller de Estado	General Feldmariscal	General Almirante	—
2	Consejero Secreto Actual	General de Infantería General de Caballería General de Artillería	Almirante	Gran Chambelán Gran Maestro de la Corte Gran Mariscal de la Corte Copero Mayor
3	Consejero Secreto	Teniente General	Vicealmirante	Maestro de la Corte Mariscal de la Corte Montero
4	Consejero de Estado Actual	Mayor General	Contralmirante	—
5	Consejero de Estado	—	—	—
6	Consejero de Colegio	Coronel	Capitán de navío	Furriel de la Cámara
7	Consejero de la Corte	Tte-Coronel	Cap. de Fragata	—
8	Asesor de Colegio	Mayor	Cap. de Corbeta	—
9	Consejero Titular	Capitán	Tte. de Navío	Furriel de la Corte
10	Secretario de Colegio	Segundo Capitán	—	—
11	Secretario Naval	—	—	—
12	Secretario de Gobierno	Teniente	Tte. de Fragata	Tafeldecker [1] Cafetero-Copero
13	Registrador de Sínodo Registrador de Gabinete	Subteniente	Guardia Marina	
14	Registrador de Colegio	Alférez (Inf.) Corneta (Cab.)	Aspirante [2]	

Los oficiales de la Joven Guardia, de los cuerpos de Ingenieros y de Cadetes tenían un grado de ventaja sobre los oficiales de Línea; los oficiales de la Vieja Guardia, dos. Ello hasta el grado de Coronel. Es de observar que en las Guardias Imperiales las clases 7 y 8 (Teniente Coronel y Mayor) no existían.

En la jerarquía militar así como en la Marina, los grados de las clases 14 a 7 daban la nobleza personal y los grados superiores, a partir de la clase 6, la nobleza hereditaria; mientras que en la jerarquía civil, la nobleza personal se adquiría solamente a partir de la clase 9 (Consejero Titular) y la nobleza hereditaria a partir de la clase 4 (Consejero de Estado Actual).

[1] *Tafeldecker*: Oficial encargado de poner el cubierto.

[2] En las fuerzas armadas, Ejército y Marina, las clases 1, 2, 3 y 4 correspondían a los oficiales generales; las clases 6, 7 y 8 a los oficiales superiores; las demás, a partir de la clase 9, a los oficiales subalternos.

La clase 4 de la jerarquía civil comprendía además de las funciones indicadas: el Procura-

Minas	*Universidad*	*Trato honorífico*	*Cuerpo eclesiástico* [3]
—	—	Alta Excelencia	Metropolita (Título: Alta Eminencia)
—	—	—	Arzobispo (Título: Alta Eminencia)
—	—	Excelencia	Obispo (Eminencia)
—	—		Archimandrita (Alta Reverencia)
Superintendente	—	Alto Nacimiento	Superior (Alta Reverencia)
Intendente		Alta Nobleza	Arcipreste (Alta Reverencia)
Gr. Maestro de forjas	—		Sacerdote (Reverencia)
Director en jefe	Doctor	—	Arcediano.
Medidor de Minas Probador en jefe Jefe de forjas	Licenciado Maestro Bachiller	Nobleza	Diácono
Probador Minero jurado	Estudiante efectivo		

dor General del Senado, el Primer Procurador del Sínodo, el Presidente de la Cámara Heráldica; la clase 6, el Consejero Militar Titular; y la 13, el Consejero de Provincia titular.

A los primeros cargos de la Corte pertenecían igualmente: el Gran Escudero, el Montero Mayor, el Gran Maestro de Ceremonias, el Director de los Teatros Imperiales, etc.

Los títulos de "Alta Excelencia", "Excelencia", "Alto Nacimiento", etc., se daban sólo a quienes no tenían títulos personales. Los príncipes y condes rusos tenían derecho al trato de *Siatelstvo* (Excelencia), diferente de la "Excelencia" del *Chin* que rezaba *Prevosjoditieltsvo.* Los príncipes del Imperio eran llamados *Svietlost* (Alteza Serenísima).

La jerarquía del Colegio de Minas estuvo en vigor tan sólo hasta 1834. Luego, los empleados de Minas pasaron a la clase civil general.

[3] En la jerarquía eclesiástica, las clases 1, 2, 3, 4 y 5 pertenecían al clero regular, es decir a los eclesiásticos con voto de celibato provenientes de la vida monástica. Las clases 6, 7, 8 y 9 pertenecían al clero secular sometido a la obligación matrimonial.

APENDICE II

TRATADO DE LA SANTA ALIANZA

firmado en París el 14/26 de septiembre de 1815 entre los Emperadores de Rusia y de Austria y el Rey de Prusia

Au nom de la Très-Sainte et Indivisible Trinité, LL. MM. l'empereur d'Austriche, le roi de Prusse et l'empereur de toutes des Russies, par suite des grands événements qui ont signalé en Europe le cours des trois dernières années, et principalement des bienfaits qu'il a plu à la divine Providence de répandre sur les Etats dont les gouvernements ont placé leur confiance et leur espoir en elle seule, ayant acquis la conviction intime qu'il est nécessaire d'asseoir la marche à adopter par les puissances dans leurs rapports mutuels sur les vérités sublimes que nous enseigne l'éternelle religion du Dieu sauveur,

Déclarent solennellement que le présent acte n'a pour objet que de manifester à la face de l'univers leur détermination inébranlable de ne prendre pour règle de conduite, soit dans l'administration de leurs Etats respectifs, soit dans leurs relations politiques avec tout autre gouvernement, que les préceptes de cette religion sainte, préceptes de justice, de charité et de paix, qui, loin d'être uniquement applicables à la vie privée, doivent au contraire influer directement sur les résolutions des princes et guider toutes leurs démarches comme étant le seul moyen de consolider les institutions humaines et de remédier à leurs imperfections.

En conséquence, Leurs Majestés sont convenues des articles suivants:

ARTICLE 1er. - Conformément aux paroles des Saintes Ecritures, qui ordonnent à tous les hommes de se regarder comme frères, les trois monarques contractants demeureront unis par les liens d'une fraternité véritable et indissoluble, et, se considérant comme compatriotes, ils se prêteront, en toute occasion et en tout lieu, assistance, aide et secours; se regardant envers leurs sujets et leurs armées comme pères de famille, ils les dirigeront dans le même esprit de fraternité dont ils sont animés pour protéger la religion, la paix et la justice.

ARTICLE 2. - En conséquence, le seul principe en vigueur, soit entre les dits gouvernements, soit entre leurs sujets, sera celui de se rendre réciproquement service, de se témoigner par une bienveillance inaltérable l'affection mutuelle dont ils doivent être animés, de ne se considérer que comme membres d'une même nation chrétienne, les trois princes alliés ne s'envisageant eux-mêmes que comme délégués par la Providence pour gouverner trois branches d'une même famille, savoir: l'Autriche, la Prusse et la Russie; confessant ainsi que la

nation chrétienne, dont eux et leurs peuples font partie, n'a réellement d'autre souverain que celui à qui seul appartient en propriété la puissance, parce qu'en lui seul se trouvent tous les trésors de l'amour, de la science et de la sagesse infinie, c'est-à-dire Dieu, Notre Divin Seigneur Jésus-Christ, le Verbe du Très-Haut, la Parole de Vie. Leurs Majestés recommandent en conséquence, avec la plus grande sollicitude, à leurs peuples, comme unique moyen de jouir de cette paix qui naît de la bonne conscience, et qui seule est durable, de se fortifier chaque jour davantage dans les principes et l'exercice des devoirs que le Divin Sauveur a enseignés aux hommes.

ARTICLE 3. - Toutes les puissances qui voudront solennellement avouer les principes sacrés qui ont dicté le présent acte, et qui reconnaîtront combien il est important au bonheur des nations, trop longtemps agitées, que ces vérités exercent désormais sur les destinées humaines toute l'influence qui leur appartient, seront reçues avec autant d'empressement que d'affection dans cette sainte alliance.

Fait triple et signé à Paris, l'an de grâce 1815, le 14/26 septembre.

Firmado: FRANÇOIS, FRÉDÉRIC-GUILLAUME, ALEXANDRE

APENDICE III

CATECISMO DEL REVOLUCIONARIO

Reglas en que debe inspirarse el revolucionario

Actitud del revolucionario hacia sí mismo:

1. El revolucionario es un hombre condenado por anticipación: no tiene intereses personales, ni negocios, ni sentimientos, ni afectos, ni propiedad, ni siquiera nombre. En él, todo se absorbe en un solo interés, un solo pensamiento, una sola pasión - la revolución.

2. En lo más hondo de sí mismo, no sólo en palabras sino en la práctica, ha roto con todo lazo con el orden público y con el mundo civilizado, con toda ley, toda convención y condición aceptada y también con toda moralidad. Ante este mundo civilizado se levanta como un enemigo implacable y si sigue viviendo en él lo hace con el único propósito de destruirlo más completamente.

3. El revolucionario desprecia cualquier doctrinarismo, renuncia a la ciencia pacífica que abandona a las generaciones venideras. Conoce una única ciencia - la de la destrucción. Con este único designio estudia la mecánica, la física y, quizá, la medicina. Con este único designio, estudia día y noche la ciencia viviente de los hombres, de los caracteres, de las situaciones y de todas las modalidades del orden social tal como existe en las diversas clases de la humanidad. No conoce sino una única meta: la destrucción más rápida y más segura de este orden abyecto.

4. Desprecia a la opinión pública. Desprecia y odia en todos sus motivos y en todas sus manifestaciones la actual moralidad social. A sus ojos, tan sólo es moral lo que contribuye al triunfo de la revolución; todo lo que impide este triunfo es inmoral.

5. El revolucionario es hombre condenado por anticipación. Implacable hacia el Estado y todo aquello que representa a la sociedad, no debe esperar ninguna piedad por parte de esta sociedad. Entre ella y él hay un estado de guerra incesante sin reconciliación posible, una guerra abierta o secreta, pero mortal. Cada día debe estar pronto a morir. Debe acostumbrarse a aguantar las torturas.

6. Severo consigo mismo, debe serlo con los demás. Todo sentimiento tierno o debilitante de parentesco, de amistad, de amor, de gratitud e incluso de honor, debe ser ahogado en él por la única y fría pasión revolucionaria. Para él no existe más que una voluntad, un consuelo, una comprensión o una satis-

facción - el triunfo de la revolución. Día y noche no debe tener sino un pensamiento, un designio - la destrucción más implacable. Trabajando fríamente y sin descanso con este propósito, debe estar preparado a perecer él mismo y a hacer perecer, con su propia mano, todo aquello que impida esta realización.

7. El carácter del verdadero revolucionario excluye todo romanticismo, toda sensibilidad, todo entusiasmo o impulso. Excluye asimismo el odio y la venganza personales. La pasión revolucionaria que se ha vuelto su segunda naturaleza debe apoyarse sobre el cálculo más frío.

Siempre y por doquier debe encarnar, no aquello a que lo empujan sus impulsos personales, sino lo que el interés de la revolución le prescribe.

Actitud del revolucionario hacia sus camaradas:

8. El revolucionario no puede querer y considerar como amigo sino tan sólo a aquél que ha demostrado una actividad revolucionaria igual a la suya. La medida de la amistad, del sacrificio y otros deberes hacia un camarada, está exclusivamente determinada por el grado de utilidad de este camarada desde el punto de vista de los efectos prácticos de la revolución destructora.

9. No tenemos por qué insistir en la solidaridad de los revolucioarios entre sí. En esta solidaridad reside toda la fuerza de la acción revolucionaria. Los camaradas revolucionarios que poseen el mismo grado de pasión revolucionaria deben en lo posible discutir en común y discutir unánimemente todos los asuntos importantes. Pero en lo que concierne a la ejecución del plan así concebido, cada uno debe contar en lo posible consigo mismo. Cada uno debe trabajar por su cuenta en la realización de la acción destructora, y recurrir a los consejos y a la ayuda de sus camaradas tan sólo cuando ello sea indispensable para el triunfo de la empresa.

10. Cada camarada debe tener a su disposición a algunos revolucionarios de segunda y de tercera categoría, es decir, iniciados a medias. Debe considerarlos como pertenecientes al capital revolucionario puesto a su disposición. Gastará con parsimonia la parte de capital que le ha tocado y buscará siempre el mayor provecho. Debe considerarse a sí mismo como un capital, destinado a ser gastado para el triunfo de la causa revolucionaria, capital de que no podrá disponer sin el consentimiento de toda la hermandad de iniciados.

11. Cuando una desgracia alcanza a algún camarada y que el revolucionario debe decidir si puede o no socorrerlo, no deberá tener en cuenta sus sentimientos personales, sino únicamente el interés de la causa revolucionaria. Así, por una parte deberá pesar la utilidad que representa el camarada en cuestión, por otra el desgaste de las fuerzas revolucionarias necesarias para salvarlo; tomará su decisión en consecuencia.

Actitud del revolucionario ante la sociedad:

12. La admisión de un nuevo miembro cuyo celo se habrá manifestado en palabras y no en actos, no puede ser votada sino por unanimidad.

13. El revolucionario no penetra en las esferas del Estado, de las clases

y de la llamada sociedad civilizada y no vive en ellas sino con el propósito de provocar su destrucción tan total como rápida. No es un verdadero revolucionario si añora algo de este mundo, si la situación y las relaciones de un hombre que pertenece a este mundo (donde todo debe serle igualmente odioso) lo hacen vacilar. Tanto peor para él si ha conservado en esas esferas relaciones de parentesco, de amistad o de amor: no es un verdadero revolucionario si éstas pueden hacer vacilar su mano.

14. Con el designio de una destrucción implacable, el revolucionario puede y debe vivir en el seno de la sociedad y buscar de parecer completamente distinto de lo que es en realidad. El revolucionario deberá penetrar por doquier, en todas las clases, medias o superiores - en la tienda del comerciante, en la iglesia, en el palacio del noble, en el mundo burocrático, militar, e igualmente en el de las letras, en la Tercera Sección y aun en el Palacio de Invierno.

15. Toda esa sociedad abyecta debe ser dividida en varias categorías: primera categoría: está condenada a muerte sin dilación. Que se establezca una lista de esas personas según el grado en que pueden ser nocivas para el buen éxito de la causa revolucionaria, a fin de que los que llevan los primeros números perezcan antes que los otros.

16. Al establecer el orden de esta lista, no habrá que inspirarse en las fechorías personales de tal o cual individuo ni aun en el odio que esas fechorías han provocado en el pueblo. Provisoriamente, esas fechorías y ese odio pueden llegar a ser útiles, pues ayudan a despertar la rebelión popular. Habrá, pues, que inspirarse en el grado de utilidad que pueda resultar de la muerte de ese individuo para la causa revolucionaria. De modo que habrá que suprimir en primer lugar a los hombres más particularmente nocivos para la organización revolucionaria, así como a aquéllos cuya muerte violenta y súbita pueda inspirar más terror al gobierno. Al privar a éste de hombres firmes e inteligentes, se llegará a quebrantar su poder.

17. La segunda categoría deberá comprender precisamente a los hombres a quienes se concede la vida provisoriamente, a fin de que provoquen la rebelión ineluctable del pueblo por una serie de actos feroces.

18. La tercera categoría comprende un número considerable de brutos de alta posición y de personalidades que, gracias a su situación, disfrutan de la riqueza, de las relaciones poderosas, de la influencia y del poder. Hay que explotarlos de todas las maneras posibles, hacerles perder pie, desconcertarlos, y hacer de ellos esclavos poniendo la mano sobre sus viles secretos. Su influencia, sus relaciones, su poder, sus riquezas y su fuerza serán así un tesoro inagotable y una ayuda poderosa para las organizaciones revolucionarias.

19. La cuarta categoría comprende a los hombres de Estado ambiciosos y a los liberales de todo matiz. Está permitido conspirar en su compañía y según su programa fingiendo obedecerles ciegamente mientras que en realidad se los esclaviza, se captan sus secretos, se los compromete definitivamente a fin de cortarles la retirada y echar el desconcierto en el Estado por su intermedio.

20. La quinta categoría comprende a los doctrinarios, a los conspiradores y a los revolucionarios que se dedican a un vano palabrerío en los círculos políticos y en sus escritos. Hay que empujarlos sin cesar, arrastrarlos y obligarlos

a hacer declaraciones concretas y peligrosas cuyo resultado será el fracaso definitivo de la mayoría y la educación revolucionaria de algunos.

21. La sexta categoría, muy importante, comprende a las mujeres, que hay que dividir en tres subcategorías: unas livianas, estúpidas y sin alma que se podrán utilizar del mismo modo que la tercera y la cuarta categoría de los hombres; otras - apasionadas, abnegadas, pero que no son de las nuestras porque aún no han elaborado una concepción real, práctica y sin retórica de la causa revolucionaria. Habrá que utilizarlas lo mismo que a los hombres de la quinta categoría. Por fin, las mujeres que son enteramente de las nuestras, es decir, plenamente iniciadas y que han aceptado el conjunto de nuestro programa. Estas son nuestras camaradas, y debemos considerarlas como a nuestro tesoro más preciado pues no podemos prescindir de ellas.

Actitud de la hermandad con respecto al Pueblo:

22. La hermandad no tiene otro propósito sino la completa liberación y la felicidad del pueblo - es decir, de los trabajadores. Pero, convencida de que esta liberación y esta felicidad no son posibles sino por medio de una revolución popular que lo barrería todo, la hermandad contribuirá con todas sus fuerzas y con todos sus recursos al desarrollo y a la extensión de los sufrimientos que agotarán la paciencia del pueblo y lo empujarán a una sublevación general.

23. La hermandad no entiende por "revolución popular" un movimiento regulado según las ideas de Occidente, y que se detendría respetuosamente ante la propiedad y las tradiciones del orden social, y ante lo que se llama la civilización y la moral. Esta clase de movimiento se ha limitado hasta ahora a derribar una forma política a fin de reemplazarla por otra y de crear el Estado llamado revolucionario. Sólo puede ser saludable para el pueblo una revolución que destruya hasta las raíces del Estado, y suprima todas las tradiciones, las clases y aun el orden existente en Rusia.

24. Por lo tanto, la hermandad no tiene intención alguna de imponer al pueblo una organización que venga de arriba. La futura organización será sin duda alguna elaborada por el movimiento y la vida popular misma - pero éste es asunto de las generaciones futuras. Nuestra obra es una destrucción terrible, completa, general e implacable.

25. Por lo tanto, al buscar un acercamiento con el pueblo, debemos ante todo unirnos a los elementos populares que, desde la fundación del Estado moscovita, no dejaron de protestar, no sólo con palabras, sino con actos contra todo aquello que está ligado, directa o indirectamente, con el poder: nobleza, funcionarios, corporaciones, el comerciante explotador. Agreguémosnos a los bandidos audaces que son los únicos verdaderos revolucionarios de Rusia.

26. Fundir a estas bandas en una fuerza invencible que lo destruirá todo en su camino - tal será la obra de nuestra organización, de nuestra conspiración, tal será nuestra meta.

M. Bakúnin - S. Necháiev

APENDICE IV

FUERZAS MORIBUNDAS Y FUERZAS NACIENTES

...La cuestión del catolicismo asume tal importancia y el propio catolicismo está tan lleno de contradicciones que nunca renunciará a ellas en nombre de la paz ni por nada en el mundo. Además ¿por quién y en provecho de qué habría de renunciar a ellas? ¿Por la Humanidad? ¡Pero si el Papa hace ya mucho tiempo que se tiene por superior a la Humanidad! Hasta aquí sólo se apoyó en los fuertes de la Tierra, y en ellos cifró, hasta el último instante, su esperanza. Ese momento llegó ya hoy y ahora parece que el Catolicismo se ha apartado por fin de los grandes de la Tierra, que ya llevaban tanto tiempo de serle infieles, y en Europa han armado contra él esa cacería a que ahora asistimos. Y ¿no nos hemos llevado con el catolicismo las más increíbles sorpresas? De pronto, cuando le hizo falta, vendió a Cristo por los bienes terrenos y estableció el dogma de que "el cristianismo no puede subsistir sobre la tierra sin el poder temporal del Papa", creando así un nuevo Cristo que ya no se parece en nada al antiguo y que ha cedido a la tercera tentación demoníaca, la del poder mundano; "¡Todo esto te daré si me adoras!". ¡Oh, ya he oído violentos mentís a tal idea! me han asegurado que la fe en Cristo sigue viviendo, juntamente con su imagen, con toda su verdad y pureza antiguas, en el corazón de la mayoría de los católicos. Puede que así sea; pero, a pesar de ello, yo afirmo que la fuente está turbia y para siempre alterada, pues no en vano cedió Roma a esa tentación demoníaca de proclamar su soberanía profana en forma de un dogma inaudito [3] ..., un acto cuyas consecuencias aún no podemos prever. Es de notar únicamente que la proclamación de este dogma tuvo lugar en el preciso instante en que Italia unida llamaba a las puertas de Roma. Muchos aquí se reían y burlaban del Papa: "Podrá estar furioso, pero es impotente", decían. ¡Quién sabe si es tan impotente! No, hombres así, capaces de adoptar tamañas resoluciones, no se avienen a morir sin lucha. Me replicarán que siempre pasó eso en el catolicismo y que en él no se ha operado ningún cambio. Puede que así sea; pero siempre hubo en él un misterio; durante siglos pareció que el Papa se conformaba con su exiguo patrimonio, con las tierras del Estado eclesiástico...; pero todo eso era pura alegoría. Lo principal en esa alegoría, el meollo del pensamiento fundamental, era la esperanza, nunca abandonada, del Papado, de hacer de esa simiente un árbol frondoso, llamado a sombrear toda la tierra. Y verán

---

1 El dogma de la Infalibilidad.

ustedes: en cuanto le quitan la última legua cuadrada de su dominio temporal, el jefe del catolicismo se levanta, presintiendo su muerte, y le explica al mundo todo su secreto: "¿Creéis que soy sólo de nombre soberano del Estado eclesiástico? Pues habéis de saber que siempre me he tenido por soberano de toda la tierra, de todos los monarcas del mundo, así espirituales como profanos, por su verdadero amo y señor. Yo soy el César de todos los Césares y el señor de todos los señores; a mí solo me pertenecen en toda la tierra los destinos y los tiempos; y así se lo declaro ahora a todo el mundo en el dogma de mi infalibilidad". No, aquí se oculta ahora otra fuerza; eso es sublime, no grotesco; es la resurrección de la antigua idea romana del imperio del mundo, que nunca morirá en el catolicismo romano; es la Roma de Juliano el Apóstata, la que no fué vencida por Cristo, sino que a Cristo venció, empeñada en una nueva y suprema lucha. De esta suerte se ha consumado el trueque del verdadero Cristo por un imperio profano. Y en el catolicismo romano se cumple verdaderamente. Lo repito: ese espantable ejército tiene sobrada buena vista para no ver finalmente dónde está la fuerza verdadera en qué apoyarse. En el momento en que pierde a sus aliados, los grandes de la Tierra, se vuelve hacia el pueblo. Cuenta con mil cabecillas, con hábiles y astutos vencedores de corazones, psicólogos, dialécticos y sofistas. El pueblo fué siempre, y sigue siendo, honrado y bueno. Además —en Francia como en otros países de Europa—, el pueblo odia la fe, la desprecia, sin conocer el Evangelio. Todos esos hábiles conocedores del corazón y del alma se dirigen ahora al pueblo y le ofrecen el nuevo Cristo, el Cristo que a todo se presta, el que instituyeron en el último Concilio romano. "Sí, amigos y hermanos nuestros —dirán—; todo cuanto ambicionárais ya lo tenemos desde mucho tiempo en nuestros libros, y vuestros cabecillas nos lo han usurpado. Si antes no os dijimos nada de esto fué únicamente porque entonces érais niños tiernecitos, incapaces todavía de entender la verdad. Pero ahora os ha llegado la hora de conocer la Verdad. Sabed, pues, que el Papa detenta las llaves de san Pedro..., y la fe en Dios no es más que la fe en el Papa puesto por Dios sobre la tierra cual su representante. Es infalible y le ha sido dado el poder divino; es el señor de los destinos y de los tiempos; y ha decidido que ya os llegó vuestra hora. Antes consistía la esencia de la fe en la sumisión; pero ahora pasó ya el tiempo de la sumisión, y el Papa tiene el derecho de abolirla, ya que en él residen todos los poderes de la tierra. Sí, todos somos hermanos, y Cristo mismo nos mandó que fuésemos hermanos. Si vuestros primogénitos no quieren reconoceros como hermanos, empuñad las armas, invadid sus casas y obligadlos por la fuerza a ser hermanos vuestros. Cristo ha esperado mucho tiempo para ver si vuestros primogénitos se arrepentían; pero ahora él mismo nos ordena: *Fraternité ou la mort!* Sé mi hermano o muere. Si tu hermano anda remiso para partir sus bienes contigo, cógeselo todo, pues Cristo ya se cansó de esperar su contrición y su penitencia, y ha llegado la hora del desquite y de la cólera. Sabed también que sois inocentes de todos vuestros pecados pasados y futuros, pues vuestros pecados procedían tan sólo de vuestra miseria. Y si vuestros caudillos y maestros os dijeron ya todo eso, y aunque también os hayan dicho la verdad, no tenían poder de decíroslo antes de tiempo, pues sólo el Papa tiene de Dios este poder. Prueba de ello que ninguno de vuestros caudillos y maestros os ha con-

ducido todavía a nada decisivo, y que todos sus comienzos resultaron estériles; sí, y además eran desleales; apoyándose en vosotros, aparentaron fuerza para luego venderse a mejor precio a vuestros enemigos. Pero el Papa no os venderá, pues por encima de él no hay poder alguno ya que él es el primero de los primeros; creed en él. No en Dios, sino únicamente en el Papa que es el único soberano de la tierra, el único legítimo ya que, llegado el momento, los demás desaparecerán como por ensalmo. Regocijáos ahora, pues ya empezó el Paraíso en la tierra y todos vais a ser ricos y, gracias a la riqueza, justos y felices pues se cumplirán todos vuestros deseos y quedará suprimida toda antigua causa de mal en vosotros".

Estas son palabras hipócritas, pero el pueblo se las tragará. En su inesperado aliado habrá de ver un gran poder unificador, que todo lo señorea..., un poder real, histórico, en vez de esos caudillos y soñadores exaltados, en cuyas dotes prácticas y honradez no pueden ya creer los hombres. Este es el punto de apoyo que se ha encontrado y ya, palanca en ristre, sólo se trata de darle la vuelta a la masa. Y, para remate de todo, se le vuelve a dar la fe y se tranquilizan con ella muchos corazones, pues muchos de ellos suspiran por Dios.

Ya en una novela he hablado de esto [2]. Perdónenme mi firme convicción; pero estoy seguro de que todo esto habrá de pasar en el occidente de Europa, en una u otra forma, es decir, que el catolicismo se volverá del lado de la democracia y abandonará a los grandes del mundo que lo han abandonado a él. Todas las potencias de Europa lo menosprecian ahora, por presentarse en apariencia pobre y derrotado. Pero no se mostrará mucho tiempo en una posición tan tragicómica como benévolamente imaginan nuestros publicistas políticos. Verdaderamente, no lo persiguiría tanto un príncipe de Bismarck [3] si no viese en él a su más temible y poderoso enemigo para lo por venir. Ese príncipe de Bismarck es un hombre harto grande para gastar fuerzas luchando con un enemigo ridículo e impotente. Pero el Papa es más fuerte que él. Repito que quizá sea el Papado la más grave amenaza para la paz del mundo. Y eso que son muchas las amenazas que sobre ella pesan. Nunca estuvo Europa tan preñada de elementos hostiles como en nuestro tiempo; se diría que todo está minado con dinamita, y sólo aguarda que se encienda la mecha.

—Sí, pero ¿qué nos importa a nosotros nada de eso? Todo eso pasa allá en Europa, no en Rusia.

Sí, pero es que luego Europa acudirá a nosotros para que la salvemos, cuando haya sonado la última hora para su régimen vigente. Y reclamará nuestra ayuda cual si la asistiese algún derecho a hacerlo, saldrá diciéndonos que nosotros también somos europeos, que también entre nosotros tiene que darse ese "régimen" pues no en balde llevamos dos siglos de imitarla y de alardear de europeos, y que, en fin de cuentas, al salvar a Europa nos salvamos a nosotros mismos.

A decir verdad no estaríamos muy inclinados a resolver el asunto a favor

---

2 *Los hermanos Karamázovi.*

3 Bismarck estaba aplicando entonces a la Iglesia católica de Alemania la serie de medidas de coacción que han pasado a la historia con el nombre de *Kulturkampf*.

de una mitad, pues tal cometido sobrepasaría nuestras fuerzas y hace mucho tiempo que hemos perdido la costumbre de pensar acerca de nuestra diferencia de Europa como nación y de nuestro verdadero papel en Europa. No sólo no entendemos nada de esas cosas, sino que hasta damos de lado a esas cuestiones, estimando reaccionario el oírlas. Pero si de veras nos llama Europa y nos requiere para que nos sacrifiquemos y la salvemos, puede que por primera vez y de sopetón comprendamos hasta qué punto hemos sido siempre distintos de Europa, a pesar de nuestros dos siglos de desear y hacernos la ilusión de ser europeos, que en ocasiones llegaba a los más violentos estallidos. Aunque puede que tampoco así lo comprendamos, pues quizá sea ya entonces demasiado tarde. Si así fuere, no comprenderemos tampoco qué es lo que Europa nos pide y en qué podemos ayudarla. ¿Y no querríamos entonces apaciguar al enemigo de Europa y de su orden de cosas, al modo del príncipe de Bismarck... por el hierro y el fuego? Ahora bien, caso de llegar a ese extremo, podríamos vanagloriarnos de ser todos unos europeos.

Pero todo eso está aún por suceder, y es una fantasía... pues ahora está todo en Europa tan despejado, tan despejado, tan despejado.

FIÓDOR MIJÁILOVICH DOSTOIEVSKIY
Diario de un escritor
IX
Marzo de 1876. I-V.
(trad. Cansinos Assens)

APENDICE V

ALGUNAS CIFRAS ACERCA DE LA EVOLUCION ECONOMICO-SOCIAL DE RUSIA DE 1825 A 1917

Según el censo efectuado en 1838, que fué el que convenció a Nicolás I de la necesidad de proceder a una refundición total del sistema agrario ruso, los siervos de la gleba estaban repartidos en la forma siguiente:

Número de los siervos	*Número de los explotadores*	*Porcentaje de los explotadores*
de 1 a 20	58.457	53,5 %
21 a 100	30.417	27,8 %
101 a 500	16.740	15,3 %
501 a 1000	2.273	2,1 %
más de 1000	1.453	1,3 %

Aunque Nicolás I no haya tomado ninguna medida de gobierno acerca del problema de la liberación global de los siervos, nunca dejó de favorecer su liberación individual. Tanto es así que, durante su reinado, el número de los siervos —que, a finales del siglo XVIII, representaba el 53 por ciento de la población total del Imperio— disminuyó constantemente como lo muestran las cifras siguientes:

1835	44,93 %
1851	37,90 %
1859	34,39 %

Cuando, por el decreto de liberación, los siervos se transformaron en campesinos libres, las parcelas que les fueron atribuídas se repartieron del modo siguiente:

Calificación de la parcela	*Campesinos de Estado*	*Campesinos señoriales*
Superior a la norma	50,7 %	13,9 %
Suficiente	36,6 %	43,5 %
Insuficiente	13,7 %	42,6 %

La situación desfavorable de una fuerte proporción de campesinos señoriales empezó rápidamente a mejorarse en razón de las ventas de tierras efectuadas constantemente por los nobles, ventas cuyo ritmo, de la liberación a la víspera de la revolución de 1905, se presenta como sigue (en desiatinas):

1863 a 1872	4.451.000
1873 a 1882	4.502.000
1883 a 1892	2.195.000
1893 a 1904	1.102.000

Después de la revolución de 1905, la ley Stolípin aceleró este pasaje hasta que el mapa agrario ruso asumiera el aspecto revelado por las siguientes cifras (en millones de desiatinas):

	1905	*1917*
Tierras del Estado	154,7	147,7
Parcelas campesinas	133,8	185
Tierras de la nobleza	58,2	42,5
Otras tierras privadas	23,8	20,5

Es necesario tener en cuenta que, con la industrialización que se aceleró con el reinado de Nicolás II (reformas Witte), la población campesina sufrió una disminución constante en provecho de la población urbana. Tanto es así que el mapa de la población industrial evoluciona según los índices que siguen:

1825	190.000
1828	225.444
1838	377.820
1852	470.914
1901	1.711.600
1908	1.768.300
1913	2.319.577

Esta industrialización acelerada impuso un ritmo paralelo al desarrollo de las vías férreas. He aquí el detalle de este desarrollo hasta la víspera del primer conflicto mundial (en kilómetros):

1840	25	1865	3.644	1890	29.276
1845	135	1870	10.610	1895	35.723
1850	468	1875	18.205		
1855	979	1880	20.104	1905	60.456
1860	1.488	1885	23.016	1910	62.776

El desarrollo de la red ferroviaria trajo consigo una extraordinaria expansión comercial cuyos índices son los siguientes (en millones de rublos):

1825 - 1849	212,874
1850 - 1874	525,257
1875 - 1900	1.091,989

Las cifras siguientes permitirán apreciar mejor el alcance de dicha expansión en materia de comercio exterior (en millones de rublos):

Años	*Exportaciones*	*Importaciones*
1860 - 1865	140	121
1865 - 1870	192	212
1870 - 1875	303	364
1875 - 1880	345	326
1880 - 1886	346	304
1887 - 1891	712	401
1891 - 1893	537	434
1895	698	545
1900	716	626
1905	1.077	635

Asimismo, el cuadro siguiente nos permitirá hacernos una idea precisa del desarrollo industrial de Rusia de 1860 a 1914:

Productos	*1860*	*1870*	*1880*	*1890*	*1900*	*1910.*	*1913*
Hierro fundido (en millares de puds)	19.084	20.568	34.606	71.247	108.451	131.224	201.159
Hulla (en millares de puds)	8.000	50.000	201.000		1.033.113	1.521.984	1.887.000
Petróleo (en millares de puds)		1.375	21.500	242.900	706.000	589.000	572.000
Oro (en kilogr.).	24.500	35.000	43.200	39.400	39.348	57.347	59.432
Plomo (toneladas)	1.454	1.473	1.218	742	511	800	
Cobre (toneladas)	5.040	4.800	3.186	2.740	8.100	18.500	31.100
Cinc (toneladas) .		3.011	4.356	3.755	6.030	7.945	
Seda (millones de rublos)		4,3	9,1	20	30,6	41,8	
Algodón (millones de rublos)	23,2	56,7	214,3	265	531,3	1.285,4	720
Lana (millones de rublos)	16,6	50	98,5	109	180,3	260,8	

La producción del hierro fundido se reparte según el cuadro siguiente:

Regiones	*1860*	*1870*	*1880*	*1890*	*1900*	*1910*	*1913*
Sur (Dóniets, Krívoi Rog)		352	1.089	13.228	91.550	126.385	189.162
Urales (pequeñas empresas de Estado en vía de desaparición a partir de 1890)	14.512	14.796	27.708	50.157	16.901	4.839	11.987
Otras regiones (de débil rendimiento)	4.572	5.420	5.209	7.862			

El asiento del capital industrial sufrió un cambio fundamental en Rusia alrededor del año 1890. Hasta entonces, la industria textil ocupaba la cabeza de todas las empresas industriales; a partir de 1890, el primer lugar pasó a pertenecer a las industrias metalúrgicas, mineras y de construcción de maquinaria. En 1900, las industrias mineras y metalúrgicas poseían $^1/_5$ de todos los capitales (nacionales y extranjeros) invertidos en Rusia como lo muestra el cuadro siguiente (en millones de rublos):

Ramas	*Capitales*	*% Aumento 1893-1899*	*Extranjeros*	*%*
Bancos	193,0		56,5	29,2
Seguros	29,9		6,2	20,7
Transportes ..	13,3	13	5,4	40,6
Ciudades	109,8	57	52,1	48,3
Minas	392,2	302	343,8	87,7
Metales		665		
Máquinas ...	257,3		125,6	48,8
Textiles	373,7	54	71,4	19,1
Maderas	17,8	79	7,8	43,8
Papel	31,8	141	6,1	19,1
Minerales	59,1		31,1	52,9
Alimentos ...	153,3	56	11,4	7,2
Ind. química .	93,9	242	32,6	34,7
Comercio ...	76,6	63	13,8	18,0
Varios	92			
Total ...	1.903,7		763,8	

Como se ve, la participación del capital extranjero es muy amplia y se precipita de modo extraordinario entre 1890 y 1900 como revelan las cifras siguientes (en millones de rublos):

1861	*1871*	*1881*	*1889*	*1895*	*1900*	*1906*
9,7	33,6	115,5	198,3	280,1	911	1.083,3

Esta participación seguirá su ritmo progresivo hasta el estallido de la guerra así como se puede comprobar con las cifras siguientes que establecen dicho participación:

Países	*1880*	*1890*	*1900*	*1915*
Francia	31,4	66,6	226,1	687,9
Gran Bretaña ...	30,1	35,3	136,8	535,4
Alemania	29,8	79	219,3	436,1
Bélgica	1,7	24,6	296,5	318,7
Estados Unidos ..	—	2,3	8	114
Holanda	2,1	2,9	5,1	29,8
Suiza	0,05	0,5	3,3	28,5
Suecia	—	—	3,1	21,5
Dinamarca	0,2	0,9	6	12,9
Austria-Hungría .	1,5	2,2	5,9	11,1
Italia	0,4	0,4	0,7	4,1
Noruega	—	—	—	6,3
Finlandia	—	—	0,2	—
Total ...	97,25	214,7	911	2.205,9

Tugan Baranovskiy [1] indica que una de las causas principales del atraso de Rusia para con Occidente en materia de industrialización y de desarrollo de la empresa capitalista, reside en la ausencia de un crédito organizado en vasta escala y en la no existencia de bancos poderosos. En 1860, finalmente, se creó un Banco de Rusia que fué puesto bajo el control de la Duma de Imperio con la misión de organizar el crédito, de negociar los bonos del Tesoro y los empréstitos exteriores, etc. A partir de 1894, año en que se adoptó el patrón oro, el papel esencial del Banco consistió en regular la circulación fiduciaria y en "favorecer, por el crédito a corto plazo, el comercio, la industria nacional y la producción agrícola". Las operaciones efectuadas por intermedio del Banco de Rusia de 1869 a 1905 siguieron el ritmo siguiente en materia de crédito industrial (en millones de rublos):

Años	*Depósitos*	*Ctas. corrientes*
1869	129,7	84
1880	136,3	181,4
1890	162,9	205,3
1900	32,9	572,5
1904	53,7	738

[1] *La fábrica rusa en el pasado y en el presente;* San Petersburgo, 1908.

A partir de 1890 las empresas industriales pidieron a los bancos capitales fijos en las proporciones siguientes:

Años	*Ctas. Ctes.*	*A vista*	*A plazo*	*Total*
1894	165	11,4	91,4	267,8
1904	457,5	18,2	246,4	722,1

En cuanto a las operaciones sobre la riqueza nacional, la evolución de la deuda rusa controlada por el Banco de Estado se presenta como sigue:

1861	1.264,3
1876	2.949,5
1886	4.418
1892	4.905,4
1903	6.679,1
1910	9.055
1914	13.491,5

He aquí los índices de evolución del presupuesto del Imperio en el período comprendido entre 1860 y 1905:

	ENTRADAS			*GASTOS*		
	ord.	*extr.*	*total*	*ord.*	*extr.*	*total*
1860	275,7	134	409,7	282,8	133,9	416,7
1870	468,8	13,8	482,6	469,2	17,8	487
1880	624,4	89,1	713,5	674,9	38,8	713,7
1890	933	53,2	986,2	914,8	80,4	995,2
1900	1.704	4	1.708	1.555	334	1.889
1905	2.044	4	2.048	1.925	1.280	3.205

Para Rusia, el primer conflicto mundial se caracterizó por las cifras siguientes en materia de:

1 - *Gastos por reparticiones ministeriales* (millones de rublos):

Años	*Guerra*	*Marina*	*Inter.*	*Varios*	*Total*
1914	2.202,3	83,3	200,5	53,9	2.540
1915	7.492,7	406	832,9	649,3	9.380,9
1916	11.395,5	804,6	1.526,9	1.540	15.267
1917	9.854,1	764	1.627,2	1.959,5	14.184,8

N. B.: 1914, 6 meses; 1917, 8 meses.

2 - *Circulación monetaria y reserva oro*:

	Circulación	Reserva oro
16 de julio de 1914	1.633,3	1.630,7
1º de enero de 1915	2.946,5	1.558,2
1º de enero de 1916	5.617	1.513
1º de enero de 1917	9.097,3	1.474,8
1º de marzo de 1917	9.949,6	1.295,2

3 - *Financiación de la guerra*:

Años	*Empréstito interior*	*Bonos del Tesoro*	*Empréstito exterior*	*Total*	*Gastos*
1914	708,6	148	22	878,6	1.655,4
1915	2.878,6	601,1	2.088	5.567,7	8.818,4
1916	4.173,9	1.976,1	3.664,8	9.814,8	14.572,8
1917	3.647,1	1.763,7	2.235,9	7.646,6	13.603
Varios	—	—	—	—	2.723,1
Total	11.408,2	4.488,9	8.010,7	23.907,8	41.372,7

4 - *Deuda exterior contraída durante la guerra*:

Gran Bretaña	5.480
Francia	1.500
Estados Unidos	435
Japón	290
Italia	83
Total ...	7.788

5 - *Deuda interior y exterior en vísperas de la Revolución de Octubre*:

Preguerra:	deuda general	8.691,5
	deuda garantizada	4.800
Guerra:	interior, largo plazo	11.408,2
	interior, corto plazo	4.488,9
	exterior	8.010,7
	Total ...	37.399,3

INDICE DE LOS PRINCIPALES NOMBRES CITADOS EN LA PRIMERA PARTE [1]

[1] Las cifras en bastardilla corresponden a las páginas en que se sitúan los momentos de mayor actuación de los personajes citados. En este índice no figuran los nombres citados en la Introducción, en los apéndices y en la guía cronológica.

LA PRIMERA EDICION DE ESTE
LIBRO SE TERMINO DE IM-
PRIMIR EN LOS TALLERES GRA-
FICOS D'ACCURZIO, DE CALLE
BUENOS AIRES Nº 202, DE
LA CIUDAD DE MENDOZA,
EL DIA 8 DE ABRIL DE
——— 1954. ———